



GÉNESIS

Pedro Urvi



GÉNESIS

Pedro Urvi

Copyright © 2015 Pedro Urvi
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Sarima
<http://envuelorasante.com/>

Comunidad:

Twitter: <https://twitter.com/PedroUrvi>

Facebook Autor: <http://www.facebook.com/pedro.urvi.9>

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Dedicatoria

A mi padre, mi fan número uno, siempre.

Índice

Portada

Dedicatoria

Índice

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[Agradecimientos](#)

[Contacto](#)

Prólogo

Cuentan las leyendas que los Dioses Áureos se aparecieron a los primeros hombres una noche de luna roja plena. Los Senoca, el pueblo del mar, los recibió con humildad y regalos, pero los Dioses todopoderosos les exigieron esclavitud. Los Senoca se encomendaron a Oxatsi, la Madre Mar, y se enfrentaron a ellos en el campo de batalla en defensa de la sagrada libertad. Los Áureos hicieron estallar el cielo en una lluvia de fuego y provocaron que la tierra se partiese y devorase a los hombres. Los Senoca fueron vencidos y los Dioses los esclavizaron por mil años.

La Argolla en su muñeca izquierda vibró.

Ikai la miró y un fulgor blanquecino estalló en su mente.

—*La Colina de los Cielos, en tres días* —llegó el mensaje de su Maestro.

«Me requieren... debo partir».

Contempló un instante la pulida superficie de arcano metal dorado, la odiada Argolla que marcaba a todo el pueblo Senoca como esclavo de los Dioses Áureos. Sus ojos analíticos recorrieron los contornos del intrincado grabado sobre el brazalete: un águila real con las alas extendidas, el símbolo de los Cazadores.

Cazador de hombres, al servicio de los Dioses.

Ikai cerró los ojos negando con la cabeza y suspiró.

Terminó de ajustarse la armadura de cuero curtido reforzado; suficiente para salvarlo de un tajo de espada no muy certero o el zarpazo de una bestia salvaje, pero no lo protegería de mucho más. Recogió su espada, la daga de lanzar, el arco de tilo y el morral de viaje con el resto de su equipamiento de Cazador.

Cruzó con brío el área común de la humilde granja y salió al exterior. El sol lo recibió con una tenue sonrisa invernal que bañó su cuerpo de tibieza matutina. En la Sexta Comarca, el clima era cálido la mayor parte del año, una de las pocas bendiciones de la región pues era la más pobre de las seis comarcas Senoca.

Deslumbrado, Ikai se apoyó en el marco desenchajado de la puerta. La pared de adobe había vuelto a asentarse. La edificación era tan básica y precaria que cualquier día se vendría abajo. Pero así eran todas las granjas de la comarca donde hambrientos campesinos esclavos luchaban día a día por sobrevivir, por cumplir con las cuotas exigidas por los Dioses.

Muchos no lo lograban.

Se protegió los ojos con la mano y las divisó. Trabajaban duro el campo, como todas las mañanas con el primer albor del día, como cada nuevo día. Contempló a su hermana Kyra y de inmediato su ánimo se elevó. Voluntariosa, ayudaba a su querida madre Solma a arar la dura tierra que apenas si las alimentaba. Se acercó a ellas con una sonrisa en su alma.

—¡Ikai! —gritó su hermana viéndolo llegar. Soltó la azada y corrió a su encuentro.

Ikai la observó correr grácil como el viento. A sus diecisiete primaveras, era un año menor que Ikai pero casi de su misma estatura. Era puro nervio y su delgado y fibroso cuerpo así lo atestiguaba. Su lengua, sin embargo, era tan encendida como su pelirroja cabellera, lo cual ya les había creado más de una complicación. Pero el corazón de Kyra era noble y su carácter indomable como el brillo rubí de sus ojos. Ikai adoraba a su hermana y envidiaba su vivaz e inquebrantable espíritu.

—Contén ese ímpetu, hermanita, que me tiras al suelo —le dijo Ikai con una risotada mientras intentaba mantener el equilibrio con su hermana colgada del cuello.

Cuán diferentes eran para ser hermanos... tanto en aspecto como en carácter. Él era igual que su padre, Siul: alto, fuerte de hombros y brazo, con el pelo liso y pardo hasta los hombros, y aquellos ojos malditos... sus extraños ojos... en los que todos reparaban y por lo que torcían el ceño: uno de intenso esmeralda y el otro de pálido azul casi grisáceo, idénticos a los de su padre. El carácter también lo había heredado de él, mucho más tranquilo, paciente y sosegado, completamente opuesto al de su hermana. Kyra, por fortuna, había heredado los rasgos físicos de su madre. El temperamento volcánico, por otra parte, nadie sabía de donde procedía.

—¿Te vuelves a marchar? ¡Pero si acabas de regresar! —le reprochó de pronto Kyra dando un paso atrás sorprendida. Sus ojos se clavaron en las armas que Ikai portaba y el rostro de su hermana se endureció.

Ikai bajó la mirada.

—Sí, he sido llamado...

Kyra frunció el ceño y sus ojos centellearon.

—No deberías ir con ellos, lo sabes. Lo que hacéis está mal.

Incapaz de mirarla a los ojos, Ikai guardó silencio.

—Deja estar a tu hermano, él hace lo que debe por nosotras, por su familia —la regañó su madre jadeando por el esfuerzo.

Ikai observó llegar a Solma, azada en mano. El pundonor de aquella gran mujer le humedeció los ojos. Los había criado a él y a su hermana prácticamente sola. A su padre se lo habían llevado los Ojo-de-Dios al poco de cumplir Ikai los diez años. Nunca regresó ni se supo más de él. Ikai lo daba por muerto pues aquellos que se llevaban los Siervos de los Dioses terminaban en las minas o en la Ciudad Eterna, la morada de los Dioses, y de allí nadie regresaba con vida. Solma los había criado sufriendo mil penurias para cumplir las cuotas e incluso ahora, enferma como estaba de los pulmones, seguía luchando por ellos, saliendo a trabajar al campo cada mañana para tener que retirarse a descansar antes del mediodía, con sangre en la comisura de los labios, vencida por la enfermedad.

—¡No quiero que haga nada por mí, nada por servir a esos falsos Dioses y a los déspotas que los sirven entre los nuestros! —gritó Kyra apretando los puños.

Solma e Ikai se irguieron, azotados por el látigo del miedo, y se quedaron rígidos.

—¡Kyra, calla, por nuestras vidas! —la amonestó Solma en un ronco susurro mientras el temor ensombrecía su rostro.

Ikai miró alrededor de inmediato, el miedo aplastaba su pecho con el peso de una montaña. Si un Procurador del Regente la hubiera oído acabaría en las canteras, o peor... Por fortuna no había nadie cerca. Sólo acres y más acres de campos de arado y algunos cuervos sobre una lejana valla al este.

—Kyra, ten más cuidado, no debes alzar la voz así, te pones en peligro... nos pones en peligro a todos. Si te llevan no podré hacer nada por ti, los privilegios que mi cargo de Cazador me aportan son escasos...

Kyra sacudió su melena de fuego y pareció recapacitar.

—Está bien —protestó gesticulando—. Sólo digo lo que todos

pensamos —afirmó en voz baja, y soltó una patada a un terrón.

—Sé que no apruebas lo que hago, pero nos permite obtener moneda y con ella puedo comprar medicina en Osaen, la capital, para madre, para ti. Muy pocos pueden...

—Buscaremos otra forma, no vendas tu alma a los Dioses por unas monedas. Si nos vendemos, si nos rendimos y acatamos la sumisión absoluta a esos Dioses despiadados, no seremos más que un pueblo esclavo por toda la eternidad.

—Es la única forma a mi alcance...

—Somos los Senoca, El Pueblo del Mar. Míranos, Ikai —dijo Kyra señalando los campos alrededor—. Nos niegan el mar, nos obligan a arar la tierra sin descanso, matándonos de hambre con cuotas que no podemos cumplir. Nada tenemos, nada somos más que un pueblo esclavo.

Ikai tragó saliva.

—Esclavos somos de los Áureos, así ha sido por más de mil años. No va a cambiar hoy.

—Y así seguirá siendo si nada hacemos.

—¿Por qué estás hoy así?

Kyra levantó las manos y clamó al cielo llena de rabia.

—Perdóname, tienes razón, es sólo que hoy no es un día cualquiera y quería pasarlo contigo, no quiero verte marchar...

Ikai sonrió levemente.

—¿Te has acordado?

—¡Cómo no voy a acordarme, cabeza de atún! —le dijo Kyra y le propinó un empujón acompañado de una risotada.

—¡Feliz cumpleaños, hijo mío! —le deseó Solma, y una enorme sonrisa encendió su semblante. Por un instante Ikai vio a su madre feliz, algo que ya raramente sucedía, y el rostro de la buena mujer pareció rejuvenecer. Por un breve momento brotó de su alegre corazón aquella belleza perdida que Ikai añoraba.

—Muchas gracias, madre —agradeció Ikai con una mirada de ternura

y entendimiento que su madre le devolvió. Verla feliz, aunque sólo fuera por un instante era el mejor regalo que Ikai pudiera desear.

—No puedo creer que ya tengas 18 años, eres todo un hombre. El hombre de la familia. Te pareces tanto a tu padre... —le dijo acariciando su cabello—. Recuerda a tu padre, recuerda la familia, pues es lo primero. Tenlo siempre muy presente, hijo mío. Sin familia no somos nada más que una mota de polvo que se lleva el viento.

Ikai asintió y dedicó una agradecida sonrisa a su madre.

—Tengo un regalo para ti, ven conmigo —le dijo Kyra, ahora con un tono más alegre—. Es una sorpresa, creo que te gustará —lo cogió de la mano y lo condujo hasta la parte posterior de la casa.

Un roble centenario se alzaba allí imponente como un enorme guardián protegiendo la pequeña y humilde morada. Kyra se agachó entre las enormes raíces y cogió un objeto envuelto en un paño de lino.

—Ten, es para ti —le dijo con una sonrisa mientras la impaciencia brillaba en sus ojos rubí.

Ikai desenvolvió el objeto y descubrió un colgante de cuero con una talla de madera: un caballito de mar perfectamente detallado. Se quedó boquiabierto contemplándolo.

—Es... es precioso...

—¿Te gusta entonces?

—¿Gustar? Mucho más que eso, lo adoro.

Kyra abrazó con fuerza y zarandeó a su hermano con el rostro exultante de felicidad. Aquello llenó de alegría el corazón de Ikai.

—Muchas gracias, hermanita —le dijo, y se lo colgó al cuello.

Ikai suspiró. Kyra le preocupaba. Últimamente aquella desbordante vitalidad que la caracterizaba se estaba apagando, la escasez de alimento iba tornando en brasas las llamas de su espíritu, aunque ella intentaba disimularlo. Pero Ikai era bien consciente de que su hermana pasaba hambre, al igual que su madre, al igual que todo el pueblo Senoca. Hambre, el sino de un pueblo esclavo. Pocos eran los días en los que tenían suficiente comida que llevarse a la boca y menos los que dormían con el estómago caliente.

—Ya te me has vuelto a ir a las profundidades del mar de los pensamientos —dijo Kyra, y le pasó la mano por delante de los ojos dispares.

Ikai sonrió y la miró a los ojos.

—Hay algo más que quiero enseñarte —dijo ella sopesando la daga en su mano con mirada intrigante.

—¿El qué?

Kyra dio seis pasos pronunciados alejándose del roble. Lo señaló con la palma izquierda de su mano extendida.

—¿Ves el nudo?

Ikai asintió, estaba a media altura del tronco, una protuberancia del tamaño de una manzana pequeña.

Con un movimiento fulgurante, Kyra se llevó la mano derecha tras la cabeza y lanzó la daga. Se clavó con fuerza en el centro del nudo.

Ikai abrió los ojos sorprendido. Él mismo no podría acertar el blanco aquella distancia y a él lo habían entrenado en el manejo de armas desde los 12 años, cuando pasó a formar parte de los Cazadores.

—Impresionante, veo que practicas mis enseñanzas.

—Siempre que puedo. Me gusta que me enseñes a combatir, me hace sentirme más fuerte, más valiente y segura.

—Eres una fantástica lanzadora, mejor que yo...

—Por desgracia la espada no se me da tan bien —reconoció ella—. Tenemos que entrenar más.

—A mi vuelta, te lo prometo.

Kyra asintió con energía.

—Pero recuerda lo que siempre te digo: lo que te enseño es para tu propia protección, no dejes que nadie vea que sabes combatir. Está prohibido por la ley de los Dioses. Si lo descubre un Procurador iras a las canteras, a trabajos forzados.

—No me descubrirán, esos hijos de una hiena rara vez visitan los campos, prefieren la ciudad y las aldeas grandes donde hay comodidades.

A Ikai no le gustó la respuesta de su hermana. El peligro era muy real. A muy pocos hombres se les permitía llevar armas, pues esclavos eran. Los Procuradores bajo el mando del Regente Sesmok controlaban que así fuera. Portar un arma sin permiso era considerado una ofensa a los Dioses Áureos, y toda ofensa a las divinidades se pagaba con la muerte. Los esclavos no podían estar armados, de aquello se aseguraban bien los Dioses mediante sus sirvientes entre los hombres.

—No seas tan confiada. Si en lugar de un Procurador te descubre un Ojo-de-Dios, un Siervo de los Dioses, te matará, lo sabes. Y los Ojo-de-Dios, acompañados de sus Ejecutores, sí recorren las seis comarcas, controlando cuanto sucede, informando directamente a los dioses —Ikai negó con la cabeza—. Debes tener más cuidado en todo. No sé quién te mete esas ideas rebeldes en tu terca cabeza loca, pero tienes que aprender a callar o terminaremos todos muertos. Si no quieres hacerlo por mí, al menos hazlo por madre. Ella no soportaría perderte, lo sabes, no después de lo de padre.

Al oír la mención de su padre la expresión de Kyra cambió, se ensombreció, sus ojos se apagaron y bajó la cabeza. Quedó pensativa un instante. Suspiró profundamente, como dejando salir todo su recelo.

—Está bien, por madre callaré, pero eso no cambia lo que pienso.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

La Argolla de Ikai volvió a vibrar. Su mente fue invadida por la blanca luminosidad y una imagen se proyectó en su cabeza. Su Partida de Caza lo llamaba, debía marchar.

—Ve tranquilo —dijo Kyra al tiempo que su rostro se ensombrecía—, yo cuidaré de la granja y de madre.

—Volveré en cuanto me sea posible.

Kyra le dio un beso de despedida en la mejilla.

—“Que la profundidad de la Madre Mar guíe tu cabeza y su eterna grandeza, tu alma” —le deseó.

—Gracias, y a ti hermanita —respondió Ikai—. Somos los Senoca, de la Madre Mar venimos y a la Madre Mar regresaremos.

Tras despedirse de su madre con un sentido abrazo, Ikai se dirigió al oeste por tres días, hasta alcanzar la Colina de los Cielos. Desde la cima podía divisarse gran parte de la Sexta Comarca. Se cubrió los ojos con la mano y oteó el paisaje, era algo que siempre le agradaba hacer. Incontables campos de cultivo se extendían entre pequeños afluentes del gran río. La gran mayoría de las familias Senoca vivían del grano, del fruto de los cultivos, y dependían de la bonanza de las crecidas del gran río. Eran un pueblo de campesinos, vivían o morían por la gracia de las cosechas, a merced del clima y del gran río.

Ikai negó con la cabeza. «Somos los Senoca, el Pueblo del Mar, condenado por los Dioses a trabajar la tierra eternamente. Nosotros que un día cabalgábamos orgullosos las olas y surcábamos los océanos empujados por el soplo de los vientos, jamás volveremos a ver nuestra amada Madre Mar».

Seis hombres armados alcanzaron la cima. Ikai los observó detenidamente. Eran hombres jóvenes y fuertes, de rostro áspero, luchadores. Tras ellos apareció su líder, un hombre de mediana edad, alto, fuerte, de una presencia imponente. Su rostro curtido estaba marcado por una terrible cicatriz que le recorría por completo el lado derecho, de sien a barbilla. Llevaba el cabello negro y largo, trenzado, a la antigua usanza. Sus ojos eran tan oscuros como una noche sin luna y brillaban intensamente. Ikai sabía que era con inteligencia.

—Cazador Ikai —saludó con ronca voz.

—Maestro Cazador Sejof —respondió Ikai con respeto y agachando la cabeza.

—Los Cazadores han sido convocados —dijo Sejof en tono solemne.

Todos clavaron la rodilla, presentaron sus argollas con el símbolo del águila real y miraron a su líder. Ikai saludó a Ismes con la cabeza y cruzó una mirada amistosa con Yestas. Conocía a todo el grupo bien, había entrenado con ellos durante años a las órdenes del Maestro. Ismes y

Yestas eran para Ikai como hermanos. Sejof obtuvo un disco grueso y cristalino en su mano protegida por un guantelete arcano. Ikai clavó la mirada en la pepita dorada en el corazón del objeto. Sejof lo situó sobre la Argolla en su brazo izquierdo. Recorrió con el arcano artefacto el grabado del águila real que lo identificaba. La Argolla emitió un destello, como respondiendo al mismo. El disco se elevó sobre la Argolla y el Maestro retiró la mano. Quedó suspendido en el aire a un palmo sobre el brazo y comenzó a brillar con una luz argenta de gran intensidad. Ikai ya había presenciado aquel ritual con anterioridad, pero no cejaba de fascinarle. El disco emitió un haz de luz plateada en dirección noroeste y, al cabo de un momento, dejó de brillar.

—Acamparemos aquí. Al alba partiremos —ordenó Sejof señalando en la dirección marcada por el disco.

—¿Cuántos fugitivos, Maestro?

—Media docena.

—No conseguirán cruzar.

—Me temo que esta vez es diferente. Tengo un mal presentimiento —dijo Sejof guardando el disco.

Ikai lo miró extrañado. Nadie podía cruzar, nadie que no fuera un Siervo de los Dioses o Cazador al servicio de los mismos. Pero asintió y se preparó mentalmente para emprender una nueva cacería.

Con las primeras luces los cazadores partieron. Durante diez días marcharon a ritmo de caza hasta alcanzar los grandes bosques al oeste. Siguieron la dirección señalada por el disco hasta dar con el rastro de los fugitivos. Al llegar a las cercanías del Confín se detuvieron.

Sejof observó los árboles a su alrededor.

—Encontrad por dónde han intentado cruzar.

Los siete hombres partieron de inmediato.

No tardaron mucho en hallar el lugar.

—Aquí, Maestro —señaló Ismes.

Se congregaron en el lugar. Ikai observó lo que su compañero señalaba y se quedó sin habla. Sobre el suelo, Ikai pudo vislumbrar una

línea dorada, casi translúcida que se iba volviendo más sólida a cada instante que la observaba. Era el Confín estipulado por los Dioses Áureos. Ningún hombre podía sobrepasarlo. Una muerte terrible esperaba a aquellos que intentaran cruzar sin el permiso de los Dioses. Ikai lo había presenciado con anterioridad y era ciertamente atroz.

Sin embargo, para su mayúscula sorpresa, las huellas cruzaban la barrera y continuaban al otro lado.

«Ha sucedido. Han cruzado. Pero no puede ser. Las Argollas de los Áureos no pueden ser quebradas, están hechas de un material que resiste el fuego y el acero. Nadie puede liberarse. Nadie puede cruzar y huir. ¿Cómo lo han conseguido?».

—¡Por todo lo sagrado! —exclamó Sejoj con rostro cariacontecido. Se agachó y observó las huellas sacudiendo la cabeza. Se puso en pie y miró a sus hombres.

—¡Ni una palabra de esto a nadie, os va la vida! —les dijo con un tono que no dejaba lugar a la duda.

Los Cazadores asintieron.

«Si esto se supiera... habría esperanza... podríamos huir del confinamiento al que estamos sometidos. Pero traería muerte...» pensó Ikai contrariado. Recordó el rostro lleno de determinación de su hermana. Ella intentaría cruzarlo de saber que existe una posibilidad, sin pensarlo dos veces. Y moriría. Sacudió la cabeza. Ikai recordó una de sus primeras cacerías, cuando un desdichado se había amputado el brazo de la argolla, pensando que así podría pasar. Ikai había intentado detenerlo, pero llegó tarde. El insensato cruzó. Una llamarada lo envolvió al hacer contacto con la barrera. Murió calcinado entre gritos agónicos de dolor.

El Maestro Cazador dio un paso desde el lugar del descubrimiento siguiendo las huellas y estiró el brazo. La Argolla emitió un zumbido hiriente y el brazo de Sejoj comenzó a temblar con violencia.

—El Confín —señaló con un gruñido de dolor.

Los Cazadores se situaron a su altura y todos extendieron los brazos. Las sacudidas comenzaron al momento.

—Adelante, Cazadores, cumplid con vuestro deber. Servid a los

Áureos —ordenó Sejof con autoridad.

Ikai inhaló profundamente. Dio un paso al frente con el brazo extendido para que la insignia de Cazador de su Argolla cruzara la franja prohibida, anunciando a los Dioses que uno de sus Cazadores iba a cruzarla. La Argolla emitió un destello plateado al contacto con la barrera e Ikai pudo ver el grabado del águila real brillar con fuerza.

Había sido anunciado, avanzó todo el cuerpo.

Espasmos de dolor lo sobrecogieron según traspasaba la barrera translúcida. Cayó al suelo entre convulsiones incontroladas de un tormento visceral. Su mente estalló de dolor y perdió el sentido.

Cuando despertó, no sabía dónde se encontraba ni cuánto tiempo había transcurrido. Todo su cuerpo, su mente, sufrían en agónica tortura como si millares de alfileres candentes le estuvieran siendo clavados. Pero estaba vivo. Los Áureos le habían permitido cruzar. Miró a su alrededor y vio a sus compañeros, que como él, intentaban recuperarse. Sejof ya estaba en pie y escudriñaba el bosque con el arco armado. Ikai preparó su arco, cargó una saeta y se acercó al Maestro intentando despejar la mente. Un momento más tarde, Ismes, Yestas y el resto del grupo los acompañaban con sus armas listas.

—Avancemos, el rastro se adentra en los bosques, hacia el norte.

El grupo de cazadores se adentró en la espesura del bosque. El rastro no les resultó difícil de seguir, incluso entre el abrupto terreno y la abundante vegetación. Si bien los Cazadores eran expertos rastreadores, en aquella ocasión hasta un ciego hubiera podido seguir el rastro. Cuanto más avanzaban, más salvaje y primitivo era el bosque y la flora que los rodeaba. Ikai sabía que también sería el caso de la fauna, y aquello lo intranquilizaba.

De pronto, Sejof se detuvo y quedó agazapado. Todos imitaron a su líder. Ikai podía oler el peligro, o era otra cosa... era... sangre. Sejof hizo una seña y se situaron junto a él formando un arco. Ikai observó la cañada frente a ellos. Sejof se llevó dos dedos a los ojos y luego señaló al sur. En lo más profundo junto a un riachuelo, Ikai vislumbró matorrales con abundante sangre que teñían de rojo las aguas. Observaron un tiempo en silencio, a la espera y en tensión, pero nada con vida parecía haber allí

abajo. Sejof indicó a Ikai, Ismes y Yestas que lo siguieran y los cuatro comenzaron a descender la cañada. Desde la posición elevada los otros cuatro cazadores los cubrieron con sus arcos listos para abatir cualquier amenaza.

Con dificultad llegaron a la base de la cañada y alcanzaron el lugar donde la sangre contaminaba la pureza del cristalino riachuelo. Avanzaron con cuidado, alerta, siguiendo el rastro de sangre hasta doblar un afilado recodo.

Ikai miró al frente y se quedó sin habla, estupefacto.

Frente a ellos, en lo más profundo de la cañada, yacían media docena de cuerpos grotescamente despedazados y amontonados. Todo era sangre, mirara donde mirara sólo veía los despojos humanos de la terrible matanza. Ni siquiera Sejof reaccionó. Los cuatro se quedaron mirando la macabra escena.

—¿Qué... qué bestia ha podido hacer algo así? —consiguió farfullar Ikai sobrecogido.

—Ha debido ser una manada sanguinaria —apuntó Ismes con el ceño fruncido.

—Sí, ¿pero de qué clase de bestias? —preguntó Yestas muy intranquilo.

Sejof negó con la cabeza y avanzó con tiento. Examinó los primeros cuerpos y volvió.

—Son ellos —anunció—. Aquí ha acabado su fuga. Aquí acaba nuestra cacería. Qué los ha matado no es algo que nos incumba. Cazadores de hombres somos al servicio de los Dioses. Cuando la presa muere, la cacería concluye. Regresamos.

Ikai sintió un escalofrío gélido recorrer su espalda, como si le hubieran echado una jarra de agua helada. Allí afuera, ellos no eran los depredadores reyes. Los Dioses habían erigido El Confín para evitar que sus esclavos huyeran, y durante más de mil años, en el exterior, los depredadores habían reinado y evolucionado a sus anchas, sin contacto alguno con los humanos. Aquel era territorio salvaje y extremadamente peligroso.

«Mejor salgamos de este lugar cuanto antes».

De súbito, un rugido sobrecogedor estalló a sus espaldas. Los cuatro se giraron con los arcos listos y los corazones golpeando como caballos al galope. Se escucharon varios gritos y un bramido tremebundo. Dos de los cazadores salieron despedidos desde lo alto de la cañada y se precipitaron contra el suelo.

—¡Maldición! ¡Cubridlos! —gritó Sejof, y corrieron hacia ellos.

Ikai vio a sus compañeros caídos y se le heló la sangre en las venas. Kiltén tenía el tórax abierto de lado a lado como si una descomunal zarpa de algún animal salvaje lo hubiera desgarrado. Estaba muerto. «Un oso o un tigre de enormes proporciones», pensó Ikai. Moltes aún respiraba pero tenía una terrible dentellada en un hombro y el estómago lacerado.

—Ayuda... —gimió mirando a Ikai.

Arriba se escuchaban gritos y rugidos, el combate continuaba. Todos alzaron los arcos pero no podían ver más que sombras entre la maleza.

—¡Maldición, no tenemos tiro! —se lamentó Sejof— ¡Ismes, Yestas, conmigo! ¡Ikai, tú aquí, que no muera!

—¡Sí, Maestro! —respondió Ikai, y los vio correr colina arriba entre el bosque.

Se agachó y dejando el arco a un lado se rasgó la túnica para improvisar un vendaje. Su compañero perdía mucha sangre, debía actuar rápido.

—Tranquilo, Moltes, te vendaré, no morirás —presionó la herida y la vendó—. Aguanta, amigo, aguanta —lo animó intentando disimular la angustia que sentía.

De pronto, una sombra enorme lo sobrevoló, a la que siguió un ruido sordo y el crujir de ramas y maleza. Ikai desvió la mirada a su diestra, alarmado.

Como surgida de una pesadilla, una bestia descomunal se alzó ante él. Ikai vio un cuerpo enorme con un pelaje enmarañado de suciedad y sangre.

Una cabeza de oso salvaje rugió desafiante.

La bestia era enorme, erguida sobre dos patas le sacaba más de una cabeza. El corazón de Ikai se le salió por la boca mientras se levantaba. Desenvainó su espada. El contacto con el frío pomo de metal hizo despertar el adiestrado guerrero en él desplazando el miedo. Con la otra mano cogió la daga que llevaba en el cinturón a la espalda.

Una zarpa enorme buscó su cuello.

Sus reflejos y entrenamiento de Cazador tomaron el mando. Se lanzó a un lado para esquivar la letal garra. La bestia volvió a rugir y se le echó encima. Ikai clavó con fuerza la espada, buscando el corazón. Recibió un brutal zarpazo en el costado. El dolor estalló en su mente pero no se amedrentó. Volvió a acuchillar a la bestia, una y otra vez con ambas armas, buscando alcanzar el órgano vital. Una nueva laceración en el pecho le provocó un dolor insufrible. Pero en su mente sólo había una idea, debía seguir acuchillando o morir.

Las aciagas fauces de la bestia buscaron su rostro. El hedor del aliento del animal lo invadió y el miedo lo devoró. Estaba perdido. De súbito, la bestia se arqueó y rugió enloquecida de furia. En lo alto de la cañada Ikai vio a sus compañeros tirando contra el monstruo. Pero el maldito intentó desgarrar su cuello. Viéndose perdido, Ikai intentó protegerse con el brazo. Los colmillos de la bestia mordieron con fuerza y se encontraron con la Argolla en su muñeca. Ikai volvió a acuchillar, esta vez en el cuello. En medio de un rugido estremecedor recibió un golpe tremebundo en hombro y cabeza. La espada cayó de su mano. Se derrumbó de rodillas y quedó indefenso. Mareado, intentó fijar la vista pero todo estaba borroso, y vio algo extraño, algo que no podía ser: los ojos del oso no eran de animal, parecían humanos... pero no podía ser...

La bestia bramó.

Y la negrura se lo llevó.

Kyra levantó la mirada del leño y bajó la rudimentaria hacha que su hermano Ikai le había confeccionado. Se secó el sudor de la frente y observó los campos. Llevaba todo el día trabajando en la granja y el cansancio arremetía contra las exiguas fuerzas con las que contaba. Cada día parecían ser menos. Por fortuna pronto comenzaría a anochecer y podría disfrutar de una frugal cena, no calmaría por completo la sensación de hambre que padecía pero al menos la reconfortaría.

Suspiró y se frotó el estómago. Le resultaba increíble la habilidad de su querida madre para preparar sopas y cocidos variados con tan poco género. Unas pocas verduras y tubérculos del huerto y era capaz de preparar un reconfortante plato caliente que llevarse a un estómago agradecido. Pero la escasez de grano y la falta de carne fresca se sufrían de forma acuciada. Cada día estaban un poquito más delgadas, un poquito más débiles. Hasta la vuelta de Ikai no tendrían moneda con la que conseguir más alimento y medicina.

Contempló los campos tras la valla al norte, pertenecían a sus vecinos, los Arken, otros sufridos campesinos como ellos. Kyra vio pasar a Colem, el patriarca, y éste la saludó con la mano. Lo seguían sus dos hijos y algo más retrasada caminaba su esposa. Trabajaban el campo de sol a sol intentando alimentar sus famélicos cuerpos. Eran el vivo retrato de una sociedad sumida en la pobreza y el sufrimiento. La escasez y el hambre se extendían como una epidemia entre los campesinos, gravados con cuotas desproporcionadas para contentar la vanidad infinita de los despiadados Dioses.

—¡Hola, Volte! —saludó Kyra con una forzada sonrisa.

—¡Saludos, Kyra! —respondió el benjamín con ojos apagados. Estaba tan delgado como una espiga de trigo. Kyra sacudió la cabeza apesadumbrada.

—¡Malditos Dioses! —farfulló entre dientes con rabia. Aquella era la

forma de mantenerlos a todos controlados: un pueblo al borde siempre de la inanición, carente de vigor alguno, era incapaz de revelarse.

Y como si los punitivos Dioses pudieran leer el pensamiento de Kyra, lo vio aparecer, sobre la loma de la pequeña colina, en el camino que conducía a la aldea. La odiada figura se detuvo y comenzó a observar. Acto seguido apuntó algo en su extraño tomo plateado, como siempre hacía.

¡El maldito Ojo-de-Dios!

El espía de los Áureos.

El enjuto y sombrío ser vestía la inconfundible y temida túnica de plata ribeteada en oro, con extrañas runas incomprensibles para los hombres. La rica prenda le cubría de cuello a pies. Los brazos los llevaba descubiertos, mostrando una piel ocre y tostada donde se apreciaban hinchadas y oscuras venas, como si en lugar de sangre corriera tinta espesa por ellas. La cabeza la llevaba siempre enfundada en un siniestro yelmo metálico. La parte posterior del yelmo era dorada, como si fuera de puro oro. La parte frontal lo formaban dos triángulos de argento, verticales, simétricos e idénticos, uno cubriendo la parte izquierda del rostro y el otro la derecha. Los separaba una minúscula franja dorada. Mirar la pulida superficie era como contemplar un espejo que no reflectaba imagen sino que la devoraba.

Kyra sintió un escalofrío y se le erizó el pelo de la nuca.

«¿Qué hace aquí?» se preguntó extrañada. Hacía una estación que no los veía, y entonces se percató de que estaban al final del invierno, al final de una nueva estación, y el maldito venía a recaudar. Sólo que tras el largo invierno nada quedaba que recaudar, pues nada tenían.

Un fuego rabioso nació en el estómago de Kyra e involuntariamente apretó con fuerza la empuñadura del hacha. Estuvo a punto de avanzar hacia él, pero entonces los vio. Rezagados, a unos pasos: los Ejecutores. Iban armados con largas lanzas de brillante metal. Salvaguardaban al Ojo-de-Dios y ejecutaban sin dubitación la ley de los Dioses.

Kyra contó una docena en cerrada formación. Vestían túnicas tan rojas como la sangre que derramaban del pueblo al que despojaban del fruto de sus esfuerzos por sobrevivir. El rostro lo portaban cubierto con

un extraño yelmo similar al de sus señores. La parte posterior del yelmo era roja. La parte frontal la constituía un rombo de plata, dividido en dos mitades idénticas, sobresaliendo del rostro. Pero a diferencia del Ojo-de-Dios, la división era horizontal y los dos triángulos, se curvaban y alargaban en los extremos, el superior cubriendo al frente y el inferior la nariz y boca. Una franja negra, a la altura de los ojos dividía las dos piezas metálicas.

Nadie había visto nunca los rostros que se escondían bajo aquellos siniestros yelmos. El rojo vivaz de sus túnicas captó el ojo de Kyra y su ánimo se encendió. Sobre la túnica, en pecho y espalda, portaban coraza negra grabada en rojo con extraña simbología que le era indescifrable. También en negro, grebas hasta la rodilla protegían tobillo y espinilla; guanteletes del mismo color protegían manos y antebrazo. Una larga capa enrojo intenso colgaba a sus anchas espaldas. Se decía que tenían la fuerza de tres hombres y la sed de sangre de un animal rabioso. Kyra había oído rumores de que eran como sabuesos, una vez que olían sangre no se detenían. Su piel era también de color ocre oscuro y venas hinchadas de negro recorrían poderosos músculos. Eran tan odiados como temidos. Nadie osaba dirigirse a ellos, ni tan siquiera mirarlos.

Tras ellos, como era menester por su inferior estatus, Kyra pudo ver a un Procurador. Avanzaba en su elegante túnica blanca con ribetes azules y el símbolo del sol grabado en el pecho. Lo acompañaban varios de sus guardias. Kyra lo reconoció, era Ambuk el Procurador de la aldea.

Abriendo paso a su señor, el Ojo-de-Dios, los Ejecutores avanzaron hasta los Arken y éstos, de inmediato, se echaron al suelo en sumisión absoluta, pues sus vidas corrían serio peligro.

La rabia trepó ardiente por el pecho de Kyra hasta llegarle a la garganta y la obligó a tragar saliva. Tenían al pueblo sumido en un terror abismal. La opresión y sufrimiento que ejercían eran terribles, una mirada, un gesto, un comentario desafortunado era castigado con la muerte. Los despiadados Ojo-de-Dios, en su incansable cometido, controlaban todas y cada una de las aldeas, oprimiendo y asfixiando mediante la Ley de los Dioses a un pueblo esclavizado.

Kyra observó como Colem rogaba al Ojo-de-Dios entre súplicas.

—No tengo más grano, no me queda nada —suplicaba sin atreverse

siquiera a mirar al Siervo de los Dioses.

El Ojo-de-Dios ignoraba al granjero postrado a sus pies con ademán impasible.

—Os lo aseguro, no escondo nada—continuó rogando.

Aquellos malditos se llevaban cuán poco grano y alimento las familias tuvieran guardado para sobrevivir. Los campesinos suplicaban entre llantos e intentaban esconder el cereal que podían, pero la tortura impune que aplicaban sin paliativos, terminaba haciendo que confesaran. Kyra había presenciado impotente como algunos valientes entregaban sus vidas para salvar a sus familias, negándose a revelar dónde habían escondido el poco remanente de la cosecha. Los Ojo-de-Dios torturaban hasta la muerte a los desdichados. Los gritos de sufrimiento y terror eran comunes a lo largo de toda la comarca.

«¡Malditos siervos sin entrañas de Dioses sin alma!».

Kyra intentó calmar la furia que comenzaba a bullir en su estómago, una rabia que conocía bien y que mucho le costaba contener, pues sabía que nada bueno de ella surgiría. Con gusto arrancaría el corazón al Ojo-de-Dios, pero pensó en su madre y su hermano, en cuánto padecerían si a ella también se la llevaban... Bajó la cabeza y suspiró con enorme sentir. Al menos ellos seguían con vida, se consoló. Otras familias habían perecido ya al hado del invierno y los Ojo-de-Dios.

Kyra observó a Colem suplicar mientras los Ejecutores registraban el granero y el corral de la familia. Nada encontrarían más que una escuálida vaca y una cabra coja. Rogó para que no se las llevaran pues necesitaban su leche. El Ojo-de-Dios hizo un gesto con la cabeza y uno de los Ejecutores se llevó la vaca.

—No, por favor, necesitamos la leche, no tenemos nada más. Moriremos de hambre —suplicó Colem desesperado.

Uno de los Ejecutores lo golpeó con violencia en las costillas y el pobre campesino se dobló de dolor. Volte intentó ayudar a su padre pero fue reducido al instante en medio de terribles golpes.

Kyra dio un paso al frente con el hacha en su mano, y la ira a punto de estallar como un volcán en erupción.

—¡Quieta! —llegó la orden en un tono suave pero imperativo.

Kyra se giró y vio a Solma con la azada en una mano y hierbas malas arrancadas del huerto en la otra.

—Están llevándose todo, los va a matar de hambre.

—Nada podemos hacer por ellos.

—¡Lo abriría en canal!

—¡Kyra! ¡Calla! Si te oyen te llevarán como se llevaron a tu padre y nunca volveremos a verte.

—Si consiguiera matar a uno, uno sólo de esos siervos, al menos tendría la satisfacción de haberlo vengado.

—¿Sí? ¿Y qué conseguirías con eso? Hay Ojo-de-Dios escoltados por Ejecutores controlando las seis comarcas. Pronto sería sustituido por otro enviado desde la Ciudad Eterna. ¿Y cuál crees que sería el castigo? No sólo acabarían con tu vida y la de toda tu familia sino que lo pagarían todas las familias de la comarca. Los Dioses no toleran la más insignificante indisciplina. Si una mano se alza contra uno de sus siervos, nuestra sangre bañará la tierra, la sangre de todas las familias. Esa es la ley de los Dioses.

—Aún así, deberíamos hacerles frente, demostrarles que no les tenemos miedo.

—¿Quién les hará frente, hija mía? Apenas si quedan hombres en los campos; la mayoría se los han llevado a las canteras o a las minas a obtener el granito y los minerales que requieren para la construcción de su Ciudad Eterna. Sólo quedan viejos y niños que no son capaces de empuñar un arma. ¿Quién se va a enfrentar a ellos? ¿Nosotras? ¿Las mujeres?

—¡Yo estoy dispuesta!

—Tú eres joven y tienes la cabeza llena de ideales peligrosos, al igual que los tenía tu padre.

Kyra suspiró. Sabía que su madre tenía razón, pero su alma gritaba ante la injusticia que sufrían.

—Dime madre, ¿qué ves? —preguntó mostrándole la Argolla en su

mano izquierda.

—La Argolla Áurea... la que todos llevamos —respondió ella como temiendo la respuesta que seguiría.

—Eso es, una Argolla con la que nos esclavizan, con la que han subyugado a nuestro pueblo durante más de 1000 años. Pero es más que eso, pues la marca del Buey que lleva grabada no sólo indica que soy una esclava sino que soy una esclava campesina y que nada más podré ser. Me obligan a trabajar los campos para ellos, y sólo eso puedo hacer hasta el día que muera.

Solma miró su Argolla donde el grabado del Buey refulgía al sol.

—¿Y qué ocurrirá el día que esta campesina esclava no pueda pagar los tributos que los dioses exigen? —dijo mirando al Ojo-de-Dios, mientras el ácido de la rabia trepaba hacia su boca.

—Kyra...

—Dime madre, ¿qué hacen con aquellos que ya no pueden producir?

Solma negó con la cabeza, sus ojos sumidos en un profundo pozo de tristeza.

—Me matarán, nos matarán, sin piedad alguna. ¿Es que no lo ves, madre? Estamos condenados, siempre lo estaremos.

—Kyra, no es el momento para esta discusión —el Procurador Ambuk nos está mirando.

—Deja que mire, no intervendrá, no ayudará a una pobre familia de campesinos, no enfrente de los siervos.

—El Procurador representará la ley del Regente entre los Senoca. Está aquí para dar legalidad a los actos del Ojo-de-Dios.

—Ya, como si no supiéramos que no es más que un monigote a su servicio. Son todos iguales, corruptos Procuradores sirviendo a un Regente títere de los Áureos. Matan de hambre a su pueblo a base de tributos y nada les importa, pues ellos viven bien como reyes en lujosas casas y palacios a nuestra costa.

—Kyra, por favor...

—No somos más que esclavos condenados a trabajar y sufrir una

vida de penuria hasta la muerte. No hay esperanza.

—Pero estamos vivos, nuestra familia permanece con vida y eso es lo que al final importa. La familia debe sobrevivir, ante todo. Cuida de tu familia y sigue con vida, por muy difícil que la situación sea, por muchas penurias y sufrimientos que debamos sobrellevar pues ese es el modo de sobrevivir.

—Sobrevivir para padecer una vida de sufrimiento... —Kyra sacudió la cabeza.

—No hables así, estamos vivos. Tú, Ikai, yo. Nos queremos y nos tenemos los unos a los otros. Piensa en eso. Aférrate a eso.

Kyra suspiró y dejó escapar una larga exhalación.

—¿Cambiará nuestro destino algún día, madre?

—Esa esperanza tengo en mi corazón. Y si no es este el tiempo, otro será, pero llegará. Por ello debemos cuidar de los nuestros y sobrevivir, la familia ante todo, Kyra, debemos permanecer unidos, fuertes y sobrevivir.

—Está bien, madre —dijo Kyra bajando la mirada resignada.

En ese momento el Ojo-de-Dios se giró hacia ellas y las contempló. El sol refulgió sobre la pulida superficie metálica de su siniestro yelmo.

—De rodillas, nos está mirando —dijo Solma con temor en la voz y arrodillándose con urgencia.

—Vamos, Kyra, al suelo —urgió.

Kyra permaneció de pie.

—Yo no le tengo miedo, no es más que el vil siervo de unos Dioses sin entrañas.

—Al suelo te digo, ¡ya! — Solma tiró con fuerza de la túnica de su hija.

Kyra lanzó una última mirada al Ojo-de-Dios y obedeció a su madre aunque gustosa hubiera desafiado a aquel ser maldito. Por un momento deseó que se acercara a ellas pero al ver a los Ejecutores aquel pensamiento de rebeldía sin sentido desapareció. Se arrodilló lentamente y se quedó con la cabeza gacha pese a que la rabia le salía como espuma por la boca.

Permaneció arrodillada, contemplando la tierra. Los puños cerrados. Impotente.

—Se marchan —dijo Solma con un prolongado suspiro.

Kyra miró a su madre y se puso en pie.

—Lo siento, madre, de verdad —dijo con el corazón en un puño por la angustia que había causado a Solma—. Es que es superior a mí, no puedo controlarme, cuando veo, cuando pienso...

—Lo sé, hija, y te honra. Pero debes aprender a controlar ese carácter tuyo...

De súbito el suelo comenzó a temblar. Un zumbido comenzó a escucharse en la lejanía, como un enjambre de abejas furiosas. Algo insólito ocurría. El temblor se volvió más fuerte y Kyra vio a los cuervos huir volando. Los siguió con la mirada y descubrió otras aves que también huían.

—¡Madre!

Las dos mujeres, asustadas, miraron alrededor intentando percibir qué sucedía. Una fuerte ráfaga de viento las golpeó, como si el dios de los soplos las abofeteara con una mano intangible.

—¿Un tornado?

Solma miró a los cielos pero permanecían despejados.

—No es un tornado —dijo señalando los cielos.

—¿Terremoto, entonces? —dijo Kyra que mantenía el equilibrio en medio unos temblores que incrementaban en magnitud.

El zumbido se acrecentó, volviéndose ensordecedor. Kyra se llevó las manos a los oídos, el sonido era insufrible.

Y entonces lo vieron.

Frente a ellas.

Una enorme ola translúcida de más de veinte varas de altura que llenaba todo el horizonte con su amplitud avanzaba hacia ellas, como si del frente de un descomunal maremoto se tratara. Pero no era agua lo que formaba la gigantesca ola: era energía.

—¡Un Llamamiento! —exclamó Solma.

—¡Madre!

Madre e hija se abrazaron. No había a donde huir. La gigantesca ola avanzaba hacia ellas barriendo todo a su paso, como si estuviera compuesta de miles de corceles diáfanos a galope tendido.

—Son los Dioses, es un Llamamiento —murmuró Solma con el cabello fustigado por el vendaval que ahora arreciaba. Kyra apenas pudo oírla en medio del ensordecedor zumbido y se abrazó con fuerza a su madre.

La gigantesca ola que barría toda la tierra Senoca se precipitó sobre ellas. Kyra la observó en todo su poder y magnificencia, alzándose colosal ante sus ojos, un instante antes de ser alcanzada.

—¡Malditos Dioses! —gritó desafiante.

Y la gran ola de energía arcana las golpeó.

Kyra salió precipitada de espaldas y golpeó el suelo a varios pasos de donde se encontraba. Quedó tendida sobre el suelo de tierra. Comenzó a temblar de forma descontrolada, como si la hubieran sumergido en un río glacial una mañana de invierno. Sentía un dolor gélido por todo el cuerpo.

—¡Madre! —gritó y extendió la mano izquierda hacia Solma que a tres pasos de ella temblaba convulsivamente sobre el suelo.

—¡Madre! ¿Estás bien?

Solma giró la cabeza y la miró. Sus ojos se abrieron de par en par. Una mirada de miedo visceral surgió de ellos.

Aquello asustó a Kyra. ¿Por qué se había aterrorizado su madre?

—La... Argolla... —balbuceó Solma intentando señalar con la mano temblorosa.

Kyra se miró la Argolla.

Fulgía con un dorado maligno.

Y entonces lo supo.

Había sido Seleccionada.

Sin poder dejar de temblar, se llevó la mano derecha sobre la Argolla y la tapó intentando sobrellevar los temblores.

«¿Por qué yo? Maldita sea. ¿Por qué yo?» pensó incapaz de asimilar que hubiera sido seleccionada por los Dioses. «Los convocados rara vez vuelven a ser vistos» pensó cada vez más preocupada. «Podría huir pero enviarían a los Siervos y a los Cazadores tras de mí... pero no puedo dejar que me lleven, no sin al menos intentar escapar».

Una sombra la cubrió.

—Eso que intentas no te libraré —escuchó decir a una voz tan chirriante como metálica. Dolía a los oídos.

Kyra volvió la cabeza al origen de la sombra y lo vio.

El Ojo-de-Dios.

En la palma de su mano portaba un disco. Emitía un destello dorado, similar al que ahora emitía su Argolla.

—¿Qué quieres? —dijo Kyra con el estómago atenazado por el miedo.

—Aparta la mirada de mí y muestra el respeto que me debes, esclava —chirrió el siervo de los Dioses.

Tres Ejecutores la rodearon. Sus enormes sombras cayeron sobre ella.

Kyra sabía que mirar a un Ojo-de-Dios podía significar la muerte. Apartó la mirada a un lado y lanzó miradas de reojo.

—Dejadme en paz —dijo Kyra sin poder contenerse.

El yelmo del Ojo-de-Dios emitió un sonido metálico y las dos mitades del rombo de plata se apartaron a los lados dejando ver aquello que daba nombre al siniestro siervo de los Dioses: El Ojo de Dios.

Un enorme iris dorado compuesto por miles de diminutos puntos que rodeaba una pupila de un azul celestial sobre un fondo negro y eterno apareció en el frontal del yelmo. Alrededor del gran Ojo de los Dioses pudo observar miles de pequeñas salpicaduras en ocre. Decían que a quien lo contemplaba no le quedaba duda alguna de que se hallaba ante el escrutinio de los propios Dioses. A Kyra aquel ojo le produjo una repulsa

y terror incontrolables.

El ojo se iluminó y partiendo de él, un haz de luz blanquecina la barrió de pies a cabeza por dos veces antes de volver a apagarse.

Kyra apretó los dientes y los puños con fuerza. ¿Qué le estaba haciendo aquel ser de pesadilla?

El yelmo volvió a emitir un sonido metálico y las dos mitades triangulares se cerraron, ocultando el gran Ojo.

—Ha sido Seleccionada. Llévala —ordenó a los Ejecutores.

—¡No, dejadla! ¡No podéis llevársela! ¡No ha hecho nada! —gritó Solma desde el suelo desconsolada.

—¡Cómo te atreves a interferir con la voluntad de los Dioses! ¡Haced callar a la esclava!

Dos de los Ejecutores se volvieron. Con una brutalidad espantosa golpearon a Solma, indefensa en el suelo, hasta que perdió la conciencia.

—¡Noooooo! ¡Cerdos! —Kyra se puso en pie. Estaba fuera de sí, con el cuerpo aún temblando pero la rabia la dominaba. De su cinturón, a la espalda, sacó la daga de lanzar y fue a apuñalar en el cuello al Ojo-de-Dios.

Una mano férrea se cerró sobre su antebrazo. Kyra giró la cabeza y se encontró con el yelmo de un Ejecutor. La abertura entre las dos piezas triangulares del yelmo se iluminó y Kyra contempló unos ojos rojos, inyectados en sangre.

—¿Qué crees que haces? —le dijo una voz tan profunda que parecía partir de una caverna subterránea.

Kyra se sobrepuso de la impresión de la mirada del Ejecutor e intentó liberar el brazo. Un segundo ejecutor la golpeó con la lanza en el estómago, dejándola sin aire. Kyra se dobló al tiempo que la desarmaban. Quedó postrada, de rodillas.

Miró a su madre, que yacía muy malherida, inconsciente. La rabia y la impotencia la consumieron.

—Es hora de que cumplas tu destino —dijo el Ojo-de-Dios, y le puso el disco en la frente.

La noche se la llevó.

3

—¡No, no, no! —gritó Ikai sacudiendo violentamente la cabeza y se despertó.

Abrió los ojos sobresaltado, el sudor bañaba su frente y tenía el cabello empapado. Observó la rústica pared de barro intentando aclarar la mente. No sabía dónde estaba, ni qué era lo que le había sucedido pero sentía como si una mano gigantesca estuviera estrujando su corazón. ¿Acaso despertaba de una pesadilla? ¿O quizás seguía inmerso en ella? Intentó incorporarse en el catre y un terrible dolor lo azotó por todo el costado hasta alcanzar el pecho. Soltó un aullido de angustia mientras su mente intentaba soportar el sufrimiento. Quedó tendido sobre la áspera lona, dominado por un padecimiento tan intenso que le impedía pensar.

—Quieto, no te muevas —dijo una voz familiar.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ikai aturdido, buscando el origen de la voz.

—No te muevas o se soltarán los puntos de sutura y se te abrirán las heridas. Todavía no han cicatrizado.

Ikai consiguió focalizar al hombre que le hablaba desde la entrada de la choza. Reconoció al Maestro Cazador Sejof.

—¿Dónde estamos, Maestro?

—Tranquilo, muchacho, estás malherido.

Ikai miró los vendajes que cubrían su pecho casi por completo. Tenían un color verdusco y olían muy mal. Tuvo que retirar la cabeza a causa de una náusea.

—Estamos en Fisma, era la aldea más cercana con una curandera de confianza. Te desangrabas y tuvimos que traerte con urgencia. Si te digo la verdad, no creí que sobrevivieras. He visto muchas heridas pero lo que ese

oso te hizo... no se sobrevive a algo así...

—¿Cuánto tiempo?

—Llevas aquí más de cuatro semanas debatiéndote entre la vida y la muerte.

—¿Tanto?

—Da gracias a los dioses del mar por haber sobrevivido.

Una mujer anciana en una sencilla túnica gris de lana entró en la choza portando un cuenco de barro entre las manos.

—Esta es Isam la curandera, es ella quien ha logrado salvarte. No me preguntes cómo pues no logro entenderlo. Deberías estar muerto...

La cara de la anciana parecía un pliego de arrugas, y en ella surgió una pícara sonrisa.

—El mérito es del muchacho. Yo sólo he cuidado que las heridas no se infectaran, si ha sobrevivido es por la fuerza de su espíritu. Hay mucha fuerza en su interior.

—Algo más has hecho... —dijo Sejoj cruzando los brazos sobre el pecho con una sonrisa.

La anciana se acercó hasta Ikai y le ofreció un recipiente.

—Acábatelo, es un brebaje que sabe muy mal, lo reconozco, pero que ayudará a tu cuerpo a recuperar algo de vitalidad.

—Gracias... —dijo Ikai mirando los ojos de la anciana, donde encontró el brillo de la sabiduría que otorgan los años y el estudio. Bebió con dificultad, tenía la garganta tan árida como un desierto. El horrible sabor del bebedizo le produjo una arcada, la aguantó y lo bebió hasta terminar.

—He hecho cuanto he podido —dijo la curandera mirando a Sejoj—, pues tu moneda es siempre bien recibida en esta casa y la protección de los poderosos Cazadores una bendición para esta pobre anciana —terminó con otra sonrisa.

—Tus servicios siempre son excelentes, vieja amiga, pero esta vez he de decir que te has superado —respondió Sejoj guiñando un ojo.

La curandera cogió el cuenco y puso la mano sobre la frente de Ikai. Luego le abrió el ojo izquierdo y lo examinó detenidamente.

—Ya no tiene fiebre, la infección ha desaparecido. Los emplastes han surtido efecto. No debes quitarte los vendajes en una semana, ¿me comprendes, joven Cazador?

—Pero huelen a podrido...

—Y peor que olerán, pero evitan la infección y ayudan a la cicatrización de la carne.

Ikai asintió.

—No los tocaré.

—Muy bien. Y ahora si los grandes Cazadores me disculpan, tengo más enfermos a los que atender —la anciana se acercó a un viejo anaquel de olmo y cogió un envase de cerámica cubierto con lino y atado con cintas de cuero. Ikai se preguntó qué contendría. Luego observó el resto de envases y la calavera humana que presidía la estantería y prefirió no saberlo.

—Gra... gracias —saludó a la anciana.

La curandera se volvió

—Recuérdame, joven Cazador, recuerda a Isam la curandera.

Ikai la miró intrigado.

—Te recordaré, Isam la curandera, cuentas con mi promesa y yo soy un hombre de palabra.

La anciana saludó a Ikai con la cabeza, se volvió y abandonó la choza.

—Curiosa mujer, algo excéntrica, pero la mejor curandera que conozco. Ni los mejores cirujanos y boticarios de la gran ciudad con sus medicinas y conocimiento obtenidos de los Siervos de los Dioses son tan buenos sanando heridas graves.

—Ya recuerdo... la bestia...

—Eso es, muchacho, por poco no lo cuentas. Aquel descomunal oso estuvo a punto de hacerte pedazos.

—¿Oso...?

—La cabeza y pelaje eran de oso, pero no pude ver bien a la mala bestia, nos daba la espalda.

—Quizás pareciera un oso pero era algo más... una bestia extraña...

Sejof se llevó la mano a la barbilla.

—Es cierto que ahí fuera, pasado el límite de lo permitido por los Dioses, rondan animales extraños... no es la primera vez que los hemos visto.

Ikai asintió.

—No era un oso... no tal y como los conocemos a este lado... era algún tipo de engendro, Maestro. Puedo asegurarlo...

Sejof suspiró profundamente.

—Puede que así fuera, Ikai, no lo sé. Lo que sí sé es que mató a cuatro de tus compañeros y por muy poco a ti. Y todos eran Cazadores expertos. Eso no es obra de un oso de las montañas... eso también puedo asegurarlo.

Ikai volvió a intentar incorporarse, muy despacio, sufriendo, hasta que consiguió sentarse sobre el catre.

—Y la carnicería de la cañada...

Sejof asintió con semblante preocupado y rara vez adoptaba tal expresión.

—De nada sirve ahora darle vueltas a este asunto. Lo que fuera del Confín yace no debe molestarse. Por desgracia, en esta ocasión nos topamos con lo que no debíamos y lo hemos pagado caro, muy caro... —dijo negando con la cabeza mientras observaba por la pequeña ventana.

Ismes y Yestas entraron en la choza. Iban armados y portaban los morrales de caza a la espalda.

—¡Por fin despierta el dormilón! —dijo Ismes jocosamente mientras se acercaba a saludar.

Ikai sonrió a su amigo y agradeció el gesto.

Yestas rió y saludó con una elaborada reverencia

—¿Habrá descansado lo suficiente el gran Cazador? —inquirió en chanza.

Ikai imitó un bostezo.

—Creo que descansaré otras tres o cuatro semanas.

Los tres rieron y hasta Sejof sonrió, lo cual era poco habitual en él.

—Nos alegramos en el alma de que te encuentres bien, Ikai, te trajimos a marchas forzadas y faltó muy poco para que te nos fueras antes de alcanzar este poblado —le dijo Ismes.

—Os debo la vida, no lo olvidaré —dijo Ikai mirando a ambos amigos a los ojos.

—Tú hubieras hecho lo mismo por nosotros —le contestó Yestas.

Ikai asintió con la cabeza

—Sin dudar. Hermanos Cazadores somos.

—Es hora de partir —interrumpió Sejof—. Debo volver a la capital. El Regente demanda una explicación de lo sucedido. Ha enviado a un maldito Procurador y lleva días incordiándome sin descanso. Si no regreso ahora mismo me temo que nuestros cuellos correrán peligro. El Regente es un hombre de muy limitada paciencia y gran facilidad para el derramamiento de sangre —comentó en un susurro apenas audible.

Ikai suspiró.

—Lo entiendo. Marchad, no os preocupéis por mí. Estoy bien.

—Necesito ponerme al día de lo que está sucediendo en la capital y encontrar nuevos reclutas que formar —la cara del Maestro Cazador se ensombreció—. Hemos perdido un tercio de la partida de caza —sacudió la cabeza y miró hacia la puerta—. Por fortuna no hemos sido llamados estas semanas, pero tengo el presentimiento de que lo seremos pronto.

Ikai terminó de despedirse de sus compañeros y los vio partir. Los echaría de menos, eran familia para él, hermanos. Los Cazadores conformaban una manada de lobos y el Maestro ejercía de macho alfa.

Sejof se paró en la puerta y se giró hacia Ikai.

—Antes de reunirte conmigo en la capital será mejor que vayas a tu

granja.

Ikai se tensó al instante.

—¿Ha sucedido algo malo? ¿Es mi madre? ¿Mi hermana?

—No lo sé, Ikai, pero me han llegado rumores... mejor que vayas a comprobar qué sucede tú mismo. Si algún Procurador te cuestiona, estás libre de servicio hasta que las heridas cicatricen.

—Lo agradezco, Maestro —dijo Ikai bajando la cabeza, como muestra del respeto que sentía.

—Una última advertencia: mantente alejado de los Ojo-de-Dios. Si tan siquiera los ofendes con una simple mirada morirás, tú y toda tu familia. Los mandatos de los Dioses y sus servidores deben ser cumplidos de forma tácita o pagarás con tu vida y la de tu familia. ¿Me has comprendido?

—Sí, Maestro. No me enfrentaré a ellos Acataré sus designios.

Sejof asintió.

—Te he dejado tu paga y un anticipo sobre esa cesta, bajo una armadura nueva, la que vestías quedó inservible. Buena suerte, Ikai.

Días más tarde, ayudado por un cayado de olmo que él mismo había fabricado, Ikai llegaba a tierras familiares. El arco y el morral que cargaba a la espalda tiraban de las heridas con cada paso infligiendo dolor a su cuerpo, pero no podía perderlos, eran equipamiento de Cazador y todo cuanto poseía. Desde una pequeña cresta contempló la interminable planicie que se extendía hasta los afluentes del grandioso río Zibai, dividida en incontables rectángulos adyacentes de tierra de cultivo, cada uno con una pequeña edificación, tan humilde como los hombres que la habitaban. Los campos de su comarca. Por fin estaba en casa. Descendió por el camino viejo hasta Issoli, su aldea, pero decidió dirigirse a la granja, bordeándola, pues no deseaba encontrarse con el Procurador y tener que dar explicaciones.

Al alcanzar los terrenos de su familia, Ikai vislumbró la pequeña granja donde había vivido toda su vida. Se percató de que la huerta estaba descuidada y que mala hierba campaba a sus anchas entre la escasa verdura de invierno. Algunos vegetales incluso estaban podridos. Aquello lo alarmó. Su madre jamás permitiría que buenos alimentos se echaran a perder, jamás.

«Algo va mal» pensó, y se apresuró hacia la puerta. Por las dos pequeñas ventanas, con la ajada lona que ejercía de cortina, no surgía luz alguna y ya estaba anocheciendo.

Ikai abrió la puerta con urgencia y llamó a la oscuridad reinante:

—¡Madre, Kyra!

No hubo respuesta.

—¡Madre! ¡Kyra! —volvió a llamar angustiado. Dejó el arco y el morral junto a la puerta y se precipitó a las habitaciones traseras mientras un mal presentimiento devoraba su estómago.

No halló a nadie. La casa estaba desierta.

Revisó la cocina y su habitación en busca de algo que le indicara qué había podido suceder pero no encontró respuestas.

Salió al exterior y volvió a llamarlas cada vez más angustiado.

—¡Madre! ¡Kyra! ¿Dónde estáis?

El silencioso soplo del viento fue la única respuesta que obtuvo. Se apresuró a la parte posterior de la casa, junto al roble, el lugar preferido de Kyra, pero tampoco la encontró allí. Un nerviosismo ácido comenzó a trepar por su tráquea. ¿Dónde estaban? Estaba anocheciendo, deberían estar ya en casa, el fuego bajo prendido.

—¿Ikai? ¿Eres tú? —llegó de pronto el sonido de una voz.

Ikai la siguió y vio a un joven en la penumbra, junto a la cerca.

—Sí, soy Ikai —respondió avanzando hacia el joven.

—Gracias a Girlai, nuestro Padre Luna, que eres tú, pensé que era algún ladrón... ven rápido.

Ikai se acercó al joven.

—Volte, no te había reconocido —dijo al benjamín de los Arken, sus vecinos—. ¿Qué sabes de mi madre y hermana? ¿Dónde están? —se apresuró a preguntar.

—Será mejor que me acompañes, Ikai. Vamos rápido a mi casa —dijo mirando a su espalda.

Ikai lo siguió y los dos jóvenes avanzaron apresuradamente hacia la casa de los Arken. Ikai, dolorido, intentaba mantener el paso apresurado del muchacho.

Llegaron hasta la morada, muy similar a la suya, algo más grande y con una pequeña cuadra en la parte posterior. Entraron de forma precipitada. En la habitación común, junto al lar, estaban Telmas, el hermano mayor de Volte, y Colem, su padre. Los dos hombres los miraron con ojos llenos de miedo pero al reconocerlos se tranquilizaron.

—Ikai... bienvenido —saludó Colem, el patriarca.

Ikai lo saludó con un abrazo. Lo miró a los ojos y preguntó:

—¿Mi madre, mi hermana?

Colem asintió y le indicó que lo siguiera. El hombre se dirigió a la habitación posterior. Abrió la puerta y entraron. Sobre una cama reposaba su madre y junto a ella estaba Ulma, la esposa de Colem, atendiéndola.

—Resultó herida —comenzó a explicar Colem.

Ikai se abalanzó a abrazar a su madre que lo reconoció con ojos llenos de lágrimas.

—Ikai, hijo mío.

—Madre, ¿qué ha sucedido? ¿Estás malherida? —preguntó mientras la angustia le salía por la boca.

Solma comenzó a llorar e Ikai se percató de los moratones en parte del rostro y cuello. Estaba muy magullada y con cardenales muy feos. Se arrodilló junto a ella y la examinó con cuidado.

—Ha recibido una fuerte paliza, tiene todo el cuerpo así... —dijo Ulma con pesar apartándose para dejarle espacio—. Hemos hecho cuanto hemos podido pero sigue muy débil. Lleva semanas postrada, sin fuerzas para levantarse.

—¿Quién le ha hecho esto? —preguntó Ikai lleno de rabia.

—Fueron los Ejecutores... —respondió Colem con tono temeroso.

—¿Ejecutores? ¿Aquí?

—Sí, Ikai.

—No entiendo.

Ulma miró a Colem y por un instante se hizo un silencio fúnebre.

—Se la han llevado, hijo —balbuceó Solma entre lágrimas—, se han llevado a mi pequeña —y rompió a llorar.

A Ikai el estómago le dio un vuelco tan fuerte que pensó vomitaba las entrañas.

Ulma le puso una mano sobre el hombro y le susurró al oído.

—Tu hermana fue Seleccionada.

Ikai la miró a los ojos y tratando de sosegar el mar salvaje de rabia y frustración que sentía escuchó a la buena mujer.

Ulma le narró con detalle todo lo acontecido durante el Llamamiento.

El corazón de Ikai comenzó a latir como un caballo desbocado.

—El Ojo-de-Dios se la llevó. Tu valiente madre trató de impedirlo y los Ejecutores le dieron una paliza tremenda. No sé cómo ha sobrevivido, la dábamos por muerta. Pero todos los días me decía lo mismo: «Ikai regresará, él la encontrará». Te ha estado esperando día tras día, negándose a morir.

Ikai miró el dulce rostro de su madre y los ojos se le llenaron de lágrimas. Deseaba matar a aquellos monstruos, arrancarles el corazón con sus manos pero sabía que enfrentarse a un Ejecutor era la muerte. La rabia e impotencia que sentía eran tales que pensó que espuma blanca le saldría por la boca. Respiró profundamente intentando sosegar, intentando pensar. Debía razonar, sí, calmarse y pensar.

Transcurrieron unos instantes, todos los ojos estaban clavados en él y finalmente se alzó.

—Lo primero es agradeceros el haber cuidado de mi madre, le habéis salvado la vida —dijo Ikai con tono sentido.

—Ella hubiera hecho lo mismo por nosotros, la conocemos bien, toda una vida luchando hombro con hombro por sobrevivir en estos duros e ingratos jornales —dijo Ulma sonriendo a Solma y le acarició la frente con ternura—. Tu madre me ayudó a traer a estos dos muchachos a este triste mundo. No podía dejarla morir.

—Os honra. Y mucho —dijo Ikai bajando la cabeza sobrecogido por la emoción—. Sé bien que apenas tenéis nada que llevaros al estómago y aún así habéis compartido con ella. No tengo palabras de gratitud suficientes. Sin embargo tengo algo que necesitáis: moneda, y con ella os recompensaré aunque mucho más de lo que tengo os merecéis por vuestra bondad y amistad.

—No es necesario... —comenzó a decir Colem.

—Eres un hombre con orgullo, Colem, y eso te honra —le interrumpió Ikai—, pero el orgullo no llena estómagos vacíos —cogió la bolsa con su paga y lanzó una moneda a Volte que observaba tras la puerta.

—Ve a buscar a la curandera en Issoli. Dale esa moneda y dile que hay más. Que se apresure.

Volte asintió y salió corriendo.

—El resto es para tu familia, Colem —dijo Ikai y le entregó la bolsa con las monedas.

Colem miró a Ulma y esta le hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Si no os importa me gustaría hablar a solas con mi madre.

—Desde luego, Ikai —dijo Colem, y él y su esposa se retiraron a la habitación común cerrando la puerta tras ellos.

Ikai se arrodilló junto a su madre y le sujetó las manos con ternura.

—Madre... —dijo intentando reprimir las lágrimas.

—Se la han llevado, Ikai, se la han llevado a tu hermana —dijo ella entre llantos.

—Tienes que descansar y recuperarte, madre. Tienes que recuperar fuerzas y ponerte bien.

—Escúchame bien, hijo, debes buscar a tu hermana, debes

encontrarla y traerla de vuelta.

Ikai suspiró. Lo que su madre le pedía era un imposible, y él lo sabía. Una vez los Dioses se llevaban a alguien, no volvía a ser visto. Aquellos que habían intentado lo que su madre acababa de pedirle acababan muertos. La muerte llegaba a manos del Regente y sus Procuradores o bien a manos de los propios Siervos de los Dioses.

—Madre...

—Ikai, es tu deber, debes salvar a tu hermana. ¡Es tu deber!

Ikai miró a los ojos a su madre. En ellos vio la fortaleza y la determinación de aquella incomparable mujer. Cualidades de las que él creía carecer. Pero no podía quedarse allí y dejar que su hermana sufriera el vil destino que sin duda la aguardaba a manos de los Dioses. No quería ni imaginar lo que harían con ella. No, no lo permitiría, iría a rescatarla. Era su hermana pequeña y nada había sobre la faz de la tierra que Ikai quisiera más.

—¡La familia es lo primero, Ikai!

—Lo sé, madre, así me lo has enseñado.

—Siempre lo ha sido y siempre lo será. Tu sangre es lo más importante, aquello por lo que debes luchar con todas tus fuerzas, aquello por lo que merece la pena vivir esta insufrible existencia. Sin tu sangre, sin tu familia, no eres nada. Una mota de polvo que el viento barrerá, nada más.

Ikai asintió. Lo entendía perfectamente, su madre se lo había inculcado desde niño, más después de que se llevaran a su padre.

—Dame tu palabra, Ikai, júrame que no descansarás hasta encontrarla y traerla de vuelta. No podemos perderla como a tu padre.

Ikai asintió.

—Te lo prometo, madre.

—No descanses hasta traerla de vuelta. Haz lo que sea necesario.

—Lo haré, madre, tienes mi palabra.

—Habla con el Procurador Ambuk, suplícale que interceda.

Ikai asintió aunque bien sabía que ningún Procurador movería un dedo por ellos arriesgando su preciado pellejo ante la ira de los Siervos de los Dioses.

—Partiré al amanecer.

Solma sonrió a su hijo y toda la tensión desapareció de su rostro. Se relajó y cayó en un sueño profundo.

Ikai la contempló con el corazón henchido de orgullo. Era una luchadora nata, sobreviviría. Miró por el ventanuco tras la cama y vio las estrellas fulgir con fuerza. El día por venir traería buen tiempo. El día en que partiría en busca de Kyra.

Contempló la Argolla en su brazo y asintió con la cabeza.

«Voy por ti, hermanita, no te abandonaré. Nunca. Aguanta, voy a buscarte. Aguanta».

Una oscuridad absoluta la envolvía. Kyra intentó discernir algún objeto a su alrededor, algo que le permitiese orientarse, pero no encontró nada. No había fuente alguna de luz. Palpó el suelo sobre el que permanecía tendida. El frío y la humedad treparon por la palma de su mano. Un escalofrío le recorrió el brazo hasta azotarle la nuca. El suelo era duro y pulido. Intentó penetrar la negrura que la tenía secuestrada pero fue en vano. Un sentimiento de desamparo y angustia la invadió.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha sucedido?».

Avanzó a gatas en busca de una salida, de una luz, de algo que le permitiera saber dónde se encontraba. Pero se golpeó la cabeza contra una pared. En medio del dolor comenzó a recordar, e imágenes inconexas brotaron en su mente, como si despertara de una pesadilla. Recordó el Llamamiento, el Ojo-de-Dios y lo sucedido. Se dio cuenta de que tiritaba. Y no era sólo debido al frío.

De pronto escuchó un sonido ahogado a su derecha, cerca.

El corazón le dio un vuelco.

Volvió la cabeza e intentó identificar la procedencia del sonido. No podía distinguir si era humano o animal. Deseó con todas sus fuerzas que fuera humano. Intentó de nuevo perforar las tinieblas. Nada, era imposible ver nada.

El sonido se tornó lamento... humano.

Kyra inspiró profundamente y dejó escapar un largo soplido expulsando parte del miedo que la atenazaba. Recuperó su valor. Si no era una bestia salvaje podría defenderse, su hermano le había enseñado a hacerlo.

—¿Quién está ahí? —preguntó con tono firme, sorprendida de que no le temblara la voz.

El lamento cesó y hubo un momento de tenso silencio.

Kyra cerró los puños y se colocó sobre una rodilla, expectante, dispuesta a golpear.

—Será mejor que hables o lo lamentarás.

—No, por favor... soy Yosane... —respondió asustada una voz femenina.

—Si intentas hacerme algo te aseguro que lo lamentarás —amenazó Kyra muy decidida.

Un sollozo fue la respuesta a su amenaza.

—Por favor... no me hagas daño... —dijo Yosane rompiendo a llorar.

Al oír los lloros, Kyra se relajó y bajó la guardia.

—Yo me llamo Kyra, no temas, no te haré daño.

—¿Dónde estamos? No... no recuerdo qué ha sucedido —dijo Yosane con voz angustiada.

—No lo sé... debe ser algún tipo mazmorra... ¿Qué es lo último que recuerdas?

—El Llamamiento, los Ejecutores... y... y el Ojo-de-Dios. Después nada... creo que he despertado aquí...

—Lo mismo que recuerdo yo.

—Entonces... ¿tú también fuiste seleccionada?

—Por desgracia, sí —afirmó Kyra con la rabia agitando el ácido en su estómago.

—Corremos la misma suerte entonces...

—La misma desgracia —dijo Kyra arrugando la nariz—. Intenta acercarte a mí, estoy contra una pared.

—No veo nada...

—Tranquila, sigue mi voz.

—De acuerdo —dijo Yosane con algo más de seguridad, y comenzó a gatear sobre el suelo.

Kyra extendió la mano en la negrura.

—No tengas miedo ven hacia mi voz.

—Lo intento.

Kyra dirigió la mano hacia donde oía el cuerpo arrastrarse y al poco la encontró.

—Aquí, ven —le dijo palpando la cabeza de Yosane.

Las dos jóvenes se encontraron. Por un instante la desconfianza y el miedo las pudo. Ambas quedaron en silencio, temiendo alguna amenaza por parte de la otra. Pero tras el inicial momento de incertidumbre, acercaron sus cuerpos en la oscuridad. Se ovillaron contra la pared apoyadas la una en la otra. El silencio se hizo más patente, un silencio de desdicha, augurando la desgracia. La desesperanza las engulló y se abrazaron con fuerza en la lúgubre penumbra.

Por horas no se movieron. Esperaron a que algo sucediera, que alguien viniera a por ellas. Pero nada ocurrió. La incertidumbre y el desaliento crecían con el paso del tiempo, parecían flotar en la atmósfera que respiraban como un fantasma de oscuras alas esperando el momento oportuno para llevárselas al inframundo.

Yosane suspiró entrecortadamente.

—¿Por qué nosotras...?

—Quién sabe, los Dioses Áureos son caprichosos y despiadados... —respondió Kyra encogiéndose de hombros—. Acostumbran a convocar a quienes se les antoja, los motivos sólo ellos los conocen.

—Pero normalmente convocan a hombres...

—Sí, para enviarlos a trabajos forzados.

—Esto fue diferente...

—¿Por qué lo crees?

Yosane inspiró con fuerza.

—Yo estaba en la gran plaza de la capital, en Osaen, cuando se produjo el Llamamiento. Presencí como el gigantesco Monolito Sagrado de los Dioses comenzó a destellar en lo alto de la plaza. Las cuatro caras

de su pulida superficie negra comenzaron a fulgir y me asusté, me asuste mucho. Entonces comenzó el zumbido y los temblores, por un momento pensé que el monolito se derrumbaba, que sus más de 40 varas de altura se precipitarían sobre el gentío congregado aplastando a cientos. Pero por fortuna no sucedió. Primero hubo un destello cegador y luego un atronador estruendo, y se generó la gran onda de energía del Llamamiento que se expandió en todas direcciones como las ondas que produce el agua de un lago en calma cuando se tira una piedra.

—¿Así que el Llamamiento lo generó su gran monolito? — interrumpió Kyra.

—Sí, fue el monolito, te lo aseguro, lo vi con mis propios ojos.

—Continúa, ¿qué sucedió después?

—Barrió toda la plaza, toda la ciudad, y me golpeó con tal fuerza que me tiró de espaldas. Luego llegaron los Ojo-de-Dios y sus Ejecutores. Había cientos de personas en la plaza, todas en el suelo indefensas. Por un largo rato estuvieron buscando entre la gente y finalmente llegaron hasta mí. Mi Argolla resplandecía con intensidad...

—Sí, como sucedió con la mía. ¿Viste si la de alguien más brillaba?

—No, sólo la mía. Al ver que refulgía me asusté y miré alrededor, pero era la única... Luego llegó ese ser... el Ojo-de-Dios, el frontal de su yelmo se dividió en dos y vi aparecer el Ojo, casi me desmayo del miedo... luego se hizo la oscuridad.

—No es la primera vez que mujeres son llamadas. Pero por qué nosotras, no tengo ni idea —dijo Kyra.

—Algo diferente tenemos. Nos han elegido por algo, o para algo, no es casual. Piénsalo, de toda la plaza sólo fui seleccionada yo y había muchas personas... ¿Por qué razón no convocaron más mujeres?

Kyra sopesó aquello por un instante.

No lo había pensado, ni se le había ocurrido.

—Te gusta darle a la cabeza, ¿eh? Ahora me has hecho pensar... Quizás tengas razón, pero eso no cambia nuestra situación.

—¿Pero por qué crees que nos tienen aquí? —preguntó Yosane ahora inquisitiva.

—No sé por qué estamos aquí, pero me temo que no es para nada bueno...

—Sí, esa sospecha tengo yo también. Si nos hubieran elegido a todas las chicas en la plaza, hubiera deducido que se trataba de trabajos forzados o servidumbre. Pero sólo eligieron a unas pocas... eso indica que hay una razón muy concreta detrás de ello. Nos han elegido entre tantas por algo específico, algo que compartimos.

—Desde luego te gusta pensar —dijo Kyra con una risita, sorprendida por la inteligencia de su compañera.

—Perdona, no puedo evitarlo, siempre ando dando vueltas a las cosas en mi cabeza.

—Esa es una buena cualidad, en mi opinión. Una que yo no poseo... —dijo Kyra con una carcajada—, yo soy más de actuar impulsivamente o al menos eso dice mi hermano Ikai. La verdad es que tengo bastante temperamento y a veces me lleva a meterme en líos.

—Yo soy más bien lo contrario... muy tranquila y dada a meditar mucho las cosas antes de actuar. Me cuesta mucho tomar una decisión y lanzarme a la acción. Si te confieso la verdad, casi nunca lo hago... soy bastante retraída... y me asusto con facilidad...

—Pues entonces somos bien opuestas tú y yo. Eso contradice tu teoría de que hemos sido elegidas por algo especial que tenemos en común.

—Puede ser, sí... o puede ser que lo que compartimos no sea una característica de nuestra forma de ser sino otra cosa.

—Me pierdes, Yosane —dijo Kyra, y le dio un empujón amistoso con el hombro— creo que lo mejor será que tú sigas indagando y yo me encargue de defendernos.

—¿Qué crees que nos harán?

—Nada bueno, me temo.

—¿No... no abusarán de nosotras, verdad? —preguntó Yosane con el miedo claramente discernible en su voz.

—Estate preparada para lo peor. Si alguien me pone la mano encima lo lamentará. Y si intentan algo contigo, te defenderé. Mi hermano me ha

enseñado a luchar. Lucharé.

—He oído rumores en la capital... cuando se llevan a las jóvenes bonitas no se vuelve a saber de ellas... hablan de esclavas sexuales... y cosas peores...

—No sé qué nos espera, y ese podría ser nuestro destino, pero no pienso quedarme a averiguarlo.

Kyra también había oído esos rumores y otros que hablaban de sacrificios de vírgenes a los Dioses. Por desgracia, cuando el río suena, agua lleva... así que decidió actuar. Se puso en pie y comenzó a palpar la pared.

—Busquemos una escapatoria —le dijo a su compañera con tono convencido.

Por un día entero intentaron hallar algún resquicio por el que huir.

La mazmorra no tenía puertas ni ventanas, toda ella era de roca y, para su sorpresa, esférica. Habían palpado cada ápice de la estancia en busca de una posible salida y Yosane había marcado en la pared las dimensiones exactas de la mazmorra con un trozo de piedra. Pero no habían tenido éxito en hallar una posible salida.

Kyra no se explicaba cómo las habían introducido allí pero no parecía haber una entrada. En un extremo habían encontrado una especie de abrevadero de piedra con agua. Junto al mismo, en un arcón de roca, hallaron carne curada y pan negro. Yosane había propuesto racionar la comida y el agua de forma que pudieran subsistir el mayor número de días posible. Tenía que reconocer que a ella no se le habría ocurrido hacerlo, hubiera consumido la comida para mantenerse con fuerza por si se diera la necesidad de confrontar algún peligro. Algo más a la derecha había un cuenco de cobre con tapa pesada que usaron a modo de letrina.

Por alguna razón sus captores las mantenían con vida, aunque completamente aisladas. Para el tercer día estaban ya tan ciegas como un topo en aquella oscuridad cerrada. El desaliento erosionaba el ánimo de Kyra y la negrura impenitente castigaba su espíritu como un pesado martillo el yunque. Las habían abandonado a su suerte en aquella extraña cámara fría y lúgubre.

Pasaron dos días más y cada día el desánimo devoraba con una

dentellada temible los restos de su alma luchadora. Kyra intentó sacudirse aquella sensación derrotista. La situación era desalentadora, sí, pero fuera como fuese debía sobrevivir y lo haría. Lucharía hasta su último aliento, no se dejaría vencer por los siervos de los Dioses aunque la encerraran allí hasta el final de sus días. Sólo una cosa la animaba: conversar con la inteligente Yosane que parecía tener respuesta para casi cualquier pregunta.

—Dime, Yosane, ¿de dónde eres? ¿Cuál es tu profesión? Algo me dice que no eres una simple campesina de la Sexta Comarca como yo.

—No hay nada malo en ser campesino... no deberías avergonzarte de ello, todos producimos para los Dioses de una forma o de otra.

—Hay formas más dignas que otras, y vidas más cómodas...

—En eso tienes razón... no te lo discuto.

—Dame la mano.

Yosane le cedió su mano y Kyra le pasó los dedos por el grabado en la argolla.

—El Zorro, eres una Artesana.

—Lo soy.

—¿Qué tipo? Tus manos son suaves, no eres forjador ni trabajas la madera. No, no trabajas con las manos, sino con la cabeza, ¿me equivoco?

—No, no te equivocas. Soy Constructora. Como lo es mi padre, como lo fue mi abuelo y como lo fueron su padre y abuelo antes que él. Construimos edificios para el Regente en la capital.

Kyra gruñó entre dientes.

—Me estabas agradando, hasta ahora... si tu familia construye edificios para el Regente en la capital, su familia y la tuya deben estar emparentadas. Es un puesto importante y Sesmok asigna todos los puestos importantes a dedo entre los suyos.

—Te aseguro que no es el caso —se apresuró a desmentir Yosane con voz alarmada—. Mi familia tiene buena reputación, nuestras edificaciones hablan por sí mismas. Desde hace generaciones trabajamos en la Segunda y Tercera Comarcas. Un día, mi padre fue requerido en la

capital, por el Procurador Jaisme, primo del Regente, al que habían hablado bien del trabajo de nuestra familia. Entrevistó a mi padre y desde ese día trabajamos en Osaen para Sesmok. Actualmente mi padre construye el aledaño nuevo del ala este del palacio del Regente.

—Entiendo... —dijo Kyra con tono tranquilizador, y el suspiro de alivio de Yosane llegó hasta sus oídos.

—Por lo tanto sabes leer y escribir, no como yo que por ser Campesina estoy condenada a ser analfabeta y tonta.

—Sí, se leer y escribir y otros conceptos más avanzados, como geometría. En la construcción hay muchos conceptos matemáticos que deben entenderse para que las edificaciones no sólo sean bellas sino que no se derrumben bajo su propio peso o por la fuerza de una tormenta.

—¿Y te gusta?

—Toda mi vida, desde que era una niña, he vivido entre pergaminos, esquemas y cálculos, escuchando a mi padre y sus colegas edificadores discutir sobre mil y una hipótesis. He de reconocer que me apasiona tanto como a mi padre, Sistas, un hombre admirable, de una inteligencia y conocimientos fuera de lo común. Nada me gustaría más que seguir aprendiendo el oficio, diseñar nuevos edificios como nunca antes hayan sido vistos, edificios que dejaran en ridículo al palacio del Regente. Pero hay otra área que me encandila tanto si no más: la construcción de grandes navíos de río. Me fascina. Me encantaría poder diseñar y construir grandes barcasas de carga que navegaran el gran río Zibai. He estado estudiando mucho sobre este tema bajo la tutela de un amigo de mi padre y francamente me tiene embrujada. ¿Sabes que es posible transportar por el gran río enormes bloques de granito en gigantescas barcasas que no se hundan bajo el descomunal peso de la carga? ¡Es fascinante! ¡Simplemente fascinante!

—Ya veo que te encanta tu profesión —dijo Kyra con una pequeña carcajada—. Yo, en cambio, odio todo lo que tenga que ver con trabajar la tierra de sol a sol. No hay nada que odie más. Bueno sí, a los Siervos de los Dioses. ¿Tienes hermanos?

—No, soy hija única. Vivo con mi padre y mi madre Alea en el cuadrante de los artesanos en Osaen.

—Nunca había conocido a alguien instruido. Bien instruido quiero decir. En la aldea tenemos un forjador pero sus conocimientos no son muy avanzados, de hecho, apenas sabe leer. En la Sexta Comarca somos casi todos campesinos, apenas hay una ciudad pequeña: Tisota, el resto son todas aldeas muy pequeñas dedicadas al campo. Y estamos lejos de la gran capital. ¿Es cierto lo que dicen sobre el gran Monolito Sagrado? Se dice que fue edificado por los propios Dioses usando su Poder.

—Existen varias teorías al respecto, dos las más extendidas. Nadie sabe cuál es cierta, pero si quieres te diré cual creo yo que es la más verosímil.

—Sí, adelante, por favor.

—Hace mil años, el gran monolito fue levantado en su ubicación actual. El propio monolito contiene Poder y está hecho de un material que nosotros desconocemos. Por lo tanto, no es obra de los hombres, ni de los Siervos de los Dioses, pues ellos tampoco poseen su Poder. Fue construido por los mismos Dioses. De eso no me cabe duda. En cuanto a quién lo levantó y situó donde ahora se alza, existen dos corrientes de pensamiento. La primera dice que fueron ellos mismos usando su inconmensurable Poder, que descendieron de su Ciudad Eterna y levantaron el monolito. La segunda dice que fueron sus siervos utilizando a miles de esclavos, quienes lo levantaron. Mi opinión personal y la de mi padre es que fue el segundo caso.

—¿Sabían cómo hacerlo hace mil años?

—Si no lo sabían, los Dioses transmitieron el conocimiento a través de los Ojo-de-Dios. Ha ocurrido con otras materias, como con el acero. Para las necesidades de los Dioses el cobre no era lo suficientemente resistente, pero era cuanto conocíamos. Los Dioses nos enseñaron a crear acero, a forjarlo, pero no por razones altruistas sino porque lo necesitaban en su gran ciudad. Antes de la llegada de los Dioses éramos un pueblo con una tecnología muy rudimentaria y primitiva. Conocíamos la rueda, el cobre, la alfarería, la edificación simple con adobe, y la construcción de pequeños pesqueros y navíos de exploración de una vela. Durante estos mil años de esclavitud, los Dioses nos han ido concediendo tecnología que hemos aprovechado para producir bienes y crear ciudades. Los Dioses no sólo gozan de un Poder capaz de arrasar la tierra sino que

su tecnología es muy avanzada.

—Que todo lo que hacen es por su propio interés lo sé muy bien. Al igual que sé que aquellos que no son capaces de producir lo que requieren son ejecutados.

—¿Para qué crees que sirve?

—¿El gran Monolito?

—Sí, me lo pregunto a menudo. Aparte de para los Llamamientos, quiero decir.

—Esa es otra pregunta interesante... existen numerosas hipótesis no comprobables. En mi humilde opinión, creo que es una herramienta de los Dioses imbuida con su Poder y no sé muy bien cómo pero está relacionada con el Confín.

Las dos quedaron pensativas en medio de la oscuridad. Pasaron las horas y el sueño se las llevó.

El sexto día de cautiverio, después de comer la ración, Kyra se sintió melancólica. Recordó a su querida madre, se preguntó cómo estaría, la había dejado malherida y sin Ikai para ayudarla se temía lo peor. Para alejar la angustia de su pecho comenzó a cantar una de las canciones que siempre tarareaban mientras trabajaban los campos. Era una antigua canción que Solma le había enseñado, y a ella su abuela.

Yosane se acercó y escuchó hasta que Kyra terminó.

—Preciosa canción, llena de tradición.

—Gracias. Es sobre Oxatsi, la Madre Mar y como echa de menos a los Senoca, su pueblo, que un día le fue arrebatado y al que espera con brazos abiertos. Mi abuela decía que es tan antigua como el tiempo que llevamos prisioneros dentro del Confín. Es una canción de esperanza para un pueblo que un día vivió del mar y para el mar y ahora sólo sueña con poder volver a alcanzarlo.

—Me encanta la tradición de nuestro pueblo, los mitos y leyendas sobre Oxatsi, sobre cómo era nuestra nación antes de ser esclavizada por los Dioses, sobre cómo vivíamos del mar y para el mar. Creo que en parte de ahí viene mi fascinación por los navíos. Cuesta creer que un día fuimos un pueblo de pescadores que surcaban las aguas infinitas del océano, que

exploraban nuevas y lejanas tierras en frágiles navíos de una vela.

—¿Sigues las antiguas tradiciones?

—¿Te refieres a las antiguas creencias o a los tatuajes?

—Ambos.

—Sigo creyendo en nuestra herencia como pueblo, no creo en las falsedades que intentan inculcarnos el Sumo Sacerdote Torkem y sus clérigos —dijo Yosane con voz muy baja, como si temiera que la oyeran—. En cuanto a los tatuajes... sé que es tradición, que su objetivo es recordar quiénes éramos, las cosas que conocíamos... que no desaparezcan de la memoria de nuestro pueblo con el paso del tiempo. Sé que es muy loable, valiente incluso, pues no es del agrado del Regente y los suyos... Pero me da un miedo terrible hacerme uno.

—¿Miedo?

—Por el dolor...

Kyra comenzó a reír sujetándose el estómago.

—Desde luego no entiendo como alguien tan instruida e inteligente pueda ser tan asustadiza y miedosa. ¡Pero si duele más una patada en la espinilla!

—Lo sé, lo sé, no me martirices. Sé que soy una cobarde por no seguir la tradición de nuestro pueblo, por no transmitir nuestra herencia cultural a las siguientes generaciones en mi propia piel, pero es que el miedo me domina y no puedo. Quiero, pero no puedo, es más fuerte que yo. No hay nada que desearía más que vencer este miedo atroz que me paraliza, pero no lo consigo. Me quedo helada y me derrumbo...

—No te preocupes, tu secreto está seguro conmigo.

Yosane suspiró profundamente.

—Me imagino que tú tendrás algún tatuaje...

—Sí, en la pierna derecha llevo una manta raya voladora surgiendo del mar, saltando hacia el sol. Cuando veo la maldita Argolla en el brazo izquierdo miro la manta raya libre y me da esperanza, me levanta el ánimo. Además, dicen que algunas variedades de rayas emiten descargas a sus enemigos, como los relámpagos de las tormentas. Me parecen

asombrosas. ¿Te imaginas poder hacer eso a un siervo? Lo que yo daría...

—Kyra... —advirtió en voz baja Yosane— no deberías hablar así, se castiga con la muerte... Además, ese tipo de cosas sólo los Dioses pueden hacer por medio de su Poder.

Kyra guardó silencio. Sabía que Yosane tenía razón. Recordó el nefasto incidente, lo que sucedió y cómo los siervos de los Dioses se llevaron a su padre... Por su culpa... Ahora tenía que vivir con aquella carga para siempre, por el resto de sus días. Y era una carga tortuosa que le oprimía el corazón y hacía que lagrimas de pesar y rabia humedecieran sus ojos. Contuvo las lágrimas y se pasó el brazo por los ojos.

—Tienes razón, es sólo que los odio a muerte —dijo en un susurro—. Se llevaron a mi padre...

—Cuánto lo siento, Kyra...

—Gracias... Fue por mi culpa... es algo con lo que tengo que vivir.

—No te tortures, si se lo llevaron fue su hacer, no tu culpa. Eso tenlo claro. Son ellos los que nos esclavizan, son ellos los que se llevan nuestros seres queridos. No te tortures.

—Gracias...

—Mantén la esperanza, estará vivo trabajando en las canteras o en la Ciudad Eterna donde moran los Dioses. Piensa siempre que está vivo, que no te venza la desesperanza. Tú eres fuerte, de espíritu luchador, no te des por vencida, volverás a verlo un día.

Las palabras de Yosane calmaron la angustia que Kyra sentía.

—Eres una buena persona, Yosane. Creo que seremos buenas amigas.

—Eso espero yo también —dijo ella con una pequeña carcajada.

Las dos jóvenes se abrazaron en la oscuridad y un fuerte vínculo se forjó entre ellas, uno nacido del miedo y la necesidad, uno de amistad inquebrantable.

De pronto se escuchó un ruido metálico sobre sus cabezas.

Se sobresaltaron y de inmediato se pusieron en pie. Aquello era nuevo.

Kyra cerró los puños y apretó los dientes.

—Ya vienen, prepárate. Hora de luchar.

A media mañana Ikai avanzaba cojeando por las estrechas calles de la aldea. Las heridas del costado lo castigaban sin piedad si realizaba algún esfuerzo continuado o movimiento súbito, pero los pinchazos de agudo dolor no lo disuadirían, soportaría el sufrimiento. Sabía lo que debía hacer y conocía bien el grave riesgo que estaba a punto de correr. Lo había meditado la noche anterior y a lo largo de todo el polvoriento camino desde la granja, sopesando los posibles resultados de las acciones que estaba a punto de acometer, como siempre hacía antes de una decisión importante. Antes de cada decisión, a decir verdad, pues Ikai era todo menos impulsivo y muy rara vez se dejaba llevar por el calor del momento. Como su hermana le solía decir “Parece que no tienes sangre en las venas”. Pero por primera vez en mucho tiempo, después de analizar la situación con cuidado y haber llegado a una conclusión lógica, no iba a seguir lo que su mente le indicaba que hiciera. Se preparaba para ir en contra de lo que sabía era el proceder más sensato.

Debía salvar a su hermana. A cualquier precio. Incluso el de su propia vida.

Así se lo había prometido a su madre y cumpliría su palabra. Y aunque era bien consciente de que aquella misión era poco menos que imposible, y que muy probablemente moriría en el intento, nada podía hacer por evitar enfrentarse a ella, pues se trataba de su hermana pequeña y hubiera hecho una promesa a su madre o no, Ikai no descansaría hasta recuperarla. Caminaba decidido, con la mirada al frente perdida en un único pensamiento: salvar a Kyra.

Los aldeanos se apartaban al verlo pasar. Todos lo conocían, a él, su familia, su granja. Había crecido en aquella comunidad y desde joven había frecuentado la aldea. Su familia era respetada, e Ikai era temido y odiado desde el día en que aceptó la profesión que ejercía. Era un Cazador, y su finalidad era la de servir al Regente y a los Dioses cazando hombres para ellos. Ikai se justificaba ante su inclemente conciencia

escudándose en que daba caza a criminales y prófugos, pero sabía de primera mano que ese no era siempre el caso. Muchas veces se trataba de desdichados campesinos aterrados que intentaban huir de un cruel destino designado por los Dioses. Lo mismo le había sucedido a su hermana. Sí Kyra huía enviarían a una partida de Cazadores tras ella. Sólo de pensarlo se le revolvió el estómago. Sintió una vergüenza enorme de ser quien era que lo aplastó como si una montaña hubiese caído sobre sus espaldas.

Llegó a la plaza de la aldea y su mente se despejó. Contempló la fuente a un lado y junto a ella el abrevadero. Como era tradición entre su pueblo, la mayoría de las fachadas del lugar estaban pintadas de azul índigo mientras los tejados presentaban un blanco calizo confirmando al paisaje la imagen de un mar de casas. «Somos el Pueblo del Mar y aunque los Dioses nos lo han negado, lo recordamos a nuestra manera para que las generaciones venideras no lo olviden».

A Ikai siempre le había parecido sorprendente la capacidad de su pueblo para aferrarse a la esperanza de tiempos pasados, de tiempos mejores, cuando eran libres y vivían del mar. Ahora vivían en la pobreza extrema de la esclavitud, pero aun así todas las casas mostraban impolutas fachadas azules mientras la lúgubre y oscura verdad de un pueblo oprimido se escondía en el interior de las modestas viviendas. Contempló aquel mar de piedra sobre un cielo lleno de blancas nubes que era la aldea y sonrió. «Somos los Senoca, el Pueblo del Mar, y siempre lo seremos».

Algo captó su atención por el rabillo del ojo derecho. En la fachada de la herrería vio una mancha roja, como de sangre. Extrañado se acercó un momento. Al acercarse y examinar la mancha sobre la pared se percató de que no era tal sino que se trataba de una mano pintada en rojo. Alguien se había cubierto la mano con pintura roja y la había plasmado contra la pared. Ikai resopló. Ya había visto aquella marca antes en varias aldeas de otras comarcas pero nunca en la suya. No sabía qué significaba pero sintió un escalofrío.

Continuó hacia la plaza y a la altura de la fuente alzó la mirada. Reconoció de inmediato la casa del Procurador. Era un torreón enorme que llenaba todo el lateral norte de la plaza. Era de construcción robusta y mucho más grande que el resto de edificios de la aldea.

Se acercó hasta la puerta reforzada del edificio custodiada por dos

guardias, un hombre y una mujer, ambos en armadura de cuero y armados con lanza y escudo. Al verlo acercarse le dieron el alto. Los observó, estaban nerviosos y examinaban con ojos desconfiados las armas que Ikai portaba. Se detuvo frente a ellos y les mostró la Argolla dorada. Los guardias reconocieron el símbolo del águila y realizaron un saludo solemne.

—Saludos, Cazador —dijo la mujer.

—Saludos, Guardia —dijo Ikai cortés. La reconoció, llevaba tiempo desplegada en la aldea y por la expresión que ahora tenía en su rostro ella lo había reconocido a él también. En cualquier caso, en la pirámide de poder del reino los Cazadores estaban por encima de guardias y militares del Regente, por lo que se mostrarían respetuosos y serviciales.

—¿Deseáis ver al Procurador? —le preguntó el otro, un hombre con espesa barba negra al que Ikai no conocía.

Ikai asintió.

—Hoy no es día de recibir al pueblo, el Procurador Ambuk no admite audiencia... pero siendo un Cazador... Está bien, esperad aquí, veré si nuestro señor acepta recibiros—dijo ella desapareciendo en el interior del edificio.

Ambuk disfrutaba del fresco aire arrebujado en su capa de lana. El jardín en la parte posterior de la residencia quedaba a la intemperie y únicamente un seto alto lo resguardaba del soplo del viento invernal. Pero aquel jardín, antaño lleno de flores, color y vida, era el lugar preferido de su querida esposa Olga y Ambuk trataba, con poca fortuna, de preservarlo. Se arrodilló frente a las dos tumbas y puso unas flores silvestres que había recogido en la campa que se abría al este.

—Hago cuanto puedo, pero ya sabes que esto siempre se me ha dado muy mal —dijo dirigiéndose a la tumba de su esposa—. Sé que ahora tiene un aire lastimoso pero intentaré que en primavera florezca de nuevo y se llene de vida y color. Tengo un nuevo sirviente, del sur, y parece que sabe

bastante de flores y su cuidado. Sí, este año puede que tengamos un jardín digno.

Una ráfaga de viento alborotó su pelo cano y Ambuk se lo arregló como pudo. Puso la mano sobre la segunda de las tumbas y las lágrimas afloraron en sus ojos, como casi siempre le ocurría.

—Cuida bien de tu madre, Matis, hijo mío, allí donde os encontréis. No permitas que nada malo le suceda. Cuídala siempre. Sé que lo harás.

Se secó las lágrimas con la manga de la túnica de seda y se puso en pie. Inspiró profundamente e intentó calmar el gran pesar que sentía. Quince años habían pasado ya desde aquel infausto día, pero para Ambuk era como si hubiera sucedido aquella misma mañana pues la memoria pervivía imborrable en él al igual que la angustia y el dolor que no departían.

Miró al cielo y clamó.

—¿Por qué esta injusticia? ¿Por qué a mi familia?

Incontables veces se lo había preguntado aunque bien sabía las respuestas que se negaba a aceptar. Los Dioses Áureos eran ególatras tiránicos y no conocían el perdón ni la piedad. Lo ocurrido a su familia no era diferente a lo que le había sucedido a muchas otras, donde sangre había sido derramada por orden divina de forma injusta y cruel. Su infortunio no era sino una gota más en un mar de dolor, en el océano de sufrimiento de todo un pueblo.

Recordó el día que vinieron a llevarse a Matis.

Recordó cómo Olga se precipitó sobre el Ojo-de-Dios suplicando que no se lo llevaran.

Recordó la aciaga lanza del Ejecutor sesgando la vida de su esposa.

Recordó a su hijo abalanzándose sobre el asesino en defensa de su madre.

Recordó los sangrientos ojos del Ejecutor que lo mató.

Por la voluntad de los Dioses.

Por haber osado tocar a uno de sus siervos.

Por haberse resistido a la voluntad divina.

Todo sucedió tan rápido... en un abrir y cerrar de ojos. Ambuk no tuvo tiempo de reaccionar, sólo pudo extender el brazo intentando detener aquella locura y exclamar en desesperación mientras sus atónitos ojos contemplaban aquellos terribles hechos. Sí, lo recordaba bien y por mucho que quisiera olvidarlo, nunca podría. En aquel entonces el Procurador era su tío, Kulban, de quien dos años más tarde Ambuk heredó el título. Su tío había intentado mediar para evitar que se llevaran a Matis, pero había sido en vano. El Ojo-de-Dios no atendía a razones. Los Dioses requerían del chico y nada más había que hablar. El quién y el porqué eran intrascendentes para el Siervo de los Dioses. Tenía una misión y venía a cumplirla o sangre sería derramada.

Y sangre fue derramada.

Todavía le costaba creer que el Ojo-de-Dios respetara la vida de Kulban y la suya propia, pues cuando los siervos guerreros de los Dioses empuñaban las armas y éstas acababan bañadas en sangre, nada quedaba con vida.

Ambuk miró a las tumbas y se despidió con una tenue sonrisa.

—Volveré mañana. Hoy continuaré intentando que mi pueblo sufra lo menos posible a manos de los Áureos, por vosotros, en vuestro recuerdo.

Lleno de melancolía se dirigió al interior del edificio, necesitaba una copa de vino para calentar su cuerpo y atender a los asuntos de la aldea.

Uno de sus guardias le aguardaba.

El guardia regresó e Ikai lo miró expectante.

—Seguidme, mi señor el Procurador Ambuk os recibirá ahora — dijo, y entraron en el edificio.

Ikai recorrió el edificio con ojos analíticos. Lo conocía, si bien hacía algún tiempo que no lo pisaba. Las obligaciones de los Cazadores requerían tratar con Procuradores con cierta frecuencia y había acompañado al Maestro Sejof en alguna ocasión a ver al Procurador

Ambuk. Lo halló en el patio interior descubierto disfrutando del sol del atardecer. Estaba recostado en un banco sobre mullidos cojines con los ojos cerrados. Se protegía del frescor con una manta de lana y un sirviente se acercó con una jarra de vino y llenó la copa que sostenía distraído en una mano. Cuatro guardias armados custodiaban la estancia.

—El Cazador que deseaba veros, mi señor —anunció el guardia.

Ambuk abrió los ojos y observó a Ikai, con cejo fruncido y aire extrañado. El Procurador era un hombre delgado, de cabello corto y níveo. Sus ojos eran azules y pequeños, y su mirada parecía arrastrar un profundo pesar. De cuidado aspecto, como correspondía a los de su posición social, había sobrepasado ya los cincuenta años de edad. Era familiar lejano del Regente, al igual que la mayoría de los Procuradores, pues el mismo Regente los elegía a dedo de entre los suyos o de entre aquellos con los que sellaba alianzas, principalmente familias de importantes mercaderes o linaje militar.

—¿Un Cazador dices? —dudó un momento estudiando a Ikai.

Ikai realizó una reverencia y le mostró con respecto el símbolo en su Argolla.

—Está bien, gracias, puedes retirarte —despidió al guardia con un ligero gesto.

Ikai respiró hondo, intentando calmar los nervios que sentía.

—Yo te conozco... —dijo Ambuk los ojos agrandados en reconocimiento—. Te he visto antes, eres del grupo de... Sejof si no me equivoco...

—No os equivocáis, mi señor. Sejof es mi Maestro Cazador.

—Veo que mi memoria todavía me sirve bien. Me acerco ya a una edad en la que uno no está tan seguro de las cosas —dijo con una amigable sonrisa.

Ikai dejó caer los hombros algo más relajado.

—¿Cuál es tu nombre, Cazador?

—Me llamo Ikai.

—Ummm... tu cara me es familiar... no sólo por tu profesión... eres

de esta comarca, ¿verdad?

—Sí, mi señor, mi granja no está muy lejos de aquí. Pertenece a esta aldea, a vuestra jurisdicción.

—Comprendo. Entonces es por ello que tu cara me resulta tan familiar.

Ikai asintió.

—Tus ojos... son... muy pintorescos...

Ikai bajó la mirada molesto. No le agradaba que repararan en sus extraños ojos. Lo hacía diferente, un bicho raro. Toda su niñez se habían burlado de él por ello y la crueldad de los niños no conocía límite. Pero también le había ayudado a formar una coraza de roca alrededor de sus sentimientos.

—Perdona, no era mi intención ofenderte, quiero decir que son muy peculiares. Uno es de color esmeralda y el otro de un azul pálido, casi grisáceo. Yo he visto esos ojos antes, en otro hombre.

Ikai alzó la mirada sorprendido.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Siul...

—Lo imaginaba, muy extraña coincidencia sería tener dos hombres con los mismos extraños ojos y que no fueran de la misma sangre.

—¿Conocéis a mi padre?

—Sí, éramos amigos, en otro tiempo, un tiempo pasado y mejor. Cuando mi familia aún vivía. La verdad es que te pareces mucho a él: alto y fuerte, con el pelo del color del heno y esos ojos... extraños... Sí, te pareces mucho a él, sin duda. ¿El carácter también lo has heredado de él?

—¿Carácter? No sé a qué os referís, mi señor...

—Su temperamento.

—No lo sé... Yo soy de carácter sereno. Por lo que tengo entendido también lo era mi padre.

—¡Ja! Esa es buena. ¿Quién te ha contado eso?

Ikai se sonrojó.

—Oh, ha sido tu madre, ¿Solma, verdad?

Ikai asintió, sorprendido. El Procurador conocía a sus padres, por nombre. Eso era excepcional.

—Déjame asegurarte que tu padre era también de carácter sereno pero bajo ese temple había un volcán siempre a punto de entrar en erupción. Aunque lo controlaba muy bien. Rara vez le vi perder los estribos.

—¿Lo conocíais bien?

—Muy bien. Fuimos amigos en la juventud, éramos inseparables, de hecho. Fue mucho antes de que yo me convirtiera en Procurador. Grandes amigos, hasta que una mujer se interpuso en nuestra amistad. Estuvo a punto de destruirla pues los amores de juventud se viven con una intensidad insufrible, mi joven Cazador.

Ikai abrió los ojos totalmente sorprendido.

—Ambos cortejamos a tu madre. En su día Solma era toda una belleza, no tenía rival en la aldea y contaba con un temperamento indomable. Yo intenté agasajarla con obsequios, cumplidos y galantería. Sin embargo eligió a tu padre, que apenas si se atrevía a dirigirle la palabra. El misterio del amor... Nunca lo entenderé. Me dolió tanto que peleamos. Y, por supuesto, perdí la pelea...al igual que a tu madre. Muy poco faltó para perder la amistad de Siul. Pero con el tiempo mi orgullo cicatrizó, la razón retornó a mi mente y volvimos a ser amigos. Algo más adelante conocí a mi amada esposa y doy gracias de que Solma no me eligiera, pues la dicha que disfruté junto a ella fue infinita.

Ikai lo miraba tan sorprendido que no podía ni articular palabra.

Ambuk sonrió y sus ojos se nublaron por un momento perdidos en el recuerdo. Pero el brillo de inteligencia volvió a ellos y escrutinó a Ikai.

—Hoy me hallas algo melancólico, disculpa.

—Me honráis, señor.

Ambuk sonrió.

—Es poco ortodoxo que un Cazador sin su Maestro se presente ante mí, ante un Procurador... Deduzco que el motivo de tu visita no tiene que

ver con las obligaciones de los cazadores, ¿es quizás de índole personal?

—Así es, mi señor. Sois un hombre sabio.

Ambuk soltó una breve carcajada

—Para nada, mi joven Cazador. Simplemente soy un hombre observador que ha vivido y presenciado mucho al servicio de su pueblo, del Regente y de los Dioses. Te escucho...

Ikai inhaló profundamente, se armó de valor y habló.

—Estoy hoy aquí ante mi señor para pedir de su ayuda, pues es para alguien bajo su protección.

—¿Me pides ayuda para alguien de la aldea, alguien bajo mi responsabilidad?

—Sí, mi señor.

—Adelante, explícate —dijo Ambuk dejando el vaso de vino sobre la mesa y prestando atención a las palabras de Ikai.

—Se trata de mi hermana... Kyra... fue Seleccionada... y no hemos vuelto a saber de ella. Puedo aseguraros, mi señor, que Kyra es una buena y humilde granjera, trabaja los campos de sol a sol junto a nuestra madre, hemos cumplido con los tributos, no ha causado ninguna falta, ni al Regente ni a los Dioses. No hay razón para que se la hayan llevado. Pido de vuestra gracia para que nos sea devuelta, la necesitamos en la granja.

Al escuchar la súplica, el rostro de Ambuk se ensombreció. La sonrisa que lo había estado adornando desapareció y una máscara adusta reemplazó su semblante amigable. Se puso en pie y estiró la espalda.

Ikai lo contemplaba sin saber qué esperar. Sabía que Ambuk era un hombre justo, su honestidad era bien conocida en la comarca. Era uno de los pocos Procuradores que gozaba de buena reputación. En la mayoría de pueblos y aldeas con entidad suficiente para estar gobernados por un Procurador, éstos ejercían de caudillos, viviendo a sus anchas a expensas del pueblo. Satisfacían los requerimientos del Regente explotando sus dominios, sabedores que Sesmok no intervendría si las demandas de tributos eran cumplidas y no había alborotos por parte del populacho. Ikai lo había comprobado de primera mano debido a su profesión, que le llevaba a recorrer las seis comarcas constantemente en busca de fugitivos

y criminales. Las pocas veces en las que los Procuradores veían su cuello en peligro era cuando los propios siervos de los Dioses demandaban algo de ellos. Para un pobre campesino toparse con un Ojo-de-Dios y sus Ejecutores era la mayor de las pesadillas, pero no lo era menos para un Procurador. Los Ojo-de-Dios acababan con la vida de un Procurador al más mínimo traspie, sin miramientos, sin piedad. Después de todo, no eran sino esclavos caudillos que gobernaban a esclavos trabajadores. Por mucho que sirvieran a los dioses, esclavos eran a fin de cuentas. Y para los Dioses Áureos y sus siervos, la vida de un esclavo no valía ni el aire que respiraba.

—Entiendo que fue elegida por los Dioses...

—Sí, mi señor.

Ambuk asintió y comenzó a pasear con las manos a la espalda mientras su elegante túnica de seda azul y blanca resplandecía con cada paso. Cerró los ojos y pareció meditar cuidadosamente la cuestión planteada. Ikai tenía fe en aquel hombre, siempre le habían dicho que ante cualquier disputa o negocio que requiriera de mediación, la persona idónea era sin duda el Procurador Ambuk. Rara vez tomaba una decisión errónea y nunca injusta. Así era sabido no sólo en la aldea sino en toda la comarca. Era por ello que Ikai había acudido a él. Lo había meditado, sabía que acudir a un Procurador era correr un grave riesgo, pero estaba convencido de que Ambuk lo ayudaría.

El Procurador dejó de pasear y alzó la mirada al cielo. Luego miró a Ikai y sonrió tenuemente.

Una esperanza lejana prendió en Ikai.

—Entiendo tu preocupación, Ikai. Como hermano te honra. El hecho de que hayas acudido a mí, un Procurador del Regente, con esta petición, realmente te honra pues siendo como eres un Cazador conoces mejor que muchos las leyes y las consecuencias mortales de interferir en su cumplimiento. Aunque deseo ayudarte, joven Ikai, en esto mis manos están atadas. La ley de los Dioses es definitiva y no caben excepciones. Los meros mortales no podemos llegar a comprender los designios de los Áureos y mucho menos dudar o intentar alterarlos. Tu hermana fue Convocada y conoces la ley, aquel que es llamado debe acudir y someterse a la voluntad de nuestros amos o sufrir su ira. Y la furia de los Dioses es

desmedida e implacable. Si resultó elegida... —Ambuk extendió los brazos y encogió los hombros en gesto de impotencia—. En verdad me gustaría poder ayudarte pero nada puedo hacer por ti, tu hermana debe aceptar su destino, el castigo por interferir es la muerte. Bien lo sabes.

—Conozco el castigo por oponerse a los designios de los Dioses. No es eso lo que pido, mi señor. ¿No podríais interceder por ella ante el Regente?

—¿El Regente? —Ambuk entornó los ojos—. Al igual que el resto de nosotros sirve a los Dioses, no se interpondrá en sus deseos. Nunca lo hace. Por nadie, mucho menos por una desconocida e insignificante campesina. Perdona mi franqueza, pero es mejor que lo entiendas.

—¿Por qué teme por su vida? Es el Regente —dijo Ikai en tono más alto de lo que hubiera deseado.

Ambuk le hizo un gesto con las manos para que se calmara.

—Por supuesto que el Regente teme a los Dioses. Para ellos Sesmok no es más que otro hombre, con un cargo de relevancia, sí, pero al servicio de la voluntad de los Áureos. Al igual que yo, al igual que tú. La más mínima resistencia por su parte le supondría arriesgar la vida y eso no lo hará nunca, por nadie.

—Está bien, si el Regente se niega a ayudar a su pueblo, ¿no podrías dirigirlos a los Ojo-de-Dios? ¿Interceder por Kyra ante ellos?

—¿Ante los Siervos de los Dioses? De nada serviría y sería una locura. Ellos no atienden a razones ni lógica. Están sobre la tierra para cumplir las órdenes de sus amos. Jamás contradicen un designio divino, jamás discuten una orden, simplemente la ejecutan. Ese es su cometido, su razón de ser y nada más les importa. Son seres sin sentimientos, fríos, calculadores, viven por y para los Dioses. Ni siquiera creo que estén dotados de humanidad alguna, o si una vez la tuvieron, la perdieron hace ya mucho tiempo. No, Ikai, los Ojo-de-Dios no atienden a razón. Con toda certeza me matarían y seguirían con sus quehaceres sin una mirada atrás. Ni el propio Regente se atreve a discutir con ellos. Cuando los Ojo-de-Dios demandan, el Regente cumple, nosotros cumplimos.

—¡Pero algo se debe poder hacer! —exclamó Ikai viendo que la esperanza desaparecía para ser reemplazada por una rabia que le costaba

contener.

—Mucho me temo que nada hay que se pueda hacer por tu hermana...

—¿Nada hay o nada deseáis hacer por no arriesgar el cuello?

Al oír la acusación y el tono de la misma, los cuatro guardias en la estancia se tensaron.

Ikai los miró y desafiante se llevó la mano a la empuñadura de su espada.

—Quieto... joven Cazador... no es necesario que haya derramamiento de sangre...

Ikai sopesó la situación. Eran cuatro guardias en la sala pero pronto se les unirían los dos de la entrada y probablemente habría otros dos apostados en la parte trasera. Ya enfrentarse a cuatro guardias era muy arriesgado, pero a ocho era una locura. No, no era momento de perder la vida, no así sin acercarse a su objetivo. Soltó la empuñadura de su arma y relajó los hombros.

—Tenéis razón, Procurador Ambuk. No es necesario que haya derramamiento de sangre. He venido en busca de ayuda, pues sois la ley en esta parte de la comarca. Si no podéis ayudarme, lo entiendo. Seguiré mi camino.

—¿Y a dónde te dirigirás?

—Buscaré ayuda en otro lugar.

—Nadie puede ayudarte, cuanto antes lo entiendas más posibilidades tendrás de seguir con vida. Escucha mi consejo: no vayas en busca de ayuda ni donde tu Maestro Cazador ni donde el Regente, pues te la negarán y tu vida correrá serio peligro. Debes comprender que ellos temen a los Siervos de los Dioses y si tú les creas el problema, irán por tu vida pues es la suya la que arriesgan. ¿Me entiendes?

—Sí, lo entiendo.

—Y por todos los cielos no te dirijas jamás a un Ojo-de-Dios o date por muerto.

—No me dejáis muchas opciones...

—Vuelve a tu granja o retoma tus obligaciones como Cazador y

olvida todo este asunto.

—Eso no puedo hacerlo. Debo encontrar a mi hermana.

—Entonces un final aciago te anticipo. Morirás, y pronto.

Ikai tragó saliva. Las palabras de Ambuk hicieron mella en él, pues sabía que era lo que ocurriría.

—¿Podéis decirme al menos dónde se la han llevado?

Ambuk suspiró profundamente. Meditó un instante con los ojos cerrados, miró a sus guardias y les ordenó con una seña que abandonaran la estancia.

—¿Estáis seguro, mi señor? —preguntó uno de ellos señalando a Ikai.

Ambuk asintió.

—El joven Cazador no nos causará un problema, ¿verdad?

Ikai lo miró a los ojos.

—No causaré ningún problema, os lo aseguro.

—Dejadnos solos, todos —dijo Ambuk mirando a sus dos sirvientes para que también abandonaron la sala.

—Ahora que estamos solos, podemos hablar con mayor libertad. Entiende que esto que hago no lo hago por ti, lo hago por Siul, tu padre, mi gran amigo, y por Solma, una mujer excepcional. Pocas amistades se forjan con tal fuerza que llegan a ser de sangre. De familia... Pero debo advertirte que aquello que te revele muy bien puede costarte la vida, pues los secretos del Regente y de los Dioses, secretos deben permanecer. Quien los descubre corre el riesgo de perder la cabeza.

Ikai lo comprendía pero debía seguir adelante.

—Entiendo que arriesgo la vida al indagar donde un esclavo no debería. Lo acepto. Si he de morir que así sea. Continúa, por favor.

—Está bien. Una cosa más, Ikai. Necesito que me des tu palabra de que cuanto aquí hablemos a la tumba te llevarás. Mi nombre jamás debe ser mencionado.

—Tenéis mi palabra de honor. No os traicionaré —juró Ikai con

solemnidad.

—Bien, acompáñame —dijo Ambuk, y salieron a la parte posterior del edificio, al enorme jardín descubierto.

Ikai observó dos tumbas bien cuidadas junto al seto de la cara este. El jardín tenía poca plantas pero bien cuidadas y rezumaba tranquilidad.

—Aquí estaremos a salvo de oídos indiscretos, camina conmigo.

Ambuk puso las manos a la espalda, miró a los ojos a Ikai como leyendo su alma y asintió.

—Creo que eres de buen corazón y por ello y por tu padre te contaré esto. Pero al contártelo te condeno, pues saberlo es traición y la traición es la muerte.

—No me importa, estoy decidido.

—Muy bien. Saber a dónde se llevan a tu hermana es una cuestión difícil de dilucidar. Pero por lo general, cuando los siervos de los Dioses se llevan a alguien, inicialmente lo encierran en las Mazmorras del Olvido. Lo preparan para el viaje...

Ikai lo miró extrañado, no tenía referencia alguna de aquel lugar y conocía la capital como la palma de su mano.

—En la parte norte de la capital, más allá del palacio del Regente, en uno de los cuadrantes prohibidos, existe un complejo de cuevas subterráneas cuya existencia se mantiene en secreto. En esas cuevas enormes, donde el sol jamás llega a posar sus ojos, los Ojo-de-Dios ordenaron construir un laberinto de mazmorras para mantener prisioneros a quienes necesitaran por el tiempo que fuera necesario. Mucha gente ha sido enviada a ellas. Lo que los Ojo-de-Dios hacen con los prisioneros nadie lo sabe, pues el recinto está amurallado y las dos entradas fuertemente custodiadas por Ejecutores. Es una de las vergüenzas que el Regente calla a su pueblo. No me preguntes cómo llegó hasta mí esta información, pero puedes darla por buena.

Ikai miraba al Procurador con atención, devorando cada ápice de información.

—¿Creéis que Kyra está allí?

—Con mucha probabilidad está o ha estado. Es cuanto puedo decirte.

—Gracias por confiar en mí. La buscaré en ese lugar.

—Es extremadamente peligroso, Ikai. Si te descubren te mataran en el acto.

Ikai lo miró un instante y reflexionó.

—Gracias.

—Y si la encuentras, ¿qué harás? No puedes enfrentarte tú solo a los Ojo-de-Dios y sus Ejecutores. Además, cuentan con el apoyo del Regente y su Guardia. Es una locura, Ikai, desiste, el camino que emprendes te dirige a la muerte. Ya tienen a tu hermana, sólo conseguirás que te prendan a ti también.

Ikai alzó la vista al cielo. Inspiró profundamente y exhaló.

—No puedo. Debo salvarla. Si he de morir, moriré.

—Que así sea —dijo Ambuk mirando a su querida familia departida — ¿Puedo ayudarte en algo más?

—La capital está lejos...

Albuk comprendió.

—Dispondré un caballo para ti.

—Gracias, no lo olvidaré.

—Hazlo...

Ikai asintió ante la velada insinuación.

—Que la Madre Mar se apiade de ti, Cazador.

Ikai deseó con toda su alma que así fuera.

6

El ruido metálico se hizo más patente.

Venían a por ellas.

Kyra miró al techo aunque nunca lo habían conseguido ver ni alcanzar. Estaba demasiado alto. En alguna ocasión se había subido sobre los hombros de Yosane en un intento por alcanzarlo pero había sido en vano.

—¿Arriba? ¿Estás segura? —murmuró extrañada.

—Creo que sí —respondió Yosane.

Escucharon un nuevo sonido pero esta vez era diferente, el de roca deslizándose sobre roca. Una abertura rectangular quedó despejada en el techo y de pronto una luminosidad de gran intensidad invadió la cámara, cegando por completo a las dos prisioneras. Se cubrieron los ojos con los brazos y dieron la espalda a la claridad, intentando escapar de la hiriente luz que abrasaba sus ojos.

Una plataforma metálica descendió lentamente por la abertura y un zumbido sordo llenó la estancia.

Kyra intentó vislumbrar lo que sucedía, temiendo por su vida, pero la luminosidad era demasiado fuerte y la cegaba por completo. Instintivamente se alejaron y buscaron refugio contra la pared, lo más alejadas posible.

Una voz metálica y profunda ladró una orden.

—¡Quietas, no os mováis!

Kyra, con el corazón en un puño se puso la mano sobre los ojos para protegerlos y entreabrió un ápice el derecho. Todo lo que vio antes de que la luz la cegara y tuviera que cerrarlo nuevamente fueron dos cuerpos enormes y unos yelmos siniestros.

—¡Maldición, Ejecutores!

—¡Oh, no! ¿Qué quieren? —preguntó Yosane totalmente atemorizada.

Kyra se giró hacia los siervos guerreros de los dioses y aun ciega alzó los puños para hacerles frente.

Unas pisadas poderosas resonaron sobre el suelo, seguidas de una cavernosa carcajada que escupía desdén.

—¡Esclava estúpida!

Kyra lanzó un rechazazo ciego que sólo alcanzó aire. Sintió una terrible bofetada estallar en su rostro. Se golpeó la cabeza contra la pared y cayó a un lado con un gemido ahogado.

—¡Vamos, habéis sido llamadas! —el profundo gruñido retumbó contra las paredes.

Mareada, Kyra intentó ponerse en pie y defenderse pero una mano poderosa tiró de su cabello con enorme fuerza y la arrastró por el suelo hasta la plataforma. Los gritos de Yosane mientras era arrastrada de la misma manera hicieron que su sangre hirviera. Pero mareada y ciega poco podía hacer.

La plataforma comenzó a elevarse.

Kyra entreabrió un ojo y vio dos pares de recias botas sobre carne y músculo de color ocre. De nuevo la claridad la golpeó y se vio forzada a cerrar los ojos.

La plataforma alcanzó la superficie y los Ejecutores las arrastraron del cabello sin piedad alguna.

—¡Quietas aquí! —ladró uno de los siervos, y las dejaron tendidas sobre el suelo.

Yosane gimió a su lado.

—Mantente fuerte, no dejes que esas bestias vean tu miedo.

Yosane murmuró un sí ahogado y el silencio volvió a rodearlas. Pero esta vez no había oscuridad, estaban en una cámara esférica de suelo y techo plateados y una tenue luz dorada emanaba de unas runas sobre las

negras paredes. Permanecieron sobre el suelo hasta que finalmente sus ojos se acostumbraron a la luz y pudieron abrirlos. No podían huir pero no había rastro de ningún siervo, lo cual tranquilizó algo a Kyra, aunque no demasiado. Una fuente circular con un potente chorro de agua que se alzaba hacia el techo presidía la cámara. Sobre un pedestal vieron ropa y calzado.

Se pusieron en pie y se miraron. Por un instante una tímida sonrisa de alivio afloró entre ellas. Habían compartido cautiverio a oscuras por días, sin verse una sola vez, y por fin se contemplaban.

—No eres como te imaginaba —le dijo Kyra con una sonrisa.

Yosane era bajita, de cabello oscuro y muy liso. Sus ojos eran grises y pequeños, brillaban con inteligencia en un rostro redondo. Era menuda y de buena piel, blanca como la nieve si bien ahora la suciedad la cubría por completo. La túnica que vestía estaba casi irreconocible por la mugre pero era de buena calidad, y el calzado también. Se notaba que no era una campesina como ella.

—Pues tú sí que lo eres un poco, con ese pelo rizado y esos ojos de fuego —respondió Yosane con una tímida sonrisa.

Kyra asintió.

—¿Cuántos años tienes...?

—En primavera cumplí los 17 —respondió Yosane—. ¿Tú?

—También 17, en verano, me ha dado la impresión de que eras más joven.

—Lo parezco por mi estatura, pero tengo 17 —los ojos de Yosane refulgieron—. Esto sí puede ser significativo.

Kyra se encogió de hombros.

—Te dejo los acertijos a ti, tienes mucha mejor cabeza que yo.

Se dio la vuelta y observó alrededor, preocupada.

De pronto parte de la pared de roca descendió para desaparecer en el suelo con un estruendo y un pasaje quedó al descubierto.

Un Ojo-de-Dios apareció entre la oscuridad. Tres Ejecutores armados lo seguían.

A Kyra se le heló la sangre y por un instante olvidó respirar.

Los siervos de los dioses avanzaron hacia ellas.

Yosane se situó tras Kyra, le temblaban las manos. Kyra se irguió intentando no mostrar el miedo que sentía.

El Ojo-de-Dios se situó frente a Kyra. A un paso. El yelmo lo llevaba cerrado, las dos mitades del gran rombo de plata ocultaban el horripilante Ojo que Kyra deseó no presenciar. Intentó ver su reflejo en las dos mitades argénteas pero nada se reflejaba en ellas. El siervo señaló la fuente y luego el pedestal.

—Limpiaos y vestíos, rápido —la voz era tan chirriante que no parecía humana. Dolía los oídos sólo escucharla.

Kyra dudó.

—¡Ahora! —ordenó el Ojo-de-Dios, y el agudo chirrido de su voz hizo retroceder un paso a las dos jóvenes.

Kyra quiso enfrentarse al siervo. Cerró los puños y se tensó.

Yosane tiró de su brazo en dirección al banco.

—Vamos, Kyra —le urgió.

Kyra continuó mirando fijamente al Ojo-de-Dios, desafiante. No le mostraría temor. No le mostraría sumisión.

—Baja ahora mismo la mirada e inclina la cabeza o despídete de tu vida —amenazó el Ojo-de-Dios.

—Por favor, Kyra, vamos —le rogó Yosane mientras tiraba de ella.

Se produjo un instante de peligrosa tensión. El Ojo-de-Dios comenzó a volverse hacia sus Ejecutores y Kyra, en un momento de lucidez, decidió hacer caso a Yosane en lugar de dejarse llevar por su temperamento.

Bajó la cabeza.

La rabia le subió por el pecho hasta estallar en su boca.

—Así está mejor. Muestra respeto a tus superiores. Limpiaos y vestíos —dijo el siervo con su estridente voz.

Las dos prisioneras se dirigieron al pedestal, donde encontraron

hierbas aromáticas para lavarse. Reticentes, se dirigieron hasta la fuente y contemplaron a sus captores.

El Ojo-de-Dios las miró.

—Rápido —ordenó, y se dio la vuelta abandonando la cámara.

Los tres Ejecutores quedaron haciendo guardia, como estatuas, mientras su siniestra presencia llenaba la cámara.

Kyra y Yosane se lavaron tan rápido como pudieron. Aunque la situación era humillante, dejaron de lado el pudor empujadas por el miedo y por la oportunidad de poder asearse y cambiar de ropa. Emanaban una pestilencia horrorosa. Vistieron las nuevas túnicas, de tejidos blancos, de rica confección, adornados con opulentos bordados en plata. El calzado era también de excelente calidad. Kyra nunca había vestido nada tan lujoso y de pronto se sintió rara. ¿Por qué les permitían ahora asearse y les proporcionaban aquellos ropajes? No lo entendía. Miró a los Ejecutores. Parecían estatuas de piedra. Observó los siniestros yelmos: los dos triángulos de plata, uno por encima de la oscura franja de los ojos y el otro por debajo, que se curvaban y alargaban en los extremos, como el filo de un puñal curvo. Si pudiera arrancar las dos piezas tendría dos cuchillos con los que defenderse... Uno de Los Ejecutores volvió la cabeza hacia ella. La negra franja se volvió roja y dos ojos sanguinarios la observaron. Un escalofrío recorrió la espalda de Kyra, como si le hubieran puesto una mano helada bajo la nuca. Apartó la mirada.

Pasaron los minutos y nada sucedió. Se relajaron. Mientras esperaban, Yosane se entretuvo dibujando con el agua de la fuente sobre el suelo.

—¿Qué dibujas? —le preguntó Kyra con curiosidad.

—Oh, nada en realidad...

—¿Puedes dibujar mi hogar, la Sexta Comarca?

—Puedo hacer algo mejor que eso, puedo dibujarte la capital y las seis comarcas.

Kyra asintió varias veces, excitada. Para una analfabeta como ella, que le mostraran algo así era toda una maravilla.

Yosane mojó el dedo índice en la fuente y dibujó un pequeño círculo

en la parte más sucia del suelo. Hacía tiempo que nadie pasaba por aquella cámara. El suelo estaba lleno de polvo.

—Esto es la capital, y en su centro —dijo marcando con un punto— está el gran Monolito Sagrado.

Kyra observaba encantada.

Yosane volvió a mojar el dedo y dibujó ahora una gran circunferencia que contenía a la anterior.

—Esto es el Confín.

Los ojos de Kyra se abrieron de Par en par.

—Entiendo...

Yosane dividió la gran circunferencia en tres partes iguales en la mitad derecha de la circunferencia.

—La primera, segunda y tercera comarcas, las más ricas.

—¿Y el gran río Zibai? —preguntó Kyra.

Yosane dibujó una línea perpendicular cruzando las tres comarcas.

Kyra sonrió.

—Sigue, sigue —la alentó.

El dedo índice volvió a buscar el agua y dibujó las tres comarcas restantes en el lado izquierdo de la circunferencia.

—La cuarta, la quinta y la tuya, Kyra, la sexta, las más pobres, pues el gran Zibai no las baña, solo sus afluentes menores.

Kyra jamás había visto un mapa o nada similar y nadie le había enseñado la división de las comarcas o la forma que tenían. Aquel dibujo en el suelo polvoriento le pareció increíble.

—Es... es... como una rueda de carro...

—En efecto. Es de una simplicidad y lucidez impresionantes. Un diseño brillante a todas luces.

—¿Todas las comarcas son igual de grandes?

—Sí, el área que las compone, el terreno, es el mismo para todas.

—Y de la capital al Confín, ¿hay siempre la misma distancia? —

preguntó Kyra midiendo con sus dedos pulgar y meñique desde el monolito a los puntos exteriores del Confín.

—Sí, es una circunferencia perfecta. Se ha medido en varias ocasiones. Entre los edificadores este diseño es muy conocido. Fuera del gremio se mantiene en secreto. Los Siervos de los Dioses no desean que sea conocido entre los campesinos. En mi opinión se debe a que es mucho más difícil que la gente intente escapar o esconderse si desconocen hacia donde pueden hacerlo. La mayoría de la gente que huye lo hace sin conocimiento alguno, sin dirección, y por ello son fácilmente apresados y ejecutados.

—Creo que tienes mucha razón en lo que dices. Cuanto más ignorantes somos menos podemos resistirnos.

—Sí, por ello la gran mayoría del pueblo es iliterato y los Dioses, mediante sus siervos, se encargan de que así sea.

Kyra se quedó mirando el dibujo con la boca abierta.

—Es increíble. Nunca pensé que fuera así.

—Ni tú ni la mayoría de los que en ella viven. Es un diseño muy bien pensado, obra de los Dioses, una enorme prisión muy bien delineada y construida. Ahora eres una de las pocas que lo conocen.

Kyra sonrió y dio gracias a Oxatsi, la Madre Mar, por haberle proporcionado una amiga tan inteligente y buena compañera.

Tras ellas se escucharon pasos y Yosane se apresuró a borrar el dibujo.

—¡En marcha! —el Ojo-de-Dios había regresado.

Kyra le dio la mano a Yosane.

—No te separes de mí —le murmuró.

Los Ejecutores las condujeron por un laberinto de túneles angostos. Kyra no sabía donde se encontraban, estaba totalmente desorientada. Sin decir palabra los Ejecutores las condujeron por el tenebroso subsuelo, uno abría camino y los otros dos las seguían de cerca azuzándolas con sus lanzas si perdían el paso. Cerraba la comitiva el Ojo-de-Dios. Finalmente ascendieron por unas escaleras de piedra en la desembocadura de un túnel y salieron a la superficie, a un patio amurallado. Cruzaron una gran puerta

metálica custodiada por Ejecutores y se encontraron en las calles de la ciudad.

De pronto sonaron cuernos de llamada clamando sobre el cielo. Kyra se alarmó. ¿Qué demonios sucedía? Aquello le gustaba cada vez menos. Miró a todos lados desconcertada y finalmente inquirió a su compañera con un gesto. Yosane se encogió de hombros, sus ojos mostraban temor. Continuaron avanzando y Kyra pensó en intentar escapar antes de llegar a donde fuera que las conducían, pero sería una locura. Tendría que enfrentarse a tres guerreros de una fuerza bestial armados y alerta. Por mucho que lo deseara, y sus entrañas lo hacían, sería una locura que acabaría muy mal. No, mejor esperar una ocasión con alguna posibilidad real de fuga. Los cuernos volvieron a sonar sobre la ciudad retumbando en calles y tejados.

Giraron en una esquina y de súbito una plaza grandiosa apareció ante sus ojos.

—¡Es la Gran Plaza, estamos en Osaen! —dijo Yosane.

La plaza estaba completamente abarrotada de gente. Kyra se detuvo muy sorprendida. Era de forma rectangular y completamente llana, con el suelo de granito blanco reluciente. Tenía cabida para varios miles de personas y estaba llena. La rodeaban edificios altos y cuidados, adornados con banderolas azules. En la cara norte, cien escaleras de mármol ascendían desde la plaza hasta una plataforma. Y allí lo vio. El objeto del que tanto se hablaba y al que tanto misterio rodeaba.

El Monolito Sagrado. El artefacto de los Dioses.

Era mucho más grandioso de lo que Kyra se había imaginado, completamente negro, de una altura espectacular de más de cuarenta varas y una amplitud de cinco. Era perfectamente rectangular. Su oscura superficie impoluta relucía al débil sol invernal. Se alzaba presidiendo la plaza, la ciudad entera. Emitía un aura arcana tan notable que le puso la carne de gallina. Kyra se quedó sin habla. Tras el monolito descubrió un enorme palacio con grandes columnas doradas, de una belleza arquitectónica sublime que llenaba la cara norte de la plaza. Sin duda se trataba del palacio del Regente Sesmok.

La zona norte de la ciudad estaba más elevada, sobre un altiplano.

Kyra se llevó la mano sobre los ojos y miró al sur. Divisó la avenida principal en la lejanía. Era de una amplitud enorme y estaba adornada con estatuas de piedra representando orgullosos guerreros y bellas doncellas portando instrumentos y ánforas. Las calles y edificios de la gran ciudad parecían estar bien cuidadas, construidas con buen granito e incluso acabadas con detalles en mármol y colorida cerámica; eran de una belleza que Kyra no había anticipado, acostumbrada a la simplicidad de la pobreza. Contempló el suelo que pisaba y vio que incluso los adoquines bajo sus pies habían sido confeccionados en buena piedra.

Barrió la zona sureste con la mirada y divisó fuentes y jardines a ambos lados de la gran avenida, y también palacetes con sus grandes pórticos y bellas columnas circulares. Kyra los contempló boquiabierta, eran mucho más impresionantes de lo que había imaginado.

—Es el Cuadrante de los Mercaderes —le susurró Yosane situándose a su lado y acompañando su mirada.

Kyra asintió.

—Al fondo, al sur, está el Cuadrante de los Artesanos, cerca de la muralla. Allí está mi hogar.

Kyra miró allí y se percató de que las casas de la parte baja de la ciudad, a lo largo de toda la muralla, eran mucho más sencillas y no había apenas palacetes. La división de clases se hacía patente en la gran ciudad. Los grandes y ricos mercaderes habían construido sus palacios en el centro de la villa a ambos lados de la gran avenida.

Contempló nuevamente la plaza llena de gente. ¿Qué estaba sucediendo allí? ¿Por qué estaban en aquel lugar? Uno de los Ejecutores la empujó con su lanza, sin miramientos, obligándola a seguir avanzando.

Avanzó inquieta, el gigantesco artefacto de los Áureos la ponía verdaderamente nerviosa. Frente a él vio a dos personas en ricas sedas, aguardando.

—El Regente Sesmok y el Sumo Sacerdote Torkem —le murmuró Yosane señalando con la cabeza.

Tras ellos esperaban varios Ojo-de-Dios con los brazos cruzados a la espalda.

Y a sus pies, una escena siniestra.

Tres jóvenes mujeres colgaban por los brazos de una estructura de madera. Sus pies no llegaban al suelo.

Parecían inconscientes o muertas.

Yosane soltó una exclamación de angustia al verlas. Kyra observó que una de ellas gemía en agonía y otra le dirigió una mirada un breve instante antes de perder la consciencia.

Estaban vivas, apenas, pero vivas.

Kyra y Yosane fueron conducidas por los Ejecutores hasta situarse frente a las desventuradas. Kyra observó el cuerpo de una de las jóvenes, tenía toda la parte izquierda del cuerpo completamente negra, como carbonizada. Miró de reojo a las otras dos desdichadas que colgaban junto a ella y ambas mostraban las mismas marcas. Apartó rápidamente la mirada de aquella siniestra escena, sintiendo una mezcla de asco y temor en el estómago.

Dos Ejecutores se situaron a su lado y con la lanza indicaron a Kyra y Yosane que miraran al público congregado. Las dos amigas cruzaron una rápida mirada de desconcierto y obedecieron. Frente a ellas miles de personas llenaban la gran plaza y todos los aledaños aguardando en silencio. Parecía que toda la capital había acudido a presenciar el siniestro espectáculo.

—Os he llamado hoy aquí, mi querido pueblo —tronó una potente voz.

—Es el Regente Sesmok —susurró Yosane muy nerviosa mientras Sesmok continuaba.

—Para que contempléis con vuestros propios ojos lo inútil y estúpido de intentar engañar a los Dioses —anunció.

La multitud guardó silencio absoluto ante las palabras del Regente.

Kyra lo observó, era un hombre duro, delgado, de cabeza afeitada y de mediana edad. Tenía nariz aguileña y ojos negros, pequeños y hundidos. Ojos de odio.

—Estas jóvenes que veis aquí apresadas y colgando han intentado engañar a los Dioses, han intentado esconderse, burlar la llamada Divina.

Fueron Seleccionadas y en su estupidez e ignorancia no acudieron al Llamamiento, eligieron intentar esconderse. Y es por ello que ahí cuelgan ahora, padeciendo el castigo que merecen, pues nadie puede huir al deseo de los Dioses, nadie.

Kyra comenzó a comprender. Miró a su izquierda y vio un grupo de Cazadores. No era el grupo de Ikai, lo lideraba un Maestro Cazador muy alto, de pelo blanco como la nieve y brazos musculados y curtidos por la intemperie. Dedujo que habían estado de cacería, persiguiendo a aquellas infelices que tras ser seleccionadas, probablemente llevadas por el miedo, habían intentado escapar o esconderse antes de ser localizadas por los siervos. Kyra sabía que no era posible huir, Ikai así se lo había dicho, no se podía cruzar el Confín, no con aquellas malditas Argollas que los aprisionaban. Sin embargo, había rumores inciertos y clandestinos sobre algunos que lo habían conseguido.

Contempló al grupo de cazadores y supuso que aquellas desdichadas se habían escondido. Pero los Cazadores encontraban siempre a sus presas, eso lo sabía con toda seguridad. «Mejor ellos que los Ejecutores...», pensó con amargura en la garganta. Pero al contemplar el negro de sus cuerpos supo que habían pasado por las despiadadas manos de los Siervos de los Dioses. Aquello no era obra de los Cazadores.

—Miradlas bien, esto es lo que espera a quien ose desobedecer la ley de los Áureos. Nadie puede esconderse, nadie puede huir. Yo, vuestro Regente, así os lo aseguro. La ley de los Dioses, y bajo ella las del Regente, deben ser cumplidas siempre o pagar las consecuencias, unas consecuencias bañadas en dolor y sufrimiento. Sumo Sacerdote Torkem...

El líder religioso se adelantó. Era un hombre orondo, de gran papada y nariz chata. Estaba calvo a excepción de un mechón de pelo cano que le adornaba la coronilla. A Kyra le revolvió el estómago. Torkem miró a los congregados con ojos marrones y llorosos y oró a los Dioses Áureos. Una oración en forma de lúgubre cántico de sometimiento. La multitud se arrodilló prestando pleitesía absoluta a los Dioses, como debía ser. Kyra quiso resistirse, no participar en aquel sometimiento, pero la lanza del Ejecutor se posó amenazante sobre su hombro. Cedió mirando desafiante al Ejecutor, la rendija del yelmo se iluminó y el rojo sanguinario la observó de vuelta.

Kyra desvió la mirada apretando la mandíbula.

—Por la gracia de los Dioses nuestro pueblo subsiste y prospera — proclamó el Sumo Sacerdote—. Estamos sobre esta tierra para servir a nuestros señores, para cumplir su voluntad divina. Ese es nuestro glorioso deber, ese es el camino verdadero que hemos de seguir. Lo que los Dioses de nosotros demanden, cumpliremos siempre, pues su palabra es ley y sus designios nuestra obligación.

El Sumo Sacerdote hizo un gesto con las manos y todos se agacharon hasta tocar con la frente el suelo, en signo de total sometimiento a la gracia de los Dioses.

—Por su bondad divina nos permiten seguir viviendo. Pero nuestros amos no olvidan, ni perdonan cuando ciegos de poder nuestros corazones corruptos osaron enfrentarse a ellos, a sus designios bondadosos. No, no olvidan, ni perdonan que este, su pueblo elegido, no los aceptara hace ahora mil años. Aún así, los Áureos, en su infinita bondad divina, nos permiten seguir viviendo bajo su ala protectora. Querido pueblo, a los Dioses fielmente debemos servir, pues sin su gracia moriríamos.

Kyra sintió una náusea al escuchar el mensaje que los clérigos les inculcaban una y otra vez desde la infancia. Un mensaje de servidumbre y esclavitud, un mensaje que ella nunca aceptaría por mucho que aquel pomposo gordo lo pregonara a los cuatro vientos.

Torkem se acercó hasta las desdichadas y las señaló con una clara expresión de reproche, negando ostensiblemente con la cabeza.

—Aquí podéis presenciar una muestra más de su grandeza y benevolencia. Aquellas que no acudieron a su llamada, aquellas que creyeron poder burlar los deseos de los Áureos, cuelgan ahora por sus pecados, con sus cuerpos marcados por la falta cometida.

Torkem bajó hasta Kyra y Yosane y señalándolas con una amplia sonrisa proclamó:

—Y, sin embargo, aquellas que acudieron como debían a la llamada de nuestros amos, aquellas que tuvieron la fortuna de ser elegidas por ellos, como todos podéis comprobar con vuestros propios ojos, se encuentran perfectamente —dijo mostrando a Kyra y Yosane con la mano.

Kyra fue a protestar, abrió la boca con los ojos centelleantes de rabia,

pero Torkem se percató. Con rapidez, el hábil clérigo se acercó a ella y la abrazó con fuerza.

—Si dices una sola palabra haré que te corten la lengua y te la metan en la garganta hasta que vomites. Luego encontraré a tu familia y les haré lo mismo —le dijo en un susurro al oído.

Kyra se quedó atónita.

Torkem le dedicó una enorme sonrisa y se volvió hacia el público.

—Nuestro deber, nuestra razón de ser, es servir a los Dioses, pues su pueblo somos y por su bondad existimos. Serviremos hoy y por siempre a nuestros amos Áureos —alzó los brazos hacia el Gran Monolito y finalizó con una nueva oración mientras observaba a los Ojo-de-Dios, como buscando su aprobación.

El Regente Sesmok se irguió.

—Volved ahora todos a vuestros quehaceres. No olvidéis lo que habéis visto hoy aquí. Recordad que la benevolencia de los Dioses no es infinita y su justicia implacable se hará sentir. Marchad todos.

La muchedumbre comenzó a dispersarse lentamente, en silencio.

Kyra lanzó una mirada llena de odio al Torkem pero éste la ignoró por completo, como si no existiera, y avanzó al encuentro del Regente Sesmok.

—Que cuelguen durante un día más —dijo Sesmok a Torkem—. Quiero que todos presencien lo que les sucede a quienes no acuden al Llamamiento. Pero encárgate de mantenerlas con vida, no deben morir...

—Así se hará, mi señor —dijo Torkem con una reverencia—. ¿Y esas dos?

Sesmok se encogió de hombros.

—Pertenece a los Dioses, los Ojo-de-Dios se encargarán de ellas. No son nuestro problema. Los dos hombres se dieron la vuelta y partieron.

Yosane se acercó a Kyra disimuladamente mientras los dos Ejecutores se cernían sobre ellas.

—¿Qué crees que harán con nosotras ahora?

—Ya nos han utilizado de falso ejemplo para engañar al pueblo, ahora nos espera nuestro destino real.

—¿Cuál? —pregunto Yosane con rostro angustiado.

—¡Vamos! —ordenó el Ejecutor empujando a Kyra con su lanza.

Kyra le hizo un gesto con los puños para que se mantuviera fuerte.

Las llevaron frente a tres Ojo-de-Dios en lo alto de las escaleras. Tras ellos se alzaba el gigantesco Monolito.

El Ojo-de-Dios en el centro se adelantó.

—De rodillas, esclavas —ordenó con un chirrido.

Kyra y Yosane se arrodillaron. Kyra arriesgó una mirada. El yelmo del siervo emitió un sonido y el rombo de argento se dividió en los dos triángulos que se separaron para dejar al descubierto el gran Ojo.

Un haz de luz recorrió el cuerpo de Yosane y a continuación el de Kyra. Sintió tanta repulsa que cerró los ojos.

Algo frío le tocó la frente.

Y la noche se la llevó.

Un grito ahogado llegó hasta Ikai procedente del oeste. Tiró de las riendas de la montura y el obediente animal detuvo el galope. Extrañado, se giró sobre la silla. El movimiento brusco provocó un tirón de su costado y un dolor agudo le advirtió que anduviese con tiento. Se dobló a un lado y maldijo entre dientes. Las heridas lo seguían castigando.

Un nuevo grito, más agudo.

En el bosque.

Ikai escrutinó la arboleda y no vio nada. Estaba anocheciendo y ya apenas había luz. Dudó, pero se internó entre los álamos guiando al caballo con cautela. Todos sus sentidos estaban en alerta. Extrajo una saeta negra del carcaj y la situó en el arco. Continuó avanzando guiado por el destello de las llamas de un fuego de campamento hasta llegar a un claro. Se detuvo en el linde y observó en silencio. Dos hombres se divertían golpeando a un viejo que tenían atado a un árbol. Otros dos registraban los cadáveres ensangrentados de dos hombres. Ikai los estudió detenidamente. Eran Parias: forajidos. Habían asaltado a aquellos desdichados y no dejarían a nadie con vida. Ikai conocía bien aquel tipo de hombres pues su profesión era darles caza. Hombres extremadamente peligrosos ya que la muerte los perseguiría día y noche por el resto de sus cortas vidas. Habían quebrantado las leyes de los Dioses y estaban condenados a muerte. Sobrevivían ocultos, huyendo sin descanso, matando para conseguir comida o moneda. Vivían en la desesperanza absoluta e Ikai sabía bien que el hombre más peligroso es aquel que nada tiene que perder.

Entrecerró los ojos y analizó la situación. ¿Intervenir e intentar salvar o no a aquel anciano? Una decisión en la que arriesgaba la vida y que le impedía avanzar con su cometido. «No es más que un pobre anciano, no vivirá mucho de todas formas... Tengo una misión que llevar a cabo. No

quiero ni imaginar lo que estará sufriendo Kyra» se dijo analizando fríamente la situación. Fue a dar la vuelta y marchar cuando escuchó un nuevo gemido de dolor del pobre desdichado. «¡Maldita sea, maldita conciencia!» masculló, y avanzó hasta entrar en el claro.

—¡Dejadlo estar! —les ordenó con tono autoritario.

Los cuatro malhechores se volvieron de inmediato.

Uno de ellos, grande y musculoso con una larga barba negra, alzó una espada curva hacia Ikai.

—Sigue tu camino y conserva la vida —dijo con una sonrisa irónica.

—Mírame bien, Paria.

—¡Es un Cazador! —reconoció un hombre pequeño y de cara burlona que empuñaba dos cuchillos.

Todos miraron alrededor, nerviosos, buscando nuevas amenazas pero no vieron ninguna.

El grandullón de la barba lo miró con gesto contrariado.

—¿Un Cazador solo? Eso sí que es algo muy extraño. ¿Te has perdido?

—Dejad a ese hombre y marchaos.

Un tipo alto de pelo enmarañado y nariz aguileña desenvainó una espada. Su compañero, calvo y fornido, cuya cara estaba marcada con una cicatriz, lo imitó.

—Eres un Cazador, nos perseguirás y nos matarás uno a uno —dijo el hombre de cara burlona.

—Hoy no estoy aquí para cazar. Dejadlo en paz y marchad. No lo repetiré.

El grandullón rió con una fuerte carcajada.

—Aunque te creyera, ese caballo que montas vale más que la vida de todos nosotros, incluida la tuya. En el mercado negro me pagarán muy bien por él y por tu equipamiento... Compréndelo, no puedo dejar que marches, no es nada personal.

Ikai inspiró.

—¡Matarlo! —grito el cabecilla a pleno pulmón.

Tristemente, Ikai ya había previsto aquella respuesta. Era la más lógica. Armó el brazo y soltó la saeta en el instante en que la frase terminaba. Alcanzó al más cercano de los cuatro asaltantes en pleno pecho, al pequeño de cara burlona. La saeta se hundió en la carne con un sonido seco. El infeliz se miró el torso, su rostro parecía poseído por la incredulidad. Dio un paso a un lado y cayó al suelo muerto.

La mente de Ikai analizó la siguiente amenaza. El forajido más alto se precipitaba a la carrera por su izquierda y el aguerrido y calvo por la derecha. Ikai calculó el tiempo restante y actuó. Con un movimiento rápido del brazo obtuvo otra saeta y la preparó en el arco. Tiró contra el hombre alto que espada en mano se acercaba como una exhalación. La saeta le alcanzó en el ojo derecho y murió al instante. Le cayó la espada y su cuerpo se desplomó.

Un grito de rabia le llegó desde la derecha.

No tenía tiempo de tirar con el arco. Lo soltó. La espada del forajido brilló en la noche buscando su costado. Ikai dejó caer su cuerpo hacia el lado contrario de la montura. Descabalgó un suspiro antes de ser cercenado. Apoyó las manos contra el suelo y rodó la caída. No pudo evitar gruñir de dolor cuando el costado lo castigó.

—¡Ven aquí, maldito Cazador! —gritó el hombre en plena frustración.

Ikai se puso en pie y se llevó la mano a la espalda.

El forajido atacó a la carrera con los ojos poseídos por la rabia.

Un latigazo del brazo de Ikai lo recibió. La pequeña daga de lanzar salió silbando y se incrustó en el cuello del hombre hasta la empuñadura. El Paria llegó hasta Ikai sin percatarse siquiera de que ya estaba muerto. Golpeó con la espada pero Ikai se desplazó a un lado con agilidad, esquivando el golpe. El forajido intentó respirar y no pudo. Cayó al suelo con las manos en la garganta, ahogándose en su propia sangre.

—¡Serás malnacido! —tronó el cabecilla— ¡Yo te enviaré a ver a los Dioses asquerosos a los que sirves!

El gigantón se lanzó a la carrera. Ikai lo esperó. Inspiró

profundamente realizando un esfuerzo para mantener la calma. Desenvainó la espada y exhaló.

El forajido llegó hasta él y golpeó con tal fuerza que hubiera partido el escudo y brazo del guerrero más preparado. Pero Ikai no bloqueó el golpe, ya había previsto la desmedida fuerza que aquel bruto poseería. Se desplazó a un lado con habilidad y la espada pasó a un palmo de su cuello silbando al cortar el aire. Con frialdad calculada, Ikai lanzó un fugaz tajo vertical alcanzando al forajido en el brazo. La sangre comenzó a manar del corte.

Una mirada de puro odio atravesó a Ikai como un rayo.

—¡No será un asqueroso Cazador, un rastrero traidor, un maldito sirviente de esos Dioses quien me mate!

Lleno de furia volvió a golpear con toda la fuerza de sus enormes hombros, como si fuera a talar un árbol de un golpe. Ikai esperó al último instante haciendo uso de su sangre fría y dio un brinco felino, esquivando la espada que pasó rozando su estómago. Contraatacó y le produjo otro corte profundo en la pierna al forajido.

El gigante maldijo a todo pulmón sujetando la pierna herida.

—¡Nada tengo que perder! —dijo con rabia—. Soy un Paria, lo sé, no hay futuro para mí. Elegí huir a ser enviado a las canteras, ese es mi pecado.

—Esa fue tu elección, al igual que enfrentarte a mí cuando podías haber elegido otra vía.

—¿Qué derecho tienen esos Dioses tiránicos y despiadados a decidir mi destino o el de cualquier hombre? ¿Quién les da derecho a establecer las Cuotas? ¿Por qué debo trabajar en las canteras durante años para ellos? No, no tienen ningún derecho. No tengo por qué obedecerlos. No.

—La ley de los Dioses no se discute, se cumple —contestó Ikai como le habían adiestrado.

Con ojos conscientes del final que lo aguardaba, el gigante alzó la espada a dos manos para sentenciar un último golpe. Ikai lo miró fijamente a los ojos y le hizo un gesto de negación con la cabeza. No deseaba matarlo.

El Paria le devolvió la mirada, profunda y sincera, reminiscente del hombre que un día fue y ya no sería más.

—No dejaré que me entregues para que los Ojo-de-Dios me torturen hasta la muerte delante de todos como escarmiento público. No, prefiero morir aquí.

La espada bajó y se dirigió a la cabeza de Ikai. El Cazador alzó la suya rauda y rodó el golpe del gigante. Su acero se clavó certero en el corazón del forajido.

El gigante cayó de rodillas. Con ojos húmedos miró a Ikai.

—No fui yo, fueron los Dioses...

Ikai lo contempló y por un instante sintió lástima por aquel hombre. Pero tras él vio los cadáveres de los inocentes.

—Los Dioses fueron crueles contigo, cierto, pero este camino lo elegiste tú.

El gigante se desplomó muerto.

Ikai avanzó hacia el viejo sin mirar atrás. Llegó hasta él y cortó las ligaduras que lo sujetaban al árbol. El anciano se desplomó en sus brazos. Con cuidado, Ikai lo depositó en el suelo.

—Gracias... gracias, Cazador... —balbuceó.

Tenía el rostro amoratado, los dos ojos hinchados, uno casi no lo podía abrir. Sangraba por nariz y boca, pero lo peor era el torso. Lo habían torturado produciéndole feos cortes que de no suturar se infectarían y le causarían la muerte o se desangraría poco a poco con el mismo resultado. Bien pensado, le pareció increíble que hubiera sobrevivido semejante castigo a su avanzada edad.

—Eres duro, anciano —le reconoció Ikai mientras examinaba las heridas.

—Tengo... tengo mucho por lo que vivir...

Ikai lo miró extrañado. Debía rondar los 70... Su rostro estaba completamente apergaminado, el cabello y la barba eran tan blancos como la nieve y no era más que hueso y pellejo bajo la rasgada túnica de lana. ¿Mucho por lo que vivir? Debería estar ya muerto, muy pocos hombres

alcanzaban una edad tan avanzada. La dureza de la vida o los Dioses acababan con ellos mucho antes. Muy pocos llegaban a cumplir 50 primaveras. Pero algo llamó la atención de Ikai. El ojo que tenía abierto, de un azul intenso, brillaba con inteligencia y por un momento le pareció atisbar que lo estudiaba haciendo uso de una sabiduría escondida.

—Esto te dolerá...

El anciano miró a Ikai y asintió cerrando los ojos.

Ikai situó los dedos sobre la nariz del anciano y con un tirón seco y breve se la colocó en su sitio.

El anciano clamó de dolor. Tras un momento de agonía intensa, echó la cabeza hacia atrás.

—Muy bien. Voy a por aguja curva e hilo de suturar que llevo en el morral, hay que cerrar esas feas heridas.

—Gracias... Cazador... este viejo podrá luchar un día más...

Ikai lo volvió a observar perplejo. Se fijó en su vestimenta, era de buena calidad, el pelo y la barba los llevaba bien cuidados. No había suciedad bajo sus uñas. Observó la Argolla Dorada y vio el símbolo del Caballo. Era un mercader. Y por su atavío, próspero...

—Eres extraño, anciano.

—Me llamo... Gedrel, soy Mercader... para los Dioses...

—¿Para los Dioses?

—Sí... para los hombres... soy otra cosa... bien diferente...

Ikai lo observó sin comprender. No se podía ser otra cosa. Los Dioses permitían ejercer un único oficio, el de tu familia o aquel que ellos requirieran. Cambiarlo sólo podía ser por exigencia de los Dioses y sus temidas Cuotas. Pero aún así, uno pasaba a tener un nuevo oficio asignado por los Ojo-de-Dios y controlado por los Procuradores. Nadie podía ser más que una cosa. Los Dioses prohibían lo contrario. Un hombre, una profesión, un trabajo, esa era la ley. Aquel que no ejerciera su profesión o no pudiera ya trabajar era condenado a muerte. Un hombre que no producía no tenía valor a ojos de los Dioses.

—Sólo podemos ser una cosa la ley así lo dicta.

—La ley de los Dioses... no la de los hombres, joven Cazador...

—Ikai, me llamo Ikaï y no deberías hablar así, te buscas la muerte.

El anciano sonrió.

—¿Tú crees?

Ikaï negó con la cabeza.

—Será mejor que atienda tus heridas, Gedrel, creo que desvarías.

—Un placer... Ikaï... inesperado...

—Más bien casual. He oído los gritos.

—Quizás... o quizás no... —dijo su rostro contraído por el dolor.

Ikaï lo miró extrañado, se encogió de hombros y fue a por sus cosas. Aquel anciano era realmente peculiar. Trabajó sobre las heridas con cuidado y pericia. No era la primera vez que tenía que coser a alguien. Ser Cazador conllevaba aquellos riesgos. Pensó en sus compañeros de profesión muertos y deseó que se encontraran en un lugar mejor donde los hombres no vivieran para servir los deseos de Dioses. Aquel pensamiento lo contrarió. No debía pensar así, aquello era propio de Kyra, él tenía más cabeza. Las cosas eran como eran, pensamientos de aquel tipo llevaban a un hombre a la tumba.

Gedrel perdió el conocimiento. Ikaï le aplicó el musgo contra infecciones sobre las heridas y terminó de atenderlo. Se quedó contemplando el rostro amable del anciano. Respiraba muy débilmente, de forma casi imperceptible: no tenía muchas posibilidades de volver a abrir los ojos... Pero al menos ya descansaba del dolor y el gesto de sufrimiento había desaparecido de su rostro. La luna reinaba alta y bella en un despejado firmamento estrellado y un destello argente sobre su Argolla hizo que meditara sobre las extrañas palabras del anciano.

Ikaï recordaba con toda nitidez el aciago día en que la Argolla Dorada le fue impuesta. Tenía siete años. Hasta ese día Ikaï había disfrutado de una libertad que ya nunca más volvería a experimentar. Había sido feliz, se le había permitido jugar con Kyra en la granja, con los otros niños de su edad en el pueblo, sin obligaciones, sin servitud. Y había degustado aquella felicidad percedera, disfrutando cada día sin preocupaciones, pues no era consciente de que sería perenne. Y llegó el

momento en el que los Dioses reclamaron su derecho divino e Ikai fue presentado en el Ritual del Oficio. Recordaba la plaza llena de gente y el humo negro de las antorchas ascendiendo hacia la enorme luna llena. Avanzaba hacia la plataforma agarrado a la mano de su padre. Siul se agachó para mirarle a los ojos. Ikai recordaba bien los ojos de su padre, pues eran idénticos a los suyos.

—No tengas miedo —le dijo con rostro amable y guiñándole un ojo.

—No lo tengo, padre —Ikai no sentía miedo, no junto a él.

—Así me gusta, nunca dejes que el miedo te venza, úsalo y lucha.

Ikai asimiló aquellas palabras, y asintió.

Detrás iba su madre con Kyra que tenía la nariz sucia de tierra y miraba a la multitud con cara hosca.

Solma se acercó hasta Ikai.

—Haz lo que te digan, no reniegues y no digas nada —la seriedad en el tono de voz de su madre hizo que Ikai prestara atención absoluta.

La miró y asintió dos veces.

De pronto, un destello blanquecino seguido de un zumbido ensordecedor estalló en la plaza. Ikai quedó deslumbrado por un momento, no veía nada y se protegió los ojos con el brazo. El zumbido se volvió de una intensidad tal que le perforaba los oídos. Abrió la boca y movió la mandíbula intentando protegerlos. Miró alrededor buscando el origen de aquel sonido nocivo. Provenía de las Argollas. Todas emitían un zumbido que parecía ir ganando en intensidad, como si se superpusiera para torturar la mente. Contempló los rostros de sus padres, tenían los ojos entrecerrados, caras adustas y los hombros hundidos. Ellos también padecían el terrible sonido.

Kyra protestó sacudiendo la cabeza.

—¡Que pare, me duelen los oídos!

—Tranquilos, hijos, tapaos los oídos con las manos, pronto pasará —les aseguró su padre.

Ikai y Kyra así lo hicieron y al cabo de un momento el terrible zumbido desapareció.

—Es la hora —dijo Solma, y avanzaron hacia el lado este de la plaza. Toda la multitud se dirigió hacia allí.

Ikai entendió entonces a dónde se dirigían: al Templo a los Dioses Áureos. El imponente edificio presidía la plaza con su arcana apariencia. Tenía forma esférica y era completamente dorado. Sobre la fachada habían sido talladas extrañas runas que para ellos eran incomprensibles. Únicamente los Ojo-de-Dios conocían su significado y función. Era un edificio prohibido, sólo los siervos de los dioses podían acceder a él. En cada una de las capitales de las seis comarcas se había erigido un templo cuya función era albergar a los Ojo-de-Dios y officiar las ceremonias que los Dioses requerían de su pueblo esclavo.

El destello cegador volvió a producirse e Ikai se tapó los oídos. El insufrible zumbido volvió a castigarlos y todos se acercaron a la entrada del templo. Las grandes puertas circulares permanecían selladas. Frente a ellas se había erigido un altar entre dos enormes braseros que iluminaban la noche.

Avanzaron hacia la llamada.

Del oeste de la plaza Ikai vio aparecer al Procurador Kulban con cara y andar solemnes. Junto a él avanzaba un Sacerdote. Kulban vestía una rica túnica de gala en intenso azul y el Sacerdote en un morado oscuro. Los seguían una docena de guardias armados del Procurador. Se situaron frente a las puertas del templo y se arrodillaron.

Todos los presentes se arrodillaron también con rostros presos de la tristeza y hombros hundidos por el peso infinito de la esclavitud.

Las puertas se abrieron. De la penumbra del interior apareció un Ojo-de-Dios, y un momento después, sus Ejecutores.

La multitud guardó silencio absoluto al instante.

Por tercera vez el destello proveniente de las Argollas llenó la noche y el zumbido infernal volvió a torturarlos.

Y la ceremonia dio comienzo.

Al cesar el zumbido el Procurador y el Sacerdote se pusieron en pie y encararon la arrodillada multitud. Tras ellos, expectantes, el siniestro Ojo-de-Dios y sus esbirros de muerte.

El Procurador Kulban se dirigió al pueblo.

—La primera noche de luna llena de la primavera es la noche del año elegida por nuestros Dioses para el Ritual del Oficio. Cada año, a medianoche, todas las familias con miembros sin oficio en la edad marcada debemos acudir a la capital de la comarca y dirigirnos al Templo Áureo. Esa la ley de los Dioses y así debe cumplirse.

La multitud lo escuchaba sin decir nada. Ikai observó a su madre y su rostro le pareció lleno de tristeza. Miró a su padre, tenía el semblante adusto y se mordía el labio, en su mirada le pareció ver... rabia...

—Para asegurar que se cumple la ley divina, yo, como Procurador, esta noche aquí lo atestigo —continuó Kulban.

El Sacerdote avanzó un paso y rezó a los Dioses Áureos dando gracias por su grandeza, benevolencia y misericordia. A Ikai le pareció escuchar un murmullo ahogado de desaprobación.

—Los jóvenes que cumplan siete años deben ser presentados ahora por sus familias para ser Argollados —pidió.

Ikai al escuchar aquello se percató finalmente de lo que ocurría. Alzó la vista hacia su padre y éste, con resignación sombría en el rostro, asintió. Ikai comprendió.

—Adelante, presentad a los jóvenes para que los Dioses los acepten y les encomienden un oficio a su servicio —dijo el Sacerdote, y continuó pregonando, con una interminable arenga.

Agradeció a los Dioses su misericordia y benevolencia mostrándoles la sumisión de la población, rogando por un año de buenas cosechas, sin plagas ni enfermedades para el pueblo que fielmente servía a sus amos.

Ikai, conducido por su padre, avanzó hasta el altar entre los dos enormes braseros.

El Ojo-de-Dios se situó tras el altar. Su yelmo emitió un sonido metálico y las dos mitades triangulares de argento se apartaron a los lados dejando ver un enorme Ojo dorado sobre un fondo negro sin fin. El iris lo formaban miles de pequeñas salpicaduras en ocre y oro, la pupila era de un azul celestial. El Ojo-de-Dios miró a Ikai con aquel ojo desmedido que parecía leer el alma. A Ikai se le heló la sangre. En aquel momento

sintió miedo, miedo de que tras aquel ojo divino no hubiera humanidad. Su padre le puso la mano en el hombro e Ikai se calmó.

Cuatro enormes Ejecutores se situaron junto a ellos.

El Ojo-de-Dios señaló el altar. Portaba un tomo dorado en la mano izquierda y un extraño guantelete plateado con incrustaciones y runas doradas en la derecha. Era macizo, de formas rectangulares y metálicas, parecía muy pesado y robusto.

Dos de los Ejecutores sujetaron a Ikai de los brazos.

Ikai miró a su padre. Éste lanzó una mirada de reojo a los otros dos Ejecutores que se habían situado junto a él. Iban armados con aciagas lanzas y eran enormes, de anchos hombros y le sacaban una cabeza. Ikai, que siempre había tenido a su padre por el hombre más fuerte del mundo, se dio cuenta en aquel momento que no era tal el caso. Su padre suspiró y asintió. Los nervios atenazaron a Ikai, no sabía qué estaba sucediendo pero tenía miedo.

Los Ejecutores lo tumbaron sobre el altar. Al hacerlo Ikai se percató de que el altar era hueco y tenía la forma de un niño tallada en su interior. Quedó sumergido en una extraña sustancia viscosa a excepción de los brazos cuyo apoyo era más alto y quedaban a la vista. Los dos ejecutores lo sujetaron uno de cada brazo y el corazón de Ikai comenzó a galopar desbocado.

—¿Nombre? —preguntó el Procurador Kulban.

—Ikai —contestó su padre.

—¿Oficio de la familia?

—Campesino.

El Procurador miró al Ojo-de-Dios. El siniestro sirviente de los dioses anotó algo en el tomo dorado y asintió.

—Campesino es tu Oficio y campesino será el Oficio de tu hijo, por familia —pronunció Kulban.

El Ojo-de-Dios dejó el arcano tomo sobre la cabecera del altar. Obtuvo una argolla completamente lisa, negra y pulida. Parecía haber sido forjada con un pedazo de la propia noche. El Ojo-de-Dios se inclinó sobre Ikai y se la colocó en la muñeca izquierda. Cerró el extraño guante

plateado sobre ella y entonó una lúgubre y chirriante entonación. Un intensísimo destello dorado surgió del macizo guante metálico e Ikai sintió un calor abrasador sobre el brazo. El destello se mantuvo durante un momento y el calor se volvió fuego. Ikai cerró los ojos y apretó la mandíbula intentando sobrellevar el sufrimiento intenso que padecía. Pero el dolor se volvió más agudo. Comenzó a gritar pero uno de los Ejecutores le puso un paño sobre la boca ahogando el sonido. Ikai intentó patear, el dolor era insufrible pero le fue imposible liberarse pues los dos Ejecutores lo tenían firmemente sujeto contra el altar con la fuerza de diez hombres.

Su padre hizo además de ir en su ayuda pero unos poderosos brazos lo sujetaron de los hombros. Al momento tenía el filo de la lanza del Ejecutor en su cuello.

Ikai pensó que el dolor iba a amputarle el brazo, ya no podía soportarlo más, y en ese momento desapareció por completo. La presión que los Ejecutores ejercían sobre su cuerpo desapareció también. Abrió los ojos y vio que el Ojo-de-Dios se había retrasado un paso, al igual que los Ejecutores. Se miró la muñeca izquierda y vio la Argolla, ahora completamente dorada, y en centro de la misma el símbolo del Buey, el símbolo de los campesinos. Bajo la argolla, la carne de su muñeca, antebrazo, y mano, estaban negras como una rama quemada al fuego.

—Ikai, por menester del Ritual del Oficio, eres ahora Campesino por el resto de tus días —proclamó el Procurador Kulban. El Sacerdote comenzó a dar gracias a los Dioses con los brazos abiertos encarando al templo.

—Ven, hijo —le dijo Siul.

Ikai saltó del altar como si estuviera en un lecho de ortigas. Su padre se lo llevó de allí mientras el siguiente infeliz, Gilma, el hijo del panadero, avanzaba hacia el altar acompañado de su padre para sufrir el mismo ritual.

Ikai miró a su padre y preguntó:

—¿Lo he hecho bien, padre?

Siul sonrió con tristeza en los ojos.

—Sí, hijo, lo has hecho muy bien.

—¿Entonces por qué estás triste? ¿No soy un Campesino como tú?

—Sí, hijo, pero ahora también eres un esclavo, como yo.

En aquel momento no entendió el significado de las palabras de su padre. Fue más adelante cuando plenamente interiorizó su importancia. Pero la pena con la que su padre las había pronunciado se le quedó grabada a fuego en la memoria, como la maldita Argolla. Ikai había sido Campesino gran parte de su juventud hasta que un buen día los Dioses exigieron una mayor Cuota de Cazadores en la Sexta Comarca y fue reclutado por Sejof. Dejó de ser Campesino para convertirse en Cazador. Miró la Argolla en su brazo con el Símbolo del Águila y negó con la cabeza. Los Dioses elegían el destino de los hombres, así era y así había sido por más de mil años.

Lo que Gedrel, aquel loco anciano dijera era intrascendente. Ikai observó al viejo y volvió a la realidad. No parecía que volvería a despertar. El castigo había sido demasiado duro.

Pero volvió a sorprenderle.

—Ayúdame... a ponerme en pie... por favor —rogó el anciano tras despertar, como si le hubiera escuchado.

Ikai negó con la cabeza. Era increíble la fortaleza interna de aquel hombre. Lo ayudó y con inmenso esfuerzo Gedrel se levantó. Ikai lo admiró en silencio, ¿de dónde sacaría la fuerza? Estaba demasiado malherido para tenerse en pie.

El anciano miró la escena de muerte que los rodeaba.

—Has luchado bien... muy bien...

—Soy un Cazador, he sido adiestrado para hacerlo.

El viejo lo miró intensamente con el ojo bueno, como intentando leer su alma.

—Hay Cazadores y Cazadores... lo que yo he presenciado hoy aquí era algo más que entrenamiento y destreza... Has matado a cuatro hombres con calculada frialdad... —volvió a mirarlo detenidamente y asintió—. Yo diría que ni te has puesto nervioso... ¿me equivoco?

A Ikai no le gustó el escrutinio del viejo.

—Me atacaron y me defendí. Yo he sido entrenado para luchar y ellos no. Yo vivo y ellos mueren. No hay más que profundizar en ello.

—Si tú lo dices, joven Cazador... pero en la forma... en la forma yo he leído algo más... una frialdad y cálculo anómalos... fuera de lo común...

—Si insinúas que soy un frío asesino calculador puedo asegurarte que te equivocas.

—No te enojés, mi joven salvador, no es mi intención ofenderte. Creo que eres un joven de mente despierta y calculadora al que debo la vida y al que estoy inmensamente agradecido.

—No hace falta que me lo agradezcas. Soy Cazador y ellos Parias. Era mi deber, mi obligación.

El anciano asintió pero no parecía convencido.

—Llévame... hasta mis... sobrinos... —pidió.

Ikai accedió y lo ayudó. Lo sujetó por la cintura y pasó el brazo enjuto sobre su hombro. El anciano se sujetó y avanzaron despacio. Gedrel se despidió de ellos con unas extrañas plegarias a unas deidades que Ikai desconocía.

—¿Los enterrarás... para que no se los coman las alimañas del bosque?

Ikai negó con la cabeza.

—Lo siento, no puedo hacerlo. Debo partir de inmediato, no puedo perder más tiempo. Demasiado me he demorado ya.

—Entiendo... obligaciones urgentes...

Ikai asintió esperando encontrar una mirada de reproche o desaprobación pero halló aquel brillo de inteligencia.

—¿Qué hay de mí, puedes llevarme?

Ikai miró alrededor.

—¿Y vuestras monturas?

Gedrel hizo una mueca extraña que Ikai interpretó como de sarcasmo.

—Somos una familia de mercaderes humilde... apenas nos ganamos la vida... no tengo montura.

Ikai maldijo para sus adentros. Si lo dejaba allí lo más probable era que no sobreviviera. Estaban demasiado lejos de una aldea.

—No puedo pedirte más de lo que has hecho...

Ikai sopesó las alternativas. Sabía que la opción óptima y más racional era dejar allí a aquel anciano que para él nada representaba y al que ya había ayudado suficiente. Kyra estaba en peligro, en manos de los siervos de los Dioses. Debía proseguir. Pero de abandonarlo el viejo moriría.

Suspiró enojado.

—Vamos, montarás conmigo —dijo a regañadientes—, encontraremos ayuda más adelante en el camino.

—Gracias, hijo, si algún día nuestros caminos vuelven a cruzarse y la situación es inversa, lo recordaré.

—Esperemos que ese día no llegue nunca —dijo Ikai con una medio sonrisa.

«Es más plausible que un día mis ojos contemplen el mar a que este pobre anciano me salve» pensó. Espoleó al caballo y se dirigió presto a la capital, a las Mazmorras del Olvido.

Kyra abrió los ojos y se quedó contemplando el techo de la estancia. Era de plata, circular, como un gran espejo, pero no podía verse reflejada en él. Estaba tumbada sobre el suelo, también de plata, y sentía el frío morder su carne, traspasando la túnica blanca que vestía. No sabía dónde estaba. Intentó recordar qué había sucedido y un fuerte dolor de cabeza la golpeó repetidamente, como el martillo del herrero el yunque. Se llevó las manos a la cabeza pero no consiguió mitigar el sufrimiento.

Miró a su derecha y vio a Yosane tendida, inconsciente. Kyra se puso en pie. Se sentía desfallecida y algo mareada pero se negó a ceder a la debilidad, avanzó y llegó al lado de su compañera. Cayó de rodillas junto a ella.

—Despierta, Yosane, despierta —la llamó, y entrecerró los ojos intentando rasgar la penumbra que las rodeaba buscando algún indicio de peligro. Todo era penumbra y silencio. Sobre el suelo distinguió más cuerpos, inmóviles.

Al ver que su amiga no reaccionaba, Kyra se angustió. La sujetó por los hombros y comenzó a sacudirla.

—¡Vamos, despierta, no me hagas esto!

Yosane gruñó, balbuceó una incoherencia y abrió los ojos.

Kyra se llevó las manos a la cintura y resopló.

—¿Estás bien? Por un momento he pensado...

—Sí, creo que sí —dijo Yosane intentando centrarse—. Mi cabeza... ¿dónde... qué es este lugar? ¿Cómo hemos llegado aquí?

—¡El maldito Ojo-de-Dios! Así es como hemos llegado aquí —refunfuñó Kyra, que intentaba recordar con los ojos cerrados—. Ahora me acuerdo de algo... nos llevaron a su presencia y... y ya no recuerdo

más. ¡Maldita sea!

Yosane se puso en pie con dificultad.

—¡Mira, Kyra, no estamos solas!

Kyra miró a su espalda.

—Sí, las he visto al acercarme a ti.

Tumbadas sobre el suelo de argento había una decena de jóvenes mujeres, algunas todavía inconscientes, otras intentando ponerse en pie. Todas vestían de forma idéntica: una larga túnica blanca con bordados plateados en cuello y mangas. En el centro del pecho portaban una extraña runa.

Kyra miró a Yosane y luego a sí misma.

—¡Nos han vestido a todas igual!

Yosane se contempló y luego miró al resto.

—Sí... parecemos... parecemos...

—Dilo, vamos, dilo —presionó Kyra.

—Pare... parecemos... doncellas a las que vayan a sacrificar... en un ritual... a un Dios...

—¡Exacto! —Kyra cerró los puños llena de rabia— ¡A mí no me sacrificarán, te juro que no me sacrificarán en nombre de nadie! ¡Lucharé, les arrancaré las entrañas!

Yosane negó con la cabeza y hundió los hombros.

—Calma, Kyra... Ayudémoslas —dijo con voz pesarosa.

Las dos jóvenes socorrieron a las prisioneras más cercanas. Pronto casi todas comenzaron a despertar y dar signos de estar con vida. Sufrían los mismos síntomas: mareos, desorientación, fuertes jaquecas. Kyra contó 12 chicas, incluida ella, todas de edad similar a la suya. Le pareció casualmente extraño.

Rodeada de un murmullo creciente, mezcla de sollozos, preguntas sin respuesta y miedo, Kyra se percató que había tres muchachas que no conseguían despertar. Se acercó y las observó: tenían la parte izquierda del cuerpo ennegrecido. Eran las desdichadas del escarmiento de la plaza, las

que habían sido capturadas tras huir del Llamamiento.

—¿Están muertas? —preguntó Yosane con los ojos llenos de miedo.

—No, creo que no —dijo Kyra examinando a una de ellas—. Su respiración es muy débil. Yo no entiendo mucho sobre esto pero parecen con vida aunque por poco. Y ese color carbonizado me da muy mala espina.

—Quizás yo pueda ayudar —se ofreció una joven acercándose a ellas.

—Si crees que puedes, adelante —dijo Kyra dándole paso con la mano.

La joven asintió. Kyra la observó al pasar, era algo más baja que ella. Unos ojos claros y saltones en una cara muy pálida y llena de pecas la saludaron. Kyra le devolvió el saludo con la mirada. La joven se agachó junto a la más cercana de las tres desdichadas. Apartó a un lado con la mano el cabello negro y muy rizado que le caía sobre los hombros y puso una oreja sobre el pecho que apenas se hinchaba al respirar.

Mientras la joven examinaba a las tres desventuradas Kyra estudió con atención la cámara en la que se hallaban en busca de alguna posible salida o escape.

—El suelo es de plata... —dijo Yosane contemplándolo extrañada.

—El techo también —dijo Kyra señalando hacia arriba— y la cámara es circular. Mira esas extrañas runas talladas en el suelo formando un círculo en el borde. Emiten una suave luz dorada que viaja hacia el techo... extraño... Pero no veo ninguna salida, las paredes son negras como una noche sin estrellas y forman un círculo perfecto. ¿Cómo hemos entrado, entonces?

Yosane observaba a Kyra, siguiendo su mirada.

—¿Buscas una vía de escape?

—Sí —respondió Kyra sin mirarla, concentrada—. Sobrevivir y escapar. Recuérdalo siempre.

—No creo que podamos escapar... —dijo Yosane contemplando las oscuras paredes que las encerraban con tono temeroso.

—Entonces nos centraremos en sobrevivir hasta que podamos escapar —dijo Kyra con total convencimiento, como si fuera imposible que aquello no sucediera.

—Ojalá tuviera tu coraje, tu convicción...

Kyra la miró a los ojos y la sujetó por los hombros.

—Sobrevivir y escapar. Esa es ahora nuestra vida y esa es la ley que debemos seguir. No pienses en nada más. Nada más tiene importancia. De lo contrario, morirás.

—No sé si podré guiarme por esa máxima, yo no soy como tú...

—Podrás, créeme. Y si no, yo te empujaré a seguirla.

Yosane sonrió, una sonrisa tímida, agradecida.

—Además, Ikai vendrá por mí. No tengo duda alguna. Y es un Cazador excelente, encontrará nuestro rastro nos lleven donde nos lleven, nos encierren donde nos encierren. No parará hasta dar conmigo. Así que sobrevive, hay esperanza, escaparemos de un modo u otro.

Yosane asintió, un diminuto brillo de ilusión refulgía en sus ojos negros.

—Están vivas, pero si no reciben atención no creo que superen otro día —anunció la joven mirando a Kyra y Yosane.

—¿Cómo lo sabes... y cómo te llamas? —preguntó Kyra.

—Me llamo Idana. Y lo sé porque soy Boticario al igual que lo es mi padre, al igual que lo era el padre de mi padre y su padre antes que él. Es la profesión de mi familia. He aprendido el oficio de la mano de mi padre desde que era una niña y con ello nos ganamos la vida, sirviendo a los Dioses. Puedo reconocer y tratar muchos tipos de heridas y enfermedades.

Los ojos de Kyra buscaron la Argolla en la muñeca de la joven. Distinguió el símbolo del Zorro.

—¿Puedes hacer algo por ellas? —preguntó Yosane.

—Sin los ingredientes para preparar un ungüento que ayude a combatir y aliviar esa terrible quemadura y sin plantas medicinales contra la infección, mucho me temo que no —dijo mostrando las vacías palmas de sus manos.

Kyra barrió la estancia con la mirada buscando algún tipo de envase, algo que pudiera contener un ungüento o una pócima. Pero la fría cámara estaba vacía, no había ni un solo objeto. Sólo estaban ellas.

Los sollozos, balbuceos y conversaciones varias continuaban creciendo en intensidad entre las prisioneras y estaba comenzando a irritar a Kyra. No podía pensar en medio de aquel alboroto y necesitaban salir de allí. «¿Qué haría Ikai en esta situación? A él siempre se le ocurre algo, tiene una mente fría, calculadora, es muy listo. ¿Qué haría? ¿Qué? ¡Piensa!». La algarabía a su alrededor se volvió insoportable.

—¡Callad! ¡Por los malditos Dioses, callad! —gritó.

El grito abandonó su garganta con mayor fuerza de lo que había deseado.

Todas callaron al instante. Un silencio absoluto lo siguió. Apenas si respiraban. Miraban a Kyra asustadas, confusas.

Yosane se percató de la situación e intervino.

—Tranquilas, no ocurre nada. Guardemos silencio... por favor... Intentad calmaos y bajad la voz... por favor —rogó gesticulando con las manos para que se sosegaran.

Sin embargo, una de las jóvenes, alta y rubia, no parecía estar asustada. Atendía a otra joven gruesa en el suelo que no se había recuperado todavía. Clavó la mirada en Kyra como proyectando dos saetas de pura rabia. Kyra se percató, pero le restó importancia y la ignoró. «Hay que buscar una salida, quizás haya un resorte escondido, algo que abra una puerta en esas paredes» pensó, y comenzó a andar en dirección a la pared más cercana. Al llegar al círculo formado por las insólitas runas doradas talladas en el suelo, dudó si avanzar o no. «Sobrevivir y Escapar» se alentó.

Dio el paso para cruzar el círculo.

Un resplandor dorado salió despedido del suelo hacia el techo.

Algo golpeó a Kyra con fuerza. Cayó de espaldas.

—¡Kyra! —exclamó Yosane, y corrió a ayudarla.

Kyra sacudió la cabeza y se quedó mirando la barrera que se alzaba

desde el suelo hasta el techo formando un amplio círculo, rodeándolas a todas.

—¿Estás bien? —se preocupó Yosane.

—Sí, sí, estoy bien... no te preocupes. Esa cosa ha surgido del círculo en el suelo y me ha golpeado al intentar cruzarlo.

Idana se acercó hasta ellas y estudió el fenómeno por un momento.

—Parece una barrera, es translúcida, pero probablemente sólida. Me recuerda a... es similar al Confín. Muy interesante. Creo que está ahí para impedir que la crucemos...

Kyra se puso en pie.

—Nada me impedirá que escape —dijo con el entrecejo arrugado y tono obstinado. Avanzó nuevamente hacia la barrera.

—¡Kyra, no! —gritó Yosane, y extendió el brazo intentando detenerla.

Pero no lo consiguió. Una descarga tremenda recorrió el cuerpo de Kyra cuando intentó atravesar la barrera. Salió despedida de espaldas como si hubiese sido golpeada por un rayo de una potente tormenta de verano.

La oscuridad se la llevó.

El mundo de los sueños la abdujo y la transportó sobre alas brumosas hasta un recuerdo lejano pero grabado a fuego en su memoria. Un rostro apareció frente a ella entre la neblina confusa de los sueños. No podía distinguirlo pero le era vagamente familiar. Pensó en su hermano, Ikai, pero no, no era él, aunque tenía cierta semejanza. Era Malte. Al reconocer el rostro de su amigo de infancia un sentimiento de felicidad la envolvió.

—Despierta, dormilona, nos esperan en la aldea —le dijo él asomándose a la pequeña ventana de la habitación de Kyra y mostrando sus dientes de marfil en aquella sonrisa encantadora que le caracterizaba. Era de noche y las estrellas brillaban tras el cabello rizado del joven.

—Tápate los ojos mientras me cambio —le dijo Kyra mirando a los negros ojos del apuesto joven.

—¿Es que hay algo que ver? —dijo Malte jocoso.

Kyra le sacó la lengua y profirió una palabrota en voz baja.

Malte rió y miró a la luna.

—Shhh, ¡despertarás a mi madre!

—Está bien, ¿y dónde está Ikai?

—Partió hace unos días, está de Caza...

—Entiendo... date prisa, no quiero que me vean aquí.

—¿Quién te va a ver? Es de noche y tienes la piel más oscura y curtida que conozco. Desde luego no pareces ser de estas tierras...

—Teniendo en cuenta que nadie ha podido cruzar el Confín en mil años, yo diría que tu teoría es bastante incorrecta —murmuró él.

Kyra terminó de vestirse.

—Nadie que sepamos... —corrigió Kyra.

Malte asintió.

—No seré yo quien te lo discuta, desde que cumpliste los 16 hace una semana tu sabiduría se ha incrementado hasta cotas inalcanzables.

—Puedes burlarte lo que quieras, que tengas 18 no te hace más listo, sólo más viejo.

Malte rió de nuevo y tuvo que taparse la boca con las manos.

—¡Como despiertes a Solma tendremos un problema!

Malte asintió con energía y no dijo más.

Los dos amigos se dirigieron prestos hacia la aldea, vestían túnicas oscuras y una capa negra con capucha para ocultar el rostro, como dos fugitivos en la noche. Kyra conocía a Malte desde que eran niños. Era el hijo del pollero y la granja de su padre estaba cerca, pasado el pequeño arroyo y la colina calva. Entre ellos nunca había habido nada romántico aunque pasaban juntos mucho del escaso tiempo libre que tenían. No porque Malte no fuera atractivo, Kyra sabía que lo era, y muchas de las jóvenes del pueblo lo rondaban. El motivo era otro bien distinto: tenían cosas mucho más importantes en las que pensar que en juegos de enamoradizos. Ellos se jugaban la vida.

Al llegar a las inmediaciones de la entrada a la aldea, se aseguraron de que no eran seguidos y se dirigieron al este, al punto de reunión. Aquella noche el encuentro tendría lugar en el granero de Ulbes, a las afueras, cerca del bosque. Cada reunión tenía lugar en un emplazamiento diferente, un día cada cuatro semanas. Toda precaución era poca, los Guardias del Procurador Ambuk vigilaban, los Cazadores siempre rondaban, y además los más temidos de todos, los Siervos de los Dioses, de encontrarlos, los matarían sin mediar palabra. Las reuniones estaban prohibidas, iban en contra de la ley.

Llegaron y esperaron un instante antes de acercarse al granero, agazapados entre la reseca hierba. Malte se acercó primero para ver si había peligro y al cabo de un instante le hizo una seña para que se acercara. Milton, el molinero, estaba de guardia. Lo saludaron y entraron en el cobertizo. Una docena de personas aguardaban sentadas alrededor de una vela colocada en el interior de una olla. Todos vestían de forma similar: se cubrían la cabeza y el rostro con capuchas oscuras, algunos incluso con pañuelos para evitar ser reconocidos. La escasa luminosidad que desprendía la vela apenas rompía la oscuridad cerrada reinante en el granero.

Saludaron a los presentes con sentidos abrazos. Todos se conocían. El pequeño grupo clandestino hacía ya algún tiempo que operaba. Malte se había unido pues su tío Elstor lo lideraba. Kyra, tras insistir de forma incansable, había conseguido que Malte por fin cediera y la presentara al grupo al cumplir 15 primaveras.

La reunión dio comienzo y, como en cada encuentro, se pusieron al día de las últimas novedades en cuanto a los Siervos de los Dioses, el Procurador y la Guardia. Tolsen, el mercader que acababa de volver de la capital, les habló sobre el Regente Sesmok y las falacias del Sumo Sacerdote Torkem. Como en la mayoría de aquellas reuniones secretas, hablaron con vehemencia de la esclavitud que sufría el pueblo, del hambre que los siervos de los dioses les obligaban a padecer para mantenerlos sometidos. Acusaron la corrupción y tiranía del Regente, el Sumo Sacerdote y los Procuradores, que servían no al pueblo sino a los Ojo-de-Dios y cuyo objetivo no era otro que el de mantener a la población oprimida mientras ellos vivían una existencia de lujos.

Kyra conocía bien aquellos temas tan sangrantes, los habían tratado

muchas veces, temas hirientes que vivía con gran pasión, que sentía a flor de piel, por la injusticia, por el dolor que causaban a miles y miles de personas. A todo el pueblo Senoca.

—Hay que propagar el mensaje entre el pueblo —dijo Elstor—, poco a poco, que aquellos que ahora creen que no hay esperanza alguna para sus hijos sepan que existe. He visto la Mano de Sangre en varios puntos de la aldea. La gente se pregunta qué significa, debemos acercarnos a ellos, susurrarles al oído un mensaje de aliento, de unión. Debemos encender la centella de la rebelión contra el sistema, contra los Dioses áureos que nos esclavizan desde hace un milenio.

—Tenemos que hacer que la llama prenda entre los nuestros —dijo Malte con pasión, cerrando el puño.

Kyra lo observaba encandilada, sabía que la sangre ardía en las venas de su amigo.

—Hoy somos pocos, no más que una docena en esta aldea nuestra, pero eso no importa pues si conseguimos plantar la semilla de la esperanza, mañana crecerá y pronto seremos una centena y luego un millar y algún día seremos todos uno. Y nos alzaremos para ser libres.

—¡Sí! —exclamó Kyra llevada por la emoción.

—¡No! —sonó una voz chirriante a su espalda. Eso no sucederá jamás.

Kyra se giró y el corazón le salió por la boca.

Un Ojo-de-Dios estaba en la puerta del granero.

Junto él, un Ejecutor. En su mano, la cabeza decapitada de Milton.

Y todo se volvió caos.

—¡Huid! —gritó Elstor a los suyos, y apagó la vela. Gritos desesperados llenaron el granero mientras la oscuridad los devoraba.

Kyra no supo qué hacer. El Ojo-de-Dios y los Ejecutores guardaban la entrada pero en aquella oscuridad cerrada nada se veía, quizás pudiera pasar entre ellos sin ser vista.

—¡Por arriba! —le dijo una voz apremiante, y Kyra reconoció a Malte.

Los dos se dirigieron hacia la escalera a ciegas. Malte se golpeó contra una viga de madera y soltó un gruñido de dolor.

—Tiene que estar por aquí —dijo contrariado.

Palparon alrededor y finalmente la encontraron.

—¡Sube, rápido! —la apremió.

Subieron por la escala de madera tan rápido como les fue posible en la cerrada penumbra. Llegaron al piso superior, estaba lleno de paja. Kyra se arrastró hacia el gran ventanal abierto y algo de claridad nocturna la bañó. Gritos de muerte y agonía llegaban desde el piso inferior.

—¡Baja, vamos, baja! —la urgió Malte, y le dio la cuerda con la que se izaban los fardos desde el exterior. Kyra no se lo pensó dos veces y descendió por ella. No calculó bien y golpeó el suelo con dureza. Se levantó y vio descender a Malte.

—¡Vamos, corre hacia el río! ¡Corre!—le urgió Malte.

Kyra se dio la vuelta y comenzó a correr con toda la fuerza que sus piernas le concedieron. Conocía bien el paraje y los alrededores de la granja de Ulbes, incluso con la poca luz de la que disponía, corría y saltaba esquivando obstáculos en su afán desesperado por escapar de los Ejecutores y llegar al río.

De súbito, escuchó un gruñido a su espalda. Volvió la cabeza.

Era Malte.

Había caído. Estaba en el suelo, de costado, a algo de distancia. Kyra no se había percatado de haberse distanciado tanto de él. Pensaba que lo llevaba pegado a la espalda. Fue a llamarlo para que se apurara pero entonces los vio: dos Ejecutores enormes se acercaban a Malte, que continuaba tendido en el suelo. Kyra no comprendía qué estaba sucediendo, ¿Por qué no corría? Se echó sobre la hierba alta para esconderse. Su corazón latía desbocado.

«¡Vamos, Malte, corre! ¡Tienes que escapar!». Pero por alguna razón, Malte no se movía. Una angustia abismal la embargó y no pudo respirar.

Uno de los Ejecutores lo alcanzó y levantó a Malte del suelo.

Y Kyra comprendió: tenía una lanza clavada en la espalda.

Kyra se llevó las manos a la boca para no gritar. «¡No, Malte, No!».

El Ejecutor sacó de su cintura un cuchillo plateado en forma de media luna. Lo miró con ojos de sangre en el visor del yelmo siniestro.

Lágrimas de desesperación bañaron los ojos de Kyra.

Malte, orgulloso, aún con vida, escupió al Ejecutor. El cuchillo segó el cuello del joven.

«¡Noooooooooooo!».

Kyra creyó enloquecer de rabia y dolor. Cerró los ojos y hundió la cara en la tierra reprimiendo un llanto inconsolable. Su corazón se partió como si dos caballos salvajes hubieran tirado de él en direcciones opuestas. Sintió como si le arrancaran el alma y una agonía insoportable la consumió.

Tendida sobre la hierba, escuchó los pasos de los Ejecutores mientras se alejaban. Sentía un dolor y angustia tan terribles que pensó moriría allí.

Y la oscuridad volvió a consumirla apagando el terrible recuerdo, envolviéndola en la bruma de los sueños.

—¡Malte! —llamó abriendo los ojos.

—¿Malte? ¿Quién es? —preguntó Yosane mirándola con ojos hundidos por la preocupación.

—¿Dónde estoy? —preguntó Kyra confundida.

—Estamos prisioneras. Has intentado cruzar la barrera y has perdido el conocimiento a consecuencia de una violenta descarga.

—No te recomendaría volver a intentarlo —le dijo Idana, que agachada la examinaba—. Esa descarga casi te mata.

—Estoy bien... estaba soñando... recordando... Ayudadme a incorporarme.

Idana le ofreció la mano y Kyra se incorporó. Suspiró profundamente. «Lo siento tanto, Malte. Me duele tanto... Algún día tu sueño se hará realidad, lo sé. Tú no estarás para verlo y probablemente yo tampoco pero un día seremos uno y libres. Te lo prometo. Nunca cejaré en el empeño».

Llena de rabia se acercó a la barrera.

—¡Malditos, malditos cerdos! —gritó a pleno pulmón con la ira consumiéndola.

—¡Calla y estate quieta! ¡Vas a conseguir que nos maten a todas, idiota! —exclamó una de las prisioneras que se puso en pie y se acercó desafiante.

Kyra la observó entrecerrando los ojos, era la que le había lanzado la mirada antes. Tenía el cabello rubio como el sol y una piel ligeramente curtida, los ojos le brillaban de rabia y eran de un tono azul-grisáceo. A Kyra le pareció realmente bonita, lo cual, en aquella situación, se le antojó muy poco ventajoso.

—Tú puedes hacer lo que quieras, guapita, yo haré lo que tenga que hacer. No pienso quedarme aquí encerrada esperando a descubrir qué me tienen reservado esos cerdos.

—¿Qué van a hacer con nosotras? —preguntó otra de las jóvenes de pelo castaño que por el símbolo en su Argolla Kyra identificó como Campesina.

—¿Tú qué crees? —respondió Kyra— Mírate —le dijo señalando su túnica con un gesto.

La joven miró sus vestimentas, sollozó, y se encogió hasta hacerse una pelota.

—No las asustes, no sabes por qué razón nos han elegido los Dioses —respondió la rubia señalando a Kyra con un dedo acusador.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Kyra intentando mantener un tono neutral aunque apenas podía contener la rabia que sentía.

—Me llamo Lian, recuérdalo, Campesina —respondió condescendiente.

Kyra cerró los puños.

—Déjame decirte, Lian, por si no lo sabes ya, que cuando los Dioses llaman a alguien, no es para nada bueno...

—¿Y tú cómo lo sabes? —respondió Lian desafiante.

—Sé que nunca se vuelve a saber de ellos...

—Eso no significa necesariamente que les ocurra nada malo. El Sumo Sacerdote Torkem nos dijo que hemos sido elegidas para un gran fin. Para servir a los Dioses en su gloria. Un gran propósito nos espera.

—¿Y tú te crees esa sarta de mentiras?

—¿Por qué habría de creerte a ti en lugar de al Sumo Sacerdote?

—Porque se supone que puedes pensar por ti misma...

—¿Me estás llamando estúpida?

—¿Me lo estás preguntando?

—Creo que voy a tener que enseñarte una lección de humildad.

—¿Tú? —rió Kyra confiada— Cuando quieras.

—No, no yo —dijo la rubia, y miró hacia atrás—. ¡Urda! —llamó.

Una de las jóvenes se puso en pie, despacio. Kyra la observó, y comprendió. Era enorme, parecía que se hubiera comido a una compañera. Se acercó lentamente dando pasos como un gigante haría hasta situarse frente a Kyra. Le sacaba la cabeza y era el doble de gruesa. Tenía los ojos caoba y el mirar ceñudo. Parecía más un hombre que una mujer y para recalcarlo llevaba el pelo rubio cortado al cepillo. Pero Kyra no se acobardó. Su hermano le había enseñado a luchar, podía defenderse, incluso de aquel mastodonte.

—Quiero presentarte a mi querida amiga Urda. Nos encarcelaron juntas el primer día. Hemos pasado una semana de aislamiento. En ese tiempo nos hemos ido conociendo y es un verdadero encanto. La verdad es que nos hemos hecho muy buenas amigas. ¿Verdad, Urda?

—Sí —dijo ella con una voz tan grave que parecía provenir de una caverna.

—Y lo que es más gracioso, resulta que Urda y yo somos de la Tercera Comarca, qué interesante ¿verdad? Pues hay más, Urda está en la Guardia de Urasis, la capital. ¿Y a que no sabes quién es la hija del Procurador de Urasis?

Kyra la miró sin poder creerlo.

—En efecto, una servidora. Qué casualidades tiene la vida.

Kyra entornó los ojos. Si estaba en la Guardia le habían entrenado para luchar...

—Así que te lo volveré a preguntar, paleta de la Sexta Comarca, ¿me estás llamando estúpida?

Kyra la miró llena de una furia a punto de estallar, sabía muy bien lo que allí se jugaban. Todas aquellas mujeres llevaban días de cautiverio y sabían que la muerte les rondaba. Aquello no era una simple trifulca, era una lucha de poderes. «Si me amedrento ella quedará como líder del grupo. Todos seguirán sus deseos. No puedo permitirme eso. Para poder escapar tengo que ser yo quien dirija el grupo o las posibilidades serán inexistentes. No puedo echarme atrás, hay demasiado en juego».

Apretó los puños. La miró desafiante. Y le lanzó un derechazo al ojo.

Lian se desplomó como un tronco serrado entre exclamaciones de incredulidad.

—Lo vas a lamentar —amenazó Urda.

Kyra no esperó a ser atacada y se lanzó sobre Urda. Golpeó a derecha e izquierda con todas sus fuerzas sobre el corpachón de la soldado. Pero Urda aguantó los golpes. Había más que grasa bajo la túnica. Kyra volvió a golpear y se encontró con un revés de Urda que esquivó por un dedo.

—¿Sabes luchar? —dijo Urda extrañada— Pero si eres una Campesina.

—Yo no soy una Campesina cualquiera —dijo Kyra, y volvió a golpear el estómago de Urda con dos potentes golpes cortos. Uno de ellos pareció tener efecto pues la enorme soldado se dobló y le costó respirar. Kyra vio la oportunidad y se lanzó al ataque. Urda dio un inesperado paso al frente y la sorprendió con un abrazo de oso.

«¡Oh, no!» se lamentó Kyra al ver que sus brazos quedan presos contra su costado bajo el abrazo de Urda y que no los podía liberar. La soldado levantó del suelo a Kyra que quedó pataleando contra el corpachón de la mujer como un monigote. Le golpeó el estómago con las rodillas pero los golpes apenas tenían suficiente fuerza y aquella bestia era robusta como un buey. Kyra sintió cómo Urda la estrujaba con tremenda fuerza. No podía respirar y el dolor la estaba matando. ¡Le iba a romper el espinazo!

—Ríndete y te dejaré ir —dijo Urda con rostro osco.

—Yo no me rindo nunca —dijo Kyra entre dientes llena de furia.

—Entonces te partiré en dos.

Kyra se vio perdida pero recordó algo que su hermano le había enseñado. Echó la cabeza atrás y con todas sus fuerzas estrelló su frente contra el puente de la nariz de Urda.

Se escuchó un sonoro *crack*. La soldado soltó a Kyra y se llevó las manos a la nariz. Sangraba y moqueaba ostensiblemente y los ojos le lloraban como cataratas.

—¡Me la has roto! —gruñó sorprendida primero y furiosa después.

Ciega de rabia se abalanzó contra Kyra y la empujó.

Kyra intentó apartarse pero no le dio tiempo. Salió despedida hacia atrás y golpeó la barrera con la espalda. Una descarga dorada la sacudió. El dolor explotó por todo su cuerpo y quedó tendida en el suelo.

—¡Noooo, Kyra! —oyó gritar a Yosane.

Kyra intentó mantener la consciencia. Vio como en la negra superficie de la pared frente a ella una circunferencia dorada comenzaba a emitir destellos. Extrañada, se quedó mirándola. La circunferencia se hizo más grande. Destelló tres veces, emitiendo un dorado intenso, y la roca en ella desapareció. Un Ojo-de-Dios seguido de dos Ejecutores entraron en la cámara.

—La puerta... —balbuceó Kyra—, sabía que había una en algún lado —sonrió.

El Ojo-de-Dios señaló a Kyra.

—Traédmela —ordenó a los Ejecutores.

Éstos avanzaron y atravesaron la barrera. Entre murmullos ahogados por el miedo, las prisioneras se alejaron, excepto Yosane e Idana que permanecieron junto a Kyra. Los dos Ejecutores la observaron. Ella los miró con una mueca divertida, se le iba la cabeza.

—¿Cómo cruzan? —preguntó más para sí misma que para los Ejecutores.

—¡Calla, esclava! —dijo uno de ellos con voz cavernosa.

—Dejadla —intentó defenderla Yosane.

Una patada tremenda la envió rodando al centro de la cámara.

—Cerdos... —consiguió balbucear Kyra, y perdió el sentido.

Los Ejecutores la agarraron uno por cada pierna y se la llevaron arrastras.

Desaparecieron por la arcana puerta.

Ikai llegó a galope tendido hasta las puertas de la gran ciudad amurallada. Osaen, la capital del reino, lo acogió estoica e Ikai sintió aquel malestar en la boca del estómago que siempre experimentaba al contemplarla. La mañana del día anterior había dejado al desventurado anciano Gedrel con una curandera en la aldea de Holsea y por fin había podido alcanzar su destino.

La Guardia de Regente lo detuvo en la entrada, aunque tras presentar el símbolo del Cazador lo dejaron pasar de inmediato. La ciudad le era bien conocida, o al menos los cuadrantes no prohibidos. Guió la montura hacia el cuadrante de los Cazadores, en el lado este de la gran ciudad. Sejof lo había llevado allí cuando tenía 12 años para adiestrarlo y aquel lugar se había convertido desde entonces en su residencia. Siempre que podía volvía a la granja para ver a su madre y hermana, pero desgraciadamente no era muy a menudo.

Cabalgó tan rápido como el gentío le permitía por las adoquinadas calles de la zona residencial. Cruzó el Cuadrante de los Mercaderes con dificultad por la cantidad de comerciantes y compradores que intentaban ganarse la vida de manera desesperada, ya que la ley de los Dioses era la misma para todos, ya se tratara de campesinos o mercaderes: producir o morir. Una vez los dejó atrás llegó al Cuadrante de los Artesanos y con pericia esquivó puestos, maestros artesanos, talleres textiles, forjas y un sin fin de negocios dedicados exclusivamente a la producción de bienes para los gobernantes y los Dioses. Finalmente, divisó su destino: el Cuadrante de los Cazadores.

Azuzó la montura y entró a galope tendido a sabiendas que allí los Cazadores lo esquivarían sin dificultad. El Cuadrante era de grandes dimensiones y alojaba a todos los Cazadores del reino. Los Cazadores estaban divididos en seis grupos diferentes, cada uno con la responsabilidad de velar por el bienestar de una de las comarcas de la

nación. Estaban liderados por el Lord Cazador Osvan quien los controlaba con mano de hierro. Todos debían obediencia absoluta al Regente Sesmok, si bien gran parte de las órdenes que Osvan recibía procedía directamente de los siervos de los Dioses.

Ikai detuvo la montura frente al gran rellano de los Cazadores de la Sexta Comarca y desmontó de un salto. En el patio de armas varios de sus compañeros entrenaban. Al verlo llegar con tanta urgencia lo miraron extrañados, sin embargo, Ikai no se detuvo a saludarlos y entró corriendo en el gran edificio de madera en busca de Sejof. Lo halló junto a la chimenea, cuidando de sus armas.

—Maestro —saludó con un gesto breve y urgente.

—¡Ikai, qué sorpresa! Me alegra verte de vuelta y de una pieza — saludó Sejof.

Depositó la espada y la piedra de afilar sobre la mesa y se acercó hasta Ikai para poner sus aguerridas manos sobre los hombros del joven a modo de saludo.

—Te había dado permiso, ¿por qué has vuelto tan pronto? Tus heridas no estarán sanadas.

—Maestro, ha ocurrido algo y necesito de vuestra ayuda.

Sejof leyó la gravedad del asunto en los ojos de Ikai y lo miró con el ceño fruncido.

—Cuéntame, ¿qué ha sucedido?

Ikai le relató en detalle los eventos acontecidos a su hermana y madre.

Sejof se tomó un momento para digerir las malas nuevas.

—Lo lamento de veras, Ikai. Me había llegado un rumor, pero esperaba que no fuera cierto.

—Tengo que encontrar a mi hermana, Maestro.

Sejof negó con la cabeza.

—Tú y yo somos Cazadores, Ikai. Conocemos la ley de los Dioses y sus repercusiones mejor que muchos. Si una persona es elegida por los Dioses, debe entregarse. Si huye, nos envían a darle caza. Si se entrega, se

la llevan los Ojo-de-Dios. Así es la ley y nada puede hacerse al respecto. Lo sabes tan bien como yo.

—Necesito averiguar qué ha sido de ella. ¿A dónde se la han llevado? ¿Por qué razón? —Ikai suspiró pesadamente— ¿Qué le espera?

Sejof volvió a sacudir la cabeza.

—Esas preguntas sólo te conducirán a la muerte. Escúchame bien, muchacho, pues tienes que entender que tu hermana se ha ido aunque te parta el alma hacerlo. Acéptalo o te costará la vida.

—No puedo, es mi hermana.

—Nadie ha conseguido nunca recuperar a un ser querido y quien lo ha intentado, ha muerto. Da igual si eres un pobre campesino, un rico mercader, un poderoso Procurador o el mismísimo Regente. Nada se puede hacer pues todos somos esclavos a ojos de los Dioses y aquel que lo intenta está condenado a morir. Morirá huyendo de nosotros o morirá a manos de los Ejecutores.

—No me importan ni el Regente ni los siervos de los Dioses, tengo que rescatar a Kyra y lo haré.

—¡Calla, insensato! —clamó Sejof mirando alrededor—. Lo que dices es una locura y si alguien te oye te costará la vida.

—Es sangre de mi sangre, no la abandonaré a su suerte.

Sejof agarró de los hombros de Ikai y lo miró fijamente a los ojos sujetándolo con firmeza.

—Tienes que olvidarte de ella. La tienen los Dioses y para ti es como si estuviera muerta. Si no la dejas marchar y sigues haciendo preguntas este será tu fin. Tienes las horas contadas.

—Si he de morir que así sea. Pero no abandonaré a mi hermana.

—¡Necio!

—¿Teméis ayudarme, Maestro?

Sejof dio un paso atrás.

—No seas estúpido, por supuesto que tengo miedo. Sólo por mantener esta conversación nos pueden decapitar a los dos. Pero no, no

temo al Regente Sesmok y su Guardia, lo que temo es lo que los Ojo-de-Dios y sus malnacidos Ejecutores harán con mi familia. Sí, Ikai, tengo miedo por los míos y tú harías bien en tener miedo por tu vida y la de tu madre.

Ismes y Yestas entraron en la estancia y las sonrisas de bienvenida en sus rostros se borraron al comprender que algo iba mal.

Sejof los miró un instante.

—¡Acercaos! —les ordenó—. Hablad con él, haced que entre en razón —ordenó señalando el pecho de Ikai.

Los dos jóvenes Cazadores miraron a su Maestro con expresión confundida.

—Que no abandone el recinto, lo quiero vigilado. ¡Es una orden! —exclamó y abandonó el recinto hecho una furia.

El amanecer halló a Ikai en su catre, despierto. Apenas había dormido. Se levantó y vistió su atuendo de Cazador. Contempló los muros de piedra que lo rodeaban y tan bien conocía, así como los catres donde sus compañeros dormían y los baúles frente a ellos en los que guardaban sus exiguas pertenencias. Le llegó el olor del desayuno que ya preparaba el cocinero como cada mañana, aquel empasto del demonio que sabía a rayos pero que alimentaba cuerpo y espíritu. Sonrió. Había pasado allí mucho tiempo aprendiendo, entrenando, sobreviviendo. Nunca había deseado aquella profesión, la había aceptado por necesidad, por ayudar a sobrevivir a su familia, por su madre enferma. El trabajo era peligroso y, la mayoría de las veces, deleznable. Pero la paga era buena y le permitía comprar en la ciudad la medicina que Solma necesitaba.

Aun así, poco a poco, había formado un vínculo de camaradería y respeto, de hermandad, con sus compañeros de profesión: con Ismes, que dormía a su lado a pierna suelta, con Yestas, que roncaba como un serrucho dos piltras más abajo, e incluso con el Maestro Sejof, al que respetaba profundamente. Y ahora, de continuar adelante en su empeño, lo

perdería todo. No se había percatado de ello hasta ver la reacción de Sejof, pero ahora estaba seguro. Aquello lo contrariaba, y mucho. «No quiero enemistarme con el Maestro ni enfrentarme a mis compañeros, y mucho menos ponerlos en peligro por mi causa».

Envainó la espada y colocó la daga de lanzar en la parte posterior del cinturón de cuero. No estaba orgulloso de lo que hacía como Cazador, de hecho, lo aborrecía, pero sabía tragarse el orgullo y vivir con la vergüenza. Se había acostumbrado a padecerla al igual que al miedo y desprecio con el que era tratado por el pueblo. Únicamente cuando Kyra se lo reprochaba le dolía. Y le dolía tanto como si le quemaran con hierro candente. Pero aquella había sido su elección y no se arrepentía. Miró de reojo a aquellos compañeros con los que tanto había compartido y sintió una punzada de tristeza. Pero nada podía hacer pues, en el fondo, sabía que seguiría adelante fueran cuales fuesen las consecuencias.

Suspiró. Albuk ya le había advertido que no acudiera a Sejof pero tenía que intentarlo pues el Maestro era como un padre para él. «El riesgo era alto pero creí que el Maestro me ayudaría de alguna forma. Estaba convencido. Me he equivocado. Completamente». Sacudió la cabeza, dolido. Terminó de coger sus pertenencias y las metió en el morral que se echó a la espalda. Salió al patio de armas y respiró el aire de la mañana. Era fresco y terminó de despejarle la mente. Estiró los músculos y mirando al cielo tomó la decisión: seguiría con su misión.

—No podemos dejar que te marches.

Ikai se volvió y se encontró a Ismes y Yestas, vestidos y armados.

—Anoche hablamos hasta bien entrada la madrugada, amigos. Conocéis la situación. No puedo quedarme.

—La conocemos y lo sentimos, de veras. Pero debes recapacitar, debes quedarte —dijo Yestas.

—No puedo, amigos...

—Sabes que te ayudaríamos de poder hacerlo —dijo Ismes—, pero órdenes son órdenes.

—¿No iréis a detenerme por la fuerza? —preguntó Ikai con incredulidad.

Los dos jóvenes se tensaron y llevaron las manos a las espadas.

—Eso no será necesario —llegó la autoritaria voz de Sejof.

El Maestro Cazador se acercó hasta Ikai.

—¿Lo has meditado bien? —le preguntó con sus ojos oscuros clavados en los de Ikai.

—Sí, Maestro. Voy a buscarla.

Sejof dejó caer la cabeza apesadumbrado.

—Si te vas ahora no podré protegerte pues reniegas de tu deber. Ya no serás un Cazador. Te convertirás en un Paria. ¿Lo entiendes, Ikai? ¿Entiendes lo que eso significa y las consecuencias que acarrea?

Ikai tragó saliva.

—Lo entiendo, Maestro.

—¿Aún así deseas marchar?

—Sí, Maestro. Mi decisión es inalterable.

Sejof suspiró larga y pesadamente.

—Está bien, te daré tres días antes de reportar tu ausencia. Es cuanto puedo hacer, no puedo arriesgarme más.

—Gracias, Maestro, lo aprecio —dijo Ikai, e inclinó la cabeza en respeto.

—Que Oxatsi, la Madre Mar te proteja. Reza y pide su bendición para que nuestros caminos no se crucen, pues si lo hacen...

Ikai asintió comprendiendo la insinuación y lanzó una última mirada a sus dos compañeros que lo saludaron con rostros marcados por sentida preocupación.

Ikai partió, dejando atrás la vida que conocía para convertirse en un Paria, en un proscrito. En aquello que había perseguido y cazado hasta aquel día.

Con la noche como aliada y envuelto entre las sombras, Ikai se desplazaba sigiloso pegado a un alto muro de roca. Vestía ropaje oscuro y se cubría con una capa de lana negra con capucha del mismo color. Se hallaba en la zona más al norte de la ciudad, pasado el palacio del Regente y los ricos edificios adyacentes. Al otro lado del muro comenzaba el cuadrante prohibido. Nadie a excepción de los Ojo-de-Dios y sus Ejecutores podía acceder a aquella sección de la ciudad, ni siquiera el propio Sesmok. Sin embargo, la barriada estaba altamente custodiada por la Guardia del Regente, como si algún loco insensato fuera a atreverse a entrar desobedeciendo la ley de los Dioses.

Y aquello era precisamente lo que Ikai se disponía a hacer.

Recordó lo que el Procurador Albuk le había contado sobre las Mazmorras del Olvido. Debería haber una entrada cerca. Avanzó con cautela, intentando no ser descubierto, como un sigiloso ladrón en la noche. Se sentía fuera de su elemento; él estaba acostumbrado a seguir el rastro, no a esconderse. Muy a su pesar esa iba a ser su nueva vida muy pronto. Tres días tenía y debía aprovecharlos, pues tras ese tiempo irían tras él. Negó con la cabeza y frunció el ceño «Que vengan, no se lo pondré fácil».

Agachó los hombros, bajó la cabeza, y avanzó pegado a la muralla. Torció al llegar a la esquina y los vio. El corazón casi se le sale por la boca. se quedó inmóvil, observando en silencio a los dos enormes Ejecutores apostados frente a la alta puerta metálica. Los observó por un instante. Dio un paso atrás, despacio, y dejó que la muralla cubriera su presencia. Era la entrada al complejo. El punto que buscaba.

Retrocedió unos pasos más para asegurarse de que no pudieran oírlo y comenzó a soltar la cuerda que llevaba enroscada sobre su cuerpo. Se agachó y ató el garfio a uno de los extremos. Miró hacia arriba y calculó con tiento la distancia hasta librar la muralla. Luego miró a su izquierda, donde la Guardia se alejaba con paso medido. Tenía exactamente cien pasos de tiempo: había estudiado la rutina de la patrulla de la Guardia y calculado el mejor momento para intentar aquel arriesgado movimiento. Si uno de ellos se volvía ahora, lo descubrirían. Pero Ikai sabía que era un riesgo calculado que debía correr.

Inspiró el frescor nocturno y con mucho cuidado lanzó el garfio con

la cuerda. El sonido del metal rascando la piedra le pareció tronar en la noche, aunque en realidad no se escuchara a más de un par de pasos. Ikai miró a ambos lados, intranquilo, esperando ver aparecer a los Ejecutores o que alguien de la Guardia se volviera. Pero nadie lo había oído. Tiró con fuerza de la cuerda un par de veces para comprobar que estaba bien anclada e inspiró profundamente. «Ha llegado el momento, no hay vuelta atrás. Adelante, por Kyra».

Se armó de valor y comenzó a escalar.

Descendió por el otro lado y penetró en las sombras del cuadrante prohibido. Intentó divisar algo distintivo que pudiera darle alguna indicación sobre donde se encontraba la entrada a las mazmorras. Avanzó ocultándose tras setos y árboles y se percató de que se hallaba en medio de un gran jardín. No podía divisar gran cosa, pues únicamente la tenue luz de la luna en un cielo cubierto de nubes iluminaba el área. Utilizando su entrenamiento como Cazador y los años de experiencia rastreando bosques y campos, avanzó sin ser descubierto hasta llegar a unos edificios en forma de nave de enormes dimensiones.

Como un depredador camuflado en su entorno para no ser visto por su presa, esperó tendido entre las sombras a que dos Ejecutores de guardia pasaran de largo. Suspiró aliviado al ver que no lo descubrían. Se puso en pie, comprobó una de las ventanas del primer edificio y vio que podía forzarla con su daga. Con el sigilo de una serpiente se coló dentro. Inspeccionó el interior y para su sorpresa descubrió que era en realidad un descomunal almacén repleto de barriles y fardos. Con extremo cuidado se arriesgó a entrar en el segundo edificio, esquivando a otra pareja de Ejecutores de ronda. Halló una descomunal nave repleta de sacos. Se acercó a uno y lo abrió con la daga: grano. Comprobó el siguiente y el mismo resultado. Todo el almacén estaba repleto de grano. El pueblo se moría de hambre y allí tenían acumulado todo el trigo, cebada y cereal del que les habían desposeído. «¡Malditos malnacidos!».

Un sonido. A su espalda.

Se giró daga en mano.

Unos ojos felinos brillaron en la oscuridad. Lo habían descubierto. Ikai se tensó listo para luchar. Moriría matando.

Un maullido lo saludó.

Ikai suspiró de alivio. Era un gato. Donde hubiera cereal habría ratones y donde hubiera ratones, habría gatos...

Se repuso del susto y salió por la ventana. Recorrió otros cinco gigantescos edificios similares a los dos que había dejado atrás preguntándose qué bienes almacenarían allí. Todo logrado con el sudor y la sangre del pueblo.

«¡Malditos cerdos!»

Y de pronto vio luz. Se acercó muy despacio. Varias antorchas y lámparas de aceite alumbraban una gran plaza rodeada por edificios cuyas fachadas parecían de oro puro y estaban marcadas con extrañas runas. En medio de la plaza divisó cuatro Ojo-de-Dios en sus túnicas de plata ribeteadas en oro. Estaban situados junto a una enorme esfera plateada con la extraña simbología de los Dioses que se apoyaba sobre un atril de negro mármol.

Ikai se tiró al suelo y los observó oculto tras unos matorrales.

Parecían estar debatiendo algo.

De pronto, un quinto Ojo-de-Dios emergió de un edificio circular al fondo, similar al templo de la aldea pero muchísimo más grande. Tras él caminaban media docena de Ejecutores en fila. Cerraban la comitiva dos Ejecutores llevando a un hombre a rastras.

Los Siervos de los Dioses dejaron al hombre que arrastraban en medio de los cinco Ojo-de-Dios que habían formado un círculo. El hombre quedó de rodillas mientras sus lamentos llenaban la noche. Suplicaba entre llantos que no le hicieran más daño. Por su aspecto, y la sangre que cubría su rostro, era evidente que había sido torturado.

Los Ojo-de-Dios entonaron un siniestro cántico que le heló la sangre.

Uno de ellos hizo un gesto con la mano e introdujeron al desdichado en el interior de la esfera mientras los restantes alzaron los brazos al cielo. La esfera comenzó a rotar sobre el atril emitiendo un zumbido grave y prolongado.

El prisionero comenzó a convulsionar de forma violenta y los cinco aguardaron un momento, como esperando que sucediera algo, hasta que el

infeliz falleció con un grito horripilante.

Los Ojo-de-Dios se dieron la vuelta y se adentraron en uno de los edificios. Los Ejecutores abandonaron la zona en parejas partiendo en varias direcciones. Ikai tuvo que rodar y arrastrarse por el suelo para no ser sorprendido. Sus años de Cazador le estaban sirviendo bien. Anticipaba los movimientos de los guardias con sólo escuchar un leve sonido y su sigilo evitaba que lo descubrieran. Cuando los últimos Ejecutores partieron llevándose el cadáver hacia la entrada principal del complejo una idea brotó en la mente de Ikai.

«Donde hay un prisionero, hay más».

Y mientras lo pensaba se acercó al edificio del que habían sacado al desdichado, mirando de reojo en todas direcciones y esperando no ser descubierto. Todos sus sentidos estaban en alerta. Llegó hasta la entrada y comprobó que no tenía puerta, una abertura circular en la pared parecía ser tal. Pero estaba guardada por un Ejecutor.

«No puedo enfrentarme a él, daría la alarma después de arrancarme la cabeza. ¿Qué puedo hacer para distraerlo? Piensa, piensa...». Ikai cerró los ojos y se concentró. Necesitaba una idea, una buena idea o nunca conseguiría entrar. Y de súbito una le vino a la mente.

«Funcionará, tiene que funcionar» pensó y retrocedió internándose en la sombras de la noche por donde había venido. No tardó mucho en regresar.

—Vamos, no me falles —dijo en un susurro y liberó lo que portaba escondido bajo la capa mientras observaba al Ejecutor plantado frente a la entrada.

«Veremos si es cierto lo que dicen de ellos».

Ikai observó. Una sombra pasó liviana por delante del Ejecutor.

—¡Maldito felino! —bramó el siervo de los Ojo-de-Dios, que de inmediato intentó golpear al gato. Éste dio un brinco hacia la esfera y el Ejecutor salió tras él con intención de ensartarlo con su lanza.

Ikai aprovechó la situación y con la celeridad y sigilo de un zorro se coló en el interior del edificio.

«Es cierto, odian a los animales». Sonrió y buscó una puerta. No la

encontró pero lo que halló en su lugar fue una trampilla en el suelo en mitad de la estancia. No lo pensó dos veces y descendió por ella. Bajo sus pies encontró escaleras de piedra talladas en la propia roca. Continuó descendiendo con cuidado mientras los ojos se acostumbraban a la oscuridad. Una tenue luz dorada parecía emanar de extrañas runas talladas a lo largo de la pared a su derecha. Se adentraba en una gruta subterránea. Un escalofrío gélido le recorrió la espalda. Avanzó por el estrecho corredor, agazapado, intentando no emitir el más mínimo sonido. Con toda seguridad tendrían guardias allí abajo.

Algo más adelante entrevió claridad y su ánimo mejoró. Llegó hasta ella y descubrió una estancia circular. El suelo era plateado e Ikai, sorprendido, se agachó a tocarlo con la palma de la mano pues parecía ser de pura plata fundida. Una circunferencia dorada con extraños símbolos la recorría. Miró al techo y a no más de tres varas de altura vio una superficie idéntica. Parecía un espejo reflejando el suelo, solo que él no aparecía. Tres túneles partían desde allí en distintas direcciones.

Quedó contemplándolos, pensativo, decidiendo cuál tomar. Lo pensó por un momento, calculando las opciones como a él le gustaba hacer, y finalmente decidió seguir el situado más a la derecha. Si había calculado bien, aquella dirección era hacia el norte y dedujo que las mazmorras estarían en lo más profundo y alejado: al norte. Desenvainó la espada con la mano derecha y la daga de lanzar con la izquierda.

«Kyra está aquí, muy cerca, la encontraré». Se adentró en el túnel y avanzó decidido. Caminó un buen rato, los pasadizos eran cada vez más prolongados y lóbregos. Un silencio tétrico reinaba en aquel lugar que parecía tratar de ocultar algún peligro al acecho. A Ikai le sudaban las manos. Cruzó una nueva estancia circular de suelo y techo color argento y nuevamente optó por el túnel situado más a la derecha.

«Espero no equivocarme o acabaré en las entrañas de un abismo».

Se disponía a entrar en el túnel cuando escuchó un ruido cercano. Se tensó. Provenía del túnel a su izquierda. Alguien se acercaba. Aquello lo terminó de convencer. Entró en el túnel a su derecha y avanzó deprisa, echando la vista atrás cada pocos pasos para comprobar si estaba siendo seguido. Al final de un interminable corredor vio luz y se detuvo, evitando salir y quedar expuesto. Echó una fugaz mirada con extrema cautela.

Se quedó helado. Eran las mazmorras.

La estancia era muy similar a las que había dejado atrás, de forma circular y con el suelo y la bóveda de plata. Pero en esta, formando un círculo perfecto, había una docena de insólitas esferas negras. Tenían barrotes en la parte frontal y eran sólidas en la parte posterior.

En el interior de cada una había...una persona.

Ikai estaba recuperándose del sobresalto e intentando que su mente le diera sentido a aquel lugar cuando volvió a escuchar un sonido a su espalda. Era leve, como el roce de una capa y un andar apagado. Alguien se aproximaba, debía moverse y sólo podía avanzar.

Volvió a echar una mirada fugaz a la mazmorra. La sombra de una amenazadora cabeza romboidal se proyectó sobre la pared. Ikai por poco suelta la daga debido al sobresalto. Con ojos abiertos como platos vio como un Ejecutor entraba en la estancia. Inmediatamente Ikai se agachó contra la pared del túnel. El Ejecutor no podría verlo en las sombras del interior. El sonido a su espalda era cada vez más cercano.

«No puedo quedarme aquí. ¡Me van a descubrir!».

Escuchó un gemido desesperado y arriesgó una mirada centelleante. El Ejecutor había abierto una de las jaulas en forma de esfera. De un fuerte tirón sacó a un prisionero y se lo llevó a rastras, agarrándolo de un tobillo, como si fuera un simple monigote. Ikai observó pasmado. La fuerza que tenían aquellas moles era desmedida. Había oído historias... y cada vez les daba más crédito. Echó una mirada atrás pero no pudo ver a nadie en la tenue luz del túnel a su espalda. Sin embargo, le llegaron nuevamente reverberaciones de aquel sonido. Alguien se acercaba. No tenía más remedio, debía arriesgarse.

Y salió a la delatadora claridad de la cámara.

Con urgencia se agazapó detrás de una de las esferas-prisión. El corazón le latía desbocado. La espalda del Ejecutor, cubierta por la larga capa roja, todavía estaba a plena vista. Por un instante, Ikai dejó de respirar temiendo ser escuchado. El siervo guerrero de los Dioses desapareció en la oscuridad del túnel al otro lado de la mazmorra. Ikai suspiró de alivio. Pero fue un consuelo efímero ya que sabía que sólo contaba con un momento antes de que a su espalda apareciese el siguiente

peligro.

«Tengo que aprovechar los pocos instantes que me quedan y encontrar a Kyra».

Salió de su escondite y encaró la parte frontal de la esfera. Miró entre los barrotes convexos y vio a un hombre joven, algo mayor que él. Estaba en posición fetal y temblaba, feos cardenales le marcaban ambas piernas. Su color no era bueno.

—Escúchame —llamó Ikai en un susurro.

Pero el hombre no quiso mirar. El miedo lo dominaba.

—Vamos, mírame, no soy uno de ellos.

El hombre negó con la cabeza y se acurrucó contra el fondo. Ikai maldijo para sus adentros. Se acercó hasta la siguiente esfera y repitió el intento. Mismo resultado.

—¡Maldición! —exclamó entre dientes.

Se le acababa el tiempo. Estaba a punto de ser descubierto. Barrió las esferas con la mirada en busca de alguien que pudiera ayudarlo. Todos rehuían su mirada y se escondían poseídos por un temor angustioso. Todos menos uno. Una mujer le mantuvo la mirada. Ikai se acercó a ella corriendo. Tendría unos cuarenta años y su cara y cuello estaban marcados por la tortura.

—Kyra, ¿conoces a una muchacha llamada Kyra? —preguntó Ikai agarrando los barrotes.

La mujer lo miró con ojos hundidos y negó con la cabeza.

—Tiene 17 años, su cabello y ojos son como el fuego. Su espíritu un volcán.

La misma negación obtuvo por respuesta.

Ikai intentó abrir las rejas de la esfera tirando con todas sus fuerzas pero no lo consiguió.

—No... podrás... —le dijo la mujer con tono ahogado.

Ikai volvió a intentarlo pero tuvo que darse por vencido.

—No llegaría muy lejos... de todas formas... —dijo señalando sus

demacradas piernas.

—Busco a mi hermana, fue Convocada junto a otras . ¿No las has visto?

La mujer tragó saliva. Asintió.

—Sí, estaban en los bloques más profundos.

—¿Estaban?

—Sí, se las han llevado. Pasaron por aquí de camino a la salida.

—¿Estás segura?

La mujer volvió a asentir y bajó la mirada.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace poco... no podría decirte cuánto... el tiempo es difícil de seguir aquí...

—¿Sabes a dónde se las llevaron?

La mujer miró a Ikai mostrando en sus ojos un oscuro pozo de tristeza.

—No sé a dónde se las llevaron, fuera de aquí, creo...

—¿Fuera de aquí? ¿Cómo lo sabes?

—Se las llevaron en la dirección que tú has llegado, por ahí está la salida, eso lo sé... Por el extremo contrario, por aquel túnel siguen los bloques de mazmorras—dijo señalando con la mano en dirección hacia donde el Ejecutor había ido—. Cuanto más hacia el interior, peor el castigo. Nadie regresa de las mazmorras más profundas...

—¿Estaban... estaban bien cuando pasaron?

—Estaban mejor que nosotros... eso puedo decirte...

Ikai la examinó. Estaba llena de moratones y heridas. Le habían propinado varias palizas severas y las piernas habían recibido la peor parte. Cerró los puños sobre las rejas y tiró de ellas poseído por una rabia e impotencia terribles.

—¿Cómo... cómo puedo ayudarte? —le preguntó al vaciarse de fuerzas.

—Sal de aquí con vida... y no olvides lo que has visto... estamos muchos aquí dentro, sufriendo, cada día, esperando el final en una larga agonía que no finaliza... muchos...

Ikai le acarició la cara manchada de sangre reseca y le dedicó una sonrisa amable. Luego le cogió las dos manos y las besó suavemente.

—No lo olvidaré, y te prometo que lo divulgaré, tienes mi palabra.

La mujer le sonrió.

—¿Cómo te llamas?

—Ikai, me llamó Ikaí.

—Huye ahora, Ikaí, y cuenta a nuestro pueblo que conociste a Mada en las Mazmorras del Olvido y que como ella hay miles aquí abajo sufriendo un destino terrorífico, olvidados por todos.

Ikai asintió.

Un sonido llegó a su entrenado oído. Miró hacia el túnel de entrada.

Una figura envuelta en una capa negra con capucha lo observaba. En la mano portaba un arco corto.

«¡Maldición!».

Ikai encaró el túnel a su derecha y echó a correr.

Kyra sacudía el cuerpo y pataleaba con todas sus fuerzas pero era inútil, no conseguía liberarse. La tenían sobre una superficie dura, sujeta de cintura, pies y manos. Dejó de luchar por liberarse e intentó ver algo a su alrededor. Nada. Oscuridad total. Olfateó como lo haría un perro y un olor conocido le llegó a las fosas nasales: azufre.

«Hay siervos aquí».

Se calmó y esperó, escuchando con atención, pero ni el sonido de la respiración de aquellos monstruos le llegaba. De pronto escuchó pisadas y se hizo la luz. Kyra estiró el cuello y miró a su alrededor. Estaba en una cámara triangular, de paredes de alabastro negro, y en cada uno de los vértices un Ejecutor hacía guardia armado con una enorme lanza. Y todos la ignoraban, mirando al frente.

En medio de cada una de las paredes, una antorcha colgaba ahora iluminando la sala con un resplandor danzante. En el centro de la cámara, a su lado, descubrió a las tres muchachas con aquellas horrendas heridas ennegrecidas a causa de los siervos. Kyra estiró el cuello para verlas mejor. No se movían. Debían estar ya muertas. Reposaban sujetas como ella sobre mesas de pulido mármol rojo. El instinto de Kyra le gritaba con voz desesperada: ¡Altars de sacrificio!

Giró el cuello y descubrió alarmada bajo su brazo el mismo mármol rojo. Y no pudo más que maldecir para sus adentros.

«¡Van a sacrificarme!».

Con un leve zumbido se abrió una puerta circular al fondo de la estancia. La puerta se había desplazado hacia la parte superior de la pared que la contenía, desapareciendo en ella. Kyra se quedó con la boca abierta. Pero antes de que pudiera conjeturar cómo era posible que una enorme puerta dorada se elevara por sí sola, un Ojo-de-Dios emergió de la

oscuridad cruzando por ella. Al verlo, Kyra sintió un escalofrío gélido, como si un carámbano de hielo descendiera por su espalda.

El Ojo-de-Dios se acercó hasta ella y se colocó a su lado sin emitir sonido apreciable, sin mediar palabra. El siniestro yelmo se inclinó sobre la cara de Kyra. El miedo comenzó a estrujar su estómago. Pero sacó fuerzas de ese mismo terror.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir! —gritó con rabia luchando contra el miedo.

El Siervo de los Dioses la contempló un instante, erguido, desafiante. De su cintura sacó una daga ceremonial con extrañas runas grabadas en el aguzado filo.

Kyra quedó muda de terror. «¡Voy a morir!» pensó, y tal era su certeza que no pudo ni tan siquiera articular palabra.

La mano huesuda del Siervo sujetó la frente de Kyra con fuerza, empujando su cabeza contra el frío mármol. Ella intentó revolverse, pero era inútil. Observó el color ocre-tostado de la piel de aquel ser repugnante, las venas hinchadas y negras, el olor a azufre que desprendía y se le revolvió el estómago. La daga pasó por delante de los ojos de Kyra y al contacto con un haz de luz de las antorchas emitió un destello que la deslumbró. Kyra cerró los ojos.

«Me va a degollar».

El terror oprimía su pecho con tanta fuerza que no podía respirar.

El dolor intenso de un corte profundo en el antebrazo nubló su mente. Kyra abrió los ojos de par en par y miró de reojo el inesperado punto de dolor. Justo por encima de la Argolla vio un corte del que manaba sangre. Kyra intentó nuevamente liberarse, empleando toda su ira, sacudiendo todo su cuerpo bajo las ataduras.

El Ojo-de-Dios la agarró del cuello con una mano y apretó con fuerza. El aire dejó de llegar a los pulmones de Kyra. ¡La estrangulaba! Intentó respirar por la nariz pero el aire no llegaba. Y dejó de resistirse.

Al cabo de un momento, el Siervo liberó la presión que ejercía y Kyra pudo volver a respirar.

—¡Quieta, esclava! —ordenó con aquella voz chirriante que perforaba los oídos.

Kyra no movió un músculo más; llenó despacio los pulmones del preciado aire y se concentró en una sola cosa: sobrevivir.

El Ojo-de-Dios obtuvo un disco cristalino del tamaño de una manzana pero aplanada, y lo situó sobre la sangre que manaba de la herida. Era un disco plano y perfectamente circular. En su interior, en el mismo centro, había una minúscula pepita de oro. Kyra miraba aquel extraño objeto de reojo, aterrada. Al contacto con su sangre, el disco emitió un prolongado destello dorado que se extendió por las paredes de la cámara como ondas en un apacible lago.

A Kyra el corazón le dio un vuelco.

—Sorpriente... muy sorprendente —murmuró el Siervo alzando el singular disco y observándolo detenidamente.

Lo volvió a situar sobre la herida y algo realmente insólito y extremadamente preocupante comenzó a suceder ante los atónitos ojos de la joven: el disco comenzó a mostrar infinidad de intrincadas venas alrededor de la pepita dorada que se iban volviendo rojas con la sangre que absorbía de la herida. La sangre fluía del cuerpo de Kyra al interior del disco, llenando y dando color a las miles de venas cristalinas.

«¡Qué demonios...! ¿Qué es esto? ¡Está bebiendo de mi sangre!». Tan asustada y confusa estaba que no podía reaccionar. El Siervo retiró el disco, que ya había vuelto completamente rojo. Kyra se sintió débil y algo mareada. Pensó que se debía a la cantidad de sangre perdida, pero no había sido tanta. Había perdido sangre antes, en más de una ocasión, de cortes y caídas, bastante más que ahora. No, algo más había sido extraído de su cuerpo... ¿su propia energía? Aquello la dejó muy confundida. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué quería aquel monstruo con ella? ¿Qué le había hecho?

El Ojo-de-Dios la ignoró por completo. Se dio la vuelta y guardó la esfera con cuidado en el amplio fajín negro que portaba. Despacio, se acercó a la primera de las tres mujeres sobre los altares marmóreos y situó las manos a ambos lados de la cabeza de la joven. Presionó con fuerza. Se escuchó un sonido casi metálico, como dos espadas al encontrarse en la lucha. El Ojo-de-Dios retiró las manos y dio un paso atrás, apartándose del altar.

Kyra observaba perpleja. ¿Qué estaba haciendo?

Una luz blanquecina comenzó a emanar del altar. Transcurridos unos instantes el altar comenzó a cambiar de color hasta volverse completamente plateado. La luz que emitía era ahora argéntea, de una pureza extrema. Dolía contemplarla. Bañaba por completo el cuerpo de la joven, como si atravesara su carne y huesos. Mientras la luz irradiaba a la primera joven, el Ojo-de-Dios se acercó a las otras dos jóvenes y repitió el proceso. Kyra no entendía qué estaba sucediendo pero su instinto le decía que las tres jóvenes estaban siendo purgadas de algún modo, para algún propósito macabro. «¿Para qué lo hace si están ya muertas?».

La luz plateada por fin cejó de irradiar y Kyra parpadeó con fuerza para acostumbrar los ojos al destello.

—¡Nooooo! —se oyó gritar.

Kyra miró asustada a su derecha y vio a la joven a su lado: sus ojos estaban abiertos como platos, su boca desencajada. El corazón de Kyra estaba a punto de abandonar su pecho. La joven había despertado. ¡No estaba muerta! Pero no sólo eso, sino que ya no tenía el lado izquierdo de su cuerpo ennegrecido. Kyra la observaba atónita. Se escuchó un segundo grito y algo después un tercero. Las otras dos prisioneras despertaban. El Ojo-de-Dios se acercó a ellas y una por una las examinó con cuidado. Obtuvo un tomo de tapas plateadas y pareció anotar algo en él con su huesudo dedo índice. Cuando quedó satisfecho abandonó la cámara en silencio.

Kyra lo observó marcharse y luego miró a sus tres compañeras que parecían comenzar a despertar de una pesadilla sangrienta. ¿Qué demonios había sucedido allí? ¿Qué había hecho el esbirro de los Dioses con ellas? ¿Para qué fin las querían? Contempló los tres Ejecutores que como custodios de piedra guardaban la cámara y supo que aquel día no obtendría respuestas.

Idana dormía junto a Yosane cuando los Ejecutores irrumpieron en la cámara-prisión. Despertó mientras la angustia estrangulaba su pecho. Se puso en pie y miró a Yosane. El rostro de la joven estaba desencajado por

la sorpresa y el miedo. Idana abrió los brazos y Yosane buscó el calor del abrazo.

—¿Qué van a hacer con nosotras? —preguntó Yosane que miraba con ojos temerosos a los Siervos de los Dioses.

—No lo sé, mantente fuerte —la animó Idana sintiendo cómo la joven temblaba entre sus brazos.

—¿Y Kyra? —preguntó mirando a su alrededor.

—No la han traído de vuelta... han pasado casi tres días...

Los Ejecutores traspasaron la barrera que las mantenía cautivas y entraron a por ellas. Entre empujones y golpes se las llevaron a todas. Idana tuvo la sensación de que eran ganado llevado a su sacrificio. Debían de haberlas despertado al amanecer pero no supieron de la llegada del alba hasta largas horas después, cuando finalmente alcanzaron la superficie. El laberinto de túneles y cámaras subterráneas por los que las hicieron avanzar a trompicones era tan extenso que era imposible saber en qué dirección habían avanzado.

La luz del día cegó a Idana en cuanto puso pie sobre la hierba alta dejando atrás la compuerta que sellaba la cámara de salida. Se cubrió los ojos con el antebrazo y por un momento se sintió aturdida, todo era luz resplandeciente a su alrededor, podía sentir la mullida hierba bajo sus pies. El olor silvestre de los campos llenó de pronto sus fosas nasales, y el relincho de un caballo perforó sus oídos. Sus sentidos fueron golpeados de forma inesperada e impactante. Habían sufrido un largo periodo de sombras y oscuridad, de hedores rancios y húmedos, de suelos duros y fríos, y el cruel silencio de los llantos ahogados.

Idana esperó a que sus sentidos se amoldaran al nuevo entorno y se atrevió a abrir los ojos. Lo que contempló la dejó tan sorprendida como anonadada. Frente a ella se abría una gran explanada cubierta de hierba y plantas silvestres, a la izquierda se alzaba un bosque de olmos y a su derecha un sendero de tierra. Sobre el sendero aguardaban media docena de carros tirados por caballos percherones formando una hilera. Los carros eran grandes y robustos, y su parte posterior estaba compuesta por una jaula rectangular con barrotes negros. Sentados en el pescante, a las riendas de cada carro, permanecían dos Ejecutores con espaldas erguidas.

Idana los contempló y su espíritu se marchitó como una flor silvestre negada de agua. Encabezaba la columna un carro diferente, más pequeño, bajo y semi circular, con la parte posterior abierta. Era dorado y un Ojo-de-Dios estaba de pie sobre él.

Una mano sujetó el brazo de Idana.

—¡Es una caravana de esclavos! —exclamó Yosane en un susurro ahogado.

—¡A los carros! —ordenó la voz chirriante del Ojo-de-Dios comandando la caravana.

Un murmullo compuesto de miedo y llanto se alzó en el claro, las prisioneras se miraban las unas a las otras con ojos invadidos por el miedo y robados de esperanza ante la visión que contemplaban.

—¡Vamos, rápido! —gritó el Ojo-de-Dios con tono asertivo y haciendo gala de una tolerancia inexistente.

Los Ejecutores que las rodeaban comenzaron a empujarlas en dirección a los carros empleando las lanzas sin miramientos. Idana sufrió un golpe en la espalda y comenzó a caminar a trompicones. Yosane se apresuró a su lado y le dio la mano, gesto que Idana devolvió dedicándole una sucinta sonrisa de ánimo. Al ver el miedo en los ojos de su compañera se percató del temor que ella misma sentía. Idana agradecía en el alma el compañerismo de Yosane, por muy atemorizada que ésta estuviera, pues le ayudaba a paliar sus propios temores que cada vez eran mayores.

Las subieron al último de los carros e Idana se acomodó como pudo contra los barrotes. Yosane se sentó junto a ella en silencio. Cuando todas las prisioneras habían sido encerradas en los carros, todas se quedaron en silencio, a la espera. Idana no sabía a qué ni porqué, pero reconocía que la espera resultaba tensa.

—¡Mira! —exclamó de pronto Yosane llena de excitación.

Idana desvió la vista hacia donde señalaba Yosane y pudo ver a tres jóvenes abandonar la compuerta y aparecer en la explanada. Eran las jóvenes heridas, las que había examinado. Sin embargo, parecían estar completamente recuperadas. Aquello la dejó pasmada. Caminaban hacia el último carro, guiadas por un Ojo-de-Dios.

—¡Kyra! —gritó Yosane sacando la mano entre los barrotes.

Idana vio a Kyra salir escoltada por dos enormes Ejecutores. Parecía estar bien, caminaba erguida, desafiante. Las miró y saludó con la cabeza. Una minúscula sonrisa apareció en su rostro y les guiñó un ojo. Uno de los Ejecutores lo vio y la golpeó.

—¡No la golpeéis! —rogó Yosane.

Como respuesta a su ruego, la volvieron a golpear. Yosane calló, una lágrima descendía por su mejilla mientras las manos tiraban de impotencia agarrando los barrotes. Subieron a Kyra a la fuerza al último carro con las otras tres jóvenes.

—Será mejor que no digas nada más —llegó la voz de Lian desde el carro que les precedía. Su altivo tono de voz y su rubia cabellera eran inconfundibles. Junto a ella estaba Urda y otras dos jóvenes que ahora la seguían a todos lados, atentas a cualquier cosa que dijera, como si fueran sus sirvientes.

Yosane la miró.

—Esa nos va a meter a todas en un lío del que no saldremos con vida —apuntilló Lian.

—Déjala en paz —la defendió Yosane con tono sollozante.

—Dile a tu amiguita que no intente nada o juro que Urda le arrancará la cabeza de cuajo.

—Preocúpate de tus asuntos —intercedió Idana.

—Eso hago, boticaria. Que se esté quietecita —dijo Lian señalando amenazante con el dedo.

—¡Callad todas! —llegó la orden del Ojo-de-Dios. Al momento se hizo el silencio. Los Ejecutores comprobaron que las jaulas estuvieran todas bien cerradas.

—Todo listo —dijo el Ojo-de-Dios al final del grupo.

—¡En marcha! —respondió el Ojo-de-Dios en cabeza y azuzó los caballos. El carro dorado comenzó a avanzar y tras él los carros prisión. La caravana se puso en movimiento.

Por días avanzaron cruzando llanos y bosques, siguiendo un sendero que vagamente podía verse entre la vegetación. Parecía no haber tal sendero pero a Idana le daba la sensación de estar allí con un fin específico. Yosane, se lo había confirmado.

—Avanzamos siempre en dirección noreste —le había dicho el segundo día.

—¿Cómo lo sabes?

—Por el sol —le había dicho Yosane señalando a lo alto—, pero sobre todo por las estrellas. Mi padre me ha enseñado a leer el firmamento y a guiarme por los astros. No soy muy valiente, ni decidida, lo sé —había reconocido bajando la mirada— pero mi mente es rápida, y mi memoria muy buena. Mi padre dice que es incluso prodigiosa, pero yo no lo creo, es mi padre y yo su única hija, qué va a decir después de todo...

Idana le había sonreído y acariciado el brazo para infundir algo de ánimo pues la situación era terrible, fuera de corazón valiente o no.

Observó a su inteligente compañera que se bamboleaba con el movimiento del carro a su lado. Ya se había percatado de que aquella muchacha era de mente sagaz. Idana siempre había deseado tener una hermana, alguien en quien apoyarse, alguien con quien compartir alegrías y miedos. Contemplando a Yosane aquel sentimiento la volvió a invadir.

Idana era hija única, su casa no había sido bendecida con una familia numerosa y, además, había perdido a su madre a temprana edad. Lo recordaba muy bien, había sido unos días antes de su décimo cumpleaños, marcando aquella fecha de luto en su corazón para siempre. Aquel día jamás lo olvidaría. La horrenda tristeza que sintió, la insoportable sensación de abandono, de dolor angustioso, de impotencia, el desconsuelo de su pobre padre. Todo ello se quedó marcado a fuego en su corazón por toda la eternidad.

La pobre mujer había permanecido enferma en cama por tres estaciones, luchando por sobrevivir, por no abandonarla a ella y a su

padre. Había luchado hasta la extenuación, cada día, contra aquellas fiebres que la iban consumiendo en vida. Su padre, un honrado y esforzado boticario, había empeñado todas sus posesiones para pagar a los cirujanos y casi llega a perderlo todo. Pero éstos nada pudieron hacer más allá de prolongar la agonía hasta que finalmente las fiebres se la llevaron una noche de luna llena.

Idana había permanecido a su lado hasta el último momento. Todavía recordaba el roce de su mano consumida en el momento del último adiós. Idana había llorado por días, inconsolable. Entendía que las medicinas de su padre no habían podido salvarla, muchas personas estaban muriendo de la misma enfermedad en la ciudad y se expandía por toda la comarca. Lo que no llegaba a entender era por qué los cirujanos no habían conseguido sanarla. Aquella era su profesión, no estaba limitada como la de su padre que era un sencillito boticario. Los cirujanos estudiaban el cuerpo, sabían de enfermedades y cómo tratarlas. ¿Por qué no habían logrado salvar a su madre después de tratarla durante tanto tiempo? ¿Por qué no habían podido detener aquella plaga que tantas vidas se llevó? Si ella hubiera sido cirujano, si hubiera tenido la oportunidad, los hubiera salvado. Desde aquel aciago día, su más ferviente deseo se había vuelto el convertirse en cirujano. Así salvaría vidas, como la de su pobre madre.

—¿En qué piensas, Idana? Estás muy callada... —le preguntó Yosane.

—Pensaba en mi madre... en cómo murió cuando yo era niña sin que nada pudiéramos hacer por salvarla. Pensaba en que daría mi alma por la oportunidad de convertirme en cirujano... de obtener los conocimientos para sanar a gente desvalida.

Yosane la contempló un instante, pensativa.

—Entiendo... sólo las familias más privilegiadas tienen acceso a esa posición...

Idana asintió y tragó saliva con dificultad.

—La de boticario es una gran profesión. Muy respetada. Sois vosotros los que sanáis al pueblo, no los cirujanos. Ellos sólo atienden a los favorecidos. Ya estás haciendo el bien, curando al pueblo.

—Gracias, Yosane. Pero los conocimientos de un cirujano son mucho más avanzados y permiten sanar enfermedades y heridas que un

boticario sólo puede soñar curar. Muchas veces ha tenido mi padre que desistir ante situaciones que un cirujano podría tratar.

—¿Y en cuántas más ha ayudado cuando un cirujano ni se ha dignado? ¿Cientos? Seguro que miles a lo largo de su vida. Deberías pensar en todo el bien que ya haces y no en lo que podrías llegar a hacer, en mi modesta opinión...

—Tienes razón. Me has levantado mucho el ánimo. Estoy contenta de ayudar al prójimo, de seguir los deseos de mi padre que siempre quiso que aprendiera el oficio. De haber pasado todos estos años junto a él, pues es un hombre muy bueno y compasivo. Hemos estado juntos, queriéndonos y apoyándonos. No podría estar más contenta en ese sentido. Sé que es una profesión respetable y nunca hemos pasado hambre, pues la gente siempre está necesitada de sanación. Pero al morir mi madre, dentro de mí, en lo más profundo, se plantó la semilla de un deseo que ha ido germinando con el tiempo, un deseo que nunca llegará a cumplirse: el de ser un gran cirujano y llegar a ser capaz de curar aquello que ni un boticario ni un acomodado cirujano pueden conseguir.

—Es un gran deseo, muy loable. Quizás un día se cumpla.

Idana sonrió con resignación.

—Mira dónde estamos...

Yosane hundió la mirada

—Sobreviviremos...

La mañana del vigésimo día de viaje la caravana se detuvo. Idana se incorporó extrañada. Desde el comienzo del viaje apenas habían parado, y nunca de día. Sólo descansaban de noche. Los malditos Siervos de los Dioses las trataban como si fueran animales salvajes: les lanzaban carne curada y pan seco para alimentarse sin detener la marcha. El agua estaba racionada y se les daba al amanecer y al anochecer, antes de emprender la marcha y al finalizar la jornada. Todo el día lo pasaban encerradas. Nunca sabían cuándo les iban a permitir salir y estirar las piernas, pues ocurría

muy rara vez. Yosane decía que era una forma de control, de subyugación. Pero quizás lo que más incomodaba a Idana era tener que hacer las necesidades en marcha, intentando que cayera fuera del carro... Su único consuelo era que Lian sufría aquella ignominia mucho más que ella y lo hacía más llevadero.

Las hicieron bajar de los carros. Idana estaba ahora muy sorprendida. ¿Qué estaba sucediendo? Aquello no era normal. Miró alrededor y no vio nada fuera de lo corriente. Estaban en medio de una explanada y algo más adelante comenzaba un bosque de enormes hayas y espesa vegetación.

De pronto, una de las jóvenes echó a correr hacia el bosque. Era una de las tres que iban con Kyra.

—¡Estúpida esclava! —tronó el Ojo-de-Dios con su voz chirriante.

La joven corría con toda su alma, las piernas volaban sobre la alta hierba.

Idana observó a los Ejecutores, pero ninguno hizo ademán de perseguirla.

Qué extraño... El ojo de Idana captó un reflejo. Frente a la joven, en el suelo, Idana distinguió una línea dorada, casi transparente. Se iba volviendo más sólida con cada zancada de la fugitiva. Idana reconoció lo que era.

—¡Para! ¡Es el Confín! ¡Detente! —gritó en un intento de ayudarla.

Pero era demasiado tarde. La joven, en plena carrera, se miró el brazo de la Argolla que le temblaba de forma virulenta en aviso, pero ignoró la advertencia y no se detuvo. Con un tremendo impacto, golpeó la barrera translúcida. Se escuchó un potente trueno, como si el cielo se partiera en dos, y la joven cayó al suelo como fulminada en medio de un resplandor dorado de gran intensidad.

Entre exclamaciones de sorpresa y ahogados gritos de miedo, las prisioneras se cubrieron los ojos para protegerse de aquel intenso fulgor.

Idana entreabrió los ojos y vio a la desdichada en el suelo. Parecía muerta. Pero quizás sólo estuviera inconsciente. Comenzó a andar hacia ella, tal vez hubiera algo que todavía pudiera hacer.

—¿A dónde crees que vas, esclava? —gruñó el Ojo-de-Dios.

De inmediato un Ejecutor se cruzó ante Idana, impidiéndole avanzar.

—Sólo... voy a ayudarla... —balbuceó percatándose de que estaba siendo el centro de todas las miradas.

—Nosotros nos encargaremos de la muy estúpida —dijo el Ojo-de-Dios con desprecio—, es nuestra esclava.

El Ejecutor golpeó a Idana en el pecho con la lanza a dos manos obligándola a retroceder varios pasos. Quedó dolorida y con dificultad para respirar.

—¡Todas de rodillas frente al Confín! —ordenó el Ojo-de-Dios.

Las situaron a todas en una hilera, de rodillas, conservando el mismo orden que ocupaban en los carros. Frente a ellas podían ver el Confín marcado en el suelo con un dorado intenso. Era el límite prohibido estipulado por los Dioses a su pueblo. Nadie podía sobrepasarlo. O moriría, según lo establecía la ley. Contempló el cuerpo de la pobre desdichada sobre la hierba mientras el Ojo-de-Dios la examinaba.

Las Argollas emitían un zumbido hiriente y provocaban que los brazos les temblaran incontroladamente. «¿Qué van a hacer con nosotras?», se preguntó con dificultad para tragar la árida saliva de su reseca boca. Suspiró intentando calmar los nervios pero el temblor la ponía cada vez peor. Tenía a Yosane a su derecha que intentaba sujetar el temblor del brazo y contemplaba la línea dorada con ojos llenos de angustia. Idana giró la cabeza a su izquierda y vio a Kyra algo más abajo en la fila. La cuestionó con un gesto pero Kyra se encogió de hombros y negó con la cabeza.

«¿Qué va a ser de nosotras?».

Los Ejecutores se situaron a sus espaldas. En silencio.

—¡Levantad el brazo de la Argolla y mirad al frente! —ordenó el Ojo-de-Dios.

Las prisioneras comenzaron a hacerlo. Algunas, como Yosane, tenían dificultades para conseguirlo.

—¡Vamos, alzad el brazo, no lo volveré a repetir, esclavas inútiles!

Los brazos de las prisioneras se alzaron. Los Ejecutores los sujetaron

con fuerza.

El Ojo-de-Dios comenzó a recorrer la hilera.

Idana intentó ver qué hacía.

—¡Mirad al frente!

Asustada, obedeció. El Ojo-de-Dios se situó junto a ella. Hubo un destello y algo frío, helado, se propagó por su brazo alzado, como si una serpiente de hielo descendiera por él. «¿Qué es esto?», se asustó. Escuchó el gemido de Yosane a su lado y sintió su miedo.

El Ojo-de-Dios se retiró.

El miedo y la tensión se acrecentaban con cada inhalación.

—¡Que crucen! —ordenó con un chirrido.

El corazón de Idana le dio un vuelco. «¿Cruzar? ¡No!».

Sintió la suela de la bota del Ejecutor sobre su espalda. Y un empujón tremendo.

Salió despedida hacia delante. Cruzó el Confín. Golpeó el suelo con la cara. Unas terribles convulsiones la sobrecogieron. Un dolor insufrible castigó cada ápice de su cuerpo provocando espasmos incontrolados. Su mente no pudo soportar el castigo y perdió el conocimiento quedando tendida sobre la húmeda hierba alta.

Kyra despertó en agonía. Todo su cuerpo era dolor voraz. Intentó ponerse en pie pero no pudo. Su mente no consiguió asimilar todo el sufrimiento que su maltrecho cuerpo le transmitía. Se miró, estaba viva, dolorida pero con vida. Había sobrevivido. Observó alrededor alarmada. Era de noche y se percató de hallarse dentro de un extraño edificio circular descubierto en medio de un frondoso bosque de altos hayas. Podía oír un riachuelo no muy lejos pero por alguna razón los habituales sonidos que plagaban de vida el bosque no estaban allí presentes. Un silencio sombrío reinaba en la zona. No sabía cuánto tiempo había transcurrido ni qué era aquel lugar pero tenía la sensación de haber

permanecido en el mundo de los sueños mucho tiempo.

Sus compañeras estaban tendidas en el suelo junto a ella, la mayoría todavía afectadas. Las habían transportado a aquel lugar mientras estaban inconscientes.

«¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar?», se preguntó Kyra confundida.

El edificio era tan bello como singular. El suelo era de color de la plata y lo rodeaba una pared de mármol negro de más de cinco varas de altura formando una circunferencia completa. Sobre la fachada Kyra descubrió infinidad de inscripciones y runas indescifrables. Miró al cielo y un firmamento radiante, pleno con incontables astros, iluminaba tenuemente aquel lugar. Los Ejecutores estaban de pie a lo largo de la pared, montando guardia, impertérritos.

En el centro del edificio, un monolito rectangular tan negro como un abismo, tan pulido como el acero, se elevaba alto y desafiante hacia la luna. Tenía más de veinte varas de altura. Frente al monolito, Kyra vio algo que jamás pensó llegaría a ver: el Ojo-de-Dios estaba arrodillado ante una figura. Kyra abrió los ojos de par en par y observó incrédula. ¡Un Ojo-de-Dios arrodillado! Aquello era algo inaudito. La figura vestía una túnica blanca con capucha y Kyra no logró verle la cara si bien percibió unos ojos dorados que la dejaron sin respiración. «¿Qué demonios es ese ser?». Yosane e Idana despertaron en ese momento y Kyra se dirigió a su lado sin perder de vista lo que sucedía en el centro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Idana.

—Nada bueno, me temo —respondió Kyra.

—¿Por qué lo dices? —pregunto Yosane.

Kyra señaló al Ojo-de-Dios y la figura ante la que se arrodillaba.

—Este lugar parece algún tipo de templo —concluyó Yosane que inspeccionaba las paredes con sumo interés.

—¿Y ese quién es? ¿Un Sumo Sacerdote? —dijo Kyra.

Yosane se encogió de hombros.

De súbito, el Ojo-de-Dios se puso en pie y las encaró.

El miedo las golpeó como un golpe de mar a un navío en una tormenta.

—En pie todas —ordenó.

Las prisioneras obedecieron, unas ayudando a otras a levantarse. Kyra contó doce prisioneras incluida ella misma. Con sorpresa vio que la joven que había golpeado la barrera se incorporaba. Apenas se tenía en pie, pero vivía, no la habían dejado morir. Aquello le resultó curioso. ¿Por qué razón se había tomado el Ojo-de-Dios aquella molestia por una simple esclava? No tenía sentido. Nunca se molestarían sin un motivo mayor, para ellos no eran más que gusanos sin valor alguno. «Extraño...».

—Es hora de emprender el viaje —dijo la siniestra figura que comandaba el templo.

Los Ejecutores dieron todos un paso al frente. La figura recitó un extraño cántico y las inscripciones en las paredes comenzaron a refulgir.

Kyra sintió el nerviosismo apoderarse de su cuerpo. El suelo comenzó a temblar entre los destellos dorados provenientes de las paredes. Asustada, miró al suelo. Estaba cambiando de forma, se estaba volviendo líquido, como plata fundida.

—¡No puede ser! —exclamó.

El suelo se volvió un lago de plata.

Y las engulló.

Ikai corría por el sombrío túnel como acosado por una jauría de perros rabiosos. Echó una rápida mirada atrás pero no pudo discernir si lo perseguían; tenía el mal presentimiento de que así era y sus sentidos rara vez lo traicionaban. «El guardia encapuchado me ha descubierto» pensó mientras maldecía entre dientes. ¿Qué otros horrores le esperaban allí abajo? Mejor no detenerse a descubrirlo y salir de aquel lugar de sufrimiento cuanto antes. «Kyra no está aquí y mi vida corre mayor peligro con cada instante que permanezca en este lugar de pesadilla».

Llegó a otra de las singulares mazmorras y echó una rápida ojeada al interior. Era como la que ya había dejado atrás: circular con el suelo y la bóveda de argento, pero de mayores dimensiones. El número de esferas-prisión formando un círculo en el centro de la cámara era el doble que en la estancia anterior. «Cuanto más me adentro en este laberinto, mayores son las salas y mayor es el número de prisioneros en ellas. Esto no me gusta nada». Se estremeció y sacudió los hombros.

La estancia no parecía estar custodiada. Ikai sopesó avanzar o aguardar. Pero no podía esperar pues en cualquier momento el encapuchado aparecería a su espalda. Inspiró profundamente y avanzó a la claridad de la estancia-mazmorra.

Por el túnel a su derecha apreció una sombra.

Ikai retrocedió como una exhalación y se ocultó en la oscuridad del túnel. Esperó un largo momento con el alma en vilo. Ikai inspiró profundamente intentando calmar su corazón que latía como un caballo desbocado.

Escuchó atento intentando identificar lo que sucedía. Percibió un sonido metálico: una de las esferas-prisión se abría. Oyó los gemidos y lamentos de uno de los desdichados. Un gruñido casi bestial les puso fin. Al poco, captó el sonido del cuerpo del prisionero siendo arrastrado por el suelo. Se lo llevaban. Ikai no quiso ni imaginar el terrible destino que

aguardaba a aquel pobre hombre.

Aguardó un momento sin arriesgar una mirada mientras reflexionaba. ¿Qué hacían los siervos de los Dioses con los prisioneros? No eran más que simples campesinos, trabajadores, y estaban en muy malas condiciones, ¿para qué los necesitaban? Para producir no podía ser... Aquel lugar no era una mina ni una forja o similar. ¿Qué sucedía allí abajo? Ikai no tenía respuestas pero un presentimiento tan lúgubre como un pozo sin fondo lo embargó. Algo realmente siniestro sucedía allí. «Tengo que salir de aquí cuanto antes».

Avanzó con cuidado, agazapado, y entró en la sala. Observó a los pobres infelices en las jaulas esféricas. Ninguno dijo nada; era tal el miedo que padecían que sus ojos rehuían los de Ikai, no deseaban que estuviera allí. Ikai meditó el rumbo a tomar. Era consciente de que debía volver, deshacer el camino andado. Contempló las tres bocas de los túneles que partían de la estancia. El primero, a su espalda, era por el que había entrado y por el cual deseaba retroceder. Pero en cualquier momento podría aparecer la figura encapuchada armada con el arco. Hacia la derecha no podía ir pues “algo” se había llevado al prisionero en aquella dirección. Descartadas esas dos opciones, decidió seguir por la única opción viable, la que no deseaba seguir pues le alejaba de la salida.

Entró en el túnel al norte y avanzó con cuidado entre la penumbra. El pasadizo desembocó en una sala triangular, lo cual sorprendió a Ikai. Por lo que había observado, todo en aquel complejo tenía forma circular o esférica. El suelo de la cámara era de color negro, no argénteo. Pero lo que realmente sorprendió a Ikai fue el singular monolito rectangular de pulidas superficies marmóreas que se alzaba en el centro de la cámara. Era tan negro como una noche sin estrellas y medía tres varas de altura.

Emitía un extraño zumbido, similar al de un enjambre de abejas.

Ikai se acercó despacio y lo estudió. Parecía tener vida propia. La forma rectangular y el pulido de las caras era pura perfección, sin una sola maca. Era demasiado perfecto para haber sido hecho por la mano del hombre. Por alguna razón, parecía invitar a ser tocado. Ikai estiró el brazo y, temeroso, acercó la mano.

Dudó. ¿Tocar o no tocarlo?

Miró alrededor. No había peligro y se decidió.

Tocó la superficie con la palma de la mano. Estaba caliente.

Un destello blanquecino surgió del monolito iluminando la cámara. Ikai se llevó las manos a las armas y miró en todas direcciones. El miedo trepaba por su pecho arañando con garras lacerantes. El suelo comenzó a cambiar de color y, lentamente, se volvió translúcido. Ikai observaba pasmado.

«¡Poder de los Dioses!»

De pronto, pudo apreciar el piso inferior, como si techo y paredes se hubieran vuelto de cristal. Pero no sólo aquello directamente bajo sus pies sino toda la sub-planta inferior. Descubrió un laberinto de estancias-mazmorra interconectadas por túneles y llena de esferas-prisión un nivel por debajo al que se encontraba. Se le hizo un nudo en el estómago. La luz continuó descendiendo y le mostró el siguiente subnivel: también plagado de mazmorras. Para su pesar, la luz continuó descendiendo. Ikai contó cinco subniveles antes de que la luz se detuviera y volviera a subir. Cada uno mostraba el mismo horror: un sin-fin de mazmorras llenas de esferas-celda.

Ikai se quedó consternado mientras la angustia oprimía su pecho con mano de hierro.

Suspiró profundamente y observó el monolito. Debía de tratarse de algún tipo de transporte a los otros subniveles. «Las Mazmorras del Olvido son gigantescas. Deben de tener a miles de personas aquí abajo. ¿Pero para qué las necesitan los Dioses? ¿Para qué?». Ikai sacudió la cabeza, estaba muy contrariado y un desasosiego ácido lo envolvió. Por desgracia, sólo los Dioses tenían la respuesta a aquellas preguntas. Se apartó del monolito y la estancia volvió a la normalidad.

El sonido de unas pisadas arrastradas llegó hasta los entrenados oídos de Ikai. Procedía del túnel, muy cerca. Se agazapó tras el monolito y dejó que la estela del insólito artefacto lo ocultara. Con un poco de suerte podría esconderse de quien se estuviera acercando. Quedó en total silencio, temeroso siquiera de respirar, con manos y espalda pegados a la cálida superficie marmórea, intentando fundirse con ella.

Las pisadas se acercaron.

Entraban en la sala.

Hizo uso de sus experimentados sentidos: aguzó el oído e intentó percibir el aroma de la amenaza. «Es alguien de envergadura, un Ejecutor... no... los Ejecutores se desplazan con movimientos más lentos y pesados. Este andar es más arrastrado... Pero el olor es el característico de los siervos de los Dioses: similar al azufre...». Encogió el cuello y entrecerró los ojos. Estaba desconcertado. Se encogió todavía más contra la superficie a su espalda. Quedó inmóvil, haciendo de su cuerpo una estatua de piedra con la respiración suspendida y latidos disminuidos.

Los pasos avanzaron hasta el monolito y se detuvieron en el lado opuesto.

«Vamos, continúa tu camino, vamos» rogó Ikai cerrando los ojos.

Un silencio sepulcral tomó la estancia. El tiempo pareció detenerse. Los latidos del corazón de Ikai se le antojaban tambores de guerra audibles a leguas de distancia. Escuchó con total atención, completamente tenso y tratando de no respirar: se produjeron dos pasos a su izquierda, hacia la salida. Instintivamente miró hacia la dirección opuesta, buscando escapar por el túnel por el que había llegado.

El corazón le dio un vuelco. Entrevió una silueta en el túnel engullida por las sombras.

¡Estaba atrapado!

Ikai tragó saliva. Tras el monolito se escuchó un nuevo paso.

Le llegó una respiración extraña, rítmica, casi seseante, y una sombra se recostó por su izquierda. Ikai la observó desplazarse sobre el suelo mientras crecía amenazante sobre su persona. La sombra fue tomando forma, la de la silueta de un hombre fuerte, hasta que terminó por plasmarse sobre el suelo esbozando una siniestra cabeza.

Ikai se quedó petrificado.

—No puedo verte, pero sí oler tu hedor a esclavo —dijo una voz sibilante.

Ikai aferró las armas con fuerza.

—Sal de ahí atrás y muéstrate ante mí, gusano.

¡Lo habían descubierto!

No había escapatoria. Respiró profundamente y con un rápido giro se puso en pie y encaró la voz que lo amenazaba.

La sangre se le heló en las venas. No, ciertamente no era un Ejecutor. Era algo diferente. Algo que Ikai no había visto antes. Que nadie había visto jamás. Resultaba aterrador. Ikai entrecerró los ojos y lo estudió detenidamente. ¿Qué era aquello? No era tan alto ni ancho de hombros como un Ejecutor, aunque sí más que él. Sin embargo, parecía más escurridizo que los sirvientes guerreros. La piel del engendro era del característico ocre-tostado de los Siervos de los Dioses, y la recorrían ostensibles venas oscuras. Llevaba la cabeza enfundada en un extraño yelmo muy similar al de los Ejecutores, pero diferente. El yelmo, marrón en la parte posterior, la cara frontal estaba recubierta por cientos de minúsculas escamas metálicas de un verde intenso. Pero lo que llevó miedo al corazón de Ikai fueron los ojos: eran amarillos, reptilianos, con un iris negro, estrecho y alargado. Ikai creyó estar contemplando los ojos una enorme serpiente. En lugar de boca tenía un orificio circular. Ikai se estremeció de pavor.

El engendro vestía una túnica en un verdoso-dorado. En pecho y espalda portaba coraza de escamas verdes grabada en dorado. En la capa llevaba bordada una extraña simbología color oliva. Grebas bajas y guanteletes verde-pardo protegían las extremidades. En sus manos sujetaba un látigo enrollado y un machete curvo de aspecto aciago.

—¡Tú no eres un prisionero! —siseó con rabia bajo el yelmo.

A Ikai se le puso la piel de gallina. Sintió el agrio regusto del miedo en la boca pero no se amedrentó. Debía escapar de allí, no podía luchar contra un siervo de los Dioses, era un suicidio.

El centinela dejó caer el extremo del látigo hasta el suelo.

—No, soy un Cazador —respondió Ikai manteniendo la voz firme y mostrándole su Argolla. Quizás su posición lo confundiera.

—¿Un Cazador? ¿Y qué haces tú aquí? Ningún esclavo puede entrar aquí, Cazador o Regente. Estos son los dominios de los Opresores, aquí abajo nosotros somos los centinelas. Este submundo nos pertenece. Tú nos perteneces, esclavo.

Ikai calló, turbado ante la presencia siniestra del Opresor.

—Este cuadrante, estas mazmorras están prohibidas a los esclavos. Sólo los Siervos de los Dioses pueden pisarlo.

Ikai asintió y flexionó algo las piernas, la situación era desesperada.

—Y dime, esclavo, ¿cuál es el castigo para aquellos que desobedecen la ley de los Dioses? —dijo mientras se desplazaba en torno a Ikai arrastrando el látigo por el suelo con movimientos sinuosos.

Ikai lo seguía con la mirada, atento. Aquel centinela le ponía muy nervioso.

—La muerte —respondió con sequedad.

El Opresor se detuvo.

—En efecto, esclavo, la muerte —pronunció enfatizando la última palabra con su siniestra voz.

Ikai se armó de valor y le mostró las armas, desafiante.

—¡Cómo te atreves! ¡Cómo osas empuñar las armas contra un Siervo de los Dioses! ¿Es que acaso has perdido la razón?

—No dejaré que me tortures como a los miles de desdichados que tenéis aquí encerrados.

—Ellos saben lo que les conviene. Ningún esclavo ha vencido jamás a un Siervo de los Dioses. Somos superiores, hombrecillo; somos mucho más fuertes, ágiles y mejores luchadores. Nunca podrías vencerme, ni en mil años.

—Puede que así sea, pero lucharé igualmente.

—Estúpido gusano, iba a matarte con rapidez pero ahora sufrirás en sangre por esta afrenta. Antes de cortarte la lengua haré que escupas por qué razón estás aquí y cómo has conseguido entrar. Después te arrancaré la piel a tiras y cuando grites pidiendo clemencia me comeré tu corazón mientras aún late.

El brazo del Opresor descargó un latigazo fulgurante. Ikai apenas vio venir la terrible sacudida. Sintió un dolor agudo en el brazo pero no dejó caer la espada. Se lo miró durante un suspiro y vio sangre. El látigo

volvió a restallar e Ikai se apartó a un lado con un movimiento fugaz. La hiriente cola de cuero golpeó el suelo rozando su pierna. Ikai recuperó la posición y lanzó una estocada al cuello del centinela pero éste la desvió con el machete a una velocidad endiablada. Ikai contraatacó con la daga buscando la axila de su enemigo, que bloqueó con el antebrazo y soltó una patada tremenda. El golpe alcanzó a Ikai en el estómago y salió despedido hacia atrás. Se golpeó brutalmente contra el monolito. Perdió las armas y se quedó tendido en el suelo. El costado le dolía horrores y apenas podía respirar.

—Estúpido esclavo. No sois más que una raza débil y acabada. Voy a disfrutar sacándote las entrañas.

Ikai intentó ponerse en pie, pero no pudo. Quedó de rodillas.

El látigo restalló con fuerza.

Un dolor intenso en el cuello sobrecogió a Ikai. Y ya no pudo respirar. Se miró la garganta y vio el extremo del látigo fuertemente enroscado. El Opresor tiraba de él con fuerza, estrangulándolo. Desesperado, intentó desenroscarlo con las manos pero le resultó imposible.

El Opresor rió con marcado desdén.

Ikai buscó sus armas con una mano a tientas mientras se resistía, pero sólo encontró el frío suelo. Giró parcialmente la cabeza realizando un esfuerzo tremendo en contra de la fuerza opresora del látigo. Pensó que la cabeza le iba a ser arrancada de cuajo.

No alcanzó su espada por pulgadas.

Por el rabillo del ojo percibió un leve movimiento en la entrada del túnel. La figura encapuchada que lo perseguía surgió de súbito de la penumbra, como apareciendo de entre las propias sombras. Toda esperanza de sobrevivir quedó sepultada bajo una montaña de desesperación. Ahora eran dos los enemigos.

Estaba acabado, iba a morir.

El Opresor apartó su atención de Ikai y miró al encapuchado.

—¡Por los Dioses! ¿Qué está sucediendo aquí?

Se escuchó un leve silbido seguido de un golpe hueco.

—¡Malditos esclavos traicioneros! —exclamó el Opressor con una flecha clavada en el cuello.

Ikai se quedó atónito.

El centinela sacudió con fuerza el brazo y liberó el extremo del látigo del cuello de Ikai, ignorando la herida sufrida. Ikai cayó a un lado. Al golpear el suelo llenó los pulmones del aire que le habían negado. Otro silbido surcó la estancia. La saeta golpeó en la coraza pero no consiguió penetrarla. El encapuchado volvió a armar el arco pero era ya demasiado tarde, el látigo restalló y alcanzó el arma. De un fuerte tirón, el encapuchado fue desarmado. El Opressor se desplazó hacia adelante como una víbora y golpeó al encapuchado con tal fuerza que salió despedido contra la pared a su espalda. El desdichado golpeó la roca de la cámara con dureza y quedó tendido en el suelo.

Ikai aprovechó la oportunidad y recuperando sus armas se lanzó sobre la espalda del Opressor. Éste lo golpeó con fuerza con el reverso del brazo e Ikai salió rodando a un lado. Se puso de rodillas con ambas armas listas y el centinela lo encaró.

—Vais a pagar esto muy caro, ¡me comeré vuestros corazones!

Dio un paso hacia Ikai pero el encapuchado se le echó a los pies y le clavó un cuchillo en la parte posterior del muslo izquierdo. El Opressor gruñó y soltó una terrible patada que hizo volar al encapuchado. Ikai alzó la mano derecha. Se concentró, midió la distancia, y esperó. El Siervo se giró hacia él.

Ikai soltó el brazo con toda su fuerza.

El centinela dio un paso hacia atrás. La daga le había alcanzado en el cuello, una pulgada por encima de la saeta. Ikai observó sin poder respirar, seguro de que esta vez caería: las heridas eran letales, no podría seguir en pie. Pero no cayó. Avanzó hacia Ikai, que lo miraba estupefacto. Alzó el látigo. Ikai rodó por el suelo a su encuentro. El restallido explotó en sus oídos pero la cola no lo alcanzó esta vez. Con una rápida y potente estocada Ikai le atravesó la pierna derecha. Con ambas piernas heridas, se derrumbó de rodillas. Soltó las armas y se llevó las manos al cuello. Se ahogaba en su propia sangre.

Ikai dio un paso atrás jadeando y lo contempló morir entre espasmos.

—No parecía humano... debería haber muerto con la saeta... — masculló Ikai contemplando el cadáver.

Se arrodilló junto a él, intrigado. ¿Qué era aquel Opressor? Intentó quitarle el insólito yelmo. Tiró con fuerza, pero no pudo sacarlo. Parecía haber sido forjado sobre la propia cabeza, sin cierres que permitieran retirarlo.

—No podrás, no se ha conseguido nunca —dijo una voz en un gruñido casi ininteligible a su espalda.

Ikai se giró presto y vio a la figura encapuchada en oscuras vestimentas tendida junto a la pared.

—Es del mismo material que las Argollas y funciona como estas, no es posible soltarlo —dijo en un gemido mientras intentaba ponerse en pie.

Ikai se acercó rápidamente y le ofreció la mano.

—No necesito tu ayuda, idiota —gruñó una voz de mujer bajo la capucha.

Ikai quedó tan sorprendido que no supo reaccionar.

—¿Idiota? —se sobrepuso al cabo de un momento— ¿Quién eres y por qué me insultas?

—Quién soy no te importa —dijo con una exclamación de dolor— y eres un maldito idiota porque casi haces que nos maten a los dos.

—Yo no te he pedido que intervinieras...

—Si no intervengo el Opressor te hubiera matado y hubiera dado la alarma, con lo que me hubiera condenado. No he intervenido por ti, eso tenlo claro.

—Quizás... quizás no —se mantuvo firme Ikai—. De todos modos te agradezco la ayuda que me has ofrecido.

—No quiero tu agradecimiento, maldito estúpido, cuando los otros guardianes descubran el cadáver será imposible volver a entrar en este lugar. Redoblarán la vigilancia tanto en las mazmorras como en el exterior. Llevo mucho tiempo trabajando para conseguir colarme sin ser detectada. Cada día internándome un poco más en este laberinto de mazmorras, siempre con extremo cuidado de no ser detectada para poder

volver. ¡Y tú lo has echado todo a perder en una sola noche! ¡El trabajo de meses!

Ikai no supo qué contestar.

—Lo... lo lamento —farfulló.

—¡Con los riesgos que he corrido!

La joven hizo un gesto despectivo con la cabeza y la capucha cayó dejando su rostro al descubierto. Ikai la miró con encendida curiosidad. Era una joven de aproximadamente su misma edad, de ojos almendrados, negros como la noche y que brillaban con intensidad y determinación. El cabello era de un brillante negro azabache. Lo llevaba atado en una cola de caballo. No era excesivamente bella, no en el sentido clásico. Su rostro era pálido y afilado, la nariz pequeña y puntiaguda, con labios ciertamente insinuantes. Pero aquella joven irradiaba una fiereza y fuerza de carácter inusuales, algo que impactó mucho a Ikai.

—¿Es que no habías visto antes una mujer? Deja de mirarme con esos ojos de loco tuyo y ayúdame a levantarme.

Ikai se ruborizó y de inmediato la ayudó a ponerse en pie. No era muy alta, pero sí de cuerpo ágil y fibroso. Ikai dedujo que estaba acostumbrada al esfuerzo físico. Lanzó una fugaz mirada al brazo izquierdo de la joven e intentó captar qué símbolo llevaba grabado en su Argolla. Por desgracia la Argolla estaba cubierta bajo la manga de una túnica oscura y le fue imposible ver nada.

—Me llamo Ikai...

Ella giró la cabeza y lo observó intensamente por un instante. Ikai se preparó para un nuevo comentario hiriente.

—Yo Albana —respondió ella con tono comedido y los ojos clavados en los de Ikai—. No hay tiempo para presentaciones, Cazador. Hay que salir de aquí.

Ikai suspiró y asintió.

—¿Puedes andar? —le preguntó preocupado mientras la sujetaba de la cintura.

—Creo que sí, las costillas me duelen horrores pero no creo que estén fracturadas.

—Tienes la mitad de la cara muy magullada, el ojo izquierdo se te está hinchando.

—Pues tu cuello no tiene mejor color. Dame mi arco y salgamos de aquí antes de que nos descubran. Pronto cambiarán la guardia y se percatarán de que falta uno de ellos. Si no logramos salir del Cuadrante antes de que lo descubran y den la alarma, estamos muertos —pronunció la joven mirando el cadáver del Opresor—. Aún no puedo creer que lo hayamos matado. En los mil años que nuestro pueblo lleva sometido muy pocos hombres han conseguido matar a un siervo de los Dioses; se pueden contar con los dedos de una mano. Hoy hemos entrado a formar parte de ese selecto grupo. Las repercusiones de este incidente serán graves.

Ikai la miró sin comprender del todo. ¿Cómo sabía ella aquello? ¿Quién era? Y sobre todo, ¿qué hacía allí?

Albana pareció leer el pensamiento de Ikai y se llevó el dedo índice a los labios.

—Vámonos —le dijo—, no hay tiempo para más preguntas.

Avanzaron por los túneles en busca de la salida. Ikai pronto comprendió que Albana conocía los pasajes y los puestos de guardia como su propia mano. Fue indicando por dónde ir, cuándo avanzar y cuándo esperar para no coincidir con los guardias que patrullaban las mazmorras. Ikai intentó mantener la orientación pero Albana avanzaba por una ruta diferente a la que él había seguido y se perdió por completo. Finalmente llegaron a una estancia fosca en la que desembocaban dos túneles. Al fondo, una escalera de piedra ascendía hacia la superficie. En mitad de los peldaños un Opresor vigilaba que nadie entrara o saliera. Ikai y Albana retrocedieron, alejándose de la boca del túnel, buscando esconderse en la penumbra.

—Espera aquí —le susurró Albana al oído tan levemente que fue como si hubiera sembrado la idea en la mente.

Albana retrocedió por el túnel hasta desaparecer. Ikai esperó en silencio, nervioso, tenía la sensación de que en cualquier momento el Opresor iba a entrar en el túnel y descubrirlo. De pronto escuchó un tintineo, como si un objeto metálico hubiera rodado por el suelo. Provenía de su derecha, del otro túnel. Prestó total atención y le llegaron las pisadas

del centinela bajando la escalera. El estómago le dio un vuelco, ¿y si se dirigía hacia él? Echó la mano a su espada. De súbito, Albana apareció tras él. El corazón de Ikai casi le salió por la boca. Pasó a su lado, encorvada. Se sujetaba el costado. Se dirigió a la boca del túnel. Paró un instante y miró hacia la estancia. El guardia no estaba en su puesto. Le hizo una señal a Ikai y los dos surcaron la estancia a la carrera. Finalmente alcanzaron el exterior, apareciendo detrás de uno de los enormes almacenes.

—Buen truco —le dijo Ikai.

—Son como sabuesos, si oyen ruido van a olisquear.

—¿Y ahora? ¿Cómo abandonamos el cuadrante? Hay Ejecutores de guardia aquí afuera.

Albana le dedicó una sonrisa pícaro y señaló a lo alto del edificio.

—¿Por ahí? —preguntó Ikai extrañado.

—Sí, por ahí. No hay guardias en los tejados, sólo en los jardines y edificios. A los siervos de los Dioses no les gustan las alturas. No me preguntes por qué razón.

Ikai asintió y suspiró, ¿cómo no se le había ocurrido aquella vía a él?

—¿Y cómo subimos? —preguntó a la morena, la altura era considerable.

Albana avanzó agazapada contra la pared del edificio hasta llegar a media altura.

—Aquí —señaló.

Ikai distinguió vagamente una cuerda negra y comprendió.

Escalaron hasta el tejado del edificio y Albana lo fue guiando para pasar de edificio en edificio hasta llegar a un depósito de agua elevado muy cercano a la muralla exterior. Alcanzaron el depósito y desde allí se dejaron caer sobre la muralla. Ikai tuvo dificultades para realizar los saltos y finalmente mantener el equilibrio pero Albana parecía un gato negro, incluso lastrada por las heridas que padecía. Con un suspiro final Ikai se descolgó a la calle, fuera del cuadrante prohibido.

Dedicó a su compañera de huida una sonrisa de alivio por haber logrado escapar y de gratitud por la ayuda recibida. La verdad era que la

joven era realmente intrigante. El misterio que la envolvía combinado con su arrojo y fortaleza le parecieron a Ikai ciertamente atractivos... Volvió a mirarla y sus ojos se encontraron. «Sí, ciertamente atractiva...» pensó Ikai sin poder remediarlo.

Albana lo miraba divertida. De súbito, se tensó mientras su mirada atravesaba a Ikai.

—Lo siento, no puedo dejar que me apresen —dijo la joven ocultando el rostro bajo la capucha.

Ikai la observó sin comprender.

Albana, sin mediar aviso, le propinó una fuerte patada en la entrepierna. En medio de un mar de dolor, Ikai se dobló a un lado y cayó al suelo sujetándose las partes.

—Hay demasiado en juego —dijo Albana y echó a correr calle abajo.

A su espalda, Ikai escuchó pisadas a la carrera.

—¡Alto! ¡Deteneos en nombre de la Guardia del Regente! —ordenó una voz autoritaria.

Ikai se giró en el suelo y vio a una docena de soldados que se acercaban a la carrera. Maldijo para sus adentros: debían de haberlos visto descender del muro.

«Traición. Me ha entregado para salvarse», pensó Ikai lleno de dolor y rabia, pero no pudo ponerse en pie.

Cuando el dolor abandonó por fin su cuerpo y el terrible mareo dejó de castigar su mente, Kyra inhaló con fuerza la fresca brisa en un intento por recomponerse. ¿Qué demonios había sucedido? Recordó cómo el suelo se había convertido en plata fundida y los había tragado a todos. ¡Pero estaba viva! Se palpó los brazos y piernas para asegurarse de que se encontraba de una pieza.

Alzó la mirada y observó con cautela. Se hallaba en otro edificio, prácticamente idéntico al que los había engullido. El singular suelo era nuevamente sólido, de plata, y lo rodeaba la misma pared alta de mármol negro que conformaba una circunferencia completa. Las runas grabadas en ella todavía emitían una tenue luz dorada. Pero no era el mismo templo.

Kyra miró por encima de la pared y no pudo ver el bosque que con anterioridad les rodeaba. Había desaparecido. Donde antes distinguía las copas de las frondosas hayas, ahora contemplaba un cielo despejado. Donde antes reinaba la noche con un firmamento plagado de fulgurantes estrellas, ahora unas pocas nubes blancas decoraban un immaculado lienzo de azul celeste.

Sin embargo, una sombra amenazante cubría todo el edificio. Kyra se giró en redondo en busca del sol y al hacerlo, a su espalda, vio algo que la dejó boquiabierta y completamente anonadada. Un colosal monolito negro se alzaba hacia el cielo infinito bloqueando con su presencia al propio astro dorado. Era tan negro como un pozo sin fondo y devoraba la luz a su alrededor, creando una sensación de vacío, de estar rodeado de un aura trasluciente. Su forma, perfectamente rectangular, con cuatro aristas que se elevaban a los cielos, era pura perfección. Las cuatro caras, pulidas con un acabado magistral, brillaban con un extraño esplendor. Era muy similar al monolito en Osaen pero muchísimo más grande.

Kyra lo contemplaba sin aliento, el tamaño de aquel objeto anómalo

era inimaginable, tan inmenso que su mente no podía asimilarlo... Ya sólo la base de mármol blanco sobre la que se sostenía era de mayor altitud que el propio templo en el que se encontraban. Lo contempló negando con la cabeza y tuvo que tragar saliva mientras interiorizaba la enormidad de aquel gigantesco elemento antinatural. Debía medir más de 80 varas de altura y la base sobre la que se alzaba más de 20 en amplitud. Kyra no podía llegar a imaginar cómo habían logrado erigir aquel inmenso monolito. Se necesitarían de miles de hombres para construirlo y levantarlo. Aunque cuanto más lo contemplaba más se percataba de que era demasiado perfecto en forma y acabado para haber sido construido por la mano del hombre. ¿Qué hacía allí aquel elemento siniestro, anti-natura? ¿Y a dónde los habían llevado, en qué extraño lugar se encontraban?

No, definitivamente no estaban ni el mismo templo, ni era el mismo tiempo. Al constatarlo, Kyra sintió cómo la brisa helada del miedo la atravesaba. Se estremeció. Buscó a sus compañeras, el calor de su compañía le ayudaría a liberarse de aquella horrenda sensación. Yosane e Idana estaban a su lado, pálidas como la nieve, sin pronunciar palabra y, como ella, contemplaban el monolito.

—¡En pie todas! —exclamó una voz chirriante.

Kyra siguió la procedencia de la voz y vio al Ojo-de-Dios. Tras él, formando un semicírculo, aguardaban sus Ejecutores.

—¡Cerdos! —exclamó para sus adentros con la rabia ardiendo en su estómago.

También ellos habían sido engullidos; sin embargo, no parecían haber padecido el rigor del pasaje, no como ellas. Entrecerrando los ojos Kyra busco entre los Siervos de los Dioses y vio al siniestro Sumo Sacerdote en su túnica blanca con el rostro cubierto por la capucha. «Algo tiene que ver con viaje que hemos realizado, estoy segura».

Las doce esclavas se apresuraron a levantarse, algunas mostrando claros síntomas de no hallarse recuperadas todavía. Una de ellas, pálida como la nieve, vomitó y salpicó uno de los pies de Lian. La rubia aburguesada dio un brinco mientras maldecía e insultaba a la pobre desdichada. Ordenó a Urda que apartara a aquella campesina entre chillidos insoportables. Urda avanzó pero se contuvo al ver que la joven

caía mareada de rodillas.

Los Ejecutores avanzaron y las rodearon lanzas en mano. El Sumo Sacerdote situó sus manos sobre la pared de oscuro mármol y las runas en ella emitieron de pronto un destello. Alarmada, Kyra observó con atención. Cuando apartó las manos, en medio de un extraño zumbido, como el de una enorme colmena de abejas en plena revolución, un tercio de la pared del templo fue descendiendo hasta desaparecer en el suelo. Kyra y Yosane intercambiaron una mirada de sorpresa salpicada de temor.

Las condujeron fuera del templo. Al avanzar hacia la base del descomunal monolito, Kyra quedó muda de la sorpresa. Todo a su alrededor, mirara donde mirase, era azul, completamente celeste. Por un momento pensó que el cielo se había precipitado sobre la tierra y alzó la mirada al firmamento para comprobarlo. Al ver que seguía allí, reinando radiante y majestuoso con el astro sol sonriendo alegre, el corazón le dio un vuelco y se asustó. ¿Qué era entonces aquella masa azulona e infinita que la rodeaba? Respiró profundamente para calmar sus temores e intentó pensar. Parecía agua, como la de los lagos de la Primera Comarca, pero mucho más azulada y extensa. Parecía no tener fin, un encandilador celeste bañaba el horizonte, en la lejanía.

—¿Qué...? —fue todo lo que alcanzó a decir antes de quedarse con la boca abierta.

—Es... creo que es... debe ser... —comenzó a balbucear Idana con la mirada perdida en el horizonte.

—Sólo puede ser... el mar... —finalizó Yosane con los ojos abiertos como platos.

«El mar...».

El término hizo brotar en la mente de Kyra cientos de recuerdos, ideas y conversaciones pasadas. Inconscientemente, miró sus tatuajes. Nadie había visto en mar. No desde que fueran esclavizados por los dioses hacía mil años. Nadie lo había logrado jamás. Pero la tradición de los Senoca, las leyendas, el folclore, hablaban de su existencia y se trasladaba de abuelos a padres y de padres a hijos para jamás olvidar de dónde procedían y a dónde debían volver. Kyra había oído descripciones de cómo era... multitud de ellas... y todas palidecían en comparación a la

inmensa belleza que sus ojos incrédulos contemplaban en aquel momento. Observó aquella maravilla infinita de la naturaleza, el lugar del que procedía su pueblo. Un mar en calma; un océano celeste tan bello como infinito.

—¡Qué belleza! —dijo Idana.

Yosane se llevó las manos a las mejillas.

—¡Es simplemente increíble!

Kyra avanzaba como en un trance, contemplando sin poder creer ni poder asimilar la grandiosidad y belleza de lo que la rodeaba. No era la única, a su espalda, Lian y Urda avanzaban con la mirada perdida en la inmensidad del océano y de pronto las doce se detuvieron y se quedaron mirando a la Madre Mar.

—¡Es el mar, el mar...! —se comenzó a escuchar entre las prisioneras que en medio de exclamaciones de sorpresa y reconocimiento comenzaban a dar sentido al entorno. Pronto todas las voces callaron y fueron los jóvenes ojos los que devoraban el maravilloso paisaje.

Ante la grandiosidad que contemplaban y lo que para ellas significaba, las trece cayeron de rodillas y abriendo los brazos rogaron a la madre Oxatsi que las llevara con ella.

—¡Seguid avanzando, criaturas estúpidas! —se escuchó la estridente voz del Ojo-de-Dios.

Los Ejecutores emplearon sus lanzas para golpear y empujar a las prisioneras.

Las jóvenes se resistieron, no deseando apartarse de su madre protectora. Pero los Ejecutores se emplearon a fondo y las prisioneras tuvieron que continuar.

—Estamos en una isla —dijo de pronto Yosane señalando alrededor y describiendo un círculo con la mano sin dejar de andar—. Es mayor de las que tenemos en medio del gran río cuando cruza por la Segunda Comarca pero es una isla sin duda.

Kyra miró alrededor sin perder de vista a los Ejecutores y sus lanzas. Era cierto, se encontraban en una isla; tenía poca vegetación, era rocosa y algo árida. No era excesivamente grande pues podía divisar tres de los

cuatro extremos desde donde se encontraban. En el cielo descubrió aves blancas pero por alguna razón no se acercaban al gran monolito. Las llevaron frente al mismo y el Ojo-de-Dios entró en la base por una puerta circular y desapareció en su interior.

Esperaron, intranquilas, rodeadas por los Ejecutores que las observaban impasibles. Las jóvenes miraban alrededor, en todas direcciones, asustadas. Intentaban comprender dónde se hallaban, por qué motivo y, sobre todo, qué iba a ser de ellas. Sus caras reflejaban el miedo que sus corazones sufrían, la agonía del desconocimiento ante lo que les esperaba. Estaban perdidas, indefensas, en manos de unos seres crueles y sin piedad alguna, la muerte las rodeaba a cada paso y su futuro, lo sabían, no sería otro que dolor y agonía. Pero habían hallado a Oxatsi, la Madre Mar, y aquello les infundió coraje, un coraje que las ayudaría a sobrevivir.

Yosane se inclinó y torció la cabeza.

—¡Mirad! ¡Esclavos! —exclamó en voz baja señalando a su derecha.

Al otro lado del Monolito descubrieron una larga hilera de hombres con las manos atadas a la espalda unidos por sogas al cuello. Todos vestían túnicas largas de un amarillo limón que resaltaba en la distancia. Iban escoltados por Ejecutores a ambos lados y dos Ojo-de-Dios encabezaban la columna. Los prisioneros eran hombres fornidos, de hombros anchos y piernas fuertes.

—¿Quiénes son esos desdichados? ¿A dónde los llevarán? —preguntó Idana con preocupación en la voz.

—Son fuertes... —murmuró Kyra—, probablemente los lleven a trabajos forzados, a las minas por lo que tengo oído...

—¿Los reconocéis? ¿Sabéis de qué comarca son?— inquirió Yosane observándolos fijamente.

—No... no podría decirte de qué comarca son...

Yosane miró a Idana y ésta se encogió de hombros.

—Yo tampoco... —masculló Yosane.

—Quizás sea por ese ropaje tan llamativo que les han puesto. Hiere a los ojos —aventuró Idana.

—Quizás... —convino Yosane no muy convencida.

Los siguieron con la mirada mientras descendían por unas escaleras talladas en la roca en dirección al mar. Y de pronto, desaparecieron como engullidos por aquel mar infinito que les rodeaba. Kyra estiró el cuello pero desde el altiplano en el que se encontraban no alcanzaba a ver más allá.

—¡Se los ha tragado la Madre Mar!

—Mirad ahí atrás —señaló Yosane.

Idana y Kyra se giraron y disimuladamente echaron una ojeada. Tras el gran Monolito encontraron un edificio de grandes dimensiones de un solo piso. Frente al mismo, un grupo numeroso de hombres en túnicas marrones apilaban grandes cajas junto a unos carros mientras otros los cargaban. Un Ojo-de-Dios parecía anotar todo cuanto se cargaba y una docena de Ejecutores hacían guardia en posición estoica.

—Provisiones o material de algún tipo... —supuso Idana.

—Los cargan para transportarlos, ¿pero a dónde? Aquí no hay más que rocas y arbustos resecos —dijo Kyra mirando al fondo.

—Extraño, sí... —caviló Yosane.

El Ojo-de-Dios volvió a aparecer.

—¡En marcha, esclavas! —ordenó.

Avanzaron hasta el borde donde finalizaba la planicie y ante sus ojos apareció, como surgiendo de la nada, una enorme bahía en forma de media luna. En su centro habían situado un puerto mercante de enormes dimensiones. Se divisaban numerosos navíos, grandes embarcaciones de carga, la mayoría anclados y algunos abandonaban ya el puerto en dirección a alta mar, portando pesadas cargas.

—El puerto es... enorme... —indicó Yosane en un susurro —, hay cerca de un centenar de embarcaciones.

Kyra se llevó la mano a los ojos para protegerlos del sol que ahora sí la bañaba con su mirada de fuego y vida.

—¿Qué demonios hacen todos esos barcos ahí?

Yosane entrecerró los ojos y observó los navíos.

—Parecen trirremes de doble velamen, los más grandes tienen las bodegas situadas para poder llevar carga. Utilizan el empuje del viento para navegar pero si van muy cargados, como parece el caso, o los caprichosos soplos de los Dioses no hinchán sus velas, utilizan a los remeros. Por las dimensiones de esas embarcaciones calculo que deben de llevar más de una treintena en cada navío, quizás más. Así es al menos como surcan el gran río, estimo que será de forma similar aquí. El comercio entre las principales ciudades y la capital, así como el movimiento de bienes, Procuradores y siervos, dependen de esos trirremes. Si los utilizan aquí será para fines similares.

—¿Hay algo que no sepas? —comentó Kyra sonriendo con sarcasmo. Yosane se ruborizó.

—Oh, mucho... —dijo tímidamente y desvió la mirada.

Los siervos avivaron el paso y el grupo descendió por las escaleras hasta alcanzar el muelle. La actividad en el puerto era frenética, multitud de esclavos cargaban las embarcaciones con todo tipo de materiales y contenedores. Desde ánforas a enormes cajas pasando por ganado, víveres, y multitud de esclavos. Frente a cada embarcación estaba apostado un Ojo-de-Dios que iba anotando todo cuanto se cargaba a cada navío.

Viendo el continuo ajetreo y todo el movimiento de bienes y personas, a Kyra le entró el deseo incipiente de escabullirse y subir a escondidas a uno de los trirremes para escapar. Por un loco instante llegó incluso a considerarlo seriamente. Pero se dio cuenta de que sería un suicidio intentarlo. A lo largo de todo el muelle se encontraban apostados Ejecutores de guardia y varias patrullas hacían la ronda. Además, no sabía a dónde se dirigían las embarcaciones. No era un plan muy brillante, si bien ella no era mucho de hacer planes, y menos brillantes. Negó con la cabeza, disgustada, y continuó andando. Al menos Ikai estaría contento de que no hubiera intentado aquello.

El grupo de esclavos en túnicas amarillas fue subido a una embarcación y según pasaban a su lado Kyra pudo entrever cómo los encadenaban a los bancos de remo.

—Túnicas amarillas, remeros —le dijo a Yosane guiñando un ojo.

Yosane le devolvió una afirmación y una tímida sonrisa.

Recorrieron todo el muelle por el lado oriental hasta llegar prácticamente al final. Los aguardaba un Ojo-de-Dios. Junto al Siervo de los Dioses, amarrada, una embarcación de una vela se mecía al vaivén de las olas. Era más ligera y ornamentada que los toscos y enormes trirremes de carga. El Ojo-de-Dios a cargo del grupo se adelantó y conversó en voz baja con el Ojo-de-Dios del muelle. Éste último se acercó y con parsimonia fue inspeccionando una por una a todas las prisioneras, apuntando detalles de forma incesante en un tomo plateado con su huesudo dedo ocre. Kyra no tenía ni idea de qué pero se sentía como si le estuvieran tomando medidas antes de meterla en una caja. ¡Malnacidos Ojo-de-Dios! Deseaba con toda su alma arrancarle el tomo de las manos y matarlo a golpes con él. Cerró los puños mientras la rabia la consumía.

—¡Subid al navío, esclavas! —ordenó de súbito el Ojo-de-Dios.

Los Ejecutores las hostigaron de inmediato y con el miedo en el cuerpo las prisioneras obedecieron.

Navegaron por horas, adentrándose en un océano de un azul e inmensidad inconmensurables. Yosane lo contemplaba perpleja mientras su espíritu temeroso luchaba por armarse de valor, pues la belleza incomparable de aquel mar insuflaba ánimo y esperanza en ella. Las habían situado a proa y media docena de Ejecutores formaban en línea impidiendo que pudieran acceder al resto de la embarcación. En la popa, dos Ojo-de-Dios hablaban con el que debía ser el Capitán. Vestía de forma similar a los Ojo-de-Dios pero su yelmo era diferente: más azulado. Yosane nunca había visto nada igual y se estremeció. Evitó mirar al Capitán y sacudió los hombros para quitarse de encima el escalofrío que le recorría el cuerpo cada vez que lo oteaba.

Kyra e Idana estaban frente a ella, se habían situado en el punto más adelantado de la proa y parecían disfrutar enormemente de la travesía. No era así el caso de Lian y otras de las prisioneras que mareadas por el movimiento del barco llevaban medio día vomitando por la borda. Urda, sin embargo, se había sentado en medio de la cubierta, había cruzado los

brazos y no se movía. Parecía en trance. El viento soplaba con fuerza, la vela hinchada propulsaba la embarcación cuya quilla alta cortaba un mar en calma. Yosane intentaba deducir hacia dónde se dirigían. Si sus cálculos eran correctos, desde que habían abandonado la isla navegaban en dirección norte. Al no conocer la situación del punto de partida, pues habían aparecido en la isla perdiendo toda referencia anterior, cualquier hipótesis en cuanto a dónde se hallaban era completamente baldía pero al menos ya tenía un punto de referencia y si hallaban uno nuevo podría empezar a calcular su posición.

La brisa acarició su rostro y Yosane contempló la belleza sin parangón de aquel mar celeste. Por un momento una paz absoluta la invadió, todo el miedo que habitualmente torturaba su espíritu fue barrido de un soplo de su corazón temeroso. Por unos largos e incomparables momentos disfrutó de una paz que hacía semanas no lograba alcanzar. Desde el aciago día en que la Argolla brilló en su brazo y su mundo dio un giro funesto. Disfrutó de la Madre Mar, su alma llena de un regocijo añorado.

—¡Maldito mar del demonio! —escuchó protestar a Lian entre arcadas, cuya cabeza colgaba fuera de la borda.

La observó. Era bella, privilegiada, engreída, sí, pero valiente a su egoísta manera. Yosane no quería envidiarla pero en el fondo, lo hacía. Pues a pesar de todas sus deficiencias, era valiente. Y aquella cualidad tan escasa entre los hombres en aquellos tiempos de esclavitud y sumisión, era la que Yosane más valoraba, por encima de todo, pues era sin duda la característica de la cual ella carecía completamente. La vergüenza la dominó un momento después y se encogió. Sabía que no era su culpa, se lo repetía a sí misma constantemente. Pero no ayudaba.

—¡Mirad, bruma! —oyó decir a Idana.

Yosane se acercó a sus dos amigas y contempló el horizonte frente a ellas. Una bruma blanquecina y pesada se alzaba sobre el mar como una fantasmal presencia flotando sobre las olas.

—¿Extraño, no? —dijo Kyra.

Yosane miró el cielo despejado del atardecer, ni una sola nube perturbaba un firmamento completamente celeste. La brisa era cálida y el

mar estaba en calma.

—Muy extraño, no debería de haber bruma en estas condiciones...

Kyra asintió y miró al frente. La embarcación avanzaba rauda hacia la muralla de bruma que imponente se alzaba tres varas sobre el mar, impidiendo ver nada más allá. Yosane observó al Capitán y los Ojo-de-Dios, pero no alteraban el rumbo.

—¡Vamos a entrar en ella, agarraos! —advirtió a Kyra e Idana.

En un abrir y cerrar de ojos la embarcación entró en la neblina y fueron engullidos por una blanquecina y húmeda cortina. No podían ver nada a su alrededor, ni en la propia embarcación. Yosane estiró la mano buscando a Idana. Le tocó el brazo y ella le devolvió la mano. Yosane la tomó y apretó con fuerza, el miedo volvía a apoderarse de ella. El viento desapareció por completo y un silencio tétrico las envolvió. De pronto se escuchó un estruendo, madera sobre madera. A Yosane el corazón le dio un vuelco. Un nuevo sonido llegó hasta sus oídos, era el del agua siendo golpeada.

—¡Remos! —dijo exaltada— ¡Han sacado los remos!

El sonido se volvió rítmico, los remos entraban en el agua impulsando la embarcación y salían de ella con metódica cadencia. Un tambor comenzó a marcar el paso y los remos siguieron su compás. Yosane se tranquilizó algo pero no pudiendo ver qué la rodeaba, su corazón latía precipitado. En medio de aquella espesa y fúnebre bruma, al ritmo del tambor, sobre un mar tan calmo que parecía sin vida, sentía como si estuvieran adentrándose en el reino de los muertos. Tenía una sensación enfermiza en el estómago, un mal agüero terrible.

De súbito, la bruma desapareció. Yosane miró a su espalda extrañada y comprobó que la habían dejado atrás: la habían atravesado y sobrepasado.

—¡Por la sangre de mi hermano! —escuchó exclamar a Kyra.

Yosane se giró y lo que vio ante sus ojos la sobrecogió por completo. Tuvo que frotarlos para asegurarse de que lo que veía era cierto.

—¿Pero... pero... cómo puede ser? —preguntó Idana incrédula.

Yosane contempló la gigantesca catarata que se alzaba ante ellos en

medio del mar. Medía veinte varas de altura y llenaba con su amplitud todo el horizonte. Era simplemente inmensa e imposible. Un caudal interminable de agua caía a lo largo de toda su longitud, precipitándose al mar, rompiendo contra las olas con una espuma tan blanca como la nieve. El sonido del agua rompiendo continuamente contra el mar llegó hasta ellos como un murmullo enfurecido.

La embarcación se dirigía directa hacia ella.

—¡Nos va a engullir! —gritó Idana.

Kyra se puso en pie con intención de saltar del navío.

Yosane echó una rápida ojeada al Capitán y los dos Ojo-de-Dios, permanecían impasibles.

—¡Atrás! —ordenó de pronto el Ojo-de-Dios.

Kyra lo miró un instante, en duda, y luego dio un paso atrás. Idana la imitó.

Los Ejecutores avanzaron y agarrando a todas las jóvenes que estaban en ambas bordas las echaron al centro sin miramientos.

«No quieren que caigamos al mar, ¡qué curioso! Se diría que nos quieren con vida. Me pregunto por qué, o más bien para qué», caviló Yosane al ver aquel extraño comportamiento.

La embarcación se dirigió rauda hacia la enorme muralla de agua que se alzaba ante ellos. El miedo volvió a apoderarse de Yosane. Kyra le lanzó una mirada inquisitiva.

Un destello plateado de gran intensidad llenó el cielo. Todos se volvieron y descubrieron al Capitán con un pequeño disco en la palma de su mano. El disco emitió dos potentes destellos más y el Capitán cerró la mano sobre el objeto. De inmediato se escuchó un zumbido muy fuerte, parecía como si el propio suelo marino temblara. Pero no era el mar, era la gran catarata. Una pequeña parte comenzaba a hundirse en el mar, creando un paso frente al navío.

Yosane observó pasmada. Aquello no era obra de los hombres pues era imposible construir algo así y mucho menos operarlo.

El navío atravesó la gran catarata por el paso abierto y continuó navegando por lo que ahora parecía ser un gran canal. A sus espaldas la

parte sumergida emergió del agua y volvió a cerrarse. No habría por donde salir.

—¿Qué demonios? —exclamó Kyra nerviosa, mirando en todas direcciones—. ¡Estamos en un canal!

Yosane observó el amplio canal y la tierra a ambos extremos. Según avanzaban se percató de que la catarata era en realidad una gran muralla, adornada en forma de una cascada infinita. Aquello le sorprendió sobremanera, pero no tanto como lo que descubrió a continuación.

—¡Por Oxatsi! —exclamó Idana pasmada.

Los ojos de Yosane le transmitían imágenes que su mente no podía procesar. Contemplaba atónita escenas increíbles. Ante sus ojos, a ambos lados del canal, una ciudad bellísima se alzaba esplendorosa. Palacios inmensos con enormes lagos, adornados con incontables fuentes y cultivados jardines aparecían ante el avance de la embarcación. Los palacios eran de colores azulados mezclados con blanco, esplendorosos, dignos de Dioses. Cada palacio contaba con uno o varios lagos en forma de jardín, numerosas fuentes con estrambóticos diseños y pequeñas cascadas a diferentes alturas decoraban los jardines. Donde debería haber calles y avenidas, se encontraban ríos y canales. Los surcaban infinidad de pequeñas embarcaciones pero desde aquella distancia no podían ver a los ocupantes.

«Increíble», es cuanto Yosane pudo pensar en mitad de su descomunal asombro.

—¿Qué es este lugar? —preguntó Kyra.

Yosane miró al frente y se llevó la mano sobre los ojos. En la lejanía, donde finalizaba el canal, en el centro, distinguió una isla de un tamaño grandioso. Desde la distancia parecía una descomunal montaña de pico único, flotando sobre las aguas. Observó atentamente, toda la superficie estaba plagada de infinidad de exuberantes palacios y monumentos, desde la base hasta el pico elevado donde un gigantesco monolito se alzaba buscando alcanzar el sol. Y en ese momento, supo donde se encontraban.

—¡Estamos en la Ciudad Eterna, en la morada de los Dioses Áureos!

Kyra e Idana le miraron impactadas. El silencio más absoluto y

fúnebre se adueñó del resto de las jóvenes, acallando exclamaciones y especulaciones por igual. Si estaban en la Ciudad Eterna, entonces no había esperanza para ninguna, pues nadie había regresado jamás de aquel lugar maldito.

Nadie.

Nunca.

El navío prosiguió su avance, surcando el canal. El silencio era ahora sepulcral sobre cubierta, sólo roto por el cadente sonido del bogar. Un nuevo canal, amplio, se abrió a izquierda y derecha. Aquello extrañó a Yosane, quien se interesó. Unos elaborados puentes de granito y mármol blanco, con numerosos y grandes arcos, cruzaban el nuevo canal en dirección al centro, a la gran isla, siguiendo el rumbo de la embarcación. Yosane se quedó muy intrigada.

Se adentraban en una maraña de canales y edificaciones extremadamente complejos. Necesitaba entenderlo, les sería de utilidad más adelante. «Sobrevivir y escapar», como decía Kyra, y para escapar necesitaban comprender dónde estaban. Además, aquello era algo que a ella se le daba muy bien, por algo era constructora al igual que toda su familia. Podría aportar conocimiento, pero necesitaba una perspectiva elevada. Contempló el elaborado espolón. Lo pensó varias veces, buscando en su interior el arrojo que nunca hallaba. «¡Tengo que ayudar! Necesito aportar». Se armó de valor y con dificultad se encaramó al espolón que se elevaba un par de varas sobre cubierta en forma de cabeza de águila. Idana la vio y con el rostro desencajado del susto se apresuró a ayudarla a encaramarse. Yosane se sujetó como pudo y agarrándose a un cabo del velamen se puso en pie sobre la cabeza del ave rapaz.

Idana soltó una exclamación ahogada.

—¡Baja de ahí, te vas a matar! —exclamó en voz baja para no ser oída por los Ejecutores, que parecían distraídos contemplando la ciudad que los rodeaba.

Lian y Urda se percataron de lo que sucedía y se pusieron en pie, observando la audacia de su compañera. Yosane contempló todo cuanto la elevada posición le permitía alcanzar a ver. Inspiró hasta llenar los pulmones y expiró lentamente girando la cabeza de izquierda a derecha y

nuevamente en dirección opuesta, barriendo con su mirada cuanto sus ojos abarcaban.

—¡Baja ya! —le apremió Idana con cara llena de preocupación.

Yosane miró a Idana y al ver la altura a la que se encontraba y lo desprotegida que estaba volvió a sus cabales. El miedo la atenazó de inmediato. Se agarró con todas sus fuerzas al cabo y comenzó a temblar descontroladamente.

—¡Por el Padre Luna! —exclamó Kyra, y antes de terminar la frase ya subía por el espolón con la agilidad de una pantera.

Lian se acercó hasta uno de los Ejecutores y señaló en dirección a Yosane y Kyra.

El Ejecutor se giró presto.

—¡Bajad de ahí, esclavas! —se escuchó a sus espaldas, y dos Ejecutores avanzaron a por ellas.

—Dame la mano, Yosane —pidió Kyra.

Pero Yosane estaba tan atemorizada que apenas podía respirar. Por nada del mundo soltaría aquel cabo. Kyra volvió a maldecir y subió hasta ella.

—Vamos, bajemos —le dijo con tono amistoso y le ofreció su mano con una sonrisa.

La presencia de su intrépida amiga junto a ella tranquilizó a Yosane. Se dejó ayudar y bajó con Kyra con muchas dificultades. Cuando llegaron abajo los dos Ejecutores se les echaron encima. Las golpearon de forma brutal y sin piedad alguna. Las dos amigas quedaron tendidas en el suelo, vapuleadas.

—Espero que haya merecido la pena... —dijo Kyra con sangre en la comisura de su labio.

—Creo... creo... que sí —respondió Yosane a la que Idana intentaba ayudar.

Tendidas en cubierta descansaron un rato mientras la embarcación avanzaba inexorable hacia la gran isla central. Cuanto más se acercaban, más grandiosa parecía, tanto en dimensiones como en belleza

arquitectónica.

Lian y Urda se acercaron hasta ellas.

—¡Dejad de crear tantos problemas, vais a conseguir que nos maten a todas! —les reprimió Lian.

—Déjalas en paz —dijo Idana.

—Te voy a romper esa naricita tuya —amenazó Kyra con un gruñido de dolor desde el suelo.

Urda dio un paso al frente

—Eso ni lo sueñes.

—Creo que ya lo tengo —dijo Yosane, y todas la miraron—. La ciudad ha sido construida sobre el agua, está compuesta por cinco anillos concéntricos, siendo el más interior esa isla-montaña de grandes dimensiones. Separando cada uno de los cinco anillos hay unos canales que parecen servir de frontera o delimitación. Uniendo el centro con todos los anillos hay construidos puentes enormes, de más de mil arcos y de una complejidad y belleza apabullantes, que los atraviesan hasta llegar a la catarata exterior.

Urda se rascó la cabeza

—No entiendo...

Yosane la miró y sonrió con gentileza.

—Dame tu anillo —le dijo señalando la enorme mano de la soldado.

Esta dudó un instante y luego sacó el anillo de su enorme dedo y se lo dio.

—Ahora tú, Lian.

—Ni lo sueñes. Mi anillo vale más que tú —negó con la cabeza y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ten el mío —ofreció Idana—, tengamos paz.

Yosane lo cogió y lo puso sobre la palma abierta de su mano. Con la otra tanteó el suelo hasta dar con un guijarro. Colocó el guijarro en el centro del anillo de Idana y se lo mostró a Urda.

—El guijarro es la gran isla —dijo señalando al frente, donde la gran

montaña se acercaba a pasos agigantados—. El anillo de Idana es el primero de los círculos. Entre los dos hay agua. ¿Entiendes? —Urda asintió—. Ahora cojo tu anillo, más grande, y lo sitúo en alrededor del anillo de Idana. Ese sería el segundo anillo. Entre tu anillo y el de Idana hay agua. Así con dos anillos más. ¿Entiendes ahora?

—Sí, ahora lo entiendo —asintió Urda.

Yosane sonrió y les devolvió los anillos.

—Pues vaya estupidez, y eso ¿en qué nos ayuda? —ladró Lian malhumorada.

—Como no cierres el pico te lo voy a cerrar yo —amenazó Kyra cerrando el puño.

Yosane miró al frente.

—Nos ayuda a entender dónde nos hallamos. Si no conoces el laberinto, muy difícilmente podrás encontrar la salida.

—¡Bah, estúpidos acertijos!

Kyra se situó junto a Yosane y ambas contemplaron la magnificente isla a la que ya llegaban. Idana se situó tras ellas.

—Dime, amiga, ¿qué crees que nos espera ahí delante? —preguntó Kyra mirando al gran Monolito en la cima de la magnificente isla.

Yosane suspiró profundamente.

—Ahí delante, nos esperan los Dioses. Que Oxatsi, la Madre Mar, se apiade de nuestras pobres almas.

Los calabozos bajo los barracones de la Guardia del Regente eran casi tan hospitalarios como las Mazmorras del Olvido. Ikai dejó deslizar su cuerpo y se quedó tendido boca abajo sobre la paja que cubría el suelo de fría roca. Se sentía como si una estampida de caballos salvajes le hubiera pasado por encima, además le dolía horrores todo el cuerpo, y sobremanera, el costado. Escupió una bocanada de sangre y se limpió los restos de la comisura del labio partido. Miró a través de los barrotes de la celda y vio a los dos carceleros. Eran grandes como osos de montaña y tan feos como jabalíes negros. Se habían empleado con saña e Ikai apenas podía respirar, mucho menos moverse. Pero no les había dicho nada, ni una sola palabra.

Una idea no cesaba de martirizarlo con más agudeza que el dolor físico: «¿Por qué me ha traicionado Albana?». La pregunta le corroía las entrañas como si fuera puro ácido.

—¡En pie, prisionero! —berreó uno de los dos carceleros.

Pero a Ikai no le quedaban fuerzas para levantarse.

—¡He dicho que en pie! —repitió vociferando. Se acercó y golpeó los barrotes con una porra de cuero.

Todo cuanto Ikai consiguió fue abrir un ojo. Entre paja y barrotes discernió una cara conocida. Era Ista, el Comandante de la Guardia., que lo observaba con rostro adusto y los brazos cruzados sobre la coraza que le cubría el pecho.

—¡Os dije que lo quería en buen estado, par de asnos! —acusó el Comandante.

—Está vivo, mi señor... —dijo el más grueso.

—¿Ha hablado?

—No, señor...

—¡Par de incompetentes! —exclamó Ista empujando al más cercano — ¡Sacadlo de ahí!

Los dos carceleros se apresuraron a abrir la celda y entraron a por Ikai.

—Volveré a mediodía. Dadle de beber y algo de comida. Quemad sus harapos. Lo quiero aseado y presentable. Si muere os convertiré a los dos en eunucos con mis propias manos. ¿Queda claro?

—Sí, señor, por supuesto, señor —farfullaron los dos gigantones.

El sol irradiaba desde lo más alto del firmamento brillando con una pureza casi divina entre las escasas nubes cuando sacaron a Ikai de los barracones y lo subieron a un carro tirado por dos caballos percherones. Ikai agradeció a los cielos que no lo hicieran caminar pues no se tenía en pie. Las puertas del recinto amurallado se abrieron y dejaron atrás el cuadrante militar.

Seis Guardias lo escoltaban atentos, encabezados por un Capitán. Ikai contó cuatro mujeres y tres hombres bajo los yelmos, armaduras y capas azules. No le extrañó. La escasez de hombres iba en aumento debido a las Cuotas y había obligado a la Guardia a reclutar masivamente entre las mujeres. Por lo que Ikai había presenciado, una vez bien instruidas, muchas eran tan diestras en el manejo de las armas como los hombres y en la mayoría de los casos mucho más inteligentes. Distinguió el sexo por la forma de los cuerpos ya que el yelmo con penacho que portaban les ocultaba el rostro y no permitía apreciar más que los ojos. El Comandante de la Guardia cerraba la comitiva tras el carro.

—Ista, ¿dónde me llevan?

El oficial miró a Ikai molesto.

—Para ti, soy Comandante —Ista le mostró su argolla grabada con un León, identificando que pertenecía a la casta militar.

—Hace mucho que nos conocemos, Ista...

—Sí, hace mucho, pero entonces tú eras un Cazador y yo Oficial de la Guardia. Mucho hemos colaborado y compartido, cierto es, pues ambos trabajábamos en pos de un mismo fin; ambos servíamos al Regente. Desconozco la razón que te ha impulsado a esta traición o si has perdido completamente la razón, aunque lo mismo da. Te has deshonrado, has quebrantado la ley y por ello has de pagar. Con tu vida. Ya no eres un Cazador, eres un proscrito, un Paria y yo soy el Comandante de la Guardia.

—Entiendo... —respondió Ikai contemplando cómo la gente se apartaba rápidamente al paso del grupo, rehuendo la comitiva. El temor ahogaba sus miradas.

—Déjame darte un último consejo por mejores tiempos pasados: confiesa y pide clemencia o de lo contrario sufrirás una muerte espantosa.

—Gracias, Ista, agradezco tu deferencia.

Ista lo observó con el ceño fruncido.

—En verdad que no entiendo qué te ha sucedido, Ikai. Has debido perder la razón. Tú y yo servimos al Regente. Ejecutamos las leyes de los Dioses. Perseguimos, capturamos y ajusticiamos a aquellos que las quebrantan. De no hacerlo así, los propios Dioses descenderán de su Ciudad Eterna trayendo consigo muerte y destrucción inconmensurables. Acabarán con nosotros. Bien lo sabes.

Ikai guardó silencio. Sabía que hasta cierto punto aquello era verdad.

Al ver como una anciana rehuía su mirada y apartaba a su nieta al paso de la comitiva, Ikai recordó hirientes conversaciones del pasado con su hermana. Charlas que lo habían llenado de remordimientos. Kyra sólo veía el blanco y el negro en las cosas, el bien y el mal en los hombres, no había grises para ella. Sin embargo, el mundo que Ikai intentaba navegar era completamente gris, aunque de una tonalidad cada vez más oscura que tendía paulatinamente al negro. Y él se daba cuenta. Todos estos pensamientos se hacían cada vez más patentes mientras proseguía su conversación con Ista.

—Eso es lo que nos decimos para justificar nuestros actos...

—Yo no justifico nada, pues nada tengo que justificar. Sirvo al Regente y cumplo la ley de los Dioses. Gracias a hombres como nosotros nuestra nación sobrevive y perdura.

—Sobrevive, sí...

—Nada más hay de lo que hablar. Yo he elegido mi camino, tú el tuyo. Una vez hubo una camaradería entre nosotros, ya no más.

Ikai asintió. Comprendía a Istars, pues él mismo había estado justificando sus actos con aquellos mismos argumentos. Pero ¿cómo justificar el secuestro y desaparición de Kyra? ¿O el dolor y sufrimiento de su madre? No, aquello no era justificable.

No tardaron mucho en cruzar la gran plaza central. Ikai, como siempre hacía al llegar allí, observó el inmenso Monolito de los Dioses que se alzaba hacia las nubes. Aquel poderoso artefacto arcano lo había intrigado desde el primer día que pisó la gran ciudad. Desconocía su finalidad, pero era un instrumento de los dioses y uno muy poderoso que le producía una sensación de gran respeto. Nadie se acercaba nunca al gigantesco artefacto de Poder, no porque estuviera prohibido sino porque les provocaba un pavor enorme.

Dejaron atrás la enigmática construcción y llegaron hasta el majestuoso palacio del Regente. La comitiva se detuvo en la entrada frente a la Guardia de Honor.

Ikai observó el gran palacio. Era enorme, ocupaba todo un cuadrante. Unas escaleras interminables y blancas como la cal ascendían hasta un inmenso soportal con veinte columnas circulares. Tanto las columnas como la fachada principal habían sido pintadas de oro en honor a los Dioses. El azul, color de los Senoca, el Pueblo del Mar, había sido completamente erradicado. El Regente, al igual que los Sacerdotes, buscaban incesantemente agradar a los Dioses de cualquier forma posible. En cuanto al pueblo, ese era otro cantar...

Dos de los Guardias ayudaron a Ikai a bajar del carro.

—Capitán Liriana —llamó Istars.

—Sí, mi Comandante —se presentó rauda la Capitán.

Ikai se percató de que la Capitán lo miró de reojo. Tenía unos ojos

azul turquesa muy grandes que no pasaban desapercibidos. Más aún cuando nada más podía ver de ella bajo el yelmo y la armadura que portaba. Aunque otro detalle de la Capitán le llamó la atención: tenía las piernas trabajadas, contorneadas, lo cual le sorprendió y le agradó mucho. Llevaba la pierna derecha tatuada por la cara exterior con el característico color azul celeste de su pueblo representando las olas del mar de tobillo a muslo

—Que la escolta espere aquí —ordenó Ista.

—Como ordenéis, mi señor —dijo la joven con un breve saludo a su superior.

—¿Puedes andar? —preguntó Ista.

Ikai asintió.

—Adelante, entonces —dijo el Comandante abriendo camino.

Entraron en el edificio e Ikai se encontró con paredes impolutas. Comenzaron a avanzar por el largo pasillo y de inmediato cuatro Guardias de Honor se situaron a la espalda de Ikai. Tras atravesar varias áreas enormes, muy lujosas y llenas de ornamentos, llegaron hasta una puerta doble fuertemente custodiada. Ista se presentó ante los Guardias y al cabo de un instante los autorizaron a pasar al interior.

Entraron en la gran sala e Ikai se quedó boquiabierto. Era fastuosa y de unas dimensiones gigantescas. En el centro había un baño termal cuyos vapores se elevaban hacia los altos techos e impregnaban las cortinas de seda que lo rodeaban. Cuadros y tapices de vivos colores colgaban de paredes y techos; muebles y cerámicas exquisitamente labrados se apoyaban contra las paredes; bellas alfombras de una elaboración exquisita vestían suelos de mármol blanco. Sobre unas mesas se habían dispuesto bandejas de plata con frutas exóticas y varias mujeres semidesnudas bailaban alrededor del agua.

Al contemplar aquel lujo y derroche, una rabia ardiente comenzó a prender en el interior de Ikai como una pira funeraria. Por suerte, se sentía demasiado débil para hacer nada al respecto, así que hizo uso de su sangre fría y mente calculadora y trató de respirar profundo, exhalando largamente. Calmó la ira que lo consumía y se centró en lo importante: los presentes.

Identificó de inmediato al poderoso y muy peligroso Regente Sesmok, el hombre que decidía el destino de todos y cada uno de los Senoca, quien lo observaba sentado en un gran sillón de elaborado respaldo circular. A Ikai le dio la impresión de ser más un trono que un simple sillón. La expresión del Regente era adusta. Era un hombre muy delgado que no había alcanzado los cincuenta años. Llevaba la cabeza afeitada y su rostro era muy afilado. Tenía nariz aguileña, prominente, lo que todavía resaltaba más en comparación con sus dos ojos, pequeños y hundidos. Unos ojos tan negros como su alma.

Sentado a su derecha, en un cómodo sofá con almohadas, estaba el Sumo Sacerdote Torkem. Con su enorme cuerpo rechoncho llenaba por completo el sofá, aun siendo para dos personas. Estaba comiendo fruta y sus grandes mofletes estaban tan rojos como el vino de la copa de plata que sostenía con dedos rechonchos. Sentado frente al líder religioso estaba el líder de los Cazadores, el Lord Cazador Osvan. Éste le lanzó una fulgurante mirada que lo atravesó como si fueran saetas de luz.

—El prisionero como habéis ordenado, mi señor —se presentó Ista con una elaborada reverencia.

El Regente se levantó.

—Dejadnos todos —ordenó, y las mujeres y sirvientes abandonaron la sala de inmediato.

Sesmok se acercó lentamente a Ikai con un movimiento grácil, equilibrado, cual felino acechando a su presa indefensa. Ista se apartó a un lado con una reverencia y Sesmok se situó frente a Ikai, mirándolo fijamente a los ojos. Ikai tuvo la sensación de que aquel hombre intentaba leer su alma.

—Trato de entender tu decisión y la encuentro inverosímil, Cazador, me resulta extremadamente difícil —dijo inclinando la cabeza a un lado sin dejar de mirarle directamente a los ojos—. El Lord Cazador Osvan —prosiguió realizando un gesto en dirección al líder de los Cazadores, quien asintió levemente— me dice que eres uno de los jóvenes Cazadores con más talento que tenemos, muy cualificado y altamente recomendado por el Maestro Sejof, una autoridad en la profesión. ¿Cómo es posible que un Cazador joven, entrenado, inteligente, conocedor de las leyes de los

Dioses, perseguidor implacable de los infractores, cometa semejante acto, semejante ultraje?

Ikai analizó el tono, la sagacidad de la pregunta, el modo de interrogarlo. Supo que se encontraba ante un hombre muy inteligente. Pero también que era un hombre extremadamente peligroso y despiadado como era bien conocido por todos los Senoca.

—Los Dioses se han llevado a mi hermana —respondió Ikai con sobriedad.

Sesmok se llevó las manos a la espalda y dio unos pasos asintiendo.

—Ya veo... eso explicaría dolor, sufrimiento, pero no lo que tú has hecho. Confiesa ahora, dime quién te ha ayudado proporcionándote información sobre el cuadrante prohibido. Dime quién era tu cómplice que consiguió escapar y pide clemencia, quizás la obtengas...

Aunque joven, Ikai no era ingenuo, los años como Cazador lo habían curtido y le habían enseñado valiosas lecciones de vida. Sabía perfectamente que en aquel mundo ni los Dioses ni los gobernantes tendrían piedad alguna. «No debo lealtad a nadie, ni al Procurador Ambuk ni mucho menos a esa traidora de Albana. Pero nada gano con hablar, nada. Ya estoy condenado, me espera la muerte, condenar a otros al mismo final no sería honroso». Miró al frente y guardó silencio.

Sesmok alzó una ceja y luego negó con la cabeza.

—No te preocupes, apresaremos a tu compinche y a quien te haya proporcionado información privilegiada. Bien lo sabes, nadie logra escapar a mis garras. Medita lo que has hecho... has echado a perder carrera, futuro e incluso el bienestar de tu familia en un acto fútil que en cualquier caso nada iba a traerte más que la muerte... y lo sabías... No eres el único que ha sufrido este infortunio, muchos han sido separados de sus seres queridos y se resignan, pues son los designios de los Dioses... ¿no es así, Sumo Sacerdote Torkem?

El líder religioso irguió la espalda en el sofá.

—Las Cuotas son sagradas y los Llamamientos, cuando se producen, una bendición para los elegidos pues han sido escogidos por los propios Dioses para sus designios que nosotros los simples mortales no podemos llegar a comprender. Sus divinidades, en su eterna sabiduría, requieren de

nosotros sus mortales súbditos, y debemos obedecerles y servir pues ese es nuestro propósito en la tierra —respondió mirando a Ikai.

Ikai había oído hasta la saciedad aquel discurso, y otros muchos muy similares a lo largo de su vida. Los Sacerdotes no cejaban de adoctrinar al pueblo esclavo con el fin de apagar cualquier llama de esperanza. Le revolvió el estómago las implicaciones de lo que pregonaban. Si Kyra estuviera allí hubiera hecho que aquel cerdo se tragase su sermón. Pero Ikai no era su hermana y mantuvo la calma, debía hacerlo, pues su situación era crítica.

Sesmok lo rodeó, caminando lentamente, escrutinándolo.

—Como te estaba exponiendo, joven Cazador, muchos sufren pérdidas dolorosas a requerimiento de nuestros Dioses, pero muy pocos, de hecho, casi nadie ya, actúan al respecto. Mucho menos aún, desobedecen una ley explícita —dijo mirando fijamente a los ojos de Ikai—. El pueblo conoce las leyes y las acata. De no hacerlo sabe que la muerte le espera. Una muerte que me desagrada terriblemente tener que ordenar, pero debo hacerlo, pues es mi obligación como líder de los Senoca y como responsable ante los Dioses —dijo con brazos extendidos y semblante resignado.

—Una carga inmensa sobre los hombros de un gran hombre—alabó el Sumo Sacerdote Torkem.

Sesmok devolvió un gesto de gratitud al religioso y sonrió.

—Sí, una gran responsabilidad la que recae sobre mi persona... Si no cumplo aquello que los Dioses demandan, si me opongo a sus designios, descenderán sobre nosotros y aniquilarán nuestra nación. Nadie quedará con vida. Nadie se salvará de su despiadada ira. De eso puedes estar seguro. Si fracaso en mi cometido, el genocidio de todo un pueblo recaerá sobre mi persona —miró al Lord Cazador Osvan y preguntó— ¿En cuánto han censado los Ojo-de-Dios la población de nuestro floreciente pueblo?

Osvan se aclaró la garganta.

—Cien mil personas en total en las seis comarcas, mi señor, más veinte mil aquí en la capital.

—Ciento veinte mil personas... nada más y nada menos... Nosotros,

los Senoca, el Pueblo del Mar. Pero prosperamos porque hemos acatado las leyes, porque cumplimos con lo que se nos solicita. A cambio, nuestra nación crece, los Dioses son benévolos con nosotros, nos regalan tecnología, nos han dado la forja, incluso enseñado el secreto del acero. Y déjame asegurarte que no tienen por qué, no somos el centro del universo... hay mucho más que desconoces ahí fuera, joven Cazador, y que no te conviene saber...

Aquella afirmación desconcertó a Ikai. «¿Qué insinúa? ¿Qué hay ahí fuera? ¿Qué secretos nos ocultan?».

—¿Entiendes, joven Cazador, que nuestra civilización entera perecerá si yo fracaso? —susurró lentamente al oído de Ikai—. Como ves, mi responsabilidad es inconmensurable, casi insufrible —continuó mientras caminaba mirando a las alta bóvedas—. Y por si esta carga no fuera ya suficiente, tengo que tratar con los Ojo-de-Dios, los fieles siervos de los Dioses que informan de todo cuanto aquí acontece a sus amos. Y déjame asegurarte que son especialmente obtusos. No atienden a razones ni excusas. Para ellos todo es sí o no: se cumple lo ordenado por los Dioses o no se cumple. Realmente creo que no tienen raciocinio propio, sólo siguen la voluntad marcada por sus amos. Me hacen la vida imposible, realmente imposible. Es por ello que no puedo permitirme ni un solo desliz. Pues un desliz puede conducirnos a ser aniquilados. Y tú, Cazador, eres un maldito desliz, un desliz muy peligroso —señaló acusador con el dedo índice.

Ikai tragó saliva y mantuvo la calma.

El Lord Cazador Osvan se puso en pie y se acercó a Ikai. Era un hombre alto y grande, y le sacaba cinco dedos. Tenía el pelo negro rizado y una espesa barba del mismo color. Pero sobre todo era fuerte. Muy fuerte. Lo llamaban el Oso Negro. Ikai había oído muchas historias sobre él, y ninguna buena. Era tan sanguinario como el Regente y disfrutaba avasallando a la población. Era capaz de arrancar la cabeza a un pobre hombre por una simple mirada mal interpretada.

—No sólo un desliz —bramó Osvan—, una deshonra y una mancha que será extremadamente difícil de lavar ante los Ojo-de-Dios. Nunca antes un Cazador había quebrantado la ley. Has traído deshonra a mi casa, a tu Maestro, que por esta afrenta deberá pagar.

—El Maestro Sejof nada tiene que ver con esto. Ha sido mi proceder, sólo mío.

El Lord Cazador se llevó la mano a la espada.

—¡Con gusto te atravesaba el corazón ahora mismo, gusano!

Sesmok lo sujetó por el brazo.

—Quieto, no quiero que muera...aún.

Ikai supo en aquel momento, con brutal certeza, como si un mazo le golpeará la cara, que iba a morir. No había esperanza.

—Antes quiero que el joven Cazador me explique qué ocurrió en el cuadrante prohibido. Porque algo sucedió... algo fuera de lo común...

Ikai pensó la respuesta y contestó con voz neutra.

—Entré a buscar a mi hermana.

—¿Por qué entraste allí? ¿Quién te dijo dónde buscar?

—Nadie —mintió Ikai con rostro impasible haciendo acopio de su sangre fría—. Fui allí porque se la llevaron los siervos de los Dioses y es en ese cuadrante donde se dice que residen.

—¡Por los Dioses Sagrados! Miente con una naturalidad sobresaliente —dijo el Sumo Sacerdote Torkem.

Ikai se estremeció al oír la acusación, pero disimuló.

Sesmok rió con una risa cavernosa, cínica.

—Sí, mi querido Sumo Sacerdote, miente bien para ser tan joven — se acercó a Ikai y le puso la mano sobre el hombro—. Nuestro querido líder religioso es un hombre de una cualidades excepcionales. No sólo por su oratoria impoluta y su habilidad para convencer a las masas, sino porque es capaz de detectar la mentira en un hombre nueve de cada diez veces.

Ikai observó de reojo al Sumo Sacerdote y el orondo religioso le lanzó una mirada acusadora.

—¿Qué ocurrió en el interior? Y será mejor que empieces a contarme la verdad o haré que te arranquen la piel a tiras. Y créeme, es un espectáculo con el que disfruto.

Ikai inhala profundamente y asintió.

—Me colé en el cuadrante prohibido. Esquivé a los Ejecutores de guardia y entré en las mazmorras.

Osvan y Torkem intercambiaron una mirada de inquietud.

—¿Llegaste hasta las mazmorras? —preguntó Sesmok sorprendido.

Ikai asintió.

—¿Y qué sucedió allí abajo?

—Llegué hasta unos prisioneros y me informaron de que mi hermana ya no se encontraba allí. Abandoné el lugar antes de ser descubierto.

Sesmok agarró con su mano la cara de Ikai y apretó con fuerza. Sus ojos emitían el destello inequívoco de la rabia.

—Me estás haciendo perder la paciencia y eso es algo que en nada te conviene. Deja de mentir o te arrancaré las entrañas y haré que te las comas.

Y entonces apretó el rostro de Ikai con tal fuerza que pensó se lo iba a triturar. Ikai aguantó estoico el ataque de furia.

Sesmok soltó su rostro y sonrió de forma sarcástica.

—Muy bien, si no deseas contármelo nada puedo hacer por tu hermana... ¿cómo se llamaba...?

Ikai se irguió.

—Kyra, se llama Kyra... —contestó, sabiendo que se trataba de una trampa pero no tenía más remedio que seguirle el juego.

—Ah, Kyra, bonito nombre. Si quieres que te ayude tendrás que ayudarme tú primero a mí. Cuéntame lo que realmente sucedió y veré qué puedo hacer por tu hermana. Y será mejor que dejes de mentir, sé que algo sucedió. Dos Ojo-de-Dios han exigido audiencia esta mañana, me han hablado de un incidente en las mazmorras, un incidente extremadamente grave. Buscan a alguien que anoche entró en el cuadrante prohibido. Me han amenazado... a mí... ¿Por qué me han amenazado? No es simplemente porque hayas quebrantado la ley entrando en su jurisdicción, no, es algo más... ¿Qué sucedió?

Ikai sopesó sus opciones. Si callaba lo torturarían hasta que hablara o muriera y en su estado no duraría mucho. Si hablaba quizás consiguiera algo de información sobre el paradero de Kyra. Lo volvió a calibrar con calma. Los tres hombres lo miraban expectantes mientras la tensión iba creciendo con cada lento instante consumido.

—Nada más sucedió. Es como os he contado, mi señor —mintió Ikai. Si hablaba Sesmok lo haría matar, pues ya no le serviría de nada. Aunque le proporcionara alguna información sobre Kyra, no podría hacer uso de ella estando muerto.

—Miente —señaló Torkem.

—¡Maldito malnacido! —explotó Osvan desenvainando su espada.

Sesmok sonrió.

—Es listo el muchacho —dijo con cinismo—. Por desgracia para ti, yo lo soy mucho más. No sé qué ha ocurrido, algo que ha molestado sobremanera a esos demonios de ojos inmensos. Pero he de enterrar este asunto antes de que trascienda pues representa un riesgo que no me puedo permitir. Los Ojo-de-Dios quieren tu cabeza pero si se la entrego este asunto me salpicará... tú eres un Cazador a mi servicio, y has quebrantado la ley de los Dioses y quién sabe qué más aberraciones has cometido. No, no puedo permitirme que este asunto me manche, no me pondré en riesgo.

—Con un poco de tortura hablará —sugirió Torkem—. Dejádmelo a mí... bien sabéis de mi buen hacer en estos menesteres, mi señor... hablará, os lo aseguro.

Sesmok estudió a Ikai un largo instante.

—Está bien, tienes hasta el amanecer. Si para entonces no ha hablado matadlo y echadlo a la fosa. No quiero que viva, no correré ningún riesgo.

—Muy bien, mi señor, así se hará —dijo Torkem frotándose las manos.

Sesmok se volvió hacia Ikai.

—No es nada personal, espero que lo entiendas. Es por el bien del pueblo —dijo con una sonrisa sarcástica que se clavó en Ikai como una puñalada envenenada.

Ikai abrió los ojos. Se había dormido vencido por la extenuación que lo había arrastrado como una marea negra. Su cuerpo no había aguantado más y se había hundido en las profundidades un oscuro abismo. Miró alrededor, inquieto. Se encontraba en una gran sala, lóbrega, iluminada por dos lámparas de aceite. Recordó entonces que lo habían arrastrado hasta el exuberante Templo a los Dioses de la capital, no muy lejos del palacio del Regente. Estaba en una de las enormes cámaras de los sótanos del edificio sagrado. Intentó levantarse pero tenía los pies y las manos atadas con correas de cuero a una mesa.

La puerta de la estancia se abrió con un chirrido y el Sumo Sacerdote Torkem entró acompañado de un hombre vestido con una túnica morada: era grande y de rostro tan desagradable como adusto. Parecía un enorme orangután. Tras ellos vio a Istas, acompañaban al Comandante su Capitán Liriana y cinco Guardias de la Escolta. Al verlos a todos, Ikai sintió que el miedo le subía por la tráquea como una serpiente buscando su cuello para clavarle los colmillos e inyectar el veneno.

Torkem se situó a su lado y sonrió.

—Como soy un hombre de buen corazón, te daré una última oportunidad para que me confieses lo que realmente sucedió. El Regente desea saber qué ha enfurecido tanto a los Ojo-de-Dios y de una forma u otra me lo vas a contar.

—Diles lo que desean saber, Ikai, no hay necesidad de esto —le aconsejó Istas.

Ikai miró al Comandante de la Guardia

—¿Cuáles son tus órdenes, Istas? Dime que no te han ordenado darme muerte cuando hable.

Istas calló.

—¿Cómo puedes acatar sus órdenes? Tú conoces la verdad de su vileza y corrupción. No son mejores que los Dioses a los que sirven. Nada les importa el pueblo, nada les importamos tú o yo, sólo defienden sus

propios intereses, nada más. ¿Acaso no ves que viven como reyes mientras el pueblo se muere de hambre? ¿No ves sus palacios, sus lujos, la exuberancia y el derroche que practican, mientras miles y miles sufren? Todo amparado en la excusa de servir a los dioses, de gobernarnos por nuestro propio bien. Es todo una gran mentira. Nos matan de hambre, se llevan a nuestros seres queridos.

—¡Calla, necio! —gritó Torkem golpeándole la cara— El Comandante de la Guardia conoce perfectamente sus obligaciones y las cumplirá por el bienestar de su familia —dijo señalando acusador el pecho del oficial con una mirada amenazante.

Istas bajó la mirada y no pronunció palabra.

—Este angelito es Orgel, tan grande y feo como eficiente en arrancar información de quien sea —dijo presentando a su torturador con una enorme sonrisa de satisfacción—. Adelante, empléate a fondo —dijo Torkem—. Avisadme cuando empiece a hablar.

El Sumo Sacerdote se dirigió a la puerta y al pasar junto a Istas le susurró al oído:

—Si no habla, cortadle el cuello.

El Comandante de la Guardia asintió en silencio.

Orgel sacó un cuchillo de matarife, cortó la túnica de Ikai dejando su pecho al descubierto y sonrió malévolamente mientras le hacía un corte hiriente a lo largo del pectoral derecho. Ikai gruñó de dolor e intentó revolverse con todas sus fuerzas pero Orgel estrelló un puño enorme contra su mejilla. Sintió como si le hubieran golpeado con un mazo. Orgel rió y fue a hacerle otro corte pero Ikai se sacudió. Recibió otro tremendo martillazo. Un mareo terrible lo sobrecogió. Intentó no perder la consciencia, pues sabía que muy probablemente no la volvería a recobrar. Mareado, con la visión borrosa, lanzó una mirada de auxilio hacia Istas, que impasible contemplaba la escena.

No lo ayudaría. Tenía miedo. Como todos.

Ikai comprendió que estaba perdido. Iba a darse por vencido cuando un movimiento captó su ojo. Uno de los Guardias tras Istas había desenvainado la espada. Un rápido destello de la luz de la lámpara sobre el acero en movimiento descubrió un tajo certero al cuello de un segundo

Guardia. Ikai no comprendía lo que estaba sucediendo, lo que borrosamente presenciaba.

No tenía sentido. Su mente se equivocaba.

Istas se giró y dio un paso atrás desenvainando la espada.

—¡Traición! —clamó.

Los otros tres Guardias desenvainaron las armas. Orgel se volvió y encaró la agresión.

—¡Liriana, cuidado, traición! —avisó Istas a su subordinada señalando con la espada.

La Capitán dio un paso al frente y de una fugaz estocada mató a un segundo Guardia.

Istas se quedó estupefacto.

—¿Qué? ¿Qué demonios es esto? —exclamó incrédulo ante lo que estaba sucediendo.

—No puedo dejar que lo mates, Istas, necesito al Cazador —dijo Liriana señalándole con la espada.

—¡Liriana! ¡Detente, esto es una locura! —gritó Istas incapaz de aceptar que alguien osara levantarse en contra del régimen establecido, en su contra.

Liriana señaló a los otros dos Guardias con su espada.

—Soy vuestro Capitán, uníos a mí y no moriréis hoy aquí. Asgos está conmigo —dijo mirando al Guardia que primero había derramado sangre.

Los dos Guardias la contemplaron, indecisos.

—¡No la escuchéis, está loca! ¡Nadie se enfrenta al Regente, nadie! ¡Esto es alta traición, moriréis todos y condenaréis a vuestras familias con esta acción. Sesmok los hará pasar por el cuchillo a todos! ¡Pensadlo, por lo más sagrado!

Los dos Guardias miraron a Liriana y luego a Istas. Se situaron junto al Comandante.

Liriana suspiró.

—Que así sea —dijo.

Istas y los dos Guardias se prepararon, flexionaron sus cuerpos y dispusieron sus espadas. Frente a ellos se presentaron Liriana y Asgos, con intensas miradas y la determinación y el coraje reflejado en ellas. Y mientras, el torturador permanecía al fondo, expectante.

Un silencio tenso tomó la cámara.

Nadie se movió por un instante.

Y al instante siguiente el acero centelleó.

Liriana se abalanzó como una pantera sobre uno de los Guardias y con un tajo de engaño seguido de una estocada directa le atravesó la armadura a la altura de la ingle. Istas maldijo con un grito y le lanzó un tajo a la cabeza mientras Asgos y el otro Guardia se enfrascaban en una lucha feroz. Liriana intentó esquivar el tajo con una agilidad portentosa pero la espada de Istas le hizo un corte en el brazo. Contraatacó con un revés a la pierna del Comandante y éste saltó a un lado esquivando el golpe. Asgos recibió un corte en el hombro pero consiguió matar a su rival gracias a un certero tajo al cuello. Antes de que pudiera recuperarse, Orgel se le vino encima. Istas hacía gala de una maestría exquisita, fruto de años de entrenamiento. Su rival, más joven aunque menos experta en el manejo de la espada, se defendía como una auténtica tigresa.

Ikai tiró con todas sus fuerzas de las sujeciones que lo aprisionaban. El mareo se había desvanecido e intentaba soltarse con todo su empeño. ¡Tenía que liberarse y ayudarlos!

Asgos esquivó el ataque desmedido de Orgel apartándose a un lado en el último momento y corrió hacia Ikai.

—Quieto —le dijo, y alzó el brazo.

La espada descendió fulgurante, Ikai cerró los ojos y sintió como golpeaba la atadura de su muñeca. Asgos volvió a golpear y el brazo de Ikai se liberó.

—¡Cuidado! —gritó Ikai al ver a Orgel precipitarse sobre la espalda de Asgos.

Asgos se giró veloz e hirió de muerte a Orgel de una potente estocada. Pero el torturador, aprovechando la inercia, le clavó el cuchillo de carnicero en la tráquea con una fuerza brutal. Asgos cayó al suelo y

murió entre espasmos. Orgel retrocedió varios pasos tambaleándose, se detuvo y sacó de su cintura otro cuchillo de matarife. Con ojos de poseso avanzó hacia Ikai, a darle muerte.

Ikai tiró de sus ataduras pero no pudo soltarse. Con la mano liberada palpó a su alrededor, desesperado.

Orgel llegó hasta la mesa a trompicones y se situó sobre Ikai. Alzó el brazo sujetando el aciago cuchillo en su mano.

Con un golpe seco y brutal, Ikai le clavó unas tenazas de hierro en el ojo.

El gigante se desplomó muerto sobre Ikai.

Liriana retrocedía, Ista la había cortado dos veces y perdía sangre. Contraatacó con fiereza pero la técnica de Ista era superior. Con una finta y un movimiento magistral de muñeca Ista desarmó a la joven Capitán.

—¡Es hora de morir y pagar por esta traición! —dijo y retrasó el brazo para atravesarla.

—¡No! —se escuchó. Le siguió el sonido de un golpe hueco.

Ista se arqueó. El cuchillo de matarife estaba clavado profundo en su nuca.

Ikai, de pie junto a la mesa con el brazo todavía extendido por el lanzamiento, lo miró mientras caía.

—Moriréis... todos... —balbuceó Ista—. Vuestras familias morirán...

—Puede que sí, Ista, pero no hoy —le dijo Liriana.

—Lo lamento... —murmuró Ikai, pero Ista ya había departido en el viaje sin retorno.

Liriana recuperó su espada.

—Gracias, eres muy bueno lanzando cuchillos.

Ikai asintió con un gesto.

—Será mejor que salgamos de aquí antes de que Torkem regrese. Estamos en peligro y ya no podré protegerte —le dijo clavando sus grandes ojos turquesa en los de él.

Ikai miró al Capitán, confundido.

—¿Por... qué? ¿Por qué arriesgarse por mí? Asgos ha muerto... ¿por mi? ¿Por qué? No lo entiendo.

—No hay tiempo para explicaciones. Asgos no ha muerto por ti, ha muerto por algo mucho más importante, por un ideal, por un sueño — Liriana se arrodilló junto al cuerpo del valiente soldado y puso su mano sobre la sangre que manaba bajo la cabeza.

Cerró los ojos y rezó una breve oración. Con la mano empapada en sangre se acercó a la pared y apoyó la palma sobre la blanca superficie. Cuando la apartó, el dibujo de una mano roja quedó plasmada. Ikai recordó aquella imagen.

—¿Puedes andar? —pregunto Liriana.

—Sí, creo que sí.

—Bien, coge tus cosas y sígueme, salgamos de aquí.

Ikai dudó un instante.

—Hay mucho que no sabes, acompáñame si quieres descubrirlo.

—¿A dónde iremos? Enviarán a toda la Guardia tras nosotros.

—No me preocupa la Guardia, los que me preocupan son los Ejecutores.

Se dio la vuelta y salió por la puerta.

Ikai respiró hondo.

«No hay vuelta atrás».

Kyra contemplaba atónita desde la borda del barco la inmensidad de la ciudad que en su magnificencia se elevaba hasta perderse en las nubes. A su vera, Idana y Yosane ni parpadeaban, pues sus mentes intentaban en vano asimilar la grandeza, majestuosidad y la increíble belleza arquitectónica que sus ojos les regalaban. Acababan de atracar en un muelle atestado de embarcaciones donde la actividad era frenética. Kyra contemplaba las mercancías y esclavos siendo descargados. Ejecutores y Ojo-de-Dios hacían su presencia patente por doquier.

—Parece... de cristal... toda ella, una ciudad de cristal... —dijo Idana con la mirada perdida en los incontables edificios y monumentos que se alzaban ante sus ojos.

—No es vidrio, no aguantaría la carga, tiene que ser algún otro tipo de material que desconocemos —corrigió Yosane—, pues también aprecio mármol blanco en mucha de las bases de los edificios.

Kyra barrió la ciudad con los ojos y a ella también le dio la impresión de hallarse ante una maravillosa ciudad de cristal, todos los edificios y monumentos eran traslúcidos y brillaban emitiendo destellos cristalinos cuando el sol los agraciaba con su mirada. Las calles del puerto eran de mármol blanco y los edificios eran completamente vidriosos y límpidos. Pensó en lanzar una piedra a una de las casas y ver qué sucedía, pero la presencia de los Ejecutores a su espalda la disuadió.

—Es un efecto óptico —aclaró Yosane, y señalando a su derecha añadió—. Mirad ahí, ese enorme almacén en medio del puerto. ¿Veis como entran hombres y material en el edificio, pero una vez dentro desaparecen de nuestra visión? El edificio parece ser transparente y sin embargo no lo es, pues no podemos ver qué hay en su interior. No sé qué material o mineral es, ni cómo consiguen que toda la ciudad parezca tan diáfana y transparente, es realmente increíble y maravilloso. Se diría que

han buscado darle un aire casi etéreo... Si mi padre estuviera aquí moriría del gusto, es realmente notable.

Mientras escuchaba la explicación Kyra contemplaba anonadada la suntuosidad de aquella enorme ciudad montaña sobre el mar. Palacios soberbios, mansiones exuberantes, monumentos esplendorosos, fuentes y estatuas opulentas, jardines exóticos, todos ellos de un gusto y exquisitez máximos habían sido construidos alrededor de toda la montaña a diferentes niveles, cubriendo toda su extensión. Observó que la falda de la montaña desembocaba en el enorme puerto circular que parecía cercarla por completo a nivel del mar. En la cima se distinguía el más opulento de los palacios, una mansión celestial que parecía flotar sobre la propia montaña. De su centro parecía partir un Monolito de un tamaño tan grandioso que Kyra no pudo concebir su altura, pues parecía perderse en los cielos. Debía ser varias veces mayor que el que habían visto en la isla.

—La arquitectura no sólo es bellísima sino muy avanzada —dijo Yosane en éxtasis—, predominan elaboradas formas esféricas y ovaladas, algo impensable para nuestras construcciones, rectangulares y simples. ¡Cómo me gustaría entender y asimilar los conceptos tras semejantes construcciones!

—Parece irreal... ¿cómo se sustentan sin caerse? —comentó Idana sin poder comprender.

—Exacto. Incluso los puentes que atraviesan los cinco anillos son demasiado elaborados y avanzados en su diseño para nuestro entendimiento. Sólo puede ser obra de los Dioses.

—Quizás el diseño lo sea, pero la obra es de los esclavos —dijo Idana señalando a su izquierda, donde cientos de esclavos tiraban con cuerdas de una estatua para alzarla y colocarla en posición—. Mirad allí, algo más adelante —dijo señalando a una explanada donde cerca de un millar de hombres trabajaban arrastrando y levantando descomunales bloques de aquel material translúcido en la construcción de lo que parecía ser un enorme palacio—. Hay esclavos por todas partes. Mire donde mire no veo más que esclavos trabajando en caminos, edificios y barcos. Hay miles... —dijo con tono de total pesar mientras suspiraba pesadamente.

—Aquí es donde los traen cuando son llamados, a trabajar en su maldita Ciudad Eterna —dijo Kyra con rabia—. No os dejéis engañar por

su belleza y aura de esplendor divino, es la ciudad de los Dioses y aquí sólo nos espera dolor y esclavitud, o algo peor... mucho peor. Miradlos, mirad a esos hombres, mirad cómo padecen bajo el látigo de los despiadados Siervos de los Dioses.

Contemplaron en silencio a los esclavos, los látigos de los Opresores restallaban al aire, y los esclavos tiraban con toda su alma de los enormes bloques, pues los látigos buscaban sus castigadas espaldas.

Un silencio de pesar y abatimiento las envolvió.

Yosane lo rompió al cabo de un momento.

—Curioso... —comentó mirando en dirección contraria.

Kyra e Idana se giraron y siguieron la mirada de su amiga.

—Los edificios en el segundo anillo, el más cercano a la ciudad montaña, no son de vidrio. Son sólidos, predominan los rojos y naranja intensos. Es más, es pleno día y hay cientos de fuegos encendidos tanto en las calles como en los edificios. Parecen incluso decorativos... Si os fijáis se ven incluso fuentes y cataratas de... de lo que parece lava...

—Sí, tienes razón, es de lo más extraño... —convino Idana—, más aún si lo comparamos con el anillo más exterior donde todos los edificios y estructuras eran azulados y predominaba el agua.

Kyra negó con la cabeza.

—No tengo ni idea de lo que estáis hablando. Pero estoy segura de que la ciudad de los dioses es esa montaña de ahí —dijo señalando con el dedo la gran cima.

—No quisiera llevarte la contraria, amiga... —comenzó a decir Yosane encogiendo los hombros.

—Pero...

—Pero creo que la ciudad en realidad está compuesta por los cinco anillos. La hemos cruzado y ahora mismo estamos en el centro mismo de la Ciudad Eterna, en su corazón.

—En la boca del lobo más bien —dijo Kyra con tono seco—. Estad alerta, lo peor está por venir.

Un Ojo-de-Dios subió a la embarcación y las tres guardaron silencio

de inmediato. Se dirigió hacia los dos Ojo-de-Dios a cargo del navío y conversó con ellos. Los tres sacaron sus tomos y anotaron en ellos. El nuevo Ojo-de-Dios portaba el mismo yelmo siniestro que los otros dos pero su vestimenta era ligeramente más refinada. A la cintura portaba un fajín plateado. Se acercó al grupo y los Ejecutores se apartaron de inmediato.

—¡De rodillas, esclavas! —ordenó.

Todas obedecieron llevadas por el miedo. Kyra dudó un segundo, mientras la sangre le hervía, pero nada ganaba con enfrentarse al Ojo-de-Dios y tenía el cuerpo muy castigado de la última tunda de golpes recibida. No podría resistirse. Se arrodilló.

El Ojo-de-Dios se adelantó hasta situarse en el centro del grupo de prisioneras y obtuvo un pequeño disco de un bolsillo oculto. Extendió la mano con el disco en su palma. Cerró la mano sobre él y la volvió a abrir. Un relámpago centelleante surgió del disco y descargó contra las Argollas de la mitad de las jóvenes entre las que estaban Lian y Urda. Al instante, el relámpago se propagó por sus cuerpos. Comenzaron a convulsionar descontroladamente y cayeron al suelo quedando sin sentido. Idana exclamó asustada e impotente. Yosane lanzó una mirada de puro terror a Kyra. El Ojo-de-Dios avanzó un paso librando los cuerpos tendidos sobre la cubierta y se situó frente a Yosane, Idana y Kyra.

Kyra le escupió a los pies.

—Algún día pagaréis por todo esto.

Una risa estridente surgió bajo el yelmo.

—Lo dudo mucho, estúpida esclava —respondió, y le golpeó con fuerza en la cara.

Kyra aguantó el golpe, y lo miró desafiante.

—Lo pagareis —dijo.

El Ojo-de-Dios activó el disco y la descarga las golpeó, penetrando en sus cuerpos por la Argolla. Una por una, todas se derrumbaron entre terribles convulsiones.

Kyra había despertado con un volcán a punto de estallar en medio de su pecho. La ira la consumía. Empujaba los barrotes de la esfera que la aprisionaba con todas sus fuerzas, ignorando los avisos de su vapuleado cuerpo para que se detuviera.

—¡Cerdos! ¡Malditas alimañas sin entrañas!

—Es inútil, Kyra, no conseguirás forzarla —le dijo Yosane desde la esfera contigua.

Pero Kyra, cegada por la ira, sólo quería salir de allí y arrancar la cabeza al primer Ojo-de-Dios o Ejecutor que se cruzara en su camino.

—¡Deja de forcejear y hacer ruido, si vienen sólo conseguirás que nos castiguen! —protestó Lian desde otra de las esfera-celda.

Idana, encarcelada en una esfera frente a Kyra, sacó los brazos de entre los barrotes.

—Contente, Kyra, te vas a hacer daño. Tu cuerpo ya ha recibido suficiente castigo. Para o no podrás salir nunca de aquí.

Al escuchar el consejo de su amiga, Kyra recapacitó. Necesitaba estar entera para poder escapar de allí. Consegiría escapar, de algún modo. ¡Lo conseguiría!

Pasaron las horas y en la penumbra de la cámara la tensión e intranquilidad entre las prisioneras fue creciendo. Las trece iban siendo cada vez más conscientes de encontrarse al final del camino.

—¿Qué va a ser de nosotras? —preguntó Lirune, una de las tres jóvenes castigadas por los siervos.

—¿Dónde estamos? —quiso saber Jismen, con la voz temblando de temor.

—¿Qué nos van a hacer? —se oyó decir a Miru, la más joven de todas, entre sollozos.

Kyra no tenía ninguna respuesta que poder ofrecerles. Pero aquella cámara le daba muy mala espina. Muy mala. Era circular y las esferas-celda estaban situadas formando una circunferencia completa. Una para cada una. La cuenta era exacta. Era para ellas, el final de su camino. Las

habían estado esperando. No necesitaba que el rostro lleno de temor de Yosane se lo confirmara, de aquello ya se había dado cuenta ella sola.

Una puerta se abrió y llenó de luz la sombría estancia. Un Ojo-de-Dios seguido de cuatro Ejecutores en vestimenta de gala entraron en la sala. Las prisioneras callaron, ahogando sollozos y lamentos. El Ojo-de-Dios señaló la esfera de Yosane. Dos de los Ejecutores se acercaron y la sacaron.

—No, por favor, dejadla —se oyó suplicar a Idana.

—¡Calla, esclava! —ordenó el Ojo-de-Dios señalando a Idana, luego se giró hacia Yosane que temblaba de miedo— ¡Desnudadla! —ordenó.

Los Ejecutores rasgaron las vestimentas de Yosane y se las arrancaron por la fuerza.

Las prisioneras exclamaron en horror. Yosane intentó desesperadamente quedarse con un retal mientras sollozaba aterrada.

—¡No la toquéis! ¡Malditos! —gritó Kyra fuera de sí.

—Llevala ante el Lord, espera su tributo —dijo El Ojo-de-Dios a los Ejecutores.

La cogieron por brazos y piernas y se la llevaron al aire, completamente desnuda. Yosane lloraba de terror.

—¡Dejadla! ¡Cerdos! ¡Os mataré a todos! —gritó Kyra poseída por la ira.

El Ojo-de-Dios se volvió hacia ella.

—¡Calla, campesina o te arrancaré la lengua! —amenazó señalándola con el dedo ocre y huesudo.

—Llevalme a mí en su lugar —se ofreció Idana desesperada.

El Ojo-de-Dios miró a Idana.

—No te preocupes, esclava, llegará tu turno —dijo con su chirriante voz, casi jocosa.

Los Siervos de los Dioses abandonaron la cámara y la puerta se cerró tras ellos. La penumbra las rodeo nuevamente.

—¡Nooooooo! ¡Malnacidos! —gritó Kyra a pleno pulmón llena de

una impotencia terrible.

Los lloros y lamentos volvieron a sentirse en medio de la desesperada situación.

—¡Los mataré! ¡Juro que los mataré a todos! —gritó Kyra y forcejeó con los barrotes como una posesa hasta quedar rendida.

—¿Qué harán con ella? —preguntó Idana, y nada más preguntar se percató de la obvia respuesta. Calló.

—¿Tú qué crees que van a hacer con ella? —continuó Lian—. Se la llevan desnuda como tributo a su señor...

—¡Calla, no lo digas! —prohibió Kyra, que necesitaba negar la evidencia.

Pero Lian, soberbia, ignoró su advertencia.

—Van a violarla. Para eso nos han traído aquí, para que sus señores puedan divertirse con nosotras todo lo que quieran.

—¡Calla o te arrancaré los dientes a golpes!

—Una docena de esclavas jóvenes... ¿Qué creáis que querían de nosotras?

—Lian... —intervino Urda.

Lian miró a su amiga, se cruzó de brazos, y guardó silencio.

Llantos de honda desesperanza llenaron la cámara.

Los Siervos de los Dioses no tardaron en regresar.

La puerta se abrió y todas se alarmaron. Entraron.

—Tú —dijo el Ojo-de-Dios mirando a Kyra—. Es tu hora. Nuestro señor te reclama.

Kyra miró desafiante al Ojo-de-Dios. No la vería llorar, no vería el miedo que sentía. No le daría esa satisfacción. Sólo vería el odio de su corazón refulgiendo en sus ojos. Los Ejecutores la sacaron de la celda y

de inmediato la sujetaron con fuerza. Kyra hizo un intento por resistirse cuando le pusieron las manos encima, llevada por su ira, pero fue inútil, eran demasiado fuertes. En medio de la estancia le arrancaron toda la ropa.

Idana ahogó una exclamación.

—¡Llebadme a mí! —volvió a ofrecerse con los brazos abiertos—
¡Llebadme!

Pero fue ignorada. Los Ejecutores agarraron a Kyra por pies y brazos y se la llevaron al aire.

Kyra no supo cuánto tiempo la transportaron pues no pudo controlar la rabia que sentía y la ira la consumió cegando su razón. ¡La iban a violar! ¡No lo permitiría! Pataleó y se revolvió con toda su alma pero los cuatro Ejecutores la agarraban con manos férreas por muñecas y tobillos.

Entraron en una cámara y la dejaron sobre el frío suelo. Fue a levantarse cuando el Ojo-de-Dios utilizó el disco. Una terrible descarga subió por su Argolla y la hizo caer entre convulsiones. Quedó tendida, sin fuerza alguna, en pura agonía. Pero no perdió la consciencia. El Ojo-de-Dios y los Ejecutores se apartaron unos pasos y Kyra intentó navegar el mar de dolor en el que se ahogaba. Unos reflejos hirieron sus pupilas y apartó la mirada. Provenían de las paredes de la enorme estancia: eran de resplandeciente plata y adornadas en oro. Ininteligibles runas y símbolos místicos las adornaban hasta la altísima bóveda donde la representación del astro sol emitía una luminosidad casi divina; golpeaba las paredes que la proyectaban amplificadas en todas direcciones. Kyra se cubrió los ojos con el antebrazo y luchó por soportar el dolor. Cerró los puños con fuerza y quedó postrada. Por un largo lapso no se movió. Finalmente el dolor se disipó y Kyra inhaló profundamente, llenando los pulmones para exhalar de forma lenta y continuada. Se sintió un poco mejor.

Comenzó a levantarse, lentamente. Se puso en pie y miró alrededor.

Se quedó petrificada.

El Ojo-de-Dios y los Ejecutores estaban de rodillas en el suelo, con brazos y cabeza contra el suelo, postrados en una reverencia de sumisión absoluta.

Y entonces lo vio. Frente a ella. Suspendido en el aire, a una altura

impensable, rodeado de una extraña sustancia nebulosa que parecía emanar de su propio cuerpo. Un ser tan insólito como inconfundible.

¡Un Dios Áureo!

Kyra cerró los ojos con fuerza, completamente desconcertada. Sacudió la cabeza y los volvió a abrir de par en par.

Seguía allí, flotando en el aire, frente a ella, observándola.

¡No podía ser! Los Dioses no existían, eso había creído siempre. No eran más que unas figuras diabólicas inventadas por los opresores con las que amedrentar a un pueblo esclavo. Eso se había dicho siempre a sí misma, por mucho que Procuradores, Sumos Sacerdotes, Regentes y Ojo-de-Dios lo hubieran pregonado. ¡Los Dioses no existían!

Kyra se frotó los ojos llena de incredulidad y volvió a mirar al insólito ser que la observaba en silencio desde las alturas. Kyra lo observó con absoluta atención, con los ojos abiertos de par en par, estudiándolo de pies a cabeza, sin perder el más mínimo detalle.

El Dios descendió lentamente, sin esfuerzo aparente, hasta posarse con suavidad frente a Kyra. No emitió sonido alguno.

Kyra intentó tragar saliva, apenas podía respirar de la impresión, mucho menos tragar. Aquel ser parecía humano. Sin embargo, era extremadamente esbelto y estilizado, demasiado para un hombre. Era muy alto, le sacaba una cabeza a Ikai, que ya de por sí era alto. Tenía los brazos y piernas refinados al tiempo que muy fibrosas. No era ancho de hombros ni musculoso, al contrario, pero irradiaba fuerza y magnetismo.

Kyra se fijó en la cabeza. La llevaba completamente afeitada y no había signo de vello alguno en su cuerpo. Sus ojos eran grandes, almendrados, de un azul-grisáceo tan claro como la combinación del mar con la bruma por la que habían llegado a aquel extraño reino. La boca la tenía fina, con labios suavemente marcados. La complexión de sus mejillas, barbilla y frente eran tan delicadas que confería a todo el rostro una exquisitez y belleza casi celestiales. Kyra no había visto nunca antes a un ser tan gallardo. Sin embargo, lo que la tenía completamente sin habla no era su belleza, era su piel.

Era dorada.

Toda ella.

De un dorado oscuro que refulgía como oro viejo. Kyra tragó saliva, incapaz de apartar los ojos de aquel Dios. No podía establecer qué edad tendría, pues su rostro parecía ser perenne, si bien a ella le daba la impresión de que rondaría los veinticinco, no tendría más, pero al contemplarlo irradiaba un aire místico de eternidad. Aquella sensación le produjo un escalofrío, no era natural. Vestía una túnica blanca y larga con ribetes en argento y sobre ella llevaba una armadura de escamas dorada que le cubría del cuello a los muslos y refulgía con intensidad. Las extremidades las llevaba cubiertas por grebas y guanteletes también de oro. De sus hombros colgaba una capa blanca, casi transparente.

Kyra estaba tan anonadada que no se percataba de tener los ojos clavados en aquel ser mitad Dios mitad guerrero, tan sublime como místico.

De súbito, Kyra sintió como si algo chocara contra su mente. Instintivamente echó la cabeza atrás. Pero el golpe no había sido físico. Una fuerza desconocida volvió a colisionar con su mente y el golpe mental estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

«¡Qué demonios!», pensó completamente confundida mientras intentaba mantenerse.

Una lejana y fría voz resonó en su cabeza.

—*Tu nombre, esclava.*

Kyra, contrariada, miró al Dios y comprobó que su boca estaba cerrada. Los finos labios no se habían movido. No estaba hablando, sin embargo ella lo oía. ¿Cómo era aquello posible?

—¿Eres... eres tú quien me habla... en mi cabeza?

El Ojo-de-Dios al oírla la miró desde el suelo.

—¡Cómo te atreves! ¡Muestra respeto, sucia esclava! —exclamó furioso.

El Dios Áureo hizo un gesto con la mano y el Ojo-de-Dios calló al instante y quedó con la cabeza gacha y la frente contra el suelo.

—*Sí, esclava, soy yo quien te habla.*

—¿Qué eres... un Dios?

—*Para ti y los de tu raza, lo soy, sí.*

—¿Qué vas a hacer conmigo? —preguntó Kyra, con voz temblorosa.

El encantamiento se había roto, comenzaba a ver a aquel ser por lo que realmente era bajo su esbelta belleza y aquella piel de oro y oliva: un despiadado esclavizador, violador de mujeres indefensas. El miedo trepó por su estómago con garras de fuego hasta llegar a su cuello.

—*Pronto lo averiguarás.*

—¿Y Yosane? ¿Qué habéis hecho con ella? ¿Dónde está? —preguntó con angustia en la voz mientras miraba alrededor sin poder localizar rastro alguno de su amiga.

—*Veo que no conoces tu lugar, esclava. Calla y obedece. Nada más debe preocuparte.*

Al escuchar la velada amenaza, Kyra miró su cuerpo desnudo en medio de la cámara en presencia de aquel ser y sus esbirros y se percató de lo indefensa y expuesta que se encontraba. Cubrió sus partes femeninas con brazos y manos y lanzó una mirada desafiante al Dios que la interrogaba, penetrando sin consentimiento alguno en su cabeza, jugando con su mente sin ella quererlo. Se sentía humillada, mancillada y muy vulnerable. Nunca antes en su vida se había sentido así. Podía soportar el látigo, los insultos, los golpes, el dolor agónico incluso, pero aquello era peor.

—Más vale que no le haya ocurrido nada.

—*¿Te atreves a amenazarme, esclava? Esto es algo que jamás antes había experimentado.*

—No amenazo, digo.

—*No estás en posición de demandar nada. Te he preguntado tu nombre, esclava.*

Kyra calló y lanzó una mirada llena de un odio visceral al ser áureo.

—*Veo que no eres como las demás, eso me complace.*

Kyra vio que la boca no se movía pero algo cambió en la expresión del rostro dorado. Eran sus ojos, habían brillado con un fulgor que no le

gustó nada: el brillo de la complacencia.

«¡No, no, no!» se dijo Kyra con el miedo convertido ahora en pura furia.

—*Arrodíllate ante tu Dios y amo.*

Kyra no pudo aguantar más la ira que la consumía y explotó como un volcán. Hizo amago de arrodillarse, pero en lugar de clavar la rodilla salió corriendo hacia delante como una exhalación, hacia el Dios Áureo.

El Ojo-de-Dios y los Ejecutores no pudieron reaccionar a tiempo.

Kyra se propulsó con toda la fuerza de sus piernas y recorrió la escasa distancia que le separaba del Dios en un abrir y cerrar de ojos. Armó el puño para golpear a aquel ser arcano que la contemplaba sin expresión alguna en un rostro de oro.

Llegó hasta el Dios y echó el brazo atrás para golpear llena de una furia imparable. En ese instante los labios del Dios se movieron. Un sonido llegó a los oídos de Kyra, como un cántico lúgubre. Un destello de una luz intensa, casi transparente, golpeó los ojos de Kyra que ahora veía la escena acontecer como si el tiempo se hubiera detenido y todo sucediera de forma aletargada. El puño de Kyra avanzó hacia el rostro áureo y entonces sus ojos descubrieron la procedencia del resplandor. Era una disco cristalino que el Dios tenía en su mano izquierda.

«¿Qué demonios es eso?» pensó Kyra.

Pero era demasiado tarde.

Una bruma arcana rodeó el cuerpo del Dios formando una esfera translúcida. En ese instante el tiempo comenzó a correr nuevamente y todo volvió a producirse a la velocidad que debería. El puño de Kyra avanzó hacia su blanco, pero se estrelló contra la esfera. El dolor explotó en su mente y un latido más tarde, llevada por la inercia, toda ella chocó contra la esfera protectora. El golpe fue brutal y salió rebotada hacia atrás. Quedó tendida en el suelo, retorciéndose de dolor.

«¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha sucedido? ¡Lo tenía, no es posible lo que acaba de hacer!». El cuerpo, y sobre todo la mano, le dolían tanto que le costaba pensar. «Ha utilizado... algún Poder... ¡Maldito!».

Los Ejecutores la rodearon de inmediato y sus lanzas aciagas

buscaron el cuello de Kyra. Sin embargo, por alguna razón, se detuvieron a un dedo de su yugular.

No la mataron.

Sobre el suelo, boca arriba y con las lanzas sobre su garganta, Kyra observó a los Ejecutores que estoicos parecían esperar la orden. Kyra cerró los ojos y tragó saliva, el frío del suelo mordía con fiereza su cuerpo desnudo.

—*Mi intuición era cierta, eres muy diferente a las demás.*

—¡Sal de mi cabeza, puerco!

—*Nadie antes había intentado algo así. Ciertamente sorprendente. Tienes agallas, esclava.*

—Deja de llamarme esclava, mi nombre es Kyra y te acordarás de él, eso puedo jurártelo.

—*Kyra... lo recordaré... puedes estar segura.*

De súbito las lanzas se retiraron y quedó en medio de los Ejecutores.

—Preparadla —ordenó el Ojo-de-Dios.

Manos férreas la agarraron, clavándose en su carne como garras de ave de presa, y la levantaron del suelo con gran brusquedad.

—¡Soltadme, cerdos asquerosos! ¡Os mataré a todos! —gritó Kyra fuera de sí con la ira consumiendo su alma—. ¡Juro que os mataré a todos!

Los Ejecutores se la llevaron al aire mientras Kyra se resistía con violencia. Sentía el dolor de la pelea, se lastimaba en el fútil intento por resistir, pero nada le importaba, no permitiría que aquel ser la tocara.

¡Nunca! ¡Antes la muerte!

La llevaron a una cámara contigua. Una puerta se abrió y Kyra se halló en una singular estancia con forma triangular. Las paredes eran de un rojo intenso y el suelo negro como la noche. En el centro se encontraba una enorme esfera plateada con runas grabadas a lo largo de toda la superficie. Junto a la esfera dos Ojo-de-Dios con fajín rojo aguardaban, en sus manos dos tomos abiertos. A Kyra la escena le dio muy mala espina y un escalofrío le recorrió la espalda.

«¿Qué demonios es esto?». Kyra se quedó todavía más confundida.

—¿Qué me vais a hacer? —gritó a pleno pulmón.

Pero nadie respondió.

La metieron en la gran esfera y cerraron la puerta límpida.

Por un momento nadie se movió.

Kyra se puso aún más nerviosa. ¿A qué esperaban?

Entonces lo vio.

El Dios Áureo se acercaba caminando con paso sosegado desde la entrada de la cámara hasta la esfera. Parecía flotar sobre el suelo. A Kyra se le puso la piel de gallina al verlo acercarse a ella. Aquel ser emanaba una esencia de enorme fuerza mística. Kyra sentía en cada poro de su piel el poder arcano y el peligro que el Dios irradiaba. Por un momento pensó que podría matarla sólo con así desearlo.

Quizás así fuese.

Por primera vez en su vida su corazón luchador le falló: comenzó a encogerse ante la presencia omnipotente del Dios.

«¡No, no, no, lucharé hasta mi último aliento», se sobrepuso Kyra sacando coraje y ardor desde lo más profundo de su alma.

—*No te resistas, será menos doloroso.*

El golpe mental la sorprendió, pues estaba dentro de la esfera y no lo esperaba. Se percató de que el Dios era tan poderoso que podría probablemente propagar su pensamiento a través de distancias y objetos. Aquello la intimidó todavía más pero cerró los puños con rabia y se dispuso a seguir combatiendo.

«Sobrevivir y escapar», se recordó. «Ikai, ¿dónde estás hermano mío? Te necesito». Luego pensó en lo lejos, perdida, y desesperanzada que se encontraba; lo poderosos que eran los enemigos que la rodeaban, y recapitó. «No vengas, hermano, sólo la muerte te espera aquí. No vengas por mí».

Una sustancia comenzó a rodearla en el interior de la esfera. Era azulada, como humo teñido de océano. La envolvió por completo y por un momento Kyra pensó que no podría respirar, que se ahogaría.

—¿Qué me vais a hacer? —gritó al Dios Áureo.

Pero este no respondió. La contemplaba con aquel aire de superioridad, de poder divino.

La sustancia llenó la esfera aunque aún podía respirar. Comenzó a sentirse rara, somnolienta, relajada, aunque la situación era de peligro y angustia y su mente así se lo indicaba. La esfera emitió unos destellos dorados que llenaron la cámara con su poderoso resplandor. En ese instante escuchó un sonido metálico y sintió un doloroso pinchazo en la planta de los pies.

—¡Malnacidos! —maldijo, pero estaba tan cansada y la sustancia era tan acogedora y placentera que no pudo resistirse. Fue perdiendo consciencia de donde se encontraba, de lo que le estaba sucediendo. La esfera volvió a emitir destellos, de plata esta vez.

—*Kyra, la esclava. Ten por seguro que recordaré tu atrevimiento.*

Kyra le lanzó una mirada llena de odio.

El Dios sonrió.

—*Adamis es mi nombre —dijo alargando la entonación—, recuérdalo bien, pues tu Dios soy y tu vida y la de todas tus compañeras en mis manos está.*

Y Kyra perdió la consciencia.

Ikai permanecía agachado en medio del cañaveral oculto en las sombras de la noche, acompañado del discordante croar de las ranas. La luna reinaba alta y bella, escoltada por miles de diminutas y brillantes estrellas cual diosa velando protectora por su pueblo durmiente tras un largo día de trabajo.

Unos pasos a su espalda, Ikai podía oír el eterno murmullo cantarín del gran río. El sonido de la corriente siempre le tranquilizaba, se sentía arrullado por sus acuosos brazos intangibles. No era de extrañar, pues después de todo se trataba de los Senoca, el Pueblo del Mar, o los que un día lo fueron un día, aunque nunca llegaran a recuperarse. Ahora sólo les quedaba el gran río y el recuerdo. Se llevó la mano a la pierna derecha y recorrió su tatuaje azulado con los dedos: un sol radiante sobre el mar en calma. Era discreto en comparación con otros tatuajes más elaborados y extensos que llevaban los suyos. Pero a él le gustaba, y además, a Ikai nunca había gustado de llamar la atención.

De pronto, las ranas enmudecieron. Alguien se acercaba. Despacio, ahogando todo sonido, Ikai desenvainó espada y daga de lanzar. Se preparó. Escuchó atento y distinguió pasos furtivos sobre la húmeda superficie a su derecha. Estaba seguro de que no podían verle pues las cañas lo rodeaban en todas direcciones, cubriendo su presencia excepto hacia el interior del río. Se volvió despacio y armó el brazo derecho con la daga arrojadiza lista para ser lanzada. Los pasos eran ahora más ostensibles. Las cañas se apartaron. Un soldado apareció ante Ikai espada en mano. El brazo fue a ejecutar la acción de lanzamiento pero la mente de Ikai no dio la orden.

—¡Espera! —escuchó de pronto. El soldado se detuvo a tres pasos con la mano alzada. Unos grandes ojos turquesa desorbitados de espanto bajo el yelmo lo miraban.

Ikai reconoció aquellos ojos, y aquella voz. No era un soldado, era un oficial: Liriana.

Despacio, bajó el brazo y la saludó con la cabeza.

La Capitán dejó escapar un profundo y prolongado suspiro. Se acercó hasta Ikai.

—¡Casi acabas conmigo! —protestó en un murmullo.

Ikai observó los ojos acercarse, brillaban con intensidad, eran grandes, bonitos.

—Haces mucho ruido —le regañó Ikai.

—Soy un oficial, no un maldito Cazador, la sutileza no es mi fuerte.

Ikai asintió.

—¿Cuál es el plan?

—Toda la ciudad está en estado de alerta. El Regente quiere nuestras cabezas a cualquier precio. El Sumo Sacerdote Torkem está arengando a las masas para que nos entreguen. La Guardia nos busca casa por casa y los Ejecutores están barriendo las afueras y las aldeas cercanas. No tenemos muchas opciones. Estamos en un buen lío.

—Dijiste que podrías conseguir ayuda... que tenías amigos...

Liriana asintió.

—No todo está perdido, seguimos con vida ¿no?

—Si no actuamos nos encontrarán, créeme, puedo asegurártelo —dijo Ikai que podía ver las luces de la capital tras la arboleda algo más al sur.

—He conseguido una reunión, no ha sido nada fácil, casi me arrestan. Sígueme.

—¿A dónde vamos?

—No hagas tantas preguntas y sígueme.

Liriana avanzó siguiendo el cauce del río hacia el norte entre los cañaverales. Ciertamente la joven no estaba acostumbrada al sigilo, entre la armadura de oficial y sus pasos pesados Ikai tenía la sensación de que los detectarían a una legua de distancia. Unas nubes cubrieron la luna y la

penumbra se cerró sobre ellos. Ikai suspiró aliviado, quizás los oirían pero al menos no podrían distinguirlos. Avanzaron durante más de una hora y el agua les llegaba ahora hasta las rodillas.

—Ya estamos —anunció Liriana en un susurro.

Ikai alzó la vista y vio un característico edificio de los Senoca: una pirámide achatada de piedra. Una de sus caras daba a un pequeño muelle de madera. El edificio estaba pintado de negro y sobre la pared distinguió la representación del mar, y de la muerte. «La Última Puerta, que indicado...» pensó desalentado. Aquel era el edificio ritual donde se oficiaba la ceremonia del viaje sin retorno al océano del más allá. Era una antiquísima tradición entre su pueblo. Una tradición mantenida de una época mejor, cuando eran libres... El difunto era situado en un sencillo bote junto con algunas pertenencias para el viaje y la familia lo despedía en una ceremonia íntima. «De la madre mar venimos y a su inmensidad volvemos». Por un instante la idea le pareció hasta atractiva. Tumbarse en la sencilla embarcación, relajado, y dejar que la corriente del gran río lo llevara para jamás regresar. Todos sus problemas se acabarían. Pero el rostro de Kyra apareció en su mente. «No, no puedo rendirme y abandonarla, tengo que continuar adelante por muy difícil que sea la situación». Se sacudió la sensación derrotista y continuó avanzando hacia el edificio. No era buen agüero estar allí pues era un lugar fúnebre, pero desde luego era buen sitio para esconderse, al menos de los Guardias. Los Ejecutores eran otro cantar.

Entraron, la puerta estaba siempre abierta. Liriana lo guió en la oscuridad, sin encender ninguna luz, parecía conocer bien el lugar. Ikai apenas podía ver nada en la negrura del interior. Escuchó un chirrido: madera siendo accionada.

—Abajo —dijo Liriana y desapareció.

Ikai avanzó y distinguió la trampa por la que Liriana había descendido. La siguió, cerrando la trampa sobre su cabeza.

Descendieron unas escaleras de piedra e Ikai distinguió algo de luz al final de un pasillo.

—Ya estamos —anunció Liriana.

La Capitán abrió una puerta al fondo del corredor y una luz los bañó

con cegadora brillantez. Ikai se cubrió los ojos y llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Liriana entró en la estancia.

—Vamos, no hay peligro —le aseguró.

Ikai esperó un momento a que sus ojos se acostumbraran a la luz. Entonces echó una rápida mirada al interior. Vio a un hombre sentado a una mesa en el centro; flanqueándolo había otros dos de pie y dos más al fondo. Todos ellos llevaban túnicas sencillas, parecían campesinos, pero por alguna razón llevaban capucha y los rostros los mantenían ocultos. Aquel detalle no le gustó. Los granjeros no acostumbraban a ocultar el rostro bajo capuchas, menos aún en el interior de un lugar de culto, y tenía la sensación de que aquellos hombres eran algo más que sufridos trabajadores de la tierra. Despacio, se llevó la mano a la espalda y aferró su daga arrojadiza.

Liriana le hizo una seña desde el interior.

—Vamos, Ikai, son amigos, te lo aseguro.

Pero Ikai no se fiaba. Estaba agradecido a Liriana por haberle salvado la vida pero no iba a poner pie en una habitación de un sótano llena de extraños encapuchados. Podrían pertenecer a la Guardia... ¿Estaba entrando de cabeza en una trampa? Miró a Liriana, deseaba confiar en ella pero nadie le aseguraba que no la hubieran capturado y a cambio de su vida se hubiera ofrecido a entregarlo. Observó a los hombres, lo ocultaban, pero Ikai se percató de que iban armados: algo prohibido y castigado con la muerte. No, aquella situación no le gustaba lo más mínimo. Calculó la distancia hasta la salida, por si tenía que salir corriendo.

—¿Analizando las alternativas, joven Cazador? —llegó una voz desde el interior.

Ikai identificó la procedencia de la voz. Era el hombre sentado en el centro de la mesa. No podía verle la cara pero la voz le resultó extrañamente familiar.

—Démosle un momento, nuestro joven amigo tiende a calcular muy mucho sus movimientos.

La frase desconcertó a Ikai. ¿Quién era aquel personaje?

—¿Acaso me conoces? —preguntó Ikai armando el brazo derecho.

—¡Ikai, no! —exclamó Liriana.

Los hombres en el interior desenvainaron espadas cortas de cobre y puñales.

—Baja el brazo, Ikai, sé que no lanzarás esa daga hasta evaluar todas las opciones —dijo el extraño que seguía sentado a la mesa.

Liriana le hizo un gesto para que bajara el arma.

—Tranquilo Ikai...

—¿Quién eres? Y no lo volveré a preguntar... —amenazó Ikai con un tono que no dejaba duda.

—Un viejo amigo —dijo el hombre y sin realizar movimientos bruscos se echó la capucha atrás, dejando al descubierto un rostro anciano muy magullado y apergaminado bajo unos cabellos níveos que caían hasta juntarse con una barba, también blanca como la nieve.

—¡Gedrel! —exclamó Ikai completamente sorprendido bajando las armas.

—Hubiese tenido gracia que después de salvar a este pobre viejo de los forajidos lo mataras tu ahora —dijo Gedrel soltando una pequeña carcajada.

Ikai sonrió y entró en la sala. La cara de Gedrel mostraba todavía un aspecto lamentable, consecuencia de la dura paliza que había recibido cuando Ikai lo rescató. Las heridas le hacían parecer más frágil de lo que ya era. Si cuando conoció al viejo Ikai pensó que debía rondar los ochenta, en aquel momento, bajo la luz de la lámpara de aceite, le dio la impresión de que debía rozar la centena, si bien sabía que era imposible. Nadie había vivido tanto en muchas generaciones. Uno de los hombres salió fuera y cerró la puerta tras él.

—No te preocupes, mi sobrino va a asegurarse de que no os han seguido.

—Tu sobrino... como los que te acompañaban cuando nos encontramos. ¿Y supongo que estos hombres que nos rodean también son

parientes tuyos? Debes de tener una familia realmente numerosa...

Gedrel asintió y le dedicó una amplia sonrisa.

—¿Nada escapa a esa mente analítica tuya eh, Ikai? Digamos que tengo una familia *extendida* bastante numerosa, sí —dijo señalando a los congregados en la sala—. Siéntate y toma algo de vino con este viejo loco —invitó Gedrel señalando la banqueta frente a él al otro lado de la vieja mesa de madera.

—Como gustes —dijo Ikai intentando deducir lo que allí sucedía. Desde luego, lo que tenía muy claro era que aquel hombre no era ningún viejo chiflado, muy al contrario. Se sentó frente a él y les sirvieron dos copas de vino de un pellejo.

—¿No tendréis algo de comida...? Estoy desfallecido y seguro que Liriana también dijo Ikai mirando a la Capitán.

—No hemos tenido tiempo de prepararnos. El aviso de Liriana ha sido inesperado y nos ha cogido por sorpresa. Pero algo de víveres hemos traído.

Se dio la vuelta e hizo un gesto a uno de los encapuchados al fondo. El hombre, alto y robusto, se acercó con un morral. Lo puso sobre la mesa y dispuso parte de las provisiones. Ikai se lanzó a devorar la carne curada y el queso que le ofrecieron olvidando gentilezas mientras su estómago rugía agradecido.

Liriana se sentó sobre un baúl a un lado. Se quitó el yelmo y lo dejó en el suelo entre sus fuertes piernas. Ikai la contempló. Hasta entonces no había podido verle el rostro, sólo aquellos grandes ojos azul turquesa bajo el yelmo. La estudió: era joven, de su edad, quizás un año mayor. Era alta y fuerte, con un cuerpo muy fibroso y trabajado. Se llevó un pedazo de queso a la boca e Ikai se fijó en su rostro: sus facciones eran delicadas, su nariz fina y la boca pequeña. Pero lo que más llamó la atención de Ikai era que llevaba el pelo claro cortado al ras. Aquello era habitual entre los hombres de la Guardia, pero no tanto entre las mujeres. El corte de pelo no le favorecía, pero la delicadeza del rostro y los grandes ojos la hacían interesante, atractiva incluso. Ikai no sabría decir qué era, pero tenía algo atrayente.

Liriana lo miró de reojo y lo cazó estudiándola. Ikai se ruborizó y

desvió la mirada pero ella no pareció darse cuenta y continuó degustando las provisiones.

Ikai volvió a centrarse en la comida y agradeció especialmente el vino, hacía mucho tiempo que no tenía el privilegio de degustarlo, pues una familia de campesinos como la suya sólo podía permitirse una botella muy de vez en cuando y no solía ser de una cosecha excesivamente buena.

—Come tranquilo, joven Cazador, y repón fuerzas. Tienes un aspecto lamentable, peor que el mío, y eso ya es difícil de conseguir —sonrió el anciano—. Me han contado que has tenido ciertas dificultades con nuestro querido Regente Sesmok... qué desafortunado...

Ikai alzó una ceja y miró al anciano con intención de asegurarse de que estaba siendo sarcástico.

—En cuanto terminéis de comer atenderemos vuestras heridas. Veo cortes mal vendados —dijo mirando a Liriana—, y a ti te cae sangre por el brazo, Ikai. Misos es boticario, él se encargará —dijo señalando a uno de los hombres que tenía una bolsa de cuero junto a los pies.

—Te lo agradezco.

—Supongo que tu delicada situación tendrá que ver con lo ocurrido a tu hermana...

Al escuchar el sutil tono del anciano y observar el brillo de inteligencia en sus ojos, Ikai comprendió que la intervención de Liriana, su rescate y huida, no había sido una coincidencia.

—Gedrel, Mercader para los Dioses —dijo Ikai recordando la conversación con el anciano en el claro del bosque y señaló la argolla dorada en su muñeca izquierda—. Para los hombres... otra cosa muy diferente... —dijo emulando sus palabras y contempló a los hombres allí reunidos.

Gedrel sonrió.

—Buena memoria tienes, mi joven amigo.

—¿Quién eres en realidad, Gedrel?

—Esa es una pregunta difícil de responder. No porque desee evadirla, no, no es eso. Verás... soy muchas cosas diferentes para mucha gente, muy al contrario de lo que los Dioses quieren que sea: un mercader esclavo

más. Para algunos soy esperanza, la esperanza de un mundo mejor, de un futuro mejor para sus hijos. Para otros sólo soy un viejo soñador, un poeta de historias épicas que intenta enamorar a la luna. Para casi todos, soy un viejo chiflado con un sueño grandilocuente, un sueño de libertad...

—Desde luego sabes hablar y no decir nada —respondió Ikai intentando que el anciano se dejara de evasivas.

La respuesta no gustó en la sala y los hombres se tensaron. Gedrel alzó la mano y le restó importancia.

—Te diré quién soy... para ellos —dijo señalando a los hombres que le rodeaban—. Soy el portador de la semilla. La que debemos plantar en los corazones desesperanzados de los hombres para que un día germine y crezca fuerte, buscando el sol, alcanzando el cielo, consiguiendo la libertad.

Ikai observó al anciano. Podía intuir que había mucha inteligencia y sabiduría en aquel hombre. El acto de viejo chiflado no era más que una representación estudiada para engañar a una audiencia no deseada. Ikai comenzaba a ver al anciano bajo una nueva luz.

—Una respuesta compleja...

—Muy bien, mi joven Cazador, charlemos como amigos que somos, intentaré explicártelo.

—Ya no soy un Cazador, Gedrel, no soy nada.... bueno, no es cierto, ahora soy menos que nada: soy un Paria, estoy condenado a muerte.

Gedrel suspiró profundamente.

—A veces la dificultad extrema del camino es la que mide nuestro temple y nos fuerza a acciones impensables, a triunfar sobre obstáculos infranqueables.

—Mi único deseo es recuperar a mi hermana y sí, los obstáculos son gigantescos.

—¿Te rendirás entonces? —cuestionó el anciano inclinando la cabeza mientras sus ojos profundos como el mar leían el alma de Ikai.

Ikai recordó con desgarradora viveza el ruego desesperado de su madre y la promesa que le hizo al partir de la aldea

—No, no me rendiré, no ahora, ni nunca —dijo negando con la cabeza—. Si he de morir que así sea, pero no me rendiré por muy grandes que sean los obstáculos.

Gedrel sonrió.

—Nosotros tampoco por imposible que parezca la hazaña. ¿Ves? No somos tan diferentes tú y yo.

Los ojos de Ikai se fijaron en una mano ensangrentada sobre una de las paredes.

—¿Qué representa? ¿Quiénes sois en realidad?

—Somos aquellos que se niegan a aceptar vivir una existencia de esclavitud. Somos aquellos que desean que sus hijos, y los hijos de sus hijos, no sepan lo que significa nacer y morir esclavo. Somos los que luchamos por conseguir que un día puedan vivir libres, sin miedo, dueños de su propio destino.

—He oído algún rumor sobre vosotros...

—No muchos, espero, pues eras un Cazador...

—No, no muchos, puedes estar tranquilo. Los Cazadores no saben de vuestra existencia, al menos de momento. El pueblo no habla con los Cazadores.

—Y con razón. Servís al Regente y él a los Ojo-de-Dios y sus Dioses todopoderosos —intervino Liriana.

Ikai asintió apesadumbrado.

—No me enorgullezco de lo que era y lo que he tenido que hacer. Tampoco me arrepiento. Hice lo que tuve que hacer por mi familia.

Gedrel abrió los brazos mostrando las palmas.

—Nadie te juzga, Ikai.

—Me han juzgado cada día, con cada mirada. Estoy acostumbrado —dijo Ikai tragando el sabor amargo que el sentimiento le producía en la garganta—. Fue Kyra, mi hermana, quien os mencionó.

—¿Estaba tu hermana entre los nuestros? —dijo Gedrel interesado e intercambió una rápida mirada con Liriana.

—No lo creo... pero ahora que lo pienso, quizás alguien querido para ella lo estaba. Pero murió. El recuerdo de Malte y las extrañas circunstancias de su muerte le vinieron a la cabeza.

—Entiendo... Muchos son los peligros que mi familia y yo corremos —dijo Gedrel mirando a Liriana y luego a los otros—. Los siervos de los Dioses nos persiguen sin descanso.

—Enfrentarse a los Dioses es una locura. Os mataran a todos sin piedad alguna. A vosotros y a vuestras familias.

—Conocemos el riesgo que corremos. Todos estamos en esto por voluntad propia, nadie nos obliga. Más de mil años llevamos esclavizados, sirviendo a unos dioses déspotas, sufriendo todos los días hasta morir, viviendo una existencia llena de sufrimiento y lo más sangrante: vacía de toda esperanza. Y los hombres sin esperanza en sus corazones se marchitan y mueren, como una flor privada de agua. Mil años, Ikai. Mil.

Ikai recordó el sufrimiento de su madre, el de su hermana, el suyo propio. Entendía los ideales de Gedrel pero alzarse era una locura, sólo hablarlo en voz alta era una locura. «Son unos insensatos, los matarán a todos». Ikai negó con la cabeza y maldijo para sus adentros.

—¿Es que has olvidado quién eres? ¿Quiénes somos? —preguntó Gedrel con tono paternal—. Somos el Pueblo del Mar, tú eres un hijo del mar —dijo señalando el tatuaje de Ikai en su pierna, y apuntando hacia la Argolla de Ikai en su brazo izquierdo prosiguió—. Un Mar que los Dioses nos han negado, encerrándonos dentro del Confín, negándonos aquello que nos pertenece por derecho. Los Dioses nos obligan a trabajar la tierra para producir aquello que ellos requieren. Trabajamos día y noche para sobrevivir, para no acabar río abajo en una barca fúnebre, o peor, en un foso. Pero ahí afuera, al final de ese río, está el mar que se nos niega. Nuestra madre. Debemos volver a ella pues con brazos abiertos nos llora. Si escuchas al viento las noches de verano, te traerá en sus alas los llantos de una madre que anhela a sus hijos.

—Nadie sabe qué hay fuera del Confín... —dijo Ikai.

Gedrel sonrió con cinismo.

—Eso no es del todo cierto, joven amigo. Nosotros no podemos abandonar los límites, las Argollas lo impiden, pero ese no es tu caso...

Tú has cruzado el Confín, ¿no es cierto, Cazador?

Ikai se estremeció. ¿Cómo podía el anciano saber aquello? Los Cazadores mantenían un secreto absoluto sobre las misiones encomendadas. Aquel hombre sabía mucho más de lo que parecía.

—Quizás...

—¿Y qué has encontrado ahí fuera? Fuera de este círculo maldito que nos encarcela.

—¿Círculo? —dijo Ikai extrañado.

Liriana y Gedrel intercambiaron una mirada cómplice.

La joven Capitán sonrió.

—Sí, Ikai, el Confín es una circunferencia. El punto central es el gran Monolito Sagrado en la plaza de la capital. La distancia desde el monolito a cualquier punto del Confín es equidistante. La hemos medido.

Ikai la miró sin terminar de comprender. Liriana se percató.

—¿Sabes leer y escribir?

—Soy hijo de campesinos. Lo tenemos prohibido —dijo Ikai bajando la cabeza.

—Eso explica. Si no sabes leer y escribir tampoco sabes la geometría básica —dijo con una sonrisa cálida—. Es una circunferencia porque la distancia desde el monolito, el centro, a cualquier lugar del Confín es siempre la misma. Para que lo entiendas, el Confín es una rueda de carro y el monolito el eje.

Ikai lo comprendió. Se sintió molesto, avergonzado. Le habían enseñado a rastrear, luchar y matar. Pero nada sabía del resto de materias.

—Tú has visto cosas ahí fuera... —insinuó Gedrel intentando que Ikai soltara la lengua.

Ikai asintió.

—¿Qué has visto? ¿Otros hombres?

La pregunta cogió a Ikai por sorpresa.

—¿Otros hombres? —repitió perplejo—. No, más allá del Confín hay jungla y... —Ikai tragó saliva recordando la experiencia— y... fieras

bestiales. Pero no hay hombres.

—¿Estás seguro de eso, joven Cazador? —inquirió Gedrel con tono amistoso.

—Lo estoy. Si los hubiera las bestias los habrían despedazado. Además, ¿qué otros hombres puede haber? Nosotros somos los únicos hombres...

Gedrel sonrió, una sonrisa sincera y profunda.

—El hombre siempre cree ser el centro del universo, es un defecto de nuestra propia existencia. Pero si lo piensas detenidamente, nada nos asegura que ahí fuera no exista otro Confín con otros pobres desgraciados como nosotros, esclavizados por los Dioses de la misma forma, pensando, como lo hacemos nosotros, que están solos en el universo. Que no podamos salir de aquí y ver qué más hay tras los límites no significa que no haya otros.

Ikai analizó las palabras de Gedrel. Tenían sentido. «Los Sacerdotes siempre han pregonado que sólo los Dioses, sus siervos y nosotros existimos. Ir contra esa creencia es traición». Pero Gedrel tenía razón, una vez más. Aquello dejó a Ikai muy confundido. ¿Era posible que hubiera otra gente ahí fuera? ¿Y dónde estaban los malditos Dioses? Muchas preguntas desconcertantes para las que no tenía respuesta y que lo confundían.

Liriana se acercó a Ikai.

—En cualquier caso, debemos continuar adelante. Debemos liberar a nuestro pueblo de la esclavitud a la que está sometida.

—El ideal es noble, os concedo eso, pero no tenéis ninguna oportunidad. El Regente acabará con vosotros, y si no es él serán los siervos de los Dioses. Y la madre Mar no quiera que los propios Dioses vengan a buscaros...

—¿Los Dioses? ¿Acaso has visto uno? —dijo Gedrel negando con las manos—. No, nadie los ha visto pues no se recuerda la última vez que un Dios pisó nuestra tierra si es que lo hicieron. No, ni siquiera hay constancia. ¿Acaso sabemos cómo son? Los Sacerdotes nos hablan de ellos constantemente pero ¿quién los ha visto? Nadie. Nunca.

—Sólo vemos a los siervos de los Dioses, no a sus amos, y siempre ha sido así. No olvidemos eso —dijo Liriana.

—Pero alguien crea y dirige a esos engendros, a los Siervos.

Gedrel asintió.

—Cierto. Pero los Dioses no me preocupan ahora mismo pues pocos somos y no pueden sentir el soplo provocado por el aleteo de nuestras alas de esperanza sea donde sea que se encuentren. Pero ese mismo soplo en viento se va convirtiendo poco a poco y lleva la esperanza a cientos de los nuestros, y pronto éstos serán miles, y algún día no muy lejano, llegará a soliviantar a todo nuestro pueblo. Y se alzarán como uno, contra la tiranía que los aplasta.

Ikai bajó la cabeza. No quería discutir con el anciano. Estaban condenados y él lo sabía. Eran unos locos de nobles ideales a los que pronto capturarían y ejecutarían.

Gedrel se echó atrás en la silla y suspiró.

—Sé lo que piensas y sí, llegará el día. Pero lo que hemos iniciado no puede detenerse ya. En este momento el soplo está llegando a un pobre campesino en su granja y la esperanza brotará en su corazón. La misma esperanza que llegará a su familia y pasará llevada por el viento hasta la familia de su vecino. No puede detenerse ya, Ikai. Ha dado comienzo y sólo la victoria o la muerte podrán detenerlo.

Ikai cerró los ojos y deseó con toda su alma que aquellos infelices recapacitaran.

—No esperamos que lo entiendas —dijo Liriana con una mirada fría —, tú no eres uno de los nuestros y hasta hace dos días eras un Cazador, el enemigo.

—¿Por qué me habéis salvado entonces? —preguntó deseando entender por qué estaba involucrado en aquella locura sin sentido.

—Una promesa te hice, que si un día nuestros caminos volvían a cruzarse y la situación era a la inversa, recordaría el favor que me hiciste —le respondió Gedrel con sinceridad en su tono.

—Y te estoy muy agradecido. Me has salvado la vida cuando estaba perdido...

—¿Pero...?

—Pero... ¿Por qué razón? ¿Por qué sacrificar la vida de un fiel soldado por mí? ¿Por qué arriesgar la vida de Liriana? ¿Por qué ponerla al descubierto?

—Una promesa es una promesa —dijo Gedrel con los ojos clavados en los de Ikai.

Ikai frunció el ceño. No tenía lógica.

—Hay algo más que no me cuentas, Gedrel, no arriesgarías a tu... *familia* sólo por una deuda fruto de un casual de la vida.

—A veces la casualidad no es tal, joven amigo, sino el destino indicándonos el camino que debemos seguir.

Ikai echó la cabeza atrás y se quedó pensativo.

«Algo quiere de mí, de otro modo no me habría salvado. Pero ¿el qué? Nada tengo más que mi vida».

—¿Qué quiere tu destino de mi, Gedrel?

El anciano soltó una carcajada.

—Mente calculadora la tuya, joven amigo. En efecto, algo quiero de ti. Dos cosas para ser más exactos.

Ikai cruzó los brazos sobre el pecho

—¿La primera...?

—La primera es sencilla: información. Como bien has deducido es cuestión de tiempo que el Regente envíe a los Cazadores tras nosotros. Un tiempo que se nos agota. Nuestros números, durante años, han sido pequeños y nuestras actividades encubiertas, escasas. Hemos tenido unos pocos encontronazos con los Siervos de los Dioses, pero tan poderosos e intocables se creen que en sus serviciales cabezas la idea de una revuelta contra sus amos es totalmente inconcebible. Sus pequeñas y ofuscadas mentes han sido incapaces de unir los puntos. Lo cual, gracias a los cielos, nos ha permitido seguir adelante. Pero la semilla está germinando y el mensaje comienza a extenderse entre nuestro pueblo. En las pequeñas aldeas grupos de hombres, como estos que ves aquí, se reúnen al anochecer de forma clandestina y difunden el mensaje. Cada día somos

más y lo que se ha iniciado ya no puede pararse pues lo alimenta una de las fuerzas más grandes del universo: la esperanza.

Ikai sacudió la cabeza.

—Locos...

Liriana se irguió.

—Nosotros somos los cuerdos —dijo—, loco es el que vive toda su vida esclavizado y muere sin esperanza, sin alma, por no haber intentado ser libre ni un sólo día en su miserable vida.

La frase fue tan contundente que Ikai quedó consternado, observando los ojos turquesa que lo miraban ahora con rabia.

—Muy bien dicho, querida niña —dijo Gedrel con una gran sonrisa—. Verás, Ikai. Nuestros números comienzan a resultar visibles y los rumores ya han llegado a palacio. Hemos logrado contenerlos pero pronto alcanzarán al Regente. Esconder nuestras actividades de la incompetente Guardia, o de los engreídos Siervos de los Dioses es una cosa, pero escondernos de los Cazadores, es otra muy distinta.

—¿No tenéis a nadie infiltrado en los Cazadores? —dijo Ikai mirando a Liriana, pues ella de alguna forma se había infiltrado la Guardia del Regente.

—Por desgracia no ha sido posible. Lo hemos intentado, sin suerte. Los Cazadores, como bien sabes, son reclutados personalmente por los Maestros Cazadores. Es una sociedad secretista y oclusiva, lo ha sido así por cientos de años. Nadie conoce sus secretos, nadie excepto los propios Maestros Cazadores.

—Y estos son leales al Regente... —dijo Ikai.

—Más que leales a ese tirano, yo diría que son muy conscientes del extremo peligro que corren ellos y sus familias de oponerse a los Dioses y conscientemente prefieren no hacerlo.

—No te equivocas —dijo Ikai recordando las palabras de Sejof.

—Por ello, llevo mucho tiempo tras la pista de un Cazador que pueda ayudarnos...

—Y he aparecido yo...

—Que nada tienes que perder pues condenado estás a muerte. Tú puedes desvelarnos los secretos que tan celosamente esconde esa sociedad. Por ello, cuando fueron a acabar con tu vida, Liriana intervino.

Ikai miró a la Capitán y ésta le guiñó un ojo y lo aderezó con una sonrisa.

—¿Cuánto tiempo llevas vigilándome?

—Desde que llegaste a la ciudad.

Ikai suspiró.

—Veo que tenéis planificación y determinación, aparte de ideas grandilocuentes.

Gedrel soltó una pequeña carcajada.

—¿Qué queréis saber? Me habéis salvado la vida, os lo debo.

Gedrel le hizo un gesto de agradecimiento.

—¿Cómo podemos escondernos de los Cazadores? Dicen que cuando buscan a alguien siempre lo encuentran por mucho que se esconda, incluso bajo tierra. Dicen que son cazadores de hombres natos, que ningún rastro pierden y ninguna presa escapa. Dicen que si te dan caza, estás muerto. ¿Es esto cierto?

—Es cierto.

—¿No hay ninguna posibilidad de escapar de ellos? —preguntó Liriana—. En la Guardia hemos oído esos mismos rumores y cierto es que siempre que parten de cacería vuelven con la presa. Lo he visto muchas veces. Pero no puede ser que sean infalibles. No puede ser que tú —dijo acercándose hasta Ikai y presionando con el dedo índice sobre el torso del joven—, seas infalible.

Los ojos de ambos se encontraron. Ikai leía la duda en los de ella.

Con suavidad respondió a la velada acusación.

—De muchas cosas tenéis amplio conocimiento, pero veo que los secretos de los Cazadores os han sido negados.

Liriana echó la cabeza atrás y quedó a la escucha con rostro intrigado.

—Los Cazadores son seleccionados personalmente por los Maestros Cazadores por sus dotes ya innatas, y son entrenados arduamente para ser cazadores de hombres excepcionales. El secreto arte de la caza de hombres es algo que se ha ido perfeccionando durante más de 800 años, convirtiendo a hombres como yo en rastreadores excepcionales y grandes luchadores. Durante años me han entrenado a diario, siguiendo una rígida tabla de conocimientos, hasta convertirme en lo que soy. Pero Liriana tiene razón, eso me convierte en un excepcional ave de presa, pero no en alguien infalible. Lo que convierte a los Cazadores en infalibles, es... — todos miraron a Ikai y el silencio se adueñó de la sala—, es el Ojo de Halcón.

Gedrel y Liriana clavaron sus ojos en Ikai.

—¿Ojo de Halcón? ¿Qué es? —Preguntó Gedrel

—Es un Artefacto de los Dioses.

Liriana frunció el ceño.

—Los Artefactos de los Dioses sólo pueden ser utilizados por sus siervos, no por los hombres.

—Eso no es del todo correcto. Los Artefactos suelen estar en manos de los Ojo-de-Dios y en alguna ocasión en manos de los Ejecutores, pero hay al menos uno usado por los hombres. Puedo dar fe de ello, pues a mi Maestro se lo he visto usar en muchas ocasiones.

Liriana miró a Gedrel como buscando apoyo.

—Lo que nos transmites es trascendente —dijo Gedrel pensativo—, pues hasta ahora siempre habíamos creído que los Artefactos estaban fuera del alcance de los hombres. Si pueden ser usados, nos otorga una nueva posibilidad...

—¡Podríamos usarlos contra ellos! —dijo Liriana enardecida.

A Ikai aquella frase no le gustó. Enfrentarse a los Dioses con sus propias armas era cuanto menos una auténtica locura. La desesperación de aquel grupo comenzaba a serle patente.

—Háblanos del Ojo de Halcón —pidió Gedrel.

—Está bien. Cada Maestro Cazador es dotado con uno. Lo custodia

con su vida. Es un Artefacto con poder en forma de disco. Es pequeño, cristalino y contiene una pepita dorada en su centro. Señala con un haz de luz dorada la dirección de la presa perseguida. Es por ello que los Cazadores nunca fallan.

—¿Puede usarlo cualquier hombre? ¿Podría usarlo yo? —preguntó Liriana.

—Eso no lo sé. Sólo se lo he visto usar al Maestro Sejof y para hacerlo protege su mano con un guantelete especial, también de los Dioses. En realidad no sé mucho sobre el Artefacto, se dice que son los Ojo-de-Dios quienes se los proporcionan a los Maestros. Cuando un nuevo Maestro Cazador es investido, se reúne con los Ojo-de-Dios a puerta cerrada en algún lugar durante tres días y vuelve con el Artefacto. Los Maestros guardan un secretismo total sobre el objeto. Es cuanto sé, lo siento.

Gedrel asintió y suspiró.

—¿Tiene algún otro Poder que hayas podido presenciar?

—Sí, uno más —dijo Ikai observando la Argolla Dorada en su brazo izquierdo—. Permite al Maestro comunicarse con los Cazadores a largas distancias.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Liriana mientras sus ojos turquesa fulgían llenos de interés.

—Desconozco el cómo pero proyecta pensamientos e imágenes a nuestra mente. Lo hace a través de la Argolla.

—Muy interesante... —reflexionó Gedrel.

—Es cuanto sé.

—Debemos encontrar la forma de escondernos del Ojo de Halcón o nos cazaran como a ratas de cloaca —dijo Liriana con el ceño fruncido.

—Tranquila, hija mía, no todo está perdido. Hallaremos la forma de engañarlo —dijo Gedrel con tono calmado—. Hoy ya sabemos mucho más de lo que ayer conocíamos. El joven Ikai nos está siendo de gran ayuda.

—Dije que os ayudaría y yo cumplo siempre mi palabra. Dijiste que dos cosas querías de mí, Gedrel. ¿Cuál es la segunda?

Gedrel lo miró a los ojos. Su rostro se ensombreció.

—Quiero que ayudes a Liriana a cruzar el Confín.

Ikai quedó tan sorprendido que no pudo responder.

—El destino ha querido que vuestros caminos se crucen y continúen ahora como uno.

—¿Nuestros destinos? No entiendo... —balbuceó Ikaí.

—Tú puedes cruzar el Confín y sabiendo lo que un Cazador sabe, hallarás la forma de que Liriana lo cruce con vida.

—Eso no es posible. Que yo sepa, únicamente los Siervos de los Dioses y los Cazadores pueden cruzar el Confín. Nadie más.

—Estoy seguro de que hallarás la forma, pues tu destino te aguarda y Liriana tiene la clave para conducirte hasta él.

Ikai miró a Liriana intentando razonar lo que escuchaba.

—Ella te conducirá hasta tu hermana —aseguró Gedrel.

Ikai se tensó y se volvió hacia el anciano.

—¿Sabes dónde está? ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé. Acepta el trato y te lo diré.

Ikai estudió sus opciones. No sabía a dónde se habían llevado a Kyra los Siervos de los Dioses. La Guardia lo perseguía y pronto enviarían a los Cazadores tras él. No tenía opciones. No le quedaba más remedio que aceptar el trato, no podía arriesgarse a salir al descubierto en busca de respuestas.

Contempló a Gedrel un momento, valorando si fiarse del hombre o no.

Finalmente se decidió.

—Acepto. Tienes mi palabra.

Gedrel suspiró y cruzó las manos.

—A tu hermana se la han llevado a la Ciudad Eterna.

Ikai escuchó la devastadora noticia y notó cómo su alma caía al suelo. El peor de sus temores se acababa de convertir en realidad. Kyra estaba en

la ciudad de los Dioses. No lo podía creer. Si ya antes era prácticamente imposible liberarla, ahora era un verdadero suicidio. Ikai sintió como si una montaña lo hubiera aplastado.

—Partimos al amanecer —dijo Liriana, y abandonó la estancia sin esperar respuesta.

Ikai la observó marchar, llena de determinación. Suicidio o no, Kyra estaba con vida y eso era lo realmente importante. La rescataría. Si para ello hasta la mismísima morada de los Dioses se veía obligado a ir, allí iría.

Sólo la muerte lo detendría.

Kyra despertó sobresaltada. Abrió los ojos de par en par y atravesó con la mirada el extraño material vítreo que se alzaba ante su rostro. Descubrió a Yosane frente a ella, que la miraba desde el interior de una singular cápsula vertical con el rostro contraído por el terror. Kyra empujó con fuerza el cristal, pero no se movió un ápice. Estaba atrapada. Entrecerró los ojos y estudió la siniestra celda que la aprisionaba: le dio la impresión de ser un sarcófago con cubierta de cristal.

—¿Qué demonios ha ocurrido? —preguntó Kyra a su amiga, pero el sonido no abandonó la cápsula. Intentó recordar qué le había sucedido pero le fue imposible. Estaba de pie, encerrada y sin memoria. Se miró el cuerpo y encontró su piel desnuda cubierta de una tonalidad rojiza. Por un momento pensó que se trataba de sangre y el corazón le dio un vuelco. «¡Qué me han hecho!». Se tocó el brazo y comprobó que no era sangre. Algo le sucedía a su piel, sólo esperaba que no fuera permanente.

Sintió frío en los pies y descubrió que los tenía sumergidos en una sustancia viscosa, como aceite. Le llegaba hasta los tobillos. Las plantas le dolían horrores y se sentía débil, como si acabara de padecer una enfermedad. La cápsula estaba llena de una sustancia blanquecina, como bruma, que flotaba alrededor de su cuerpo. Al respirar vio cómo entraba en su cuerpo por las fosas nasales. «¿Pero qué me están haciendo?», se asustó. Por suerte la sustancia no parecía nociva. Se sintió invadida, ultrajada. Dejó de respirar pero supo de inmediato que era una tontería, no tenía elección, tendría que respirar.

—¡Cerdos! ¿Qué nos estáis haciendo? —exclamó a pleno pulmón llena de rabia, pero, de nuevo, el sonido no abandonó la cápsula. Un ataque de ira incontenible la poseyó y comenzó a golpear el vidrio con ambos puños, empleando todas sus fuerzas. Gritó y golpeó hasta que el dolor la obligó a parar. Llena de impotencia comprobó que no conseguiría romperlo. Miró atrás y descubrió que la parte posterior de la

cápsula era metálica. Golpeó con fuerza, utilizando codos y antebrazos, pero también fue inútil, sólo consiguió hacerse más daño y tuvo que desistir consumida por lo estéril del intento. Quedó totalmente exhausta. Parecía irrompible, al menos sin un arma. Kyra hubiera dado cualquier cosa por tener una barra de acero con la que golpear.

«¿Por qué nos han metido aquí? ¿Qué pretenden?».

Apoyó la cara contra el vidrio y trató de averiguar dónde se encontraban. Buscó a Idana y la encontró en el lado de Yosane, dos cápsulas más a la derecha. Sus ojos mostraban miedo pero al ver que Kyra la buscaba con la mirada, sonrió levemente. Entre sus dos amigas vio a Lian y Urda. La cara de Lian estaba blanca como si hubiera visto un fantasma. La habitual arrogancia tras la que se resguardaba había desaparecido por completo. Urda miraba a izquierda y derecha con su grueso entrecejo arrugado, parecía ciertamente preocupada.

Kyra contó seis cápsulas en total frente a la suya formando una media luna y dos más a su derecha e izquierda. Imaginó que habría seis en su lado formando otra media luna aunque no podía verlas bien, una para cada prisionera del grupo. Calculó que la separaban unos diez pasos de sus dos amigas. La cámara debía ser circular. Las paredes y el suelo eran de blanco mármoleo y relucían impolutas.

Un mal presentimiento iba creciendo por momentos en el estómago de Kyra y por mucho que intentaba librarse de aquella molesta sensación, no lo conseguía. De pronto, dos Ojo-de-Dios entraron en la cámara, uno por cada extremo y se situaron frente a ellas en el centro de la estancia. Kyra se tensó. Algo sucedía. Los Ojo-de-Dios se echaron al suelo y quedaron tendidos en posición de absoluta sumisión. Kyra sabía lo que aquello significaba:

El Dios Áureo.

Y como si la hubiese escuchado, la odiosa deidad entró en la cámara avanzando como si flotara sobre el suelo hasta situarse en el centro, entre los dos semicírculos de prisioneras.

—Adamis... —recordó su nombre, como si proviniera de una profunda pesadilla.

Kyra no podía apartar los ojos de aquel ser grácil de piel de oro que

vestía una refulgente armadura de escamas con larga capa transparente colgando de sus esbeltos hombros. A un gesto del Dios, los dos Ojo-de-Dios se pusieron de pie, sacaron sus tomos de plata y recorrieron una por una las cápsulas de las prisioneras, realizando anotaciones. Al finalizar se situaron a un lado y quedaron en silencio con la cabeza gacha, cual respetuosas estatuas. «¿Qué demontres hacen?», pensó Kyra cada vez más nerviosa. El estómago le dio un vuelco al imaginar las atrocidades que aquel ser les tendría reservadas.

De pronto alguien más entró en la cámara.

«¡Un nuevo Dios!».

Avanzó con paso decidido, su piel dorada y esbeltez eran inconfundibles. Vestía de forma similar al Dios que ya aguardaba: portaba una túnica blanca y larga con ribetes en argento y sobre ella llevaba una armadura de coraza robusta y plateada que le cubría del cuello a los muslos. Las extremidades las llevaba protegidas por grebas y guanteletes también de plata. De sus hombros protegidos por placas colgaba una capa casi transparente. En la cintura llevaba dos espadas cortas con empuñaduras simples, sin pedrería. Tras realizar un ceremonioso saludo se situó tras Adamis, que parecía aguardarlo.

Kyra tragó saliva, el nuevo Dios era muy alto, un palmo más que el odioso Adamis. También era mucho más ancho de hombros y musculoso. Por su fortaleza física, Kyra tuvo la sensación de que debía ser algún guerrero portentoso. La cabeza la llevaba completamente afeitada, sin embargo, una larga coleta trenzada que nacía sobre su nuca le caía por la espalda. Era esbelto pero no tanto como Adamis, y los rasgos de su rostro no eran tan bellos y delicados, había algo de... brutalidad en ellos. Al verlos juntos, Kyra dedujo que debía tratarse de señor y su guerrero, quizás su guardaespaldas. Contemplar a aquellos dos Dioses frente a ella le produjo un escalofrío tan gélido que quedó aterida.

Y entonces sucedió algo tan increíble al tiempo que terrorífico que conmocionó a Kyra de forma terrible: con ojos llenos de estupor, vio entrar en la sala no uno, ni dos, sino a ocho Dioses Áureos.

Kyra los vio avanzar: esbeltos, con piel de puro oro viejo, poderosos, divinos, amos y señores de todo en lo que sus ojos se posaran. Caminaban con la seguridad y altivez de aquellos que eran dueños del

mundo. Si la visión del primer Dios había conmocionado a Kyra, contemplar a aquel grupo junto, con aquel aura de poder increíble que desprendían, la dejó aterrorizada. Por un largo momento no pudo respirar. Cuando se recuperó el corazón se le cayó a los pies. Siempre había dudado de que los Dioses existieran y, de hacerlo, nunca había imaginado que pudieran ser más que unos pocos, no sabía cuántos, pero había imaginado inconscientemente que serían un puñado, no más. Sin embargo, sólo allí, frente a ella, había diez reunidos. Y entonces la terrible verdad la golpeó con la fuerza de la embestida de un toro salvaje. Toda aquella increíble, enorme y magna ciudad en medio del mar, los cinco grandes anillos, ¿cuántos Dioses albergaba? ¡Cuántos, por los cielos!

A su llegada Kyra sólo había visto siervos de los Dioses y esclavos; quizás aquello había reforzado la inconsciente idea de que podría contar los Dioses con los dedos de una mano. Pero ahora que lo pensaba detenidamente, no tenía lógica. Si tan pocos eran, ¿para qué necesitaban una ciudad tan inmensa? Es más, ¿para qué les obligaban a producir recursos sin descanso y los mataban de hambre? ¿Cuántos Dioses había en aquella ciudad maldita? ¿Cien, mil, más aún? Kyra no lo sabía pero la mera posibilidad de que hubiera un millar la dejó petrificada de horror.

Los Dioses avanzaron de dos en dos, como formando en parejas en un insólito desfile. Kyra distinguió de inmediato que se trataba de señor y guardaespaldas en cada caso. Parecían venir a presentar sus respetos a Adamis que aguardaba en el centro de la cámara. Los dos primeros vestían de intensos rojos adornados con fulgentes naranjas. Las armaduras eran también rojas, pero más oscuras, como bañadas en sangre. Las capas que llevaban colgando de los hombros daban la impresión de haber cogido fuego y esparcirlo al aire a su paso.

Llegaron hasta Adamis, lo saludaron con sobrias reverencias y se situaron a un lado. Al ver la escena y teniendo en cuenta lo sucedido con anterioridad, Kyra dedujo que Adamis debía ser el anfitrión y el grupo que se acercaba sus invitados. El segundo par de Dioses vestía de suaves azules de diferentes tonalidades entremezcladas. Las armaduras, por otro lado, eran de un intenso azul índigo. Según avanzaban las capas parecían mecerse como las olas de un mar en calma. A estos los seguían dos Dioses vestidos en colores marrones y ocres. Las corazas de sus pechos parecían estar compuestas de pura roca y sus capas, de un marrón terrero, parecían

confeccionadas de las faldas de una montaña. Finalmente, la última pareja áurea, en vestimentas de cálidos blancos llegó hasta el centro de la cámara y saludó a los anfitriones. Las capas de estos parecían tan livianas y delicadas que con un soplo se elevaban para no volver a tocar tierra.

Kyra, ensimismada, no perdía detalle. Tan extraña era la escena que hasta sentía haber olvidado el miedo. ¿Qué era aquella extraña reunión? ¿Quiénes eran aquellos Dioses?

El Dios anfitrión realizó un gesto con la mano. Los cuatro Dioses señores lo saludaron y comenzaron a inspeccionar las cápsulas donde las tenían encerradas mientras sus guardaespaldas aguardaban con rostros estoicos. Adamis no se movió.

El Dios en vivos rojos se acercó de inmediato hasta Kyra y la observó penetrando el vidrio con ojos inquisidores. Su rostro, si bien de facciones esbeltas, no desprendía belleza como el de Adamis, al contrario, era un rostro que transmitía crueldad. Se debía a los ojos... unos ojos sanguinarios... encarnados, y aquellos labios curvos que le sonreían despiadados. Kyra, consciente de su desnudez y siendo examinada como un animal de sacrificio, se sintió tan humillada que deseó poder clavar una daga en los ojos inyectados en sangre de aquel ser abominable.

—*Rojo, interesante...* —proyectó el Dios contra la mente de Kyra esgrimiendo una sonrisa torcida. Kyra sintió el golpe mental como si le hubieran abofeteado.

—¡Cerdo! —exclamó llena de rabia.

El rostro del Dios se ensombreció. Los ojos le brillaron con un destello de profundo odio.

—*¡Cómo osas, esclava insolente, pronto aprenderás tu lugar!* —las palabras llevaban tal carga de rencor que la mente de Kyra se ennegreció y una fuerte migraña la atacó. Echó la cabeza hacia atrás, sobrecogida. El Dios sonrió, con una sonrisa satisfecha y malévola. Kyra le escupió a la cara pero el cristal impidió que lo alcanzara.

Los ojos del Dios se abrieron de par en par.

—*¡Pagaras muy cara esta insolencia, te arrancaré la piel a tiras!* — el mensaje mental fue tan fuerte que la cabeza de Kyra golpeó la parte posterior de la cápsula.

El Dios en azules vestimentas se acercó hasta ellos. Kyra se llevó las manos a la cabeza, pues el dolor era tan intenso que creía le iba a explotar. Los dos Dioses intercambiaron una mirada y aunque sus labios no se movieron y no le llegó sonido alguno, supo que estaban conversando. El siniestro Dios que la había amenazado se volvió y continuó examinando al resto de sus compañeras. Kyra, inmediatamente, temió por Yosane. Por desgracia nada podía hacer por ella allí atrapada y se sintió tan débil e impotente como un animal encarcelado.

Durante un largo rato los cuatro Dioses las examinaron minuciosamente una por una, tomándose su tiempo, observando no sólo sus cuerpos desnudos pintados en diferentes colores sino unos símbolos extraños en la cápsula, sobre sus cabezas. Por algún motivo, los cuatro mostraron un mayor interés en Kyra, lo cual sólo podía ser malo para ella, muy malo. La ansiedad comenzaba a hacer mella y sentía que le costaba respirar. Tras contemplar cómo se comportaban, paseando tranquilamente ante ellas, inspeccionándolas como a ganado en un mercado, Kyra tuvo la certeza de que aquella reunión de Dioses, aquel acto, era algún tipo de subasta o compra. Adamis había invitado a aquellos cuatro Dioses para enseñarles la mercancía que sus siervos le habían traído y ahora las vendería como animales.

«Sí, tiene sentido... también explica por qué no me han ultrajado aún: tengo más valor para esos degenerados de piel dorada si estoy intacta. Nos han preparado y ahora nos exhiben para la venta. Sí, eso es lo que está sucediendo». Kyra cerró los ojos y suspiró pesadamente. Aunque ese fuera el brutal destino que la aguardaba, no dejaría de luchar, no se rendiría nunca, pese a todo.

Kyra miró con odio al Dios anfitrión y este le devolvió una mirada insondable con sus ojos azul-grisáceos.

—*Compórtate, te juegas tu destino* —le advirtió Adamis. El golpe mental fue claro e indoloro.

Aquel aviso cogió a Kyra por sorpresa, no lo esperaba del altivo Dios. Qué le importaba a aquel ser si ella, una esclava, sobrevivía o no. Sobrevivir... aquella palabra le recordó a su hermano Ikai. Sí, debía sobrevivir y escapar, y así lo haría. Pero no podía fiarse de aquel Dios. ¿Por qué habría de hacerlo en aquella situación? Ella era su prisionera, su

esclava, estaba a su merced. No, no se fiaría, nunca.

Kyra entrecerró los ojos y envió una mirada de desconfianza absoluta a Adamis.

El mensaje mental la alcanzó al momento.

—No confías en mí, es natural. Pero créeme cuando te digo que tu destino está a punto de ser decidido. No tengo tiempo para explicaciones. Contén tu lengua y tu genio ante los Lores o sufrirás.

Kyra negó con la cabeza en dirección a Adamis, lentamente.

Y como respuesta llegó algo que la dejó completamente confundida. En su mente comenzó a escuchar voces, lejanas primero, con fuerza al cabo de un momento, que escalaron en potencia. Voces que sobrecogieron su mente y por un momento pensó que perdería la cabeza. Cerró los ojos con fuerza y se concentró. Consiguió modular y contener las voces. Comenzaron a tener sentido. Estaba escuchando la conversación que los Dioses estaban manteniendo. Oía las voces mentales de los cuatro Lores, distintas, singulares. De la impresión se estremeció.

Adamis la miraba fijamente, debía estar transmitiéndole la conversación. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué pretendía? Kyra lo pensó un momento y finalmente lo entendió: buscaba que confiara en él. Le permitía escuchar aquella conversación privada esperando a cambio ganar algo de su confianza. Kyra se concentró para no ser sobrecogida nuevamente y escuchó en el interior de su cabeza, prestando toda su atención. La verdad era que Adamis le había sorprendido con aquella jugada, lo mejor que Kyra podía hacer era escuchar con todos sus sentidos e intentar descubrir qué era lo que estaba sucediendo allí. Así tendría una oportunidad...

—Respetados Lores —dijo Adamis realizando una solemne reverencia ante los cuatro Dioses-Lord—, las Seleccionadas del Este aquí os presento pues así es requerido por nuestra ley. Antes de iniciar el Ritual de Selección, los representantes de las Cinco Casas Reales deben inspeccionarlas y dar su aprobación. Así lo requiere el protocolo para garantizar la equidad y transparencia del ritual.

Los cuatro Lores le devolvieron el saludo, uno por uno, con breves pero respetuosas reverencias.

—Doce jóvenes, una cosecha escasa he de decir —masculló pensativo

el Lord en azuladas sedas señalando las cápsulas con la mano.

Adamis asintió.

—La cosecha nunca puede ser estimada con antelación. Doce jóvenes es cuanto se ha conseguido recolectar en el Este. Los frutos de la tierra no son siempre los esperados y la cosecha no puede predecirse. No es posible saber cuántas nacerán y sobrevivirán hasta llegar a tener las cualidades mínimas requeridas.

—En cualquier caso no es la cantidad el factor que más desea mi casa, es la máxima pureza de los frutos lo que buscamos —dijo el Dios-Lord vestido en tonalidades marrones.

—Cada noble casa tiene sus propias prioridades y de nadie es menester cuestionarlas —dijo Adamis torciendo ligeramente la cabeza.

—Sólo hay una que mi casa desee —dijo el siniestro Lord en roja túnica—, el resto no llegan a la calidad que mi casa precisa.

—Esta cosecha nos ha proporcionado una joven de calidad roja, cuatro de calidad naranja y siete amarillas —explicó Adamis.

Kyra se miró el cuerpo esperando que el rojo se hubiera convertido en otro color, pero no, era rojo, y muy intenso. Maldijo entre dientes. «¿Por qué yo? De entre todas. Maldita sea mi suerte». Entrecerró los ojos y examinó a Yosane, su cuerpo estaba pintado de una brillante tonalidad naranja. Acto seguido miró a Idana, ella también estaba recubierta de naranja. «¿Qué demonios significan las calidades y colores? ¿De qué hablan? ¿Por qué somos diferentes? Todas tenemos una edad similar y procedemos de la misma tierra. ¿Qué quieren de nosotras estos cerdos sin escrúpulos? ¡Malditos!». Enfurecida observó al resto de las esclavas y se percató de que Lian y Urda, al igual que Yosane e Idana, estaban cubiertas también de naranja, el resto brillaban con un amarillo enfermizo.

—En la Casa de Eret, la Casa del Primer Anillo, a la que represento, —continuó Adamis abriendo los brazos en cruz—, recae la responsabilidad rotativa de la Selección este ciclo. Cada ciclo una casa, así lo marca nuestra ley y así debe ser. El honor de la recolecta y preparación de las Seleccionadas mi casa acepta esta vez. Además, la Casa de Eret debe garantizar la integridad del ritual y pureza absoluta de la ceremonia —Adamis miró a los dos Ojo-de-Dios y estos comenzaron a

anotar sus palabras—. *Doy testimonio de la presentación de doce jóvenes mujeres del este seleccionadas para el ritual* —con un movimiento de la mano señaló a las prisioneras. Todos los áureos las contemplaron con intensos ojos almendrados de diferentes tonalidades y a Kyra se le heló la sangre.

—*¿Han dispuesto de tiempo suficiente los Lores de las Cinco Casas para la inspección pre-ritual de las Seleccionadas?* —continuó Adamis en su función de maestro de ceremonias.

Los cuatro Lores asintieron con fría oficialidad.

Adamis asintió también a continuación como respuesta.

—*Comencemos, mis Lores.*

Los cuatro Lores se situaron junto a Adamis formando un círculo justo en el centro de la estancia. Estaban de pie sobre cinco circunferencias perfectas de color plateado. Las cinco circunferencias conformaban una central de color dorado de mayor diámetro, como cinco lunas alrededor de un sol. La simetría y perfección de las formas llamó mucho la atención de Kyra. Con toda seguridad Yosane tendría alguna teoría sobre la insólita representación.

—*¿Quién se presenta representando a la Casa de Aru, la Casa del Quinto Anillo, hablará en su nombre y defenderá sus intereses?* —preguntó Adamis.

—*Yo me presento, Lord Saxti, heredero a la corona de la Casa de Aru* —el Dios murmuró algo ininteligible y mostró las palmas de las manos. Un destello dorado recorrió su cuerpo y la circunferencia bajo sus pies se iluminó desprendiendo una potente luz plateada que se proyectó hacia la bóveda de la estancia. El Dios quedó bañado en la luminosidad un instante. La luz parpadeó y se tornó dorada.

Adamis asintió.

—*Vuestro linaje real queda verificado.*

Lord Saxti retiró las manos y la luz se detuvo.

—*¿Tenemos vuestra aprobación, Lord Saxti?* —inquirió Adamis.

—*La tenéis* —contestó el Dios-Príncipe en azuladas vestimentas y realizó un gesto de aceptación.

Los Ojo-de-Dios tomaron nota y el Príncipe quedó en silencio.

—*¿Quién se presenta representando a la Casa de Idnem, Casa del Cuarto Anillo, hablará en su nombre y defenderá sus intereses?* —repitió Adamis.

—*Yo, Lord Arrul, hermano del Rey de la Casa Idnem.*

Al igual que su predecesor pasó la prueba del linaje.

—*¿Tenemos vuestra aprobación, Lord Arrul?*

—*La tenéis* —contestó el Dios-Lord vestido en tonalidades marrones y ocres.

Adamis asintió.

Repitió la pregunta y la prueba del linaje para la Casa de Aurez, la Casa del Tercer Anillo. Lord Ezia, hijo segundo del rey de la Casa de Aurez, se presentó.

—*¿Tenemos la aprobación, Lord Ezia?*

—*La tenéis* —contestó el Dios Lord en vestido con en sedas blanquecinas.

Por último, Adamis miró al Lord en rojas sedas y sangrienta armadura.

Kyra no podía ver los ojos sanguinarios del Dios pero aún así su mente los revivió y se estremeció.

—*¿Tenemos la aprobación de la Casa de Aureb, la Casa del Segundo Anillo, Lord Asu?*

Por un instante el Lord guardó silencio. Una tensión comenzó a formarse entre Adamis y Asu, una tensión latente. El silencio prolongado para dar respuesta a aquella pregunta la intensificó hasta convertirla en casi palpable.

—*La tenéis* —contestó finalmente Lord Asu con altivez y condescendencia.

Adamis miró a Asu un instante, lo que captó la atención de Kyra. Hubiera jurado que había presenciado un destello de rabia, pero en aquellos impasibles rostros dorados era imposible asegurar emoción

alguna. Adamis miró al frente y continuó con la ceremonia. El linaje de Lord Asu fue probado.

—Por último, representando a la Casa de Eret, Casa del Primer Anillo —dijo alzando la mirada —se presenta Adamis, hijo del Rey Teore y maestro de ceremonias de este ritual.

Los cuatro Lores aceptaron a Adamis con una reverencia.

—Las Cinco Casas Reales están aquí hoy representadas, el ritual queda legitimado.

Adamis miró a los dos Ojo-de-Dios y estos asintieron.

—Las jóvenes han sido preparadas para el ritual e inspeccionadas por mis señores Lores. Doy por iniciado el Ritual de Selección —dijo abriendo los brazos.

Los Lores inclinaron la cabeza y miraron a la circunferencia dorada sobre el suelo. Adamis realizó un gesto con su brazo y murmuró unas palabras. Ante la atónita mirada de Kyra, la tierra se abrió. Una esfera dorada de gran tamaño surgió de ella, elevándose suavemente en perpendicular, hasta quedar suspendida en el aire sobre las cabezas de los cinco Dioses. A una orden de Adamis la esfera comenzó a rotar sobre sí misma produciendo un zumbido agudo que perforaba los oídos. Kyra se llevó las manos a las orejas para protegerlas.

De súbito la esfera produjo un haz de luz plateada y comenzó a barrer las cápsulas, una por una. Al llegar a la suya, Kyra se echó atrás temiendo un efecto dañino, pero el haz alargado de luz le pasó por el pecho, luego la cabeza y continuó a la siguiente prisionera sin causarle más que un escalofrío. Siguió el recorrido del haz con la vista y observó cómo examinaba a Yosane e Idana que reaccionaron como ella. Al acabar con la última de las doce, la luz desapareció y la esfera dejó de girar pero el horrible zumbido continuó torturando sus oídos.

—Es el momento de la Selección, mis Lores —dijo Adamis, y situó las manos sobre la esfera. Los demás Lores lo imitaron.

Kyra contempló a los cinco Dioses con las manos apoyadas en la gran esfera; se preguntó qué estaban haciendo y tuvo un mal presentimiento, el ácido del estómago le llegó hasta la boca y tuvo que empujarlo abajo.

La esfera bañó con su argente luz a los cinco, uno por uno y finalmente dejó de emitir el odioso zumbido. La esfera giró sobre sí misma y los cinco apartaron las manos. El haz de luz se focalizó en Lord Saxti. El Dios se giró y de inmediato la esfera dirigió el haz argente a... ¡Idana! Lord Saxti asintió. El haz señaló a otra de las doce prisioneras y el Lord volvió a asentir con respeto. El haz de luz desapareció.

Kyra comprendió que aquella maldita esfera había asignado a Idana a aquel Dios y lo que era peor, a ella no la había elegido. ¿Las separarían? Sí, seguro que las separaban. ¿Qué sería de Idana? La miró. Parecía resignada, lo aceptaba. ¿Sobreviviría? Idana era todo bondad y entrega, pero allí aquello no le serviría de mucho, más bien al contrario. Con el estómago como un mar de lava, Kyra intentó calmarse y no sacar conclusiones precipitadas.

La esfera volvió a repetir el proceso con Lord Arrul y Lord Ezia. Al primero le fueron asignadas tres prisioneras, entre ellas Urda. Kyra la miró a los ojos y en ellos encontró resiliencia. No sentía miedo, aceptaría el destino y haría lo posible por sobrevivir. A Lord Ezia le fue asignada Lian y otras tres esclavas. Lian no recuperaba el color, parecía totalmente sobrepasada por los acontecimientos. Estaba tan pálida y tenía los ojos tan hundidos que parecía iba a perder el sentido en cualquier momento.

Lord Asu fue entonces elegido por la esfera. Kyra inspiró profundamente. «No, a mi no, ¡por la Madre Mar, a mi no!» deseó con toda su alma. Lord Asu se giró y la miró. Kyra sintió como si le clavaran una flecha ácida en el pecho. Cerró los puños con fuerza intentando calmar sus nervios, no permitiría que la vieran temblar. Lord Asu sonrió con aquella sonrisa satírica y retorcida. Kyra supo en aquel momento, con certeza absoluta, que el Dios deseaba poseerla, en cuerpo y espíritu.

El haz se dirigió hacia Kyra. El tiempo pareció detenerse mientras la luz argénte se acercaba hacia ella. Kyra dejó de respirar, su corazón latía desbocado. El haz de luz pasó frente a su cápsula y seleccionó a otra de las jóvenes junto a ella. Kyra resopló llena de alivio y sintió una pena inmensa por aquella desdichada.

Entonces el haz volvió a moverse. Kyra se quedó atenazada, temiendo que retrocediera a por ella. Sin embargo, ante sus atónitos ojos, seleccionó a Yosane. Kyra sintió una angustia horrorosa, como si la

hubieran apuñalado en el pecho. Yosane temblaba de terror como un cervatillo bajo la intensa luz del haz. Tenía los ojos desorbitados del miedo.

«¡Yosane no! ¡No sobrevivirá! ¡Yosane!».

El haz de luz desapareció.

—¡No! —exclamó Lord Asu con fuego en sus ojos.

—*El ritual es sagrado, no debe ser alterado* —le recordó Adamis con voz neutra.

Lord Asu clavó sus ojos en Adamis.

—*¡La quiero a ella!* —exigió señalando a Kyra con clara rabia en su tono.

—*No es vuestra esa prerrogativa, mi Lord. No lo es de ninguna de las cinco casas. La ceremonia no debe ser mancillada.*

—*¡Es mía!* —reclamó lleno de furia.

—*El equilibrio de poderes entre las casas está en juego. La pena a tal afrenta es la muerte, Lord Asu* —advirtió Adamis.

Lord Asu miró a los otros tres Lores que lo observaban atentamente. Los guardaespaldas se llevaron las manos a las armas. La tensión comenzó a llenar la sala. Nadie hizo un movimiento en falso; las miradas cortaban como el acero más afilado.

—*¡Finalizad la ceremonia!* —concedió Lord Asu iracundo.

La esfera iluminó de plata a Adamis. Éste se giró despacio. El haz de luz partió del Dios y se dirigió directo hacia Kyra. La luz argente la alcanzó. Pero en lugar de sentir ansiedad o miedo, sintió un tremendo alivio. Resopló. Había estado a punto de terminar en las manos de Lord Asu, en comparación, Adamis le parecía una opción mucho mejor, mil veces mejor. El haz de luz desapareció, pues Kyra era la última por ser seleccionada.

La esfera volvió a girar sobre sí misma, descendió lentamente entre los cinco Lores y desapareció del mismo modo que había aparecido.

Adamis abrió los brazos.

—*El Ritual de Selección ha sido realizado con imparcialidad, equidad y siguiendo la ley de los Cinco Reyes. Los Lores deben aceptar la selección pues la Esfera de Poder ha realizado la elección para cada Casa Real* — sin esperar respuesta cruzó los brazos sobre el pecho y saludó a los Lores —. *Que cada Casa adquiera lo que suyo es por derecho y por ritual.*

Lord Saxti se acercó hasta Idana.

—*Buena calidad la de esta hembra, no excelente, pero buena. Mi casa está complacida. La otra que me ha correspondido es de calidad baja pero serán bien empleadas. No debemos menospreciar los frutos de la tierra* — dijo mirando a Adamis—. *Que las preparen.*

—*Lord Adamis, ¿cuándo las tendréis listas para que podamos llevárnoslas?* —preguntó Lord Arrul.

—*Están siendo purificadas, el proceso estará completado esta tarde. Si lo deseáis podéis disfrutar de las amenidades de mi casa mientras aguardáis* —ofreció Adamis.

—*Gracias, Lord Adamis, pero no será necesario, Enviaré a alguien de mi casa a por ellas. Muchas son las obligaciones de mi cargo y aunque gustoso disfrutaría de vuestra hospitalidad, desgraciadamente debo regresar a mi anillo a hacerme cargo de ellas. Pero os quedo muy agradecido por el detalle de vuestra invitación.*

Adamis asintió y realizó una pequeña reverencia.

—*Si la invitación se extiende a todos los Lores, yo sí aceptaría de buen grado vuestra generosa hospitalidad hasta que las esclavas estén listas para el traslado, Lord Adamis* —dijo Lord Ezia.

—*Desde luego, como no, Lord Ezia. Me honráis.*

Lord Asu avanzó hasta situarse frente a Adamis.

—*Como anfitrión y maestro de ceremonias que sois este ciclo, estoy seguro no tendréis inconveniente en un trueque con uno de vuestros distinguidos invitados* —dijo abriendo los brazos y su macabra sonrisa tomó vida.

De inmediato todos los ojos se volvieron hacia el Lord en rojo atuendo.

«¡No! ¿Qué trama ahora ese cerdo retorcido?» se preguntó Kyra

sobresaltada.

Adamis miró a los ojos a Lord Asu pero nada dijo.

—Mis dos selecciones por la vuestra. Es un trueque justo, dos por una. Una hembra naranja y otra amarilla, por la roja vuestra. ¿Me honraréis concediéndome este pequeño favor? Mi casa estaría en deuda con la vuestra... —dijo con voz sinuosa.

Los tres Lores se tensaron, como si aquella propuesta fuera en algún modo peligrosa. Sin embargo, Adamis permaneció calmado, sereno.

—Sería un placer para mí poder concederos este deseo, Lord Asu, más aún sabiendo que la poderosa casa del segundo anillo quedaría en deuda con la mía. Pero he de rechazar vuestra proposición pues atentaría contra de la equidad del ritual. Esta ceremonia es sagrada para las cinco casas pues garantiza que el delicado equilibrio de fuerzas entre ellas sea perpetuado. Si se desvirtúa la selección con un trueque, el equilibrio se rompería y abocaría a sufrir graves repercusiones.

—Es sólo un trueque, dos esclavas por una —dijo Lord Asu con tono rasposo, intentando restarle importancia.

—Bien sabéis que es mucho más que eso. Y aunque yo aceptara vuestra propuesta, las otras casas se negarían en redondo —dijo mirando a los otros tres Lores que asintieron al instante confirmando las palabras de Adamis—. La ley establece que el resultado de la selección es sagrado y no puede ser alterado en forma alguna.

—¡La quiero a ella! —explotó Lord Asu—. Se ha atrevido a insultarme. Debéis entregármela. Ningún esclavo puede faltarnos y no recibir su debido merecido. La afrenta con sangre debe ser pagada. Entregádmela, mío es el derecho de aplicar el castigo. Los Lores no se opondrán a que reciba su merecido. Lord Saxti ha sido testigo del insulto.

Adamis miró a Lord Saxti y este asintió confirmando las palabras de Lord Asu.

A Kyra se le hizo un nudo en el estómago.

—¿Castigar a una esclava es lo que deseáis? ¿Realmente? ¿O es haceros con la selección de mayor calidad del ritual?

—¡Cómo osáis! —gritó Lord Asu lleno de ira.

El guardaespaldas de Lord Asu desenvainó su espada. Casi al instante el guardaespaldas de Adamis lo imitó y desenvainó sus espadas cortas. Un instante después los otros tres guardaespaldas desenvainaron. A una velocidad pasmosa, en un pestañear y se situaron junto a sus señores, protegiéndolos con sus cuerpos.

Una esfera de puro fuego envolvió a Lord Asu y su guardaespaldas.

Los otros tres Lores dieron un paso atrás y con un gesto de la mano levantaron esferas alrededor de sus cuerpos. Superficies protectoras de diferentes tonalidades.

Adamis no se inmuto.

—Si derramáis sangre en esta cámara sagrada, en esta, mi casa, nada os salvará, ni vuestro señor padre Rey. Seréis decapitado. Es la ley. Os recomiendo que os calméis y recapacitéis.

Los ojos de Lord Asu refulgían con la intensidad de un volcán en erupción. Kyra pensó que mataría a Adamis en aquel momento. Pero se equivocó. El Dios retiró la barrera de llamas y entrecerró los ojos con odio.

—¡Pagareis por esto, Adamis. Eso os lo prometo, por mi casa, por mi honor! —dijo con un tono lleno de veneno—. ¡Nadie me insulta y escapa impune! ¡Lord o esclavo! Quedaos con ella, pero tened por seguro que lo pagareis, muy caro.

Adamis asintió y no dijo nada más. Lentamente señaló la puerta.

—Las Seleccionadas serán preparadas y se entregarán a mis señores Lores a la máxima brevedad posible.

Lord Asu lanzó a Kyra una última mirada llena de un odio visceral. Kyra recibió un golpe mental tremendo.

—¡Te acordarás, sucia esclava! —la cabeza de Kyra golpeó el metal a su espalda y un terrible dolor la sobrecogió. Lord Asu marchó sin saludar al anfitrión y con su guardaespaldas pegado a él.

El resto de señores bajaron sus protecciones y tras saludar amistosamente a Adamis abandonaron la cámara seguidos de sus protectores.

Cuando el último Lord abandonó la cámara, Adamis intercambió una mirada con su guardaespaldas, una de alivio.

—La próxima vez no podré salvarte —le dijo a Kyra—. Si deseas sobrevivir, debes aprender cuál es tu lugar, esclava.

Kyra quiso responder pero se percató de que había perdido la comunicación con Adamis, o más bien, el Dios Lord la había cortado. Los dos Dioses, Lord y Guardaespaldas, abandonaron la cámara.

La estancia quedó en penumbra. Kyra miró su cuerpo, rojo, luego los de Yosane e Idana, naranjas. Suspiró llena de angustia. Las separaban. Se las llevaban a diferentes Casas. ¿Con qué fin? ¿Qué iban a hacer con ellas? Cuanto más pensaba en ello, en la separación, en los Dioses, en sus cuerpos desnudos cubiertos de extraños colores, más angustia sentía. Intentó armarse de valor y, por primera vez desde que tenía uso de razón, no pudo.

La angustia la devoró.

Remaban en sincronía y el pequeño bote avanzaba a buen ritmo sobre las aguas calmas. Liriana se giró de medio cuerpo e Ikai se encontró con aquellos ojos turquesa que parecían fundirse con la inmensidad de las aguas del gran río, como si pertenecieran a él. Le costó dejar de mirarlos.

—No debemos estar lejos —comentó Ikai con tono de preocupación.

Por los días de trayecto que llevaban río abajo y el fuerte ritmo mantenido, había estimado que ya quedaba muy poco. Y no se equivocó. Tras unos árboles al este apareció una gran formación rocosa. Los vientos, con sus caricias eternas, habían tallado durante miles de años lo que ahora era la forma de un gigantesco caballo que parecía abreviar en el río. A Ikai le maravillaba aquella escultura natural. «Dentro de tres mil años, cuando los hombres y los Dioses hayan desaparecido de la faz de la tierra, ¿tú seguirás ahí ¿verdad?» pensó, con ánimo algo sombrío por la intranquilidad.

Liriana se volvió.

—Ya estamos —dijo Ikai señalando la gran forma rocosa.

La joven asintió y pusieron rumbo a la orilla oeste. Ikai conocía bien aquella ruta pues muchos desdichados intentaban huir río abajo, con la esperanza de que el Confín no tuviera efecto sobre las aguas del vasto río. Por desgracia, se equivocaban por completo. La mayoría morían ahogados al golpear la barrera de los Dioses y caer de las embarcaciones. Unos pocos llegaban con vida a las orillas y eran capturados por los Cazadores o decapitados *in situ* por los Ejecutores. Ningún humano podía traspasar el Confín sin el permiso explícito de los Dioses. Los cadáveres quedaban flotando contra la barrera formando un funesto dique.

Ikai se encogió de hombros involuntariamente. Era una imagen nefasta que tenía grabada a fuego en la memoria. La había presenciado

demasiadas veces. Lo que siempre le había llamado la atención era que las embarcaciones que los fugitivos utilizaban para la huida, sí continuaban río abajo, intactas. El Confín sólo afectaba a los hombres, si bien ningún animal se acercaba pues instintivamente podían sentir la peligrosa barrera y huían de ella. La retorcida mente de los Dioses que había ideado aquella cárcel siniestra para los Senoca escapaba al entendimiento de Ikai.

Vararon el bote en un recodo oculto. Cogieron los dos morrales con las provisiones, cargaron los arcos cortos a la espalda y se adentraron en el bosque como forajidos que ahora eran. Comenzaba a anochecer.

—Sígueme en silencio. Pisa donde yo pise, ahora nos jugamos la vida así que ten mucho cuidado —instruyó Ikai.

Liriana asintió. Avanzaron durante un par de horas siguiendo la orilla hasta divisar un robusto edificio circular junto al río. Las paredes eran de roca recubierta de pintura dorada y los tejados de madera barnizados en plata. Frente al edificio un largo y amplio muelle de madera se adentraba en el gran río. Varias barcas dormían amarradas al vaivén de la corriente. Los dos fugitivos se escondieron tras un abedul caído y observaron en silencio.

—Ese no es un fortín de la Guardia —susurró Liriana a Ikai.

—No, pero lo es de los Siervos de los Dioses. Lo utilizan para controlar el paso de embarcaciones con autorización. Hay siempre dos Ojo-de-Dios y una docena de Ejecutores apostados en él.

—¿Cuál es el plan? ¿Cómo vamos a evadirlos y cruzar? —preguntó Liriana en un susurro.

—No hay mucha elección. Tenemos que cruzar el Confín y aunque yo puedo hacerlo en cualquier punto, tú no —dijo señalando la Argolla de la Capitana con el león grabado en ella.

Liriana clavó en él sus ojos turquesa.

—Hiciste un trato con Gedrel. Tú me ayudas a cruzar el Confín y yo te ayudo a llegar a la Ciudad Eterna.

—No comprendo qué buscas allí. ¿Por qué deseas ir a la ciudad de los Dioses? Únicamente la esclavitud, la muerte o algo peor te esperan allí...

—Tengo mis motivos al igual que tú tienes los tuyos. No eres el único al que han arrebatado personas queridas. En cualquier caso, es algo que no te incumbe. Cumple con tu parte del trato, Cazador.

A Ikai no le gustó el tono de Liriana, su preocupación por la joven era genuino, no una treta para deshacerse de ella.

—¿Seguro que conoces la localización de la Ciudad Eterna?

—Crúzame al otro lado y te llevaré a ella. No te preocupes, cumpliré con mi parte.

Ikai sacudió la cabeza. No le gustaba nada aquel trato, no tenía ninguna garantía. Pero, por otro lado, no tenía opción. Debía llegar hasta Kyra antes de que algo irreparable le sucediera, y Liriana representaba la única opción viable en aquel momento. Nadie que Ikai conociera sabía de la localización de la ciudad divina. Era un secreto extremadamente bien guardado por los Siervos de los Dioses. De hecho, nadie que hubiera estado allí había regresado jamás para contarlo. Al pensarlo se dio cuenta de la crítica situación en la que se hallaba su hermana, y que no volvería a verla si no llegaba hasta ella y la rescataba. Sintió un escalofrío helado recorrer su espalda. Se estremeció y notó la piel de gallina en sus brazos.

—¿Estás segura de que deseas seguir adelante? El riesgo es extremo —dijo Ikai señalando a dos Ejecutores que hacían guardia bajo el resplandor de unas antorchas—. Yo no tengo elección tengo que rescatar a mi hermana. Tú todavía puedes dar la vuelta y salvar la vida.

Liriana lo miró con ojos penetrantes como saetas.

—Tú tienes tus motivos y yo los míos. La decisión está tomada.

—Tenemos muy pocas posibilidades de conseguir cruzar... el plan no es menos que una locura...

—¿Hay algún otro punto por donde puedas cruzarme que esté menos vigilado?

Ikai sacudió la cabeza.

—No que yo sepa. En todo el tiempo que he estado con los Cazadores, sólo en tres puntos he presenciado que se pueda cruzar el Confín y los otros dos están mucho más vigilados por ser vías terrestres.

—Adelante, entonces —dijo Liriana convencida.

—Está bien —respondió Ikai con un suspiro—. Nada de ruido. Asegura bien el arco a tu espalda, mete el carcaj en el morral y átalos bien, vamos a mojarlos.

Liriana comprendió. Asintió y sujetó bien el equipo a su espalda.

Muy despacio, Ikai se arrastró hasta la orilla y se sumergió en el agua. El río los recibió con un abrazo húmedo y gélido. Ikai sacudió el cuerpo con fuerza bajo el agua para luchar contra el frío. Le encantaba el agua aunque a aquella temperatura era un sufrimiento. Era un nadador excelente, había entrenado mucho con los Cazadores. Miró a su compañera a su espalda, Liriana lo sería también, pues era parte del entrenamiento de la Guardia.

Nadaron en silencio, ocultos por la noche. Ikai observó el firmamento. Iba a llover, el cielo estaba cubierto de nubarrones. Aquello les favorecía. Avanzaron hacia el muelle sin ser vistos. Cuando Ikai alcanzó el extremo más exterior del muelle, la Argolla emitió un zumbido hiriente y su brazo comenzó a temblar. Estaban muy cerca del Confín. Hundió el brazo en el agua y el zumbido desapareció. Liriana llegó hasta él y su Argolla comenzó también a emitir aquel alarmante zumbido. Ikai le agarró el brazo y lo sumergió. Se escucharon pasos sobre sus cabezas, en el muelle.

«¡Nos han descubierto!» pensó Ikai alarmado.

Se ocultó cuanto pudo bajo las maderas con Liriana a su lado, y aguardaron. El brazo le temblaba ahora descontrolado, estaban muy cerca de la barrera.

Los pasos se incrementaron, al menos media docena de personas estaban ahora justo sobre sus cabezas. «¡Nos buscan!».

Liriana lo miró con los ojos poseídos por el miedo. Ikai se llevó el dedo índice a los labios.

Un destello golpeó la superficie del río. Ikai entrecerró los ojos y observó con el agua cubriéndole hasta la nariz. Un navío de transporte se acercaba por la parte central del río. Era grande; un carguero, y por lo hundida que iba la quilla, transportaba material pesado. Al acercarse el navío al muelle, Ikai distinguió dos grandes velas rectangulares y tres

hileras de remeros que bogaban siguiendo el ritmo marcado por un tambor que ahora retumbaba en sus oídos. En la proa de la gran embarcación Ikai distinguió a un Ojo-de-Dios escoltado por Ejecutores. Inmediatamente Ikai llenó sus pulmones de aire, miró a Liriana con ojos de urgencia y se sumergió. Liriana lo imitó un suspiro más tarde.

La embarcación avanzaba sin intención de detenerse. Se dirigía río abajo a atravesar el Confín. Era precisamente lo que Ikai aguardaba. Sumergido, observó la escena aguantando la respiración. El Ojo-de-Dios en el barco abrió su tomo entre las manos y comenzó a emitir destellos de una tonalidad argéntea en dirección al muelle. Sobre su cabeza, Ikai vio que los destellos eran respondidos por otros de la misma intensidad y color. Los haces de luz procedentes del navío se encontraron con los procedentes del muelle y algún tipo de comunicación tuvo lugar.

De súbito, un zumbido tremendo castigó los oídos de Ikai. Todo a su alrededor comenzó a temblar, como si se estuviera produciendo un terremoto. El muelle, el agua, el propio río parecían retorcerse en convulsiones. Ikai tuvo que salir a la superficie y respirar, intentando controlar su cuerpo, sacudido violentamente por los temblores. Liriana emergió a su lado y respiró mientras el agua resbalaba por su rostro blanco de terror.

Se produjo una fuerte detonación de luz dorada en mitad del río a la altura del muelle. Ikai y Liriana se volvieron a contemplar la cegadora luminosidad. Una circunferencia de enormes dimensiones se hizo visible alzándose al cielo en medio del río. Ikai se sumergió y contempló la parte inferior de la gran circunferencia dorada que cortaba las aguas como un disco divino.

El navío se dirigió al centro del fenómeno.

Ikai emergió, sacudió la cabeza para librarse del agua en el rostro y cabello y susurró:

—Han abierto paso en la barrera. Es ahora o nunca.

Inspiró profundamente, gesticulando para que Liriana lo viera claramente e hiciera lo mismo. Liriana lo entendió al instante y llenó sus pulmones con el aire de la noche. Ikai se sumergió y con toda la potencia de sus brazos y piernas buceó en dirección al círculo dorado. Liriana lo

seguía de cerca. Ikai miró a su derecha y vio el casco de la gran embarcación, los remos entraban y salían del agua. Estaba cruzando la abertura en la barrera.

«Debemos apresurarnos o se cerrará antes de que logremos pasar».

Buceó con toda la fuerza y pericia de un experimentado Cazador. Llegó hasta el borde interior de la abertura dorada y comprobó que su Argolla no temblaba. Dudó un instante. Cruzar bajo el agua era extremadamente arriesgado. Si quedaba sin sentido se ahogaría. El navío avanzó a su lado y lo empujó a un lado.

«No hay elección, está a punto de terminar de cruzar, es ahora o cerrarán el pasaje y perderemos la oportunidad. ¡Maldición, nos tenemos que arriesgar!».

Esperó a que Liriana llegara a su altura, la miró a los ojos y la cogió de la muñeca izquierda. La contempló un instante: flotaba gentilmente en las profundidades, apenas visible, con parte de su rostro y cuerpo bañado por aquella luminiscencia. Su vida estaba ahora en las manos de Ikai. «Funcionará, tiene que funcionar» se alentó.

No dudó más. Adelantó su brazo izquierdo hasta cruzar el círculo áureo. Entrecerró los ojos y esperó angustiado a ser golpeado por los efectos nocivos de la barrera.

Pero nada sucedió.

Adelantó ahora el brazo de Liriana y esperó un instante.

Nada.

«¡Paso libre!», se dijo eufórico.

Fue a cruzar cuando notó una estela oscura, alargada, acercándose a ellos desde el otro lado de la barrera. Ikai dudó, ¿qué era aquello? Dos enormes ojos dorados sobre una boca con lengua viperina y dos colmillos formidables aparecieron ante él. Se le heló la sangre. Contempló el largo cuerpo plateado lleno de escamas.

¡Era una serpiente de agua! ¡Gigantesca!

El miedo lo asaltó con tal fuerza que estuvo a punto de abrir la boca para gritar y ahogarse. Entonces recordó que los animales no se acercaban a la barrera, se volvían.

Pero se equivocó.

Aquella bestia, que parecía sacada de una pesadilla de unos marinos borrachos, cruzó por el paso abierto y fue directa a por ellos. Ikai se dio cuenta con horror que aquello era obra de los Dioses, aquel engendro acuático estaba allí vigilando. Pensó qué hacer durante una fracción de segundo y actuó. Impulsó el cuerpo hacia adelante para atraer la atención de la bestia con potentes sacudidas de sus piernas y Liriana lo siguió. Justo antes de cruzar la barrera Ikai giró y se volvió. La serpiente lo atacó. Cerró sus fauces y rozó la bota de Ikai que ahora escapaba en dirección contraria con todo su ímpetu. Liriana, con el impulso que llevaba, cruzó al otro lado. Fue a volverse pero la barrera se cerró tras ella.

Ikai miró atrás y vio el navío y Liriana al otro lado de la barrera. Supo que se había cerrado. La bestia, más rápida que él, se situó a su altura e intentó enroscarse sobre su cuerpo. Ikai reaccionó, sacó su daga y la clavó en el tronco escamoso. La bestia acuática se soltó, pero apenas le había causado un arañazo. La serpiente se giró para encararlo mostrando desafiante sus enormes fauces.

A Ikai ya no le quedaba aire en los pulmones. Si emergía a respirar le descubrirían los Ejecutores. Si luchaba contra el monstruo, moriría. Y entonces recordó el consejo de su padre: «Cuando todo parezca perdido, haz lo impensable». Y así lo hizo. Se giró esquivando las fauces que rozaron su brazo y con las últimas fuerzas y los pulmones a punto de estallar se dirigió directo contra la barrera. La gran serpiente de agua lo siguió al instante intentando clavar sus fauces en el cuerpo de Ikai.

«Protégeme, Oxatsi, querida Madre Mar».

Golpeó la barrera. Las convulsiones y el dolor visceral lo azotaron con la violencia de un tornado.

El agua llegó a sus pulmones.

Y perdió el sentido.

Unos golpes en su pecho despertaron a Ikai.

—¡Vamos, vuelve conmigo!

Ikai reconoció la voz de Liriana pero no sabía dónde estaba ni qué le había sucedido. Unas arcadas tremendas lo sobrecogieron y comenzó a vomitar agua.

—¡Respira, vamos!

Ikai se retorció de costado mientras expulsaba agua de pulmones y estómago entre fuertes convulsiones.

—¡Gracias a Girlai, nuestro Padre Luna!

La imagen de la gran serpiente de agua golpeó su mente y se incorporó del susto.

—Tranquilo, estamos a salvo —le aseguró Liriana.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ikai observando que se encontraban en una arboleda no muy lejos del río.

—Que casi te ahogas. Menudo susto me has dado. Pero nos has salvado a los dos de esa bestia abominable. Pensé que no lo contabas. Te lo agradezco en el alma.

—Conseguí cruzar...

—Sí, tu Argolla emitió un destello y luego comenzaste a convulsionar mientras cruzabas. Perdiste el sentido. Tuve que sacarte, te ibas al fondo y casi nos arrastras a los dos. Nos hemos salvado de milagro, pensé que nos ahogábamos ambos pero conseguí sacarnos a flote. La bestia no logró cruzar, se quedó atrapada al otro lado.

—Gracias...

—No, gracias a ti y a esa cabeza tuya. La treta funcionó. Piensas rápido y bien.

Ikai sonrió levemente, le dolían horrores los pulmones y el estómago.

Liriana oteó en dirección al fortín de los Siervos de los Dioses.

—No nos han visto pero será mejor ponernos en marcha.

«Hemos conseguido cruzar». Ikai no lo podía creer. Ciertamente era que la suerte sonreía a los osados, o quizás a los locos, pues aquello había sido

una locura. Pero lo habían conseguido.

Sin mirar atrás avanzaron unas cuantas horas poniendo tierra de por medio entre ellos y el fortín. Ikai no captó que los siguieran. De todas formas, hizo uso de su conocimiento y tomó todo tipo de precauciones ocultando el rastro que dejaban tras de sí tanto como le fue posible. Acamparon en los bosques, no muy lejos del río.

—Gracias de nuevo —le dijo Liriana pasándole una rodaja de queso.

Ikai sonrió.

—No hay nada que agradecer, un trato es un trato. Os di mi palabra y yo siempre la cumplo.

—Ha sido un plan excelente, a excepción del tropiezo con la bestia de pesadilla —dijo Liriana inclinando la cabeza y examinando atentamente a Ikai, que se percató del escrutinio.

—Una improvisación con fortuna, más bien. Hemos tenido mucha suerte. Eso es todo.

Liriana negó con la cabeza.

—La suerte poco ha tenido que ver en todo esto. Lo has planeado muy bien en esa cabeza tuya y al final has improvisado con una audacia y temple admirables. Gedrel ya lo había visto en ti.

Ikai se encogió de hombros. A su ver, todo lo que había hecho era optar por la opción más racional. Nada más.

Comieron en silencio, observándose. Dos fugitivos midiendo su compañero forzado de huida.

—Es una pena que no podamos encender un fuego —dijo Liriana frotándose las manos, el frescor nocturno comenzaba a hacer mella en sus cuerpos.

—No es seguro. Podrían vernos.

—¿Los Siervos de los Dioses? No creo que hayan salido tras nosotros.

—No, ellos no —dijo Ikai mirando alrededor—. Aquí fuera, al otro lado del Confín, hay criaturas... muy peligrosas...

Inconscientemente se sujetó el costado, que aunque ya había sanado le seguía molestando.

—¿Criaturas? ¿Te refieres a bestias como esa serpiente de agua gigante?

Ikai suspiró.

—Sí, y peor.

—¿Peor? No te entiendo, ¿qué hay aquí fuera? ¿A qué nos enfrentamos?

—Te lo contaré para que lo entiendas.

Liriana dejó el morral a un lado para prestar atención plena.

Ikai le narró lo sucedido cuando fue herido por la criatura en la misión de caza y le mostró las heridas que había sufrido. Omitió conscientemente los prisioneros fugados que habían conseguido, de alguna forma, cruzar. No se fiaba de ella lo suficiente para revelar información tan crucial y peligrosa.

—Es un suceso estremecedor —dijo Liriana negando con la cabeza.

—Esperemos que no tengamos que revivirlo —respondió Ikai con un suspiro—. Pero debemos estar preparados para combatir, es muy peligroso estar aquí fuera. Las bestias no están acostumbradas a los humanos y atacan sin previo aviso. Y mucho me temo que hay bestias muy extrañas rondando...

—Lo estaré, ya me has metido el miedo en el cuerpo —dijo ella con una sonrisa tímida.

—Lo siento, no es mi intención alarmar sin causa, pero creo que es necesario que entiendas que este lado nada tiene que ver con el que hemos dejado atrás. Esto es naturaleza salvaje en toda su plenitud y algunas de las bestias que pueblan los bosques y páramos llevan más de mil años sin ver humanos. Algunas de estas criaturas no creo que hayan sido vistas nunca antes, y no descartaría que los Dioses tuvieran algo que ver en ello.

—¿Tú crees?

—Lo que me atacó no era natural... esa serpiente de agua tampoco...

—Entonces será mejor extremar las precauciones. Yo haré la primera

guardia —se ofreció Liriana desenvainando espada y daga.

Ikai accedió y descansaron.

El amanecer los recibió con una fresca brisa y pronto estuvieron listos para continuar la marcha. Ikai rastreó los alrededores y encontró bayas silvestres y algunas plantas comestibles para desayunar que sus estómagos agradecieron.

—¿Hacia dónde? —preguntó a Liriana mientras dejaba caer unas hierbas de entre sus dedos para establecer la dirección del viento.

—Seguimos río abajo —respondió ella, su mirada turquesa oteando las aguas.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó Ikai molesto por el secretismo.

—Lo verás cuando lleguemos —respondió ella sin mirarle con aquel tono militar seco y cortante que Ikai tan poco agradecía.

Sin esperar contestación alguna se puso en marcha. Se detuvo un momento, lo miró y dijo:

—Son bastantes días de camino así que será mejor que te decidas, no tenemos tiempo para discutir.

Ikai suspiró profundamente y en aquel momento agradeció no tener el carácter de su hermana.

Avanzaron siguiendo el río por días, como dos exploradores intentando descubrir la desembocadura de aquella enorme serpiente azulada. Con cada día de viaje la frialdad y desconfianza entre Cazador y Capitán se fue consumiendo algo, como el fuego de la hoguera de campamento a lo largo de la noche convirtiéndose en brasas al amanecer. Ikai, haciendo uso de sus habilidades de Cazador, se encargaba de encontrar alimento y rastrear la zona para asegurarse de no tropezar con peligro. Liriana se encargaba de montar campamento, preparar los alimentos e insistía en hacer el doble de guardias para compensar por su poca destreza en campo abierto, cosa que se había visto obligada a confesar a regañadientes.

Los primeros días de trayecto fueron tranquilos, hasta que se toparon con media docena de lobos grises. Aquellos lobos, mucho más agresivos

y salvajes de los que Ikai hubiera encontrado antes, se revolviéron y les atacaron. Consiguieron rechazarlos trepando a un olmo cercano y tirando con el arco desde arriba. Habían logrado hacerlos huir tras herir a un par pero a Ikai le quedó un profundo malestar en la boca del estómago. Lobos normales no los hubieran atacado así. Algo extraño pasaba con parte de la fauna allí fuera. Más adelante vieron un oso negro en la lontananza, no lo suficientemente cerca para representar un peligro pero aún así se escondieron de inmediato. Aquel oso era enorme, e Ikai volvió a tener un muy mal presentimiento. Por fortuna, el viento soplaba de frente y la bestia no los descubrió. No habían tenido más incidentes hasta el momento.

Por otro lado, lo que Ikai iba notando lleno de admiración era la insólita exuberancia de la fauna y flora que los rodeaba. Estaba fascinado. El maravilloso paraje estaba recubierto de un verdor pleno de vida: el follaje, los troncos de los árboles, el suelo, incluso las rocas estaban forradas de un verde intenso y penetrante. Las fragancias selváticas eran tan exóticas como vibrantes. Todos sus sentidos se veían desbordados de sensaciones nuevas y excitantes que lo embrujaban. Cada día hallaba plantas, bayas y vegetación que Ikai no había visto nunca antes. Aves de vivos colores y enorme tamaño cruzaban el cielo e Ikai no podía más que contemplar semejante belleza con la boca abierta. La mayoría del tiempo ni siquiera llevaba el arco cargado pues se quedaba ensimismado mirando las maravillas que lo rodeaban. Incluso Liriana, que no era tan amante de la naturaleza como Ikai, se quedaba atónita ante la exótica belleza con la que se iban encontrando. Ikai hubiera dado cualquier cosa por poder quedarse y estudiar aquel hábitat maravilloso, pero no podía, debía seguir adelante.

Estaba anocheciendo cuando Ikai regresó al campamento. Habían llegado a un plácido lago en cuyo centro se divisaba una pequeña isla con una enorme roca blanca. La roca se asemejaba a un hombre erguido. El lugar era ciertamente pintoresco. Lo habían divisado el día anterior al coronar un altiplano y Liriana había insistido en que sería buen lugar para acampar. Ikai prefería lugares más resguardados y protegidos para pasar la noche pero Liriana se había empeinado e Ikai había accedido a su deseo.

—¿Qué has cazado hoy? —le preguntó Liriana con una sonrisa de

bienvenida.

—Tranquila, no he pescado —le respondió Ikai con una mueca a sabiendas que la joven odiaba el pescado. Algo ciertamente llamativo para alguien de los Senoca, pues el pescado se consideraba un manjar escaso, el manjar de Oxatsi la Madre Mar, aunque sólo pudieran disfrutar aquel de agua dulce. Alzó la mano y le mostró cuatro liebres que había atrapado con trampas de lazo.

—Al oeste, tras los bosques, se abre una enorme planicie llena de matorrales. Ideal para cazar estos pequeños, son rápidos pero curiosos —explicó encogiéndose de hombros y sonriendo.

—Hubiera preferido unas perdices... —respondió ella con una sonrisa, y sus ojos brillaron con aquella turquesa encandilador.

Una mirada de Liriana e Ikai se relajaba por completo, bajando la guardia como si toda preocupación hubiera desaparecido, como si se bañara en un cálido estanque de aguas celestes. Aquello lo preocupó, no podía bajar la guardia. Parpadeó con fuerza.

—He visto varias aves que parecían comestibles pero no me he atrevido a cazarlas, no tengo ni idea de lo que son, pero son enormes. Mucha de la fauna es enorme...

Liriana se encogió de hombros.

—Es la primera vez que estoy aquí afuera y a mí todo este paisaje me parece increíble. De todas formas, nuestro pueblo no ha salido del Confín en mil años. Sólo los Dioses saben qué habrá estado sucediendo aquí fuera. Quizás es la propia naturaleza que, libre de la interferencia del hombre, ha evolucionado, explotado... no sabría qué explicación darte...

—Yo he salido varias veces en misión de caza pero nunca nos hemos alejado mucho del Confín, no más de un par de días...

—Dame —pidió Liriana alargando el brazo en pos de las presas—, las prepararé para el camino. Una cosa de provecho que te enseñan en la Guardia, aparte de matar, es a racionar y conservar la comida —dijo guiñando un ojo.

—Menos mal que en la Guardia os enseñan alguna cosa de medio

utilidad...

El pellejo del agua voló sobre la hoguera y alcanzó a Ikai en la cabeza. Dejó escapar una carcajada, lo recogió y bebió un largo trago con ánimo alegre. Mientras Liriana trabajaba cuchillo en mano con las presas a sus pies, Ikai no pudo evitar volver a notar sus piernas. Eran fuertes y bien contorneadas. Por alguna razón le resultaban muy sensuales.

Ikai no tenía demasiada experiencia con mujeres y la que tenía no había sido positiva. Recordó con una punzada de tristeza como todas chicas de la aldea lo habían rechazado el mismo instante en que se supo que se convertiría en Cazador. Era natural. Recordó aquel día funesto. Por un instante había soñado que ella lo entendería, que aceptaría sus motivos, que no le daría la espalda. Pero Ikai se había equivocado. Con el sol bañando su dorada cabellera, Miria le había mirado con sus ojos azules como el firmamento, llenos de tristeza, y lo había rechazado. La mujer que Ikai había querido desde que eran unos críos, la única mujer que su corazón deseaba, con la que había compartido momentos de complicidad, de amor, le daba la espalda, como si fuera un leproso, como si quien realmente era, su alma, hubiera cambiado. Él no había cambiado, era el mismo que la había querido cada día hasta aquel aciago momento, pero Miria ya no veía a Ikai el granjero, veía a un Cazador, a un hombre repudiado por todos, al enemigo. Y por ello lo había rechazado. Aquel día, algo en el interior de Ikai se rompió, generando un dolor que no cesó en mucho tiempo. Un dolor que casi lo consumió, cuando Kyra le contó que Miria desposaba al hijo del herrero. Pero uno aprende a vivir con el dolor, se sobrepone a él, persevera y vence. Ikai había cicatrizado y ya no dolía... apenas.

—¿Acaso no has visto piernas bonitas antes, Cazador?

Ikai se percató lleno de horror que había estado mirando fijamente las piernas de Liriana mientras estaba perdido en sus pensamientos.

—No... estaba... perdona... perdido en mis pensamientos.... —intentó explicar con el rubor subiendo a sus mejillas.

Liriana sonrió divertida.

—Tranquilo, que te atragantas. No te preocupes, estoy acostumbrada a que los hombres me miren, pertenezco a la Guardia, ¿recuerdas? Sé que

tengo unas piernas bonitas...para algunos, para la mayoría, demasiado musculadas, por lo que me han dicho. Parece que tú eres de los primeros —dijo con una sonrisa pícara.

—Yo, no... —se atragantó Ikai—, quiero decir, claro que son bonitas, pero yo no... —balbuceó.

—Tranquilo, entendido. Respira —dijo soltando una carcajada.

Ikai consiguió recuperarse algo de la incómoda situación y rojo como un tomate intentó arreglarlo.

—Te aseguro que no te estaba mirando de esa manera...

—¿Ah, No? ¿Es que no te resultan atractivas mis piernas? ¿Insinúas que no soy una mujer sensual, que no soy agradable de mirar? ¿Es acaso por mi corte de pelo? ¿Es eso, verdad? ¿Demasiado masculino para tu gusto? —el tono de Liriana parecía muy serio ahora y tenía los ojos clavados en los de Ikai.

Ikai se quedó patidifuso, sin saber qué decir o hacer. Las mejillas le ardían, la cabeza la tenía totalmente embotada y temía que cualquier cosa que dijera a continuación empeorara todavía más la situación.

Un tenso silencio se hizo entre los dos.

Liriana lo rompió comenzando a reír a carcajadas. Se sujetaba el estómago mientras se doblaba de risa. Ikai la contempló y se percató de que la Capitán había jugado con él como si fuera un niño. Sintió una vergüenza horrible. No pudo evitar comenzar también a reír. Los dos jóvenes fugitivos rieron un buen rato, dejando que la agradable sensación de bienestar que producía en sus almas se trasladara a sus cuerpos.

Cenaron en silencio, intercambiando miradas furtivas mientras degustaban la carne. La acompañaron de queso fuerte que todavía les quedaba de las provisiones.

—Lo que daría por un buen vino con el que acompañar esto —dijo Liriana mostrando la pata de liebre.

—¿Procedes de buena familia? —le preguntó Ikai señalando la Argolla dorada de Liriana con el emblema de los militares.

—¿Lo dices por mi comentario sobre el vino? No, no estoy acostumbrada a disfrutarlo. Soy hija de leñadores. Mi padre sigue

trabajando los bosques, es eso o morir. Los Ojo-de-Dios son especialmente puntillosos con las cantidades de madera que requieren de los leñadores. No sé para qué quieren tanta madera pero los obligan a talar sin descanso. A mi madre se la llevaron las fiebres cuando yo tenía cinco años... era una mujer bella por lo que me han contado.

—Lo siento, no era mi intención...

—No te preocupes, fue hace mucho tiempo —dijo Liriana sacudiendo la cabeza—. Yo era feliz con mi padre trabajando los montes. Por desgracia fui llamada para una Cuota de la Guardia. Me reclutaron por mi destreza con el hacha y fortaleza física. Cuando pasas toda tu vida talando árboles coges ciertas habilidades... —dijo mostrando a Ikai unos bíceps fuertes y marcados, que provocaron que Ikai abriera los ojos de par en par y la contemplara asombrado—. Y por supuesto tus favoritas —dijo Liriana mostrándole los músculos de las piernas.

Ikai sonrió y encogió los hombros a modo de disculpa.

Un mochuelo ululó y los dos jóvenes intentaron situarlo en la noche.

—Pensé que quizás serías familia de Gedrel.

El rostro de Liriana se encendió al escuchar el nombre del anciano.

—Ojala lo fuera, es un grandísimo hombre. Su liderazgo y sabiduría son inestimables para todos nosotros. A nadie admiro más. No me malinterpretes, amo muchísimo a mi padre, por supuesto: es un buen hombre, esforzado y cariñoso. Pero no posee el espíritu que se requiere para sacar a un pueblo de la esclavitud que sufre desde hace mil años. Para ello se requiere a un hombre muy especial, una anomalía entre los hombres comunes. Gedrel nos guiará hasta la libertad. Será un camino difícil, muy difícil, pero estoy convencida de que triunfará. Recuperaremos la libertad que nos robaron.

—Esa es una visión muy peligrosa...

—Sé que no la compartes, pero mira a tu alrededor, ¿qué ves?

Ikai observó alrededor por un largo momento. Suspiró.

—Lo ves y sientes al igual que lo hago yo: estamos rodeados de libertad. ¡Libertad absoluta! Llena tus pulmones del aire de la noche, de este aire de libertad. Todo este paraje exótico que nos rodea rezuma

libertad.

—Eres una soñadora...

Liriana abrió los brazos.

—¿Por qué no soñar, Ikai? ¿Por qué no desear que todos podamos vivir aquí afuera, libres de los Dioses, respirando y disfrutando esta libertad con cada poro de nuestros cuerpos? ¿Por qué no, Ikai?

Ikai deseó poder responder pero calló. Él sabía que los Dioses no lo permitirían, nunca.

—Dime, ¿por qué te diriges a la Ciudad Eterna? ¿No deberías estar con Gedrel, ayudando a hacer realidad el sueño?

—Eso es precisamente lo que estoy haciendo.

—¿Yendo a la morada de los Dioses?

—Sí. Hay mucho que desconoces, Ikai. No eres el único al que han robado una persona querida. Una persona crucial en la vida de muchos.

Ikai la observó. Sus ojos turquesa estaban ahogados en una pena profunda. Viendo el dolor y apreciando que no obtendría más información, cambió de conversación y preguntó lo que llevaba tiempo rumiando y cada vez que preguntaba por ello Liriana le respondía con evasivas.

—¿Cuánto queda para llegar a nuestro destino?

Una sincera sonrisa de reconocimiento fue lo que Liriana le devolvió. Ikai frunció el ceño extrañado, esperaba una reacción negativa a la pregunta.

Liriana señaló la isla en mitad del gran lago con un gesto de la mano.

—¿Hemos llegado? Pero... ahí no hay nada, sólo una enorme roca blanca con forma humana.

—«Viaja siguiendo el río hasta hallar el hombre blanco de pie en el lago».

Ikai contempló la isla y la gran roca blanca visible incluso en medio de la noche al brillo de las estrellas. Y entonces se dio cuenta.

—Ahora entiendo. Es una marca, un lugar de encuentro. No el destino

final. ¿Con quién vamos a encontrarnos aquí?

Liriana asintió y sonrió.

—Eres listo, he de reconocer.

En ese momento el mochuelo remontó el vuelo.

Ikai volvió la cabeza hacia la arboleda de la que procedía el aleteo. El corazón se le detuvo. Saliendo de entre los matorrales apareció la causa de la marcha del ave rapaz: un gigantesco tigre blanco los observaba con enormes ojos felinos. Ikai tardó un instante en reaccionar, aquella bestia salvaje era demasiado grande. Pensó que sus ojos le engañaban por un reflejo de la luz del fuego. No podía ser, estaba a diez pasos del campamento y era tan grande como un caballo percherón. Ikai entrecerró los ojos sin poder creerlo.

—¡Por los mares! ¡Es gigantesco! —le llegó la confirmación aterrorizada de Liriana.

Y reaccionó. Rodó sobre su cuerpo y cogió el arco. Liriana se puso en pie y desenvainó espada y daga.

La gran bestia rugió mostrando unos enormes colmillos blancos, desafiante.

Ikai cargó el arco con una saeta intentando que el miedo no se apoderara de su alma. El animal dio un paso adelante, su cuerpo de un pelaje albino despuntaba en la noche. Tenía ojos color azul hielo y la piel blanca con rayas negras. Pero lo que más asustó a Ikai fue el brillo de aquellos enormes ojos felinos: no era natural, era de un dorado extraño.

—¡Cúbrete tras la hoguera! —le dijo a Liriana mientras él también retrocedía.

La bestia dio otro paso desganado en dirección a la hoguera y las llamas lo alumbraron en todo su aterrador esplendor. Era descomunal. Sólo la cabeza era como una rueda de carro.

Ikai alzó el arco y apuntó a través de la hoguera. Tenía el desagradable presentimiento de que aquella bestia había salido a cazar y ellos eran la presa. Miró de reojo a Liriana, que esgrimía las armas nerviosa.

La gran bestia dio un paso y, con una celeridad impensable para una

animal de semejante tamaño, atacó. Ikai reaccionó y soltó la saeta. El tigre cruzó de un salto la hoguera y se precipitó sobre ellos. Ikai rodó a su izquierda y vio cómo Liriana lo hacía en la dirección opuesta. La gran bestia rugió y soltó un zarpazo buscando la cabeza de Ikai. Las garras pasaron rozando su cabello mientras se tiraba a un lado para evitarlas. Liriana fue en su ayuda y clavó la espada en la parte posterior del lomo de la bestia de una potente estocada. El gran tigre rugió y saltó a un lado, encaró a Liriana y se lanzó a por ella con un poderoso salto. Ikai vio cómo la derribaba con un tremendo golpe.

Desesperado, Ikai gritó como un loco para llamar la atención de la bestia antes de que acabara con Liriana. La descomunal cabeza se volvió y le miró mostrando sus aciagos colmillos, desafiándolo. Bajo su cuerpo, yacía Liriana. La bestia rugió de pronto, como dolorida. Una flecha negra sobresalía en su lomo. Ikai, totalmente confundido, miró a Liriana en el suelo: ella no había podido ser, y no había nadie a la vista en el claro. Ikai desconocía la procedencia de la saeta pero aprovechó la oportunidad. Cogió una rama ardiendo y la agitó, gritando como un poseso, intentando asustar a la bestia. Otra flecha alcanzó el lomo níveo del tigre, junto a la anterior. El animal sintió la herida y retrocedió confundido. Giró la cabeza en todas direcciones, pero al igual que Ikai pareció no encontrar a su agresor. Comenzó a soltar zarpazos en dirección a Ikai mientras rugía desconcertado con las orejas pegadas al cráneo y los ojos centelleando de furia. Ikai buscó otro palo ardiendo en la hoguera y lo intercambió por su espada.

El tigre se decidió a atacar. Saltó hacia Ikai y este lo recibió con fuego. Los enormes colmillos buscaron su rostro pero Ikai se mantuvo firme e introdujo el fuego en la boca de la gran bestia un momento antes de que la embestida se lo llevara por delante. Salió despedido por el suelo entre un mar de centellas y sintió un dolor lacerante en el pecho. Clavó una rodilla y sacó su cuchillo de lanzar.

La bestia lo miraba a dos pasos. Fue a rematarlo cuando una nueva flecha lo alcanzó en el mismo punto que las anteriores. Rugió a los cielos de la noche, un rugido tan tremendo y sobrecogedor que acalló cualquier sonido en el llano. El gran tigre blanco, malherido, rugió una última vez como haciendo saber a Ikai que aquello no había terminado, y se retiró a la espesura de la arboleda para desaparecer en ella.

Ikai cayó a un lado, muy dolorido. Liriana intentó incorporarse pero tampoco lo logró.

Una oscura neblina que se confundía con la propia noche comenzó a acercarse lentamente. Ikai observó el insólito espectáculo: bruma negra fundiéndose con la noche. Inmediatamente presintió peligro y buscó su daga.

Una figura surgió de entre la negrura, como apareciendo de las propias sombras de la noche y se acercó, arco en mano.

Ikai discernió por fin al extraño, estaba a cinco pasos; intentó defenderse pero el pecho le dolía horrores. Aferró la daga de lanzar y esperó a tenerlo al alcance de su brazo, aunque dudaba que pudiera lanzar.

—Puedes soltar el cuchillo —dijo una voz ronca.

—¿Por qué habría... de hacerlo? —consiguió articular Ikai mirando desde el suelo a figura envuelta en una capa con capucha negra.

—Porque soy yo a quién habéis venido a encontrar —dijo, y se echó la capucha atrás, revelando su rostro.

—¡Albana! ¡Gracias a los mares! —exclamó Liriana.

Ikai contempló los almendrados ojos negros de la joven llenos de intensidad, el cabello azabache, aquel rostro que irradiaba fiereza y recordó la traición en las Mazmorras del Olvido.

—¡Tú! ¡Maldita! —farfulló Ikai.

—Ya me lo agradecerás luego, Cazador. ¡Vamos, en pie, huyamos antes de que vuelva!

La comitiva avanzaba por el gran puente que daba acceso al Quinto Anillo de la Ciudad Eterna. El viaducto era toda una obra arquitectónica, tan enorme y regio como ornamentado con incontables detalles esculpidos en su cuerpo de granito blanco. Desde el carro descubierto tirado por corceles en que las transportaban, Idana podía contemplar las aguas turquesas que separaban el cuarto del quinto anillo transcurrir bajo sus pies. Miró al frente y se percató de los guardias apostados al final del puente. Vigilaban la entrada al anillo más externo y tras el cual se alzaba la altísima muralla que los separaba de la inmensidad del océano.

Idana suspiró resignada, «Por ahí llegamos cruzando la gran catarata... Mucho me temo que nunca lograremos salir de aquí. No con vida» pensó, recordando el trayecto que las había llevado hasta la ciudad de los Dioses.

Los guardias iban armados con una corta lanza blanca y protegidos por un escudo circular, ligeramente ovalado y de enorme tamaño, que prácticamente les cubría el cuerpo entero. El escudo mostraba un grabado con unas olas ariscas sobre un mar de fondo. Vestían una túnica celeste que les caía hasta las rodillas. Sobre la túnica, una coraza rígida de un azul índigo adornada con extrañas runas en negro protegía la parte superior del cuerpo. Grebas hasta la rodilla del mismo color que la coraza protegían tobillo y espinilla. Guanteletes a juego con la coraza y grebas protegían manos y antebrazo. Una capa de un azul muy oscuro les caía de los hombros sin llegar a tocar el suelo. Aquellos guardias eran enormes, más grandes y fuertes que los Ejecutores. Tenían la misma piel ocre tostada y las enormes venas negras marcaban todo su cuerpo. Pero lo que más llamó la atención de Idana fue el yelmo que portaban: era similar al de un Ejecutor, pero el visor estaba compuesto por dos semi-lunas con filo enfrentadas, una a la altura de cada ojo. Era como si los filos de dos dagas curvas verticales protegieran sus ojos.

«Me entran escalofríos sólo de mirarlos. Son imponentes, y el poder bestial que irradian es terrible». Sintió que el miedo se apoderaba de su cuerpo, como una garra afilada clavándose en su cuello. Intentó verles los ojos y discernió dos puntos dorados, uno en el centro de cada media luna. Idana se agitó de aprensión y bajó la cabeza.

El Ojo-de-Dios que lideraba la comitiva de pie en un carro ligero tirado por dos corceles negros llegó hasta los guardias. Se detuvo y saludó.

—Custodios, requiero de paso al Quinto Anillo. Vuestro señor, Lord Saxti, heredero a la corona de la Casa de Aru, nos aguarda —dijo con voz chirriante.

Los dos Custodios se miraron un breve instante y luego asintieron. El Ojo-de-Dios se giró y ordenó continuar. Sacudió las riendas y los caballos reanudaron la marcha tirando del carro y entrando en el anillo. Idana miró a su derecha y se encontró con los ojos asustados de Kata, la otra Seleccionada de entre las prisioneras que iba con ella. Realizando un esfuerzo, Idana le sonrió intentando transmitirle algo de ánimo, deseaba evitar que la pobre sufriera el miedo que ella misma estaba padeciendo en aquel momento. Pero los cuatro Ejecutores que las acompañaban en el carro y los otros dos que cerraban la comitiva en otro carro ligero no hacían que aquella tarea resultara nada fácil.

—Ánimo, todo irá bien.

—¿A dónde nos llevan? ¿Dónde están las demás? —preguntó Kata.

—No lo sé —dijo Idana, y se miró la túnica blanca que portaba. Le llegaba hasta las rodillas. En el centro del pecho llevaba bordada una extraña runa dorada que nada bueno presagiaba.

—¿Por qué nos han vestido así? —preguntó Kata.

—Mejor esto que la pintura —dijo Idana sonriendo.

—Sí, eso sí. A mí me pintaron de amarillo y ¿a ti?

—Naranja. Me pregunto el significado...

—Yo también... —dijo Kata llevándose las manos a los hombros y sufriendo un escalofrío.

—Tranquila, hasta ahora hemos sobrevivido. Sigamos así. Si algo quieren de nosotras, déjame interceder a mí, intentaré que nada te suceda. Te lo prometo.

Kata asintió un par de veces de forma nerviosa. Idana percibía y comprendía su desasosiego.

Según avanzaban por una enorme avenida, Idana comenzó a percatarse de algunas extrañas circunstancias. La primera y que más llamó la atención de la joven fue que aquella avenida era de las pocas de piedra. La mayoría de las rutas en el interior del anillo eran canales y vías marítimas, transitadas por innumerables pequeños navíos. Allí los carros eran la excepción, los botes parecían ser el medio de transporte natural. La segunda cosa que constató extrañada era que el suelo, de un blanco marmóreo, estaba húmedo, como si hubiera llovido hacía sólo unos instantes. Idana observó el sol, radiante sobre sus cabezas, y volvió a contemplar el suelo.

«Qué extraño, no ha llovido, pero aun así el sol no parece evaporar la humedad» pensó mientras observaba la fina capa de agua que cubría la calzada. Otro fenómeno todavía más curioso comenzó a hacerse cada vez más manifiesto. Se palpó el brazo con la mano y constató que estaba húmedo. «Rocío, un rocío constante y apenas perceptible». Se tocó la frente y también estaba mojada. «Es liviano y templado por eso no lo notamos. Extraño y fascinante». Si no fuera porque estaba tan asustada que le dolía el estómago hubiera disfrutado de aquellos hallazgos. Pero el miedo que sentía por su vida y la de Kata, poco le permitían disfrutar.

Kata miraba alrededor con rostro de pura incredulidad. Estaban rodeadas de inmensos palacios con fachadas de granito y mármol celestes, erigidos cada cual más impresionante y majestuoso que el anterior, como si de una competición de ostentación se tratase. Custodios hieráticos guardaban las entradas a las mansiones, construidas con grandes columnas circulares que se alzaban hasta alcanzar alturas impensables. Idana tenía que cubrirse los ojos del sol para poder vislumbrar los tejados piramidales de aquellos inmensos edificios. Distinguió un palacio enorme de cuyo tejado llovía agua bañando todas las paredes; la entrada la habían diseñado para que fuera una cascada que se precipitaba desde una altura impensable cubriendo todo el ancho frontal. «Una bella locura».

Si los edificios eran ya de dejar a uno sin aliento, los jardines que los rodeaban rivalizaban en esplendor. Cada palacio estaba rodeado de jardines con lagos y fuentes de una belleza increíble. Idana contempló el lago ante el que pasaban, transmitía una calma infinita y era de un azul encandilador, rodeado de flora multicolor como la que jamás había visto antes. El siguiente palacio mostraba en su jardín tres fontanas fabulosas talladas en granito formando un triángulo y tras ellas un cascada de agua cristalina procedente de un arroyo que rodeaba toda la propiedad.

Kata miraba boquiabierta una descomunal mansión construida en medio de una isla en un enorme lago con un amarradero, allí mismo, al otro lado de la avenida. Los edificios y jardines que los Dioses habían construido eran absolutamente increíbles, surrealistas. Y uniéndolos todos transcurrían infinidad de canales y pequeñas vías de agua.

—Deben ser los hogares de los Dioses —comentó Kata.

Idana observó la gente que podía distinguir: había Custodios, Ojo-de-Dios, pero en su gran mayoría veía esclavos; transportaban cargamento o trabajaban sin descanso atendiendo los jardines y vías. No distinguía a ningún Dios Áureo.

—Sí, deben serlo, pues las calles no parecen transitar...

Pasaron frente a un palacio en construcción y el alma de Idana le cayó a los pies. Cientos de esclavos trabajaban bajo el castigo de los látigos de los Opresores, arrastrando grandes bloques de granito y cargamentos de madera. Todos iban vestidos de la misma manera: túnicas marrones, muy oscuras, casi negras, y en la cabeza llevaban un pañuelo largo de color azul intenso que les llegaba hasta los hombros sujeto con una tira de cuero. Idana no podía distinguir los rostros, pero el restallido de los látigos y los gemidos de dolor de los esclavos le llegaban claramente.

—Ahí están nuestros hombres, para esto se los llevaban —dijo Kata señalando con la cabeza.

—Ahí y en todo lo requerido para la construcción de este loco esplendor... —dijo Idana con pesar viendo los grandes bloques de granito y mármol. Sabía que procedían de canteras y que en ellas servían más de sus hombres.

El Ojo-de-Dios aceleró el ritmo y pronto se encontraron ante el mayor palacio de todos: un castillo inmenso, majestuoso, con doce torres interminables que se alzaban a los cielos. Sus regias paredes celestes moteadas de blanco parecían llorar un torrente de lágrimas cristalinas que caían resbalando hasta la base. Idana se quedó con la boca abierta. La soberana fortaleza estaba completamente rodeada de agua y flotaba sobre un mar turquesa. Parecía una imagen sacada de un sueño idílico de no ser porque Idana tenía el claro presentimiento de que allí dentro los trabajos forzosos, la violación, la tortura o la muerte las aguardaba. Sino todas. Suspiró, se armó de valor y cogió de las manos a su compañera.

—Tranquila, todo irá bien.

—¿De verdad lo crees? —preguntó Kata rogando con sus ojos una esperanza.

—Lo creo —mintió Idana, y esgrimió una forzada sonrisa. Protegería a aquella pobre muchacha ya que otra cosa no podía hacer.

De las aguas emergió lentamente un puente uniendo la avenida con el portón del castillo. Las dos prisioneras contemplaron aquel fenómeno pasmadas. La comitiva atravesó el puente y penetró en el interior del castillo hasta alcanzar un gran patio circular descubierto donde se detuvieron. El Ojo-de-Dios a cargo de la comitiva conferenció con un nuevo Ojo-de-Dios que salió a recibirlos. Una docena de Custodios con yelmos aciagos lo acompañaban. Las bajaron del carro y las entregaron. El Ojo-de-Dios y los Ejecutores que las habían llevado hasta allí se dieron la vuelta y partieron de inmediato.

Idana observó el patio, en un lado había esclavos atendiendo las caballerizas y algo más al fondo más esclavos limpiaban suelo y paredes con brío forzado.

«Trabajar aquí, limpiando como una esclava el resto de mis días, no es un final tan horroroso después de todo» pensó al verlos, intentando no pensar en alternativas peores.

—Seguidme en silencio —dijo el Ojo-de-Dios con aquella chirriante y odiosa voz que los caracterizaba, y abrió camino.

Idana perdió pronto la orientación pues el castillo era un verdadero laberinto de cámaras, antecámaras, pasillos interminables y varios niveles

de escaleras caracoladas. Lo que sí notó fue una enorme presencia de Custodios apostados en todos los corredores y estancias. La seguridad parecía ser algo que preocupaba al Dios Áureo que allí vivía. La humedad era muy patente allí adentro, las paredes parecían sudar y al andar era como si pisaran una fina capa de agua.

De súbito, una puerta a la izquierda de Idana se abrió y el Ojo-de-Dios se detuvo de inmediato. Los cuatro Custodios que las acompañaban se irguieron. Idana y Kata quedaron mirando la puerta. Un Dios Áureo en todo su dorado esplendor surgió de la estancia. El Dios sólo vestía una saya plateada y el resto del cuerpo lo llevaba desnudo. Idana se quedó atónita, no sólo por contemplar al Dios, sino por lo que sus ojos vieron en la cámara tras la divinidad. Tuvo que parpadear con fuerza y centrarse en asimilar lo que sucedía en el interior de la lujosa estancia. En el centro había un gran baño circular que desprendía un vaho blanquecino donde se bañaban media docena de Dioses mostrando sus doradas pieles y esbeltos cuerpos. Los acompañaban una veintena de bellas esclavas... desnudas. Idana tragó saliva con fuerza y continuó mirando. Esparcidos alrededor del baño, otra media docena de Dioses estaban tumbados entre cojines y sedas, acompañados por más de una treintena de esclavas que los atendían.

—¿Nuevas esclavas? —preguntó el Dios al Ojo-de-Dios que con la cabeza gacha aguardaba mirando al suelo.

—Sí, mi señor.

—¿Son para el harén? Esa podría satisfacernos, no da del todo la talla pero un poco más de diversidad siempre es entretenido —dijo señalando a Idana.

El corazón de Idana se detuvo de golpe.

—Lo siento, Lord Cixta... son Seleccionadas.

—¡Ah, cierto! Están marcadas, no me había fijado en la túnica. Adelante entonces, estoy seguro que mi primo Lord Saxti, estará deseando recibirlas.

—Gracias, mi señor —dijo el Ojo-de-Dios con una reverencia sin atreverse a mirarlo, y prosiguió.

El corazón de Idana volvió a latir. «¡El harén no! ¡Te lo ruego, madre Oxatsi, eso no, por favor, no!» pensó totalmente aterrorizada. Miró a Kata

y los ojos de la joven le devolvieron una mirada de pánico.

Llegaron hasta una antesala fuertemente custodiada. El Ojo-de-Dios se detuvo en la puerta y pidió audiencia y por un largo momento aguardaron. Idana se restregaba las manos sudorosas, cada vez más nerviosa. Finalmente los hicieron pasar. Idana vio un intrincado trono al fondo de la enorme sala y dedujo que se hallaban en una cámara real. La estancia era increíble: de todas las paredes caía un flujo infinito de agua; bajo el mismo, hileras de runas doradas emitían un fulgor apagado. El suelo era transparente y bajo él se veía el océano turquesa sobre el que se había construido el castillo. Daba la impresión de que uno caminaba sobre el propio mar. En el centro de la estancia una fuente gigantesca precipitaba un chorro de agua azulada hacia la altísima bóveda. Por alguna inexplicable razón, el agua no volvía a descender.

—¡Al suelo, esclavas, estáis ante los Dioses! —ordenó el Ojo-de-Dios en un chirriante murmullo exaltado.

Idana y Kata se arrodillaron y quedaron con el rostro pegado al suelo y los brazos extendidos. El Ojo-de-Dios anunció a continuación al séquito.

—Mi venerado amo, Lord Saxti, heredero a la corona de la Casa de Aru —dijo realizando una rebuscada reverencia—. Lord Adamis, heredero de la Casa de Eret, Casa del Primer Anillo, os envía a las Seleccionadas de la cosecha que han correspondido por ritual sagrado a vuestra real casa —prosiguió presentando a las dos jóvenes con la mano.

El Dios estaba de pie frente al trono. Idana lo reconoció, y también al musculoso Dios- Guerrero que estaba junto a él. Los dos vestían de suaves azules de diferentes tonalidades entremezcladas. Portaban armaduras de un intenso azul índigo y llevaban intrincados bordados en oro y plata. Pero lo que capturó la atención de Idana no fueron los dos Dioses Áureos, fue quién ocupaba uno de los dos tronos, pues no era un Dios, sino una Diosa. Más esbelta, bella, y delicada que los dos Dioses masculinos, dotada de unos rasgos extremadamente suaves y femeninos. De ojos almendrados y de un gris-azulado, ojos que tenía clavados en Idana y Kata. Su piel era de un dorado más pálido, más tenue que el de sus homólogos masculinos. Su cabello era blanco como la nieve y aquel era el único detalle perceptible que delatará su posible edad. La diosa se puso en pie y, al hacerlo, Idana constató un segundo detalle: su cuerpo estaba consumido, famélico, una

fragilidad y delgadez extremas eran cubiertas por una túnica en plata y celeste con ornamentados bordados.

Muy despacio, avanzó hacia las dos esclavas apenas posando sus pies sobre el suelo. Idana la observaba de reojo con miedo de que la descubriera mirándola. La Diosa Reina las observó un largo momento. Idana dejó de mirar y pegó la frente al suelo.

Y ante las dos esclavas, y sin que ellas fueran conscientes, una significativa conversación tuvo lugar.

—*¿Han sido seleccionadas?* —preguntó la Reina mentalmente a Lord Saxti.

—*Sí, mi señora madre.*

—*¿Qué calidad?*

—*La esclava de la izquierda es Naranja, la de la derecha Amarilla.*

—*Una lástima, podría haber sido mejor. Siempre soy optimista en cuanto al ritual.*

—*La cosecha no fue la esperada. Sólo se recolectó una roja...*

—*Espero que no le fuera concedida a ese cretino sin cerebro de Lord Asu. Su estirpe es una deshonra para toda nuestra raza.*

—*No, madre. Le fue concedida a la Casa del Primer Anillo. Aún así, Lord Asu intentó hacerse con ella. Fue un espectáculo lamentable. El derramamiento de sangre estuvo a punto de producirse, pero por fortuna Lord Adamis resolvió la situación.*

—*La Casa del Segundo Anillo y ese descerebrado heredero, Lord Asu, van a terminar precipitando una guerra. Por fortuna, la Casa del Primer Anillo tiene un heredero con sesera. Vigila de cerca a Lord Adamis, hijo mío, y aún más a Lord Asu. Debemos vigilar todos sus movimientos. Recuerda: mantente cerca de tus aliados y no te despegues de tus enemigos.*

—*Sí, madre, así lo hago. Nuestras relaciones con Lord Adamis y su casa son excepcionalmente buenas. En cuanto a Lord Asu, me mantengo muy cerca y lo observo con extrema atención y prudencia.*

—*Me complaces, hijo. ¿Tenemos espías bien posicionados dentro de*

su casa?

—*Sí, madre. Informan puntualmente.*

La Reina asintió. Volvió la atención a las dos esclavas que sin atreverse a mirarla temblaban como corderos.

—*Servirán. Lleváoslas y preparadlas.*

—*Cómo gustéis, madre.*

Arrodillada en el suelo, Idana contemplaba el gran mar a través de la transparente superficie, preguntándose el porqué de aquel silencio tétrico. Un terrible pensamiento tenía grabado en su mente: «El harén no, por favor, el harén no». Los temblores la sobrecogieron, incapaz de contener el miedo. De súbito, unas manos enormes la agarraron con fuerza de los hombros y se la llevaron.

Kyra observaba el exterior desde la elevada ventana de una de las torres en la cara este del gran palacio donde la tenían encerrada. Sujetaba los barrotes con rabia mientras contemplaba a más de un millar de esclavos levantar tirando con cuerdas una descomunal estatua de un Dios-Guerrero. Le había llevado más de una hora hacer un recuento aproximado, pero ya no tenía duda, allí había cerca de mil hombres condenados a trabajos forzados, probablemente hasta morir. Vestían todas oscuras túnicas marrones, con la cabeza cubierta por un pañuelo largo de color blanquecino, casi transparente, sujeto con una cinta de cuero. Los látigos de los Opresores los castigaban mientras grupos de Ejecutores los vigilaban atentamente. Sólo en el tiempo que ella llevaba observando se habían llevado a media docena de hombres que habían colapsado, incapaces de soportar aquel brutal esfuerzo y el maltrato.

—¡Malditos Dioses sin entrañas! —clamó entre dientes.

La puerta de la habitación se abrió con un chirrido y dos esclavas entraron en silencio con la cabeza gacha en actitud servil; portaban bandejas de plata con fruta y comida. Una tercera las siguió y posó una tinaja de lo que parecía vino sobre la mesa de mármol blanco. El olor de

carne asada golpeó la nariz de Kyra y su estómago protestó desesperado. Sin embargo, algo llamó su atención más que la comida: a las esclavas no las acompañaba ningún Ojo-de-Dios, ni Ejecutor, ni guardia alguno, lo cual la dejó perpleja. Las tres se dieron la vuelta y procedieron a abandonar la habitación.

—¡Esperad!

Las tres jóvenes se detuvieron y se volvieron, aún con las cabezas inclinadas.

—Esperad... ¿quiénes sois?

La primera de las jóvenes alzó la cabeza, se llevó la mano al oído, y negó con el dedo índice. Kyra no lo entendió, dio un paso y se quedó mirando los ojos azules de la mujer. Le extrañó la extrema palidez de su rostro, era como si estuviera enferma. Luego miró a las otras dos jóvenes.

Y se quedó muda del susto.

Bajo los pañuelos de esclavas que cubrían sus cabezas descubrió algo imposible: las pieles de las dos jóvenes no eran del mismo color que el suyo, que el color de los Senoca. Kyra las miraba con ojos como platos, incapaz de entender lo que sucedía. La más alta tenía la piel rojiza, de un tenue rubí encandilador. Y si el rostro de aquella joven le había causado una tremenda impresión, el de su compañera la dejó totalmente sin habla: la piel era de un suave y exótico verde, uno como Kyra jamás hubiera imaginado ni en sueños. ¿Pero cómo era aquello posible? Eran esclavas, como ella, pero no de su raza, no había nadie dentro del Confín, entre el Pueblo del Mar, con aquellos rasgos. «No puede ser, los malditos Sacerdotes siempre han dicho que los Senoca son el único pueblo en existencia, elegido por los Dioses Áureos para servirlos. No existen otros pueblos ni otras razas». Sin embargo, allí estaban aquellas tres mujeres frente a ella y ninguna era como Kyra, muy al contrario, ¡eran bien diferentes!

—¿De... de dónde sois? —preguntó balbuceando.

Las jóvenes la miraron y una de ellas se encogió de hombros.

—¿No podéis hablar? ¿O no me comprendéis? ¡Decid cualquier cosa por favor! —rogó Kyra intentando desesperadamente comunicarse.

Y en ese instante, un golpe mental la alcanzó. Claro y conciso. Supo quién estaba en la puerta.

—*No pueden responderte, pues no te entienden.*

Kyra se giró hacia la puerta y vio al esbelto Dios Áureo observándola con aquellos enigmáticos ojos almendrados de un suave azul-grisáceo. ¡El maldito Adamis!

Las tres sirvientas se echaron al suelo de inmediato.

Adamis las miró desde la puerta.

—*Podéis retiraros.*

Las esclavas se pusieron en pie y se retiraron rápidamente con la cabeza baja.

—¿Qué les has hecho? ¿Les has cortado la lengua para que te sean menos molestas? —atacó Kyra enojada no sólo con su situación sino con todo lo que estaba descubriendo, quizás más con esto último.

Adamis echó la cabeza atrás, como sorprendido por la pregunta, y una sonrisa afloró en su dorado rostro. Sacudió la cabeza y entró en la habitación, le seguía su enorme guardaespaldas cuyos poderosos pasos resonaban sobre el suelo.

—¿Te sigue a todos lados, como un perrito?

El rostro del Dios-Guerrero, habitualmente una máscara de frialdad, se contrajo y Kyra tuvo la certeza de que el comentario le había disgustado, y mucho.

Adamis interpuso el brazo cuando su guardaespaldas se disponía a dar un paso hacia Kyra.

—*Déjanos solos, Rotec.*

El Guerrero intercambió una mirada con Adamis y, un instante más tarde, con un gesto de asentimiento, salió de la habitación.

—*Creo recordar que te advertí claramente, esclava, que debías aprender a mantenerte en tu lugar o sufrirías las consecuencias. Nada te conviene insultar a mis rivales y mucho menos a mis amigos. ¿Acaso no aprendes nada de tus vivencias? Esa es una cualidad muy poco deseable.*

Kyra fue a contestar con furia pero algo en su subconsciente la detuvo. «Tiene razón, no puedo seguir dejándome llevar por mis emociones, no hago más que ponerme en peligro. Tengo que ser más lista. Pensar como Yosane, actuar como Ikai. Debo pensar y planificar antes de actuar, antes de abrir ésta maldita bocaza mía». Kyra era muy consciente de que Adamis tenía razón pero, aun así, no iba a dársela.

—¿Amigo? Será otro esclavo más, como los miles de esclavos que explotáis hasta matarlos —dijo Kyra señalando la gran estatua que ya se alzaba para ocupar su lugar frente al palacio.

En cuanto las palabras salieron de su boca Kyra quiso retenerlas, pero no pudo. Iba a llevarle algo de tiempo y mucho esfuerzo conseguir algo de control sobre su carácter y sobre su lengua.

—*No deberías juzgar con tanta ligereza lo que desconoces. Rotec es un gran amigo, mi mejor amigo de hecho. Le confiaría la vida con los ojos cerrados. Y no es ningún esclavo, es un Guerrero, su casta es la encargada de protegernos a todos, a los nobles, a la Casa Real y a sus miembros. Libra las batallas en caso de producirse alguna confrontación y dirige el ejército de mi Casa.*

—¿De tu Casa? ¿Acaso eres realeza?

Adamis sonrió y se acercó a la comida.

—*Deberías controlar esa lengua tuya, esclava. Mostrar respeto no es signo de sumisión, es signo de inteligencia. Te recuerdo que el pez muere por la boca.*

Kyra sintió una punzada de vergüenza pero de inmediato la escondió. Adamis y todos los Dioses no eran más que unos despiadados esclavistas y asesinos sin entrañas. Pero Kyra debía pensar y actuar sin dejarse llevar por su carácter y así lo haría. «Sobrevivir y escapar, es cuanto importa».

Kyra comenzó a arrodillarse, consciente ahora de que era una esclava en la presencia de un Dios al que había ofendido.

Adamis la observó y sus ojos mostraron sorpresa.

Con un gesto de la mano le indicó que se levantara.

—*No es necesario. Deberías alimentarte, lo necesitas* —continuó y cogiendo una uva se la llevó a la boca—. *Está deliciosa, y como ves, no*

intento envenenarte —dijo riendo.

El estómago de Kyra rugió de nuevo. Pero ella se resistió. Tenía que averiguar cuánto pudiera, comer era secundario, necesitaba recabar toda la información posible. Le ayudaría a conseguir escapar de aquella maldita ciudad. Adamis se había mostrado colaborativo con ella, el motivo lo desconocía, pero alguno habría, y de importancia, pues de otro modo un Dios nunca malgastaría su valioso tiempo con una sucia esclava como ella. Las había a miles allí, y como acababa de descubrir incluso de diferentes razas, y mucho más bellas que ella. Pero ese motivo, ya lo descubriría más adelante, no le inquietaba de momento. Ahora debía entender lo básico de cuanto sucedía a su alrededor, pues lo necesitaba para poder planear la forma de escapar. Y escapar haría. ¡Por Girlai, el Padre Luna, que lo haría! Respiró profundamente y dejó escapar un largo suspiro.

Adamis la contempló intrigado.

—Tienes razón, mis modales no han sido correctos... y me disculpo.

La cabeza de Adamis se inclinó a un lado y la contempló de pies a cabeza. Luego sonrió.

—*Respondiendo a tu anterior pregunta, te diré que sí, soy de la realeza. Permíteme que me presente, Soy Lord Adamis, Príncipe heredero de la Casa de Eret, Casa del Primer Anillo* —dijo, y realizó una pequeña reverencia.

Kyra no supo qué hacer y se quedó mirándolo. Luego una duda le asaltó y preguntó.

—¿Todos los Dioses sois... Lores?

—*No, no todos, hay diferentes castas. Entre los Dioses, como tú nos llamas, existen tres castas. La primera la componen la Familia Real de cada casa, encargada de regir el destino de sus súbditos, del bienestar y prosperidad de su reino. Esa es su función y motivo de su existencia. Toda la Familia Real, todos sus miembros, antepone el bienestar de la Casa al resto de prioridades personales. Yo me debo a mi Casa y a los míos, primero y por encima de cualquier otra cosa. La segunda Casta la conforman los Lores, los hay dedicados a diferentes menesteres necesarios para el buen funcionamiento y prosperidad de la Casa, desde Generales a*

Eruditos, pasando por todos los Comerciantes. Pero todos pertenecen a la Casa y a ella se deben. Por último está la tercera Casta, la más populosa, los Comunes. En su mayoría son Guerreros, Marinos, Sacerdotes, Sanadores, Mercaderes y Artesanos.

Kyra, algo más tranquila ahora, se acercó a la mesa y cogió una pata de pollo asado. Adamis se sirvió una copa de vino y lo degustó mientras contemplaba la gran estatua por la ventana. Kyra, viendo que no le observaba, devoró la comida como un animal salvaje: se moría de hambre. Comió hasta que le dolió el estómago. Se limpió el morro con la manga de la túnica y su mente volvió a henchirse con preguntas.

—¿Y qué hace que un Dios pertenezca a una Casta o a otra? —se preguntó casi más para sí misma que para Adamis.

Adamis se volvió.

—*El Poder. El grado de Poder de cada Dios determina a qué casta será asignado. No deseo aburrirte con los detalles, digamos que hay una ceremonia donde se determina el Poder de cada uno de nosotros y se nos sitúa en una u otra. Por supuesto, para pertenecer a la primera casta es necesario además tener sangre real. Pero el poder es muy manifiesto entre los de nuestra estirpe.*

Kyra lo observó muy intrigada.

—¿El poder...?

Adamis sonrió.

—*Aquello que nos convierte en Dioses a vuestros ojos.*

—No entiendo... —dijo Kyra con los ojos entrecerrados, intentando dar sentido a aquella frase.

—*Te lo mostraré, es más sencillo de entender así.*

Adamis le mostró la mano a Kyra. Acto seguido la giró en el aire y sus labios se movieron pronunciando algo ininteligible pero real, no en su mente. De pronto, una bruma blanca comenzó a formarse a los pies de Kyra. Era una bruma singular que comenzó a enroscarse en su cuerpo, envolviéndola. Kyra comenzó a sentir miedo, aquello no era natural, la bruma parecía tener vida propia, como si fuera un espectro, un fantasma. Adamis realizó un gesto elevando dos dedos de su mano rotando la

muñeca.

Y Kyra comenzó a elevarse hacia el techo de la habitación.

Llena de terror comenzó a gritar, pero la bruma continuó levitando su cuerpo. Subió y subió. A dos dedos del techo la bruma se detuvo y Kyra se quedó suspendida mirando a Adamis con ojos llenos de pánico.

—¡Lo entiendo! ¡Lo entiendo! ¡Bájame!

Adamis la contempló divertido. Y rio. Luego, suavemente, volvió a bajarla.

Kyra quedó sentada sobre el suelo, bufando, con el corazón latiendo desbocado.

—¿Por qué me enseñas todo esto? ¡No soy más que una esclava y tú un Dios! ¡Puedes hacer conmigo lo que quieras en cualquier momento y lo sabes!

Adamis cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Sí, lo sé.*

—¿Entonces? —preguntó Kyra completamente desconcertada.

—*Pronto lo descubrirás* —dijo Adamis con una sonrisa torcida, y dándole la espalda salió de la habitación. La puerta se cerró tras él.

«¡Maldito!».

Ikai observaba de reojo a las dos mujeres en el fondo de la cañada. Disimulaba llenando el odre en el riachuelo mientras escuchaba con mucha atención la conversación a su espalda. Habían caminado toda la noche en silencio y con urgencia para alejarse de la gran bestia herida. Podría volver, o lo que era peor, regresar acompañado de su hembra. Ya era media mañana y el sol se colaba entre las copas de los profusos hayas cubiertos de musgo. Todo el bosque estaba tapizado de un verdor intenso, brillante y exótico. Ikai aguzó el oído, necesitaba comprender qué demonios estaba pasando, no le gustaba espiar, pero no tenía más remedio.

Observó a Albana. No podía creer que la mujer que lo había traicionado estuviera allí. Pero era ella, aquellos ojos almendrados, negros como la noche, y la cabellera azabache que ahora llevaba suelta hasta media espalda eran inconfundibles. ¿Cómo era posible que conociera a Liriana? Ikai se pasó el agua por la nuca e intentó refrescar cuerpo y ánimo. Extrañas coincidencias, aquello no le gustaba nada. La felina morena lo había traicionado para escapar precisamente de la Guardia a la que Liriana pertenecía, no tenía sentido. Ikai sacudió la cabeza involuntariamente. Demasiados secretos e incoherencias. Durante todo el trayecto con Liriana, Ikai había creído que se dirigían a algún lugar determinado. Ella no le había corregido. Ahora sabía que en realidad se dirigían a encontrarse con Albana. ¿Pero por qué razón?

—Te carcomen las preguntas, ¿verdad, Cazador? —dijo Albana con tono cáustico clavando sus intensos ojos en los de Ikai.

—Deberías haberme dicho que veníamos a su encuentro —reprochó Ikai a Liriana.

—¿Qué diferencia hay? —se defendió Liriana encogiéndose de hombros.

—La hay, y mucha —dijo Ikai con sequedad—. Esa mujer de ahí me

traicionó, fue ella quien me entregó a la Guardia y casi me cuesta la vida —dijo acusador señalando con el dedo índice.

—Albana está conmigo, yo respondo por ella, es cuanto necesitas saber —respondió Liriana con su cortante tono militar.

—Para mí es una traidora. Y yo no perdono la traición. Nunca.

Liriana cruzó los brazos y suspiró.

—Tú quieres llegar a la Ciudad Eterna, y yo te he conducido hasta aquí, hasta ella —dijo señalando a Albana—. Ahora ella nos guiará en la última etapa del trayecto.

—No me fio de ella. Nunca lo haré.

—¡Qué pena! No podremos ser amigos —dijo Albana con una sonrisa llena de sarcasmo—. Pero bueno, a mí tampoco me gustan esos ojos de loco tuyos, uno de cada color. Una verdadera pena ya lo creo, pero eso no cambia las cosas.

Ikai, que muy rara vez se dejaba llevar por sus emociones, se llevó la mano a la empuñadura de la espada lleno de rabia. Albana, en un movimiento velocísimo, sacó una flecha del carcaj que portaba a la espalda y cargó el arco. Apuntó al pecho de Ikai tan rápido que la celeridad del movimiento lo sorprendió.

—¡Quietos los dos! —ordenó Liriana alzando las manos y e interponiéndose entre ellos—. Yo lidero esta expedición y más son las decisiones. Albana es nuestra guía, si la matas no llegaremos nunca a la Ciudad Eterna y ambos fracasaremos. ¿Lo entiendes? Asiente si lo comprendes —dijo con voz autoritaria mirando fijamente a Ikai.

Ikai quiso replicar pero apretó los puños y lo pensó mejor: necesitaba llegar hasta su hermana, el resto era secundario. Calló, miró a Liriana y asintió lentamente.

—Albana, yo doy las órdenes, nada de sangre.

La joven sacudió la melena a un lado, asintió y bajó el arco.

—Muy bien —dijo Liriana con un suspiro—, ahora descansemos un poco que falta nos hace.

—¿Es segura esta zona? —preguntó a Albana.

—Todo lo segura que puede ser esta jungla. Aquí no hay garantías. Estamos rodeados de naturaleza salvaje y los peligros que esconde son muchos. No te preocupes, mantendré los ojos bien abiertos.

Liriana escrutinó la cañada con los brazos en jarras.

—Acamparemos aquí.

Al oír la orden, Ikai se dejó caer contra uno de los enormes hayas e inspiró el odorífero aire del bosque. Le llenó la mente de agradables esencias, exóticas, diferentes a las de los bosques del interior del Confín. Se sentía débil, muy débil. ¿Por qué razón? Una duda le asaltó y comenzó a quitarse el peto de cuero reforzado que llevaba. Gedrel les había conseguido ropaje oscuro y armadura ligera para el viaje. Al inspeccionarla vio tres grandes laceraciones que lo surcaban de lado a lado. Se la quitó, la dejó a un lado y se quitó la camisa de lana negra. Comprobó su torso. Los tres cortes los tenía marcados en mitad del pecho. Uno de ellos todavía sangraba. Aquello explicaba la debilidad. Con la intensidad de la lucha y la urgencia de la huida había olvidado por completo que la bestia lo había alcanzado.

—¡Estás herido! —exclamó Liriana al ver su torso desnudo manchado de sangre.

—No es nada, un rasguño. No es muy profundo.

Liriana se agachó a su lado y examinó la herida con cuidado.

—Has tenido mucha suerte, no es tan fea como parece. Pero hay que suturar o no se cerrará —Liriana le puso las manos en las mejillas—. Estás muy pálido, has perdido más sangre de la que crees.

Se retiró y fue a por el morral.

—Bonito torso el del Cazador, fuerte y musculado, quién lo iba a decir... —sonrió Albana jocosa inclinando la cabeza—, y fíjate en esos brazos trabajados, toda una agradable sorpresa para ojos femeninos. Con los pocos hombres aprovechables que nos quedan...

Molesto por los comentarios mordaces, Ikai lanzó una mirada de enemistad a la morena.

—Déjalo estar, Albana —pidió Liriana que se arrodilló junto a Ikai con aguja de suturar curva e hilo en una mano y el ungüento contra las

infecciones en la otra.

Albana sonrió.

—Tienes razón, de todas formas parece que el Cazador tiene tendencia a encontrarse con bestias salvajes... fíjate en esa enorme cicatriz de su costado... sobrevivió por la gracia de Girlai, el Padre Luna. Un desperdicio de hombre, no durará mucho.

Ikai fue a levantarse de la rabia que sentía pero Liriana lo sujetó en su sitio.

—Quieto, tengo que curarte —le dijo Liriana girando la cabeza hacia la morena—. ¡Albana, ve a asegurar la zona!

La morena sonrió, sus ojos brillaban triunfales.

—Está bien, regresaré pronto. No quiero dejaros solos demasiado tiempo... un hombre medio desnudo en tus brazos, Liriana... nunca se sabe qué cosas pueden suceder...

—¡Albana! —amonestó la Capitán con ojos encendidos.

La morena rió una sonora carcajada. Con la agilidad de un gran felino se internó en el bosque y desapareció entre la espesura sin apenas hacer ruido alguno.

—Y ahora te remendaré —dijo Liriana y guiñó un ojo a Ikai. Aquello fue lo último que vio antes de perder el conocimiento.

Cuando Ikai despertó era aún media mañana. Miró alrededor, estaba solo en el campamento.

«¡Maldición, han partido sin mí! ¡Me han dejado atrás!» alarmado las buscó con la mirada pero no las halló. «Las encontraré, me llevan poca ventaja, y aunque así no fuera, si algo sé es rastrear. ¡Las encontraré, ya lo creo que sí!» pensó incorporándose lentamente.

—Ya despertó el gran dormilón —dijo una voz que reconoció de inmediato.

«Albana».

Ikai la buscó entre árboles y maleza pero no consiguió distinguirla. Aquella maldita mujer desaparecía en las sombras con una facilidad pasmosa. Terminó de ponerse en pie, tenía puesta la camisa y bajo ella sentía un vendaje prieto sobre la herida, pero ya no dolía apenas, lo cual le extrañó.

—¿Dónde estás? Déjate ver.

—¿El gran rastreador no puede encontrarme?

—¿Déjate ver o juro que...! —gruñó Ikai y se mordió la lengua.

La risa de Albana le llegó como traída por el viento desde algún lugar al este.

«Es buena la maldita. No veo su rastro aunque está muy cerca, lo sé porque me llega su aroma, pero no la distingo entre el follaje. Es demasiado buena... si se moviera la oiría, pero no lo hace...» pensó Ikai mientras intentaba localizarla con todos sus sentidos.

—Sal, ya te has divertido bastante —le dijo Liriana que apareció algo más al norte entre los árboles.

Albana apareció tras un haya caído. Las dos mujeres se acercaron hasta el campamento mientras Ikai recuperaba sus armas y terminaba de vestirse.

—Será mejor que te sientes y comas algo o te desmayarás —le dijo Liriana.

—¿Desmayar?

—Sí, dormilón, llevas roncando tres días enteros —le dijo Albana.

—¿Tres días? ¡No puede ser! Pero si me ha parecido un momento.

—Pues han sido tres días enteros —dijo Liriana con una sonrisa—, come, lo necesitas.

Los tres se sentaron alrededor de la hoguera del campamento y comieron de las presas que Albana había cazado. Parecía que la morena aparte de tener agilidad felina tenía muy buena puntería con el arco.

—Gracias, está muy bueno, y gracias por no haberme abandonado a

mi suerte... —dijo Ikai algo incómodo.

—Te di mi palabra —respondió Liriana con ojos brillantes—, y yo cumplo mi palabra. Tú me ayudaste a salir del Confín y me trajiste hasta Albana. Yo cumpliré mi parte del trato. Además, Gedrel jamás me perdonaría haberte abandonado. Y yo valoro su respeto por encima de todo.

—En cualquier caso, te lo agradezco.

Ikai quedó impresionado por la muestra de honradez y lealtad de Liriana. Cada vez apreciaba con mayor claridad las excelentes cualidades de la joven. No sólo era una líder nata, también era íntegra. Percibía en ella valores arraigados e ideales puros. Ahora entendía lo que Gedrel veía en ella, aunque muy probablemente moriría a causa de ellos. Una mujer admirable, en verdad. En clara contraposición a Albana, que era desleal, siniestra y peligrosa. Debía cuidarse muy mucho de ella o terminaría con un cuchillo en la espalda.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Ikai.

—Yo os guío y vosotros me seguís, es sencillo —dijo Albana.

—¿A dónde nos llevas?

—A un lugar asombroso y muy peligroso al mismo tiempo. Así que si quieres seguir con vida tendrás que hacer lo que yo te diga, te guste o no.

Ikai miró a Liriana con frente fruncida. La joven asintió.

—De acuerdo, ¿cuándo partimos?

—Al amanecer —dijo Albana, y volvió a desaparecer en el bosque.

Por días atravesaron bosques, selvas e insólitas praderas con vegetación como la que Ikai no había visto nunca. Un atardecer, acampados junto a un arroyo de aguas cristalinas, Albana se internó en la espesura para asegurar que no había peligro cercano, e Ikai aprovechó su ausencia para intentar obtener información de Liriana a la que ya le unía

una estrecha camaradería.

—Dime, ¿qué sabes en realidad de ella? —preguntó con un gesto de cabeza hacía el bosque.

—¿De Albana? No mucho, la verdad. Es muy reservada en cuanto a su pasado. Creo que ha padecido gran sufrimiento, eso sí lo he leído en sus ojos.

—¿Está con vosotros? ¿Con Gedrel?

—No. Ella es un espíritu libre. Nos ayuda, pero no está con nosotros. Sin embargo puedo asegurarte que odia tanto o más que nosotros al Regente y sus Procuradores. Y su odio por los Dioses y sus Siervos es mayor que el que yo nunca haya visto en nadie. Una tragedia terrible ha debido padecer, pero nunca habla de ello.

—¿Y os ayuda? No es de fiar... eso te lo puedo garantizar.

—Nuestros intereses corren paralelos. Nos ayudamos mutuamente. Ella hace uso de nuestra organización y nosotros hacemos uso de sus... habilidades...

—Habilidades... de eso precisamente quería hablarte. ¿Te fijaste cómo apareció la noche del enfrentamiento con el tigre? Iba envuelta en una bruma negra, fue algo antinatural...

Liriana se encogió de hombros.

—Ella es especial, sí, lo sé, lo noto. No entiendo el cómo ni me importa. Hay mucho en estos mundos en los que nos movemos que no entendemos todavía y que tardaremos mucho en comprender.

—¿Pero cómo puede estar aquí? Sólo los Cazadores y los Siervos de los Dioses pueden cruzar el Confín, sin embargo ella conoce este mundo casi tan bien como el que hemos dejado atrás. Eso sólo puede ser posible si ha estado entrando y saliendo asiduamente y explorando el mundo a este lado. ¿Cómo puede hacerlo?

—Cuando le he preguntado por ello me ha respondido que no me preocupara, que sólo a ella incumbía y que sus “artes” no conciernen a nadie. Es suficiente para mí.

Ikai sacudió la cabeza.

—Pues no lo es para mí. Piénsalo, Liriana, sus «artes» tienen algo antinatural. Algo no humano... ¿Dónde has presenciado alguna vez algo insólito? Únicamente en el hacer de los Dioses. Sólo ellos tienen Poder, ni siquiera sus Siervos los poseen. Ningún humano puede tenerlo. Eso lo sabemos bien los Cazadores, pues a todo tipo de hombres damos caza. Nunca antes he visto un hombre como ella...

Liriana frunció el entrecejo.

—Yo he presenciado como los Ojo-de-Dios realizan cosas imposibles para los hombres. Tú mismo nos dijiste que los Maestros Cazadores usan un Poder que los convierte en infalibles en la caza.

Ikai negó con el dedo.

—Eso no es del todo correcto. Los Ojo-de-Dios utilizan objetos: unos discos extraños con los que realizan acciones impensables o como armas contra los hombres. Y los Maestros Cazadores tienen el Ojo de Halcón, que es precisamente un disco con cierto Poder de los Dioses. Los Maestros ni siquiera pueden tocar el objeto arcano, deben proteger la mano con un guantelete especial. Ambos hacen uso de objetos con el poder de los Dioses imbuidos en ellos. Lo he meditado mucho y estoy seguro de que son los objetos los que tienen el Poder, no aquellos que los usan.

—En ese caso, Albana debe tener uno de esos objetos y lo mantiene en secreto... —aventuró Liriana—, pero es sólo una suposición y en cualquier caso no nos incumbe.

Ikai se llevó la mano a la barbilla y recapacitó intentando recordar los detalles de la aparición nocturna de Albana.

—No lo sé, puede ser que tenga un disco, sí—dijo al fin—, pero en cualquier caso no me fío lo más mínimo de ella. Ya antes no confiaba, ahora mucho menos.

—Yo no tengo motivo para desconfiar. Siempre nos ha sido leal y un agente de mucha valía. Sus secretos suyos son al igual que su pasado. Yo no puedo obligarla a revelarlos, ni tú tampoco —le dijo a Ikai enviando un claro aviso con sus ojos turquesa.

Ikai sabía que Liriana tenía razón pero algo en su interior se revelaba a confiar en la misteriosa morena, no sólo por la traición pasada, sino por

aquella siniestra habilidad. Tendría que vigilarla de cerca.

De súbito, Albana apareció a la carrera, saltó por encima de un tronco caído cubierto de verdín y se plantó en medio del campamento. Ikai y Liriana la miraron sorprendidos.

—¿Qué... ? —comenzó a preguntar Liriana.

Albana se llevó el dedo índice a los labios con los ojos abiertos de par en par, en pura alarma.

Ikai leyó el rostro al instante. ¡Peligro!

Liriana la miró sin terminar de comprender y la morena le mostró siete dedos. Acto seguido señaló al sur. La Capitán entendió, asintió, y comenzó a ponerse en pie sin hacer ruido.

Ikai miró en la dirección que Albana señalaba y distinguió un peculiar haz de luz que cortaba la espesura del bosque llegando casi hasta ellos. Lo reconoció nada más verlo.

¡El Ojo de Halcón! ¡Cazadores!

Se puso en pie de un salto y cogió su arco.

Albana salió corriendo como un rayo, saltando por encima de maleza y raíces. Ikai la siguió al instante. Un momento después Liriana corría tras ellos. La morena se movía con la agilidad de una pantera, avanzando hacia el norte a una velocidad pasmosa; a Ikai le costaba seguir su paso. Corrieron tan rápido como les era posible, el bosque forrado de musgo pasaba ante sus ojos, bajo sus pies, rodeándolos en todas direcciones. Ikai Miró a su espalda y vio que Liriana se iba quedando atrás incapaz de seguir el tremendo ritmo impuesto por Albana. Fue entonces cuando Ikai se percató de la gravedad de la situación: estaban siendo cazados, y los Cazadores nunca fallaban. Nadie mejor que él entendía aquella verdad. Era cuestión de horas, por mucho que corrieran, los atraparían. Primero a Liriana y luego a él o a Albana. Podían intentar escapar pero sus fuerzas se irían mermando hasta agotarse y finalmente serían cazados. Lo sabía pues para ello entrenaban aquellos hombres cada día de sus vidas. Por primera vez sintió el horror, la desesperanza de estar en el otro lado, en el lado de la presa. Y sintió miedo, un miedo profundo que le heló el alma, pues lo cazarían como a un animal y sería llevado ante el Regente para que pudiera hacer un escarmiento público de él. Tortura, sufrimiento

inimaginable y muerte le aguardaban. El miedo comenzó a convertirse en pánico en su pecho, pero lo controló. No lo habían cazado todavía y mientras hubiera vida había esperanza.

Albana dio un brusco giro a la izquierda e Ikai casi la perdió de vista. Buscó a Liriana a su espalda y la encontró demasiado atrás, con la cara roja del esfuerzo y la respiración entrecortada y pesada. No aguantaría el ritmo mucho más. Ikai entrecerró los ojos y oteó. Los distinguió entre los árboles: cinco Cazadores en formación de medialuna. Dos más irían algo más retrasados. Sus ropajes marrones no se camuflaban tan bien en aquel bosque forrado en verde intenso del suelo a las copas de los árboles.

Ikai buscó a Albana con la mirada. La morena, tras un árbol, le hizo un gesto con la mano para que se apresurara. Al menos no los abandonaba...de momento. Liriana llegó hasta Ikai. Tenía a los Cazadores en los talones. Ikai la dejó pasar y corrió tras ella. Cuando los Cazadores los alcanzaran, él sería el primero en hacerles frente y caer, era lo digno.

Llegaron a una profunda cañada cubierta de musgo y Albana se precipitó en su interior. Liriana fue tras ella e Ikai la siguió. La cañada terminaba en una pared terrosa con una abertura excavada en ella. Ikai adivinó la intención de Albana: esconderse y dejar pasar a los Cazadores. Pero se equivocó de pleno, la morena pasó por delante y siguió corriendo, más rápido aún. Liriana la siguió a duras penas e Ikai la alcanzó en la pendiente de salida de la hondonada.

—¿Por...? —fue a preguntar Ikai con respiración entrecortada cuando Albana se detuvo y se agachó de súbito. Ikai y Liriana la imitaron al momento sin comprender.

Un aullido estremecedor llenó la cañada y se elevó hacia los cielos. Al paso de tres de los Cazadores un bestial lobo negro salió de la caverna. Era espeluznantemente grande, prácticamente doblaba en tamaño a un lobo salvaje. Su pelaje era lacio y negro; un brillo dorado en sus ojos le hacía parecer poseído. Se abalanzó sobre los tres Cazadores. Estos, cogidos por sorpresa, no pudieron huir y tuvieron que hacerle frente.

Ikai distinguió que se trataba de una hembra alfa, probablemente defendía su cubil. Se oyó un gruñido estremecedor y la sangre regó el suelo y los árboles adyacentes tornando el verde en rojo. La bestia despedazó a uno de los Cazadores mientras era ensartada por las espadas y

cuchillos de los otros dos. Enfurecida, el engendro se volvió y arrancó la cabeza al segundo de un bestial bocado. El tercero de los Cazadores apuñalaba frenéticamente el torso del monstruo con espada corta y cuchillo. Con un aullido hiriente la bestia murió y cayó sobre el Cazador, apresándolo con su peso. Ikai se compadeció de los caídos. De súbito, un nuevo aullido estremecedor llenó la hondonada. Era el macho alfa, más grande aún que la hembra. Una bestia de pesadilla se precipitó contra el Cazador aún vivo y le arrancó un brazo de una dentellada.

Ikai contemplaba la escena en *shock*. Cargó el arco para tirar contra la bestia pero la mano de Albana lo detuvo. La morena señaló a lo alto de la cañada. Dos Cazadores aparecieron al este y otros dos al oeste armados con arcos cortos. Al instante, los cuatro tiraron contra el descomunal macho. Lo alcanzaron cuando arrancaba la cabeza del Cazador bajo su hembra muerta. Tiraron una y otra vez, provocando aullidos bestiales del animal herido. El macho, enloquecido por la pérdida y el dolor, intentó trepar por la pared de la hondonada para alcanzar a los tiradores del este, pero patinó y rodó hacia abajo. Los Cazadores tiraron hasta que la bestia murió con un aullido ensordecedor y se quedó tendido junto a su hembra con el lomo acribillado a saetas.

Albana aprovechó la oportunidad y tiró contra uno de los Cazadores al este. Lo alcanzó en el hombro y provocó que cayera a un lado. Acto seguido, la morena se escondió tras un árbol.

—¡A cubierto! —apremió Ikai a Liriana, y se pusieron a cubierto.

Tres saetas alcanzaron los árboles que los cobijaban un suspiro después.

Ikai cargó el arco. Su mente calculadora estudio la situación. Quedaban cuatro y uno estaba herido. Tenían tres tiradores y ellos dos: Liriana no llevaba arco. Sus posibilidades habían aumentado mucho. La jugada de Albana había sido maestra. La morena era toda una caja de sorpresas.

Ambos bandos intercambiaron saetas desde sus posiciones protegidas sin poder alcanzar a nadie. Ninguno de los dos grupos hizo ademán de avanzar sobre el otro. Permanecieron a cubierto. Liriana miró a Ikai que, de espaldas contra un haya, empuñaba espada larga y daga. Albana llevaba el arco y dos cuchillos largos a la cintura. Él portaba arco, su espada corta

y la daga de lanzar. Los Cazadores llevarían arco, espada corta y cuchillo largo. Sólo quedaba decidir cómo jugarían los últimos movimientos de la partida.

De súbito, la Argolla de Ikai emitió un destello. La contempló en su muñeca izquierda, sorprendido. ¿Qué sucedía? Un fulgor blanquecino invadió su mente.

—*Entrégate, Ikai, no tiene por qué haber más derramamiento de sangre.*

Ikai reconoció inmediatamente al Maestro Cazador Sejof.

—*Escúchame, te lo pido. Sabes que ningún mal te deseo. El Regente ha ordenado tu captura a cualquier precio. Y no sólo él: los Siervos de los Dioses te buscan también. Te has creado los peores enemigos posibles. Yo te he encontrado primero, pero hay otras tres partidas de Cazadores buscándote. No tienes escapatoria, no permitirán que huyas. Entrégate y te prometo que conservarás la vida, por lo que hemos vivido, por la amistad que un día nos unió, por ella te lo ruego, depón las armas y entrégate.*

Ikai suspiró profundamente. Lo último que deseaba era enfrentarse a su Maestro, a la figura paterna que había llenado el vacío que la desaparición forzosa de su padre había dejado en su alma. Y con él estarían sus compañeros, sus hermanos de cacería con los que había compartido tanto y a los que quería como a su propia familia. Tendría que hacerles frente también. Sacudió la cabeza. No deseaba luchar contra su familia, nada deseaba menos.

Liriana vio el movimiento de su cabeza y le miró con ojos interrogadores y rostro preocupado. Pero había más que preocupación en ella, había... temor. Ikai estiró el cuello y encontró los ojos negros y salvajes de Albana. No había miedo en ellos pero no brillaban con la misma intensidad que antes, su rostro había perdido su desafiante confianza, también estaba preocupada. Si Ikai se entregaba evitaría la lucha pero se condenaba a sí mismo a la muerte, tanto el Regente como los Ojo-de-Dios acabarían con él con toda certeza. Y no sólo se condenaba a sí mismo, sino que condenaba a Liriana y Albana con él. Aunque él se entregara ellas dos no lo harían. Si luchaban alguna de las dos perecería. Y si las capturaban sufrirían su mismo destino final. «Los Cazadores no permitirán que alguien que ha salido del Confín siga con vida para

contarlo. No las dejarán huir. Las capturarán o matarán si se resisten. Es la ley de los Dioses, y ellos la harán cumplir». Ikai suspiró. Entregarse para salvar su piel era traicionarlas, y por mucho que deseara evitar enfrentarse a su antigua familia, no podía traicionar a sus dos compañeras. «No, no puedo. No lo haré». La imagen del rostro de Kyra, sonriendo, le vino a la mente, y supo con toda certeza que no podía echarse atrás.

—*Arroja las armas y sal, Ikai. Por el bien de todos*

Llenó los pulmones y dejó escapar un profundo suspiro.

—¡No puedo entregarme, Maestro, lo siento! ¡Retiraos y volved a la capital!

Liriana y Albana lo miraron sobresaltadas.

—*Sabes que no puedo hacer eso. Eres uno de los míos, eres mi responsabilidad. El Regente matará a mi mujer a mis hijas si no regreso contigo. No puedo. Lo siento. Debo entregarte.*

Ikai aceptó lo inevitable: habría derramamiento de sangre.

—¡Hermanos Cazadores! —gritó hacia la cañada—. ¡Marchad en paz...o morid!

Ikai aguardó un momento. Arriesgó una mirada. Dos saetas se clavaron al instante en el tronco con un sonido seco; un pedazo de corteza le golpeó en la mejilla. Retiró la cabeza de inmediato. No podían quedarse allí intercambiando saetas. Sejof se comunicaría con los otros Maestros Cazadores usando El Ojo de Halcón y otras partidas llegarían a darles caza. Tenían que hacer algo. «¡Piensa! ¿Qué esperan que hagas los Cazadores?».

Albana le lanzó una piedra para llamar su atención. Ikai la miró saliendo de su ensimismamiento.

—¿Qué hacemos? —le preguntó la morena con un gesto.

La luna, parcialmente cubierta por nubes, se entreveía tras Albana cuyas vestimentas negras comenzaban a mezclarse con la oscuridad que se cernía sobre el bosque cerrado. Ikai observó la escena un instante. Pronto apenas se vería nada. Podrían escurrirse en la noche y huir.

—Esperamos —respondió.

La oscuridad tomó el bosque. El tiempo transcurrió muy despacio hasta que la espera terminó. Los Cazadores finalmente comenzaron a avanzar: dos por el este y dos por el oeste, protegidos por la oscuridad, flanqueando la posición donde los tres fugitivos se habían parapetado. Se acercaron con los arcos cargados, despacio, con extrema cautela, sin apenas hacer ruido, como depredadores nocturnos. Agazapados, avanzaron hasta situarse en posición para sortear los árboles que cubrían a sus presas. Se escuchó un silbido al este. Un suspiro después, en un movimiento envolvente, los dos Cazadores acercándose por el oeste atacaron la posición. Al momento lo hicieron los dos del este.

Encontraron la posición desierta.

Ni rastro de las presas.

—Han huido —dedujo Sejof, pues, como Ikai bien sabía, todas las presas a las que daban caza siempre huían de los Cazadores.

Los Cazadores se volvieron para encarar el norte, buscando el rastro de los tres departidos.

Pero aquellas presas, no eran unas presas comunes.

Desde la copa del haya a la espalda de los cuatro Cazadores, Ikai y Albana tiraron. Dos Cazadores fueron alcanzados. Liriana saltó sobre los otros dos y rodaron por los suelos. Ikai y Albana saltaron sobre los dos hombres que habían abatido y que intentaban ponerse en pie. Ikai, de rodillas, desenvainó la espada. El Cazador herido se volvió en el suelo: era Ismes. Ikai puso la rodilla sobre el pecho de su amigo y llevó la espada a su garganta. Ismes lo miró con ojos llenos de angustia y alzó una mano ensangrentada. Tenía la saeta clavada en el hombro. Ikai quedó paralizado por la duda. No pudo rematarlo. Escuchó un gorgoteo agónico a su izquierda y vio como Albana rajaba el cuello a su oponente mientras le apresaba el cuerpo como una serpiente. Liriana soltó un gruñido e Ikai vio que estaba en problemas, se defendía contra el Maestro Sejof. Un destello en el suelo captó el ojo de Ikai y descubrió que Ismes había sacado un cuchillo.

—No, amigo —dijo Ikai, y le golpeó con tremenda fuerza con la empuñadura de la espada por tres veces, secas y consecutivas. Con la nariz rota y envuelto en sangre Ismes quedó fuera de combate.

Liriana bloqueó una estocada de Sejof al corazón y desvió la cuchillada del Maestro con su daga, pero se vio obligada a retroceder nuevamente. Liriana tenía una técnica magnífica con la espada pero Sejof era un auténtico maestro.

El otro Cazador que había derribado se recuperó y se le vino encima.

—¡Yestas, no! —gritó Ikai al reconocer su amigo, y se lanzó a detenerlo.

La espada de Yestas alcanzó a Liriana en el hombro. La Capitán dio un paso atrás con un gruñido de dolor, tropezó con una raíz, y cayó de espaldas. Perdió la espada.

Albana apareció como una exhalación y cargó contra Sejof llevándose al Maestro por delante.

Yestas alzó la espada para acabar con Liriana.

—¡No! —gritó Ikai.

La espada descendió a dar muerte. Ikai llegó y bloqueó el golpe. Yestas lo miró, sus ojos refulgían por el frenesí de la batalla.

—¡Yestas, detente, por lo que más quieras! —le rogó Ikai.

—Somos lo que somos, amigo —respondió, y le lanzó una fulgurante estocada al pecho. Ikai desvió la espada a un lado pero se desequilibró. Yestas volvió a atacar e Ikai tuvo que rodar a un lado para no ser alcanzado.

Liriana intentó ponerse en pie y Yestas lo vio. El Cazador se volvió y fue a darle muerte.

La daga de Ikai cortó el aire con un silbido letal. Alcanzó a Yestas en la espalda y se hundió profunda. Yestas se arqueó, bajó la espada, y se derrumbó. Liriana se apartó a un lado y recuperó su espada.

Ikai quedó en shock. Había matado a Yestas. A su amigo. A su hermano. El horror de aquella tragedia lo golpeó con tanta fuerza que quedó aturdido, con la mente embotada, no conseguía centrar la visión, no oía. El tiempo se detuvo y creyó estar en una pesadilla. «¡He matado a Yestas! ¡Lo he matado!». Un dolor terrible le horadó el pecho.

—¡Ikai! —gritó Liriana.

La voz de la joven lo devolvió a la realidad. Volvía a defenderse de Sejof que luchaba contra ambas mujeres con una maestría extraordinaria. Las fugaces dagas de Albana no conseguían cortarlo y Liriana apenas podía bloquear los ataques del Maestro.

Ikai se acercó hasta Yestas y se arrodilló a su lado.

—Lo siento en el alma, amigo mío. Perdóname.

Le sacó la daga de la espalda y se dirigió hacia Sejof.

—Maestro —le dijo con un saludo.

Sejof dio un paso atrás y quedó en guardia. Liriana jadeaba exhausta y los ojos de Albana fulgían rabiosos por no poder cortar al Maestro.

—Cazador —dijo el Maestro con una reverencia.

Ikai dio un paso al frente y le mostró las armas. El Maestro lo saludó de igual manera.

—Ikai, no —dijo Liriana.

—No intervengáis, esto es entre el Maestro y yo.

Los dos Cazadores se movieron en círculo, midiendo distancias y tiempos de reacción y el baile letal comenzó. Espada y cuchillo se encontraron en la noche representando un coreografiado baile de muerte. Los dos hombres intercambiaron estocadas, reveses y cuchilladas letales a una velocidad endiablada sin conseguir cortar a su oponente. Ikai intentó una cinta de engaño para lanzar un tajo al muslo con el cuchillo pero Sejof lo vio y de un contraataque cortó a Ikai en el antebrazo. Ikai dio un paso atrás, atacó y en ese mismo instante dos dagas negras volaron contra Sejof. En un movimiento fulgurante Sejof desvió la espada de Ikai con la suya y la primera de las dagas con su cuchillo pero no pudo bloquear la segunda. Le alcanzó en el hombro, a dos dedos del cuello.

Ikai volvió la cabeza hacia Albana.

—¡Os dije que no intervinierais!

—Tú puedes morir si así lo deseas. Pero yo no tengo por qué contemplarlo —respondió Albana condescendiente.

Sejof dio un paso atrás, las armas le cayeron de las manos, y quedó

de rodillas.

—Remátalo —dijo Albana.

—¡No! ¡Dejadlo estar! —dijo Ikai.

—Ikai, es un Maestro Cazador... si lo dejamos con vida... —dijo Liriana.

—Lo sé, ¿acaso crees que no lo sé? —dijo Ikai con los sentimientos en conflicto ardiente.

Observó a su Maestro, el hombre que había sido como un segundo padre, vencido, su vida estaba en sus manos. Se acercó a él.

—¿Los has avisado?

Sejof negó con la cabeza.

—Quería capturarte yo... para evitar que te mataran y entregaran tu cabeza...

—No creas nada de lo que te diga, sólo pretende salvar el cuello —dijo Albana.

—Tú me conoces bien, Ikai, sabes que no miento.

—¿Cuánta ventaja?

—Tenéis...cuatro días, cinco a lo sumo: el grupo de Kosler ya habrá encontrado vuestro rastro.

Ikai asintió.

—Siento que haya llegado a esto, Maestro.

—Yo también —dijo Sejof con la cabeza gacha.

—Liriana, el Ojo de Halcón —indicó Ikai.

La Capitán se acercó hasta Sejof y el Maestro le entregó el disco y el singular guante. Liriana observó el objeto con interés. Ikai extendió la mano y Liriana le entregó ambos objetos. Ikai los guardó con cuidado.

—Nuestros caminos se separan aquí, Maestro. Si volvemos a encontrarnos os mataré —dijo Ikai con la calma de un frío asesino.

Los ojos de Albana chispearon al oírle.

Sejof asintió pesadamente y cayó a un lado.

—Partimos —dijo Ikai.

—Cuanto antes mejor —señaló Liriana.

Ikai se acercó hasta Albana y le susurró al oído:

—¿Cuánto queda?

La morena lo miró fijamente a los ojos.

—Seis días a buen ritmo. Nos darán alcance, si dice la verdad.

—Dice la verdad.

—Apresurémonos entonces.

Unos momentos después los tres fugitivos se adentraban en la jungla sin mirar atrás.

Yosane temblaba. No había sentido tanto miedo en toda su vida. Alzó la vista del suelo de mármol rubí y contempló las dos gigantescas efigies guerreras cuya sombra cubría parte del inmenso patio. Los rostros de piedra representaban el horror, los ojos la locura, y de sus bocas caía lava candente a un lago de magma. Yosane sentía como el miedo la iba poseyendo y cada ápice de su cuerpo temblaba pidiendo socorro. Entre las dos estatuas se alzaba la parte posterior de un inmenso palacio-fortaleza que se extendía hacia el norte sobre una colina. Las paredes de granito sangriento se elevaban magnas, las regias torres acabadas en cúpulas ardientes iluminaban calles y palacetes adyacentes como faros de espíritu escarlata. La atmósfera estaba muy cargada, un calor tórrido la envolvía y olía a quemado, a un quemado siniestro: no de rastrojos al fuego, sino de azufre.

Buscó algo de coraje en su interior, temiendo no hallarlo. Pensó en Kyra y una pizca de arrojó retornó a su corazón. Tragó saliva con dificultad. Las habían separado y aquello le producía una angustia corrosiva que no conseguía sacarse del pecho. No sabía qué había sido de Kyra e Idana, ni del resto. Deseaba con todo su corazón que siguieran con vida. Suspiró. Al menos no estaba sola. Cogió la mano de Gersa, y la acarició entre las suyas. Las habían enviado a la fortaleza-palacio en el Segundo Anillo aquella misma mañana.

Las mantenían a las dos en la parte sur del enorme patio, la más alejada de las puertas traseras del palacio, encerradas en el interior de una esfera-prisión. Las vigilaban seis enormes guardias en intensos rojos y naranjas. Yosane se fijó en el gran escudo pintado en rojo y el emblema en un fuerte naranja. Era la representación de un volcán en plena erupción. Observó al guardia más cercano con detenimiento. Le intrigaban aquellos seres. Se preguntaba qué serían... pues Dioses no eran, ahora esa diferencia la apreciaba con claridad. Los Dioses eran esbeltos, áureos, y aquellos

seres, si bien altos, no eran esbeltos, muy al contrario, eran unas moles rudas. Además, aunque no podía ver sus rostros bajo el elaborado yelmo metálico y aquellas semilunas aciagas sobre los ojos, su piel era de una tonalidad ocre-tostada, en absoluto dorada. Y las voluminosas venas negras que recorrían sus cuerpos no dejaban duda.

«¿Qué sois? ¿Acaso sois hombres, como nosotros? No, no lo creo... y si lo fuisteis una vez, ¿qué os ha ocurrido?». Entonces pensó en los Ejecutores y en los Ojo-de-Dios. Sí, aquellos guardias y los otros que llevaban látigos debían ser todos algún tipo de creación de los Dioses. Siervos creados con un propósito determinado para servirles fielmente. Yosane intentó racionalizarlo, como a ella le gustaba hacer con las cosas que no comprendía.

«Pero ¿cómo se engendran?». Lo meditó y le pareció fascinante; le poseyeron unas ganas tremendas de entender aquella insólita sociedad divina. Pero al cabo de un momento se percató de su precaria y peligrosa situación y volvió a la realidad.

«¿Qué querrán de nosotras dos? ¿Por qué nos tienen aquí metidas?» se preguntó con la angustia comenzando a crecer en su pecho. Sólo eran dos pobres esclavas más, ¿por qué tanta vigilancia? ¿A dónde podían huir? Por toda la plaza había innumerables esclavas trabajando hacía horas preparando mesas largas y bancales acolchados tapizados en ricas telas, protegidos del sol por unos enormes doseles. Acomodaban todo tipo de exquisiteces para degustar: desde frutas exóticas a desconocidos manjares culinarios cuyo aroma irresistible llegaba hasta Yosane. Su estómago rugió como un león.

—El mío también se queja —dijo Gersa frotando su vientre—. ¡Cuánta comida! Ni en un sueño hubiera visto tanta en un mismo lugar. ¿Para quién será?

—No lo sé pero cuento más de cien cojines...

Otro grupo grande de esclavos limpiaba con brío la parte central de la plaza y en la parte alta, numerosos sirvientes se afanaban por situar una veintena de grandes tronos con elaborados grabados que presidirían la plaza.

«Hay esclavos por doquier. Siendo así, ¿por qué nos vigilan

especialmente a nosotras dos?». Yosane no lo entendía y le preocupaba, tanto como lo que había descubierto de la Ciudad Eterna. Mientras las transportaban al palacio, Yosane había presenciado escenas que jamás olvidaría, pues habían quedado grabadas en su alma. A lo largo de todo el trayecto, centenares de esclavos, en sus túnicas marrones y pañuelos rojos a la cabeza, trabajaban incesantemente en obras monumentales de piedra y fuego. Los Siervos los azotaban sin piedad, los látigos restallaban a cada momento componiendo una melodía de sufrimiento y muerte propagada por una brisa abrasadora. Los monumentales edificios que los esclavos construían para sus amos los Dioses sobrepasaban los sueños del más excéntrico de los constructores.

«Si mi padre viera toda esta locura magnificente...».

No pudo evitar pensar en su querido padre, constructor de profesión; él hubiera quedado extasiado contemplando toda aquella grandeza arquitectónica.... ¡y la locura de aquellos diseños y edificaciones! Los Dioses habían levantado gigantescas estatuas de guerreros, jardines con fuentes de lava y fuego, palacios que parecían arder en llamas pero no consumirse, ríos enteros de magma. Una locura que lo hubiera maravillado. Por fortuna él estaba a salvo en la capital y daba gracias a los cielos por ello.

De súbito, se produjo una sonora explosión de fuego y Yosane dio un bote. Gersa la abrazó con fuerza y las dos consolaron su miedo. Yosane buscó el origen de la explosión. Localizó dos enormes pozos en el centro de la plaza. Emitieron una nueva explosión de fuego que se elevó a los cielos. Yosane se tapó las orejas. Al cabo de unos momentos llovía ceniza y hollín.

—¡Qué lugar tan horroroso! —le susurró Gersa espantada.

—Lo sé, pero debemos ser fuertes —dijo Yosane intentando no contagiarse del terror de su compañera.

—¡No puedo, yo no puedo! —dijo Gersa llorando llena de angustia y miedo.

Yosane pensó en qué le diría a ella Kyra para tranquilizarla.

—Debemos sobrevivir, piensa en sobrevivir —intentó convencerla.

—¿Sobrevivir? ¿Aquí? ¿De verdad quieres sobrevivir aquí? —dijo

Gersa entre sollozos.

Yosane lo meditó. Sería más fácil dejarse vencer por el miedo y asumir una muerte rápida. El terror acabaría... Los llantos de Gersa la hicieron recapacitar. «¡No! ¡Nunca!». Debía alejar aquellas ideas de su mente. Seguiría adelante. Sobrevivir y escapar, eso es lo que Kyra siempre le decía y eso era lo que haría. Con suavidad puso las manos en las mejillas de Gersa y mirándola a los ojos le dijo:

—Sobreviviremos y escaparemos.

Ella la miró y sacudió la cabeza.

—No saldremos de aquí con vida, sólo sufrimiento y muerte nos espera en este lugar de pesadilla.

De pronto todos los esclavos se dejaron caer al suelo y quedaron con la cabeza contra la dura superficie y los brazos extendidos al frente. Los guardias se tensaron y bajaron la cabeza para terminar quedando doblados en una reverencia. Yosane captó movimiento por el rabillo del ojo y entendió el motivo: el Dios Áureo en rojas vestimentas, el mismo de la extraña ceremonia en la que las habían separado, salía del interior del palacio. Yosane lo observó acercarse. Avanzaba con andar altivo: la barbilla elevada, la mirada desafiante, los movimientos y pose de aquel que se sabe dueño y señor de todo cuanto le rodea. Vestía una rica túnica roja con grabados en dorado y un peto de escamas de un rico dorado-naranja que relucía al sol del atardecer.

Sólo de contemplar sus ojos rubí, Yosane se estremeció.

Tras el Dios caminaban una docena más de áureas divinidades. Yosane no se acostumbraba a la esbeltez dorada de los Dioses, le parecía tan bella como antinatural. Avanzaban en parejas, Dios y Diosa cogidos del brazo. Yosane no podía apartar los ojos de las Diosas: eran bellísimas, sus rasgos parecían tan delicados como el soplo de la brisa de verano. El dorado de su piel era mucho más tenue que el de los Dioses, lo cual hacía que parecieran más “humanas”. Todas llevaban el cabello muy largo y completamente liso, la mayoría del color de la miel, alguna, incluso, del color del trigo en verano.

Una docena de guardias formando en hilera escoltaban a sus amos a ambos lados. El Dios liderando el grupo se detuvo. Al instante todos se

detuvieron. Contempló el cielo un momento y frunció el ceño. Alzó un brazo áureo y chasqueó los dedos. Acto seguido una veintena de esclavas portando grandes parasoles surgieron a la carrera de un edificio lateral y se situaron a ambos lados de los Dioses para protegerlos del sol. Llegaron junto a los tronos y tomaron asiento, reinando sobre la gran plaza. El Dios que presidía la escena miró en la dirección de Yosane y Gersa. Yosane halló los crueles ojos de fuego clavados en ella. Sintió tanto miedo que se encogió en el interior de la esfera-prisión como si fuera un bebé solo en medio de la noche.

El Dios hizo un gesto con el brazo y las grandes puertas de acceso a la plaza se abrieron.

El corazón de Yosane se precipitó al suelo.

—Por todos... los mares...

De la puerta en la muralla este comenzaron a entrar Dioses en parejas en elegantes y ostentosas vestimentas, haciendo alarde de su esbeltez y belleza exótica. Se detenían un instante para saludar hacia los tronos y se iban sentando en la tribuna dispuesta para ellos. Yosane los contemplaba atónita. Entraron más de un centenar. ¡Un centenar de Dioses Áureos!

—Yosane... —señaló Gersa al oeste, con voz temblorosa.

Cruzando la puerta oeste entraba otro medio centenar de Dioses, pero estos eran enormes e iban armados con espadas, escudo y lanza. En lugar de vistosas túnicas llevaban armadura completa de combate roja y una capa a la espalda. Parecían huestes de sangre enviadas a recolectar almas.

Yosane se quedó sin habla. Olvidó hasta respirar...y se abrazó sus rodillas.

El Dios presidiendo la escena gesticuló y se puso en pie. Paseó delante de los otros Dioses y dedicó reverencias y gestos a varios de ellos. Alzó la mano y tres jóvenes sirvientes se acercaron con premura. Una llevaba una bandeja con uvas, la segunda con dátiles y la tercera un recipiente con vino. Al ir a servir la bebida, tropezó. Una gota voló del recipiente y cayó sobre la mano del Dios.

Con los ojos desorbitados de furia el Dios se puso en pie y al hacerlo, como golpeadas por su odio, las tres sirvientes rodaron por el suelo. El Dios murmuró algo y extendió el brazo a un lado con la mano

abierta en dirección a un gran brasero que ardía en un extremo. Retrajo el brazo y, al hacerlo, el fuego voló hasta su mano. Las llamas ardieron en su palma como si fueran su juguete. Las contempló y sus ojos se encendieron. Una sonrisa macabra adornó su rostro. Con un movimiento expeditivo lanzó las llamas contra las esclavas. Las tres jóvenes comenzaron a arder, gritando desaforadamente, sufriendo una agonía terrible. Murieron en breves instantes, consumidas por el fuego.

Completamente horrorizada Yosane cerró los ojos y se abrazó a Gersa. No podía creer la crueldad que acababa de presenciar. Sabía perfectamente que los Dioses eran caprichosos y no tenían piedad con sus esclavos, pero aquello era inhumano, un acto de barbarie sin sentido. Yosane comprendió en aquel instante que para los Áureos ellas no eran más que seres menores, sin valor, completamente desechables, mano de obra y divertimento del que se podía prescindir en cualquier momento con el chasquido de los dedos. El horror de aquella verdad la mantuvo con los ojos cerrados y abrazada a su compañera sin desear regresar a la horrible realidad en la que estaba.

Cuando finalmente abrió los ojos, no quedaba rastro del incidente, como si no hubiera sucedido. «Que tristeza... que horror...».

El cruel Dios parecía conversar con los otros. Sin embargo no se escuchaba ni una voz, ni una sola palabra. Ahora que caía en ello, no se oía ninguna conversación en absoluto, nada, ni en las tribunas. «Qué extraño... ¿por qué no me llega ningún sonido, ninguna palabra? ». Acercó la cabeza a las rejas y sacó la oreja disimuladamente, con intención de captar algo de la conversación que debía estar teniendo lugar. Pues su curiosidad vencía al terrible miedo que sentía.

De súbito, una sombra cubrió por completo las rejas. Yosane fue a mirar qué había cubierto el sol cuando sintió un fuerte golpe mental. Algo le había penetrado la cabeza. Pestañeó con fuerza, estaba aturdida.

—*No conseguirás oír lo que conversan, pues no lo hacen con la voz, esclava.* —dijo una voz profunda pero no exenta de un ápice de dulzura.

Del tremendo susto, Yosane se echó atrás y llevó las manos en la cabeza.

—*No temas, tu vida no me interesa, es insignificante.*

Yosane, temerosa, echó un vistazo al exterior y frente a ella descubrió al enorme Dios-Guerrero que había visto en la extraña ceremonia cuando las separaron. Cubría el sol con su corpulencia. Vestía una túnica de intensos rojos adornados con vibrantes naranjas. La armadura era de un rojo espeso, como bañada en sangre. Estaba compuesta por robustas piezas de metal. La coraza con hombreras llevaba bordado en el pecho el mismo blasón que los escudos de los guardias. Los guanteletes y grebas parecían sólidos y pesados. portaba la capa carmesí colgando de sus enormes hombros. Yosane lo miraba pasmada.

El gigantesco Dios-Guerrero sonrió. Tenía una sonrisa amable para lo imponente que era.

—*¿Sabes quién es, esclava?* —dijo en su mente mirando hacia los tronos.

Yosane negó con la cabeza, muerta de miedo.

—*Es Lord Asu, Príncipe heredero de la Casa de Aureb, la Casa del Segundo Anillo. En la que te encuentras. Este es su reino y todo aquí le pertenece. Vivo o muerto.*

Yosane consiguió finalmente razonar, ¿cómo podía ser? ¡Le estaba hablando sin mover los labios! ¡Pero aquello no era posible! Se estaba comunicando de mente a mente. Enviando sus pensamientos directamente hasta su cabeza. ¡Asombroso! ¡Maravilloso!

—*Es el Lord más poderoso de los Cinco Casas.*

No sabiendo qué hacer Yosane asintió varias veces, de forma nerviosa.

El Dios Guerrero la observó intensamente un momento.

—*Si no deseas sufrir, te aconsejo que te mantengas siempre fuera del alcance de su ira. Vuestras vidas, esclava, ya son lo suficientemente cortas, no las llenéis de sufrimiento pues su ira es desmedida y no conoce la piedad.*

Yosane lo miró con ojos agradecidos.

El Dios se giró para marcharse.

—*¿Y... tú eres...?* —preguntó Yosane en voz alta.

El gran guerrero se volvió, despacio. Alzó una ceja poblada y perfilada.

—Soy Iradu. *El Campeón de Lord Asu. Recuerda lo que te he dicho, te servirá bien.*

Iradu hizo un gesto con la cabeza y dos jóvenes esclavos se acercaron. Rondarían la veintena y eran altos y apuestos. Su piel era muy oscura, lo cual precipitó todo tipo de conjeturas en la mente de Yosane. Aquellos esclavos no eran de su raza ni de su tierra.

«No somos los únicos... existen otras razas... otros pueblos. Nos han engañado... por mil años. Pero ¿por qué razón? ¿Por qué?». Sacudió la cabeza y se llevó la mano al pecho, su corazón latía desbocado. «¿Cuántas cosas más nos ocultan? ¿Cuántas mentiras nos han inculcado en nuestro pequeño mundo?».

Los dos jóvenes vestían en marrón como todos los esclavos pero sus túnicas eran de rica seda, no de grueso paño. Estaban aseados y perfumados. Incluso el pañuelo rojo que portaban en la cabeza y que les cubría hasta los hombros era de exquisita elaboración. No parecían esclavos, no como el resto... Uno portaba una lanza de plata con grabados en oro y el otro un robusto guantelete dorado tan bello que dejó a Yosane sin habla. Por el tamaño enorme de lanza y guantelete Yosane dedujo pertenecían a Iradu.

El Dios contempló la lanza y luego sacudió la cabeza. Se volvió, desenvainó sus dos espadas cortas y se dirigió al centro de la plaza con pesadas zancadas mientras su larga coleta danzaba a la espalda. Irradiaba una fortaleza increíble, su capa parecía arder en llamas al avanzar. Era la viva imagen de un Dios de la guerra. Yosane compadeció a quien se enfrentara a aquel ser.

Iradu se situó en el centro entre los dos pozos de fuego y saludó a los otros Dioses realizando breves inclinaciones. Hubo un silencio prolongado que se posó sobre la plaza como una niebla siniestra.

—¿Qué pasa, qué crees que hacen? —preguntó Gersa con ojos húmedos.

—Creo que deben estar hablando con el Dios-Guerrero pero lo hacen con la mente y no podemos oírlo.

—¿La mente? ¿Es que has perdido la razón?

Yosane explicó a Gersa lo que le acaba de suceder. Mientras lo explicaba ocho guardias entraron en la plaza armados con sus grandes escudos y lanzas cortas y se colocaron rodeando a Iradu. Lo saludaron con una respetuosa inclinación y el Dios-Guerrero les devolvió el saludo. Los guardias se situaron en posición de ataque.

—¿No irán a luchar? —preguntó Yosane sorprendida.

—Nuestro señor Iradu luchará en el estilo bárbaro con los Custodios para entretener a los invitados de Lord Asu —explicó el sirviente que sujetaba la lanza del Dios Guerrero.

Yosane se volvió hacia el joven y lo observó a través de los barrotes.

—¿Custodios?

—Los Custodios son los guardianes de los Dioses. Esos imponentes guerreros que ves. Por lo que veo no estás familiarizada con los rangos entre los siervos. Ojo-de-Dios y Ejecutores sin duda conoces, luego están los Opresores, los portadores de látigos a cargo de los esclavos, y los Custodios que protegen los Dioses.

Los ojos de Yosane se agrandaron.

—¿Estilo bárbaro? —preguntó intrigada.

—Lucharán con armas convencionales, sin utilizar el Poder de los Dioses.

Los ojos de Yosane se abrieron más aún mientras su curiosidad le abandonaba su cuerpo.

—¿Quiénes... quiénes sois vosotros? ¿Cómo sabéis eso?

—Mi nombre es Sulab, él es Mulsa y somos esclavos, como tú. Pero tuvimos la fortuna de ser elegidos por Lord Iradu para ser sus escuderos.

Lord Asu se puso en pie, dio un paso al frente y melodramáticamente dejó caer un pañuelo al suelo mientras esgrimía una sonrisa sardónica.

Inmediatamente los Custodios atacaron. El primero se abalanzó sobre Iradu e intentó atravesarlo con la lanza. El Dios la desvió con una espada y recibió la embestida con una terrorífica patada que envió al enorme

Custodio volando de espaldas como si fuera un muñeco de paja. En el rechazo, se llevó a otro Custodio por los suelos. Una lanza se dirigió rauda a la cara de Iradu. El Dios movió la cabeza un ápice, en total control, y la lanza pasó rozando su mejilla sin herirlo. El atacante recibió la espada del Dios en el cuello y la sangre bañó la hoja de plata.

Yosane soltó una exclamación de horror.

— ¡No es una exhibición, es un combate a muerte!

—Por supuesto, un Dios no desenvaina nunca su arma sin derramar sangre —afirmó Sulab.

Pero aquello no podía ser.

—¿Por qué se arriesga un Dios a luchar a muerte con sus siervos?

—Es una demostración de valor, coraje y maestría en el dominio de las armas y el combate. Nuestro señor es el más grande de los guerreros divinos. Jamás ha sido derrotado —dijo el esclavo con tono de admiración.

—¡Es una locura!

Iradu dio un salto a un lado, bloqueó dos lanzas con sus espadas, se agachó hasta quedar de rodillas y de dos fugaces tajos cercenó las piernas de dos atacantes librando los escudos por la parte inferior. Un Custodio le saltó encima con el escudo por delante con intención de derribar al Dios. Iradu clavó los pies, flexionando algo las rodillas, puso el hombro y cargó el peso de su cuerpo. El Custodio se estrelló contra el Dios y el impacto fue como si hubiera golpeado una pared de granito. El Custodio cayó al suelo sin sentido. Iradu lo decapitó de un fulminante golpe.

Al ver la cabeza rodar por el suelo Yosane se llevó las manos a la boca para evitar gritar. Fue Gersa quién chilló por ella.

Cuatro Custodios quedaban en pie. Iradu les hizo señas con las espadas para que se acercaran. Los cuatro atacaron a la vez, sus lanzas buscando pecho y espalda. Pero Iradu dio un salto, como si su enorme cuerpo no tuviera masa, y pasó por encima de las cabezas de dos de los atacantes para rodar por el suelo y levantarse a sus espaldas.

Los Custodios se giraron presto pero Iradu, con otro salto, se les echó encima. Al primero lo desarmó de una maniobra tan fugaz que el ojo

del Custodio ni siquiera pudo captarla. Intentó protegerse tras el escudo, pero el Dios golpeó el canto de metal con sus dos espadas al mismo tiempo con tal fuerza que salió despedido del brazo. Aún desarmado, el Custodio no se amedrentó y se abalanzó sobre Iradu. El acero voló en un arco de muerte, refulgiendo al sol, y cercenó el cuello del osado.

La lanza del segundo atacante se dirigió certera a la cara de Iradu. A dos dedos de su ojo, el Dios desvió la trayectoria con su espada. Soltó una patada devastadora sobre el escudo y el Custodio salió despedido de espaldas. El guardia intentó detener la inercia del brutal golpe pero le fue imposible. Se precipitó a uno de los pozos justo en el momento en que se producía un nuevo estallido de fuego.

Yosane cerró los ojos con fuerza, completamente horrorizada. Cuando los abrió vio a Lord Asu de pie, riendo y gesticulando. Los otros Dioses aplaudían, unos aplausos mullidos: golpeaban con las manos sus muslos en lugar de dar palmadas.

Los dos últimos Custodios atacaron. Iradu desperezó los hombros y extendió las espadas formando una cruz, dejando su ancho torso al descubierto. Las lanzas buscaron atravesarlo. Iradu esperó hasta el último instante y con un movimiento giratorio descendente de ambos brazos desvió hacia el exterior las dos lanzas. Dio un centelleante paso al frente y embistió contra los dos Custodios como un toro furioso. Se los llevó por delante. Salieron despedidos a los lados, golpeando el suelo con dureza. Iradu dio otro salto y atravesó al primero clavándolo contra el suelo. Se giró y vio al otro Custodio intentando levantarse. Con una fuerza descomunal, Iradu lanzó su espada. Alcanzó al guardia en el pecho, atravesando armadura, carne y hueso. Se desplomó muerto a un lado.

La plaza estalló en aplausos y los Dioses se pusieron en pie aplaudiendo de aquella extraña manera.

Iradu saludó a la audiencia, respetuoso, y luego a su señor, Lord Asu. El Dios-Príncipe asintió en reconocimiento y una sonrisa triunfal adornó su rostro.

El campeón se retiró entre los aplausos y se dirigió de vuelta hacia sus dos escuderos. Yosane, con los ojos abiertos como platos, se mordía el labio con fuerza, estaba mortificada por lo que acababa de presenciar.

El Dios-Guerrero se acercó a sus pajes. Uno de ellos le limpió con esmero la sangre de la armadura. Iradu, con un gesto, pidió el guantelete. Se quitó la manopla de metal que protegía su brazo izquierdo y se enfundó la singular pieza que le cubrió la mano y todo el antebrazo, hasta el codo. Parecía ser de metal y estar formado por láminas y sólidas piezas rectangulares. Era muy robusto y parecía ciertamente pesado. El Dios-Guerrero cogió la lanza de plata, sacudió la cabeza haciendo que su larga coleta volviera a su sitio, y se dirigió nuevamente al centro de la plaza. Todos los Dioses se pusieron en pie.

Yosane observaba hipnotizada y miró a Gersa que no pronunciaba palabra.

Iradu alzó los brazos y se volvió hacia el oeste donde la media centena de Dioses-Guerreros lo contemplaban.

—¿Qué ocurre? ¿Qué hace? —preguntó Yosane muy intrigada.

—Nuestro señor está retando a los mejores guerreros de Lord Asu, de la Casa de Aureb, la Casa del Segundo Anillo, frente a toda la Casa Real y los nobles más influyentes —dijo el escudero mirando primero a los tronos y luego a la gran tribuna.

Yosane comprendió entonces quiénes eran todos aquellos Dioses.

—¿Retando? —preguntó intrigada.

—A Duelo de Poder, para ocupar su lugar como Campeón de la Casa de Aureb. El año pasado nadie se atrevió a disputar su posición. Todos temen a nuestro señor.

Yosane observó a los guerreros, eran todos enormes y de un aspecto tan amenazador que helaba la sangre sólo contemplarlos. Nadie se movió, observaban a Iradu con miradas de respeto.

—Nadie se presenta —dijo Yosane aliviada por no presenciar más derramamiento de sangre.

Iradu volvió a gesticular con lanza y guantelete.

Y de entre los guerreros, uno surgió dando un paso al frente.

Yosane lo miró y se quedó sin habla. Era más alto que Iradu e igual de fuerte. Como todos ellos llevaba la cabeza afeitada y una larga coleta le caía por la espalda. Iba armado con lanza de plata y guantelete. Con

mirada determinada avanzó hasta situarse frente a Iradu.

Los Dioses estallaron en aplausos.

—Mi señor ha sido retado. Habrá combate —dijo el escudero con tono uno de preocupación.

—¿Sabes quién es?

—Es Pesako. Se rumorea que es un luchador sin igual. Nunca ha sido vencido en Duelo de Poder. Participa en los Juegos anuales entre las Cinco Casas. Es el actual campeón. Pero los Campeones de las Casas no participan en los juegos, nunca se ha medido a nuestro señor.

Yosane asimilaba toda la información sin poder apartar la vista de lo que sucedía en mitad de la plaza.

Los dos Dioses-Guerreros se miraban a los ojos mientras una tensión tremenda crecía en la atmósfera. Lord Asu gesticuló y los dos guerreros lo saludaron con profundas reverencias. Se separaron unos pasos y se situaron en posición. Los nobles de las tribunas se sentaron y Lord Asu desenvainó una espada ceremonial y la alzó sobre su cabeza. El silencio volvió a reinar en la plaza. La espada bajó.

Pesako sacudió su brazo derecho y la lanza de plata prendió fuego. Dio un paso adelante, realizó el movimiento de lanzamiento y una jabalina ígnea salió despedida de la lanza a una velocidad tremenda. Iradu adelantó el antebrazo y del guantelete surgió un enorme escudo circular cubriendo gran parte del cuerpo del guerrero. El escudo comenzó a arder un instante antes de recibir el impacto de la jabalina. Iradu se protegió tras el escudo y prendió su lanza. Pesako activó también su escudo ígneo y levantó su lanza sobre la cabeza.

A Yosane las pestañas se le pegaron a los párpados, se miró la Argolla de esclava en su brazo izquierdo y deseó tener aquel fantástico guantelete.

Pesako cargó contra Iradu a una velocidad endiablada, deslizando los pies sobre una manta de lava que se formaba a su paso, como si resbalara sobre hielo, excepto que era magma. Yosane miraba llena de incredulidad lo que sucedía. Iradu no pudo esquivar la embestida y la recibió protegido tras su escudo. Salió despedido de espaldas del tremendo impacto. Golpeó el suelo con dureza diez pasos más allá. Pesako no desaprovechó la

ventaja, dio un salto tremendo y desde su lanza envió un tridente de fuego contra Iradu. El campeón rodó a un lado un instante antes de que lo alcanzara. Se puso en pie y según su rival tocaba el suelo ejecutó un barrido con el escudo enviando un arco de fuego contra él. Pesako saltó por encima y se plantó ante Iradu.

Los dos guerreros intercambiaron golpes de fuego, sus lanzas en llamas intentaban penetrar los escudos ígneos. Los golpes y reveses eran tan fulgurantes que sólo las llamaradas al producirse los contactos entre las armas y defensas eran efímeramente discernibles. Los dos Dioses parecían luchar en medio de un mar de fuego. Pesako dio un paso atrás, apartó el escudo y la lanza, echó la cabeza hacia atrás y con un rugido animal envió un cono de fuego sostenido contra su oponente, como si del aliento ígneo de una criatura de fuego se tratara. Iradu se protegió tras el escudo pero Pesako avanzó manteniendo la llamarada sobre su rival.

Yosane se llevó las manos a las mejillas, Iradu estaba en aprietos.

El campeón realizó un movimiento con su lanza y frente a él levantó una muralla de fuego. Pesako tuvo que detener el avance para no chocar con ella. Yosane se percató de que bajo los pies de Iradu se formaba una superficie candente. Acto seguido, explotó con un estruendo. El campeón salió despedido hacia los cielos, propulsado por la explosión que dejó tras él una estela de lumbre.

Yosane lo vio volar y olvidó respirar.

Desde las alturas, Iradu lanzó un proyectil ígneo contra Pesako, pero este lo interceptó con uno propio. Los dos proyectiles explotaron en llamaradas en mitad del aire, sin alcanzarlos. Pesako se propulsó también a los cielos con otra explosión ígnea que provocó que Yosane se tuviera que tapar los oídos. Pero Iradu ya lo esperaba: envió una bola de fuego cruzando los aires que rodó hasta alcanzarlo. Pesako se protegió con el escudo pero la explosión de llamas al contacto fue tan fuerte que lo desequilibró, enviándolo hacia un lado.

Pesako intentó rectificar su posición a medio vuelo pero Iradu, mientras caía hacia el suelo, volvió a lanzarle otra tremenda bola ígnea. Desequilibrado, en medio del aire, Pesako sólo pudo defenderse posicionando el escudo. El tremendo impacto de la explosión lo propulsó directo contra el suelo. Mientras caía, el habilidoso guerrero se dio la

vuelta y envió un proyectil contra el suelo para salir propulsado en dirección contraria y no estrellarse. El proyectil alcanzó el suelo y Pesako salió despedido hacia los cielos evitando el choque.

Sin embargo, una bola de fuego le alcanzó en pleno pecho en el momento que conseguía recuperar la verticalidad. Iradu caía vertical frente a Pesako en aquel instante y lo había cazado. Pesako salió despedido contra el suelo en un mar de llamas y se estrelló con un golpe terrible.

Yosane cerró los ojos y ahogó un grito horrorizada.

Iradu envió un par de proyectiles ígneos contra el suelo bajo sus pies antes de estrellarse y frenó su caída. A tres varas de altura se dejó caer y rodar al tocar el suelo. Se irguió y se acercó rápidamente a su contrincante deslizándose sobre fuego a una velocidad inhumana. Pesako estaba sin sentido contra el suelo, en llamas. Iradu alzó la mano y realizó una seña con urgencia. Cuatro guerreros se acercaron corriendo con grandes ánforas de agua y las vaciaron sobre el guerrero caído.

Los aplausos llenaron la plaza. No había ni un solo Dios, guerrero o noble, que no aplaudiese. Lord Asu sonreía triunfal.

Se llevaron al perdedor que aunque muy malherido, parecía haber salvado la vida.

—Nuestro señor es tan magnífico guerrero como piadoso, ha permitido que su rival viva —dijo Sulab.

Yosane lo miró, todavía en *shock*, sin poder asimilar todo lo que acababa de presenciar.

—Si eso les hacen a los suyos... ¡qué nos harán a nosotras! —balbuceó Gersa.

—No nos ocurrirá nada, tranquila —intentó calmarla Yosane—, ¿verdad? —preguntó mirando a Sulab con ojos suplicantes.

Sulab suspiró y se encogió de hombros.

—No sois lo suficientemente bellas para los harenes de los nobles, ni siquiera para su servicio personal. No os tienen en trabajos forzosos que es donde deberíais estar, y sois prisioneras del heredero a la Casa de Aureb. No sé lo que os aguarda pero una cosa puedo aseguraros, si Lord Asu ha mostrado interés por vosotras, y así parece pues aquí os tiene

encerradas, nada bueno será. Lo siento.

El escudero se dio la vuelta y fue al encuentro de su señor.

Yosane abrazó a Gersa.

—No le hagas caso, nada nos pasará, estoy convencida —mintió con toda su alma contemplando los ojos encendidos y crueles de Lord Asu.

Salieron del tupido bosque a marchas forzadas y encararon el llano de hierba alta que se abría ante sus ojos. El crepúsculo los recibió bañándolos en una tenue luz carmesí. Albana marcaba el rumbo en cabeza, unos pasos por detrás le seguía Liriana e Ikai cerraba el grupo. Las dos aguantaban el fuerte ritmo que la huida les obligaba a llevar, lo cual tenía a Ikai impresionado. Por desgracia, el otro grupo de Cazadores habría encontrado ya su rastro, debían escapar si querían conservar la vida. Ikai echó un vistazo a su espalda por encima del hombro, temeroso de ver aparecer a algún perseguidor, pero sólo distinguió furtivas sombras en el interior del gran bosque.

De súbito, Albana se detuvo en medio del llano. Ikai se llevó la mano a la espada y se paró, oteando alrededor. La misteriosa joven quedó señalando al frente y no dijo más. Liriana avanzó e Ikai la siguió; frente a ellos sólo había un cielo anaranjado fundiéndose con el horizonte en la lejanía. Dieron unos pasos y algo extraordinario sucedió: en la distancia, el suelo frente a ellos ya no era verde, se había vuelto completamente azul. Liriana e Ikai avanzaron despacio, mirándose, extrañados, hasta que el suelo desapareció para convertirse en una infinita masa azulada.

El mar.

Ikai permaneció en *shock*, contemplando el océano desde lo alto del acantilado, sobrepasado por la emoción. Abrió los brazos y dejó que la fresca brisa marina le acariciara la cara. Respiró profundamente hasta henchir sus pulmones, olía a mar, a salitre... «¡a mar!». Ikai contemplaba la escena lleno de incredulidad, incapaz de asimilar toda la grandeza y esplendor que aquel océano le transmitía. El alma quería abandonarle el pecho e ir a reunirse con aquel azul infinito. Cerró los ojos y se dejó embelesar por la emoción que su corazón sentía. Habían hallado a Oxatsi, la Madre Mar, la que los Dioses habían negado a los Senoca, a sus hijos.

El rugido de las olas golpeando incesantes contra los acantilados lo devolvió a la realidad. Sintió la mano de Liriana asir la suya y la miró. La joven, con lágrimas en los ojos, miraba el océano perdida en la grandeza de la eterna madre.

—¿Puedes creerlo, Ikai? Es el mar... el mar... tan bello como en las leyendas... más aún.

Ikai la observó, las lágrimas abandonaban sus ojos turquesa y resbalaban por sus mejillas curtidas al sol. De pronto, fue muy consciente del contacto de su mano.

—Nunca pensé que llegaría a contemplarla —dijo Ikai sacudiendo la cabeza.

—¡Es bellissimo!

—Lo es. Hace a uno sentirse humilde e insignificante ante su inmensidad.

—Corta la respiración. Estamos ante Oxatsi después de un milenio... no puedo creerlo —dijo Liriana, y apretó la mano de Ikai con fuerza.

Ikai la miró y ella encontró sus ojos. Quedaron en silencio, mirándose, incapaces de apartar la mirada, las emociones eran demasiado intensas, imposibles de controlar. Una brisa húmeda y salada sopló fuerte bajo el sol en retirada y unos reflejos rojizos los iluminaron. Por un instante Ikai creyó hallarse en un sueño del que no deseaba despertar. Liriana le sonrió y todos sus problemas desaparecieron barridos por aquel sencillo gesto de belleza y vida.

—Supuse que querríais verlo —dijo Albana unos pasos más atrás.

Los dos miraron a Albana y luego nuevamente a la inmensidad del mar. No soltaron sus manos.

Albana se volvió hacia el bosque.

—Quizás un día pueda enseñaros algunas de las playas y calas de esta costa, son de una belleza que deja sin habla. Pero ahora tenemos que movernos, ya estamos muy cerca y aquí somos blanco fácil. Seguidme.

Unas horas más tarde, desde una colina elevada los tres fugitivos observaban el enorme puerto en la distante bahía. Agazapados tras sendos robles, permanecían ocultos. El bosque y la selva al fondo en la distancia murmuraban inquietos a sus espaldas.

—Ahí está —dijo Albana con un gesto de la cabeza en dirección a los enormes barcos atracados en la ensenada.

—¿Qué es ese lugar? —preguntó Ikai entrecerrando los ojos mientras escudriñaba toda la actividad que se estaba produciendo.

—El final del camino. Lo que hemos venido a encontrar —contestó Albana con su característico secretismo.

Liriana estiró el cuello.

—Cuento más de una veintena de navíos. Son muy grandes, La mayoría parecen de carga aunque desde aquí es difícil de asegurarlo.

—Observad el monolito negro en el cuarto edificio. Eso es obra de los Dioses, sin duda. ¿Para qué servirán esos edificios? Son gigantescos... —preguntó Ikai.

—El más grande y rectangular es donde van almacenando todo tipo de materiales y mercancía que traen de distintos lugares antes de transportarlos en esos grandes navíos que veis. Es una especie de gran almacén temporal.

—¿Sabes de dónde proceden los navíos? —preguntó Liriana.

—No, pero el tránsito es continuo, tanto del este como del oeste. Intenté seguir a uno de ellos pero me fue imposible. Lo que puedo aseguraros es que no somos el único pueblo esclavizado por los Dioses, esos barcos no proceden de nuestras tierras.

—Gedrel hace tiempo que lo sospecha —afirmó Liriana.

—Está en lo cierto —aseguró Albana.

Ikai escuchaba con total atención, aquellas nuevas eran de gran trascendencia, si bien le costaba aceptarlas. Nunca nadie había hablado de otros pueblos... Los Sumos Sacerdotes aseguraban precisamente lo contrario. Le parecía algo poco probable, otra historia para crear

esperanza en el corazón de los hombres, nada más. Pero viendo aquellos navíos y el enclave portuario, quiso saber más.

—Continúa, por favor —pidió Ikai que por primera vez veía cercana una oportunidad real de llegar hasta Kyra.

—El siguiente —dijo Albana señalando al segundo edificio—, está lleno de jaulas, muchas de gran tamaño.

—¿Jaulas? —se extrañó Liriana.

—Sí, a los Dioses les gustan los animales salvajes y peligrosos. No me preguntes por qué razón, lo desconozco. Los cazan vivos y los encierran en las jaulas, luego los envían a la Ciudad Eterna. Hace dos meses me crucé con una partida de caza de los Siervos de los Dioses. No me vieron. Habían apresado una pantera y dos leonas. A saber el macabro fin al que destinarán los Dioses a esas bestias.

El rostro de Liriana se ensombreció y asintió.

—En el edificio contiguo, el tercero, el que tiene forma de cuadrado, los siervos preparan a los esclavos antes de embarcarlos a la Ciudad Eterna. Los desnudan y bajo el terror del látigo los limpian concienzudamente, como si se tratara de perros infestados de pulgas. Luego les dan ropa y calzado apropiado para su destino. Los Ojo-de-Dios supervisan el proceso meticulosamente. Cuando los esclavos han sido preparados, los llevan a las bodegas de los barcos.

Ikai la miró confundido.

—¿Cómo sabes tú todo eso? —preguntó con la sospecha rondando en su mente.

Albana le lanzó una mirada desafiante, leyendo su duda.

—Si Albana dice... —comenzó a defenderla Liriana.

Pero Albana la interrumpió.

—Lo sé porque así es como a mí me enviaron a la Ciudad Eterna.

Ikai quedó mudo por la sorpresa.

—¿Tú... tú has pasado por eso? —preguntó Liriana.

Ikai reaccionó.

—¿Quieres decir que has estado en la Ciudad Eterna?

Albana suspiró profundamente, y asintió a los dos.

—¿Por qué no lo habías dicho antes? —quiso saber Ikai.

—¿Me hubieras creído? De todas formas es algo que sólo a mí me concierne, no tengo por qué darte explicación alguna.

—Pero nadie ha regresado jamás de la Ciudad Eterna. Eso te convierte en alguien realmente significativo.

—Hay una razón por la que nadie regresa...

—¿Cuál?

—Que los Dioses se cuidan de que así sea.

Ikai, captando su hostilidad, lo pensó mejor y decidió no presionar más la cuestión, al menos por el momento.

—Tienes razón, siento si he sido demasiado directo, no es asunto mío... Comprende que el deseo por llegar hasta mi hermana Kyra me puede.

Liriana intercedió.

—Pedimos a Albana que nos condujera hasta aquí, al lugar desde el que podemos acceder a la Ciudad Eterna, y así lo ha hecho. Nada más de ella pedimos y nada nos debe, pues ha cumplido con su cometido. Te estamos muy agradecidos.

Albana asintió y continuó.

—El último edificio, el que tiene forma circular y está algo más apartado, es uno de los artefactos de los Dioses.

—¿Artefactos? —preguntó Liriana con ojos empequeñecidos mirando el circular edificio de negras paredes marmóreas.

—Ese edificio es una puerta.

Al oír aquello Ikai se tensó y sus ojos se clavaron en los de Albana. Necesitaba comprender aquello.

—No sé cómo funciona, pero de alguna forma, en combinación con el poder del monolito, puede transportar a gente...en ambas direcciones.

Eso lo sé porque lo he presenciado. Pero no sé a dónde. Puede que a la Ciudad Eterna, puede que no.

—Podría ser nuestra vía de entrada —dijo Ikai esperanzado.

—¿Sabes cómo activarlo? —preguntó Liriana.

Albana se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Hay un Siervo de los Dioses que lo opera y guarda. Es distinto a los otros siervos, parece más un sacerdote que un guerrero. Sólo a él le he visto activarlo, ni siquiera los Ojo-de-Dios pueden.

—Tal y como yo lo veo tenemos dos opciones, o los barcos de esclavos o el artefacto —dijo Liriana.

Albana guardó silencio y observó el enclave.

Ikai se quedó pensativo.

—El artefacto muy rara vez se usa. No sé por qué razón.

—Qué extraño, podrían usarlo para transportar materiales y esclavos en lugar de utilizar embarcaciones —sugirió Liriana.

—Sí, sin embargo no lo hacen. Habrá una razón... de peso.

—Interesante... —dijo Ikai que quedó pensativo intentando adivinar cuál podría ser la poderosa razón.

La noche cayó y los últimos rayos de luz desaparecieron.

Aquel era el paso crucial e Ikai lo sabía. Si fracasaba ahora todo estaba perdido, lo capturarían o lo matarían y nunca llegaría a Kyra. Miró a las dos mujeres frente a él e inhaló profundamente. Antes de dar el paso final, necesitaba resolver algunas incógnitas. No podía adentrarse en la boca del lobo sin tener la información que necesitaba.

—Yo he de ir, debo rescatar a mi hermana.

Albana le guiñó un ojo.

—¿Sabes que es una locura verdad? No lo conseguirás. No conseguirás entrar. Y si por un milagro lo logras, no regresarás con vida, mucho menos con tu hermana. Créeme, sé lo que digo.

—Aún así iré, no me importa lo imposible que parezca ni las pocas posibilidades que tenga. He de rescatarla. Si muero, que así sea.

Albana sacudió la cabeza.

—Nadie regresa vivo. Morirás, o peor aún, te enviarán a trabajos forzosos hasta que te pudras.

—Tú conseguiste escapar y estás aquí con nosotros... —dijo Ikai intentando sonsacar algo de información a la enigmática morena.

—Yo soy una excepción, una rarísima excepción —dijo entrecerrando los ojos. Luego sonrió con una sonrisa ácida nacida del sufrimiento.

—Yo también voy —dijo Liriana con tono decidido.

Ikai se volvió hacia ella, preocupado.

—¿Por qué, Liriana? ¿Qué razón te impulsa? Tu propia amiga dice que es una locura. Las posibilidades de volver con vida son prácticamente nulas. Piénsalo bien, tienes mucho por lo que vivir, tu causa...

—Tú tienes tus razones, yo las mías —respondió Liriana cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Pero qué vas a hacer allí? Dime eso al menos.

—Lo siento, Ikai, no puedo. Cuanto menos sepas mejor para los dos.

El silencio se hizo fuerte entre los tres. Una tensión nacida de la desconfianza fue creciendo hasta hacerse casi palpable. Los tres intercambiaron miradas recelosas, ninguno habló. El frescor de la noche arañó sus carnes e Ikai se estremeció. Volvió la cabeza y contempló las luces en el complejo portuario de los Dioses. Meditó sus opciones y se decidió.

—Con el alba lo intentaré. Es ahora o nunca. Si esperamos un día más los Cazadores nos darán alcance —anunció Ikai a sus dos compañeras.

Estas lo observaron, sus miradas eran de advertencia, conscientes de lo que aquello significaba.

—Haré el primer turno de guardia si no hay inconveniente.

Albana y Liriana asintieron sin decir nada.

Ikai se sentó sobre un tronco caído apartado de las dos jóvenes y la noche comenzó a consumirse mientras observaba los tres navíos que aún

quedaban en el puerto alumbrados por la luz danzante de varias antorchas. Podía distinguir a media docena de Ejecutores y a un Ojo-de-Dios junto a uno de los barcos. Una larga hilera de esclavos transportaba con sumo cuidado enormes ánforas y las cargaban en el navío. «Me pregunto qué contendrán y cuántos hombres habrán muerto para conseguirlo y llevarlo hasta los Dioses». Suspiró. «Tengo que idear la forma de llegar hasta la morada de los Dioses. Nada más tiene que interferir en mis pensamientos». Se serenó, confió en su mente analítica y se puso a pensar en posibles estrategias, las complicaciones y el resultado más plausible. «Tendré un plan para el amanecer».

Las horas pasaron lentamente. Un sonido a su espalda lo sobresaltó. Se giró raudo con el arco armado.

—Tranquilo, soy yo, Albana. Es mi turno ahora.

Ikai maldijo para sus adentros, la tenía encima. Había conseguido acercarse hasta casi tocarlo sin que él se percatara. Si hubiese deseado matarlo, probablemente lo hubiera conseguido. Aquella mujer tenía una habilidad letal...

—Podías haberte anunciado...

Albana sonrió de aquella característica forma suya.

—Eso no hubiera tenido gracia.

—No es momento para gracias —dijo Ikai, y comenzó a retirarse.

—¿Vas a hacerlo, verdad?

Ikai asintió.

—Ya lo he planeado.

Albana se acercó hasta él y en un susurro le dijo:

—Escúchame bien y recuerda mis palabras, te servirán. La Ciudad Eterna está dividida en cinco anillos, cinco anillos individuales que flotan sobre un mar en calma, unidos por largos puentes. Cada anillo es el reino de una Casa, cada Casa es un Poder. Si quieres llegar a tu hermana dos cosas debes averiguar: en qué Casa la tienen y el destino que esa Casa le ha otorgado. Evita a los Siervos de los Dioses en todo momento, pero sobre todo debes evitar a los propios Dioses, pues su Poder es inconmensurable. Sí, Ikai, son reales, existen y su Poder es demencial. Te matarán con la

misma facilidad con la que tú aplastas a una hormiga. Para ellos nada más que eso somos, hormigas cuya función es trabajar a su servicio, producir hasta morir. Entiende esto si no otra cosa: si tan sólo con la mirada de un Dios te encuentras, morirás al instante..envuelto en llamas, congelado en vida o golpeado por un relámpago. ¿Lo entiendes Ikai? ¿Entiendes lo que trato de advertirte?

Ikai la miró a los ojos almendrados y negros y asintió pesadamente.

—Sé que tu testarudo corazón no te permite dar la vuelta y regresar, pero aunque llegues a la ciudad, te será imposible rescatar a tu hermana. No lo digo por herirte, quiero que entiendas que es una ciudad de Dioses todopoderosos y sus siervos despiadados vigilan y controlan cada rincón, pues esa es su función en vida.

Ikai suspiró.

—También es una ciudad de esclavos.

Los ojos de Albana centellearon.

—Cierto. Los hay a millares allí.

—Te doy las gracias, Albana, tus palabras me servirán bien.

—Nuestros caminos continúan cruzándose aunque nuestros destinos nada tengan que ver. Debe ser una maldición —dijo Albana sonriendo y encogiéndose de hombros.

—¿Qué harás mañana?

—Seguiré mi camino, pues todavía me queda mucho por recorrer para alcanzar lo que deseo.

—¿Y qué es?

—Si sobrevives, quizás te lo cuente —dijo ella, e inclinó la cabeza con una mueca.

Ikai no pudo evitar sonreír.

—Descansa, yo vigilo ahora.

Él asintió, comenzó a marcharse y se detuvo.

—Gracias, de nuevo.

Albana lo miró y le guiñó un ojo.

Con las palabras de la morena danzando en su mente, llegó hasta donde dormía Liriana.

Ella lo oyó y abrió los ojos. ¿Es... es mi turno ya? —preguntó.

Ikai se acercó hasta ella y se agachó a su lado.

—No, duerme tranquila, Albana está de guardia ahora —le dijo en un susurro.

Liriana lo miró, su mirada le pareció extraña. Estaba cargada de una tristeza y emoción muy profundas.

—Todo está bien, duerme —intentó tranquilizarla Ikaí.

Fue a volverse para echarse junto a un roble cuando la mano de Liriana lo sujetó del brazo.

—¿Te importa echarte aquí... a mi lado?

Ikai, sorprendido por la pregunta, dudó.

—La noche es fría y solitaria —dijo ella con sus ojos de mar apagados—. Mañana es muy posible que la muerte nos encuentre. No quiero pasar así mi última noche... sola...

Ikai comprendió al momento el sentimiento de abandono pues él también lo sentía.

—Por supuesto.

Se tendió junto a ella y contempló la luna sobre sus cabezas. Liriana le cubrió el cuerpo con la manta bajo la que se resguardaba. Ikaí quiso tranquilizarla y le acarició el pelo. Le había crecido un poco pero seguía siendo muy corto. Se sentía extraño tan cerca de ella, pero era una sensación extremadamente agradable. Cada vez le sorprendía más gratamente la cercanía y el contacto con la joven. La crítica situación que afrontaban estaba haciendo mella en sus espíritus, eso lo sabía, lo sentía. La angustia y el temor apretaban su pecho como una garra de acero pero el calor de Liriana conseguía que pudiera respirar y su compañía le elevaba el espíritu de una forma que no comprendía pero agradecía.

Liriana cruzó su brazo sobre el pecho de Ikaí y un torrente de emociones corrieron por su cuerpo y mente, sensaciones que hacía mucho que no sentía. Lo miró a los ojos y aquel turquesa encandilador lo devoró

en su inmensidad, intensificando aún más las emociones que sentía. Ella le dedicó una tenue sonrisa. Una pasión intensa despertó en Ikai, un sentimiento que se apresuró a contener. Liriana le acarició la mejilla y se pegó a él. Al contacto del cuerpo de la joven Ikai sintió que todo su cuerpo ardía como envuelto en llamas. No podía dejar de mirarla, como hipnotizado, perdido en aquellos ojos tan bellos como el mar.

Liriana lo besó. Un beso largo, apasionado, profundo.

Ikai se dejó llevar y ardió en los brazos de ella.

Una sacudida lo despertó. Abrió los ojos y vio a Albana agachada a su lado con la mano sobre su hombro.

—Es la hora —dijo señalando el oscuro firmamento—. Amanecerá en una hora.

Ikai se puso en pie.

—Ayer alargaste la guardia un buen rato... —le guiñó un ojo Albana con picaresca.

Ikai se ruborizó pero al momento ignoró el comentario y con un gesto con la mano indicó a la morena que lo dejara estar. Buscó con la mirada a Liriana pero no la encontró.

—Ya ha partido.

—¿Sin mí? No puede ser. ¿Pero por qué motivo?

Albana se encogió de hombros.

—Sólo me dijo que no quería ponerte a ti también en riesgo. Ella tiene su misión y correrá su suerte. Si la cogen... morirá porque así se lo dicen sus ideales. No lo comparto... —dijo echando la melena a un lado—, pero admito que es admirable. Siempre me ha agradado por ello.

Ikai asintió.

—¿Tú que vas a hacer?

—Yo seguiré mi destino. He de llegar hasta mi hermana y lo haré.

—En ese caso te diré lo mismo que le he dicho a ella: asegúrate de que no te vean los Siervos de los Dioses, pues te matarán al instante. Ningún esclavo puede estar aquí afuera, es una ofensa capital que se paga con la muerte. Te cortarán la cabeza, así lo tienen estipulado los Dioses. Lo he presenciado...

—Lo entiendo...

Albana suspiró profundamente.

—Una última cosa, si por un milagro consigues llegar a la Ciudad Eterna, cuídate de eso —dijo señalando la Argolla de Ikai—. Pueden dar contigo por medio de la muy maldita.

Ikai miró la Argolla en su antebrazo y asintió.

—Gracias por las advertencias.

Albana le dedicó una mirada casi de ternura, muy poco característica en ella.

—'Que la profundidad del Mar guíe tu cabeza y su eterna grandeza, tu alma' —le deseó y, por primera vez, Ikai supo que el sentimiento era sincero.

—Gracias, y a ti —respondió Ikai inclinándose—. 'Que la Madre Mar llene tus días y el Padre Luna guíe tus noches'.

Albana le devolvió la pequeña reverencia.

—No te quedes aquí, los Cazadores llegarán tras el alba.

—No te preocupes, ya me habré ido.

Ikai asintió, se preparó, y con paso ligero se internó en la noche.

La oscuridad lo rodeaba, era su aliada. Ikai abandonó todas las armas a excepción de la daga de lanzar y se deshizo del morral de viaje. Ya no los necesitaría. Se arrastró como una serpiente, sigiloso e inadvertido hasta tener el muelle a la vista. Entrecerró los ojos y observó con cuidado. Los cuatro edificios estaban en penumbras y fuertemente vigilados, tres

Ejecutores a cada puerta y varios de patrulla en la parte posterior. «Esos puedo burlarlos con algo de suerte, pero no los de la entrada». Sobre el muelle había otros tres Ejecutores vigilando el acceso a los tres enormes navíos que dormían un sueño apacible cual gigantescos semidioses de madera.

Todo estaba tranquilo, un silencio peligroso para sus intenciones cubría la ensenada. Contempló los edificios y luego los barcos. Inspiró profundamente. «Me encomiendo a ti, eterna Oxatsi, nuestra sabia Madre Mar. Cuida de este, uno de los hijos de tu pueblo». Se puso en marcha, arrastró el cuerpo con tanto sigilo como le fue humanamente posible y haciendo uso del entrenamiento de Cazador, se convirtió en la presa a no ser cazada. Se ocultó en unos arbustos agrestes y observó a los Ejecutores haciendo la ronda. Calculó y esperó. La patrulla terminó el recorrido y se volvió. Comenzó a realizar la ronda en dirección opuesta.

«Ahora». Ikai se arrastró hasta el pie del gran muelle. No lo habían detectado.

Alzó la vista a los edificios y le pareció ver movimiento sobre uno de los tejados. «¡Maldición!». Se tiró a un lado y quedó oculto bajo el muelle. Esperó un momento en tensión, temiendo la voz de alarma. Pero no llegó. Ikai resopló. «Por poco». No podía esperar más: la claridad llegaría en breve y sería descubierto. Se metió en el agua sin hacer ruido y calculó la distancia hasta el barco más exterior, el que habían estado cargando de tinajas. Demasiado lejos, no conseguiría cruzarlo sin salir a respirar y si salía a respirar, lo descubrirían. «No tengo elección». Respiró por tres veces llenando sus pulmones, inhalando cada vez más cantidad de aire. Exhaló hasta vaciarse por completo. Respiró una última vez llenando sus pulmones hasta no poder más y se introdujo en el agua.

Estaba fría, oscura, y... «¡salada!».

Buceó con suaves pero potentes brazadas, impulsando su cuerpo cuanto era posible con cada una, intentando ganar distancia de forma desesperada. A su derecha podía ver la parte sumergida del casco de la gran embarcación. No se puso nervioso y siguió avanzando. Cuando llevaba ganados tres cuartos del navío, el aire comenzó a acabarse en sus pulmones. Sintió el dolor de la escasez, cada vez más urgente, más angustioso, pero no podía sacar la cabeza, los Ejecutores lo verían. «Un

poco más, sólo un poco más. «Dame fuerza, Oxatsi, no me abandones ahora».

La agonía se volvió insufrible, se iba a ahogar.

Y en ese momento la vio: la gran cadena de eslabones del ancla.

Se impulsó con un último latigazo desesperado de sus pies y la alcanzó. Emergió lo justo para sacar la nariz del agua y respirar tras los grandes eslabones, cubriéndose tras ellos. Respiró profunda y entrecortadamente. Permaneció pegado a la cadena, cerrando hasta los ojos para evitar que lo vieran. Escuchó lleno de aprensión.

Nada.

Arriesgó una mirada. Pudo ver a los tres Ejecutores de pie sobre el muelle frente a él. Pero la distancia parecía ser lo suficiente lejana para que ellos no distinguieran su presencia. Ikai dejó escapar un largo suspiro apagado, pero aún no lo había conseguido. Quedaba un último movimiento extremadamente peligroso y que debía medir con precisión exacta, o sería hombre muerto. El alba comenzó a despuntar, la noche moría y la luz del gran sol comenzaba a aparecer en el horizonte, como partiendo del regazo de la Madre Mar. Ikai tensó los músculos y se preparó, sólo tendría una oportunidad.

El alba llegó. Ikai llenó los pulmones, sumergió la cabeza y situó las manos y pies sobre la cadena. Abrió los ojos bajo el agua salada y esperó.

El aire comenzó a fallarle, pero esperó. «Todavía no, un poco más».

Y las puertas de los edificios se abrieron. Nuevos Ejecutores salieron para realizar el cambio de guardia. Los que estaban sobre el puente y junto a los tres navíos comenzaron a retirarse.

«¡Ahora!».

Ikai sacó los brazos del agua y agarrando la cadena tiró de su cuerpo hacia arriba. Con toda la fuerza y celeridad de la desesperación trepó por la cadena como perseguido por leones hambrientos. En un abrir y cerrar de ojos se coló en el navío. Se arrastró por cubierta con toda sus fuerzas, jadeando y dolorido por el esfuerzo; los nuevos siervos llegarían en un instante, debía apresurarse. Sin mirar atrás se dejó caer al interior de la bodega. Recibió un fuerte golpe en hombro y cadera al golpear el suelo.

Ahogó un gemido y con la cara contraída de dolor consiguió ponerse en pie y corrió a esconderse al fondo.

En cubierta se oyeron pasos: los Ejecutores tomando posición.

Ikai resopló en silencio. «¡Lo he logrado! ¡Por muy poco, pero lo he logrado!».

Arriesgó una mirada al exterior por la gatera del ancla. Lo que vio le dejó sorprendido, y orgulloso. Una larga hilera de esclavos subía a la embarcación contigua. Liriana, vestida en ropajes de esclavo, embarcaba en aquel momento. Entonces recordó la sombra en el tejado. «No era un guardia, era Liriana... arriesgado, muy arriesgado, pero ha conseguido colarse entre los esclavos sin ser descubierta».

Ikai y sonrió y negó con la cabeza: «Muy lista».

Kyra observaba la gran avenida atestada de transeúntes. La magna vía estaba escoltada por más de un centenar de enormes estatuas de gallardos guerreros y fieros leones. Sin embargo, aquellos no eran unos viandantes cualesquiera, no, eran Dioses que acompañados por sus séquitos, caminaban despreocupados, mostrando su áureo esplendor. Reinaban sobre aquel cosmos, dueños y señores de cada poro de la atemporal ciudad divina. Kyra caminaba con la cabeza gacha, junto a otras dos doncellas de la casa de Eret, siguiendo de cerca a Lord Adamis y a Rotec, su Campeón. Tras ellas, caminaban en silencio un Ojo-de-Dios y cuatro Custodios. Kyra observaba de reojo cuanto a su alrededor sucedía intentando encajar las piezas de aquel insólito universo mudo repleto de extravagante exuberancia.

—¿A dónde vamos? —preguntó en un susurro a las dos doncellas a su lado. Ambas la miraron con aprensión y se llevaron el dedo índice a los labios.

«No sé para qué me molesto, llevo una semana con ellas y lo único que he conseguido entender de sus extraños lenguajes ha sido sus nombres». Moa, de piel rubí, sonriente y alegre cuando los Dioses no están presentes. Zita, asustadiza e inquieta, con esa piel verdosa tan increíble. Las dos bellas, mucho más bonitas que Kyra.

«Parecen buenas chicas. Llevan tiempo aquí, sirviendo en palacio. Pero el miedo no se va de sus ojos. Necesito encontrar una forma de comunicarme con ellas para que me cuenten cuanto sepan. Quizás tengan idea de qué me espera, aunque de momento de poco me han servido. Necesito encontrar a Yosane e Idana. ¿Dónde estarán? Al menos sigo con vida, y espero que ellas también. Sí, tienen que seguir con vida, por la Madre Mar».

Llegaron a la desembocadura de la gran avenida y entraron en una

plaza circular de enormes dimensiones. Parecía un gigantesco anfiteatro. A cada pocos pasos, en las gradas, se alzaban unos puestos mercantes en forma de pequeños edificios calizos. Dos grupos de músicos tocaban, uno en la parte norte y el otro en la sur, compitiendo por llevar sus agradables melodías hasta el centro de la grandiosa plaza. «Parece que a los Dioses les gusta la música, oigo flautas... y arpas... tambores...».

—*Acércate, esclava* —le llegó la inconfundible voz mental de Adamis. La mente de Kyra ya se había acostumbrado a recibir los mensajes del Dios-Príncipe, sin embargo su orgullo gritaba de rabia cada vez que le llamaba 'esclava'.

Kyra suspiró profundamente. «He de controlar mi ira, sé lista. Piensa como Yosane, actúa como Ikai» se recordó, y se situó a la izquierda de Adamis. Rotec, a la derecha, le dedicó una mirada poco amistosa arqueando una ceja. Kyra lo ignoró y contempló el centro de la increíble plaza.

—*Hoy es día de mercado, día para el disfrute de los sentidos* —dijo Adamis sonriendo y con un gesto de su mano presentó los exuberantes puestos donde los mercaderes deleitaban a los Lores. Los puestos se asemejaban a diminutos palacios donde un mercader áureo mostraba sus exóticas riquezas sonriendo sin descanso a las curiosas divinidades.

—¿Qué... qué venden? —dijo Kyra extrañada con voz altisonante.

Adamis negó con la cabeza.

—*Mantén la voz baja, no está bien visto que una esclava se dirija a un Dios. Llamamos la atención y yo prefiero la discreción, dentro de lo posible. Mientras te mantengas cerca de mí siempre podrás escuchar las conversaciones de los Dioses a nuestro alrededor, como lo hago yo. Estoy seguro que te resultarán interesantes.*

Kyra hizo un esfuerzo y ajustó su tono para hablar con Adamis, pero el control no era precisamente su punto fuerte.

—De acuerdo —dijo en un murmullo disimulado.

Observó sin comprender los increíbles objetos, materiales exóticos y animales insólitos allí expuestos que nunca antes había visto. Una serie de olores dulces y encandiladores le llegaron de diferentes direcciones traídos por la leve brisa, embriagando sus sentidos.

Adamis la miró con sus intensos ojos gris-azulados y sonrió.

—Lo que tus ojos contemplan son las más ricas sedas de inusuales tonalidades; los vestidos con los más fantasiosos bordados; las joyas más exquisitas labradas por los mejores maestros artesanos, las aves más exóticas de paraísos perdidos; especias y productos que sólo existen en los lugares más remotos del mundo; y por supuesto, armas y armaduras de todo tipo y poder. Es un mercado de exquisiteces donde todo aquello difícil de conseguir y deseable, se vende a un precio ciertamente desorbitado.

Una pareja de Dioses en elegantes sedas marrones, seguido por su séquito pasó frente a ellos y saludaron con una reverencia. Adamis y Rotec devolvieron el saludo respetuosos. Kyra captó desconfianza en los ojos del Campeón.

—Y estos Dioses con sus séquitos que se pasean cual pavos reales, deteniéndose en cada puesto para contemplar las maravillas expuestas y al tiempo hacer ostentación de su estatus social, son los nobles más pudientes y poderosos.

Kyra sacudió la cabeza y contemplando a los Lores en los puestos comentó:

—No lo entiendo... sois Dioses... todo cuanto uno podría soñar os traen hasta vuestros pies... nadáis en la abundancia, en lujo. En palacio hay suficiente comida como para alimentar tres comarcas, las estatuas que lo adornan son de oro, las paredes del mejor y más puro mármol adornado con runas de oro, las cortinas de seda tan delicada que da miedo tocarla — Kyra volvió a negar con la cabeza mirando alrededor, contemplando la gigantesca ciudad en todo su esplendor y ostentación—. Toda esta inmensa ciudad es de oro y plata, hasta el suelo que pisamos es de rico mármol.

Adamis asintió.

—Así es, pero incluso los Dioses no pueden tenerlo todo —dijo mirando a Kyra—. Para ser más exactos, no todos los Dioses pueden tenerlo todo, pues eso en sí mismo es una imposibilidad. Nadamos en la abundancia y nos rodeamos de riqueza infinita, es cierto, ese es nuestro derecho como civilización más avanzada y poderosa. Y de ese derecho hacemos uso. Pero no todo es infinito, hay cosas que son finitas o únicas y, al serlo, las convierte en muy deseables pues no todos pueden disponer de

ellas aunque lo deseen con toda su alma o poder —Adamis miró a Kyra a los ojos fijamente y luego se volvió hacia la plaza—. *Este mercado nos proporciona a los más ricos y poderosos la posibilidad de hacernos con esos objetos preciados.*

—Pensaba que los esclavos proporcionábamos todo cuanto los Dioses necesitan, que ese es nuestro lugar en el mundo, nuestra única razón de ser —dijo Kyra intentando rebajar la ironía en su tono.

Adamis entrecerró los ojos, adivinando su intención.

—*Y así es* —continuó—. *Prácticamente todo. Los esclavos son el fundamento de nuestra economía. Hace ya más de mil años, nuestros eruditos idearon un complejo sistema socio-económico y político que garantizara riqueza y gobernabilidad estable a nuestra sociedad. Desde entonces progresamos hacia nuevas metas intelectuales, dejando atrás las mundanas tareas para dedicar tiempo, esfuerzo e intelecto a menesteres mucho más elevados. Una economía próspera es la base de una sociedad avanzada. El sistema económico que se adoptó garantiza prosperidad y riqueza prácticamente infinitas.*

—Esclavizando al resto del mundo —dijo Kyra sin poder contenerse.

Adamis sacudió la cabeza.

—*Sígueme, disfrutemos del mercado e intenta contener esa viva lengua tuya.*

Durante media mañana recorrieron los puestos y Kyra vio cosas increíbles: desde animales que jamás sabría qué eran a joyas y vestidos de una exquisitez que la dejaron sin habla. Ella nunca tendría algo remotamente parecido.

Adamis intercambiaba saludos y charlaba con otros nobles. Kyra, observaba con detalle, tal y como hacía su hermano Ikai. Se había percatado de un detalle significativo: los colores que los Dioses vestían parecían indicar la casa a la que pertenecían. Un Lord en tonos celestes se acercó a hablar con Adamis. Kyra lo señaló con un gesto de la cabeza y mostró tres dedos a Zita y Moa. Las dos doncellas negaron disimuladamente. Moa le mostró cinco dedos. Kyra comprendió: aquel Lord pertenecía a la Casa del Quinto Anillo. Pero había algo más que le había llamado la atención de aquel Lord: era al que la esfera del ritual

había asignado a Idana, Lord Saxti. Ahora sabía que Idana estaba en el quinto anillo y aquel conocimiento le dio esperanza. Vio pasar a un estirado Lord en llamativos ropajes naranjas y rojos y preguntó a sus dos compañeras alzando las cejas y señalando con la cabeza. Zita le mostró dos dedos. Los mismos colores que aquel desalmado que se llevó a Yosane: Lord Asu. Su amiga estaba en el segundo anillo, ahora lo sabía. Y aquel conocimiento la empujaba a seguir adelante a descubrir más sobre aquel mundo con un único objetivo: sobrevivir y escapar.

Adamis despidió al Lord y se volvió hacia ella.

—*Lord Saxti dice que soy demasiado permisivo con mis esclavas, que debería tener cuidado, me advierte que los nobles hablan mal de mi persona a mis espaldas... No está nada bien visto entre los Lores el interés que me tomo en vosotras y desde luego no aprueban esta forma de comportarse en un Príncipe. ¿Tú qué opinas, esclava?*

—Que tienen razón —respondió Kyra molesta.

Adamis soltó una carcajada. Kyra lo vio reír por primera vez y, de alguna forma, aquella risa lo convirtió en más humano.

Rotec se volvió escandalizado y trató de disimular la conducta de su señor de modo que los otros nobles no se percataran de que el Dios-Príncipe se había reído con una esclava.

Adamis se contuvo y todavía con una sonrisa en la boca dijo:

—*Me preguntaste qué quería de ti, por qué te daba un trato especial. Te lo diré. Porque me intrigas. Tú no eres como las otras esclavas, tienes un carácter, una personalidad indómitas que realmente me interesan. Nadie me había hecho reír así en mucho, mucho tiempo. Eso puedo asegurártelo.*

—Pues si quieres saber de mí será mejor que empieces por recordar mi nombre, pues tengo uno y lo sabes.

Adamis echó la cabeza atrás y arqueó las cejas.

—*Muy bien, Kyra.*

—Eso está mejor.

Adamis asintió.

—*Es un nombre bonito.*

—Gracias.

Adamis frunció el ceño, que apenas mostró un surco dorado en su frente.

—*De todas formas te aconsejo que no fuerces tu suerte conmigo... los caprichos de los Príncipes suelen ser fútiles...*

Kyra tragó saliva. No forzaría más, pero al menos había conseguido una mínima satisfacción y su alma rebelde gritaba de alegría.

De pronto, el centro de la plaza comenzó a despejarse y los presentes dejaron de atosigar las tiendas para prestar atención a lo que ocurría. Lord Adamis indicó a su séquito que se retrasaran unos pasos mientras en el centro, lentamente, un podio rectangular se elevaba desde el suelo. Dos Ojo-de-Dios se situaron junto al mismo. Custodios aparecieron entre la multitud guiando una hilera de esclavos. Iban encadenados y pertenecían a diferentes razas. Los llevaron frente a la plataforma elevada. Algo llamó la atención de Kyra: muchos de los hombres eran extremadamente fuertes, tanto como los propios guardias aunque también había algún anciano, y las mujeres eran de una belleza y delicadeza muy acentuadas. Kyra se sintió fea y desgarbada al contemplar lo atractivas que eran.

—¿Qué van a hacerles? —susurró Kyra a Adamis.

—*Observa.*

Dos Custodios subieron al primer hombre sobre la plataforma y uno de los Ojo-de-Dios subió con él. El Ojo-de-Dios mostró el esclavo al público: era un hombre grande como una montaña, de cabello rubio y lacio, de piel blanca como la nieve. Sólo llevaba puesto un taparrabos. Kyra observó a los Lores y vio que varios levantaban la mano. Miró a Adamis con el entrecejo fruncido.

—*Es una subasta. Pujan por él* —le aclaró el Príncipe.

—¿Por un esclavo? No lo entiendo, ¿si tienen miles!

—*Es el mismo concepto que con el resto de objetos y animales que se venden en este mercado de maravillas. Son objetos preciados, escasos. Tenemos miles de esclavos, cierto, cada una de las Cinco Casas los posee, asegurarán la sostenibilidad económica y nos permiten crecer mostrando a las Casas rivales todo nuestro esplendor, pues poderosos somos, y con ese*

gran poder la vanidad llega y desafortunadamente se impone. Si una Casa levanta una estatua a los cielos, las otras pronto construirán una estatua más alta, más bella o más exótica, para demostrar su poder a sus rivales y que nunca lo olviden.

—Es una locura.

Adamis asintió lentamente.

—*Puede que lo sea pero esa es nuestra cultura, nuestra sociedad y así ha sido por mucho tiempo.*

—¿Y qué somos nosotros? ¿Acaso no tenemos valor? —dijo Kyra mientras contemplaba cómo subastaban a otro esclavo.

—*Por supuesto que tenéis valor, toda vida tiene valor.*

—Pero no el mismo.

Adamis suspiró y meditó la respuesta, como si fuera una pregunta difícil para él. Hasta aquel momento Kyra no lo había visto nunca dudar.

—*No, no el mismo. No aquí.*

—Sólo somos hormigas que producen para que los Dioses puedan disfrutar de riquezas infinitas y nunca tengan que levantar un dedo. Si dejamos de trabajar, si protestamos, entonces somos aplastadas sin piedad alguna.

—*Por desgracia se impone la ley del más fuerte. Esta es una máxima que siempre se cumple con todas las civilizaciones, es una de las leyes de la Madre Naturaleza. Observa esos dos esclavos encadenados, uno negro como la noche, el otro rojo como un atardecer, los dos poderosos guerreros. Hace algo más de mil años, cuando se decidió esclavizar a los hombres, las etnias de esos dos hombres se mataban entre ellos de forma encarnizada. Ellos mataban, violaban, arrasaban poblados enteros y esclavizaban, pues siempre hay un pueblo más fuerte que otro y siempre lo habrá. Sin embargo, ahora no hay derramamiento de sangre, son esclavos sí, pero no hay guerra entre sus pueblos.*

—Cambiar un mal por otro no mejora las cosas.

—*Cierto, pero ahora no hay guerras, todos nos sirven y viven una existencia larga si hacen lo que de ellos se espera: ser esclavos ni más ni menos. Ya no hay guerra y aquí, en esta ciudad, tampoco hay enfermedad,*

está prácticamente erradicada.

—¿De verdad pretendes justificar la esclavitud de todo un mundo con eso? —dijo Kyra con ojos centelleantes y los puños prietos.

Adamis se irguió.

—*Te recuerdo que nada tengo que justificar pues para ti, para los tuyos, soy un Dios. Un Dios-Príncipe. Pero una cosa te diré: si tu pueblo no fuera un pueblo esclavo, habría sido aniquilado por el pueblo de ese gigantón hace ya mucho tiempo* —dijo señalando al esclavo que subastaban, una montaña de hombre de negra cabellera, oscura tez y cara tan adusta que parecía esculpida en odio.

Kyra ardía de ganas de cruzarle la cara a aquel Dios engreído, y si pudiera marcar de alguna forma su bello rostro su felicidad sería completa.

De súbito, el gigantón consiguió zafarse de los Custodios y saltó de la plataforma, gritando como un poseso. A Kyra le dio un vuelco el corazón. El gigante corrió hacia uno de los Lores y su séquito. El Lord, vestido en tonos marrones, echó la cabeza atrás, sorprendido. El gigante se abalanzó sobre él con sus manos en grilletes buscando el cuello dorado del Dios.

Kyra observó pasmada. Vio que Rotec desenvainaba y cubría a Adamis con su cuerpo.

El Lord atacado murmuró algo. De súbito, el suelo se abrió ante él con un estruendoso “*crack*” y una garra de pura roca surgió cerrándose sobre el gigantón como una tenaza de granito. El Lord dio un paso atrás. Tres de sus Custodios se adelantaron y acuchillaron sin piedad al aprisionado esclavo.

Kyra dejó escapar una exclamación de horror.

El Lord murmuró de nuevo y la tenaza de roca se volvió arena que cayó sobre el suelo. Los Custodios se llevaron a rastras al esclavo muerto. La subasta continuó como si nada hubiera sucedido.

«No te dejes engañar, eso es lo que te espera a ti también» se dijo Kyra. «Adamis no es diferente». Un detalle del incidente le resultó significativo. «El Lord se ha defendido, ha temido por su vida». Y una

duda surgió en su mente, una duda crucial.

—¿Es que acaso los Dioses podéis morir?

Adamis se volvió y la miró extrañado.

—Por supuesto que podemos morir. Todos morimos. Dioses o no. Esa es una ley máxima de la Madre Naturaleza. No somos inmortales, si es lo que preguntas, si bien nos gustaría llegar a serlo. Es ello lo que nuestros eruditos llevan buscando varios milenios sin haberlo conseguido todavía.

—¿Incluso a manos de un esclavo?

El rostro del Príncipe-Dios se endureció.

—No imagines tanto, esclava. Como has comprobado, es prácticamente imposible que un esclavo nos ponga una mano encima, mucho menos matarnos. Si así lo deseara, podría acabar con tu vida donde estás con un chasquido de mis dedos.

Kyra se dio cuenta de su error y rectificó.

—Lo siento, no era mi intención ofenderte. Jamás osaría levantar una mano contra un Dios —mintió, suavizando la expresión de su rostro—. Es que los Sumos Sacerdotes nos han pregonado siempre que los Dioses son inmortales y eternos. Por ello me ha sorprendido lo que ha sucedido. Era sólo eso —dijo con voz atemperada.

Adamis la contempló un instante, como intentando leer su sinceridad y finalmente sonrió.

—Está bien, pero no olvides mi advertencia.

Una pregunta brotó de pronto en la mente de Kyra, una pregunta cuya respuesta podía ser de gran ayuda. Con cuidado valoró cómo dejarla caer para no volver a ofender a Adamis y finalmente se decidió.

—Ese Lord ha usado el Poder de los Dioses... ¿verdad?

Adamis dejó de contemplar la subasta.

—Sí, ha usado el Poder. Uno de los tipos de Poder —aclaró.

Kyra suavizó el rostro sin llegar a sonreír y se enroscó el dedo en su cabello rojizo.

—¿El mismo Poder que usaste conmigo?

Adamis entrecerró los ojos.

—*No, no es el mismo Poder, cada Casa está en sintonía con un determinado tipo de Poder, pero todos ellos nacen de la misma base: la Madre Naturaleza.*

—¿De la Naturaleza? —preguntó Kyra con tono inocente.

—*Sí, de Arutan, nuestra Madre Naturaleza. El Lord que ha usado el poder pertenece a la Cuarta Casa, y está en sintonía con uno de los cinco elementos base de Arutan: la Tierra.*

Kyra tuvo que contener unas arrebatadoras ganas de lanzarle otras cien preguntas, pero no quería que Adamis intuyera un interrogatorio y se cerrara a ella. Así que decidió sosegar e intentar sonsacar aquello que realmente quería saber.

Respiró profundamente y preguntó:

—Lo que no entiendo es... siendo los Dioses tan poderosos como sois... ¿para qué necesitáis de nosotros, los esclavos? ¿No podéis simplemente crear la comida, el vino, las riquezas? —Kyra intuía que había algún impedimento pues no había observado a ningún Dios hacer nada similar.

De hecho, ahora que pensaban en ello, no había observado a ninguno utilizar su poder abiertamente, lo cual era extremadamente extraño sin tan poderosos eran... Tenía que descubrir el porqué pues allí, muy posiblemente, debía radicar el punto débil de aquellos seres.

Adamis echó la cabeza atrás y contempló el cielo, pensativo.

Kyra temió haberse precipitado al formular la pregunta.

Pero Adamis contestó.

—*No, por desgracia, nuestro poder tiene limitaciones* —dijo con un largo suspiro, arrastrando las palabras, reticente, como a sabiendas que lo que estaba revelando no debería revelar a una esclava—. *Nuestro Poder se nutre de la Naturaleza, de los cinco elementos que la conforman, y hace uso de ellos. Pero no puede crear vida, ni objetos, no de ese modo. Únicamente podemos manipular los cinco elementos básicos y su poder natural.*

Kyra siguió arriesgando, necesitaba entender.

—Al contemplar el Poder he imaginado que era todopoderoso.

—*En absoluto. Es más, existe una ley universal, inalterable, que lo rige: Todo Poder tiene un precio, un precio que hay que pagar. En nuestro caso, el precio de este Poder con el que hemos sido bendecidos es nuestra propia existencia.*

Y con aquella extraña frase de Adamis, Kyra consiguió lo que perseguía: la semilla de la esperanza. Si los Dioses no eran todopoderosos y tenían una debilidad, aún había esperanza. Para ella y para todos los hombres. Pero prefirió no seguir indagando pues el riesgo ya era demasiado alto.

Dando un giro a la conversación le preguntó:

—¿Vas a comprar alguno de esos esclavos?

Adamis se giró a contemplarlos.

—*Sí, a eso precisamente he venido. Hay uno que me interesa especialmente.*

—No será una de esas bellezas exóticas —dijo Kyra sin poder contenerse.

Al momento se arrepintió y se mordió la lengua.

Adamis la miró divertido.

—*No, las de tu raza no son de mi interés, al menos no en ese sentido...*

Kyra se puso roja como un tomate, sus mejillas ardían.

—*Me interesa él* —dijo señalando al siguiente subastado. Un viejo que no parecía le quedarán muchos amaneceres.

—¿Él?

—*Sí, es una joya, una joya muy preciada y hoy será mío.*

Por dos días enteros con sus noches, Kyra rumió todo cuanto la

conversación con Adamis en el mercado le había revelado. Mucho había aprendido y ahora le daba vueltas y más vueltas en su cabeza. Los Dioses no eran inmortales y su Poder, si bien inmenso, estaba limitado y lo que era más importante, aquella limitación podría ser el camino que les permitiera burlarlos. Necesitaba de Yosane, ella sabría qué idear con toda aquella información.

«Ikai estaría orgulloso de mí. Me he controlado y he conseguido información valiosísima. Pero ahora no se me ocurre qué puedo conseguir con ella».

Miró por la ventana a través de las rejas y pensó en Ikai. Recordó su rostro amable, su cariñosa forma de ser. Era tan distinto a otros hermanos mayores... él no mandaba y esperaba ser obedecido... Ikai la había tratado siempre con respeto y cariño. La quería mucho y ella lo sabía. Siempre la protegía y cuidaba. Más aún desde el aciago día en que se llevaron a su padre. Ikai nunca había mencionado una palabra al respecto pero Kyra sabía muy bien que era ella el motivo por el cual se lo llevaron. La causante del nefasto incidente. Era una carga que Kyra llevaría siempre en su corazón, una carga del tamaño de una montaña. Ikai jamás se lo reprochó ni se lo contó a su madre. «No podría haber deseado un hermano mejor». Se angustió y recordó la sonrisa y calma de Ikai. Una calma fría y calculadora que ella tanto envidiaba y que nunca podría tener pues su espíritu se encendía con una facilidad pasmosa y rara vez conseguía controlarse. No como su hermano. Suspiró y se calmó.

La tenían encerrada en aquella habitación y no había podido ver demasiado de la Ciudad Eterna pero sí algo de palacio. Kyra había contado una treintena de Dioses residentes, familia de Adamis, la corte de la Casa del Primer Anillo. Por alguna extraña razón, la Reina, una mujer de unos ojos fríos como una mañana invernal deseaba que cada habitación tuviera una fragancia silvestre diferente y las esclavas se desvivían por complacerla. Kyra había preguntado a Moa y Zita por el Rey, el padre de Adamis, pero las dos se habían encogido de hombros. No parecía que lo hubieran visto nunca. ¿Habría muerto?

La puerta se abrió y Rotec entró. Apenas cabía por la puerta.

—*Vamos, mi señor espera* —le llegó el golpe mental.

Kyra obedeció y siguió al Campeón que sin decir palabra la guió

fuera de palacio y por las calles de la ciudad luego hasta llegar a una extraña plaza ovalada. En el centro, se alzaban cinco monolitos blancos de gran envergadura. Sentados en cómodas poltronas tapizadas, Kyra pudo contar más de una veintena de Dioses. Pero algo le llamó la atención en ellos. No eran jóvenes como Adamis y Rotec, eran Dioses... viejos. Kyra se detuvo de golpe, observándolos llena de curiosidad. No había visto antes Dioses ancianos y aquello le impactó. Incluso la Reina, que debería tener cierta edad ya, no parecía haber envejecido más que una pizca pues sus rasgos eran delicados y su belleza muy manifiesta. El color de su pelo comenzaba a ser plateado pero seguía manteniendo cierta frescura. Sin embargo, los hombres que ahora contemplaba eran muy viejos, su piel dorada estaba manchada de ocre, y sus cabellos eran níveos y lacios. Pero lo que más llamó la atención de Kyra fue el estado de sus cuerpos: estaban demacrados, consumidos.

—*Sigamos, nos esperan* —le dijo Rotec, y Kyra reaccionó.

Junto al monolito central descubrió a Adamis y a un par de Dioses de avanzada edad que se apoyaban en báculos plateados con incrustaciones.

Rotec realizó una elaborada reverencia ante los tres Dioses y Kyra, sin saber muy bien qué hacer, se quedó dos pasos detrás de Rotec con la cabeza gacha y la mirada clavada en el suelo de mármol blanco.

Uno de los dos Dioses ancianos alzó la mano, se despidió y se marchó.

—*Kyra, acércate* —le llegó el mensaje mental de Adamis.

Así lo hizo y al situarse junto a Adamis imitó la reverencia de Rotec.

Los Dioses sonrieron y aquello calmó algo el nerviosismo de Kyra. Se fijó en el Dios, llevaba una larga túnica blanca y la representación de un árbol dentro de un círculo bordado en plata en el pecho.

—*Este es Notaplo uno de los Eruditos más prominentes de los cinco anillos y pertenece a la Casa de Eret, nuestra casa.*

Kyra lo miró a los ojos, azules y claros, profundos. Su mirada denotaba entendimiento, sabiduría. A Kyra le fascinaba lo humano que eran los ojos de los Dioses. Al verlos olvidaba el dorado de la piel, la extrema esbeltez, incluso el poder que emanaban aquellos seres.

—*Buenos días, joven esclava* —dijo el erudito. Su voz era tan profunda y resonante que Kyra dio un paso atrás al recibir aquel potente mensaje mental.

—Buenos... días... —saludó Kyra reponiéndose de la impresión.

—*Mi buen Príncipe me comenta que eres una joven de interés, de vivo espíritu y llena de preguntas ciertamente incómodas.*

Kyra notó el calor subiendo a sus mejillas.

—*No te alarmes. Es lo que tiene el haber vivido 900 años, uno pierde la paciencia con facilidad y tiende a ir directo a lo que le interesa lo antes posible* —sonrió en una boca con unos dientes muy oscuros.

—¿900 años? —repitió Kyra incrédula.

—*Así es, niña, a mis ojos tú no eres más que un bebé, prácticamente una recién nacida. Y como puedes ver por mi macilento aspecto, no soy inmortal, moriré, en unos 100 años aproximadamente pues las últimas gotas de mi Poder se secan y con él se apagará mi existencia para siempre. Creo que ese era uno de los temas que te interesaban.*

—Sí... bueno... ¿Realmente morirás? —preguntó Kyra aún sin poder aceptar del todo que los Dioses, aquellos seres tan poderosos, pudieran morir.

Notaplo asintió lentamente.

—*Todavía no hemos alcanzado la inmortalidad, niña, aunque la perseguimos sin descanso* — y quedó pensativo, con la mirada perdida.

Kyra observó al erudito con la intriga devorando su pecho. El viejo sonrió y observó el cielo.

—Pero... entonces, si Notaplo tiene 900 años... ¿qué edad tienes tú, Adamis? —pensó en voz alta.

Adamis cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Este verano cumplí 180.*

—¡180! Pero... pero ¿cómo puede ser? ¡Si no pareces mucho mayor que yo!

—*En realidad no lo soy. En años humanos tendría unos 18 pues*

nuestra longevidad es aproximadamente diez veces la vuestra, algo más, de hecho. Si bien depende en gran medida de que hagamos un uso adecuado de nuestro Poder.

Kyra se quedó sin habla por la inesperada sorpresa. Adamis había vivido ya 180 años, y ella sólo 17. Aquello la dejó completamente desconcertada.

Notaplo volvió a realidad, como regresando de una ensoñación.

—Por lo que me ha dicho mi Príncipe, este particular tema era de tu interés lo cual me ha hecho pensar, ¿por qué desea una esclava conocer estos detalles?

Kyra lo miró mortificada. No supo qué responder.

—Sólo trataba de entender....

—¿Nuestra sociedad? ¿Nuestro Poder? La curiosidad es una moneda de dos caras, mi niña, puede proporcionarte gran conocimiento o gran terror, incluso conducirte a una muerte inesperada... Uno debe tener mucho cuidado con aquello que desea conocer puesto que las respuestas que obtenga puede que no sean las que esperaba.

Kyra bajó la cabeza y no dijo nada.

—Este lugar que te rodea —continuó el Erudito—, es un lugar de reunión y estudio. Existen cinco, uno en cada anillo, y por varios milenios en ellos se han estudiado y documentado los que han sido los cimientos de nuestra sociedad. Economía, Medicina, Política, Religión... todo ha sido abordado y estudiado por las mentes más brillantes de entre los nuestros. Los Eruditos que ves, todos ellos, han dedicado sus vidas al estudio, a la mejora de nuestra sociedad. Todos sus descubrimientos, sus avances en estos cinco Pilares del Saber se almacenan y salvaguardan —dijo señalando los monolitos.

Kyra los observó intrigada, ahora entendía por qué no eran negros como los otros que había visto.

Notaplo respiró profundamente y exhaló apoyándose en su báculo.

—Pero sobre todo, y por encima de todo, a una materia concreta nos hemos dedicado: a la búsqueda de la inmortalidad pues ese es el fin que todos perseguimos.

Kyra quedó expectante, deseando que el anciano le contara más.

—*Ahora, si quieres que te responda a la pregunta que corroe tus entrañas ahora mismo una pequeña cosa por mí tendrás que hacer.*

—¿Qué? —respondió Kyra de inmediato.

Notaplo sacó una pequeña daga de su túnica y se la entregó a Kyra.

—Un corte en tu mano requiero.

Kyra lo pensó dos veces, pero viendo su situación se decidió. Con una rápida pasada se cortó la palma de la mano. La sangre comenzó a brotar.

Notaplo asintió.

—*Veo que eres muy decidida. Sitúa la mano sobre el monolito central.*

Kyra miró a Adamis buscando confirmación. Adamis asintió.

Con la mano sangrante se acercó al monolito y puso su mano sobre la nívea superficie.

Se escuchó una fuerte vibración y de pronto Kyra se vio bañada por un foco de luz blanquecina que la exploró de pies a cabeza en tres pasadas consecutivas. Luego la luz desapareció y el temblor también. Kyra se retiró aturdida.

Notaplo avanzó y situó su mano sobre el monolito. Un círculo dorado surgió y la rodeó mientras él cerraba los ojos y se concentrada. El círculo dorado parpadeó. Notaplo apartó la mano y abrió los ojos.

Y entonces miró a Kyra.

—*La respuesta a tu pregunta es: no, no hemos descubierto la inmortalidad todavía. Pero hoy estamos un paso más cerca.*

Liriana portaba dos grandes cubos de agua intentando no derramarla al pasar entre la multitud de esclavos. Los estrépitos de los látigos estallaron en sus oídos y, sobresaltada, estuvo a punto de perder el equilibrio. Mirara donde mirase estaba rodeada de esclavos en túnicas marrones y pañuelos azules; trabajaban sin descanso, sacando fuerza de flaqueza en cuerpos demacrados por la penuria. Pasó junto a un Opresor y bajó la cabeza de inmediato tal y como le habían indicado debía hacer siempre. Llegó hasta el grupo liderado por el Capataz Tulmis al que le habían asignado.

—¡Rápido, aguador! —le exigió el viejo esclavo calvo y con barba grisácea señalando a media docena de hombres que yacían semi-inconscientes en el suelo.

Liriana se apresuró hasta ellos y les dio de beber con un gran cazo de madera que llevaba a la espalda. Por mucha agua que les diera aquellos desdichados no aguantarían el terrible esfuerzo al que se veían sometidos. Trabajaban en la construcción de una estructura de dimensiones gigantescas tras los jardines del gran Palacio Real del Quinto Anillo. Liriana hacía sólo tres días que había arribado en el barco de esclavos y ya le parecía llevar meses allí. La estratagema que había urdido para llegar le había dado resultado. Colarse entre los esclavos haciéndose pasar por uno más de ellos y embarcar hacia la Ciudad Eterna sin ser descubierta había sido una temeridad. «La fortuna sonrío a los audaces» se dijo sonriendo. Si la hubieran sorprendido intentado colarse por el techo, los Ejecutores la hubieran matado al momento por hallarse fuera del Confín. «La muerte también sonrío a los audaces, y su sonrisa es más amplia y atractiva» se dijo sacudiendo la cabeza. Ahora ya estaba dentro de la Ciudad Eterna y debía seguir con su misión, pues era una de vital importancia para el pueblo Senoca.

—Si alguno de ellos muere ocuparás su lugar —la amenazó Tulmis.

Liriana lo miró desafiante.

El día de su llegada a uno de los extensos puertos del Quinto Anillo, los habían hecho formar en fila. Liriana supuso que serían los Ojo-de-Dios quienes decidieran su suerte. Sin embargo, para su sorpresa, cinco capataces inspeccionaron el cargamento de esclavos y se los repartieron, no sin discusiones. Todo sucedió bajo la atenta mirada de varios Opresores. A Liriana la había elegido el viejo Tulmis.

—Militar, buenos brazos y piernas. Serás aguador —le había dicho tras observar la Argolla e inspeccionar sus músculos con manos arrugadas y sucias.

Liriana había tenido que tragarse el orgullo, ya no era Capitán de la guardia del Regente, ahora era una esclava más en medio de una ciudad tan magnificente como aterradora. Lo poco que estaba descubriendo de la Ciudad Eterna la maravillaba al tiempo que el terror se comía su estómago con dientes afilados como cuchillos. Una ciudad bella en su exterior, pero terrible en su interior. La primera noche Liriana había descubierto que los esclavos eran conducidos a grandes cámaras subterráneas junto a los puertos donde los amontonaban como ganado para pasar las noches. Nada más llegar, Tulmis se había llevado a los nuevos a una esquina junto al fuego. Allí les había explicado con calma qué hacer y qué no, así como quienes eran los Opresores, Custodios y, sobre todo, los Dioses. Liriana había escuchado con plena atención y más tarde había preguntado entre los esclavos para recabar toda la información posible sobre aquel lugar y los Dioses que lo moraban.

Contempló como a golpe de tambor el descomunal bloque de granito avanzaba sobre gruesos troncos de madera, palmo a palmo. Lo arrastraba su grupo, más de trescientos hombres fuertes, tirando con sogas trenzadas. El esfuerzo y la dureza del trabajo eran agónicos. La humedad en el ambiente era altísima: las túnicas y pañuelos se pegaban al cuerpo. Costaba respirar. Realizar aquel trabajo forzoso en aquellas condiciones era un suicidio.

—¡Deja de mirar a los demás y trabaja o haré que un Opresor se cobre tu piel! —amenazó Tulmis. Liriana entrecerró los ojos. Fue a replicar pero lo pensó mejor. El viejo sólo tenía una cosa en mente, sobrevivir, y para ello tenía que explotar a todo su equipo pues dos

Opresores lo vigilaban de cerca.

«Es un viejo inteligente, no se la juega lo más mínimo. Aquí sólo los más fuertes sobreviven, de cabeza o de cuerpo. Eso ya me ha quedado claro». Ninguna ayuda, ningún favor concedía Tulmis. Así se aseguraba vivir un día más. Era su vida o la de su grupo, y él le tenía mucho cariño a la suya propia.

Liriana continuó con su labor mientras observaba a los otros grupos trabajar. Los tres primeros se afanaban en levantar los bloques y situarlos unos sobre otros en la posición adecuada. Los últimos dos grupos arrastraban las pesadas piezas hasta el lugar donde serían alzadas. Habría más de un millar de esclavos allí, cargando con su alma, luchando por no morir aquel día. La escena era dramática y devastadora. Una escena que se repetía cada día, y cada día morían esclavos.

Pero ella estaba allí por una razón y nada ni nadie la detendría, ni los trabajos forzados, ni los Dioses, ni sus Opresores. «He de seguir con mi misión, Gedrel me necesita». Cerró los puños con fuerza y siguió trabajando. Si no les daba de beber, morirían deshidratados o por el esfuerzo. Los látigos de los Opresores restallaron sobre la cadencia cansina del tambor y las quejas de esfuerzo ahogadas de los esclavos, que componían la más lúgubre de las melodías. Una sinfonía de sufrimiento que no cejaba en todo el día para repetirse al siguiente.

De pronto, se escuchó un grito aterrador.

Le siguió un estruendo de madera al partirse y el roce forzado del granito al deslizarse sobre el granito. Liriana alzó la mirada en dirección al bullicio. Los gritos de horror partían ahora de cientos de gargantas. Con ojos desorbitados, Liriana vio como las sujeciones de madera del bloque de granito superior que estaba siendo alzado se quebraban. El enorme bloque se precipitaba desde diez varas de altura. Golpeó primero entre el grupo del Capataz Mirtez, aplastando a varias decenas de personas que gritaban llenas de pánico. Con la inercia de la caída, el bloque rodó y avanzó hacia el grupo de Liriana llevándose por delante otra veintena de esclavos y dos Opresores.

La gran pieza llegó hasta Liriana entre gritos ensordecedores de pánico. Sus compañeros soltaron las sogas y se apartaron de la trayectoria. El bloque de granito golpeó a los que lo estaban arrastrando

con un estruendo ensordecedor y se partió en dos. Una de las mitades quedó empotrada.

La otra salió despedida hacia Tulmis.

El viejo Capataz no pudo reaccionar y se cubrió el rostro con los brazos ante el inminente impacto que lo despedazaría.

Liriana se abalanzó sobre Tulmis.

La gran mole de granito paso rozándolos mientras rodaban por el suelo.

—Me... me has salvado... —balbuceó incrédulo el viejo Capataz.

Liriana se puso en pie sacudiéndose el polvo. A su alrededor contempló cientos de miradas que la atravesaban como cuchillos, recriminándole haber salvado al Capataz. Liriana las ignoró. Capataz o no, ella no dejaba morir a la gente. Observó la escena de muerte y destrucción que el accidente había provocado y el alma le cayó a los pies.

Al anochecer, en el subsuelo, después de haber cargado los cadáveres de los muertos en un enorme barco fúnebre, Liriana recapacitaba en silencio. Morían tantos esclavos que los siervos mantenían el barco anclado alejado del puerto y lo iban llenando de cadáveres embalsamados para una vez cargado, llevárselos quién sabe dónde y hacerlos desaparecer. A alta mar, supuso Liriana. Lo llamaban el *Bajel Mortuorio*. Ni una plegaria, ni un simple adiós por los muertos, nada. Aquel lugar era devastador, y la desesperanza de aquellos hombres absoluta.

Miró al techo, pensativa. «¿Qué habrá sido de Ikai? Me pregunto si habrá logrado llegar hasta aquí. Sí, seguro que lo ha logrado. Es inteligente y fuerte, lo logrará. Hubiera deseado que entráramos juntos pero mi plan era demasiado arriesgado ya para una persona, para dos hubiera sido un suicidio. No me hubiera perdonado que perdiera la vida por mi culpa. Espero que esté bien...». Suspiró. «Yo tengo mi misión y él la suya, nuestros caminos corren paralelos pero son muy distintos, al igual que lo son nuestros fines. Debo concentrarme en mi objetivo, muchos de los nuestros dependen de él, eso es lo realmente importante. No puedo dejarme influenciar por sentimientos...».

—Tulmis quiere hablar contigo —le susurró una voz al oído.

Liriana giró la cabeza y vio a un hombre alejarse. Al fondo, en una esquina, su esquina, junto a un fuego, Tulmis la miraba. Le hizo una seña para que se acercara.

Liriana fue hasta el viejo Capataz.

—¿Me llamabas?

—Sí. Quiero hablar contigo —dijo en un susurro.

—De acuerdo —murmuró Liriana, y se sentó junto a él.

—Lo que has hecho hoy... muy pocos harían...

—Yo no soy como la mayoría...

—Sí, eso ya lo he visto. Y es precisamente por ello que quiero hablar contigo. Primero quiero... —Tulmis se aclaró la garganta, como si las palabras se le atragantaran— quiero agradecerte haberme salvado la vida.

—No es necesario.

—Sí, sí que lo es. La mayoría, por no decir todos, me hubieran dejado morir, y lo hubieran celebrado. Sólo un puñado que cuenta con mi favor hubiera lamentado mi muerte y sólo por los beneficios que hubieran perdido. Pero nadie se habría arriesgado por mí, estoy convencido. Llevo muchos años aquí y muy rara vez se ve una acción de este tipo.

—Simplemente he reaccionado por instinto.

—Un instinto heroico que pocos hombres tienen y los que un día lo tuvieron, en este siniestro mundo de Dioses y esclavos, ya lo han perdido. Yo soy un hombre justo, aunque tus compañeros no lo crean así. Por ello te ofrezco entrar en mi círculo de confianza.

Liriana miró a los hondos ojos castaños y no vio la mentira.

—Acepto.

—Muy bien —asintió Tulmis—, me encargaré de que no mueras y tengas algunos “beneficios”. Pero algo me dice en tu mirar que deseas más...

—Sí.

—Te lo debo. Pide.

—Quiero saber dónde está el esclavo Maruk y llegar hasta él.

—Ummm esa es una cuestión muy complicada. Para empezar, hay miles de esclavos en esta ciudad y como has podido ver de diversas razas y naciones.

—Sí, ya lo he visto, para mi total desconcierto. Yo busco a uno en concreto, se llama Maruk, tiene 25 años, alto, delgado, brazo fuerte, ojos verdes y moreno. Es un Senoca, de la Primera Comarca, un Artesano, sin igual en la forja de metales. Su fama le precede. Fue capturado y traído aquí, hace muy poco.

—Ummm es posible encontrarlo. Pero llevará algo de tiempo. Veras, puede estar en cualquiera de los otros cuatro anillos.

—¿Tienes forma de contactar con los esclavos en los otros anillos?

—Los Capataces tenemos “formas” de comunicarnos entre nosotros. Con tiempo, paciencia, y mucho sigilo, hemos tejido una red clandestina de información. Como una gran tela de araña sobre la Ciudad Eterna. Cuando se produce una vibración en un extremo es transferida hasta el otro. La tela la forman los miles de esclavos que durante el día poblamos la superficie y durante la noche los subsuelos. Los Siervos controlan los movimientos que pueden ver, pero no pueden ver los miles de movimientos simultáneos. Ahí reside la forma de evadir el férreo control que ejercen. De cada mil movimientos simultáneos, con evadir uno obtenemos una vibración que luego se va trasladando por la tela de araña—sonrió el Capataz—. Sin embargo, lo que pides tiene un alto precio.

—¿Más que el de tu vida?

—¡Ja! Me gustas, soldado, tienes agallas. No, nada hay más valioso que la vida. Y por ello te concederé lo que me pides.

—Gracias.

—Sólo por curiosidad, ¿y este joven, Maruk, quién es? ¿Amante, familia, enemigo?

Liriana inspiró y meditó la respuesta.

—Amante.

—Comprendo. Lo buscaré, pero piensa que puede que no esté ya con vida.

Liriana asintió y deseó con toda su alma que sí lo estuviera, por ella y por los suyos.

Era medianoche cuando Ikai emergió de las aguas lentamente. Primero libró los ojos, luego la nariz, y finalmente el cuello. El muelle estaba desierto así que se arriesgó. Arrastrando el cuerpo con el sigilo de una serpiente se escondió entre penumbras hasta alcanzar la sombra de una enorme fuente. Había pasado horas en el agua esperando a que los Custodios se retiraran y su cuerpo agradeció inmensamente el contacto sólido de la madera y la piedra.

Durante el día se ocultaba en el agua o en alguna embarcación poco custodiada. Era un suicidio intentar acercarse a tierra. Los Siervos de los Dioses estaban por todos lados. Había arriesgado acercarse en un par de ocasiones pero había estado a punto de ser descubierto.

Hacía cuatro días que había llegado a la Ciudad Eterna como polizón en el navío de mercancías. El barco había atracado en uno de los puertos del Quinto Anillo e Ikai había esperado hasta bien entrada la noche para abandonarlo y comenzar a investigar con extrema cautela. Por dos días había investigado el anillo, a los Siervos de los Dioses, sus rutinas, las escasas conversaciones y órdenes que intercambiaban, intentando asimilar el nuevo mundo que le rodeaba. Dos días jugándose la vida a cada paso que daba para obtener información valiosa.

La madrugada del tercer día robó una pequeña barca y se trasladó hasta el cuarto anillo al amparo de la noche. Allí se encontraba ahora, intentando obtener alguna pista sobre dónde podrían tener prisionera a Kyra. No había encontrado rastro alguno de su hermana pero no perdía la esperanza. Conseguiría encontrarla.

Comenzó a arrastrarse por el suelo en dirección al interior del anillo. «Estoy tan cerca, tan cerca, no puedo fallar ahora».

Bebió agua de la fuente y descansó un momento. Había pasado media mañana escondido en una embarcación cargada de arenque ahumado y aunque había llenado el estómago, la sed lo estaba matando.

«Hora de moverse e investigar» se dijo.

«Está aquí, seguro» se animó, consciente del terrible peligro que estaba a punto de afrontar.

Según avanzaba algo le molestó en el costado. Metió la mano bajo en jubón y sacó el guantelete del Maestro Sejof. Pensó en dejarlo atrás. Luego palpó el cinto donde llevaba el saquito de cuero con el Ojo de Halcón. «Mejor lo conservo» decidió sin saber muy bien por qué. Se puso el guantelete en la mano derecha y continuó avanzando siempre buscando sombras y alejándose de la luz.

Según se arrastraba por los dominios de los Dioses escuchó pisadas. Se detuvo y quedó oculto por la negrura. Sus entrenados sentidos de Cazador le proporcionaban una ventaja sustancial en las tinieblas de la noche ya que los Custodios de guardia eran enormes y sus movimientos lentos y muy pesados. Prácticamente los oía acercarse a media legua, y podía distinguirlos incluso antes. Dos de ellos, de ronda, pasaron no muy lejos de Ikai, pero no lo vieron. Debía andarse con ojo, las patrullas eran constantes y los palacios estaban todos fuertemente vigilados, un descuido y sería hombre muerto.

«¿Dónde te tienen, hermanita... dónde?». Por un momento la terrible incertidumbre le heló el pecho, como golpeado por una tempestad de hielo y apenas pudo respirar: ¿seguiría con vida? «¡Claro que está con vida! ¡Ni pienses lo contrario!» se amonestó a sí mismo sacudiendo con fuerza la cabeza. «¡Está viva y la encontraré. La encontraré y la sacaré de aquí, por Oxatsi, la Madre Mar, que lo haré!». Sin embargo, no sabía dónde debía buscar, lo meditó detenidamente, como a él le gustaba hacer y por ello tanto le regañaba Kyra. En los días que llevaba escondido había observado con mucha atención todo cuanto en aquel universo en medio del mar sucedía, intentando comprender.

Tras meditarlo, optó por dirigirse al palacio más grande, al del señor o monarca de aquel lugar. Kyra fue seleccionada en un Llamamiento, no en una Cuota, fue seleccionada por alguna razón específica y por ello había más probabilidades de que estuviera en manos de un gobernante. La cara de Sesmok le vino a la mente y fue como si le echaran un jarro de agua fría en la cara. Con cuidado, sorteó tres patrullas más y llegó hasta los aledaños del palacio. Ya estaba cerca. Se arrastró algo más huyendo de

las luces.

De súbito la Argolla en su brazo comenzó a brillar con un fulgor intenso y a emitir un agudo chirrido. «¡Oh, no! ¡Me van a descubrir!». Ikai no entendía qué sucedía, la Argolla no había hecho aquello nunca. Levantó la cabeza ligeramente por encima del seto que lo cubría y entonces lo vio: un monolito a veinte pasos de donde se encontraba. No era muy alto, del tamaño de un Custodio. Ikai retrocedió de inmediato a toda velocidad y la Argolla dejó de emitir luces y chirridos.

«¡El maldito monolito ejerce de guardia! No me puedo creer mi mala suerte. No sólo tengo que evadir a los Custodios sino que a estos monolitos vigías. ¡Maldita sea!».

Mientras renegaba se arrastraba por el suelo tan rápido como podía. Sus oídos habían captado los pesados pasos de tres patrullas de Custodios a la carrera. Lo habían descubierto.

«¡Tengo que salir de aquí, rápido!».

Continuó arrastrándose por el suelo como una serpiente enloquecida, tan rápido como su cuerpo le permitía. No aventuró una sola mirada atrás. Sabía que lo perseguían.

Las pesadas botas se oían más cerca, muy cerca. Los tenía casi encima.

«No tengo opción, tengo que correr por mi vida».

Ikai se levantó y salió corriendo como una exhalación, saltando por encima de setos y esquivando bancos y estatuas. Continuó corriendo siempre por las zonas en penumbra. Los Custodios, mucho más grandes y pesados no podrían seguir su velocidad. Llegó al puerto y sin detenerse se tiró de cabeza al agua. Se sumergió y buceó. Buceó y buceó, alejándose de la orilla.

«Un poco más, un poco más» se dijo con los pulmones a punto de explotar por falta de aire.

Finalmente emergió y respiró hasta llenar los pulmones. Contempló el puerto en la distancia, cuatro Custodios lo estaban registrando. Por fortuna estaba lo suficientemente lejos, y la oscuridad lo cubría. Se encontraba en el gran canal que surcaba los cinco anillos en dirección a la

isla central de la Ciudad Eterna. Con cuidado se alejó hasta situarse en el centro del canal.

Observó a los Custodios buscarlo en tierra firme.

«No se han percatado de que me he lanzado al agua». Resopló con tal alivio que casi se le escapó su propio espíritu. «¡Qué cerca ha estado!». Sacudió la cabeza sin poder creerlo.

Y entonces descubrió el bote con la potente luz en su proa que se proyectaba sobre las aguas. «¡Me buscan en el canal!». Respiró por la nariz hasta llenar los pulmones y se sumergió de inmediato. Buceó como si fuera perseguido por cocodrilos hambrientos. Tomó aire arriesgando que lo vieran y continuó buceando. Finalmente alcanzó la orilla opuesta y se escondió bajo un muelle.

Exhausto, respirando entrecortadamente, observó cómo le buscaban en la orilla contraria. Lo hicieron durante horas, peinando todo el área. Mientras lo buscaban su pensamiento voló a Liriana. Sintió un cosquilleo en el estómago al recordar el turquesa de sus ojos, su mirada valiente, su voz firme y su fiera determinación. Y sus piernas... su suave piel... Ikai se sonrojó sólo de recordar, sentía un agradable calor y bienestar subiendo por el pecho. ¿Dónde estaría ahora? La había perdido en el puerto del Quinto Anillo, se la habían llevado con el resto de esclavos. Ella saldría adelante, estaba seguro. No conocía a nadie con más determinación. Y recordó la noche que habían compartido. Ikai sabía que perduraría en su corazón y recuerdo por siempre. «¿Volveremos a vernos, Liriana? Sí, tengo que creer que sí. Nuestro tiempo juntos no puede haber sido tan corto. Sí, volveremos a vernos, estoy seguro».

Poco antes del amanecer cesó la búsqueda. Llegaron las primeras luces del alba, tenues y cálidas, e Ikai se tranquilizó algo. Salió del agua y se escondió entre unas rocas para secarse al sol.

«Kyra, hermana, ¿dónde estás?».

Pensando en ella, deseando con toda su alma poder encontrarla, de forma inconsciente se llevó la mano al collar que Kyra le había hecho. Jugueteeó con la talla del caballito de mar entre sus dedos mientras contemplaba el sol bañar su cuerpo agotado. La sensación de bienestar lo arrulló y se dejó llevar, cerrando los ojos. En ese momento algo vibró en

su cintura.

«¿Qué sucede?» se preguntó alarmado.

Se llevó la mano al origen de la vibración y descubrió que era el disco del Ojo de Halcón. Estaba caliente, ardiendo, y tuvo que sostenerlo con la palma de la mano enguantada. «¿Qué demonios le ocurre?» se preguntó temiendo otra jugarreta como la de la Argolla. Contempló el disco cristalino y observó la pepita de oro en su interior. Recordó cómo Sejof lo situaba sobre su Argolla. Ikai miró alrededor y no vio a nadie, y se dispuso a imitar a su antiguo maestro. Recorrió con el disco el grabado del águila real que lo identificaba como Cazador. La Argolla emitió un destello y el disco se elevó sobre la Argolla quedando suspendido en el aire a un palmo sobre su brazo. Ikai observaba perplejo. El disco comenzó a brillar con una luz argenta de gran intensidad. De pronto emitió un haz de luz plateada en dirección a la isla del final del gran canal, al centro de la Ciudad Eterna.

Ikai se agazapó de inmediato. ¿Qué había pasado? ¿Por qué se había activado el Ojo de Halcón? ¿Y cómo? Él no había hecho nada... Y recordó el collar. Había tocado el collar con el guantelete... y el collar lo había hecho Kyra... Empezaba a verle el sentido.

«Creo que el Ojo de Halcón me acaba de indicar dónde estás hermanita».

Miró la gran isla en el horizonte.

«Ya voy, Kyra, ya casi estoy».

Los Custodios escoltaron a Yosane y Gersa hasta una antecámara subterránea del Palacio Real de la Casa de Aureb, la Casa del Segundo Anillo. Un Ojo-de-Dios esperaba impassible entre dos braseros. Las llamas danzaban consumiendo el aire a su alrededor y desprendían un humo negruzco que dotaba a aquel lugar de un siniestro halo. Al igual que en todo el reino, hacía mucho calor en la cámara y olía a quemado. Siempre olía a combustión y brasas, incluso en palacio.

Yosane cogió a Gersa de la mano y aunque el miedo la acosaba incansable, intentó disimularlo. Gersa llevaba varios días llorando continuamente y por mucho que Yosane lo intentaba no conseguía consolarla. Y la verdad era que pese a su temor inicial nada horrible les había sucedido. No las habían tratado mal, más bien al contrario, las mantenían encerradas en una gran habitación de palacio, lujosa, incluso tenían doncellas que las servían. Y era precisamente aquello lo que preocupaba a Yosane, le preocupaba sobremanera.

«Somos dos jilgueros asustadizos prisioneros en una jaula de oro. ¿Por qué nos tratan diferente a las otras esclavas? No nos han enviado a los harenes, ¡gracias a los mares! Tampoco nos han puesto bajo el látigo a realizar trabajos forzados, ni siquiera a servir como doncellas. ¿Por qué razón? Los Dioses no malgastan un recurso, una fuente de producción sin un motivo. Su ley ha sido siempre una bien tácita: producir o morir y nosotras dos nada producimos...».

—Esperad aquí. Lord Asu ha requerido de vuestra presencia —dijo el Ojo-de-Dios con voz estridente.

Al escuchar al siniestro Ojo-de-Dios, Gersa comenzó a sollozar, como si previera que un mal terrible estuviera por venir. Por primera vez, Yosane también lo sintió y se contagió del mal presentimiento de su compañera.

«¿Qué querrá el todopoderoso y cruel Dios-Príncipe de nosotras? Nada bueno, sin duda».

Las dos grandes puertas de la cámara se abrieron y el enorme y musculoso cuerpo de Iradu apareció cual montaña andante. El campeón de Lord Asu las observó un instante con rostro hosco.

—*Seguidme, esclavas. Y dejad de temblar. Hoy no voy a comeros* — dijo mentalmente desde su imponente envergadura.

Yosane se quedó aturdida. Advirtió una media sonrisa en la comisura del labio del portentoso Dios Guerrero y se relajó. Bromeaba. Gersa sin embargo se quedó con los ojos abiertos como platos mirando al techo. Era la primera vez que oía la voz de un Dios en su cabeza e intentaba asimilarlo sin éxito.

Entraron siguiendo a Iradu cuya larga coleta caía sobre la capa roja a su prodigiosa espalda. La estancia era enorme y dejó a Yosane boquiabierta. Estaba erigida en forma piramidal de tres caras. Las paredes estaban pulidas en rojo con extrañas runas grabadas en plata. En el centro se elevaba un monolito rectangular del grosor de un roble, también de color rojizo, que se fundía con el vértice superior de la pirámide a una altura de más de veinte varas. Yosane se maravilló ante la increíble estructura subterránea y su mente intentó realizar los cálculos imposibles que permitieran edificar tan singular cámara.

«Es increíble, ¿cómo lo habrán construido? Lo que yo daría por tener el conocimiento para edificar algo tan magnífico y bello. Todo lo que he aprendido con mi padre parece una minucia en comparación. Quizás algún día pueda entender los secretos que encierran las fastuosas obras arquitectónicas de los Dioses».

Entonces advirtió a Lord Asu junto al monolito y su fascinación se volvió aprehensión. El mal presentimiento se tornó realidad ante sus ojos. Junto al Dios-Príncipe una esclava permanecía arrodillada con las manos atadas a la espalda, sobre un pedestal. Al otro lado del monolito dos Custodios se llevaban a rastras los cadáveres de otras dos jóvenes bajo el escrutinio de un segundo Dios más anciano. Una tercera figura, funesta, vestida en oscuros ropajes y portando un yelmo con un singular visor de espejo que cubría todo su rostro observaba tras Lord Asu. Yosane lo miró

llena de curiosidad. El siniestro personaje era tan grande y fuerte como un Custodio pero su piel era diferente, era de un ocre-rojizo y sus venas hinchadas eran rojas también. Aquel ser era un tipo diferente de Siervo, uno que no habían visto hasta ahora y, por alguna razón, Yosane tuvo la clara sensación de que era uno extremadamente peligroso.

—*Estas esclavas que me has conseguido, Maestro-Espía, son de muy baja calidad, no sirven para mis experimentos*— dijo el Dios anciano.

—*Oskas ha cumplido con su cometido, como siempre hace. El que ha vuelto a fracasar eres tú, Moltus* —acusó Lord Asu.

—*Mi señor...*

—*¡Calla! Tengo que tratar un tema importante con mi Maestro-Espía, luego me encargaré de ti, Erudito.*

Moltus bajó la cabeza y guardó silencio temiendo por su vida.

Lord Asu se giró hacia Oskas.

—*¿Cómo progresa la misión que te encomendé?*

—*Progresa satisfactoriamente, mi amo y señor. Mi espía reporta que pronto estaremos en disposición de capturar a la persona de interés.*

—*Eso me complace, me complace mucho. Eres tan sagaz como letal. Pero te lo advierto, Oskas, no me falles, necesito dar con ese esclavo. Si me fallas dejaré que Moltus vuelva a experimentar con tu cuerpo... y con tu mente, sobre todo con tu mente, sé cuánto disfruta él con ello.*

—*No fallaré, mi señor. Mi espía dará con el esclavo que buscáis y vuestro será, mi señor.*

—*Muy bien, vuelve a las sombras, a donde perteneces y mantenme informado de cualquier nuevo acontecimiento.*

El Maestro-Espía se despidió con una reverencia y en un pestañear desapareció fundiéndose con las sombras de la sala.

Yosane lo vio marchar y se estremeció. Luego observó la cámara y tuvo la sensación de haber puesto pie en una macabra cámara de torturas. Un escalofrío gélido le bajó por la espalda.

«Protégenos, Girlai, nuestro Padre Luna, no permitas que hoy nos arrebatan la vida».

Iradu realizó una elaborada reverencia ante su señor.

—*Las Seleccionadas, como habíais ordenado, mi señor.*

El rostro cruel de Lord Asu se volvió hacia ellas. Los siniestros ojos rubí entrecerrados fulgían con una rabia aparente e incontenible cercana a la ira.

El Príncipe se volvió hacia Moltus.

—*Un nuevo fracaso. Eso es todo lo que me has conseguido una vez más, Moltus.*

Moltus se acercó cabizbajo. Cojeaba ostensiblemente y era anciano, muy anciano incluso para un Dios. Su cuerpo parecía tan decrepito que para andar se apoyaba en un cetro de madera adornado con joyas. No llevaba la cabeza afeitada sino una larga melena plateada que le caía hasta media espalda. Sus ojos eran de un azul-hielo gélido y tenía una quemadura negra sobre la sien derecha que afeaba el dorado-cobrizo de su marchita piel. Vestía una túnica anaranjada con encajes en rojo. A la cintura llevaba un fajín blanco de un palmo de altura con una extraña runa dorada.

—*Mi poderoso señor, más de 800 años llevo en esta búsqueda, desde que era un joven aprendiz, intentando descifrar los misterios de la vida y el Poder, intentando resolver el mayor enigma jamás planteado. Las voces me dicen que estoy cerca, sí. Muy cerca me dicen. Me susurran por las noches, me hablan cuando duermo y su mensaje es claro: el día está a punto de llegar, ya muy poco queda. Las voces me lo dicen, mi poderoso señor.*

—*¡Maldito erudito chiflado, tú y tus voces!*

—*Toda mi vida llevo buscando... Un día más no es más que una minúscula gota en el lago del tiempo, eso me dicen las voces...*

—*Cuando renegaste de los tuyos y te abrí las puertas de mi poderosa casa fue bajo la promesa de que me conseguirías aquello que tanto anhelo. Yo no ofrezco la protección de mi casa fácilmente, muy pocos han sido honrados con esa gracia. Y no sólo te he proporcionado mi protección sino que te he conseguido todo cuanto me has pedido: de esclavas a Poder máximo. Han pasado dos centurias desde aquel día y todavía no me has entregado nada más que fracasos.*

—*Mi señor es sabio, espera recompensa por su inversión y paciencia, y la obtendrá. Conseguiré para él aquello que las otras Casas ni siquiera se atreven a soñar. Yo lo he visto en mis sueños, y lo sé. Las voces me lo dicen. Siempre he sabido que lo conseguiría y el día ya llega. Las voces ya no son un susurro, ahora me gritan con fuerza.*

—*¡Deja de hablar de las voces, viejo loco! Te recuerdo que sólo tengo que mencionar a Adamis que su científico renegado, su erudito loco, se esconde en mi Cámara de Conocimiento y exigirá que tu cabeza le sea entregada en una bandeja de plata. No tendré más remedio que satisfacer su demanda para evitar una guerra entre las casas. ¿No es así, Iradu?*

El Campeón asintió.

—*Así es, mi señor. Una guerra no sería aconsejable en estos momentos.*

Moltus se irguió.

—*Ah, ese necio de Adamis, engreído Príncipe del Éter. Cree que está en posesión de la verdad absoluta y no es más que un mocoso pretencioso* —Moltus se frotó la pierna coja—. *Esto se lo debo a él y no lo olvido, las voces me lo recuerdan todos los días, ni olvido que quiso encerrarme de por vida al descubrir mis pequeños experimentos. No, no lo olvido. Algún día pagará... pagará con sufrimiento más allá del que jamás haya temido padecer.*

—*¡Olvídate de ese memo de Adamis y concéntrate en tus experimentos! ¡Consígueme lo que deseo o juro que te pondré una manzana en la boca y te asaré vivo a fuego lento como a un cochinillo!* —gritó Asu con tal rabia que al cerrar el puño una llamarada lo envolvió.

Moltus se inclinó de inmediato y quedó con la cabeza gacha, temiendo por su vida.

Se hizo un silencio sepulcral y una fuerte tensión los envolvió. La llama en el puño de Asu creció y creció en intensidad, como si representara la montante ira de su creador.

—*Mi señor... vuestro Poder...* —advirtió Iradu viendo que su señor no se calmaba.

—*¡Por el Fuego! ¡Dame lo que te pido!* —volvió a tronar Asu, y la

temperatura de toda la estancia comenzó a elevarse. Al cabo de un momento se volvió una olla hirviendo.

—*Mi señor...* —insistió Iradu.

Asu se volvió hacia su Campeón y luego contempló la llama ardiendo con azulada intensidad. Yosane y Gersa se derrumbaron sofocadas en un mar de sudores con serias dificultades para respirar. Los ojos de Asu seguían clavados en la flama ardiente en su puño.

—*Cada instante que mantengo esta llama encendida, es un instante que el Poder roba a mi vida. Ahora mismo, incluso en medio de este ambiente de Fuego* —dijo indicando las antorchas y grandes braseros que adornaban las paredes—, *disminuyen el consumo de la esencia vital que el Poder requiere, noto como va arañando tiempo a mi existencia.*

Apagó la llama y se quedó contemplativo.

—*Las voces lo saben. El Poder con el que hemos sido bendecidos tiene ese precio. Es una regla que la Madre Naturaleza impone a sus hijos, a todos, y nosotros no somos una excepción. El Poder no puede ser ilimitado o la propia Naturaleza se destruiría. No, es por ello que cada vez que uno de nosotros usa el Poder, consume parte de su esencia vital pues es de ella de la que se alimenta. Si no se es cuidadoso y comedido en el uso del Poder, uno envejece a ritmo acelerado, como estos pobres esclavos* —dijo señalando a Yosane y Gersa—. *Su raza no posee el Poder ni la capacidad de vivir tantos años como nosotros, y sin embargo tienen otras virtudes que nosotros no poseemos: se reproducen con una facilidad pasmosa. Las voces los comparan con conejos. El Poder es peligroso, pues nos cautiva, nos hace superiores, nos engaña a usarlo cuando no deberíamos, y una vez consumida toda la esencia vital del cuerpo, la muerte aguada inequívocamente, a todos, esclavos y Dioses por igual* —señaló Moltus gesticulando con los brazos—. *Las voces siempre me advierten, “no uses tu Poder pues pagar el precio ya no puedes, viejo loco”.*

—*¡Yo no terminaré como tú, anciano decrepito y chalado! ¡Eso te lo aseguro, maldito loco! Encuéntrame la forma de utilizar el Poder sin que me consuma y vivirás el resto de los días que te quedan como un rey.*

—*Pero veréis, mi señor, esa es la razón de mi búsqueda eterna:*

alcanzar la inmortalidad, seguir viviendo, con o sin el Poder. Nuestros deseos siguen destinos paralelos y ambos hallaré pues mi vida de ello depende, en todos los sentidos —dijo con una risita.

—*Eso espero...* —dijo Asu con sus ojos rubí centelleantes—. *Pediste que te trajera a las Seleccionadas. Aquí las tienes. No tengo que recordarte que su destino está ya establecido... queda una semana para el plenilunio.*

—*Por supuesto, mi señor... no me atrevería... un destino glorioso... la importancia del sagrado ritual...*

—*Bien, adelante* —aprobó Asu, y se retiró unos pasos.

Moltus dio un par de palmadas.

—*Mis discípulos, os necesito* —pidió, y tres Dioses vestidos de forma muy similar a la suya aparecieron de entre las sombras. Estos eran Dioses jóvenes aunque sus cuerpos estaban famélicos.

El viejo Erudito señaló a la esclava maniatada. Dos de los discípulos sujetaron a la esclava que tan aterrada estaba que ya no se resistía.

Moltus se acercó hasta un contenedor circular frente al gran monolito. Era de forma tubular, con la carcasa de plata y las puertas selladas con una runa.

—*Poder* —demandó.

El tercero de los discípulos se situó entre el monolito y el contenedor. Puso una mano sobre el monolito y la otra en el objeto metálico. Cerró los ojos y una llamarada de Poder lo envolvió. El monolito emitió un destello rojo que recorrió el brazo del estudioso, llegó a su cuerpo y avanzó hasta golpear el contenedor. El recipiente reaccionó al Poder y conocimiento transmitidos desde el monolito y destelló con una brillante luz carmesí. Las puertas del contenedor se abrieron y una nube de humo surgió del interior.

—*El reactivo* —dijo Moltus, y extendiendo una mano arrugada extrajo una pócima en un envase cristalino.

Obligaron a la joven a beber de la oscura pócima.

Mientras los Dioses la observaban, la esclava comenzó a convulsionar. La sujetaron con fuerza hasta que los temblores remitieron. Los ojos de la joven se volvieron completamente negros, el iris

desapareció para ser reemplazado por la negrura, como poseída por un espíritu maligno. Moltus se acercó hasta ella y la observó detenidamente.

—*Las voces dicen que es la hora de experimentar* —dijo Moltus con una risita siniestra.

De su túnica obtuvo un disco que puso sobre su mano derecha. El objeto, ligeramente cóncavo, era del tamaño de una naranja y tenía un grosor de dos dedos. Era tan negro como los ojos de la desdichada. En la cara superior del disco dos círculos plateados brillaban a la luz de las antorchas. Moltus puso el disco sobre la frente de la esclava y se escuchó un chasquido metálico. El Erudito apartó la mano y el disco se quedó pegado a la faz de la muchacha. El objeto se dividió en dos partes y la superior comenzó a girar mientras la runa emitía destellos a intervalos. En la cara de la joven comenzaron a aparecer venas negruzcas. Al cabo de unos instantes, se fueron volviendo cada vez de un negro más intenso, como si el disco con su rotación le estuviera corrompiendo su sangre para volverla putrefacta. La joven se quedó rígida, mirando al cielo con los brazos extendidos hacia la espalda y la boca abierta, en una rigidez mortuoria. Los ayudantes de Moltus apartaron las manos y todos observaron el macabro espectáculo mientras las negras venas se extendían desde la cara pasando por el cuello al resto del cuerpo. En unos momentos tomaron el tronco y las extremidades. Todas las venas de brazos y piernas quedaron reveladas en un negro tétrico, como si una enfermedad pestilente la hubiera invadido.

El disco dejó de girar y la joven cayó a un lado.

Muerta.

Moltus se acercó y removió el disco. Estudió los dos círculos y negó con la cabeza.

—*Nada, mi señor, ni un ápice de esencia vital se ha recogido de ella* —dijo con tono pesaroso.

—*¡Maldito idiota!* —bramó Asu— *¿Estás seguro que el reactivo es el correcto?*

—*Lo estoy, mi señor, es el más logrado hasta la fecha. Os lo demostraré* —Moltus hizo una seña y sus ayudantes cogieron a Yosane de los brazos.

—*No, a ella, no, es Naranja. Utiliza la otra* —ordenó Asu.

Los estudiosos sujetaron a Gersa, que lloraba y gritaba de terror. Yosane que se percató con horror de lo que se avecinaba y se lanzó a ayudar a su compañera. Tiró con fuerza del brazo de uno de los Dioses que sujetaba a su amiga. Un brazo portentoso la cogió de la cintura y se la llevó al aire.

—*No te resistas, pequeña esclava, será más peligroso. El Erudito loco sabe lo que se hace* —le dijo Iradu mientras la mantenía bajo su brazo como si fuera un monigote.

Obligaron a Gersa a beber el reactivo. Quedó rígida.

Moltus le apretó el disco contra la frente. El chasquido metálico volvió a escucharse y el disco comenzó a rotar nuevamente. Las venas de Gersa comenzaron a volverse de color negro.

—¡Noooooo! —gritó Yosane desconsolada, pataleando para que Iradu la soltara.

Pero algo más sucedió: el círculo exterior del disco comenzó a volverse dorado y emitió un destello.

Moltus sonrió y aplaudió excitado.

—*Está bien, deténlo* —ordenó Lord Asu.

El Erudito extrajo el disco de la frente de Gersa y esta cayó al suelo. Yosane pensó que la habían matado. Sin embargo, Gersa comenzó a respirar entrecortadamente.

—*En tres días no le quedarán marcas* —dijo Moltus.

—*Tu vida va en ello, tiene que llegar intacta a la ceremonia, es sagrada* —amenazó Lord Asu señalando con el dedo índice el pecho del Erudito.

Moltus asintió e inclinó la cabeza.

—*Me has demostrado una vez más tu incapacidad para darme lo que deseo. Ellas son las Seleccionadas, hace ya tiempo que se descubrió que era posible extraer esencia de vida de ellas. Pero eso no me interesa, apenas son una docena cada estación, con eso no puedo hacer nada.*

—*Son un bien escaso, sí, muy escaso, y sólo dos tenemos esta cosecha*
—dijo Moltus frotándose las manos.

Iradu miró a Yosane bajo su brazo.

—*Son ellas las que garantizan el equilibrio por medio del reparto equitativo en el ritual. Pero si una de las Casa obtuviera la forma de cosechar más esencia de vida o más Seleccionadas... el equilibrio se rompería...*

—*Guerra, sí, guerra, dicen las voces.*

Asu elevó el puño a los cielos.

—*Tengo que encontrar una fuente perdurable de esencia vital y de esa forma conseguir regenerar todo el Poder que mi cuerpo consume. Quiero dar rienda suelta a todo el poder que hay en mí sin temer las consecuencias, sin ser consumido, sin envejecer y morir. Unas pocas Seleccionadas cada estación destinadas al ritual sagrado de la Vivificación no me sirven para nada, no puedo tocarlas y aunque pudiera, son muy pocas. ¡Necesito poder obtener esencia vital de todos los esclavos, maldito loco senil!* —explotó con un gesto de su brazo que envió un fogonazo contra una pared.

Todos guardaron silencio y quedaron inmóviles, temerosos de la ira de su señor.

Asu exhaló.

—*Los esclavos son miles y miles más engendrarán. Son la clave para que seamos capaces de usar el Poder de forma ilimitada, sin miedo, sin restricciones. Consígueme la forma de obtener esencia de vida de los esclavos para regenerarme y seré el más poderoso de todos los Lores, mi Casa será la más poderosa, seremos invencibles. Romperemos el maldito equilibrio forzado entre las Casas que ahora me veo obligado a respetar. ¡Tendrán que someterse, arrodillarse a mis pies, ante mi poder ilimitado! ¡Nada ni nadie se me resistirá!*

El silencio volvió a tomar la cámara.

Moltus dio un paso al frente y se inclinó ante su señor.

—*Yo os lo conseguiré, estoy muy cerca ya, las voces me lo dicen, y las voces nunca se equivocan...*

Asu lo miró con ojos al rojo vivo.

—*El plenilunio se acerca, asegúrate de que no sea el último que disfrutes.*

—*Dejadme a esa, mi señor* —dijo señalando a Yosane—, *las voces dicen que de ella obtendremos el conocimiento que nos falta.*

—*La ceremonia...* —intercedió Iradu.

—*Que no le queden marcas discernibles* —dijo Lord Asu.

Moltus rió entre dientes y se frotó las manos.

—*No serán visibles, mi señor, os lo garantizo.*

Yosane no supo qué ocurría pues no podía escuchar la conversación de los Dioses pero la mirada de tristeza de Iradu al dejarla sobre la plataforma le presagió un infierno que pronto descendería sobre ella. Una lágrima resbaló por su mejilla cuando la puerta se cerró y se quedó a solas con el anciano.

«Protégeme, madre Oxatsi, protégeme».

Estaba anocheciendo cuando los Opresores dieron la orden de alto mediante cinco restallidos simultáneos al aire de sus látigos de castigo. Todos los esclavos se pararon al unísono, dejando caer los brazos como si fueran pesados mazos, con sus cuerpos derrotados por el cansancio y la debilidad. Liriana dejó los cubos de agua sobre el suelo y se dirigió al punto de reunión. Todos los esclavos formaron tras sus Capataces en líneas de a veinte hombres. Un Opressor se acercó hasta Tulmis.

—Cuenta, esclavo Capataz —ordenó con voz sibilante.

Tulmis bajó la cabeza respetuoso, se giró encarando a su cuadrilla de trabajo y comenzó a contar en voz alta. Uno por uno contó a todos los miembros mientras el Siervo controlaba la cuenta sin perder detalle. Algo más adelante otras tres cuadrillas formaban tras sus Capataces mientras estos hacían el recuento de la noche. Liriana deseó que aquel último suplicio rutinario finalizara ya. Estaba molida y veía a varios de los hombres que no aguantarían mucho más en pie.

—299 —finalizó de contar.

—¿Un muerto? —preguntó el Opressor.

—Sí, uno.

—Muéstramelo.

Tulmis señaló el cadáver de Holstes cubierto con una tela raída, un pobre campesino de la Tercera Comarca. Todo el mal que el pobre hombre había hecho en la vida había consistido en cultivar trigo para los Dioses y con las migajas alimentar a su familia. El Opressor se acercó hasta Holstes y descubrió el cadáver. Desenvainó el machete del cinto y de un limpio sesgo le cortó el cuello. Liriana apartó la mirada ante la cruel escena. El Siervo enfundó el arma y se dirigió de vuelta ante Tulmis que impasible esperaba la orden para retirarse, como lo hacía todas las noches.

Pero aquella noche algo anómalo sucedió.

De pronto y para la sorpresa de todos, una figura alta y esbelta vistiendo sedas lujosas apareció en la atalaya que se elevaba sobre la explanada de la obra. Liriana quedó sin habla al ver la piel dorada de aquel ser y percatarse de que no era ni un hombre ni un Siervo: estaba ante un Dios. Lo miró con ojos desorbitados, ahogando un gemido. Tras el Dios aparecieron dos Ojo-de-Dios anotando incesantemente en sus libros y tras ellos aguardaban una docena de Custodios.

Liriana observaba al Dios, debía de estar a cargo de la edificación, le pareció un ser casi mitológico. Tanto habían hablado de alzarse contra los Dioses, de oponerse a su yugo, pero siempre había sido contra un ente abstracto pues nadie había visto antes un Dios. Y allí lo tenía, frente a ella, el responsable de la esclavitud y sufrimiento no sólo de los Senoca sino de otros pueblos y razas. Aquel esclavista que les obligaba a trabajar hasta morir, y entonces sintió que todo el esfuerzo, el terrible riesgo que vivía, merecía la pena.

—¡Al suelo, esclavos! ¡Mostrad el respeto que debéis! —resonó la orden.

Todos se derrumbaron de inmediato y quedaron de rodillas, con los brazos extendidos y la frente pegada al suelo.

—¡Ni una mirada! ¡O es la muerte!

Nadie intentó siquiera pestañear, el miedo los dominaba. No fue el caso de Liriana, que aun bien consciente de lo que se jugaba arriesgó una mirada furtiva.

«Así que eso es un maldito Dios. Tanto tiempo imaginando cómo serían y por fin ahora lo veo con mis propios ojos. Existen, sí, y son áureos como dicen las leyendas. Pero son algo más porque incluso desde aquí abajo puedo sentir su poder. Ya no luchamos contra algo informe y abstracto, luchamos contra un ser de carne y hueso. Y ahora, por muy poderoso y diferente que sea a nosotros, estoy segura que puede ser vencido».

El Dios los contempló por un instante y Liriana desvió la mirada al suelo, temerosa de ser descubierta por el poder de aquel ser.

—¡Levantaos!

Liriana obedeció entre el estruendo de un millar de hombres levantándose a la vez del suelo y observó que el Dios ya había departido.

—¡Retiraos! —ordenó el Opressor.

Tulmis alzó el brazo y dio la señal. De forma entrenada la primera línea partió hacia el subsuelo. De inmediato le siguió la segunda y después las posteriores. El mismo proceso se estaba dando con las otras cinco cuadrillas. Una cosa debía reconocer de los Dioses y en especial de sus Ojo-de-Dios, eran extremadamente organizados, eficientes y precisos.

Liriana entró en las *Catacumbas*, que era como los esclavos se referían a las grandes celdas subterráneas donde los tenían aprisionados, y se dejó caer junto a un fuego. Pronto les darían una mísera ración de sopa sucia y un pedazo de pan rancio con la que subsistir. Cada noche se acostaba con el estómago rugiendo desesperado.

—El Capataz quiere verte —le indicó uno de los esclavos, un hombre ya mayor de la Quinta Comarca que por su aspecto no duraría seis meses más.

Liriana se acercó hasta Tulmis que la saludó con la cabeza.

—¿Tienes nuevas para mí? —preguntó Liriana inquieta.

—Siéntate y baja la voz —dijo mirando alrededor—, nuestra conversación no es para oídos extraños.

La joven se pasó la mano por el pelo raso y se sentó junto al viejo Capataz. Uno de los ayudantes de Tulmis les sirvió la ración y comieron en silencio. A su alrededor los esclavos comían sentados en el suelo sobre parcas mantas, guardando una distancia con su Capataz.

Al terminar, Tulmis dejó el cuenco de barro en el suelo y comentó:

—Han llegado dos historias extrañas hasta mis oídos.

Liriana arqueó una ceja y esperó el comentario.

—Por un lado me susurran —dijo mirando al frente, a la cámara llena de esclavos—, que eras nada menos que Capitán de la Guardia en la capital. Ese es un puesto de importancia... no suelo tener trabajadores pertenecientes a los rangos altos de la Guardia...

—Siempre ocurren excepciones...

—Sí, eso es cierto, pero por una causa determinada.

Liriana guardó silencio, no iba a darle ninguna explicación.

—Por otro lado me ha llegado el rumor de que perteneces a cierto grupo... uno de ideas subversivas... y muy peligrosas... y que estás muy bien relacionada...

Liriana barrió la sala con la mirada buscando entre los esclavos alguna cara conocida, alguien que pudiera saber de su relación con Gedrel. Pero no reconoció a nadie. Todos eran Senoca, eso lo sabía, los malditos Ojo-de-Dios eran eficientes incluso para eso, cada Capataz tenía una cuadrilla de esclavos de su propia etnia. Únicamente mezclaban razas cuando las bajas eran altas en un grupo y necesitaban reponer mano de obra. No, no reconocía a ninguno de ellos. La mayoría eran campesinos de la Cuarta, Quinta y Sexta comarcas, las más pobres, nunca habían pisado la capital, sólo sabían de trigo y sufrimiento.

—Los rumores distan mucho de ser ni medias verdades.

Tulmis esgrimió una sonrisa torcida.

—En tu caso podría ser que te beneficiara...

—Te escucho.

—Verás, este viejo Capataz no va a sobrevivir mucho tiempo. Eso lo sé con la misma certeza que el sol sale todas las mañanas sobre esta ciudad maldita.

—Nadie aquí vivirá mucho tiempo.

Tulmis asintió encogiéndose de hombros.

—Así es la ley de los Dioses y aquí no hay esperanza para los hombres. Cada hombre lucha por sobrevivir un día más. Pero el sufrimiento es duro y largo. Muchos se dan por vencidos, como Holstes hoy.

Liriana suspiró y sacudió la cabeza.

—¿Cómo me beneficia que los rumores sean ciertos?

—Porque este viejo morirá aquí, pero tiene familia en la capital...

—Ya veo... quieres algo de mis conexiones...

—En efecto.

—¿Por qué debería ayudarte? Ya estás en deuda conmigo.

—Sí, pero verás, la deuda la voy a pagar ahora y en cuanto lo haga me pedirás algo más, y es ahí donde tus supuestas amistades pueden venirte bien.

—Veamos.

—Me pediste que averiguara dónde está el esclavo Maruk y cómo llegar hasta él. Pues bien, tu novio se encuentra en el Primer Anillo, en la Casa de Eret. El Dios-Príncipe Adamis la gobierna.

—¿Dónde exactamente dentro del Primer Anillo? Los anillos son gigantescos, como toda una comarca.

—Se encuentra en la doceava catacumba, pertenece a la cuadrilla del Capataz Sostos.

—¿Cómo voy a encontrarla? Desde la superficie las catacumbas no son visibles.

Tulmis se frotó las piernas.

—Está justo debajo de una enorme estatua de león, al este del Palacio Real. Es fácil de encontrar.

—¿Cómo puedo llegar hasta allí?

—La única forma es de noche, en bote. Si consigues aproximarte lo suficiente sin ser descubierta por alguna patrulla, puedes hacer el último tramo a nado aunque yo te recomiendo que lo hagas sumergida... De todas formas es una locura siquiera pensarlo, mucho más intentarlo.

—No tengo opción, debo hacerlo.

—Siempre hay una opción, joven Capitán. En cualquier caso esa es la información que me pediste y te la he conseguido. Nuestra deuda está saldada.

Liriana lo miró pensativa, había algo más, el brillo en los ojos de Tulmis así se lo indicaba.

—¿Qué me ocultas?

—¿Ocultar? Nada en absoluto. Simplemente creo que has olvidado un pequeño detalle —dijo con una gran sonrisa.

—¿Qué detalle?

Tulmis señaló la enorme puerta de metal firmemente cerrada desde el exterior.

—Nunca conseguirás salir de aquí.

—¿Cómo llegar hasta Maruk incluye esa parte! —protestó Liriana levantando la voz.

—Shhh. No, no la incluye —dijo Tulmis cruzando los brazos.

Liriana estaba tan furiosa que deseaba estrangular a Tulmis, pero sus ayudantes lo rodeaban así que no era buena idea intentar usar la fuerza. Tragó saliva y recapacitó.

—Aquí es donde entra el nuevo trato...

Tulmis asintió con una sonrisa una de triunfo.

—Así es.

—¿Qué quieres?

—Esos *amigos* tuyos tengo entendido que cuidan de los suyos, los protegen.

—Así es. Cuidamos de los nuestros, si algo le sucede a uno de los nuestros, nos cuidamos de que su familia no sucumba al peso de los tributos o una mala cosecha.

Tulmis asintió despacio.

—Tengo una hija, Aina, es artesana, muy buena, trabaja la orfebrería. Sólo tendrá un par de años más que tu. Es una buena chica, de alma amable, no como su padre. Si te ayudo a salir de aquí y llegar hasta Maruk, pido a cambio que la tratéis como si fuera de los vuestros, como si yo fuera uno de los vuestros.

Liriana entrecerró los ojos e intentó evaluar al Capataz. Aquello no lo esperaba de él. Lo daba por un mezquino egoísta, estaba sorprendida. Guardaron silencio por un instante. Finalmente Liriana suspiró con fuerza.

—Está bien. Acepto el trato.

Tulmis le ofreció la mano.

Liriana la aceptó.

—¿Cómo sabes que cumpliré mi parte?

La carcajada entrecortada de Tulmis golpeó las paredes.

—No creo que sobrevivas, nadie ha conseguido nunca escapar de aquí y muchos lo han intentado, créeme. Unos se creían muy listos, con grandes planes de fuga. Otros simplemente perdieron la cabeza y lo intentaron sin pensarlo. El resultado siempre es el mismo. Todos mueren. Todos acaban en el “Bajel Mortuorio”. Pero para mí es una situación ventajosa. Si mueres nada pierdo. Si sobrevives, cumplirás tu parte pues eres una persona de honor y esa será tu perdición. En cualquier caso, yo gano.

Liriana contempló la sonrisa triunfal del Capataz y un frío atroz la atravesó, como si le hubieran clavado una espada de hielo.

El sol había brillado soberano todo el día sobre la gran Ciudad Eterna, bañándola con su fulgor, realzando la belleza sin par de la urbe divina. Pero ahora el ocaso se acercaba y tanto el astro dorado como los Dioses comenzaban a retirarse a sus placenteras moradas.

Ikai había permanecido oculto gran parte del día bajo uno de los muelles menos transitados, al este del Primer Anillo. Había llegado la noche anterior esquivando varias patrullas y guiado por el Ojo de Halcón. Que no le hubieran descubierto ya le parecía un verdadero milagro. Desde luego la suerte había estado de su parte, con sólo sus habilidades de Cazador no debería haber llegado tan lejos.

«No pienses así, no te desanimes, estás a un paso de llegar hasta Kyra, ¡vamos!» se animó apartando las dudas de su mente.

Se arrastró por un jardín hasta llegar a una explanada rodeada de grandes robles en círculo. Miró a ambos lados y vio a varios Dioses alejarse en dirección norte acompañados de escoltas; le daban la espalda. Con mucho cuidado de no ser visto y de no hacer ruido se subió a uno de

los árboles. Por fortuna la mayoría de los Custodios y Ojo-de-Dios se encontraban en las zonas donde había grupos de esclavos trabajando o custodiando las mansiones y palacios de los Dioses. Las áreas poco concurridas no estaban muy vigiladas y gracias a Oxatsi eran muchas.

En medio de la explanada había una plaza circular con varios puestos con género. Parecía un pequeño mercado. Ikai se encaramó a la copa del árbol y observó a los Dioses que aún compraban.

«Increíble, no tengo otras palabras para describir a esos seres. Existen, son tan reales como nosotros. Siempre había tenido la esperanza de que no lo fueran, de que todo se tratase de una gran mentira. Pero no, ahí están, dorados, divinos, poderosos: Dioses». Sacudió la cabeza y sintió un pinchazo de desesperación, pero se negó a sucumbir a ella.

Ikai sabía que corría un riesgo saliendo al descubierto antes de que anocheciera. Pero no había tenido más remedio, tenía que verlos a la luz del día. Los había observado de noche en un par de ocasiones, pero debido a la distancia y la penumbra, le había sido difícil captar qué o cómo eran.

«Padre siempre decía, “conoce bien a tus amigos, pero mejor a tus enemigos”. Una gran verdad. Necesito entender a qué me enfrento, ¿qué son estos Dioses? ¿Cuáles son sus puntos débiles? Si es que tienen alguno...».

Echando una ojeada, detrás de dos Custodios descubrió un monolito, en la parte central de la plaza. De inmediato se miró la Argolla en su muñeca lleno de temor. Por suerte parecía que estaba lo suficientemente lejos, no saltaba la alarma. Una gota de sudor rodó por su sien. No podía avanzar más o sería descubierto, así que los observó desde allí arriba. No había Custodios ni Dioses cerca y comenzaba a anochecer, estaba relativamente seguro.

«Es increíble a los riesgos a que se llega a acostumbrar uno» se dijo con una sonrisa agria.

Estudió desde la distancia a los esbeltos seres dorados en sus lujosos atuendos. Los había comprado en solitario y otros acompañados de un séquito y guardias armados. Asumió que los segundos debían ser poderosos señores. También distinguió a un par de Dioses enormes y fuertes que sin duda debían ser guerreros. De las doradas cabezas afeitadas

les caía una larga trenza por la espalda. Ikai sintió un escalofrío al pensar lo que sucedería si uno de aquellos mastodontes lo descubría. Ninguno hacía ostentación de Poder, e Ikai sabía que lo poseían, lo cual le extrañó sobremanera. ¿Si Dioses eran, por qué se comportaban como meros hombres? Aquello le intrigó. Los siguió observando mientras ellos compraban y parecían dialogar aunque el único sonido que llegaba hasta los oídos de Ikai era el del cantar de los pájaros y la caricia del viento sobre las ramas de los árboles.

Un Dios que cruzaba la plaza llamó la atención de Ikai. Era de una esbeltez marcada y su porte irradiaba poder. Según cruzaba la plaza los otros Dioses le mostraban pleitesía con elaboradas reverencias.

«Debe ser alguien muy importante aquí». Ikai se centró en captar los rasgos de aquel ser. Junto al Dios avanzaba otro, mucho más robusto, con una larga trenza colgando de su cabeza afeitada. Su guardaespaldas sin duda. Les seguía una esclava con la cabeza gacha.

La esclava levantó la cabeza.

Ikai la reconoció. El sobresalto fue tan salvaje que el corazón se le salió por la boca.

«¡Kyra!».

Del tremendo *shock* empezó a resbalarse hacia un lado. Se iba al suelo.

«¡Kyra! ¡Kyra!» gritaba su mente mientras se escurría. En el último instante consiguió asirse a la rama con piernas y manos y quedó colgando boca abajo.

La miró una y otra vez mientras ella cruzaba la plaza, no pudiendo creer lo que sus ojos le mostraban. Volvió a encaramarse y clavó sus ojos en ella. No tenía duda, era ella. Estiró la mano, como intentando tocarla.

—¡Kyra! —pronunció y tuvo que taparse la boca con la mano.

«¡Es ella! ¡Es Kyra! ¡Está viva! ¡Está bien!».

Una alegría incontenible explotó en el interior de Ikai, como si su corazón fuera un volcán en erupción. Lágrimas de júbilo bañaron sus ojos y rodaron por las sucias mejillas.

«Está viva, sana».

Quería llamarla a gritos, correr hasta ella y abrazarla, tan grande era la alegría y felicidad que sentía. Después de tanto tiempo, después de toda aquella odisea, por fin la había encontrado. Pero su mente racional se lo impidió. Un grito y sería hombre muerto. Eso no ayudaría en nada a Kyra.

La comitiva estaba a punto de cruzar la plaza para dirigirse hacia el oeste. Ikai necesitaba que Kyra supiera que él estaba allí, que había venido a rescatarla. Necesitaba hacérselo saber.

«¿Cómo consigo llamar su atención? ¿Cómo hago para que mire hacia aquí y me vea?».

Cerró los ojos un instante y pensó. Y entonces una idea brotó en su mente, algo que su padre Siul les había enseñado de críos, algo que Kyra recordaría.

Se llevó las dos manos a la cara y las colocó sobre nariz y boca formando un cono. Con movimientos aprendidos en la infancia Ikai imitó el ulular de una lechuza. La primera vez no tuvo efecto, Kyra siguió avanzando, alejándose de él. Volvió a intentarlo. Nada. Quizás estaba demasiado lejos y no lo oía, pero si el canto era demasiado alto podría llamar la atención de los Custodios. Ikai decidió arriesgarse. Emitió el ululato casi como un graznido.

Kyra se giró.

Ikai la miró lleno de esperanza. Estiró el cuello y dejó visible su cabeza y rostro por encima de las hojas.

Kyra oteó en su dirección.

«¡Aquí arriba, hermana! ¡Aquí! ¡Mira hacia aquí! ¡Kyra!».

Ikai se llevó las manos a la boca para volver a ulular.

Pero el Dios-Guerrero se acercó hasta Kyra y miró en la dirección de Ikai.

El corazón de Ikai se heló y temiendo ser descubierto encogió el cuello.

Kyra dejó de mirar, se volvió y continuó andando siguiendo al otro Dios.

El Dios-Guerrero continuó oteando en la dirección de Ikai por un

instante más. Luego se volvió y se unió a Kyra. Desaparecieron por la parte alta de la plaza.

«¡No me ha visto! ¡Nooooo! ¡No puedo creer que no me haya visto. Tan cerca, estábamos tan cerca! ¡Kyra!». Una agria sensación de fracaso y desesperación le corroyó las entrañas.

—Tan cerca... —balbuceó entre dientes lleno de una impotencia ácida.

A su hermana la tenían dos Dioses... Con el ánimo muy abatido se ocultó entre las ramas más interiores.

Entonces recordó el rostro de determinación de Siul y la sonrisa amable de Solma, sus queridos padres, y la fortaleza regresó al corazón de Ikai, portada por los invisibles vientos del amor fraternal. No dejaría que nada lo amedrentara. Si a dos Dioses tenía que enfrentarse, lo haría sin pestañear.

«¡No puedo dejar que se la lleven!».

Ikai comenzó a descender del árbol, su corazón latía como un tambor de guerra, tenía que rescatar a su hermana. De un salto bajó del roble. Echó una rápida ojeada hacia donde Kyra había desaparecido y fue a moverse. En ese instante vio a una patrulla avanzando en su dirección.

«¡Maldición!».

Se recostó contra la rugosa corteza del tronco del roble y se escondió.

«¡Por Girlai, el Padre Luna! ¡No podré alcanzarla!».

En silencio volvió a encaramarse al árbol. Esperaría a su aliada la noche. Y cuando esta llegara, descubriría a dónde se habían llevado a Kyra.

Liriana esperaba en fila el recuento del día. Un día duro de trabajo esclavo pero ya finalizaba por fin, pues la noche se les echaba encima. Estaba la última de la cola.

—Hoy comeremos frío... —se lamentó Lestos a su izquierda.

Liriana se encogió de hombros.

El Opresor se acercó a Tulmis con el látigo extendido.

—Cuenta, esclavo Capataz —ordenó con voz sibilante.

Tulmis comenzó el recuento en voz alta, como cada anochecer. Llegó a la última hilera del recuento.

—280, 281, 282... —y se derrumbó al suelo.

Todos quedaron estáticos, mirando al viejo Capataz. Parecía muerto.

El látigo del Opresor restalló.

—¡Levanta, escoria esclava!

Tulmis recibió el latigazo en la espalda y se estremeció de dolor en el suelo.

—¡Levanta y sigue contando o te degüello! —el látigo volvió a castigar a Tulmis.

El Capataz se levantó despacio con el rostro marcado por el dolor, sus movimientos eran torpes, débiles. Consiguió ponerse en pie con mucho esfuerzo pero le fallaron las piernas y por un momento pareció que se iba de nuevo al suelo. De alguna forma logró mantener el equilibrio y su enjuto cuerpo se enderezó. Dio dos pasos inseguros y volvió a su puesto.

El Opresor desenvainó el machete

Tulmis levantó la cabeza, parpadeó con fuerza y respiró profundo.

Aclaró la garganta.

—284, 285, 286 —continuó contando.

El Opresor miró hacia la última línea.

—297, 298 y 299 —finalizó Tulmis y se dobló del esfuerzo.

El Opresor le miró un instante. Envainó su machete.

—¡Retiraos! —ordenó.

Tulmis se enderezó con notable esfuerzo y alzó el brazo. Dio la señal. La primera línea partió hacia el subsuelo. De inmediato le siguió la

segunda y después las posteriores. Lestos miró a su espalda según entraban en las Catacumbas, esperando hallar a Liriana, la última, pero en su lugar sólo halló su propia sombra.

Tulmis entró al cabo de un momento. La puerta se cerró tras él.

Una sonrisa de plena satisfacción se dibujó en su rostro.

Kyra se estremeció de frío. Se incorporó en la cama de la estancia-prisión y echó sobre los pies una pequeña manta que le habían dejado las doncellas. Se arropó en las suaves sábanas de lino, cubriéndose hasta el cuello. Pero un escalofrío la sacudió, como si le hubieran pasado un traicionero témpano de hielo por la espalda. Comenzó a tiritar.

«¿Qué me sucede, por qué tiemblo?».

Pero había algo más, no sólo era frío, se sentía débil... y ella jamás se sentía débil. Aquello la asustó. Siempre podía contar con su fortaleza física, pero sobre todo con la fuerza de su espíritu, incluso en la peor de las situaciones. Recordó cuando los Siervos se llevaron a su padre a rastras, la impotencia y culpabilidad que sintió, todo por no haber controlado su maldita lengua. Si se hubiera callado... todo sería diferente ahora... Pero no lo hizo y Siul pagó las consecuencias. Los ojos se le humedecieron por el pesar de aquel recuerdo angustioso. Debía sobreponerse, alejar los recuerdos dolorosos, las fuerzas no podían fallarle ahora que tanto las necesitaba.

Sintió un súbito mareo y le entraron ganas de vomitar.

«No estoy bien... creo que... estoy enferma». Se llevó la mano a la frente. Ardía. Sintió dolor en la palma de la mano y la giró. El corte que se había hecho con la daga de Notaplo estaba hinchado y tenía un color feo y amarillento. «Se ha infectado». De inmediato pensó en Idana. Ella sabría qué hacer, la sanaría con sus conocimientos y uno de sus ungüentos o pócimas. Pero Idana no estaba con ella, la retenían en el Quinto Anillo, si es que aún vivía. ¡Claro que estaba viva! Debía estarlo. La debilidad estaba afectando a su ánimo.

Oteó el exterior a través de la ventana enrejada. Era de madrugada y el Padre Luna había sobrepasado ya el cuarto menguante y se aproximaba al Plenilunio, no quedarían más que unos pocos días y el astro llegaría a

estar pleno. Con un esfuerzo se levantó de la cama y se vistió. Se acercó hasta la puerta e intentó abrirla. Le fue imposible, estaba firmemente cerrada.

Comenzó a golpearla con los puños.

—¡Abridme! —gritó mientras golpeaba.

Por un momento nada sucedió y Kyra respiró profundamente para coger algo de fuerzas y volvió a golpear la puerta. De pronto la puerta se abrió con brusquedad. Kyra quedó con el brazo alzado frente a dos Custodios.

—Necesito un sanador —dijo Kyra con la frente bañada en sudor y los escalofríos azotándola como látigos de hielo.

Los dos Custodios la contemplaron sin decir nada. Uno de ellos se volvió y se marchó. El otro bloqueó la salida y se quedó mirándola.

—No me vas a dejar salir, ¿eh?

El Custodio la empujó con el escudo hacia el interior de la habitación.

—Si tuviera una daga... te arrancarías ese yelmo infernal —dijo bravucona, aunque apenas tenía fuerzas para mantenerse en pie.

Pasó un rato y unos pasos resonaron tras el Custodio. Kyra supo al instante quién se acercaba a verla. El Custodio se apartó y el enorme Campeón entró.

—¿Qué sucede, esclava? —llegó el mensaje mental de Rotec.

Kyra lo miró a los ojos. No había enemistad en ellos, simplemente molestia. Para el gran Campeón de la Casa del Primer Anillo, ella no era más que eso, una molestia que debía sufrir por capricho de su príncipe.

—Creo que se ha infectado —dijo Kyra, y alzó la mano para mostrarle la herida.

Rotec la estudió un momento.

—*Eso tiene mala pinta...*

Kyra fue a contestar pero las piernas le fallaron y se cayó al suelo, perdió la conciencia.

—*Kyra... despierta...*

Kyra reconoció la voz, distante pero inconfundible. Era Adamis. Realizando un esfuerzo abrió los ojos y se encontró con los de él que la observaban intensamente. El gris-azulado de aquellos ojos almendrados en el bello rostro dorado, tan humanos, tan cálidos, y tan ajenos. Los contempló un momento, buscando en ellos la preocupación, la chispa de la humanidad que el Dios-Príncipe debía tener. O al menos, que ella esperaba que tuviera. Pero no logró vislumbrar nada de su alma.

Adamis sonrió y sus ojos brillaron.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Kyra desconcertada.

—*Perdiste el conocimiento. Rotec te ha traído hasta nosotros con la máxima urgencia. La fiebre te devoraba.*

—No entiendo, estaba bien esta mañana, ¿cómo he enfermado tan rápido?

—*Y tan gravemente* —dijo Adamis con tono de preocupación, y le mostró la palma de la mano. Alrededor del corte, la carne estaba ennegrecida y se iba extendiendo.

—¿Cómo? —preguntó Kyra y se incorporó.

Al hacerlo se percató de la singular estancia en la que se hallaba. Era completamente esférica y translúcida. Parecían hallarse en el interior de un gigantesca orbe de cristal. Kyra estaba postrada sobre una mesa marmórea. Tras la mesa, uno de los singulares monolitos se alzaba imponente hacia el techo. El monolito era también translúcido. Kyra se quedó atónita mirando el gran artefacto rectangular que desde el centro de la estancia se alzaba unas 20 varas hasta desaparecer en la parte superior. Al fondo, tras el monolito, observó tres grandes cápsulas cilíndricas con capacidad para albergar a una persona, incluso a uno de los enormes Custodios.

—¿Qué... qué es este lugar?

—*Quizás yo pueda explicártelo* —le llegó la voz profunda de Notaplo.

Kyra se volvió hacia él y lo recibió con una sonrisa. Al Erudito, que avanzaba apoyándose en su báculo, lo seguían tres Dioses ataviados como él, si bien eran bastante más jóvenes. Los ojos de Kyra cada vez captaban con mayor precisión los detalles que marcaban la edad en aquellos seres: el color ocre de la piel, las manchas oscuras, el grado de decrepitud del cuerpo...

—*Hemos tenido que llamar a un Sanador* —dijo señalando a un Dios en blancos ropajes que estaba junto al monolito con su mano sobre la pulida superficie y un aro dorado rodeándola—. *Ahora mismo está anotando lo extraño de tu caso en nuestra fuente de conocimiento. Has sufrido una reacción extrema al interactuar tu sangre con el Poder del Monolito. Ha sido muy extraño, e inesperado. Algo hay en tu sangre que no ha aceptado la intrusión del Poder. Realmente sólo te realicé un pequeño análisis, una minúscula infusión de Poder sobre tu cuerpo, nada más. Pero la reacción adversa ha sido notoria.*

—*Extremadamente singular. Merecedora a todas luces de estudio detallado* —dijo el Sanador sin despegar la mano del monolito.

—*Quizás es esta maldita Argolla* —dijo Kyra levantando el brazo.

Notaplo soltó una pequeña carcajada.

—*Eres muy lista, y decidida. Adamis tiene razón* —dijo sonriendo al Príncipe—. *Lo siento pero la Argolla se queda donde está. Así podremos localizarte siempre y no podrás acceder a lugares como este sin supervisión.*

Kyra torció el ceño. No lo había conseguido.

El Sanador se acercó hasta ella. Le cogió de la mano con finos dedos de oro y observó la herida. Alzó una ceja y miró a Adamis.

—*¿Debo, mi señor?*

—*Debes* —respondió Adamis con tono seco.

El Sanador se inclinó mostrando obediencia. Puso su mano sobre la herida y una luz entre blanca y azul comenzó a fluir de la mano del Dios penetrando en la herida. Kyra sintió un cosquilleo y una leve sensación de

calor. El Sanador mantuvo el influjo de energía por un largo momento. Hasta que finalmente retiró la mano.

—La herida ha sido completamente sanada, Alteza. No puedo asegurar que no vuelva a producirse una reacción similar pues algo singular hay en su sangre, pero este episodio ha sido controlado.

—Gracias, Sanador —reconoció Adamis con una ligera inclinación de cabeza.

—Si mis servicios no son necesarios, con vuestro permiso, me retiraré. Toda la información del caso la he guardado en el Pilar del Conocimiento —dijo, y su mirada se desvió al singular monolito.

—Puedes dejarnos —concedió el Príncipe.

El Sanador abandonó la cámara.

—No parecía muy contento de curarme —dijo Kyra arqueando una ceja.

No se le había pasado por alto la reticencia del Sanador y quería averiguar cuál era la razón, si bien ya la imaginaba.

Notaplo la cogió de la mano.

—No debes culpar a nuestro buen Sanador. En nuestra cultura no está nada bien visto interactuar con esclavos, mucho menos aún usar Poder para ayudarlos —sonrió, y miró a sus ayudantes—. *De hecho hoy hemos asistido a un pequeño milagro. Forzoso, eso sí, pero un milagro en cualquier caso. Pocas veces antes uno de los nuestros ha utilizado su propio Poder para ayudar a alguien que considera un ser inferior: a un esclavo.*

Kyra entrecerró los ojos y se mordió la lengua. No diría en voz alta lo que pensaba de aquello, no era el momento.

—En su defensa, mi niña —continuó Notaplo—, *hay que decir que el Poder que ha utilizado para sanarte le ha restado vida. No mucha, cierto, pero lo ha hecho. Ese es el precio para los nuestros por usar el Poder y es por ello que somos extremadamente cuidadosos en cómo y cuándo lo usamos.*

—¿No es un Sanador? ¿No es su deber sanar? Oh, entiendo, lo es pero sólo para los Dioses —replicó Kyra sin disimular el tono sarcástico.

Al momento se arrepintió.

Adamis intervino.

—Cada una de las castas, Sanadores, Guerreros, Eruditos, Sacerdotes, Mercaderes, utiliza el Poder para ejercer sus funciones. Todos lo utilizan con cautela pero se deben a su profesión y están obligados por ley a usarlo. Nadie puede decidir por su propia voluntad no usar ese bien y alargar de esta forma su existencia, pues sería una carga para la sociedad y estaría siendo desleal. La ley lo prohíbe. Se controla y castiga pues los hay que harán cualquier cosa con tal de no morir o retrasar ese día todo lo posible. Pero el Poder se utiliza únicamente entre los nuestros y para los nuestros, como es natural.

Notaplo carraspeó.

*—Hay que racionalizar el uso del Poder si se quiere llegar a mi edad y como ves aún llegando uno arriba muy estropeado —*dijo sonriendo, y se apoyó en su báculo plateado con incrustaciones.

El comentario arrancó una sonrisa a Kyra. El Erudito le gustaba, no era nada altanero como los otros Dioses y en sus ojos había bondad.

*—No puede negarse cumplir una orden de su Príncipe, perdería la cabeza al instante —*señaló Rotec muy serio la mano en la empuñadura de su espada.

Adamis dio un paso al frente y puso la mano sobre el hombro del campeón.

—Nunca llegaría a eso, amigo.

Kyra inspiró el aire puro reinante en la cámara y reflexionó sobre lo que había sucedido. Le habían salvado la vida, a ella, una mera esclava, una hormiga. ¿Por qué un Dios había malgastado su Poder en ella? Debía averiguarlo pero preguntar directamente no le pareció lo más beneficioso. Debía continuar recabando información. Yosane sabría qué hacer con todo lo que averiguara, idearía un plan.

Uno de los estudiosos se acercó hasta Notaplo e indicando las cápsulas al fondo preguntó:

—Es la hora, Maestro. ¿Continuamos con el experimento o lo cancelamos?

Notaplo buscó al Príncipe con la mirada.

—*Seguimos adelante* —dijo Adamis con seguridad.

—*Me llevaré a la esclava* —dijo Rotec, y se situó junto a Kyra. La sombra del enorme cuerpo del Dios-Guerrero la cubrió como si fuera una mota insignificante.

Adamis alzó la mano.

—*No, espera. Que se quede.*

La expresión de Rotec fue una de pura incredulidad, con los ojos abiertos como platos.

—*Pero, mi señor, los experimentos... no debe contemplarlos nadie que no sea de la máxima confianza y lealtad bien probada. El riesgo... las consecuencias... recapacitad, mi señor.*

Adamis se llevó las manos a la espalda.

—*Notaplo, ¿cuál es tu parecer?*

Notaplo se acarició la barbilla y sus ojos se perdieron en la distancia por un instante.

—*Si la fierecilla lo desea, puede observar, no me opongo. Incluso podría participar...* —dejó caer con una sonrisa embaucadora.

Adamis se situó frente a Kyra.

—*Si deseas conocer algunos de nuestros secretos puedes quedarte. Pero hay una condición, un precio a pagar...*

Kyra estiró el cuello sin amedrentarse.

—¿Cuál?

—*Permitirás a Notaplo que realice un pequeño experimento contigo.*

Kyra lo miró desafiante. Quería saber qué tramaban, qué secretos escondían. Quizás pudiera usarlos en su contra o podrían resultar útiles para escapar de allí de algún modo. Habría riesgo, sí, pero eso nunca la había detenido. No lo haría ahora. Además, si quisieran forzarla a participar en sus experimentos secretos, nada podría hacer por impedirlo. Leyó el bello rostro de Adamis buscando en él algún atisbo de traición. Los ojos del Dios-Príncipe, tan alarmantemente humanos, parecían

sinceros. Adamis no apartó la mirada, ni pestañeó, mantuvo la tensión entre ellos. El ánimo de Kyra se fue cargando de rabia y pundonor. Sentía su corazón golpeando con fuerza como un tambor de guerra, y a ese ritmo, el ardor de su espíritu y los sentimientos encontrados que Adamis le transmitía brotaron por sus ojos como encendidos rayos centelleantes.

—De acuerdo —dijo Kyra con tono desafiante.

Adamis pestañeó ante la respuesta. Sus ojos desaparecieron por un instante y Kyra sintió como si la cámara se tiñera de sombras. Los párpados volvieron a alzarse y la luminosidad regresó. Adamis parecía confundido y él era la personificación de la seguridad. Kyra lo observaba intrigada. La rabia en su pecho se fue diluyendo y su mirar se suavizó.

Adamis respondió con una ligerísima sonrisa.

—*De acuerdo. Adelante* —la tensión entre ambos se relajó quedando como un mar en calma tras la tempestad.

Notaplo dio un paso al frente.

—Te preguntarás, fierecilla, y con motivo, la razón de ser de este experimento. Verás... nuestro pueblo, los líderes de las Cinco Casas más exactamente, intentan encontrar las esquivas respuestas a vitales preguntas que perseguimos desde hace milenios. Las Casas llevan desde los albores de los tiempos estudiando diferentes disciplinas, enfoques variados y contrapuestos, pero todas persiguen un mismo fin: alcanzar la ansiada inmortalidad. Pues verás, joven esclava, Dioses somos a vuestros ojos pero la inmortalidad no hemos alcanzado y por tanto, nos guste o no, Dioses completos no somos ni seremos. No al menos hasta alcanzarla. Longevos se nos puede considerar pues vivimos mucho más que las razas esclavas, y poderosos, pues dominamos el Poder de los Cinco Elementos y con ese Poder realizamos actos que para el resto de seres vivientes resultan increíbles, impensables.

—Pero al final, por muy poderosos y longevos que seáis, la muerte os aguarda como a todos —apuntó Kyra.

Notaplo aplaudió mientras reía aunque a Rotec no le hizo nada de gracia el comentario por la mueca hosca que esbozaba.

—*En efecto, esa es la auténtica realidad* —continuó el Erudito —. *Si uno pone su persona en perspectiva, dejando de lado el ego, puede*

observar que el mundo que le rodea, la sabia naturaleza de la que obtenemos nuestro Poder, nos muestra lo insignificantes que en realidad somos. ¿Qué es mi vida comparada con la de una secuoya de las tierras del oeste que vive más de 4.000 años? ¿Qué es mi Poder comparado con el de Arutan, la Madre Naturaleza, de un volcán en erupción, de un tornado, de un maremoto? ¿Dime, niña, qué es?

Kyra no quiso molestar al Erudito así que moderó la respuesta que bullía en su interior.

—Pequeño...

Adamis rió.

—*Quiere decir insignificante pero se ha mordido la lengua.*

Kyra le lanzó una mirada furibunda. Adamis le devolvió una divertida.

—*Cada una de las Casas, en sus intentos por alcanzar la inmortalidad ha logrado avances realmente significativos. Algunos, como la Casa del Quinto Anillo, claman haberlo logrado. Si bien es discutible su éxito, lo que es innegable es que han logrado meritorios descubrimientos que nos acercan al ansiado objetivo. Te lo mostraré.*

Notaplo se acercó hasta el monolito y situó una de sus manos sobre la superficie. Manipuló la circunferencia dorada que apareció alrededor de su palma. Del suelo, con un sonido metálico, surgió una plataforma circular. Notaplo continuó manipulando el monolito y, de súbito, un anillo dorado se deslizó por la cara exterior hasta su mano. Un haz de luz salió proyectado sobre la plataforma formando una imagen viva, con todas sus dimensiones.

Kyra observó la imagen, era de gran tamaño, y descubrió anonadada que estaba presenciando una escena desarrollándose ante sus ojos, pero que en realidad no sucedía allí. Se acercó hasta la plataforma y pasó la mano sobre la proyección, para cerciorarse de que no era real. La mano atravesó la imagen y Kyra la retiró cada vez más intrigada.

Adamis sonrió y su rostro mostró genuina simpatía.

—*Estás viendo una reproducción de una escena capturada y guardada en nuestro archivo de conocimiento. No es real, ya ha sucedido. Lo que tus*

ojos contemplan ahora es lo que en un momento determinado ha sucedido en un lugar concreto.

Kyra se quedó atónita.

—¿Cómo es posible?

Notaplo soltó una leve carcajada.

—Lo siento, niña, no puedo explicarte toda nuestra tecnología y conocimiento en una jornada. Necesitaría cientos de jornadas... quizás miles... Pero contempla, creo que lo encontrarás interesante.

Kyra prestó toda su atención. En la imagen observó una docena de cápsulas similares a las que allí tenían, estaban situadas formando un círculo alrededor de un monolito blanco como la nieve. El suelo y las paredes de la estancia estaban cubiertos por escarcha. En el interior de las cápsulas había esclavos. Sus ojos estaban cerrados, sus cuerpos níveos. Dos Dioses aparecieron en la escena, Kyra identificó a uno de ellos: era Notaplo. Se acercaron hasta una de las cápsulas y tras manipular unos sensores la abrieron para observar al esclavo en el interior.

Kyra dio un paso y se situó para verlo mejor. Notaplo se acercó a Kyra y señaló a los dos Dioses en la imagen.

—Es un laboratorio de la Casa del Quinto Anillo. Han logrado congelar con vida a personas por tiempo indefinido. En mi último intercambio de conocimiento con Eru, su Erudito Primero, fui testigo de la existencia de varios esclavos que llevan congelados quinientos años — como puedes apreciar en la imagen.

Kyra continuó observando la escena. Vio a Notaplo cerrar sus ojos y un halo dorado envolvió por completo el cuerpo del esclavo congelado.

—Usando mi Poder busqué la esencia vital en uno de ellos — continuó Notaplo— y para mi sorpresa, ahí seguía, hibernando como un oso en invierno esperando a ser despertado.

La escena cambió de pronto por completo y mostró otra cámara diferente. En ella, los cuerpos de dos esclavos reposaban sobre unas mesas llenas de un líquido azulado. Dos haces de luz celestes provenientes del monolito níveo parecían controlar el proceso que allí estaba teniendo lugar.

Notaplo carraspeó.

—*Eru me mostró como despertaban a esos dos esclavos que llevaban congelados más de cien años usando la especialización de su Poder: el elemento Agua.*

La imagen avanzó en el tiempo y mostró a Kyra a los dos esclavos de pie, vivos. El color de su cara y cuerpo era ahora rosáceo, más natural.

Notaplo explicó:

—*No sólo no mostraban ninguna secuela reseñable, sino que no habían envejecido un día. Y eso es un verdadero avance. Cuando fui informado me costó dar crédito, pero pude confirmarlo, como has podido comprobar, y tuve que rendirme a la evidencia.*

Kyra se quedó pensativa.

—Eso sería casi como ser inmortal... Cuando no quisieras envejecer sólo tendrían que congelarte y despertarte mil años más tarde... Un hombre podría vivir así miles de años...

Notaplo alzó las cejas.

—*Un hombre... sí, lo has dicho muy bien, mi niña. Y ahí reside el principal problema: no funciona de la misma manera con nosotros. Por desgracia, nuestro Poder continúa alimentándose de nuestro organismo incluso en ese estado de congelación. Por ello, aunque mucho más despacio, seguimos envejeciendo incluso congelados.*

—¿No podéis apagar o parar de algún modo vuestro Poder?

Adamis suspiró y negó con la cabeza.

—*Moriríamos. Nuestro Poder es similar a vuestra esencia vital, sin él no tenemos vida. El cuerpo se iría apagando y moriría que es lo que al final de nuestra existencia nos ocurre una vez se ha agotado.*

Kyra comprendió. Aquella revelación le pareció extremadamente importante. Había una forma de matarlos... Tenía que contárselo a Yosane, ella sabría qué mas deducir.

—*Aún así, el avance que han logrado es muy significativo, si bien no alcanza la meta ansiada. Pero seguirán investigando y si consiguen mejorar el estado de hibernación helada podrían hallar la clave. También*

son muchos los usos secundarios. Ahora podemos congelar indefinidamente seres vivos. —Kyra se sintió de pronto como un pedazo de carne al que iban a congelar—. Y es una buena vía de estudio y experimentación para alcanzar nuevos logros.

La escena finalizó y el haz de luz se apagó. La plataforma volvió a desaparecer en el suelo.

—¿Alguna Casa más ha logrado un avance importante? —preguntó Kyra con curiosidad interesada.

—*La Casa del Cuarto Anillo, basándose en su elemento fuente: la Tierra, ha logrado un avance similar. Han conseguido convertir en carbono a un ser vivo y mantenerlo con vida indefinidamente, influyendo Poder en el grafito que mantenga vivo el organismo.*

—¿Convirtiendo en mineral a una persona?

—*Sí, niña, emulando a la sabia madre tierra: fosilizando.*

—¿Y funciona?

—*En vosotros sí. En nosotros... por desgracia, no.*

Kyra entornó los ojos.

Notaplo sonrió.

—*El camino del conocimiento uno arduo y lleno de fracasos. Pero incluso de ellos aprendemos y nuevos éxitos logramos, inesperados; pues muchas veces es el camino, no el final, lo que es realmente importante. Un día lo lograremos, alguna de las Cinco Casas lo logrará. Mientras tanto todos los descubrimientos secundarios, muchos inesperados, que han sido logrados ponemos a buen uso.*

—*Esperemos que seamos nosotros* —dijo Rotec sus brazos cruzados.

Kyra lo miró sin comprender.

Adamis asintió.

—*Sí, mejor que seamos nosotros. La Casa que lo consiga romperá definitivamente el delicado equilibrio de poderes que tanto nos cuesta mantener para evitar una guerra. Las otras Casas querrán ese conocimiento para ellas y la guerra se desatará, será inevitable pues el logro es de tal magnitud que no podrá ser denegado.*

—Una guerra abismal —señaló Notaplo—, pues tan grande es la gloria y el poder que alcanzar la inmortalidad otorga que las otras Casas no descansarán hasta conquistarla. Ríos de dolor y muerte bañarán Alantres, nuestra gloriosa ciudad eterna. Los cinco anillos se ahogarán en la oscura sangre de los nuestros. Por desgracia, de eso no tengo ninguna duda.

—Debemos adelantarnos al resto —dijo Rotec—, en especial a la Casa del Segundo Anillo, por nuestro bien, por el bien de toda nuestra civilización. Si vamos a la guerra podría destruirnos a todos.

Adamis asintió y se acercó a su amigo.

—Lord Asu es extremadamente peligroso y siempre está buscando alguna forma de obtener ventaja para su Casa.

—Más bien para sí mismo. Está aprovechando hasta el regreso de su padre. Sabe muy bien que el ciclo está a punto de terminar y tendrá que volver a entregar las riendas de su Casa a su padre el Rey —apuntilló Rotec.

Notaplo se llevó las manos a la espalda.

—Lord Asu es muy peligroso, sí, por lo que hemos podido averiguar sus estudios están centrados en la obtención de esencia vital. Pero no creo que haya logrado avanzar demasiado. Esa vía ya ha sido estudiada y abandonada por todas las Casas.

—Todos los Eruditos son unánimes en este punto, es una vía muerta —afirmó Adamis.

—Yo no diría tanto, es una vía de la que nadie ha logrado obtener más. ¿Muerta? No lo sé. Lo que hace dos mil años descubrimos en ese campo a día de hoy seguimos utilizando, no olvidemos eso y es crucial para la supervivencia de nuestros líderes, de nuestra civilización —dijo mirando de reojo a Kyra lo cual hizo que se sintiera muy contrariada pues no entendía de qué estaban hablando aunque notaba que era importante y que por alguna razón, le afectaba a ella.

—¿Qué... qué es esto tan importante? —preguntó tímidamente.

Notaplo y Rotec miraron a Adamis, sus rostros áureos mostraban tensión.

—*No podemos contarte todos nuestros secretos, después de todo, eres una esclava* —dijo Adamis escudado tras su máscara de Dios-Príncipe.

El comentario dolió a Kyra pero no dijo nada aunque sus ojos probablemente la delataban.

—*Sin embargo, sí podemos compartir el motivo de tu presencia aquí* —dijo Adamis, e hizo una seña a Notaplo para que continuara.

—*Estás aquí porque no eres como los demás y una anomalía en una especie es lo que ando buscando* —dijo Notaplo con semblante más relajado apoyando el cuerpo en su báculo.

—¿Anomalía?

—*Verás, fierecilla, mi área de estudio, mis conocimientos, se centran en el estudio de las especies.*

Kyra lo observó sin comprender.

—*Llevo toda mi vida estudiando las diferentes variedades de especies que la sabia naturaleza pone ante nuestros ojos en toda su grandeza y gloria, y que nos negamos a admirar pues nos creemos superiores, cuando no lo somos.*

—¿Qué especies?

—*Todas, pero una muy en concreto.*

—La mía.

Notaplo sonrió de oreja a oreja.

—*Sí, fierecilla.*

—¿Y qué te interesa de la mía?

—*Por mil años hemos esclavizado a los vuestros y durante casi tanto tiempo yo os he estado estudiando. Siempre me habéis fascinado. Esa capacidad de supervivencia innata, de una especie animal, sin Poder, que pese a todo sobrevive, se reproduce y continúa creciendo. El instinto de supervivencia que poseéis es increíble, algo de lo que nosotros carecemos. Pero lo más sorprendente es vuestra asombrosa capacidad de reproducción.*

—¿Asombrosa? Una mujer necesita más de nueve lunas para gestar y

parir un hijo.

—*Nuestra raza necesita de diez veces ese tiempo y rara vez una mujer puede engendrar más de un hijo. Muy rara vez.*

Kyra los miró extrañada.

—¿No tenéis hermanos?

Los tres negaron con pesar.

—*Cuando uno de nosotros muere sin descendencia —dijo mirando a Adamis y Rotec— es catastrófico para la familia. No sólo se ha perdido una vida que debería haber sido extremadamente longeva sino que se ha perdido la semilla de la familia y no podrá ser recuperada. Es por ello que para nosotros la consecución de la inmortalidad es tan apremiante. Y es por ello mi fascinación con vuestra especie.*

—¿Qué buscas en nosotros?

Notaplo sonrió.

—*Una anomalía extraordinaria.*

Kyra frunció el ceño.

—¿Por qué quieres experimentar conmigo?

—*Porque eres una Seleccionada, una anomalía en sí.*

—¿Ahora?

—*A medianoche.*

Kyra se irguió.

—Estaré lista.

Era entrada la madrugada y la luna, rozando el Plenilunio, resplandecía poderosa en un firmamento despejado y pleno de estrellas rutilantes. Liriana emergió de las aguas y buscó la salvaguarda del muelle. Se encaramó sin hacer ruido y arrastrándose sobre la madera se ocultó entre la penumbra.

«El plan del viejo Tulmis ha funcionado. Apenas puedo creerlo».

Se recostó e intentó recobrar el resuello. Estiró los brazos y sintió pinchazos de cansancio, sus hombros cayeron vencidos. La huida la había dejado exhausta. Para su desgracia, se había visto forzada a abandonar el bote robado al avistar una patrulla en medio del gran canal. Parte del trayecto lo había tenido que realizar a nado y el último tramo buceando. Cerró los ojos y se quedó dormida vencida por el cansancio.

El aleteo de un ave rapaz sobre su cabeza la despertó. Se incorporó alarmada, con el corazón latiendo como un tambor. Miró en todas direcciones pero no vio nada, estaba rodeada de oscuridad.

«¿Cuánto habré dormido?». Se sentía recuperada. «Un par de horas no más. Tengo que apresurarme o perderé la cobertura de la noche».

Recordó las indicaciones de Tulmis: “Está justo debajo de una enorme estatua de león, al este del Palacio Real”. Debía dirigirse allí de inmediato. Lo buscó barriendo el horizonte con la mirada y no le fue difícil hallarlo. Tan increíble y magno era que bañado por la luz de la luna refulgía como si de una morada celestial de puro cristal se tratase.

«Es tan espectacular... y con la forma en la que brilla hasta un ciego lo vería».

Miró alrededor y escuchó el silencio de la noche. La zona en la que se encontraba estaba desierta. No había ni un alma: humano, Siervo o Dios. Liriana dio gracias a Oxatsi, y aprovechó para avanzar tan rápido como le fue posible sin hacer ruido. No tardó demasiado en avistar la

estatua de león. Se dirigió presta hacia ella, pero al llegar a las inmediaciones tuvo que detenerse y ocultarse tras un seto. Una patrulla de Custodios hacía la ronda por la zona, rodeando la estatua en su trayectoria.

Liriana estiró el cuello y entrecerrando los ojos intentó vislumbrar la entrada a la doceava catacumba. Tenía que estar por allí pero no la veía, estaba demasiado lejos.

Arriesgó una carrera agazapada y se encontró con una fuente de cristal rodeada de bancos de vidrio en mitad del parque. Maldijo para sus adentros, no podía esconderse tras ellos, la verían. Corrió hacia la derecha y se encontró con una estatua también translúcida.

«¡Maldición, todo aquí es cristalino, no hay donde esconderse!».

Algo más a la derecha vio unos robles y corrió como alma que lleva el diablo en su dirección. Los alcanzó y se tiró tras uno de ellos. Se ocultó. Su pecho se henchía y vaciaba desbocado. Sólo los árboles ofrecían protección en toda la explanada. Consiguió calmarse y recuperar el aliento.

Echó una fugaz mirada. A la derecha del enorme pedestal de la estatua descubrió a un Custodio de guardia ante un edificio bajo y rectangular. Aquello le llamó la atención. Avanzó un poco más arrastrándose por el suelo hasta llegar a un nuevo árbol. Se ocultó tras él. Aventuró otra rápida mirada. Aquel edificio bajo parecía militar, no tenía ventanas. La puerta que el Custodio guardaba era de metal y estaba reforzada, pero los cerrojos estaban en el exterior.

Cerró el puño y asintió. «La doceava catacumba» se dijo con una sonrisa victoriosa. Maruk estaba ahí dentro, prisionero. Tenía que rescatarlo, por ella, por los suyos. Era imperativo. ¿Pero cómo? Debía burlar a la patrulla y al guardia apostado en la puerta. Se dejó caer contra el tronco del árbol.

Y entonces los oyó.

El pisar pesado de una docena de botas de acero, como castigando el suelo a ritmo de tambor. Tan veloz como un rayo sacó medio rostro del árbol, observó un suspiro y volvió a ocultarse.

«¡La patrulla! ¡Viene hacia mí!».

El corazón le comenzó a latir con tal fuerza que pensaba le abandonaría el pecho. «¿Qué hago?» Si se quedaba la descubrirían en breve, si corría la verían. Pero no podía quedarse allí, los pasos sonaban ya muy cerca, los tenía encima. «¡Tengo que retroceder a otro árbol!», Se agazapó lista para salir corriendo.

Una lechuza ululó sobre su cabeza.

Liriana se detuvo. ¡Maldita su suerte! Los Custodios mirarían en dirección al sonido. ¡No podía salir corriendo!

La lechuza volvió a ulular.

«¡Maldición!». Sintió tal rabia que miró hacia arriba.

Y su corazón se detuvo.

De la penumbra entre las ramas vio una mano extendida hacia ella.

La patrulla ya estaba encima.

Liriana no lo pensó dos veces. Se puso en pie, estiró el brazo y agarró la mano extendida. Recibió un tremendo tirón y trepó por el tronco. Se sujetó a una gruesa rama y se ocultó.

La patrulla pasó en ese momento rozando al árbol en dirección al siguiente roble en el parque.

Liriana olvidó respirar. Al verlos pasar se volvió hacia su salvador. Sus ojos se encontraron con otros tan extraños como enigmáticos: uno de intenso esmeralda y el otro de pálido azul casi grisáceo, unos ojos que conocía muy bien.

—¡Ikai! —dijo sin poder controlar la sorpresa y alegría.

—Shhh —le amonestó él llevándose el dedo índice a los labios.

Liriana hizo un esfuerzo enorme por contenerse, clavando sus ojos en los de Ikaí. Esperaron a que la patrulla se alejara antes de hablar.

—Pero ¿qué haces aquí? —preguntó Ikaí en un tono casi inaudible.

—¿Yo? ¿Qué haces tú aquí?

—¿Qué voy a hacer? Esconderme de las patrullas. Los árboles son el único sitio donde poder ocultarse, toda esta zona es de vidrio.

—¡Cuánto me alegro de verte! —le dijo ella sintiéndolo de verdad—.

Temía que te hubieran apresado, o peor... —Al contemplar los enigmáticos ojos y el atractivo rostro lleno de determinación del Cazador, Liriana sintió que algo revoloteaba en su estómago y un agradable calor le recorría el pecho—. Me alegro tanto de verte... —dijo, y sintió que el ardor llegaba a su rostro y le pintaba de carmesí las mejillas.

Y no le importó.

—No parecías tan contenta la mañana que te fuiste sin siquiera despedirte.

Liriana leyó el reproche en los ojos de Ikai.

—No quería poner tu vida en peligro. Tú tienes tu misión y yo la mía. Había más posibilidades de lograrlo por separado que juntos. Y lo sabes.

—Podías habérmelo consultado.

—¿Hubieras estado de acuerdo?

—No...

—No quise arriesgar una discusión.

—Pero...

—Ya no tiene importancia. Los dos lo logramos, los dos hemos llegado hasta aquí.

Ikai la miró un instante, sus ojos eran penetrantes, y finalmente asintió.

—¿Y ahora? ¿Qué vas a hacer?

Liriana señaló el Custodio de guardia en la distancia. Ikai torció el gesto y entrecerró los ojos.

—Lo que he venido a buscar está detrás de esa puerta. Debo entrar y rescatarle.

—¿Rescatarle? ¿A quién?

—A mi prometido.

El rostro de Ikai se contrajo: sus ojos grandes, las cejas enarcadas, la boca en una mueca de sorpresa. Liriana tuvo la sensación de haberle lanzado un cubo lleno de hielo a la cara. De inmediato la sorpresa desapareció y fue reemplazada por enfado. Los ojos se empequeñecieron,

el entrecejo se arrugó y mordía los dientes con tal fuerza que la mandíbula parecía le iba a estallar.

Liriana bajó la mirada y tragó saliva. Un sentimiento de enorme culpabilidad la invadió.

—Lo que sucedió entre nosotros... —quiso aclararle, pero Ikai la interrumpió de inmediato.

—Lo pasado, pasado está. No hace falta ninguna explicación —e tono fue tan seco y cortante que Liriana sintió el dolor causado golpearle en el rostro como una manotada.

—Deja que te explique...

—Nada hay que explicar.

Liriana lo miró a los ojos con la súplica brillando en ellos, pero Ikai apartó la mirada girando el rostro.

—Gracias... por haberme salvado...

Ikai respondió asintiendo con la mirada perdida en la noche.

—Debo rescatarlo, es de una importancia vital para nosotros... para Gedrel.

Ikai se volvió y frunció el ceño.

—¿Para Gedrel? Pensaba que estabas aquí por ti.

—Sí, también. Bueno, por los dos motivos en realidad.

—¿Por quién arriesgas la vida, por tu prometido o por Gedrel y su causa perdida?

—Por él, y por la causa. Por ambos.

Ikai sacudió la cabeza.

—Sé que no lo entiendes, ni te pido que lo hagas. Simplemente acepta que yo soy así —dijo Liriana con la mirada firme y el tono mostrando su sentir ofendido.

—Tienes razón, disculpa, yo no soy nadie para juzgarte.

Liriana se tranquilizó. Entendía que Ikai estuviera molesto pero nadie tenía derecho a juzgar sus convicciones ni sus acciones. Ella luchaba por

lo que creía justo, por un ideal, por la libertad de su pueblo y aquello estaba por encima de todo, incluso de sus propios sentimientos.

—Tengo que entrar ahí y rescatarlo, le necesitamos.

—Hay un Custodio en la puerta y una patrulla rondando, es imposible, no lo lograrás.

Liriana lo pensó un largo momento y se dio cuenta de que Ikai tenía razón pero aún así lo intentaría.

—Gracias por todo, Ikai. Será mejor que ahora te alejes...

—¿De verdad vas a intentarlo? ¿Es que no ves que fracasarás?

—Probablemente, pero no puedo detenerme ahora, no cuando ya he llegado hasta aquí.

Ikai la sujetó de los hombros.

—Es una locura, no lo hagas.

Liriana le miró a los ojos.

—¿Abandonarás tú a tu hermana?

Desviando la mirada Ikai apartó las manos.

—No, no puedo.

—Yo tampoco puedo.

Los dos quedaron en silencio con las miradas perdidas. Ya no había vuelta atrás para ninguno de los dos.

—Vete, Ikai, te lo ruego.

El silencio retornó ahora angustioso. Ikai miró alrededor. Estaba despejado. Comenzó a descolgarse por las ramas.

Liriana suspiró y contempló al enorme Custodio. Se sintió como una hormiga enfrentándose a un escorpión. ¿Cómo vencer a aquel mastodonte? Probablemente era tan grande como buen luchador. De hecho no necesitaba ni luchar, con dar la alarma todo habría terminado para ella. Resopló. La situación a resolver se le antojaba imposible.

De pronto escuchó el crujir de las ramas y vio a Ikai volver a encaramarse.

—Está bien, ¿cuál es el plan? —dijo Ikai guiñándole un ojo.

La sonrisa de Liriana se extendió de oreja a oreja.

Mientras se arrastraba tras los setos, Ikai iba rumiando el plan que habían elaborado. La verdad era que no estaba muy seguro de que funcionara, pero no tenían mucha opción. El amanecer llegaría en un par de horas y tenían que salir de allí. «He de ayudar a Liriana y continuar adelante. Ahora que he comprobado que tienen a Kyra en el Palacio Real tengo que llegar hasta ella de alguna forma». Penetrar el castillo y rescatarla se le antojaba imposible pero no se desanimaba, lo conseguiría. Se había visto forzado a retirarse de las inmediaciones del Palacio. Las patrullas y la vigilancia eran demasiado estrechas en la zona alta y el riesgo de que lo descubrieran, excesivamente alto. De regreso a la zona baja había permanecido escondido, pensando en cómo proceder, relativamente seguro en los árboles. Pero Liriana había aparecido de repente y ahora volvía a encontrarse en medio de una situación altamente peligrosa.

Sacudió aquellos pensamientos de su mente y se concentró en la tarea que tenía que realizar. Esperó escondido a que la patrulla que venía del este se acercara. Liriana y él habían medido pacientemente el tiempo que tardaba la patrulla en hacer la ronda y el momento más propicio para ejecutar el plan. Mientras el sonido rítmico del pesado andar de los Custodios se hacía más cercano, el estómago de Ikai comenzó a revolverse como caldo en ebullición.

«Calma... aguanta...» se dijo mientras los Custodios pasaban con caminar marcial a dos palmos de su escondite. «Está demasiado oscuro, no pueden verme» se animó sin estar del todo seguro de que así fuera. Respiró profundamente y tras exhalar corrió detrás del roble elegido, el más cercano al guarda de la catacumba. Ikai puso su espalda contra el robusto y amplio tronco centenario y recuperó el aliento. Echó una rápida ojeada. Allí estaba el Custodio, como una estatua de roca enorme frente a la puerta, sujetando lanza y escudo. Ikai calculó la distancia, unos quince pasos. Asintió, era suficiente. Luego buscó a Liriana en el otro extremo

del parque. No la veía, estaba demasiado oscuro. Tendría que suponer que estaba en posición.

Suspiró. Hora de actuar.

Se llevó las manos a la boca e imitó un gruñido grave en dirección al Custodio.

Esperó un poco y volvió a repetir el gruñido, esta vez más sonoro y largo.

El Custodio giró la cabeza e Ikai escondió la suya tras el árbol. Estaba tan oscuro que el guardia sólo percibiría una sombra en movimiento a aquella distancia.

Ikai volvió a emitir el gruñido animal esta vez bien alto y sostenido.

El Custodio se giró, rompiendo la hierática posición que mantenía.

Ikai retiró la cabeza para ocultarse tras el tronco, dejando que lo viera un instante.

—¿Quién va? —sonó una voz cavernosa.

Hubo un silencio. Ikai aguardó con el cuerpo pegado al tronco, completamente oculto.

Escuchó los pesados pasos avanzar en su dirección. Contó cinco. El sexto no le llegó. Inspiró profundamente y el hedor a azufre característico de los Siervos de los Dioses le llegó traído por el viento nocturno. «Se ha detenido. Pero está ahí. El maldito duda. Se dará la vuelta. Tengo que atraerlo hacia mí».

Volvió a gruñir y sacó la cabeza un brevísimo instante.

Los pasos se precipitaron. «Ya viene».

Sacó la daga de lanzar. La idea de enfrentarse al Siervo cruzó su mente pero la desechó de inmediato, lo descuartizaría y lo que era peor, daría la alarma. «No, por fuerza bruta no puedo vencerle, tiene que ser por astucia». Pasó la daga por la palma de su mano y se hizo un corte. Abrió y cerró la mano enérgicamente dejando que la sangre fluyera.

«Ya está aquí».

Al otro lado del parque Liriana observaba la escena tensa como el arco de un cazador. El Custodio se acercaba al árbol donde se escondía Ikai. Liriana respiró profundamente y llenó los pulmones. «Ahora o nunca. Sólo tengo una oportunidad. Una y muy escasa. Hay que jugárselo todo a esta treta aunque las posibilidades sean mínimas. No he llegado hasta aquí para que un último obstáculo me detenga cuando lo tengo al alcance de los dedos. Sortearé este último escollo. Conseguiré liberar a Maruk».

Se armó de valor y salió corriendo como una exhalación hacia la puerta ahora desprotegida. Corrió como si la persiguiera un tigre albino gigante. «Que no se gire, por Oxatsi, la Madre Mar, que no se gire». El miedo que sentía propulsaba sus piernas con una velocidad inusitada. El corazón lo tenía en la boca y por un momento estuvo a punto de atragantarse.

Cruzó el descampado hasta llegar a la puerta. Echó mano al cerrojo superior y pegando su cuerpo contra la puerta, en un intento de amortiguar cualquier sonido que pudiera delatarla, comenzó a descorrerlo con infinita suavidad.

Se produjo un ligerísimo chirrido.

Liriana volvió la cabeza, su corazón latía desbocado cual manada de caballos salvajes. El Custodio estaba junto al árbol, no se volvió. Liriana resopló dejando salir un vendaval de tensión. Llevó las manos al segundo cerrojo y con inmenso cuidado tiró de él. Esta vez no chirrió. Volvió la cabeza hacia el Custodio y lo vio desaparecer tras el árbol.

«¡Es el momento, adelante!». Tiró de la pesada puerta de hierro reforzado. Apoyó todo el peso de su cuerpo y consiguió abrirla lo suficiente para que su cuerpo pudiera entrar.

«¡Allá voy, protégeme, Girlai Padre Luna!». Introdujo el cuerpo por la abertura y se coló en el interior de la catacumba.

Ikai corría con toda la fuerza de sus piernas. No arriesgó una mirada

atrás. El siguiente árbol estaba a tan solo cinco pasos hacia el interior. «Tengo que alcanzarlo antes de que el Custodio bordee el roble que he dejado atrás. Si me ve estamos perdidos». Apretó los dientes y corrió con todo su ser. Llegó al árbol y con un brusco giro se escondió tras él. Jadeaba como si la vida le fuera a escapar. Intentó serenarse para que el Custodio no lo oyera. Los pulmones le ardían y las piernas las sentía resentidas por el esfuerzo. Pero lo peor era el corazón, parecía que le iba a salir del pecho.

Se escuchó un paso a su espalda y el crujir de una rama.

«Me busca. Bien. Tengo que distraerle, ganar tiempo para Liriana». Intentó calmar la respiración y aguzó el oído.

Escuchó otro paso. Le siguió el aplastar de unas botas sobre la hojarasca.

«¡Maldición, se gira! ¡Si vuelve ahora a su puesto descubrirá a Liriana!».

Ikai miró al frente. El siguiente roble estaba en línea recta a no más de cuatro pasos, rodeado de oscuridad.

«Puedo lograrlo, puedo llegar hasta él. Tengo que arriesgar o Liriana estará perdida». La duda lo asaltó. ¿Lo seguiría el Custodio o se volvería a su puesto? Lo más natural sería que se volviera, pero los Siervos de los Dioses tenían fama de ser como sabuesos, una vez olían la sangre no paraban hasta dar con ella. Ikai había dejado su sangre en el roble y en el suelo en el trayecto hacia donde ahora se escondía. Pronto descubriría si los rumores eran ciertos o no. Aguardó con la mano seguía sangrando, gotas del líquido de la vida caían al suelo a su lado. Una ráfaga de viento azotó las hojas del viejo roble y el hedor del Siervo le llegó nuevamente.

«Vamos, si yo te huelo tú hueles mi sangre, vamos».

Los pasos se reanudaron, avanzaban en la dirección de Ikai.

«¡Ha picado!».

Ikai salió como una flecha a por el roble frente a él. Corrió en línea recta, de forma que el grosor del tronco del roble a su espalda lo ocultara en su huida. Llegó junto al nuevo árbol y fue a girar cuando su pie golpeó algo duro, tropezó y cayó hacia delante. No había visto la raíz.

«¡Maldición! ¡Me va a descubrir!». Desde el suelo, dolorido, alzó la cabeza. Tenía que esconderse tras el roble de inmediato o todo estaría perdido.

De súbito, la negrura que rodeaba el roble se movió, como si estuviera dotada de vida propia. Ikai la contempló con el cejo fruncido. «¿Qué demonios sucede?».

Y de la penumbra viva, misteriosamente, surgió una figura.

Ikai la observó con los ojos abiertos de par en par. Se llevó la mano a la daga en su espalda.

Una voz familiar lo saludó.

—Siempre metido en líos, ¿eh, Cazador?

Ikai reconoció de inmediato los ojos almendrados, negros como la noche, que brillaban con intensidad bajo la cabellera de negro azabache atada en una cola de caballo. Observó el afilado rostro de nariz pequeña, los labios insinuantes y la fiereza y fuerza que ella siempre irradiaba.

—Al... Albana... ¿qué..? —balbuceó sin comprender.

Ella le dedicó una sonrisa pícara.

Liriana cerró la puerta a su espalda para no despertar sospechas ni fuera ni dentro del edificio. «Entrar y salir, como una exhalación» se dijo, bien consciente de que sólo disponía de unos breves instantes antes de que regresara el Custodio.

Bajó corriendo las escaleras de piedra hasta alcanzar el interior de la catacumba. El lugar era enorme y estaba en penumbras, dos lámparas de aceite, una en la entrada y otra al fondo de la cámara, eran toda la iluminación que había. Discernió cientos de cuerpos de esclavos que dormían después de un arduo día de trabajo llenando el suelo por completo. Un lugar muy similar al que ella había sufrido con Tulumiz.

Avanzó a toda prisa, pasando por encima de los cuerpos tendidos intentando no pisar a nadie, sin conseguirlo, pero no le importaba, no disponía de tiempo para miramientos. No reconocía los rostros, apenas

podía verlos. Tendría que jugársela, había demasiada gente allí y ella no tenía tiempo.

—Maruk... —llamó en voz baja.

Avanzó hacia el centro con grandes zancadas y volvió a llamarlo. Unos gruñidos de disconformidad surgieron de entre los durmientes a su alrededor.

—Maruk, soy yo, Liriana.

—Shhh —la amonestaron cuerpos que se retorcían a sus pies tan exhaustos que ni deseaban saber qué sucedía.

—Maruk, ¿dónde estás? —preguntó ahora más alto.

—Calla y deja dormir —le respondió un hombre de espesa barba negra frente a ella.

Liriana se acurrucó a su lado.

—La cuadrilla del Capataz Sostos. ¿Dónde duermen?

El hombre la miró con cara de marcado enojo. Levantó una mano y apuntó hacia el este de la cámara.

—Al fondo —dijo con voz ronca.

—Deja dormir —amonestó otro hombre a su lado.

Liriana pasó por encima de los cuerpos tan rápido que pisó mal y estuvo a punto de irse al suelo. Consiguió llegar hasta el fondo.

—Maruk... —volvió a llamar. Se estaba quedando sin tiempo y ella lo sabía.

Un cuerpo se dio la vuelta.

—Maruk, soy Liriana, he venido a por ti.

El hombre se incorporó. Era joven, delgado. Su rostro y cabello moreno estaban llenos de mugre y una barba de varios días sin arreglar poblaba un apuesto rostro. Y entonces Liriana vio unos ojos verdes como el jade mirarla con la incertidumbre del miedo y el maltrato.

El joven giró la cabeza estudiando a Liriana en la oscuridad.

—¿Liriana? ¿En verdad eres tú... o esto es otra pesadilla causada por

este insufrible e inmundo lugar?

—¡Maruk, soy yo!

El joven la miró de nuevo con el rostro poseído por la incredulidad.

—Eres tú...

Liriana se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—Sí, Maruk, soy yo, créelo, no es un sueño. He venido a rescatarte.

Maruk puso las manos sobre las mejillas de Liriana y con los ojos clavados en los de ella, la besó con tal intensidad que Liriana se quedó sin aliento.

—Será mejor que os apresuréis —dijo un anciano sentado contra la pared señalando la puerta.

—¿Sostos? —preguntó Liriana.

El anciano asintió. Luego miró hacia la puerta.

—Corred.

Liriana y Maruk pasaron aceleradamente por encima de los esclavos y llegaron hasta las escaleras. Ascendieron corriendo y llegaron a la puerta.

«Ha sido rápido, entrar y salir», se dijo dándose ánimos. El guardia podría haber regresado ya y estar esperándola detrás de la puerta. «Ha sido un momento, sólo un momento» se dijo. Liriana empujó levemente la puerta y sacó la cabeza.

No había rastro del Custodio.

«¡Ikai ha conseguido entretenerlo lo suficiente!». Se giró hacia Maruk y le hizo una seña para que la siguiera. Salieron. Liriana cerró la puerta tras ellos y volvió a correr los cerrojos de forma que el Custodio no sospechara nada al regresar. Agazapados, comenzaron a cruzar el llano a la carrera en busca del cobijo de los robles más cercanos.

Liriana miraba a todos lados esperando ver aparecer al Custodio en cualquier momento, pero lo único que captaron sus sentidos fue el roce del viento sobre las ramas de la salvación que les aguardaba. No había ni un alma a la vista. Estaban a cinco pasos del primer roble, miró a Maruk,

que la seguía con inquietud asomando en sus ojos.

«Lo vamos a conseguir, ya estamos casi».

Y en ese instante, una muralla de fuego se alzó ante Liriana.

Cogida por sorpresa, apenas pudo detener la carrera y estuvo a punto de arder viva. Dio dos pasos atrás separándose de las llamas que flameaban con una intensidad voraz. Miró a su compañero en busca de ayuda.

—¡Retrocedamos , por aquí! —urgió Maruk.

Se volvieron y corrieron hacia el este. Pero otra barrera de fuego se alzó ante ellos impidiendo que huyeran. Retrocedieron, las llamas eran abrasadoras, el calor en la explanada resultaba calcinador.

—¿Qué sucede, qué es esto? —preguntó Liriana asustada sin comprender el origen de las barreras ígneas.

Maruk miró alrededor, las llamas los rodeaban ahora formando un círculo. No había por donde huir. No tenían escapatoria.

—Son los Dioses... es Poder de los Dioses —dijo abatido.

Ante los dos fugitivos, tras las llamas, apareció un Dios Áureo. Era inmenso, como una montaña, un Dios-Guerrero. Vestía una túnica de intensos rojos adornados con vibrantes naranjas. La robusta armadura que portaba era de un color rojo-sangre. Le seguían una docena de Custodios. El Dios hizo un gesto con su mano, entonó unas palabras y las llamas se extinguieron.

—*Mi nombre es Iradu, Campeón del Lord Asu. En nombre de mi señor, Dios-Príncipe de la Casa de Aureb, la Casa del Segundo Anillo, sois sus prisioneros.*

El mensaje del Dios azotó las mentes de los dos fugitivos con tanta potencia que las cabezas se les fueron atrás con un latigazo del cuello. Quedaron aturcidos, espantados, sin comprender, mirando al imponente Dios-Guerrero.

Los Custodios se apresuraron a rodear a Liriana y Maruk. El miedo mordía a dentelladas el interior del estómago de Liriana.

—*Lleváoslos —ordenó.*

«Tan cerca... » pensó Liriana con el ácido del miedo llegando a su boca.

Se los llevaron al Segundo Anillo, al reino del fuego. La comitiva no se detuvo ni un instante, primero en un trirreme de doble velamen y luego en carros tirados por corceles azabaches hasta alcanzar un magno palacio carmesí. Liriana observaba todo a su alrededor mientras la ansiedad crecía en su pecho, dificultando la respiración. Pensó que los llevarían a las mazmorras, pero en lugar de ello los condujeron al interior del palacio, a una sala tan opulenta y ornamentada como enorme.

—¿Dónde estamos? —preguntó Liriana a Maruk en un susurro mientras contemplaba aterrada una fontana en forma de volcán en el centro de la estancia. La cúspide explotó y fuego y magma ardiente cayeron sobre su base circular. El calor en la sala era asfixiante. Liriana se pasó el brazo por la frente bañada en sudor.

—Creo que es... la sala del trono —dijo Maruk con un gesto hacia dos elaborados tronos de una exótica madera rojiza labrada con adornos en oro. Tras los sitiales ardían dos gigantescos braseros. Las llamas eran tan vivas que los dos tronos parecían arder sin consumirse.

—*Es listo el chico* —dijo una voz llena de sarcasmo que penetró sus cabezas con hiriente intención.

Un esbelto Dios apareció en una rica túnica roja con grabados en dorado y un peto de escamas de un dorado-naranja. El Dios los miró con unos intensos ojos rubí y Liriana pudo leer en ellos una crueldad que le hizo estremecerse. Avanzaba con andar tan altivo que parecía ser el dueño y señor de toda la Ciudad Eterna. Tras él avanzaba Iradu, el Dios-Guerrero que los había capturado.

—*¿Es él?* —Preguntó el Dios-Lord.

Liriana no sabía qué sucedía, el silencio llenaba la explanada.

—Sí, mi señor Lord Asu. Es él —dijo una voz femenina.

La voz le resultó tan familiar que Liriana la buscó de inmediato. Y

entonces la vio, entrando desde una habitación adyacente.

¡Era Albana!

Liriana abrió los ojos de par en par. «¡Albana! ¿Qué hace aquí? ¿Pero qué sucede?» se preguntó completamente confundida mientras el miedo subía por su tráquea.

—*¿Estás segura? A mí no me parece más que otro simple esclavo pulgoso.*

Albana se acercó hasta Lord Asu, realizó una elaborada reverencia ante el Dios-Príncipe y señaló a Maruk.

—Es él, mi señor. Aquel que me encomendasteis encontrar entre todos los esclavos.

Liriana miró a Maruk que estaba blanco como un fantasma.

—¿Pero qué haces, Albana? ¿Es que has perdido el juicio? —le dijo Liriana sin poder aguantar la presión de la situación.

—*Calla, esclava, los Dioses hablan y no te han preguntado* —ordenó Iradu.

El mensaje mental golpeó con tal dureza la mente de Liriana que sintió como si le hubieran golpeado en la sien con un mazo. Quedó aturdida.

—*Gracias, mi fiel Iradu, estos esclavos molestos y apestosos nunca saben cómo comportarse ante sus Dioses.*

—*De rodillas, esclavos* —ordenó Iradu a los dos fugitivos.

Liriana y Maruk intercambiaron una mirada mezcla de angustia y confusión y se arrodillaron.

—*A mí me parecen todos iguales* —continuó Lord Asu con desdén—, *pero si me aseguras que ese es a quien busco... recuerda lo que te juegas, pequeña espía... conoces bien el precio a pagar si me fallas...*

Albana asintió.

—Lo es mi, señor, es quien ella ha venido a rescatar. Esa es la prueba fehaciente. Hace algo más de un año que conseguí infiltrarme en su organización, después de muchos meses de arduo trabajo para ganarme la

confianza de uno de sus líderes. Llevo desde entonces espiando su grupo clandestino. Cuando los rumores de su existencia, de lo que era capaz de hacer, llegaron hasta mí, intenté localizarlo como me ordenasteis, mi señor. Intenté averiguar quién era, pero lo mantenían escondido, bien en secreto. Cuando estaba muy cerca de averiguar su identidad desapareció por completo, como si la tierra se lo hubiera tragado. No logré hallar su rastro en todo el Confín.

—*Porque había caído en una cuota...* —dijo Iradu.

—Así es, aquel que tanto buscábamos fue sacado del Confín y traído aquí, a la Ciudad Eterna.

—*A veces la fortuna nos juega malas pasadas* —dijo Iradu sacudiendo la cabeza.

—Pensé que no lograría dar con él aquí —continuó Albana— pues la ciudad cuenta con miles de esclavos y no conocía su nombre ni tenía su descripción. Pero entonces llegó hasta mis oídos el audaz plan de una de las personas más allegadas a él. Así que presté mis servicios al líder de la organización y formé parte de la misión de rescate. Ella me conduciría hasta él, sólo tenía que asegurarme de que llegaba hasta aquí. Y así lo hice —finalizó señalando a Liriana.

Al oír aquello Liriana sintió como si una montaña de culpabilidad le cayera encima. Les había conducido hasta Maruk. En su intento por salvarlo, por salvar a los Senoca, había llevado a los Dioses hasta Maruk.

—*Eres muy astuta para ser una de ellos, eso me agrada* —dijo Lord Asu mirando a Albana con una cínica sonrisa.

Albana realizó otra reverencia.

—Siempre al servicio de mi señor.

—*¿Y el otro?* —preguntó Lord Asu con el ceño fruncido.

Iradu hizo una seña con el brazo y de otra cámara aparecieron dos Custodios arrastrando por los tobillos el cuerpo inconsciente de Ikai.

—¡Maldita traidora! ¿Por qué nos haces esto? ¿Por qué? —gritó Liriana mientras dejaban el cuerpo inconsciente de Ikai frente a ella.

—Cada uno tenemos nuestros motivos para estar hoy aquí, motivos poderosos —respondió Albana con calma.

—*Muy bien, y ahora que ya hemos cazado a estos pequeños roedores jugueteando en nuestro granero, quiero saber si realmente es cierto* —dijo Lord Asu.

—Lo es, mi señor, el Cazador lo ha presenciado —dijo Albana señalando a Ikai en el suelo.

—*Preguntemos directamente al interesado. Dime, esclavo, ¿es cierto el rumor que ha llegado hasta mis oídos de que un esclavo ha sido capaz de liberarse de la Argolla que los Dioses le impusieron, es más, que ha sido capaz de liberar a otros esclavos?*

El mensaje mental aterró tanto a Maruk que se quedó mirando a Lord Asu con ojos desorbitados de pánico.

—*Veras, esclavo, eso sería muy poco deseable y altamente contrario a mis intereses. Un pueblo esclavo no puede ser liberado. No puede tener esperanza. No puede huir del Confín, del control de sus Dioses, de mi control. Tal afrenta es inconcebible. Es más, si fuera cierto, podría contagiarse a otras razas, a otros grupos de esclavos. Eso podría afectar muy negativamente el perfecto sistema del que ahora disfrutamos. Pero ese es el rumor que me ha llegado y a ciertos rumores y sus consecuencias presto mucha atención. Te lo pregunto una vez más, ¿es cierto?*

Maruk miró a Liriana y esta le devolvió una mirada dura, para que aguantara y no cediera.

—*Veo que necesitas algo de motivación para hablar* —sonrió Lord Asu de oreja a oreja.

Maruk se encogió lleno de terror.

—*No, no es a ti a quién voy a castigar, a ti te necesito con vida. Pero a ella no.*

Asu pronunció una palabra y giró la muñeca. De su mano surgió otra mano, una réplica exacta, en llamas. La mano ígnea se desplazó hasta el brazo de Liriana y se cerró sobre él.

Liriana gritó de dolor mientras las llamas de la mano arcana quemaban su brazo.

—¡No! ¡Esperad! ¡Hablaré! —gritó Maruk.

—*Más vale que te des prisa...* —dijo Lord Asu, y a una orden de su dedo índice la mano de fuego comenzó a subir por el brazo de Liriana. La joven gritaba en agonía intentando apagarla sin conseguirlo. El olor a carne quemada era nauseabundo.

—*Pronto alcanzará el cuello...*

—¡Es verdad! ¡Puedo hacerlo! ¡Puedo liberar a los esclavos de las Argollas! —confesó Maruk.

Lord Asu sonrió y sus ojos rubí brillaron con la intensidad del triunfo.

—*Eso es algo que quiero ver* —dijo con rostro ahora cruel.

Hizo un gesto y la mano ígnea se consumió. Liriana se cayó al suelo entre gruñidos de sufrimiento y se retorció de dolor. Maruk intentó socorrerla.

—*Dime, pequeña espía, ¿tienes los nombres de los cabecillas de este pequeño grupo que busca la rebelión?*

Albana asintió.

El rostro de Lord Asu volvió a encenderse.

—*¡Ves, mi querido Iradu! Así es como se acaba con las rebeliones antes incluso de que nazcan.*

—*Mi señor es un gran estratega* —dijo Iradu.

—*Llévatelos y enciérralos. Todavía no he terminado con ellos.*

Iradu asintió.

—*En cuanto a ti, esclava espía, me ha satisfecho tu actuación. Hablaré con Oskas, mi Maestro-Espía, para hacérselo saber.*

—Mi señor Oskas agradecerá el honor. ¿Obtendré lo que me fue prometió, mi Lord? —preguntó Albana con tono sumiso y la cabeza gacha.

Lord Asu abrió los brazos y miró al cielo.

—*¿Lo obtendré yo?* —Sonrió cruel y se retiró.

Era medianoche cuando Kyra fue conducida por Rotec de vuelta a la Cámara del Conocimiento. El gigantesco guerrero caminaba a su lado y la miraba de reojo pero no decía nada. Kyra tuvo la sensación de que ya no molestaba tanto al campeón, aunque quizás fuera más su deseo de que así fuera. Notaplo y sus Eruditos los recibieron. Adamis no había llegado aún.

—*Mientras esperamos a mi señor Príncipe* —dijo Notaplo con un mensaje mental a Kyra—, *tengo algo para ti.*

—¿Qué es? —preguntó Kyra con gesto de sospecha.

—*Tranquila, fierecilla, es un obsequio.*

Kyra contempló los ojos del Erudito y leyó sinceridad en ellos.

Notaplo le cogió la mano derecha y le puso una fina pulsera de oro con una runa circular grabada en plata.

Kyra contempló la pulsera, era bonita pero no entendía el motivo del regalo.

—*Espero que te guste. Su función es doble: por un lado decorativa —sonrió— y por otro, de comunicación. Es un comunicador, te permitirá escucharnos, sin necesidad de que nosotros nos comuniquemos directamente contigo. Podrás oír nuestras conversaciones como si fueras uno más de los nuestros.*

—Gracias, es bonita...

—*Y ahora, si hay alguna cuestión que te incomode, intentaré resolverla.*

—Gracias —dijo Kyra, y lo saludó inclinándose.

—¿Qué ronda tu cabecita?

—Sigo sin comprender qué buscas en nosotros, ¿por qué nos

estudias?

—Inicialmente buscaba una forma de mejorar nuestra fertilidad que como te comenté es un problema sangrante en nuestra civilización. Más tarde, una idea descabellada surgió en mi mente que me llevó a buscar la forma de prolongar nuestra existencia. Estudié y experimenté sin descanso por más de 600 años.

En ese momento llegó Adamis y todos lo saludaron con respeto. Kyra lo contempló. No quería mirarlo pero por alguna razón no podía evitarlo, era como si el esbelto príncipe atrajera con su magnetismo la atención de Kyra cada vez que estaban cerca el uno del otro. Adamis la contempló con rostro amable y Kyra tuvo que desviar la mirada a un lado.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué me comporto así cuando lo veo? Tengo que serenarme, centrar la cabeza» pero dentro de su cuerpo una exaltación dulce y agradable no la dejaba tranquilizarse.

Notaplo continuó.

—Pero siempre que me encontraba cercano a descubrir algo trascendental se me escapaba entre los dedos. Estuve a punto de abandonarlo todo, de acabar con mi existencia incluso, pues había dedicado toda mi vida al estudio y nada había conseguido que pudiera ayudar a nuestra civilización. Y un día, no hace mucho y de forma totalmente inesperada, la respuesta que tanto andaba buscando se presentó ante mi puerta. Literalmente.

Notaplo se volvió y miró al otro extremo de la cámara.

—Arga, acércate por favor.

Una figura se abrió camino entre las cápsulas al fondo. Era una mujer, muy bella. Vestía una sencilla túnica blanca con bordados en negro. Los brazos los llevaba al descubierto y en el izquierdo Kyra vio la Argolla de esclava. Llegó hasta ellos y saludó a los Dioses con una profunda reverencia. Adamis sonrió a Arga y Kyra observó cierta complicidad en sus miradas. Al descubrirlo, Kyra sintió un vacío en la boca del estómago y se disgustó sin saber por qué.

—¿Me llamabais, Lord? —dijo Arga mirando ahora a Notaplo.

—Sí, querida, necesito de tu asistencia un instante —dijo Notaplo, y

se volvió hacia Kyra—. *Arga lleva algún tiempo bajo mi cuidado. Y Arga es especial... muy especial...* —continuó Notaplo.

Adamis contemplaba la bella esclava con una ligera sonrisa en sus labios.

—¿Especial cómo? —preguntó Kyra molesta.

—¿*Qué edad dirías que tiene?*

Kyra examinó el angular rostro, la tersa piel, los ojos verdes, el largo cabello azabache de la mujer intentando descubrir no sólo su edad sino el motivo del agrado de Adamis. Era una mujer muy bella, debía reconocerlo.

—¿Alrededor de los 25? —respondió tras meditarlo.

Adamis sonrió y su rostro áureo se iluminó. Notaplo sonrió también y asintió varias veces.

—*Sí, cerca de los 25 ¿verdad?* —sonrió de nuevo—. *Dile tu edad verdadera, habla con libertad* —pidió Notaplo a Arga.

Arga asintió levemente.

—Tengo 48 primaveras a mis espaldas.

—¿48? ¡Eso es imposible! —exclamó Kyra totalmente incrédula cruzando los brazos sobre el pecho—. Pero si no tiene ni una sola arruga, ni una cana, nada...

Notaplo observó el rostro de Arga.

—*Cierto, muy cierto, y es precisamente por ello que es una mujer muy especial.*

—¿Cuánto tiempo llevas a mi lado?

—Desde que me recogisteis, Lord, a los 18 años.

—*Sí, parece que fue ayer cuando te rescaté... sin embargo, ha pasado tiempo y mucho hemos descubierto y aprendido en este período. Mucho y de gran importancia...*

Kyra se extrañó ante el comentario.

—¿Rescatar? Es una esclava. Seguro que fue traída aquí como yo, contra su voluntad.

—El Lord me salvó de ser ejecutada —dijo Arga con tono agradecido.

—*Veras, Kyra, Arga no nació en el continente. Nació aquí, en nuestra ciudad.*

Kyra estiró el cuello.

—Es hija de esclavos que supongo llevan toda la vida aquí. Lo entiendo.

—*Si bien hay cientos de esclavos que nacen aquí, en cautividad, no es su caso exactamente... Arga es hija de de una esclava y... uno de los nuestros.*

Kyra se quedó estupefacta. El pensamiento ni había cruzado su mente. ¿Hija de un Dios y una esclava?

—¿Es... es eso posible? —respondió balbuceando incapaz de asimilar el concepto y sobre todo las repercusiones.

El rostro de Notaplo se ensombreció.

—*Lo es. Fisiológicamente, al menos. Es muy raro pero en contadas ocasiones se da. Moral y legalmente no debería darse, no está aceptado entre los nuestros, muy al contrario... Para los Loes es un auténtico sacrilegio engendrar un híbrido y para los Sacerdotes es una abominación a ser exterminada.*

—*Por ley está prohibido* —dijo Rotec con tono severo—. *Es un delito muy grave. Se castiga con la muerte: muerte de madre e hijo.*

Kyra no podía creer lo que oía. ¡Aquellos seres ególatras y absolutamente déspotas no sólo esclavizaban a la humanidad, se creían con el derecho de tomar a las esclavas y matar a las que quedaran embarazadas! ¡Por el solo hecho de dar a luz! Su alma de luchadora pedía a gritos un cuchillo. Lanzó una mirada furibunda a Adamis.

El Dios-Príncipe captó de inmediato la rabia desmedida y el desprecio absolutos en los ojos de Kyra y bajó la mirada. Kyra vio en Adamis la sombra de la vergüenza, el reconocimiento de la infamia cometida. Kyra cerró los puños llena de una ira candente pero se mordió la lengua realizando tal esfuerzo que pensó le estallaban las venas.

Notaplo pareció percibir la rabia contenida de Kyra pues su semblante se volvió sombrío.

—Comprendo lo que sientes, pequeña. Personalmente no comparto esa visión, ni la defiendo. Pero la ley debe cumplirse o de otro modo nuestra civilización colapsaría. El equilibrio debe mantenerse, a cualquier precio, es una máxima. Arga es una rara excepción —dijo dedicándole una sonrisa—. Muy pocos como ella se engendran, y menos aún sobreviven. No es ningún secreto la existencia de los harenes en las casas nobles, ni lo que allí sucede...

—Si bien es una vergüenza insufrible que mancha nuestro honor —dijo Rotec con gesto torcido en desaprobación.

Adamis asintió.

—Lo es, pero la ley no lo castiga. Los Cinco Reyes no lo condenan. Quizás en el próximo Ciclo de Reinado... aunque no lo creo. Los Reyes no pueden permitirse enemistar a los Lores, al fin y al cabo necesitan de ellos para sustentar las casas. No prohibirán a los Lores sus lujurias y deslices menores, es el precio a pagar por contentarlos y mantener una Casa fuerte y cohesionada.

Kyra no entendió aquello. ¿Quiénes eran los Cinco Reyes? ¿Dónde estaban? ¿Acaso no reinaban en aquel momento? Adamis llevaba las riendas de su reino eso Kyra lo sabía, pero ¿desde cuándo?, ¿por qué? y ¿hasta cuándo? Demasiadas preguntas sin respuesta.

Notaplo suspiró profundamente.

—La política es un animal peligroso con el que nunca he deseado lidiar, siempre he preferido la ciencia y el estudio. Y ese estudio en pos de vencer a aquello que se nos escapa entre los dedos, el paso del tiempo, es lo que me ha conducido hasta seres como Arga que no son una abominación sino todo lo contrario. Son excepcionales pues en ellos el paso del tiempo se ha ralentizado. Y esa deceleración es completamente natural pues no poseen Poder alguno. Su origen humano se impone, negando heredar el Poder que sólo nosotros poseemos. Por ello llevo años estudiando a Arga pues en ella se encierra parte de la respuesta que necesito. Su cuerpo ralentiza naturalmente los efectos del paso del tiempo, si puedo trasladarlo a nuestros cuerpos podríamos llegar a vivir de dos a

tres milenios. Sería un hito de magnas proporciones para nuestra civilización. Y la clave está en ella.

Kyra observó a Arga con nuevos ojos. Era humana y Dios al mismo tiempo.

*—Es hora de nuestro pequeño experimento —*dijo Notaplo con una sonrisa bonachona.

Apoyándose en su báculo abrió camino hasta llegar a las tres cápsulas en la parte posterior de la cámara.

*—Traed al espécimen —*pidió.

Uno de sus ayudantes abandonó la cámara para reaparecer al de poco con un esclavo cabizbajo. Kyra lo observó atenta, muy intrigada. Lo reconoció. Era el esclavo que Adamis había comprado en el mercado. El que había considerado “muy especial”.

*—Nombre —*pidió Notaplo.

El esclavo alzó la mirada un instante.

*—Marcus —*dijo casi en un susurro.

—Edad.

Hubo un silencio y todos miraron al esclavo.

*—Edad, esclavo —*exigió Rotec.

*—70 —*dijo el esclavo con la cabeza gacha mirando al suelo.

Kyra había calculado esa misma edad y sonrió. Tenía buen ojo para aquellas cosas. Lo de Arga le había descolocado.

Notaplo se acercó a él.

—Necesito conocer tu edad verdadera, no la que haces creer a tus amos. Conozco tu secreto. Por eso estás hoy aquí. No necesitas mentir.

El miedo se apoderó del rostro de Marcus.

—No temas y dime tu edad verdadera.

El esclavo miró asustado a Notaplo y asintió.

—Entiendo, mi Lord. Mi edad... verdadera... es 310.

Kyra quedó en shock. ¡310! Debería estar muerto y enterrado, sin

embargo estaba allí, y parecía sano. Viejo, pero sano.

Uno de los ayudantes se acercó al monolito y lo manipuló.

Notaplo observó detenidamente al esclavo.

—Hay algo más que escondes, ¿verdad, Marcus? Lo has hecho bien, llevas muchos años escondido, entre los esclavos sin hacerte notar. Pero te hemos encontrado pues lo que escondes no puede ocultarse a aquel que lo busca con ahínco y, créeme, yo llevo buscando una eternidad —dijo mirando el monolito.

Alzó el báculo y lo golpeó contra el suelo. Su ayudante captó el gesto e interactuó con el monolito. Se produjo un potente destello dorado y de la base del monolito partió un haz de luz plateada que barrió a Marcus de pies a cabeza. A Kyra se le puso la carne de gallina. Miró a Marcus y lo vio con las manos sujetándose el pecho donde un delator resplandor blanquecino brillaba con intensidad. Su arrugado rostro estaba sumido en la desesperanza y el miedo.

—¿Es él? —preguntó Adamis a Notaplo.

—Sí, mi Príncipe. Es él. Lo habéis encontrado. Una anomalía extraordinaria.

Kyra contempló al pobre esclavo sin comprender. ¿Por qué era una anomalía extraordinaria?

—No temas, Marcus. Nada malo te va a suceder. Llevo mucho tiempo buscando una anomalía tan extraordinaria como lo eres tú. No permitiré que nada te suceda. ¡Debo estudiarte, experimentar, aprender! ¡Las posibilidades son increíbles! —dijo muy exaltado.

Aquello sorprendió a Kyra que torció el gesto.

—Muéstramelo —pidió Notaplo.

Marcus lo miró con un miedo terrible en los ojos.

—Yo... no... —balbuceó negando con la cabeza.

De inmediato Rotec desenvainó y dio un paso al frente.

—Te han dado una orden, esclavo —dijo con un tono tan intimidador que la propia cámara pareció empequeñecerse.

Marcus comenzó a sollozar, aterrado.

—*Calma. Nada tienes qué temer. Sólo muéstramelo* —dijo el Erudito con voz amistosa.

Temblando, Marcus cayó al suelo de rodillas.

—Yo... nunca... no sé... —balbuceó el longevo esclavo.

—*No te preocupes, sé que no lo entiendes, y te aseguro que no eres culpable de ser quien eres. De ser lo que eres.*

Se hizo un silencio y Marcus dejó de sollozar. Mirando a Notaplo alzó la mano y le mostró la palma. El esclavo cerró los ojos y pareció concentrarse. Todos lo observaban en medio de un silencio tenso. De súbito, Marcus abrió los ojos y en su palma apareció una llama ardiendo.

Kyra se quedó boquiabierta. ¡El esclavo había usado el Poder!

Rotec quedó rígido donde estaba.

—*No puede ser, ¿qué ultraje es este?* —dijo completamente perplejo.

Notaplo miró a Adamis.

—*¡Lo encontramos, mi señor Príncipe!*

Adamis asintió y sonrió.

—*¡Por fin, una anomalía extraordinaria! ¿Un híbrido con Poder!* —exclamó Notaplo fuera de sí.

Marcus cerró la mano y la llama se extinguió.

—*Este es un momento crucial para mis estudios. Por fin podré descubrir aquello que no he podido encontrar en Arga, el componente clave que pueda ser transferido a los nuestros. No sólo el paso del tiempo se ha ralentizado en Marcus, sino que posee el Poder. Lo cual valida el supuesto, son compatibles, la ralentización natural y la coexistencia con el Poder. Estamos muy cerca de un descubrimiento sin parangón, muy cerca de un paso gigantesco para nuestra civilización. ¡He de continuar de inmediato con la investigación, conseguiré que no envejecamos, lo lograré! ¡Seremos una civilización inmortal!*

Kyra comprendió la enorme trascendencia de lo que tanto había exaltado al erudito. Pero si lo lograba, toda la humanidad estaría

condenada. Los Dioses serían prácticamente inmortales con su enorme Poder y longevidad. Los hombres estarían acabados. No habría esperanza.

—*¡Vamos, debemos continuar!* —dijo Notaplo, que con paso acelerado se acercó a examinar las cápsulas.

Con ayuda de sus discípulos las calibraron, accionando palancas y activando runas de Poder que escapaban al entendimiento de Kyra. Al finalizar de preparar los contenedores se dirigieron al monolito. Uno de los ayudantes sujetó el báculo de Notaplo y este situó ambas manos sobre la pulida superficie transparente. Dos círculos dorados las rodearon girando sobre ellas.

El Erudito cerró los ojos y comenzó a interactuar con el poderoso objeto de conocimiento. Un zumbido llegó hasta los oídos de Kyra, provocando en ella un súbito mareo. Destellos dorados partieron del monolito desde diferentes alturas e intervalos esporádicos como si bailaran al son de una desconocida melodía. Runas incomprensibles se deslizaban por las cuatro superficies cristalinas del místico objeto: desde la parte superior en dirección a la base para desaparecer y ser reemplazadas por otras que se movían en dirección opuesta.

Kyra observaba aquel increíble espectáculo fascinada y cada vez más preocupada. Cuanto más descubría de aquellos seres, más poderosos e inteligentes los encontraba. Constituía un muy mal presagio. Lograr escapar con vida de aquel universo se le antojaba cada vez más inverosímil, prácticamente imposible.

Notaplo hizo un gesto con el báculo y de inmediato introdujeron a Marcus en la cápsula central y cerraron la cubierta. Luego el Erudito miró a Arga, que asintió. Acompañada por uno de los estudiosos, Arga entró en la cápsula más a la izquierda. Parecía tranquila, con semblante sosegado, incluso cuando cerraron la cubierta cristalina y quedó encerrada. El estudioso se acercó hasta Kyra y le hizo un gesto para que fuera hacia la cápsula a la derecha. Kyra dudó. Con inquietud galopante lanzó una fugaz mirada a Adamis. El Dios-Príncipe hizo un levísimo gesto de asentimiento.

—*Lo que vas a vivir, niña, te resultará desagradable. Es muy posible que tenga en tu persona un impacto negativo... difícil de borrar...* — advirtió Notaplo a Kyra.

—No te preocupes por mí. Lo soportaré —dijo Kyra, aunque en su estómago la duda le provocó un malestar cercano al vómito.

Notaplo asintió.

—*Está bien, fierecilla.*

Kyra respiró profundamente, se armó de valor y entró en la cápsula.

Los tres ayudantes de Notaplo se situaron cada uno junto a una de las cápsulas. Manipularon los controles y el interior comenzó a llenarse de una sustancia etérea, como si de una singular neblina se tratara pero en lugar de húmeda era seca, rasposa. Kyra comenzó a sentirse angustiada y el temor trepó por su pecho con garras afiladas. De súbito sintió un pinchazo en ambos hombros. Giró la cabeza y contempló con horror dos varillas plateadas clavadas en su carne. Intentó liberarse cuando se percató de que tenía el cuerpo completamente paralizado de cuello para abajo. Quiso gritar de pánico cuando a través del cristal vio a Notaplo y Adamis observándola. «¡No os daré esa satisfacción! ¡No gritaré!».

Una nueva sustancia de color rojizo comenzó a llenar la cápsula y Kyra intentó calmar la ansiedad y angustia que padecía. Frente a su cápsula observó un tubo de color negro que avanzaba hasta el monolito. Giró la cabeza y pudo distinguir parte de otros dos tubos idénticos pertenecientes a las otras dos cápsulas. Comenzó a sentirse débil. Una luz le recorrió el cuerpo de pies a cabeza y nuevamente en sentido inverso, como analizando su cuerpo. Escuchó un sonido hueco a sus pies y de pronto, como succionada, toda la sustancia etérea que la envolvía salió por el tubo y se dirigió al monolito. Las varillas desaparecieron y un ribete de sangre resbaló por sus brazos. La cubierta de la cápsula se abrió con un sonido de vacío.

Kyra contempló el monolito. El objeto comenzó a parpadear mostrando runas extrañas hasta finalmente revelar una en forma circular con un punto en el centro. Al cabo de un instante se abrió la cubierta de Arda. El monolito volvió a manifestar runas, sin embargo, la runa resultante fue una de aspecto rectangular con un aspa en el centro. Kyra sacó la cabeza y contempló la cápsula de Marcus. Esperó a que ésta se abriera y observó el monolito, el posible resultado la intrigaba, y mucho. El objeto místico se pronunció para Marcus: runa circular con un punto en

el centro. Kyra sintió un escalofrío y se quedó rígida. «Esto no puede ser nada bueno» pensó negando con la cabeza.

—*Ayudadlos* —dijo Notaplo, y de inmediato fueron asistidos por los estudiosos.

Los tumbaron sobre unas mesas que emitían un agradable calor y Kyra sintió como la reconfortaba. Dejó que la sensación la embargara y recuperó fuerzas. Se sintió tan bien, tan a gusto que la somnolencia se apoderó de su mente. Pero se resistió. «No, no voy a dormir, quiero saber qué significa esto». Se alzó y quedó sentada sobre la mesa con los pies colgando.

—*Descansa, niña, lo necesitas* —le dijo Notaplo.

—Ya descansaré. ¿Qué significa ese experimento? ¿Por qué a Marcus y a mí nos ha salido la misma runa?

—*Haz caso a Notaplo, necesitas descansar* —insistió Adamis.

—Contestadme y descansaré.

Notaplo sacudió la cabeza.

—*Está bien, te lo diré. La razón por la cual habéis sido catalogados con la misma runa es una que escapa al entendimiento al tiempo que es extremadamente importante. De hecho, las repercusiones son enormes. Marcus y tú sois el mismo tipo de híbrido.*

Kyra se quedó petrificada por la sorpresa. Su mente no podía entender a qué se refería. ¡Ella no era ningún híbrido!

—Eso es totalmente imposible, yo no puedo ser como él.

Adamis se adelantó con semblante contrariado.

—*¿Estás seguro, Notaplo?* —preguntó el Dios-Príncipe.

—*Lo estoy. No puede haber otra explicación, los resultados del análisis así lo indican.*

—*¿Puede estar relacionado con que sea una Seleccionada?*

—*No lo sé, Alteza. Necesitaría estudiarla a fondo y durante un largo periodo de tiempo, no puedo aventurar una razón sin un concienzudo estudio previo.*

—*Eso no puede ser, lo sabes, su destino está escrito.*

—*Interferir con una Seleccionada se castiga con la muerte* —advirtió Rotec.

—¿Cuál es mi destino? ¿Qué va a suceder conmigo? —preguntó Kyra mirando a los tres Dioses.

Adamis suspiró profundamente y sus ojos se apagaron, mostrando tristeza. Kyra no lo esperaba y se asustó.

—*Tu destino... es...* —comenzó el Príncipe con voz compungida—, *en tres días, en el momento del Plenilunio, serás entregada para la Ceremonia de la Vivificación.*

Kyra le miró fijamente a los ojos.

—¿Sobreviviré?

Adamis desvió la mirada al suelo.

—*No, no sobrevivirás.*

—Despierta, Ikai.

La voz de Liriana le llegaba desde algún lugar recóndito y distante como una quimera, pero dolorosa.

—Vamos, despierta. Vuelve.

Sintió cómo lo zarandeaban pero por mucho que lo deseaba no podía regresar a los cálidos brazos de Liriana. Recordó la noche que compartieron y los sentimientos que en él nacieron. Deseaba volver con ella, verla, tocarla, besarla...

Y el rostro de Albana apareció de súbito colmando su mente.

Ikai abrió los ojos de par en par e incorporó medio cuerpo como un resorte.

—¡Albana! ¡Traición! —gritó sin saber donde estaba.

Unas manos le sujetaron por los hombros.

—Tranquilo, Ikai, estás conmigo, con Liriana.

Ikai miró en todas direcciones intentando situarse.

—¡Cuidado, Albana nos ha vendido!

El rostro de Liriana se apagó, su mirada se apartó a un lado y asintió lentamente.

—Lo sé, Ikai, estamos presos.

Ikai discernió la ventana con rejas, la pared de roca y la puerta de metal y lo comprendió. Sintió como si la angustia le horadara el pecho. ¡Preso! Liriana lo miró con sus ojos turquesa llenos de una profunda pena. Al contemplar el rostro de la valiente soldado, de una delicadeza notable y con aquellos grandes ojos, su alma comenzó a calmarse. Ikai estiró el brazo y le acarició el pelo, tan corto y fuerte que le arañaba los dedos. Ella

le sonrió levemente.

De pronto, Ikai noto un movimiento al fondo de la mazmorra, entre las sombras, y vio a un hombre. Ikai se incorporó, alerta y con los puños cerrados.

—Es Maruk, está con nosotros, tranquilo —le dijo Liriana.

—Yo no le conozco.

—Es a quien he venido a buscar.

Ikai miró a Liriana, luego al joven que se había puesto de pie. La luz de la luna llena entró por la ventana y bañó a Maruk. Ikai se percató de que bajo la mugre había un joven atractivo de ojos verdes. Sintió algo extraño en su interior, algo que nunca antes había experimentado. No deseaba que aquel hombre estuviera allí, deseaba que desapareciera de inmediato y su ánimo se ensombreció. Sentía rabia.

—Entiendo —dijo casi como un gruñido.

—Él está conmigo —dijo Liriana con dulzura y dedicando a Maruk una sonrisa tierna que Ikai comprendió se refería a todos los sentidos.

Apretó la mandíbula. Aquello no le gustó, no le gustó lo más mínimo. Sin embargo, nada podía hacer, por mucha rabia que sintiera. Era elección de Liriana, así que debía calmarse. Respiró profundamente y exhaló de forma pronunciada dos veces. Se sintió algo mejor, aunque no mucho. Se percató de que Liriana tenía el brazo derecho vendado.

—¿Te han herido? —preguntó preocupado.

—Ya está mejor. Me han sanado antes de encerrarnos aquí. Sólo tiene que cicatrizar. Por alguna razón nos quieren con vida.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo hemos llegado a esta celda? ¿Dónde estamos?

—Será mejor que te cuente lo que ha sucedido. Llevas horas inconsciente.

Liriana narró a Ikai todo lo acontecido sin dejar pasar un detalle.

Mientras escuchaba a Liriana, Ikai no podía sino sentirse doblemente traicionado, pero tenía que calmarse y centrarse en lo que realmente importaba: escapar de allí y salvar a Kyra. Seguía vivo y mientras hubiera

vida había esperanza. Era una locura enfrentarse a los Dioses y lo sabía, pero lo haría si debía hacerlo.

Liriana finalizó el relato y observó la reacción de Ikai.

—Nunca me fié de ella, no era trigo limpio —dijo Ikai—. Si alguna vez vuelve a cruzarse en mi camino la mataré sin intercambiar una palabra.

—Albana nos engañó a los dos. Todavía no puedo creer que trabajaré para el Dios-Príncipe, la tenía por una compañera, una amiga... Liriana se acojonó.

Ikai observó su Argolla.

—¿Puede de verdad liberarme? —preguntó con un gesto hacia Maruk.

Liriana asintió.

—Sí, por eso lo buscan los Dioses.

Ikai se giró hacia Maruk.

—¿Puedes liberarnos a todos, a todos los Senoca?

Maruk suspiró.

—Sí, he descubierto como hacerlo. Sólo lo he conseguido con unos pocos, no siempre funciona y se requiere de mucho tiempo. La verdad es que no es nada fácil, pero poder, podría hacerse.

—¿Entiendes ahora la importancia, Ikai? —interrumpió Liriana— ¡Maruk es la clave para liberarnos a todos! ¡Para que los Senoca puedan volver a ser libres!

—Aunque nos quite la Argolla no seremos libres, no podremos escapar del linde.

Maruk sonrió tenuemente.

—No es que pueda liberarnos de las Argollas —dijo mirando la suya—, es que puedo manipularlas. Todos podremos cruzar el linde y huir, las Argollas dejarán de funcionar correctamente.

Ikai lo miró atónito.

—Será mejor que no me mientas —amenazó Ikai con mirada fiera,

no volvería a ser engañado.

Maruk le devolvió una mirada calma.

—No te miento. Hay gente que ha logrado huir, que ha cruzado el Confín con Argollas manipuladas. Tú eres un Cazador, lo sabes...

Ikai recordó el día que fue herido por la bestia fuera del Confín y el grupo que había logrado cruzar.

—¿Entiendes ahora lo crucial que es Maruk para la causa? ¿Lo importante que es para Gedrel?

Ikai asintió lentamente.

—Si nos libera de las Argollas habrá esperanza. Los Senoca podrán escapar el yugo de los Dioses, podrán volver a casa, a la Madre Mar. Será un nuevo comienzo para nuestro pueblo.

—Los Dioses no lo permitirían, os perseguirían hasta daros muerte.

—Ese problema ya lo afrontaremos cuando llegue. Debemos salvar a Maruk, llevarlo de vuelta con los nuestros. Gedrel lo espera. Tiene grandes planes.

—Yo estoy aquí por mi hermana, no por él, no por vuestra revuelta.

—Sí, pero ahora estamos juntos en esta mazmorra y los tres tenemos un mismo objetivo, salir de aquí.

Ikai se acercó hasta la ventana y contempló la luna; aquella noche se completaría el plenilunio. El color del astro iba tornándose rojizo.

—Tendremos Luna Roja —señaló.

—Mal presagio —dijo Maruk, sacudiendo la cabeza. Icai observó que su rival tenía una voz suave, casi melódica.

—Yo no creo en esas cosas, no son más que supersticiones —dijo Icai.

—Las antiguas creencias dicen que Girlai, el Padre Luna, cuando ya no puede más por el distanciamiento, se vuelve rojo de ira por no poder estar con su amada la Madre Mar —explicó Liriana.

—Muchas y poderosas son las creencias antiguas de nuestro pueblo —dijo Maruk.

—Mi única creencia es que hay que salir de aquí antes de que nos maten. Concentrémonos en eso.

Ikai estudió la celda. Había decidido ayudar Liriana y le había conducido a aquella situación crítica. No la culpaba, la decisión había sido suya y tendría que sufrir las consecuencias de sus actos. Si ya antes rescatar a Kyra era un imposible, ahora, allí encerrado, se le antojaba un suicidio.

«No me daré por vencido por imposible que parezca. Seguiré adelante hasta que lo logre o muera».

Albana llegó a la Torre Negra. Saludó a los guardias inclinando la cabeza y les mostró el disco que llevaba en una cadena al cuello.

—¿Eres una Sombra?

Albana asintió.

—El Maestro Oskas me espera.

Al escuchar el nombre del Maestro Espía el Siervo de los Dioses se tensó.

—Puedes pasar.

Albana entró en la torre. A ojos de todos no era más que otra sirvienta. Iba vestida como una esclava del Segundo Anillo y su Argolla era la de una campesina. Nada la distinguía de cualquier otro esclavo, nada a excepción del disco que colgaba de su cuello. La discreción y la habilidad para fundirse entre los esclavos era esencial en su labor.

Subió a la carrera por las escaleras de caracol hasta llegar a la cima. La torre de Oskas, el Maestro-Espía de Lord Asu se alzaba a la espalda del gran palacio como una chimenea de negra roca donde se purgaban los despiadados planes del Príncipe-Dios del fuego.

El ánimo de Albana era tan lúgubre como el lugar al que entraba. La traición que había tenido que cometer le corroía las entrañas y sentía

como si un puño de acero le estrujara el alma. «Sabías que llegaría el momento tarde o temprano. Siempre lo supiste» se recordó. Y lo sabía, pero en su interior había deseado que no sucediera, al menos no de la forma en la que lo había hecho. «Sabía que tendría que entregar a Maruk, pero esperaba que Liriana se salvase, aunque las posibilidades siempre hubieran sido remotas». Con lo que no contaba, y lo que había terminado de enfurecerla, había sido con la intervención de Ikai.

Suspiró. Ahora no sólo tendría la muerte de Maruk y Liriana sobre su conciencia, sino también la de Ikai. Los dos primeros se habían ganado su fatal destino a pulso. «Aquel que osa desafiar a los Dioses, sólo la muerte encuentra como recompensa. Una muerte bañada en sufrimiento». Pero Ikai no merecía morir así. Él no había desafiado a los Dioses, únicamente quería salvar a su hermana. Aún así, venir a la Ciudad Eterna era un suicidio y desde el primer minuto el Cazador sabía que estaba condenado a fracasar y morir. «Ellos se la han jugado, y han perdido. Así es la partida de la vida» se dijo intentando acallar la voz en su interior que con ácido en la lengua le recordaba que había traicionado a sus amigos.

«Yo no tengo amigos, soy una superviviente y los supervivientes no pueden permitirse ese lujo».

Entró en la cámara que tan bien conocía, donde había pasado incontables horas en los últimos años, siendo formada como espía al servicio de Oskas. Dentro del círculo de sufrimiento, su Maestro y señor estaba practicando la lucha desarmada con cuatro de sus discípulos. Albana reconoció a Lisnan por su piel rojiza inconfundible en el momento en que soltaba una patada a medio vuelo buscando la cabeza de su señor. Oskas desvió la pierna con el antebrazo y estrelló su puño en el abdomen de Lisnan que salió rechazado por el aire fuera del círculo de lucha. Quedó tendido sin poder respirar.

Albana observó a su Maestro. Siempre le impresionaba sobremanera su imponente físico y la capacidad para la lucha que poseía. Era tan alto como un Dios-Guerrero, si bien Oskas era meramente un híbrido nacido en la Ciudad Eterna al igual que lo era ella, al igual que lo eran los cuatro discípulos. Pero había algo más en su señor, había evolucionado, y se había convertido en alguien más, algo más siniestro y poderoso. Y ambos, su señor y ella, guardaban un secreto, uno de vital importancia: ellos dos, a diferencia del resto de los híbridos, eran *especiales*, una rareza singular

que muy excepcionalmente se daba, y de la que sólo un puñado de casos se sabía. Esa era la razón por la cual Oskas la había buscado y reclutado. Ella y su Maestro eran diferentes al resto de los híbridos, pues ambos poseían algo muy peligroso, poseían Poder, el Poder de los Dioses. Este secreto no podían revelar pues era algo que les conduciría a la muerte. Las Casas no aceptarían semejante aberración, y si alguna lo hiciera sería con el fin de experimentar. Eso era precisamente lo que Albana sospechaba le había sucedido a su señor. Moltus, aquel Erudito loco, había experimentado con Oskas convirtiéndolo en el engendro, mitad híbrido y mitad siervo que ahora era. Por la gracia del Padre Luna, aquello no le había sucedido a ella y haría todo lo que estuviera en su mano para que no ocurriera.

Oskas se giró con la velocidad y agilidad de una pantera negra para bloquear el ataque de Olsof, el híbrido del norte, rubio y tan pálido como la nieve. El cuerpo de Oskas reaccionó. Los anchos hombros se cuadraron, la estrecha cintura giró y dos trabajados brazos golpearon con precisión y dureza el rostro de Olsof. El Maestro vestía un peto reforzado y pantalones negros. Los brazos al descubierto mostraban un color ocre y las venas hinchadas, similares a la de los siervos aunque diferentes. El ocre era rojizo así como el color de la sangre que corría por sus venas. «Todavía es humano» se recordó Albana. No sabía lo que los Dioses habían hecho a su señor tiempo atrás, antes de que la seleccionara para entrar a su servicio, pero parecía tener un pie en el mundo de los siervos y otro en el de los humanos. De lo que estaba segura era que el proceso debió suponer un inmenso sufrimiento, sólo el contemplarlo ya producía dolor.

Con movimientos rozando la perfección en su ejecución, Oskas infligió severo dolor y derrota a sus pupilos. Los cuatro terminaron fuera del círculo, incapaces de continuar, con sus cuerpos derrotados. Con gran esfuerzo, intentaron reponerse y se sentaron de rodillas reposando las manos sobre los muslos y contemplando cabizbajos al Maestro.

—Bienvenida, joven Sombra —saludó Oskas desde el centro del círculo con las manos a la espalda. La voz sonaba tan gastada como siempre bajo el Yelmo del Olvido.

—Maestro —saludó Albana inclinándose con gran respeto.

—Entra en el círculo, acércate.

Albana obedeció como siempre hacía ante cualquier petición de su Maestro, sin dubitación alguna.

—Nuestro poderoso señor Lord Asu, en persona, me ha felicitado por el éxito de la misión. Eso es algo que muy rara vez sucede.

—El Lord me honra.

—Tú nos honras a los Sombra con tu buen hacer.

—Gracias, Maestro, vivo para servirlos.

Albana volvió a inclinarse ante su señor y contempló el Yelmo del Olvido que Oskas siempre portaba cubriéndole toda la cabeza. La parte posterior del yelmo era negra como la noche y la frontal un espejo ovalado cubriendo el rostro. Un espejo en que al mirarse tragaba el alma y ninguna imagen devolvía reflejada. Albana siempre sentía un escalofrío recorrerle la espalda cuando se miraba en el rostro de su señor. Y aquel día no fue diferente.

—Siempre has sido una alumna aventajada. Si alguien podía llevar a cabo la misión con garantías, esa eras tú.

—Nestas es mejor luchador que yo, siempre me vence —dijo Albana mirando al discípulo de piel de ébano.

—Nestas es más fuerte y mejor en el arte del combate que tú, cierto es, pero no olvides que el arma más poderosa de la que disponemos los Sombra no es el cuerpo, sino la mente. En eso, tu eres muy superior a ellos —dijo señalando a sus cuatro compañeros.

Albana se inclinó en silencio.

—El éxito de tu misión es una buena prueba de ello. Hemos conseguido el favor de nuestro señor, Lord Asu, y eso es algo difícil de conseguir. Sus deseos son siempre de una exigencia máxima y muy pocos lo pueden contentar. Su ira, por otro lado, se enciende con facilidad, y no conoce piedad... —Oskas hizo un gesto con la mano y los discípulos se pusieron en pie.

Albana se irguió.

—¿Quiénes sois? —preguntó el Maestro a sus pupilos.

—¡Los Sombra! —respondieron al unísono.

—¿A quién debéis lealtad?

—¡Al Maestro Oskas!

—¿A quién servimos?

—¡A la Casa de Aureb!

—Recordad siempre que a ojos de los Dioses los Sombra no somos más que esclavos. No lo olvidéis nunca, mis pupilos. Los Siervos no se interpondrán en nuestro camino pues para sus amos trabajamos y así lo tienen marcado, pero de los Dioses guardaos bien o vuestras vidas se consumirán en un chasquido.

—¡Sí, Maestro! —convinieron los cinco pupilos.

Albana captó la velada advertencia.

«Mi petición a Lord Asu...».

Oskas refulgió emanando negrura y una sombra lo devoró haciendo que desapareciera.

Albana pestañeó sorprendida.

En lo que duró el parpadeo, la sombra se desplazó y apareció ante ella, recorriendo el espacio que los separaba. El brazo de Oskas surgió de la bruma, agarró del cuello a Albana y la levantó del suelo, como si fuera un muñeco de trapo. El resto del poderoso cuerpo ocre-rojizo de Oskas surgió de la sombra y esta se desvaneció.

—Una esclava nada puede pedir a su señor, a mí —dijo Oskas su tono severo—. Mucho menos al Dios que su señor sirve. Es un ultraje impensable, algo que merece ser castigado con la muerte.

—Lo lamento, Maestro... —balbuceó Albana falta de aire.

—Has puesto en peligro no sólo tu vida, sino la mía, la de todos —dijo señalando con la mano a los otros cuatro pupilos.

—Sólo quería... —consiguió farfullar pero ya no le quedaba aire.

—Nada importa lo que quisieras, nada. Nosotros servimos a los Dioses, esa es nuestra razón de ser, nuestra razón para subsistir. Cumplimos sus deseos, nada cuestionamos y nada pedimos a cambio más que poder vivir un día más al servicio de nuestros amos.

Albana bajó la cabeza, incapaz de respirar, se ahogaba. Pataleó instintivamente al aire pero Oskas no disminuyó la presión sobre su cuello y la mantuvo alzada dos palmos por encima del suelo.

—Asiente si entiendes esta lección de vida, joven Sombra.

Albana, a punto de perder el sentido por la asfixia, asintió como pudo.

El Maestro espía la soltó y Albana cayó al suelo. Intentó respirar y un ataque de espasmo la sobrecogió.

Ignorando a Albana Oskas se dirigió a sus pupilos.

—No debéis olvidar nunca que las Sombras no somos los únicos agentes sirviendo a los Dioses. Las cinco Casas disponen de espías: entre los esclavos, entre los Siervos, incluso entre los propios Dioses. Mucho hay en juego, y muy altos son los riesgos en el juego de poder en la Ciudad Eterna. Esta noche, a medianoche, se completará el plenilunio. La Ceremonia de la Vivificación tendrá lugar en el gran templo y los Dioses más poderosos de las cinco Casas estarán presentes. Volved a la noche, fundíos en las sombras y convertíos en mis ojos y oídos. Es una noche de gran importancia, el poder de las Casas puede desequilibrarse. Lord Asu nos encomienda estar alerta e informar de cualquier movimiento de poder sospechoso de sus rivales.

—Sí, Maestro —dijeron los cuatro pupilos al unísono, y tras un solemne saludo abandonaron la sala.

Albana, en el suelo, sin poder recuperarse, intentaba que el aire llegara a sus pulmones con normalidad.

—¿Cuál es la primera ley de las Sombras? —le preguntó Oskas con voz gastada resonando bajo el yelmo siniestro.

—Servimos a la Casa de Aureb.

—¿Cuál es la segunda ley?

—Servimos en secreto.

—¿Cuál es la tercera ley?

—El pasado no existe.

Oskas asintió lentamente.

—Recuerda bien las leyes de las Sombras o no vivirás para ver otra luna llena.

—Lo... lo haré, Maestro.

Oskas introdujo la mano bajo su peto y obtuvo un disco con una gran pepita dorada en el centro. Lo sujetó en su mano enguantada y se lo mostró a Albana. Pronunció unas palabras y el disco se elevó sobre su palma abierta.

—Contempla y aprende, joven Sombra, que esta lección quede bien grabada en tu memoria.

El disco comenzó a rotar y emitió un haz de luz. Frente a Albana se proyectó una escena. Albana reconoció a Lord Asu y junto a él a Moltus, su viejo Erudito. Albana sintió un escalofrío al ver al loco científico y se estremeció.

—Por fin ya está en mis manos el esclavo que ha conseguido neutralizar las Argollas. Llevo tiempo buscándolo y la paciencia no es precisamente una de mis mayores virtudes.

—Las voces dicen que es muy improbable que un esclavo pueda hacer tal cosa.

—¡Tú y tus malditas voces! Por eso precisamente lo he capturado, quiero averiguar si es en realidad posible.

—Dejádmelo a mí, yo me encargaré de averiguarlo, mi Lord, no os preocupéis —dijo Moltus con una risita sarcástica.

—Ten cuidado con tus malditos experimentos. No quiero que muera hasta saber si es cierto o no. Donde hay uno habrá más, tengo que saber si realmente es capaz de hacerlo. Mis otros Eruditos dicen que no es posible que un esclavo lo haya logrado.

—Habéis acudido al Erudito adecuado, lo sabréis mi Lord, lo sabréis con absoluta certeza antes de que muera, dejadlo en mis manos.

—Encárgate de ello esta misma noche mientras se celebra la Ceremonia de la Vivificación. Hoy es un día de gran importancia. Un ciclo se cierra y otro comienza. Comencemos con buenas nuevas.

—Por supuesto, mi señor.

—¡Y por el fuego de los cielos! Que los gritos del esclavo no lleguen hasta el gran templo.

Moltus dejó salir una risita entrecortada.

—Por supuesto, mi señor.

—Te lo traerán al filo de la media noche.

—Las voces quieren saber si debemos investigar la recompensa de la espía.

—¿La recompensa?

—La espía rogó a mi señor salvar la vida de su madre enferma si conseguía cumplir la misión. Mi señor aceptó el trato...

Lord Asu soltó una risotada cruel.

—¿Salvar la vida de una vieja esclava? Lo que debería hacer es tirarla al pozo de magma. Oskas tendrá que responder ante mí por la insolencia de su espía. Si no sabe cómo controlar su redil yo le enseñaré a hacerlo.

Una bola de fuego surgió la mano del Dios y la lanzó con furia contra uno de los dos sirvientes de cámara. El esclavo murió entre gritos agónicos, su cuerpo consumido por las llamas.

—¿Una sucia esclava osa proponerme un trato a mí? ¿A un Dios? ¿A mí? Tiene suerte de que la enfermedad vaya a matar a su madre, porque de lo contrario la mataría yo mismo. Si la sucia espía vuelve a osar dirigirme la palabra, la calcinaré.

Moltus contempló la escena impasible.

—Gran paciencia la vuestra, mi señor.

—Si de mí dependiera mataría a todos los ancianos y enfermos. Somos demasiado benevolentes con esas cucarachas. Por desgracia el Consejo no lo aprueba, según los Cinco sería contraproducente y un golpe a la economía. Pero llegará el día en que no tendré que acatar las leyes del Consejo y los Cinco se arrodillarán ante mí. Cuando ese día llegue, nada salvará a los esclavos, haré con ellos lo que bien me venga en gana.

Moltus río entre dientes.

— Llegará, mi Lord, y pronto, me lo dicen las voces.

— Sigue con los experimentos y recuerda lo que te he dicho, viejo chiflado.

— No temáis, mi Lord, se hará como habéis ordenado.

El disco dejó de girar en la mano de Oskas y la imagen desapareció. Y con ella desapareció la esperanza del corazón de Albana. Su madre se moría y sin la intervención de los Dioses, no sobreviviría. Le quedaba muy poco tiempo, su vida se agotaba consumida por la enfermedad. El dolor que sentía en el pecho era tan agudo que pensó le sacaban el corazón con tenazas ardientes.

— Servir a los Dioses o morir, joven Sombra. No hay otro camino, no hay otra recompensa. Conservas la vida, a nada más puedes aspirar.

— ¿Por qué me mostráis esto, mi señor?

— Mis razones, más son, no necesitas conocerlas.

Albana bajó la cabeza.

— No debiste acudir a Lord Asu, no debiste creer que no lo averiguaría. Yo soy Oskas, Maestro-Espía, líder de las Sombras, todo cuanto a mi alrededor sucede, yo conozco. No vuelvas a olvidarlo, o es tu vida.

Albana asintió lentamente, derrotada.

— Marcha ahora antes de que me arrepienta y acabe con tu existencia.

Sin esperanzas, vencida, abandonó la Torre Negra y fundiéndose con la noche llegó hasta la séptima catacumba, donde tenían a su madre moribunda. Albana se identificó ante el Custodio que le dio el alto en la puerta y la dejó entrar. Pasó entre los esclavos hasta llegar al fondo donde el Capataz Gosner, sentado frente al fuego, la saludó con una mirada de preocupación honda y un breve gesto de reconocimiento.

— Bienvenida —le saludó el Capataz.

— ¿Cómo está?

Gosner negó con la cabeza.

—He hecho cuanto he podido por ella, como me pediste, pero ha empeorado mucho estos últimos días. No creo que sobreviva a esta noche. Ha estado preguntando por ti.

Albana recibió las malas como si le rociaran el cuerpo con agua hirviendo.

—En verdad lo lamento. Nabala es una gran mujer. Muy querida en este lugar donde el amor de la Madre Mar y el Padre Luna no llegan.

Albana tragó saliva con dificultad, reprimió las lágrimas que ya humedecían sus ojos e hizo de tripas corazón.

Asintió al Capataz.

—Gracias, Gosner. No lo olvidaré.

El Capataz asintió y le indicó con la mano que pasara a ver a su madre. Albana se arrodilló junto a ella y dedicó una sonrisa de gratitud a la mujer que la atendía. Esta asintió y se retiró en silencio.

—Madre, soy yo, Albana.

Nabala abrió unos ojos febriles y miró a Albana sin reconocerla. Su aspecto era terrible. Estaba totalmente demacrada, su piel mostraba las manchas negras de la enfermedad, los ojos los tenía de un amarillo intenso, la comisura de los labios estaba manchada de sangre. A Albana el corazón le cayó al suelo.

—Madre, soy yo, tu pequeña, Albana —le dijo acariciando con dulzura su frente que ardía como los fuegos de un incendio.

—¿Al... bana...?

—Sí, madre, soy yo —le dijo Albana cogiendo su mano temblorosa entre las suyas.

—Mi Albana preciosa —dijo Nabala con un brillo de reconocimiento en los ojos.

Albana no pudo contener las lágrimas de desconsuelo que cayeron por sus mejillas.

—No llores, mi pequeña. Tú siempre has cuidado de nosotras, siempre. Pero mi hora ha llegado.

—No, madre, aguanta, encontraré la forma.

Nabala sonrió con ojos húmedos.

—Siempre lo has hecho. Una madre no podría estar más orgullosa.

—No me dejes, madre, aún no.

Nabala comenzó a toser y Albana le puso en la mano el pañuelo ensangrentado. Tosió sangre entre convulsiones y dolor. El sufrimiento que su madre padecía partía el alma de Albana. La había visto sufrir mucho a lo largo de toda su vida, desde que la había traído al mundo allí, en aquella ciudad maldita, siendo como era la hija bastarda de un Dios libertino y viviendo una vida que las condenó a las dos a una muerte de la que escaparon milagrosamente por la gracia de la Madre Mar. Tanto sufrimiento para ahora, al final, terminar así, aquello le parecía de una crueldad insoportable.

La tos paró y Nabala acarició la mejilla de su hija.

—Ya viene la Madre Mar a llevarme a su seno.

—No, madre, no te vayas.

—Eres mi orgullo, la mejor hija que una madre haya podido tener. Quiero que lo sepas. Nada en esta vida me ha dado alegrías, sólo tú, mi pequeña.

Las lágrimas rompieron como el dique que cede ante la presión del agua.

Nabala convulsionó una última vez y departió.

Albana situó la mejilla sobre el pecho de su madre y lloró amarga y desconsoladamente. Finalmente, cuando ya no le quedaron lágrimas y el dolor insufrible se transformó en ira incontenible, se levantó. Alzó el puño y lo cerró con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos. Su alma clamaba venganza, su dolor era inconmensurable.

«¡Juro ante el cuerpo sin vida de mi madre que vengaré su muerte! ¡La vengaré aunque sea lo último que haga!».

La luna estaba a punto de completar su fase y volverse plena. Pero aquella noche no sólo sería plena sino que se volvería carmesí pues era cambio de ciclo para los Dioses. Faltaba una hora para la medianoche cuando los dos Custodios abrieron la puerta de la mazmorra. Entraron con pasos decididos mientras los tres prisioneros retrocedían hasta topar con la pared a su espalda. Los Custodios no llevaban lanza ni escudo, únicamente espada corta a su cintura.

Liriana gritó al ver que uno de ellos sujetaba a Maruk de las muñecas con intención de llevárselo.

—¡No, dejadlo! —gritó e intentó liberar a Maruk.

—No, Liriana, deja que me lleven, no intervengas por favor —le pidió Maruk con preocupación en la voz.

Ikai ya había leído la intención de los dos Custodios al verlos sin su equipamiento.

—¿Qué hacéis? —preguntó intentando ganar tiempo para analizar la situación y buscar alguna salida.

—El esclavo Maruk ha sido llamado —dijo una voz cavernosa bajo el yelmo de aristas.

—¿Por qué? ¿A dónde lo lleváis? —preguntó Ikai interponiéndose en el paso del segundo Custodio.

Liriana tiraba con toda su fuerza del brazo del Custodio pero este era tan poderoso que los arrastraba a Maruk y a ella como peso muerto.

—¡Dejadlo! ¡Malditos! —gritaba Liriana.

—Suéltate, Liriana, por lo más sagrado —le rogaba Maruk.

El segundo Custodio fue a avanzar pero Ikai dio un paso lateral y se interpuso de nuevo.

—Ese prisionero es muy valioso, no deberíais lastimarlo —le dijo al Custodio.

—Quizás él lo sea, pero tú no —fue la respuesta del Custodio que soltó una acometida con el antebrazo al pecho de Ikai que le hizo volar

hasta golpear la pared de roca a su espalda.

Liriana se lanzó a los pies del Custodio que arrastraba a Maruk y se enroscó en ellos como una boa, apretando las extremidades con todas sus fuerzas. El Custodio trastabilló y tuvo que detenerse para no caer de espaldas.

—¡Quítamela! —le dijo a su compañero.

Ikai intentaba ponerse en pie cuando vio algo extraño tras los dos Custodios. Inicialmente pensó que era debido al fuerte golpe recibido pero había algo más, algo no natural. Una neblina negra entraba por la puerta abierta de la celda, como si tuviera vida, danzando insinuante y silenciosa tras el Custodio que lo había golpeado. Este se agachó y agarró a Liriana de los hombros. Iba a tirar de ella para liberar a su compañero cuando la neblina se arremolinó sobre su cuerpo. El Custodio se irguió de pronto y se quedó rígido, con la cabeza echada atrás y los brazos extendidos, mientras la neblina giraba a su alrededor.

—¿A qué esperas? —demandó el otro Custodio.

La sombra que el Custodio proyectaba contra la pared a su espalda se movió de súbito. De ella surgió Albana. Antes de que Ikai pudiera reaccionar, las dagas negras de Albana se dirigieron certeras a la corva del siervo. Ikai vio como realizaba cuatro cortes fulgurantes en los tendones tras la rodilla. Liriana vio las dagas pasar rozando sus brazos que aferraban las piernas del Custodio y miró a Albana con ojos desorbitados.

—¿Qué es esto? —gruñó el Custodio que intentó girarse para localizar a Albana a su espalda. Pero las rodillas le fallaron y se dobló hacia atrás. Albana rodó a un lado y el Custodio cayó como un tronco talado. Golpeó contra la pared de atrás con el yelmo, se escuchó un nauseabundo *crack* y su cuello se partió.

Maruk cayó de espaldas libre de las férreas manos del Siervo. Liriana, todavía enroscada a las piernas del Custodio, lo contempló un instante y se soltó como si estuviera abrazando ortigas.

Ikai se puso en pie y miró a Albana. La rabia comenzó a devorarle las entrañas al ver a la mujer que los había vendido. Con una agilidad magistral Albana se puso en pie tras el Custodio envuelto en la neblina.

Pasó sus dos dagas a una mano y con la otra desenvainó la espada del Siervo. Se la lanzó a Ikai.

—Mátalo —le dijo.

Ikai cazó la espada al vuelo. Contempló por un instante a Albana, sus negras dagas goteaban la espesa y oscura sangre del Custodio. Ikai deseaba atravesarla con la espada más que ninguna otra cosa en aquel momento.

—Cuello o ingle, de otra forma no conseguirás herirlo de muerte, son duros como una roca —le dijo Albana con una calma pasmosa.

Ikai inspiró profundamente. Su cabeza le decía que matara al Custodio, su corazón que matara a Albana. Dio un paso al frente y de una estocada atravesó el cuello del Custodio. Retiró la espada y volvió a repetir el golpe. La espesa sangre negruzca comenzó a bañar la coraza del Siervo.

Albana asintió y murmuró algo. La neblina se disipó lentamente hasta desaparecer y el cuerpo del Custodio se desplomó.

Ikai dio un paso al frente, ahora tenía la oportunidad de matarla.

Liriana se interpuso.

—¡Espera!

—No hay nada que esperar. Juré que si volvía a cruzar mi camino la mataría y es lo que pienso hacer.

—Pero nos ha salvado de los Siervos —dijo Liriana.

—La traición no se perdona.

—Estoy con Liriana —dijo Maruk poniéndose de pie—, nos ha salvado. Es más, si está aquí es para ayudarnos, ¿me equivoco?

Albana asintió.

—Es listo tu prometido.

Aquel comentario fue como echar leña al fuego que ardía dentro de Ikai, que alzó la espada.

—Si la matas no saldremos de aquí con vida —dijo Maruk apresuradamente—, la necesitamos para escapar de este lugar.

—Maruk tiene razón, Ikai, estamos perdiendo un tiempo precioso, debemos escapar antes de que nos descubran.

Ikai miró los negros ojos de Albana y con furia apretó el mango de la espada. Pero su mente racional se impuso. Tenían razón, la necesitaban para salir de allí. Matarla era una mala opción.

—Está bien, salgamos de aquí.

Albana se giró sin mediar ni una palabra y salió por la puerta. Liriana cogió la espada del otro Custodio y la siguió. Maruk le hizo un gesto de asentimiento a Ikai y siguió a Liriana. Por último, Ikai descargó un largo suspiro y los siguió.

Albana los condujo por un largo pasillo donde encontraron el cadáver de otro Custodio. Ikai se percató entonces de lo realmente letal y poderosa que era Albana. Poder matar a un Custodio resultaba casi impensable para alguien como él, alguien normal... «Pero ella no es normal, no es como nosotros. Hay algo antinatural en ella, algo que sólo puede venir de los Dioses. Lo que le he visto hacer no lo puede hacer un hombre, sólo un Dios». Por un momento se alegró de no haber intentado matarla aunque la rabia seguía quemando en su interior. Junto al Custodio muerto, en una mesa, encontró su daga de lanzar y la recogió.

Llegaron hasta unas escaleras de caracol. Tras cerciorarse de que no había nadie apostado, bajaron por ellas. Descendieron hasta el final de las escaleras que desembocaban en un luctuoso pasadizo. Se apresuraron por él, Ikai sentía una humedad latente, como si las paredes de roca lloraran. Llegaron hasta un cámara circular poco iluminada y Albana se detuvo en el centro. De la cámara partían cuatro túneles. Por lo que habían descendido y lo lúgubre del lugar, debían estar en lo más profundo de las mazmorras. Del este llegó el sonido de pasos, botas pisando firme contra el suelo. Ikai aguzó el oído. Contó cuatro Custodios. Intentó penetrar la oscuridad pero no pudo verlos.

—Rápido, por aquí —dijo Albana en un susurro urgente. Debía haberlos oído también.

Se escuchó un sonido metálico raspando sobre la roca.

Albana apartó la tapa de hierro y dejó al descubierto un pasadizo circular en el suelo.

—¡Vamos, saltad! ¡Ya vienen! —les urgió.

Maruk se dejó caer y Liriana lo siguió. Ikai miró el oscuro agujero y luego a Albana a los ojos.

—Más vale que no sea otra traición...

—¡Salta!

Ikai se dejó caer y se precipitó hasta golpear roca y agua. Rodó a un lado y se puso de pie. Estaban en un conducto enorme con agua hasta la cintura. Albana se tiró y con agilidad felina se puso en pie.

—Por ahí —indicó en dirección a la luz que les llegaba desde el este.

Avanzaron y se encontraron con que desembocaba en una pequeña catarata que daba a un estanque. La altura era considerable, más de cinco varas.

—Hay que saltar.

Todos se miraron indecisos.

Albana dio un paso al frente y se dejó caer. Desapareció sumergida en el estanque.

—Vamos —dijo Liriana.

Ella y Maruk saltaron a la vez. Ikai sacudió la cabeza y saltó encomendándose a la Madre Mar.

Escondidos tras unas estatuas, todavía mojados, los cuatro fugitivos contemplaban desde la distancia el desfile que estaba teniendo lugar en la avenida principal. La dulce melodía de flautas acompañadas de arpas sobre el rítmico golpeo de tamboriles amenizaba la noche. Ikai contó más de un centenar de Custodios formando a los lados de la gran avenida. Dioses en suntuosas galas desfilaban en parejas sobre carros tirados por corceles negros. Todo era exuberancia carmesí. Los Dioses de la Casa de Aureb, del Segundo Anillo, mostraban todo su esplendor. Grupos de esclavas lanzaban pétalos de flores al paso de sus amos. Los espectadores

del estelar espectáculo eran a su vez Dioses, lo cual dejó a Ikai confundido.

—¿Qué hacen? —preguntó Ikai en un murmullo.

—Los Dioses Nobles de cada Casa, los Lores, desfilan ante los Dioses de las castas inferiores de camino a la Gran Ceremonia de la Vivificación. Hoy es una gran noche para ellos, una festividad cíclica de gran importancia —explicó Albana.

—¿Por qué? —quiso saber Liriana.

—Hoy es el plenilunio, y es Luna Roja —dijo señalando la luna, que brillaba tan plena y con un color carmesí tan intenso que parecía que hubiera cogido fuego—. Hoy retornan los Cinco Reyes.

—No entiendo nada pero veo que la mayoría de los Custodios están aglomerados ahí —dijo Ikai.

—Y todos los Dioses. Ninguno se perderá esta celebración, es sagrada para ellos. El desfile parte de palacio y continuará hasta que alcancen el embarcadero real. Allí los Lores embarcarán al Anillo Central donde se celebra la ceremonia.

—Aprovechemos la circunstancia, robemos un barco y huyamos —dijo Maruk.

—Tengo un plan mejor —dijo Albana.

Con paso calmado y cabeza erguida, Albana avanzaba hacia el Custodio de Guardia frente al oscuro y singular edificio. A poca distancia, escondidos tras unos setos, Liriana, Maruk e Ikai observaban con el alma en vilo.

—¡Identifícate, esclava! —llegó el grave bramido del Custodio.

Albana se detuvo a dos pasos del Guardia y despacio obtuvo el disco que colgaba de su cuello. Se lo mostró al Custodio.

—Soy una Sombra al servicio de Oskas, Maestro-Espía de Lord Asu.

El Custodio observó el disco un instante, en silencio.

—Sombra eres —asintió—. Ahora continúa tu camino. Este lugar te está prohibido. Sólo los amos y los Ojo-de-Dios pueden acceder.

Ikai se tensó al escuchar aquello. El Custodio le negaba el paso.

Albana comenzó a girarse e Ikai observó que pronunciaba algo entre dientes. De súbito, volvió a encarar al Custodio y lo señaló. Desde la mano surgió aquella negrura antinatural.

—¿Qué haces? —gruñó el Custodio preparando su lanza.

La negrura le alcanzó el yelmo y se enroscó en él.

—Alar... —intentó avisar, pero la negrura devoró sus palabras.

Albana desenvainó las dagas para atacar. El Custodio se defendió con la lanza. Albana intentó esquivarla pero no tuvo tiempo suficiente para reaccionar. La lanza le alcanzó en el hombro.

Ikai se levantó y salió corriendo espada en mano, tenía que acabar con el Custodio. Llegó hasta él en el momento en que barría a Albana de un tremendo golpe con el escudo. Albana se quedó dolorida en el suelo. Ikai soltó una certera estocada a la ingle. La espada se clavó profunda atravesando la parte flexible de la armadura. La lanza buscó su pecho e Ikai se echó a un lado. A la espalda del Custodio apareció Liriana que le atravesó el muslo izquierdo. El Custodio la barrió con el escudo y Liriana quedó aturdida en el suelo. Ikai sabía que no podría derrotar a aquella mole así que intentó tullirlo. Le clavó la espada en el muslo derecho y con rapidez rodó a un lado. La punta de la lanza le arañó la sien y se apartó del Custodio. Maruk había cogido la espada de Liriana y la defendía. El Custodio los miró indeciso. Se llevó la mano a la garganta, estaba intentando dar la alarma pero la negrura que rodeaba su yelmo lo impedía. Por alguna razón el malnacido veía a través de ella.

Ikai observó que el Siervo perdía mucha sangre. Le hizo un gesto a Maruk para que aguardara. Maruk asintió. El Custodio se percató de lo que intentaban y avanzó hacia Ikai. Ikai dio un paso atrás y luego otro. El Custodio lo seguía como un sabueso. Pero sus pasos eran cada vez más lentos. Ikai se mantuvo cerca pero a distancia, y finalmente el Custodio clavó las rodillas.

Ikai suspiró aliviado, bordeó al Siervo y fue a encontrarse con Liriana que ayudaba a Albana a ponerse en pie.

—¿Cómo estáis? —preguntó preocupado.

Liriana tenía un chichón terrible en la frente y un ojo hinchado que pronto se cerraría. Albana sangraba de la herida en el hombro.

—Bien... —dijo Liriana.

—Hora de marchar —dijo Albana, sacó el disco que colgaba de su cuello y entró en el extraño edificio.

Ikai la siguió sin comprender. Se percató de que el suelo era del color de la plata y lo rodeaba una pared de mármol negro de más de cinco varas de altura formando una circunferencia completa. Sobre las paredes observó las runas de los Dioses. En el centro se alzaba un monolito rectangular tan negro como un abismo y tan pulido como el acero, se elevaba alto y desafiante hacia la luna roja. Tenía más de veinte varas de altura. Y entonces comprendió donde se hallaban: es uno de los artefactos de los Dioses, una puerta.

Albana se situó junto al monolito y activó el disco.

—¿Quieres decir que puedes usar esta puerta? —preguntó Ikai.

—No sólo puedo sino que sé cómo hacerlo. Así es como llegué cuando nos separamos.

—¿Entonces a qué esperamos? ¡Huyamos! —dijo Liriana.

—Yo no puedo huir, no todavía —dijo Ikai mirando hacia la luna.

—Vamos, Ikai, ven con nosotros —le rogó Liriana.

—Tengo que encontrar a Kyra, no puedo irme sin ella.

—No podemos quedarnos aquí esperando, lo sabes, nos capturarán —dijo Liriana.

—O antes me desangraré hasta morir —apuntó Albana.

—No es lo que os pido.

—Tengo que poner a Maruk a salvo, es vital que lo haga, no puedo arriesgar más. Ven con nosotros, podemos salvarnos los cuatro —rogó un última vez Liriana.

Ikai salió del artefacto.

—No me iré sin Kyra. Marchad. Salvaos.

Albana activó el disco y se produjo un temblor al que siguió un resplandor.

—Creo que esto te pertenece —dijo Albana, y le lanzó una bolsa de cuero que llevaba a la espalda.

Ikai cogió la bolsa al vuelo y la abrió extrañado. Eran el Ojo de Halcón y el guantelete.

Alzó la vista hacia Albana.

—Gracias... —le dijo contrariado.

El monolito refulgió con más intensidad.

Ikai miró a Liriana, agarraba de la mano a Maruk.

—Suerte —murmuró un instante antes de que desaparecieran.

Se volvió hacia la ciudad.

«Kyra, voy a por ti».

30

La puerta se abrió y Adamis entró en la habitación. Kyra miraba por la ventana la luna llena, plena y sangrienta que marcaba el fatal destino que le aguardaba aquella noche.

—No pensaba que darías la cara —le dijo Kyra con marcado desdén al verlo.

Adamis bajó la cabeza.

—*Quiero que sepas que no tengo elección, es mi deber como Príncipe de mi Casa. La ceremonia es sagrada, no puedo interferir en modo alguno. Fuiste seleccionada para la Vivificación y no puedo interceder. Yo me debo*

a mi juramento, a mi Casa, a mi familia, a mi honor.

—Siempre hay elección.

—*Si intento salvarte, y quiero que sepas que realmente deseo poder salvarte, nos condenaría a los dos* —dijo mirando al suelo.

—Sois todos repulsivos.

—*No pretendo que entiendas ni aceptes nuestra forma de existir, pero no puedo cambiarla...*

—Podrías si lo intentaras, eres un Príncipe, un Lord poderoso. Puedes cambiar las cosas desde dentro, puedes hacer que tu Casa deje de esclavizar, que deje de matar a indefensos hombres y mujeres.

—*En el tiempo que hemos compartido, tú me has abierto los ojos a muchas verdades a las que estaba ciego, con tu espíritu indomable. Me has hecho replantearme el orden establecido de las cosas, me has hecho ver las cosas de otro modo, me has hecho sentir cosas... cosas que nunca antes había sentido... y por ello te doy las gracias, pues me has cambiado para siempre.*

Kyra vio en los ojos de Adamis sinceridad y gratitud.

—¿No puedes salvarme? —preguntó con su esperanza apagándose.

Adamis negó con la cabeza.

—*No hay cosa que más deseara en este momento, debes creerme, pero mis manos están atadas por juramentos sagrados, por ley, por familia. Lo siento, lo siento en el alma.*

—Entonces, vete. Déjame.

—*Cuando el momento de elegir llegue, sigue tus instintos.*

Y con aquella extraña despedida, cerró la puerta y se fue. Y con él la última esperanza de Kyra.

Al filo de la medianoche Adamis encabezaba el séquito de la Casa de Eret. Vestía galas tan lujosas que Kyra tuvo que apartar la mirada ante

semejante alarde de ostentación. La luna, completando el plenilunio, brillaba con un carmesí celestial salpicando las estrellas que la escoltaban. El Príncipe-Dios caminaba con su andar esbelto y seguro, la barbilla alta y la vista perdida en el horizonte. Adamis parecía aquella noche un astro rutilante y Kyra, al final de la comitiva, luchaba por contener la rabia y el miedo que sentía en sus entrañas.

Kyra apretó la mandíbula. «¡Maldito seas!». Lo odiaba tanto en aquel momento que deseaba que el Padre Luna bajara desde el firmamento y lo devorara en su roja ira. Tan pleno y encarnado estaba el cónyuge de Oxatsi que Kyra se estremeció al contemplarlo. Le llegaba el melódico sonido de flautas acompañadas por arpas mientras pétalos de rosa llovían sobre el desfile entre la iridiscencia de candiles dorados.

—¡Sólo me faltaba esto! —maldijo entre dientes escupiendo un pétalo que había volado hasta su boca. Se miró la túnica roja con la que la habían vestido y se sintió como si la llevaran al matadero. «¡Malditos seres sin entrañas! ¡Me van a sacrificar como a una res antes de un festín!». Buscó a su alrededor alguna vía de escape pero estaba rodeada por seis Custodios que no se separaban de ella ni un palmo.

Avanzaban en medio de la comitiva, frente a ella podía ver a los Lores en sus ostentosas galas siguiendo a su Príncipe. Todas las familias nobles de la Casa del Primer Anillo estaban allí representadas y sus rostros dorados y bellos desprendían una satisfacción narcisista. Se volvió y comprobó que una mezcla de Dioses-Guerreros y Sacerdotes cerraban la comitiva.

La avenida por la que marchaban se dirigía al interior del anillo. Entraron en un largo túnel cuyas paredes resplandecían en plata iluminando cada paso. Kyra observaba inquieta, estaban atravesando la gran montaña sobre la que estaba edificado el reino del Primer Anillo. «¿A dónde me llevan? Creía que la montaña era maciza, ¿a dónde conduce este túnel?». Sus preguntas no tardaron en hallar respuesta. Salieron del túnel para encontrarse con un embarcadero, lo que dejó a Kyra desconcertada. «¿Mar? ¿Dentro de la montaña? ¿Pero cómo puede ser?». Estiró el cuello y lo que descubrió la dejó sin habla. Frente a ella se alzaba el gigantesco monolito de los Dioses, pero no en el interior de la montaña del Primer Anillo como ella había supuesto, el increíble artefacto estaba situado en un último anillo central y rodeado de aguas turquesa. «A

Yosane le maravillaría esto» pensó, y al recordar a su amiga la angustia arañó con fuerza su corazón. «¿Dónde estás, mi amiga, dónde? Sé fuerte, aguanta y lucha contra tus miedos». Sacudió la cabeza. «Estará bien, es muy lista, sobrevivirá» se dijo intentando levantar su ánimo. Pensó en Idana, ella le preocupaba más, era demasiado buena y voluntariosa. Y entonces el temor volvió a morder su alma.

La comitiva llegó al embarcadero y un navío tan deslumbrante como los propios Dioses a los que debía cruzar los aguardaba. Embarcaron por una pasarela de cristal y Kyra se maravilló de la belleza del navío. Había sido construido emulando a una gran serpiente marina. El castillo de popa era de oro y tras él una cola escamada se deslizaba hasta el agua. El castillo de proa era de plata y terminaba en un largo cuello escamado con una feroz cabeza de ojos sibilinos y enormes fauces. La gran vela sobre el mástil central era casi transparente y mostraba orgulloso el emblema de la casa de Eret. Kyra no podía apartar la vista de Adamis sobre la proa. Parecía comandar la gran bestia marina a su designio. A un gesto suyo la serpiente puso rumbo al monolito.

La brisa acarició su rostro y Kyra lo agradeció inmensamente. La embarcación surcaba el agua calma, con celeridad y gentileza. Kyra descubrió que se hallaba en el centro de un gran cráter iluminado por cientos de antorchas. Divisó cuatro canales que se abrían paso a través del Primer Anillo y por ellos vio aparecer cuatro embarcaciones imitando grandiosas bestias. Eran tan fastuosas como el navío de Adamis. Entrecerró los ojos y las observó. Identificó los colores escarlata de la casa del Segundo Anillo y los índigo del Quinto Anillo, amplificadas por el fulgor de faroles y candiles. «Vienen todas las Casas a la ceremonia...». Las cinco embarcaciones se dirigían a un amarradero frente al gran monolito.

Kyra comenzó a padecer el miedo que tan bien había estado aplacando hasta aquel momento. La inevitabilidad de lo que le esperaba comenzaba a oprimir su pecho con mano de hierro y le costaba llenar los pulmones.

«Voy a morir, me van a sacrificar».

Así se lo había confirmado Adamis y ella lo había intentado interiorizar, pero no había sido capaz. Su espíritu luchador no aceptaba

aquella inhumana condena a muerte.

«¡Lucha, tienes que luchar!».

Ahora que veía acercarse a los navíos de las otras Casas colmados de Dioses todopoderosos, su fatal destino comenzaba a convertirse en una realidad palpable. Se estremeció asaltada por el miedo, pero de inmediato lo sacudió del cuerpo.

«¡Lucharé, no me rendiré a esos cerdos sin conciencia!».

Con ese pensamiento en mente impulsó las piernas e intentó colarse entre dos de los enormes Custodios. Uno de ellos se percató y empujó su cuerpo contra el otro para impedir que Kyra pasara. La cadera de Kyra quedó atrapada. Con toda su rabia empujó con las piernas y consiguió soltarse. Los dos Custodios se giraron e intentaron atrapar a la escurridiza presa, pero Kyra ya tenía los dos pasos de ventaja que necesitaba. Llegó a la borda, se subió de un salto y se impulsó con todos su ser hacia el mar. Por un instante voló, y luego experimentó la caída hacia el agua con el espíritu henchido de gloria por la audaz huida.

En el momento en que sus pies tocaban el agua una neblina casi transparente se enroscó en su cintura. Sintió el tiempo detenerse y sus piernas no llegaron a sumergirse.

«¡Qué demonios es esto!» protestó sin comprender.

La neblina, como un espíritu venido del más allá, portó a Kyra suavemente en sus brazos de vuelta al navío.

—¡Soltadme, malditos! —gritó furiosa.

—*No hay a donde escapar.*

Kyra reconoció al instante la voz mental de Rotec. Alzó la vista y encontró al campeón de Adamis mirándola desde la borda con gesto torcido y controlando la neblina con la mano derecha. La hizo volver hasta depositarla nuevamente en medio de los Custodios, que cerraron filas a su alrededor.

—¡Malnacidos sin alma!

—*Guarda silencio y no vuelvas a intentarlo. No deseo emplear la fuerza contigo.*

Kyra miró a Rotec, en sus ojos no había enemistad pero sabía que el enorme guerrero haría lo que debiera por su Casa. Kyra le dedicó una mirada de desprecio y cruzó los brazos.

Ikai, de rodillas en un embarcadero menor del Primer Anillo, observaba la luz que emitía el Ojo de Halcón. Aquella extraña luz que le indicaba donde estaba Kyra. El haz cortaba la penumbra de la noche como el relámpago de una tormenta.

«Indica que debo ir a al centro...».

Guardó el objeto con premura, temiendo que lo descubrieran los Custodios. Con la ropa todavía empapada por haber cruzado desde el Segundo Anillo a nado, comenzó a avanzar agazapado. Bien consciente de que era poco menos que un suicidio dirigirse a las mismas entrañas del Primer Anillo, Ikai intentaba encontrar alguna opción en la que tuviera una mínima probabilidad de conseguir llegar sin ser capturado. Avanzaba entre sombras, evitando a toda costa la luz y los monolitos.

«Vamos, tengo que pensar algo». Pero aquello con lo que siempre había podido contar en el pasado, su mente, no era capaz de proporcionarle una salida viable. Avanzó todo lo que pudo y se vio obligado a parar.

Se agachó tras un muro y recuperó el aliento. «Piensa, no puedo seguir avanzando, no así, me van a descubrir».

Le llegó el alegre sonido de música desde el norte. Arriesgó una mirada y descubrió a los Dioses disfrutando de un suntuoso desfile. También observó un centenar de Custodios escoltándolos. La festividad era muy similar a lo que habían presenciado en el Segundo Anillo. «En cuanto finalice volverán a las patrullas y me encontrarán».

Arriesgó y se acercó cuanto pudo al desfile. Se escondió tras un pozo., echó una ojeada y vio que la ostentosa comitiva divina entraba en un túnel. «¿Y cómo entro yo ahí? Media ciudad está en el desfile, si no toda. Piensa, tiene que haber otra vía». Ikai meditó sobre la ciudad, los

cinco anillos concéntricos, los viaductos simétricos que los cortaban, los puentes que los unían. Todo seguía un diseño, un orden, una proporción, una correspondencia.

«¡Eso es! Si hay un túnel aquí tiene que haber como mínimo uno más. Los Dioses no construirían sólo uno, no, no sigue el patrón con el que ellos han levantado este extraño mundo. Uno no es proporcionado, no es simétrico. Tiene que haber dos o cuatro túneles». Se volvió y salió corriendo en busca del túnel en el extremo opuesto. Con un poco de suerte no tendría que dar toda la vuelta al anillo, habría cuatro túneles, uno al sur, uno al norte, otro al este y otro al oeste.

Y no se equivocó.

Encontró el túnel del este.

Los Dioses de la Casa de Eret desembarcaron primero frente al gigantesco monolito negro. Kyra lo examinó y tuvo que echar la cabeza completamente atrás para recorrer la impensable altura del objeto arcano. Era simplemente monumental, cien veces más grande que el que había visto en la isla desde la que embarcaron a la Ciudad Eterna. «Malditos locos» pensó mirando a los Lores.

La procesión continuó hacia la base del monolito. Según se acercaba, Kyra se percató que era también inmensa y de un blanco marmóreo cegador. Frente a la base había una plaza y tres Dioses en extraños atuendos rituales guardaban unas enormes puertas doradas. La altura de la base era de más de veinte varas.

Adamis se detuvo ante los Dioses que aguardaban y la comitiva paró tras él. Kyra estiró el cuello y por el atuendo que vestían dedujo que eran Dioses-Sacerdote. Los sacerdotes intercambiaron saludos y reverencias con el Dios-Príncipe y las puertas se abrieron. Adamis entró en el regio edificio. Al pasar Kyra bajo la entrada, echó la mirada atrás y vio atracar al navío de la Segunda Casa, cuyo velamen era tan rojo como la luna plena sobre sus cabezas. «Ya vienen todos esos malditos Dioses». Reconoció a Lord Asu erguido en la proa y el miedo la azotó como el

látigo de un Opressor.

Entraron y todos se situaron en el interior de un triángulo dorado sobre el suelo. Kyra escuchó un zumbido molesto y sintió un temblor. De súbito, la plataforma comenzó a elevarse a gran velocidad. Kyra perdió el equilibrio y cayó al suelo. Uno de los Custodios se volvió hacia ella y la ayudó a levantarse de un tirón. Recuperó la verticalidad y la plataforma se detuvo. Ante ella se abría una enorme cámara circular. Adamis entró en la estancia encabezando el séquito. Kyra quedó completamente traspuesta al entrar y admirar el lugar. Las paredes de la cámara eran de color oro viejo con extrañas runas grabadas en plata a lo largo de toda su superficie. El techo era negro como la noche sin astros, y Kyra se percató de que no era un techo en realidad, sino la base del monolito. Estaban justo debajo del artefacto. Al avanzar detectó movimiento bajo sus pies y, alarmada, bajó la mirada para descubrir un suelo transparente. En la distancia se apreciaba el turquesa del océano. Estaban a tal altura sobre el mar y el suelo era tan sumamente translúcido que Kyra sintió un vértigo terrible y por un momento estuvo a punto de caerse de nuevo.

Pero lo que hizo que la mandíbula de Kyra se abriese fue descubrir lo que había en el interior de la cámara. En el centro se alzaba una columna cilíndrica del mismo material que el monolito que iba desde el suelo hasta el techo conectándolo con la base. Alrededor del cilindro había cinco singulares cápsulas formando una estrella. Kyra las observó un largo instante, parecían sarcófagos reales, muy ornamentados en la parte inferior pero la superior era de vidrio. Al pie de cada cápsula-féretro estaba grabado el emblema de la Casa a la que pertenecía. Kyra reconoció el escudo de la Casa de Eret en la cápsula más cercana y el de la Casa de Aureb en la siguiente. Al estudiar la estancia, tuvo la clara sensación de encontrarse en una cámara fúnebre. Se estremeció y sacudió la cabeza.

Pero lo que tenía fascinada a Kyra era el destello dorado que surgía de la cabecera de las cápsulas, de forma intermitente pero ordenada, que avanzaba por un tubo metálico hasta el gran cilindro central. El destello, al alcanzar el cilindro, subía por este transformándose en un aro hasta perderse en el techo. «Ha entrado en la base del monolito... ¿Qué está sucediendo aquí?».

Adamis se situó frente a la cápsula con el sello de Eret y toda la comitiva le siguió. El silencio en la sala era sepulcral. Kyra estaba cada

vez más nerviosa. «Este es el lugar donde voy a morir. Una cámara de sacrificios...» se dijo secándose el sudor de las manos en la túnica. La agitación comenzó a correr por su cuerpo y su respiración se volvió más rápida y entrecortada. «Voy a morir...». Escuchó pasos a su espalda y se volvió. Se encontró con los crueles ojos de Lord Asu que encabezando su comitiva entraba en la cámara como si fuera el dueño de la misma. El Príncipe del Segundo Anillo se situó frente a la cápsula con el emblema de su Casa y su séquito ocupó su lugar tras él. Kyra recorrió el grupo con la mirada y sus ojos se detuvieron al encontrarse con una esclava en túnica amarilla. Sorprendida, Kyra intentó identificarla. Era una de las doce: Gersa. Y junto a ella estaba otra esclava en túnica naranja.

¡Era Yosane!

El corazón de Kyra casi le abandonó el pecho al reconocerla. Con un nudo en la garganta intentó gritar su nombre pero ningún sonido abandonó su boca. «¡Yosane! ¡Yosane!». Volvió a intentarlo alzando el brazo para que su amiga la viera pero parecía haber quedado muda. Entonces discernió las runas de plata en las paredes refulgir levemente y se percató de que la cámara debía estar bajo el Poder de los Dioses y le impedía el habla. Agitó los brazos saltando. Dos de los Custodios la sujetaron con fuerza. Pero su intento había dado fruto. Yosane la saludaba desde el otro grupo con rostro uno de alegría y ojos húmedos de la emoción. De inmediato fue aplacada como ella por dos Custodios.

«¡Yosane, estás viva, estás bien!». El corazón de Kyra se llenó de tal alegría que estuvo a punto de explotar de puro júbilo. Y en aquel momento, Kyra se percató de algo tan terriblemente horroroso que su alma le cayó a los pies y no pudo respirar de la angustia. «Si Yosane está aquí como yo, es porque va a sufrir mi mismo destino... Va a morir... como yo, conmigo». El horror que acompañó al terrible descubrimiento la dejó helada, como si la hubieran sumergido en un río helado en pleno invierno. Por un largo instante Kyra no fue consciente de lo que ocurría a su alrededor. Sabía que ella estaba condenada, pero nunca pensó que la pobre Yosane perecería con ella. El resto de las Casas entraron en la cámara pero Kyra sólo veía a su amiga y el horror que le aguardaba. ¿Era Yosane consciente de su destino?

Observó que Yosane ya no la miraba a ella, sino a un grupo que pasaba. Kyra siguió la mirada de su amiga y se encontró con Idana.

Avanzaba al final del grupo del Quinto Anillo con una túnica naranja y miraba a Yosane con ojos abiertos como platos. Junto a ella iba Kata.

«Van a sacrificarnos a las doce». El descubrimiento de tamaña atrocidad dejó a Kyra atónita y sin poder reaccionar. La cabeza se le embotó, no podía pensar ni oír más allá del latido de su corazón martilleando en su cabeza. Estaba aturdida y fuera de lugar, como si la hubieran golpeado en la barbilla con un puño de piedra.

«Van a matarnos a todas».

Ikai salió del agua lo más alejado posible de las esperpénticas embarcaciones de las Cinco Casas amarradas en el embarcadero. Corrió agazapado hasta la parte posterior de la base del monolito. Allí no había guardias, todos estaban guardando la puerta al interior del edificio. Tocó la blanca superficie con la palma de la mano y le pareció que fuera de mármol. Se dejó caer sobre suelo de roca con la espalda apoyada contra el edificio.

«Necesito descansar». Había realizado un esfuerzo sobrehumano para llegar hasta allí, nadando y buceando como no lo había hecho en toda su vida. Daba gracias a la Madre Mar por las incontables horas de juegos en el río en su niñez y por el duro entrenamiento al convertirse en Cazador, de otra forma nunca hubiera llegado hasta allí. «Somos los Senoca, el pueblo del mar» se recordó con una agria sonrisa.

Intentó resistir el cansancio con sus exiguas fuerzas, quería seguir avanzando, tenía que llegar hasta Kyra como fuera. Sacó el Ojo de Halcón y lo sujetó en el guantelete que ya no se quitaba, aunque fuera pesado. Volvió a acariciar el collar a su cuello, el regalo que Kyra había hecho ella misma con sus manos. Pensó en ella y el Ojo se activó. El haz de luz le marcó que su hermana estaba dentro del edificio.

«Ya estoy casi. Está ahí adentro. Aguanta hermana, ya llego».

Cerró los ojos un instante, uno breve, sólo para recuperar el aliento y descansar los hombros que lo estaban matando. Pero se quedó dormido

vencido por el cansancio.

Despertó con un sobresalto, saliendo de una pesadilla. Miró la luna roja y se puso en pie enrabiado. No había sido más que un momento y su cuerpo lo necesitaba, pero aún así, era inexcusable. «Tengo que seguir adelante por muy exhausto que esté, por grandes que sean los peligros y el riesgo. Tengo que rescatar a mi hermana. No puedo flaquear. No debo fallar». Apretó la mandíbula y asintió con fuerza. «¡Adelante!».

Observó la pared frente a él. Era demasiado alta para saltar. Tenía que escalarla pero parecía completamente plana. Aquello representaba una dificultad complicada de solventar. Intentar entrar por la puerta era descabellado, había varias docenas de Custodios allí. «¿Qué puedo hacer?». Estudió la estructura con detalle y algo le llamó la atención. Los reflejos de la luz de la luna sobre la pared de blanco mármol no eran constantes.

«Interesante... aquí ocurre algo...». Su mente comenzó a dar vueltas a aquel discordante detalle que sus ojos habían captado. Miró la pared de nuevo, parecía completamente plana. Dio cinco pasos hacia atrás y continuó observando. Nada. Retrocedió hasta llegar al agua.

La luna refulgió sobre el monolito.

Y entonces lo descubrió.

En el centro de la pared de la base había grabado una representación de una luna llena con varias runas en su interior. Era tan nívea que de cerca se fundía con el propio blanco de pared.

«Si hay grabados, hay donde agarrarse». Se acercó hasta la pared y palpó hasta hallar el grabado. «Aquí». Comenzó a escalar.

Le llevó tiempo, mucho esfuerzo y dos momentos en los que perdió pie y casi se parte la crisma, pero Ikai consiguió escalar la pared. Al llegar quedó tendido boca arriba, contemplando la luna. Pero esta vez el cansancio no lo venció y se puso en pie en cuanto consiguió reponerse. Frente a él se alzaba el gigantesco monolito. Se acercó al objeto buscando alguna entrada por la que descolgarse al interior. Tras unos momentos encontró lo que buscaba: dos ventanales que daban a una cámara.

Se tiró al suelo y miró por un ventanal.

Y encontró a su hermana.

Kyra observaba a los cinco Dios-Sacerdote dirigirse al centro de la cámara. Se subieron a un púlpito en forma de anillo alrededor del cilindro conductor y éste se elevó dos varas sobre el suelo. Los cinco Sacerdotes se situaron encarando uno a cada Casa. Levantaron los brazos y todos en la sala se arrodillaron a excepción de los Dios-Príncipes que quedaron con la cabeza inclinada. Kyra reaccionó y salió de su estado de estupor. «¿Qué demonios hacen?».

Alzó la mirada hacia el Sacerdote sobre su cabeza y tuvo la sensación de que debía estar hablando pero ella no lo oía. Entonces recordó el regalo de Notaplo y buscó la pulsera en su muñeca derecha. «No funciona, Notaplo dijo que podría oír las conversaciones de los Dioses pero no escucho nada». Golpeó la runa circular con los dedos un par de veces y la pulsera emitió un pequeño destello.

—...comienza la sagrada Ceremonia de la Vivificación —escuchó de pronto Kyra en su mente. La voz era la de los cinco Sacerdotes que hablaban al unísono.

—Las Cinco Casas se reúnen hoy aquí en el momento del Plenilunio, uno de Luna Roja, que marca el fin de un ciclo sagrado y el comienzo de uno nuevo.

Kyra escuchaba atenta, y su espíritu luchador se recuperaba del tremendo golpe moral recibido. «Hay que luchar, no dejaré que se salgan con la suya».

—Los Cinco Reyes han de despertar. El ciclo de hibernación ha concluido. El sacrificio que nuestras majestades han realizado por el bien de sus Casas ha finalizado. Es hora de que caminen de nuevo entre nosotros, sus hijos, de que rijan los designios de sus reinos para mayor gloria de nuestra civilización. La luna llena de sangre así lo señala. Honremos a los Cinco.

Un escalofrío recorrió la espalda de Kyra, comenzaba a entender qué

estaba sucediendo allí aunque no los motivos.

—*Que las Vivificadoras sean preparadas.*

En la entrada a la cámara aparecieron tres Dioses-Eruditos. Llevaban la cabeza cubierta por una capucha y el rostro quedaba escondido en las sombras. En sus manos portaban unos recipientes dorados en forma de estilizada copa.

Rotec se acercó hasta Kyra.

—*Vamos* —le indicó con un gesto.

«¿Y ahora qué nos van a hacer?».

Kyra avanzó con Rotec hasta situarse frente a los tres Dioses-Erudito.

—*Espera* —le dijo Rotec.

Por el rabillo del ojo pudo ver como el resto de las 12 seleccionadas avanzaban a su encuentro escoltadas por los Campeones de cada Casa. Cuando Yosane e Idana llegaron hasta ella, Kyra no pudo reprimirse y se lanzó a abrazarlas llena de una alegría desbordante aún en medio de aquella terrible situación. Las tres lloraron abrazadas, mezcla de miedo e intensa felicidad al estar reunidas nuevamente. Permanecieron abrazadas con fuerza, mientras las lágrimas bañaban sus mejillas, ninguna deseaba romper el abrazo. Intentaron hablarse pero no pudieron. Kyra limpió las lágrimas de los ojos de Yosane e Idana sonreía y las alzaba entre sus brazos intentando transmitir algo de calor y esperanza.

—*Dividíos en grupos de a cuatro y que cada grupo se sitúe frente a un Erudito* —llegó la voz de los Sacerdotes.

Kyra miró alrededor entre sus compañeras y se encontró con el rostro altivo de Lian. Kyra la saludó con la cabeza, amistosa, pero la rubia le lanzó una mirada de desprecio y le dio la espalda. Urda, que estaba junto a Lian, vio el gesto y negó con la cabeza. Avanzó hasta Kyra y le extendió la mano. Kyra miró al rostro de la grandullona y leyó las penurias soportadas y sus ojos húmedos de arrepentimiento. Kyra estrechó la mano de la soldado y le indicó con un gesto que se uniera a ellas tres.

—*Situaros* —llegó la orden.

Kyra echó una rápida mirada a su espalda con intención de una alocada fuga pero al ver a los cinco descomunales Campeones

vigilándolas la idea desapareció al instante. «¡Maldita sea! Malditos malnacidos». Observó a los tres Dioses-Eruditos y por alguna razón recordó las palabras de Adamis: “Cuando el momento de elegir llegue sigue tus instintos”. Pero sus instintos no le decían nada. Estudió uno por uno a los tres Eruditos pero no percibió nada emanando de ellos. Se acercó un poco y al hacerlo, sintió un cosquilleo en la mano derecha a la altura de la pulsera. Disimuladamente señaló con la mano a cada Dios y volvió a sentir el cosquilleo al señalar al Erudito del centro. Se decidió.

Hizo un gesto a sus amigas y las cuatro formaron frente al Erudito apostado en el centro, Urda cerraba la fila. El resto de las prisioneras se situaron poco a poco frente a los otros dos Dioses. Kyra miró a su derecha y vio a Lian encabezando la otra hilera.

—*Tomad el catalítico* —llegó la orden.

Una por una pasaron por los Eruditos y bebieron del recipiente. Kyra no notó nada extraño al beberlo pero sabía por los experimentos que le habían hecho que aquel líquido tenía alguna finalidad específica, una que no sería para nada agradable.

—*Que prosiga el ritual sagrado* —ordenaron los Sacerdotes.

Rotec cogió del brazo a Kyra y se la llevó. Kyra intentó resistirse, soltarse, volver con sus amigas, pero la fuerza del Dios-Guerrero era descomunal. Con lágrimas de impotencia y rabia en los ojos vio cómo se llevaba a rastras a Yosane e Idana que intentaban resistirse como lo hacía ella.

Rotec se la llevó hacia la cápsula y pasó junto a Adamis, que no la miró. «¡Maldito desalmado!» rugió para sus adentros al verlo. Al pie de la cápsula, sobre el suelo, descubrió una circunferencia dorada. Rotec la dejó sobre ella y se situó junto a Adamis. Kyra fue a moverse cuando una barrera dorada surgió del suelo y la rodeó. Llena de ira golpeó la barrera con los puños repetidamente, pero era irrompible. Estaba atrapada. Con angustia miró a sus compañeras y vio que las habían atrapado como a ella. Vio a Yosane y Gersa golpear la barrera que las encarcelaba, también sin ningún éxito. Las 12 quedaron encerradas.

Kyra podía ver ahora al Dios-Rey. Estaba tumbado, con los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos cerrados. Parecía muerto. Su rostro

dorado estaba marchito y descolorido. El pelo lo tenía blanco y largo. Ahora entendía quienes eran los Cinco y por qué nunca había visto al Rey, al padre de Adamis.

—Ha llegado el momento, la luna es ya plena y todo su poder nos brinda. Las Seleccionadas por su raro y escaso don están listas. Miles han sido testeadas en el Llamamiento pero sólo una docena han sido bendecidas con la virtud de servir a nuestros loados señores. ¡Que comience la Vivificación!

Al escuchar aquello a Kyra le dio un vuelco el corazón. El suelo de la cámara se volvió negro, haciendo desaparecer el mar bajo el cristal. La circunferencia dorada bajo sus pies se iluminó. Tuvo un muy mal presagio. Un zumbido martilleante penetró sus oídos. De súbito, una potente luz dorada proveniente del suelo la bañó de pies a cabeza. Kyra comenzó a flotar en medio de la luminiscencia, como si su cuerpo no pesara. Se percató llena de horror que estaba levitando a dos palmos sobre la base. La luz se volvió plateada. El zumbido se intensificó y Kyra recibió una descarga tremenda, como si la hubiera alcanzado un rayo en plena tormenta. Y entonces empezó a convulsionar en medio de un terrible dolor. Todo el cuerpo le temblaba de forma incontrolada. En medio de la agonía sintió que algo más sucedía bajo el dolor, algo arcano. Comenzó a encontrarse muy cansada, cada vez más, como si le estuvieran robando la vitalidad. Consiguió mirar hacia la cápsula y descubrió que su energía vital estaba siendo transferida al Rey.

«¡Me están robando la vida para dársela a él!».

Cada vez se sentía más débil, la vida estaba abandonando su cuerpo.

«Mi vida... se la llevan...».

Intentó luchar con las exiguas fuerzas que le quedaban pero estaba suspendida en el aire y su cuerpo no paraba de convulsionar, no respondía a su mente.

«¡Malnacidos! ¡Me matan!».

Giró la cabeza hacia Yosane y la observó sufriendo su mismo destino.

«¡Canallas! ¡No tenéis ningún derecho, es nuestra vida!

La estaban drenando, ya apenas podía abrir los ojos, se llevaban las últimas gotas de vida de su cuerpo.

Lanzó una última mirada a Adamis en busca de socorro. Pero el Príncipe-Dios bajó la mirada.

Kyra luchó con un último esfuerzo por no cerrar los ojos y morir, pero ya no quedaba nada en su cuerpo, sólo su alma luchadora. Toda su energía había sido traspasada al Dios-Rey.

Los ojos de Kyra se cerraron y su cuerpo se apagó.

—*Comienza un nuevo ciclo, ¡que se alcen Sus Majestades!*.

Ikai, fuera de sí, golpeaba el vidrio del ventanal con la empuñadura de su espada. Golpeaba con todas sus fuerzas, pero no conseguía romper el vidrio.

—¡No, Kyra, no!

Golpeó y golpeó y golpeó pero aquel cristal no se rompía.

—¡Aguanta, Kyra!

Golpeó como un loco y finalmente consiguió que el impenetrable cristal se rajara.

—¡Ya estoy!

Miró al interior y vio como la luz que había torturado a su hermana se apagaba y Kyra se desplomaba al suelo.

—¡Kyra!

De súbito la cubierta de cristal de la cápsula del Rey se abrió. Ikai observó estupefacto como el Rey abría los ojos y se incorporaba, como un muerto regresando a la vida en el interior de su féretro. De inmediato el Dios-Príncipe y el Dios-Guerrero lo ayudaron a salir de la cápsula. Se irguió y los dos Dioses clavaron la rodilla ante el Rey. Ikai observó las otras cápsulas y vio que se estaba produciendo el mismo ritual.

Lleno de espanto se percató de que las habían sacrificado para revivir

a sus Reyes.

—¡No, no, no!

Volvió a golpear el vidrio, poseído por la ira y el terror de haber perdido a su hermana. El vidrio estaba a punto de ceder, podría descolgarse al interior.

En ese momento, se escuchó un sonido hueco en la cámara y los cinco discos bajo los cuerpos de las seleccionadas se abrieron. Ikai vio como el cuerpo de Kyra caía al vacío.

—¡Nooooooooooooooooo!

Se habían desecho de los cuerpos lanzándolos al mar.

Ikai se dio la vuelta y comenzó a correr como un loco, completamente fuera de sí. «¡La he perdido! ¡No! ¡Kyra!» pensaba aterrado y con una angustia tal que le iba a estallar el pecho. Llegó al borde del edificio y se descolgó. Sin importarle la altura se dejó caer. Siguió corriendo hasta llegar al agua. Sin pensarlo dos veces se tiró de cabeza con toda la inercia de la carrera y buceó en busca del cuerpo de su hermana..

Buceó y buceó hasta que los pulmones le fueron a estallar. Pero no la encontró. Subió a la superficie, respiró el preciado aire y volvió a sumergirse. Pero no halló a Kyra ni a ninguna de las otras doce prisioneras. Ikai estaba perplejo. Volvió a subir a respirar y contempló la oscura superficie sobre su cabeza desde la que habían caído su hermana y las otras chicas. Sin embargo, no había rastro de ellas. Desde el interior del anillo podía ver las quillas sumergidas de los cinco navíos reales en el embarcadero.

«¿Dónde estás, Kyra?». Volvió a sumergirse y avanzó hacia las quillas de los barcos. Al hacerlo se percató de que no eran cinco quillas las que veía sino seis. Había dado por hecho que serían los cinco navíos de las cinco Casas. Pero no, allí había seis quillas. Ikai salió a respirar y nadó con todas sus fuerzas en pos de la sexta embarcación. Al acercarse se sumergió y buceó hasta llegar justo al casco del barco. Salió a respirar con mucho cuidado de no ser descubierto por algún guardia en el embarcadero.

Ikai estudió el navío, era un gran tirreme. «Maldición, no han

echado el ancla». Sólo había una forma de subir a bordo desde el agua. Una muy arriesgada. Pero Ikai estaba desesperado, el riesgo ya le daba igual. Contempló los largos remos acariciando el agua, estáticos, a la espera de la orden de bogar. Se dirigió al último y tiró de él una vez. Volvió a tirar. Estaba fijo. Ikai comenzó a subir por él cubierto por las sombras de la noche. Al alcanzar el final del remo, por el orificio vio los ojos llenos de pavor de un esclavo. Ikai se llevó el dedo índice a los labios y lo miró intensamente. El esclavo miró a Ikai un momento y asintió. Ikai le hizo un gesto de agradecimiento y terminó de subir a bordo. Se coló en el castillo de proa.

Un pestilente olor le golpeó las fosas nasales con tal fuerza que pensó había sido agredido por un Custodio. Sacudió la cabeza y se tapó la nariz con la mano. El olor era nauseabundo, putrefacto. En mitad de la cubierta descubrió una enorme escotilla mal alfombrada con una lona. Entonces comprendió dónde estaba y el porqué del olor. La bodega del navío estaba llena de cadáveres. Era el Bajel Mortuorio.

Escuchó pasos en la pasarela y se escondió. Vio a una veintena de esclavos que subían cuerpos recién pescados del agua y los tiraban por la escotilla a la pila de muertos. Con el corazón en un puño, Ikai vio como tiraban el cadáver de Kyra sobre otra de las prisioneras que estaba con ella.

Ikai ahogó un gemido.

Fue a salir cuando vio a un Opressor llegando a la pasarela; azuzaba a los esclavos para que subieran a bordo. Se detuvo y volvió a esconderse. «No puedo quedarme aquí. No puedo. Tengo que llegar a ella». Desesperado, arriesgando ser visto, corrió por la borda como perseguido por una jauría de perros salvajes, se encomendó a la Madre Mar y con un potente salto se tiró de cabeza por la escotilla a la pila de cadáveres antes de que los Opresores subieran a bordo.

La cabeza de Ikai chocó con algo duro. El dolor estalló en su cabeza como si hubiera golpeado una pared de roca a plena carrera.

Perdió el sentido.

El hedor lo despertó. Mareado, Ikai intentó abrir los ojos pero el intenso dolor de cabeza que lo castigó hizo que volviera a cerrarlos. Se llevó la mano al punto de dolor y encontró costra.

«He estado sangrando. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy?». Consiguió abrir los ojos y vio que la luz del día penetraba por una escotilla mal tapada con una lona. Giró el cuello y se encontró con un rostro sin vida. Del susto intentó ponerse en pie pero tropezó y cayó de espaldas rodando sobre cuerpos inertes.

Y recordó. «¡Kyra!».

Comenzó a escalar la pila de cadáveres, haciendo de tripas corazón mientras su mente negaba el horror que lo rodeaba. «¡Kyra!».

Era todo lo que a su alma le importaba y le daba igual estar en medio de aquel lugar de pesadilla. Buscó entre los cuerpos, girando los rostros a la luz para poder identificarlos. El hedor era tan fuerte que tuvo que ponerse un trozo de tela arrancado de un cadáver atado sobre la nariz.

Las olas golpearon el casco de la embarcación e Ikai perdió el equilibrio. «¡Estamos navegando!».

—¡Vamos, esclavos inútiles! —escuchó gritar un Opressor en cubierta que hacía restallar el látigo—. ¡Más brío, remad con más brío o es vuestra piel! —y volvió a castigar a los esclavos.

Ikai continuó buscando lleno de angustia, hasta que finalmente la encontró.

No se movía. No tenía pulso. Parecía no respirar.

La arrastró lejos de la escotilla a las sombras de la bodega e intentó reanimarla.

«¡Vamos, Kyra!».

Insufló aire a sus pulmones.

«¡Vamos, hermanita, vuelve conmigo!».

Ikai continuó intentando reanimarla, la angustia y la desesperación lo dominaban.

«¡Kyra, no me abandones!».

Pero Kyra no regresó.

En medio de un dolor insufrible, de una agonía que hacía que deseara arrancarse el corazón con las manos, Ikai puso la cabeza de su hermana sobre su pecho y la acunó.

—¿Por qué tú, por qué? —lloraba desconsolado mientras acariciaba el pelo y el rostro de su hermana muerta.

—¿Por qué? —repetía una y otra vez entre sollozos— ¿Por qué? La cordura comenzaba a abandonarle en medio del sufrimiento que su mente no podía soportar.

La noche llegó pero Ikai no podía dejar de llorar, su alma era devorada por un sufrimiento tan grande y profundo como la Madre Mar. Ikai lloró hasta quedarse sin lágrimas. Las fuerzas le fallaron y se lo llevó la negrura con su hermana muerta entre los brazos.

El repiquetear húmedo y molesto de las gotas de agua sobre su rostro lo despertó. Ikai entreabrió los ojos y descubrió que llovía a mares. Estaba tendido en el suelo pero no se movió, tenía tanta sed que abrió la boca y dejó que el agua de los cielos la llenara con su frescor. Tragó y su dolorida garganta lo agradeció.

«¿Dónde estoy?» se preguntó desorientado, y recordó la bodega del barco; de súbito el rostro de Kyra muerta asaltó su mente. Sintió un dolor abismal, como si le arrancaran el alma del pecho y la angustia que lo siguió le impidió siquiera respirar. Quedó tendido envuelto en pura agonía. Cuando el dolor disminuyó, si bien sólo un ápice, Ikai intentó incorporarse. Lo rodeaba una pared oscura de una vara de altura. La recorrió con la mirada hasta descubrir un enorme tótem que se alzaba a su espalda. Su rostro era uno desfigurado en horror con ojos grandes y dorados.

«¿Qué sucede aquí?». Se detuvo y observó alrededor antes de levantarse, aquello no encajaba. El suelo sobre el que se encontraba tendido era de mármol negro con vetas blancas, y la estructura era circular con una entrada abierta. Ikai estaba rodeado de cuerpos: esclavos muertos. «Esto es un templo de algún tipo» dedujo mirando el enorme y siniestro tótem que nada bueno auguraba.

Dos esclavos empapados bajo el torrente de agua que descendía de los cielos entraron en la estructura. Ikai se hizo el muerto, y simuló tener el cuerpo rígido como un tablón mientras depositaban un cuerpo junto a él.

—¡Vamos, escoria, más rápido! —llegó la voz de un Opressor seguida del restallido de su látigo.

Ikai arriesgó una mirada a la abertura entre la cortina de agua y entendió lo que estaba sucediendo: descargaban los cadáveres del navío a

una playa. Dado por muerto, a Ikai lo habían sacado de la bodega del barco y dejado allí en aquel extraño templo con el resto.

—¡Apresuraos, no tenemos todo el día! —se escuchó la voz de otro Opressor.

Ikai miró a ambos lados y no vio a Kyra. La rabia empezó a crecer en su interior, una rabia ardiente, asesina, una rabia de desesperación. Deseaba matar a todos aquellos seres sin entrañas, lo deseaba con toda su alma. Quiso levantarse y luchar pero los brazos no le respondieron. Se dio cuenta de que estaba muy débil, demasiado débil. Descargaron varios cuerpos más a su alrededor y tuvo que tragarse toda la rabia y dolor abismal que sentía pues de enfrentarse a los Siervos de los Dioses en aquel estado no conseguiría más que ser degollado.

Abrió la boca y dejó que la lluvia le diera de beber y refrescara su cuerpo mientras los esclavos terminaban de deshacerse de su carga fúnebre.

—¡Al barco todos! —escuchó a un Ojo-de-Dios con su estridente voz.

Ikai esperó con una paciencia infinita que no creía poseer, conteniendo su ira y frustración que amenazaban con estallar como un volcán. Con las pocas fuerzas que le quedaban, se puso en pie y se escondió agachado tras la pared. El *Bajel de la Muerte* levó anclas y abandonó la amplia enseada lentamente, mientras la tormenta remitía.

Sobre la playa desierta descubrió otros dos templos con sus grandes tótems de muerte. Miró a su alrededor. La imagen era desoladora. Contó una treintena de cadáveres sobre el suelo del templo. Escudriñó hacia el segundo templo y discernió que también estaba lleno de cadáveres. Habían descargado el bajel y depositado los cuerpos en los tres templos. Por su aspecto Ikai intuyó que los habían distribuido en base al tiempo que llevaban muertos.

Se armó de valor y buscó el cuerpo de su hermana, debía darle un último adiós, según la tradición de los Senoca. No tardó demasiado en encontrarla al pie del horripilante tótem. Ikai se dejó caer de rodillas junto a ella. Al contemplar el rostro macilento de Kyra no pudo reprimir las lágrimas.

—¿Qué le diré a madre? Prometí encontrarte y llevarte de vuelta.

¿Cómo se lo contaré? No puedo. Su dolor será inconsolable. Solma morirá del disgusto y la pena.

Ikai la cogió en brazos y la sacó del templo. La depositó suavemente en la arena, con el mar al fondo y las olas salvajes barriendo la arena de la playa.

—Te daré un último adiós ante la Madre Mar —dijo Ikai con la brisa marina sacudiendo su pelo.

—*Es la primera vez que nos entregan un cadáver parlante* —escuchó pronunciarse en el interior de su cabeza a una voz jocosa. Ikai no supo interpretar lo que sucedía y se quedó mirando al firmamento lleno de nubes grises.

—*Siempre hay una primera vez para todo, supongo.*

Ikai se puso en pie y se giró, esta vez hacia la vegetación tras la playa y su corazón cayó al suelo. Sobre una elevación, a pie de playa, como reinando sobre ella, distinguió a un Dios seguido de varias docenas de Siervos. Ikai no supo identificar a aquel Dios ni a sus Siervos, no los había visto nunca antes. Eran diferentes, siniestramente diferentes. Los Siervos eran de tamaño similar a un Opresor, quizás algo más enjutos. Su piel ocre era casi negra y sus prominentes venas en lugar de negras eran blancas. No vestían armadura, sino una túnica negra como la noche y una runa blanca en el pecho. Cubriendo toda la cabeza portaban un yelmo plateado. Sobre ojos y boca el yelmo tenía rejas. Su aspecto era verdaderamente aciago.

—*Un ejemplar vivo es una rareza por estos lares, lo disfrutaré inmensamente* —dijo el Dios, e Ikai sintió un escalofrío recorrerle toda la espalda. El Dios vestía de negro de pies a cabeza a excepción de un fajín plateado donde observó dos dagas curvas. Aquel Dios no era como los de la Ciudad Eterna, de eso Ikai no tenía duda. Sobre su áurea frente, sobre la afeitada cabeza y bajo los ojos, llevaba tatuadas en negro extrañas runas. Un destello en los ojos del ser dorado hizo que Ikai entrecerrara los suyos y se fijara en los del Dios. Eran negros, con el iris dorado y la pupila blanca.

Ikai se estremeció y se le erizó el pelo de la nuca. Echó la mano a la espalda sacando su cuchillo de lanzar. «Ha llegado la hora de morir. Pero

moriré luchando. Sin miedo, junto a mi hermana».

Pero el siniestro Dios y sus sirvientes se volvieron de pronto hacia la izquierda, ignorándolo. Ikai, perplejo, miró en la misma dirección. Sorprendido, descubrió una edificación negra al final de la playa y tres Dioses que se acercaban caminando sobre la arena. El extraño edificio le resultó familiar y se percató de que en realidad era una de las puertas arcanas de los Dioses, como la que había usado Albana para huir con Liriana y Maruk.

—*Mis ojos deben engañarme, pues reconocen a todo un insigne heredero de una de las prominentes Cinco Casas, y eso no es posible, pues mis primos de Alantres, la maravillosa Ciudad Eterna, jamás pisarían esta nuestra humilde morada, ¿no es así, querido Lord Adamis?*

—*Tus ojos no te mienten, Lord Woz* —dijo Adamis acercándose hasta quedar frente al Dios.

—*¿Y quién acompaña al Príncipe heredero de la Casa de Eret en esta tan sorprendente visita?*

—*Me acompaña Rotec, mi Campeón, y Notaplo, mi Erudito Primero.*

Ikai no sabía qué hacer, estaba de pie con la daga en la mano mirando de un Dios a otro mientras hablaban en su cabeza.

—*Quizás sería conveniente que habláramos en privado...* —sugirió Adamis mirando a Ikai y al resto de sirvientes de Lord Woz.

—*Tonterías. Esto es Hiltok, la isla de la Casa de Hila, la Casa desterrada, aquí no hay secretos, es más, permitiré a este insignificante esclavo superviviente que sea testigo de este encuentro y escuche lo que has venido a proponerme pues algo quieres...*

—*Como desees. Esta es vuestra tierra y las leyes de vuestra Casa rigen y deben ser respetadas.*

—*Y dime, primo, ¿qué poderosa razón ha hecho que unos Lores más radiantes e importantes nos visiten en nuestro destierro? Ya no recuerdo la última vez que un Lord nos visitara, bien sé que nos aborrecéis y rehuís como si fuéramos portadores de una enfermedad contagiosa.*

—*Te recuerdo, primo, que no fuimos nosotros los que rompimos las leyes de la Madre Naturaleza, los que utilizamos Poder prohibido. El*

destierro de la Casa de Hila fue decidido por el Consejo de los Cinco en unanimidad. El castigo, el aislamiento, os permitió conservar la cabeza...

—Cierto. Diferencias ideológicas irrevocables, mucho me temo. ¿Qué buscas aquí, Adamis?

—Quiero los esclavos vivos de esta playa.

—Los esclavos de esta playa me pertenecen. Fue parte del tratado de destierro firmado por las Casas.

—Los esclavos muertos te pertenecen, así está estipulado. No deseo saber para qué, pues las oscuras artes de la Casa de Hila no me interesan. Pero los vivos, no.

—Ummm ¿Y qué tiene de interés este esclavo vivo para que el poderoso e influyente Adamis pise la arena de la isla de Hiltok?

Ikai miró a Adamis sin comprender qué relación podría haber entre ellos. Y entonces recordó haber visto a aquel Dios con anterioridad, y al gigante que le acompañaba. Los había visto con Kyra.

—Si me permites... —dijo Adamis señalando a los pies de Ikai.

—Por supuesto, adelante —dijo Lord Woz intrigado, y cruzó los brazos sobre el pecho sonriendo con perfidia.

Adamis hizo un gesto con la cabeza y Notaplo avanzó hasta Ikai. Se agachó a sus pies y observó el rostro de Kyra.

—¿Qué haces? —preguntó Ikai como una advertencia blandiendo su daga al ver que el viejo Dios sujetaba la cabeza de Kyra.

—No temas, joven, quiero ayudarla.

—Llegas tarde. Está muerta, no puedes ayudarla.

De su túnica, Notaplo sacó un disco cristalino. En el interior del disco una pepita dorada brillaba con intensidad. Notaplo puso el disco sobre la frente de Kyra y se escuchó un chasquido metálico. El disco quedó pegado a su frente.

El cuerpo de Ikai se tensó.

—Tranquilo... —le dijo el viejo Erudito con una sonrisa amable.

Ikai no sabía qué pretendía pero estaba cada vez más intranquilo.

De pronto el disco se dividió en dos mitades y la superior comenzó a girar, emitiendo destellos. En el rostro de Kyra surgieron venas negras que fueron extendiéndose primero por su cuello y luego por todo su cuerpo.

—¡Dejadla estar! —gritó Ikai, que no pudo contenerse al ver que profanaban el cuerpo de su hermana. Intentó apartar al Dios-Erudito pero fue rodeado por una neblina blanquecina que le impidió avanzar empujándolo hacia el mar.

—*Debes permitir que Notaplo termine* —le llegó la voz de Adamis, que con la mano extendida controlaba la arcana neblina.

El disco produjo otro destello y comenzó a inyectar el dorado de la pepita en las negras venas que ahora poblaban todo el cuerpo de Kyra desde la frente bajando por el cuello al tronco y extremidades.

Ikai empujaba con las pocas fuerzas que le quedaban pero le era imposible vencer la resistencia de la neblina y avanzar hacia su hermana.

—¡Dejadla en paz! —gritó desesperado.

El disco dejó de rotar y las dos mitades se volvieron una. La pepita se había vuelto de color negro, su dorado se había consumido. Se escuchó otro chasquido metálico y Notaplo retiró el disco.

Ikai contemplaba impotente el cuerpo de su hermana. El dorado en las venas de Kyra fue desapareciendo, como si hubiera llegado hasta su corazón y hubiera sido asimilado. De súbito, ante los desorbitados ojos de sorpresa de Ikai, Kyra sufrió una convulsión. Un nuevo espasmo terrible la sacudió, como si hubiera sido alcanzada por un rayo en una tormenta. Ikai contemplaba atónito. Una tercera descarga sacudió todo su cuerpo.

Kyra abrió los ojos.

Y se incorporó de medio cuerpo.

Ikai cayó de rodillas y rompió a llorar vencido por una emoción incontenible de un alma desgarrada.

—Notaplo... ¿Dónde... estoy? ¿Qué... ha sucedido? —balbuceó Kyra reconociendo primero al viejo Dios-Erudito junto a ella.

Notaplo le sonrió de oreja a oreja y con ojos húmedos le respondió:

—*Ha sucedido que casi te perdemos, pequeña, pero todo está bien ahora.*

Kyra, aturdida, miró alrededor y reconoció a Adamis y Rotec tras Notaplo. Al ver a Adamis mirándola fijamente, Kyra sintió un revoloteo en el estómago y una súbita sensación de bienestar la invadió calentando su pecho. Llegaron hasta sus oídos las olas rompiendo en la playa y unos sollozos mullidos. Se volvió extrañada.

Y vio a Ikai.

Los ojos de Kyra se abrieron desorbitados.

—¡Ikai! —gritó, y el corazón de Kyra estuvo a punto de abandonarle el pecho y no regresar. Se incorporó de un brinco para correr hacia él pero las piernas le fallaron y se fue al suelo. Volvió a intentar levantarse de inmediato, avanzó un par de pasos y volvió a caer sobre la arena.

—¡Kyra, estás viva! —gritó Ikai que lloraba sacudiendo la cabeza sin poder creer lo que sus ojos contemplaban.

—¡Ikai, hermano! —gritó a los cielos llena de júbilo con las lágrimas bañando sus ojos. Gateando, fue al encuentro de Ikai.

—¡Estás viva! ¡Viva! —dijo Ikai abriendo los brazos.

Kyra se precipitó a los brazos de Ikai y los dos hermanos quedaron de rodillas fundidos en un abrazo tan intenso y lleno de emoción que sus cuerpos dolían. Las lágrimas de Ikai resbalaron por la frente de Kyra mientras las de ella mojaban el hombro de su hermano.

—Se lo dije, sabía que vendrías a rescatarme, se lo dije a todas.

—Siempre, hermanita, siempre. Jamás te abandonaré.

Quedaron abrazados, ignorando todo lo que les rodeaba en un momento de felicidad fraternal inconmensurable.

Lord Woz, que contemplaba la escena, aplaudió dramáticamente.

—*Y yo que creía que hoy sería un día de colecta ordinario —dijo negando con la cabeza y una sonrisa en su boca— y acabo de presenciar como la Casa de Eret devuelve la vida a los muertos. Algo, que si no recuerdo mal, está totalmente prohibido. Una de las razones principales por las que la Casa de Hila, mi excelsa Casa, fue expulsada de Alantres y*

desterrada a esta isla.

—*No exactamente* —dijo Adamis con una leve sonrisa—. *La joven esclava no estaba muerta. Ninguna ley ha sido aquí quebrantada, mucho menos una tan importante. No por mi Casa.*

—*Si viajaba en el navío fúnebre, estaba muerta.*

—*Casi, pero no del todo* —dijo Notaplo negando con el dedo índice—. *Una gota de esencia de vida quedaba en ella. Una gota fue salvada. Lo que he hecho es transferir algo más de esencia vital a su cuerpo y por ello ha revivido.*

—*Una lástima que ese sea el caso* —dijo Lord Woz encogiéndose de hombros—. *Viva está y por lo tanto podéis quedárosla. Es la ley.*

—*Gracias, Lord Woz* —dijo Adamis con una inclinación de cabeza.

Kyra contempló a su hermano, que tanto había echado de menos y que en más de una ocasión pensó nunca volvería a ver. Apenas podía creer que fuera él, estaba allí, con ella. Pero lo era. Observó sus singulares ojos, de uno de cada color, su parda cabellera lisa ahora enmarañada, y su rostro bondadoso y curtido. De pronto Kyra comenzó a recordar lo sucedido: la Ceremonia de la Vivificación... el reactivo... los Cinco Dios-Rey... su vida siendo transferida a ellos... hasta la última gota... hasta morir... las doce Seleccionadas... muriendo...

—¡Yosane, Idana! —gritó Kyra, y dejando el abrazo de su hermano se dio la vuelta y corrió al interior del templo a buscarlas.

Ikai se puso en pie y la siguió.

—¿Dónde están? ¿Dónde? —dijo llena de angustia mientras buscaba poseída por la desesperanza—. Tienen que estar aquí... tienen... estaban conmigo... —balbuceaba como si hubiera perdido la razón sin percatarse de que todos la observaban.

Con el alma partida descubrió los cuerpos de las doce Seleccionadas y el pánico la poseyó. Se arrodilló junto a ellas y encontró a Yosane. Tenía la cara cenicienta y su pequeño cuerpo húmedo y lleno de morados. Junto a ella descubrió a Idana y su cara denotaba que no había vida en ella.

—¡Ayúdame, Ikai, por favor! —pidió a su hermano, y comenzó a tirar de las dos. Ikai se acercó y la ayudó. Las llevaron fuera, sobre la

arena. Kyra puso sus manos sobre el rostro de Yosane y sus lágrimas cayeron en los ojos de su temerosa e inteligente amiga. Cogió la fría mano de la compasiva y voluntariosa Idana y la acarició entre las suyas. Kyra padecía tal sufrimiento en aquel momento que pensó el corazón le estallaba en mil pedazos.

Se giró hacia Notaplo.

—¡Te lo suplico, sálvalas, haré lo que me pidáis, cuanto me pidáis, pero sálvalas! —rogó entre sollozos.

Notaplo se acercó hasta ella.

—*No sé si podré, fierecilla.*

—Inténtalo, te lo ruego.

—*Sólo aquellas que bebieron el reactivo contigo tienen una oportunidad, el resto, mucho me temo, han departido ya, no queda vida en ellas.*

Kyra comprendió en aquel momento lo qué la había salvado: el reactivo. Miró a Notaplo y este asintió.

—*Elegiste bien...* —dijo el Erudito.

—Ellas dos bebieron conmigo, estoy segura y la cuarta, fue... Urda —dijo señalándola con el dedo.

—La traeré —dijo Ikai, y acercó a Urda hasta donde yacían Yosane e Idana.

Notaplo pidió permiso con la mirada a su señor. Adamis asintió.

—*Lo intentaré pero no hay garantías...* —dijo Notaplo.

De la túnica sacó tres discos, todos con una pepita en el centro. Se agachó con cuidado apoyándose en su báculo y los situó sobre las frentes de las tres jóvenes.

Todos contemplaron en silencio. El mismo proceso que se había dado en Kyra se repitió en las tres Seleccionadas. Al finalizar, Notaplo retiró los discos y los guardó. Se produjo un instante de tensión en el que nada sucedió. De súbito, Yosane comenzó a convulsionar, la siguió Idana con fuertes temblores y finalmente Urda con sacudidas descontroladas. Kyra contemplaba sin habla, con un nudo tan fuerte en la garganta que le

impedía tragar saliva y apenas respirar.

Los párpados de Yosane se abrieron y sus ojos pequeños y grises miraron al cielo.

—¡Yosane! —gritó Kyra eufórica, y se abalanzó sobre ella.

—¿Qué... qué... sucede? —balbuceó la menuda constructora de liso cabello oscuro con cara de desconcierto.

—¡Yosane! ¡Estás viva! ¡Viva!—gritaba Kyra que la abrazaba con todas sus fuerzas mientras lágrimas de alegría caían rodando por sus mejillas.

Idana se incorporó de medio cuerpo y miró alrededor con sus ojos claros y saltones. Una expresión de aturdimiento poseía su rostro pálido y lleno de pecas. Tenía el oscuro pelo rizado lleno de suciedad.

—¿Dónde estamos? —preguntó la boticaria confundida mirando al cielo.

Kyra se puso de rodillas y abrazó a Idana.

—¡Idana! ¡Estás bien! ¡Qué alegría! —Kyra las abrazaba a las dos entre sollozos entrecortados de pura alegría. Se sentía tan contenta que la dicha no le cabía en el alma. Las tres amigas se abrazaron dando rienda suelta a sus emociones y felicidad.

—No puedo... creer... que nos hayamos reencontrado... —balbuceó Yosane con ojos llenos de lágrimas observando los rostros bañados por los sollozos de felicidad de sus dos amigas.

—Sobrevivir y escapar, te lo dije —recordó Kyra a Yosane secándose las lágrimas de los ojos con la manga—. ¡Sobrevivir y escapar!

Yosane sonrió y acarició las mejillas de Kyra con las manos.

—Siempre me lo decía, sobre todo en los peores momentos... recordaba tus palabras, esas mismas palabras, y me daban ánimos a seguir adelante. ¡Sobrevivir y escapar! —dijo Yosane con un dulce sonrisa.

—Yo no había perdido la esperanza... quise siempre pensar que sobreviviríamos... de alguna forma... siempre mantuve la esperanza —masculló Idana.

Kyra la miró a los ojos y le acarició el pelo enredado.

—Tú siempre has sido bondadosa, entregada y voluntariosa, tu gran corazón tiene cabida para albergar toda nuestra esperanza.

Idana se fundió en un abrazo con Kyra y Yosane las rodeó con los brazos. Quedaron fundidas en un abrazo fraternal pues en hermanas se habían convertido en el transcurso de aquella horrorosa experiencia.

Ikai las observaba con gozo en su alma por haber encontrado a Kyra y verla feliz, aunque sólo fuera un ínfimo momento de dicha en medio de aquel universo de Dioses hostil y despiadado.

Kyra buscó a su hermano con los ojos y le dedicó una sonrisa desde lo más profundo de su corazón. Entonces vio a Urda, sentada con los hombros hundidos en la abertura que daba acceso al templo, contemplando en silencio el cadáver de Lian. Kyra se acercó hasta Urda y contempló al resto de las 12 que yacían muertas: a Lian, Gersa, Kata, Lirune, Jismen, Miru y las demás.

—No se merecían esto... —dijo Urda con la mirada perdida.

—No, no se lo merecían —dijo Idana acercándose—. Daría lo que fuera por haber podido evitar sus muertes... Por qué razón ellas y no yo, escapa a mi entendimiento, pero gustosa hubiera dado mi vida a cambio de las suyas.

—Eso te honra, y mucho —le dijo Yosane apoyando su mano en el hombro de la boticaria.

Kyra se volvió hacia Notaplo.

—Te lo ruego, si hay algo que se pueda hacer por ellas... —pidió con el alma sangrando por la pérdida de sus compañeras.

Notaplo negó con la cabeza.

—*Han departido ya, no queda vida en ellas. Nada puedo hacer, lo lamento.*

Yosane se arrodilló ante las caídas.

—Despidámoslas —dijo con lágrimas en los ojos.

Las cuatro supervivientes se arrodillaron y guardaron silencio.

Idana rezó una antiquísima plegaria de los rituales fúnebres de los

Senoca a la Madre Mar y otra al Padre Luna para que acogieran en sus brazos a las departidas. Luego cruzó los brazos en aspa sobre el pecho y rogó:

—Oxatsi cuida de ellas, hijas de tu pueblo elegido, déjalas morar en tu reino infinito —se volvió con los brazos extendidos hacia la Madre Mar a su espalda y Kyra, Yosane y Urda la imitaron—. Protégelas de todo mal y asegura su felicidad eterna, Padre Luna, aquella que no lograron entre los hombres. Que la corta vida sobre esta tierra se vuelva infinita y dichosa en brazos de la Madre Mar y el Padre Luna —dijo, y extendió los brazos a los cielos. Sus tres compañeras volvieron a imitar su gesto.

Guardaron silencio por un largo momento.

Yosane se puso en pie con lágrimas en sus ojos, no sólo de pena, sino de rabia.

—¡Ante los cuerpos de mis compañeras asesinadas juro que no volveré a tener miedo, que no me volverán a temblar las piernas, a fallar el ánimo ante el horror, ante la injusticia! Sacaré fuerzas de su recuerdo cuando el miedo me ataque, para luchar, por ellas, por su valentía.

Kyra le sonrió.

—Es una buena promesa fúnebre, honras la tradición.

—Y la cumpliré. No volveré a ser el animal asustado e indefenso que era. Nunca más.

Urda le hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza.

La brisa marina sopló con fuerza, trayendo humedad y salitre sobre sus alas invisibles y golpeó a todos sobre la playa, Dioses, Siervos, hombres y muertos por igual. La naturaleza no hacía distinciones entre sus hijos.

Lord Woz se irguió y oteó el horizonte. Frunció el ceño.

—*Es realmente fascinante lo que hoy he contemplado* —dijo Lord Woz con las manos a la espalda—. *Ese Erudito vuestro, Adamis, es toda una eminencia, he de reconocer. Sin embargo, nosotros preferimos los muertos a los vivos, nos son de mucha mayor utilidad...*

—*En eso siempre discreparemos* —respondió Adamis con tono cauto.

Lord Woz soltó una pequeña carcajada.

—*Huele a tormenta, una que pronto descargará sobre esta playa* — dijo mirando al cielo—. *Así que, querido primo, sintiéndolo mucho he de pedirte que amablemente abandones nuestra isla y te lleves contigo a tus “vivos”. Es hora de que nosotros recolectemos nuestros muertos.*

—*Estamos en la Casa de Hila y sus leyes respetamos. Nos marchamos* —dijo Adamis con una pequeña reverencia. Miró a Kyra y le hizo una seña disimulada para que le acompañara.

Una ráfaga de viento los golpeó con fuerza portando un mal presagio.

—*¡No tan rápido!* —llegó el estruendo de una voz furiosa.

Todos se volvieron hacia el origen de la voz. Avanzando desde el portal, aparecieron tres figuras. Kyra exclamó una ahogada maldición y a Yosane la sangre se le heló en las venas.

Era Lord Asu y sus ojos centelleaban de ira.

Lord Asu avanzaba desafiante por la playa con los ojos encendidos, las escamas de su armadura dorada brillaban con cada paso y su capa ardía azotada por la brisa marina. Junto al Príncipe de la Casa de Aureb iba su gigantesco Campeón: Iradu, vestido en pesada armadura carmesí de combate. Los seguía una siniestra figura en oscuras vestimentas y yelmo con visor de espejo. Avanzaron hasta situarse a cinco pasos de Adamis y Rotec, que los observaban con semblante hosco y ánimo tenso. Kyra, Ikai y el resto del grupo los observaban varios pasos por detrás de los dos Dioses de la Casa de Eret.

—*Mi querido Lord Asu, ¡qué inesperado honor!* —dijo Lord Woz con un marcado tono de ironía.

Lord Asu le dirigió una mirada hostil y torció el gesto.

—*Esto no te incumbe, ni a ti ni a tu Casa* —dijo señalándolo con el dedo con tono de menosprecio.

—*Puede que así sea, primo, pero creo conveniente recordarte dónde te encuentras...*

—*Sé perfectamente qué maldita arena piso, y a qué Casa pertenece, no debes preocuparte por ello. Ahora, si nos disculpas, tengo una cuenta pendiente que saldar con esta traicionera sabandija* —dijo señalando a Adamis.

Lord Woz cruzó los brazos sobre el pecho.

—*Estaré observando, pues cierto es que no me incumbe pero sí me afecta pues esta es mi casa...* —dijo barriendo la playa con la mirada.

Lord Asu asintió y clavó sus ojos de fuego en los de Adamis.

—*Oskas, mi Maestro-Espía* —dijo señalándolo—, *me ha informado de una traición inconcebible perpetrada por el propio heredero a la Casa*

de Eret en persona. No he querido creer tal acusación pero Oskas es infalible en su cometido y cuando descubre una acción encubierta, rara vez se equivoca. No he tenido más remedio que comprobar la información yo mismo. Y lo que mis ojos contemplan —dijo mirando a Yosane y sus compañeras— es alta traición, penada con la muerte.

Adamis se irguió.

—No se ha cometido ninguna traición. Esa acusación carece de validez.

—¡Cómo te atreves! ¿Me crees ciego o acaso estúpido? —tronó Lord Asu— ¡Esas esclavas de ahí son Seleccionadas!

—Puede que lo sean, aún así no se ha cometido ninguna traición —dijo Adamis con voz calma. Sin embargo, Rotec e Iradu estaban muy tensos y con las manos en la empuñadura de las espadas.

—La ley prohíbe interferir en modo alguno con la Ceremonia de la Vivificación. Esas cuatro esclavas deberían haberse consumido hasta no quedar ni una gota de vida en sus cuerpos para el bien de nuestros padres, los Reyes. ¡Si viven es por tu hacer y por ello la muerte te espera! —acusó sin paliativos.

—O simplemente por un azar de la vida. No es la primera vez que una esclava ha sobrevivido al ritual —intervino Notaplo.

—¡Calla, viejo! ¡Ninguna esclava ha sobrevivido en más de 800 años, cuando se terminó de perfeccionar el proceso de vivificación!

—Sea como sea —dijo Adamis con la misma calma que sus ojos grisáceos transmitían, —tus acusaciones carecen de valor sin pruebas que las sustenten. Puedes llevarlas ante el Consejo, pero los Cinco Reyes, ahora repuestos con la esencia vital de las Seleccionadas, no serán benevolentes si acusas a un Príncipe de una Casa rival sin pruebas.

—¡Ellas son mis pruebas! ¡Entrégamelas!

—Me temo que no puedo hacer eso.

Kyra miró su pulsera y luego a Yosane.

—El maldito exige a Adamis que nos entregue.

Yosane dio un paso al frente.

—¡Nunca! ¡Nunca más! ¡No volverás a encarcelarme, a someterme a tus experimentos, a acabar con mi vida como la pobre Gersa! ¡Nunca! —gritó Yosane con el puño amenazante, el miedo olvidado para siempre, la fuerza de la determinación y la valentía pujando en su corazón.

Kyra se contagió del ardor de su amiga y su espíritu guerrero clamó justicia.

—¡Algún día pagaréis por todo esto, por las miles y miles de vidas indefensas que habéis sacrificado, por todo el sufrimiento y dolor que habéis causado a los hombres!

La cara de Asu sufrió un espasmo y los ojos parecieron saltarle de las cuencas desprendiendo una llamarada de ira.

—*¡Cómo os atrevéis, sucias esclavas, a dirigíos a mí de esa forma! ¡A mí! ¡Pagareis esta afrenta con sangre! ¡Os haré sufrir hasta que perdáis la cordura. Me rogaréis que os quite la vida pero no lo haré, os infligiré más dolor, mucho más!* —gritó fuera de sí.

Tan desmedida fue la exclamación de ira del Príncipe del Fuego que las cuatro compañeras recibieron un golpe mental brutal y cayeron al suelo.

—*No dejaré que las lastimes* —le dijo Adamis con mirada ahora fiera.

—*Puedo hacer con ellas lo que desee, son esclavas y tú no eres nadie para negarme ese derecho.*

—*Las esclavas fueron seleccionadas para un cometido y lo han cumplido. Ahora están bajo mi protección.*

Lord Asu rió con una descarnada carcajada.

—*Siempre has sido un príncipe débil, todas las Casas lo comentan: el príncipe al que le gusta la compañía de los esclavos. Quizás lo hubiera entendido si se tratara de motivos carnales, el placer a fin de cuentas a todos nos seduce. Pero no es ese tu caso ¿verdad? No, es mucho peor, confraternizas con esas sucias cucarachas únicamente porque eres débil, repugnante, como ellos.*

—*Tus insultos únicamente demuestran la debilidad de tu carácter.*

La mandíbula de lord Asu estuvo a punto de ceder de la fuerza con la que la apretaba.

—*Esta es mi última oferta, puedes quedarte con tu esclava si tanto lo deseas, pero el resto se vienen conmigo. Acéptalo o la sangre salpicará de rojo la arena de esta playa y créeme que estoy deseando demostrar cuánto más poderoso es el Príncipe de la casa del Fuego que el de la Casa del Éter.*

Al escuchar la amenaza del derramamiento de sangre Lord Woz se tensó.

—*Lores, Príncipes...*

—*Te he dicho que no te inmiscuyas* —amenazó Lord Asu mirándolo con hostilidad manifiesta, y luego volvió a clavar sus ojos refulgentes en Adamis—. *¿Tu respuesta final?*

Adamis volvió la cabeza y buscó la mirada de Kyra. Ella entendió lo que la mirada preguntaba. Él podía salvarla a ella, pero sus amigas perecerían y con ellas Ikai. Por mucho que quisiera salir de allí, nunca podría hacerlo condenando a sus amigos y familia. Kyra mantuvo la sincera mirada de Adamis un instante y negó con la cabeza. El Príncipe suspiró y sus ojos mostraron pena y resignación profundas. Asintió a Kyra y encaró a Lord Asu. Kyra comprendió en aquella mirada la magnitud de lo que había pedido a Adamis que hiciera por ella. El Príncipe no tenía por qué hacerlo, ella no era nada para él, una simple esclava, un entretenimiento pasajero. «No se enfrentará a Lord Asu, a otro Dios, por mí. No lo hará, yo no soy nadie, no soy nada para él. Sería una locura». Y entonces se percató de que estaban todos condenados.

—*¿Y bien?* —demandó Lord Asu.

Un silencio tenso, mortal, se gestó entre los dos príncipes.

Adamis miró al cielo y contestó:

—*Los esclavos están bajo mi protección.*

—*¡Maldito estúpido, me has dado la excusa que buscaba!*

Adamis murmuró una palabra y antes de que Lord Asu terminara la frase una esfera etérea lo envolvió. Al instante, Rotec desenvainó su espada y activó el enorme escudo circular etéreo de su guantelete. Iradu,

imitando los movimientos de Rotec, desenvainó su espada y armó su escudo de fuego. Asu giró la mano y una esfera de fuego lo rodeó mientras una bola ígnea aparecía en su palma.

Notaplo dio un paso atrás llevándose consigo a Kyra y las demás.

—*¡Corramos hacia el Portal!*

—*¡Por arriba!* —gritó Ikai, y corrieron hacia la parte superior de la playa, donde Lord Woz contemplaba los acontecimientos alejándose de los Dioses sobre la arena.

Asu volvió la cabeza hacia Oskas.

—*Captúralas y mata al viejo Erudito.*

El Maestro-Espía asintió a su señor y corrió tras el grupo.

Asu cruzó una mirada con Iradu.

—*Mata a su campeón* —le ordenó, Iradu asintió con una inclinación —. *Dejadme a Adamis a mí, quiero disfrutar arrancándole el corazón.*

Rotec de inmediato murmuró una palabra de Poder y su espada de plata se volvió traslúcida. Iradu hizo que su espada ardiera en llamas. Se saludaron con la cabeza, con respeto, como los Campeones de sus Casas que eran. Aquel sería un combate a muerte, ambos lo sabían. Los dos mejores guerreros de todo Alantres se enfrentaban y sólo uno permanecería como Campeón invicto. Iradu cargó contra Rotec a la velocidad del rayo, su capa llameaba con gran intensidad, propulsado por la combustión del aire a su espalda. Rotec lo recibió protegido tras su traslucido escudo de éter. La espada de fuego de Iradu golpeó con fuerza descomunal el escudo de Rotec pero este aguantó el embate sin ceder un paso. Los dos guerreros intercambiaron golpes maestros a una velocidad inconcebible. Tajos, estocadas, seguidos de reveses y contra-estocadas de fulgurantes trazos aparecían y desaparecían en un instante. La maestría de los dos Campeones era tal y tan pareja que no conseguían romper la defensa del contrario. Las espadas se encontraban y los escudos rechazaban ataques y embestidas. Dos consumados Dios-Guerrero combatían con una pericia sin parangón.

Asu rodeó en llamas a Adamis. Un círculo de fuego de una intensidad sobrecogedora lo envolvió. Bajo sus pies vio trazada la runa

incandescente del águila de fuego y supo que las llamas devorarían todo cuanto sobre el círculo encontraran. El Príncipe del Éter se concentró y envió más Poder a reforzar su esfera protectora. A través de la traslúcida superficie y las voraces llamas que lo consumían todo, pudo ver el rostro despiadado de su enemigo, el Príncipe del Fuego. Supo que la lucha sería a muerte, le había brindado la excusa que necesitaba y hacía mucho tiempo que Asu deseaba acabar con su vida. El dedo helado del miedo llegó hasta su espíritu pero Adamis repudió su contacto. Asu era el más poderoso de todos los Lores y eso le convertía en un adversario formidable. Pero no siempre los más fuertes lograban la victoria, a veces lo hacían lo más astutos.

Iradu apartó el escudo, pronunció una palabra de Poder y frente a Rotec estalló una llamarada abrasadora. Rotec se protegió tras el escudo pero las lenguas de fuego lo rodearon y llegaron hasta su armadura quemando su carne. Dio un paso atrás dejando escapar un gruñido y levantó una bruma de esencia que lo rodeó. La llamarada avanzó hacia Rotec y al contacto con la bruma se fue apagando. Iradu entrecerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás; con un rugido bestial envió un cono de fuego sobre Rotec, que contrarrestó el fuego enviando un aliento etéreo contra él. Al contacto del fuego con el éter, el fuego se fue debilitando hasta apagarse.

Girando la espada, Iradu lanzó una bola de fuego contra Rotec. El escudo la detuvo pero al impactar explotó y Rotec salió despedido hacia atrás golpeando el suelo con dureza. Iradu dio un salto descomunal y en el aire, con un movimiento de su espada, envió un mandoble ígneo contra Rotec. El campeón de Adamis rodó sobre sí mismo y lo esquivó un instante antes de ser alcanzado. Iradu se plantó sobre él e intentó atravesarlo con su espada de fuego. Rotec, desde el suelo, desvió la estocada con su escudo y con su espada envió una daga etérea hacia el rostro de Iradu. El Campeón de Asu no vio el golpe de Poder a tiempo. La daga traslúcida llegó hasta su ojo. En el último instante Iradu la percibió. Movié la cabeza hacia un lado y la daga le abrió un profundo corte desde el ojo hasta la oreja. Iradu dio dos pasos atrás y se llevó la mano a la herida que sangraba profusamente. Rotec se puso en pie de un salto. Iradu pronunció una palabra de poder y una runa candente se formó bajo sus pies. La runa explotó con un estruendo e Iradu salió despedido hacia los

cielos propulsado por la explosión, dejando tras de sí una estela de fuego.

Asu pronunció palabras de Poder y bajo sus pies Adamis vio formarse el glifo del volcán. El suelo comenzó a temblar y con muchas dificultades mantuvo el equilibrio. De súbito, la tierra se partió con un estruendo y un volcán comenzó a surgir de ella. Adamis maldijo, si se desequilibraba y perdía el control de su esfera protectora moriría consumido por las llamas. El volcán se elevó veinte varas y comenzó a escupir fuego y lava sobre la playa. Adamis luchaba con todas sus fuerzas por no desestabilizarse, todo a su alrededor era una pesadilla llameante. El calor era tan sofocante que tenía que invertir cada vez más de su reserva de Poder para que no penetrara su barrera y acabara con él: la asfixia era tan peligrosa como las llamas. Clavó los pies, los flexionó y extendió las manos, controlando la esfera mientras veía los ojos de Asu refulgir de placer. Toda la playa era un caos de llamas y brasas, las primeras líneas de mar ardían y la lava se solidificaba al entrar en el agua. Adamis sudaba, estaba en aprietos, su rival estaba descargando sobre él cuanto tenía y esta vez sintió la gélida mano del miedo cerrarse sobre su alma.

Adamis vio por el rabillo del ojo como Lord Woz se retiraba al interior de la espesura para no ser alcanzado por las llamas. A lo lejos vio correr al grupo hacia el portal. Tenía que conseguirles tiempo, tenía que conseguir que Asu centrara todo su poder de destrucción en él o las llamas los alcanzarían: Notaplo corría demasiado lento y la destrucción desatada por Asu iba en aumento.

—*¿Eso es todo cuanto el Príncipe de la Casa de Aureb puede hacer?*
—rió Adamis con una carcajada fingida.

Asu cerró los puños en llamas y miró a Adamis con ojos desorbitados de ira.

—*¡Te mataré! ¡Por los cielos que te mataré, maldito pusilánime engreído! ¡Te arrancaré el corazón carbonizado del cuerpo y escupiré sobre él!*

Adamis sonrió. Había logrado lo que quería. Al verle sonreír, Asu se volvió loco de furia y comenzó a descargar bolas de fuego tremendas contra Adamis, una detrás de otra. Explosionaban con tal virulencia que Adamis se veía obligado a retroceder hacia el mar. Toda su concentración y su Poder los mantenía en que su barrera protectora no cediera. Sabía que

Asu estaba utilizando ingentes cantidades de Poder contra él y, tarde o temprano, su reserva terminaría por vaciarse por muy grande que fuera.

Rotec trazó una runa sobre el suelo con su espada mientras entre dientes pronunciaba la palabra de Poder. La runa se quebró y de ella surgió un espíritu etéreo que lo elevó hacia las alturas a gran velocidad. Iradu se cauterizó la herida con la espada de fuego en pleno aire y soltó un rugido de dolor. Rotec pasó al ataque y envió una lanza etérea pero esta vez el campeón del fuego la percibió y se cubrió tras su escudo. La lanza consiguió perforar el escudo de fuego y se quedó incrustada. La punta rozó la frente de Iradu abriéndole una brecha. Iradu bramó. Según caía hacia el suelo, creó una poderosa bola de fuego y la lanzó rodando por el aire a enorme velocidad. Rotec se protegió con el escudo pero la explosión de fuego en el impacto fue tan brutal que salió despedido de espaldas en dirección al suelo.

Iradu vio que Rotec intentaba equilibrarse mientras caía a gran velocidad. No desaprovechó su ventaja. Conjuró y lanzó un meteorito ígneo consumiendo gran parte de su reserva de Poder, en una jugada arriesgada. Rotec consiguió frenar la caída conjurando un nuevo espíritu que lo sostuviera y evitara el impacto contra el suelo. Alzó la mirada hacia Iradu y fue cuando vio el meteorito en llamas descender sobre él a una velocidad pasmosa. Rotec, con máxima urgencia, consiguió crear un prisma protector de éter un instante antes de ser alcanzado. El tremendo impacto del meteorito y la explosión de fuego consiguiente propulsaron a Rotec contra el suelo a desmedida velocidad. Rotec se estrelló contra la arena con un terrorífico impacto y quedó semi-enterrado.

Frenando su caída con un par de proyectiles ígneos contra el suelo, Iradu descendió de las alturas con los ojos clavados en Rotec. A un par de varas de altura se dejó caer. Se tensó y fue a por su oponente deslizándose sobre fuego a enorme velocidad. Según ganaba inercia el fuego lo rodeó convirtiendo su cuerpo en una enorme bola ígnea. Rotec se levantó, tambaleándose. El prisma protector lo había salvado de la explosión pero no así del terrible impacto contra el suelo. Sangraba por los oídos y la comisura de los labios. Aturdido, intentó defenderse y alzó el escudo. Iradu lo embistió con toda la fuerza de su cuerpo en llamas y la inercia del fuego. Rotec salió despedido entre llamas tras el brutal golpe y quedó tendido en la arena. No se levantó.

Asu levantó los brazos al cielo y pronunció una larga frase de Poder. El cielo sobre Adamis se volvió de un negro-rojizo que lo amedrentó. Se produjo un estruendo ensordecedor, como si cien truenos estallaran a la vez, y comenzó a llover fuego sobre Adamis. Todo ardía en llamas devastadoras: la arena, el mar, el cielo. El miedo comenzó a hacer mella en el Príncipe del Éter, la barrera estaba siendo muy castigada y bajo una lluvia constante de fuego pesado no podría mantenerla. No le quedó más opción que contra-atacar. Se concentró, calculó el Poder que necesitaría y el remanente que le quedaría, y pronunció lentamente la frase de Poder.

Se produjo una gigantesca explosión de energía etérea de una pureza cegadora que se expandió desde Adamis, su epicentro, hacia los cielos, cubriendo la playa, el mar y el firmamento. La energía etérea al contacto con el fuego lo fue destruyendo, ahogando su voraz esencia, hasta hacerlo desaparecer.

Asu gritó lleno de ira.

Al otro extremo de la playa, Notaplo corría renqueante hacia el arcano edificio. Entre entrecortados jadeos urgía al resto:

—*¡Vamos, rápido, al portal!* —Urda, Yosane e Idana corrían en cabeza. Kyra e Ikai cerraban la retaguardia ayudando a Notaplo. Corrían con inmenso temor, mirando al cielo y la arena a sus espaldas, donde el devastador combate entre los Dioses estaba teniendo lugar.

—*¡Vamos, vamos, tenemos que salir de aquí!* —apremió Ikai.

Llegaron al oscuro edificio arcano con el monolito en el centro. Urda, Yosane e Idana alcanzaron la puerta. Se volvieron animando a Kyra y a Ikai, que ahora llevaban a Notaplo al vuelo sujetándolo por los brazos.

—*¡Vamos!* —les animó Yosane— *¡Ya casi estáis!*

Ikai y Kyra llegaron, entre jadeos, y soltaron a Notaplo que cayó de rodilla sobre la arena. Idana lo ayudó a ponerse en pie.

Kyra miró el edificio ante sus ojos, ¿lo habían conseguido! Pero notó algo raro en la pared junto a la entrada, un movimiento en la propia negrura de la pared. Arrugó la frente, confusa. Y de la negrura surgió una sombra, como si abandonara el negro del mármol para tomar vida propia. De ella salió Oskas.

—¡Cuidado! —advirtió Kyra.

Oskas se abalanzó sobre Notaplo como una exhalación con las dos oscuras dagas en sus manos buscando el cuello del Erudito. Notaplo, con ojos desorbitados, murmuró una palabra. Las dagas golpearon a la altura del cuello y el Erudito cayó de espaldas.

—¡Maldita barrera! —susurró Oskas bajo el Yelmo del Olvido—. Pero no te volveré a salvar.

Se lanzó sobre Notaplo con una velocidad inhumana y golpeó repetidamente sobre su pecho con una celeridad inusitada. Notaplo soltó un grito de dolor, su barrera había cedido, lo había herido. Kyra e Ikai se abalanzaron sobre Oskas en defensa del viejo Dios. Los tres rodaron por el suelo. Ikai atacó con su cuchillo de lanzar pero las dagas de Oskas desviaron sus ataques con facilidad. Kyra se lanzó sobre las piernas del Maestro-Espía para derribarlo pero recibió un fuerte rodillazo en la cara que la dejó aturdida sobre la arena. Ikai volvió a atacar pero esta vez recibió un fulgurante corte en el antebrazo y perdió el cuchillo, que cayó al suelo. Quedó indefenso. Su rival era mucho mejor luchador que él, que cualquiera, un verdadero maestro del combate. Oskas fue a rematarlo. Ikai esperó el golpe de gracia con los ojos fijos en las dagas de muerte. Pero Urda apareció a la espalda de Oskas y lo sujetó con un potente abrazo de oso. Oskas intentó revolversse pero la fuerza de Urda se lo impidió. Ikai soltó una patada e hizo volar una de las dagas de Oskas de su mano. El Maestro-Espía soltó un cabezazo tremendo hacia atrás y rompió la nariz de Urda. Luego golpeó su espinilla derecha con el talón y Urda tuvo que aflojar la presión del tremendo dolor. Oskas liberó un brazo y de un fulgurante codazo a la sien derribó a Urda.

Ikai se lanzó contra Oskas y le agarró de la muñeca para quitarle la daga. Con un movimiento endiablado Oskas sujetó el brazo de Ikai, le metió la cadera y le hizo volar sobre su cuerpo. Ikai cayó al suelo a pies del Maestro-Espía. Su espalda golpeó el suelo con fuerza y quedó indefenso. Oskas pisó el pecho de Ikai con su rodilla ejerciendo presión para impedirle respirar y lentamente situó la daga negra sobre el cuello de Ikai.

La muerte llegaba temprana en busca de Ikai. Se miró en el Yelmo del Olvido pero su rostro no se reflejó en la pulida superficie de espejo.

—Hora de morir, esclavo —dijo la voz lejana de Oskas bajo el yelmo—, no deberías haber interferido en las órdenes de mi amo y señor. Al Erudito he de matar y así lo haré pues soy fiel siervo de mi señor.

Ikai no sintió miedo, había hecho lo que debía, inspiró su última bocanada y miró el visor del yelmo.

—Servimos a la Casa de Aureb. Servimos en secreto —recitó Oskas su siniestro credo.

—¡Ikai, no! ¡No! —gritó Kyra desesperada con toda la fuerza de sus pulmones.

Oskas dudó.

Ikai percibió que algo extraño sucedía, no le daba muerte.

—¡Ikai! —volvió a gritar Kyra, y lanzó el cuchillo de Ikai contra Oskas, con toda la pericia que su hermano le había enseñado.

El cuchillo alcanzó a Oskas en el lateral del cuello.

El Maestro-Espía se llevó la mano a la herida. Murmuró unas palabras y una neblina negra lo envolvió. Con un soplo de la brisa marina la neblina desapareció, y con ella, Oskas.

Ikai resopló y se incorporó lentamente. Miró a su hermana y le sonrió agradeciéndole en el alma haberle salvado. Suspiró, había hecho lo imposible por salvar a su hermana y, al final, había sido ella quién le había salvado a él. La vida estaba llena de sorpresas y lecciones. Y aquella la recordaría siempre. Observó el centro de la playa, donde la infernal batalla entre los Dioses continuaba.

Iradu estaba sobre Rotec. El Campeón de Adamis, derrotado, se moría. Iradu alzó la espada ígnea y fue a darle muerte. Rotec le saludó, había sido derrotado y moría con honor. Iradu le devolvió el saludo.

—*Luchaste con honor y mueres con honor. Que la madre Naturaleza te acoja en su seno, Campeón de la Casa de Eret* —dijo, y le dio muerte de un fugaz tajo, decapitándolo.

Adamis sintió que algo iba mal y miró en la dirección de su Campeón. El corazón se le partió en dos al ver a Rotec, su amigo, su protector, muerto.

Asu clamó triunfal.

—*¡Me llenas de orgullo, Iradu, llenas de orgullo a la Casa de Aureb!*

Iradu saludó con un gesto de cabeza a su señor.

Desbordado de orgullo y sintiéndose invencible, Asu miró hacia los esclavos junto al portal.

—*¡Esa esclava es mía! ¡Mía! ¡Por derecho!* —gritó lleno de ira. Atacó a Adamis de forma frenética, descargando sobre él una tempestad de meteoritos de fuego.

Adamis se cubrió y reforzó su esfera protectora, estaba muy debilitada por el tremendo castigo que estaba recibiendo y ya no le quedaba apenas Poder en sus reservas. Soportó los primeros impactos físicos de los meteoritos seguidos de las atronadoras explosiones ígneas, pero el castigo fue demasiado. Adamis no pudo contrarrestarlos. Fue lanzado al mar en medio de una devastadora explosión y cayó como un monigote herido para no levantarse.

Asu levantó el puño al cielo, triunfal, y entonces se giró hacia Yosane.

—*¡Esclava! ¡Eres mía! ¡Me perteneces! ¡Regresa a mí o lo pagarás!*

Yosane lo miró sin miedo, con valentía en su corazón. Cerró los puños y contestó:

—*¡Nunca! ¡Nunca más!*

Asu perdió el control, poseído por la ira. Quiso usar su Poder pero lo había consumido todo en su ataque furibundo a Adamis. Consumiendo Poder de su debilitada esfera protectora lanzó una flecha de lava contra Yosane.

En ese instante, Adamis emergió de las aguas. Tenía quemaduras en el hombro, pierna y costado. Su rostro mostraba un dolor intenso y sangraba de la cabeza. Vio la oportunidad y reaccionó instintivamente. Aún le quedaba una pizca de Poder y lanzó una jabalina etérea al corazón de Asu. El Príncipe del fuego, desbordado por una ira rayando en la demencia, no vio la jabalina hasta que penetró su debilitada defensa. Reaccionó. Con un fugaz movimiento de su espada ígnea desvió la trayectoria del misil un instante demasiado tarde. La jabalina le entró por

el hombro y quedó clavada atravesando su cuerpo a dos dedos del cuello.

Asu dio dos pasos atrás con los ojos desorbitados.

—*¡No! ¡No puede ser!* —gritó y se derrumbó de espaldas en la arena.

—*¡Mi señor!* —exclamó Iradu, y se propulsó hacia su señor.

El proyectil ígneo enviado por Asu cruzó el cielo a la velocidad del rayo, como si lo hubiera propulsado un arco gigante, y buscó el pecho de Yosane.

—¡Cuidado! —gritó Kyra señalando el proyectil.

Idana lo vio y reaccionó. Se lanzó en frente de Yosane para protegerla con su cuerpo.

Ikai también se lanzó a por Yosane.

El proyectil de fuego alcanzó a Idana en el hombro y la atravesó. Yosane lo recibió en el pecho un instante antes de que Ikai se la llevara por delante. Los tres rodaron por la arena.

Kyra llegó hasta ellos y vio a Idana retorcerse de dolor con la herida ardiente en su hombro. Y entonces descubrió la herida en el pecho de Yosane. La saeta ígnea le había atravesado para enterrarse en la arena.

—¡Noooooooooooo! —gritó Kyra desconsolada.

Fuera de sí, intentó reanimarla pero Yosane había muerto al instante, su pequeño cuerpo había sido atravesado por la letal saeta de fuego. Kyra, desesperada, buscó la mirada de Ikai. Su hermano bajó la cabeza.

—¡Notaplo, sálvala!

El Dios-Erudito negó lentamente con la cabeza.

—*Se ha ido. Nada puedo hacer, lo siento mucho...*

Kyra, de rodillas, sujetó la cabeza de su amiga contra su pecho.

—¡No te vayas, no! —suplicó, con su alma ahogándose en un mar de dolor y desesperación—. Sobrevivir y escapar... —le susurró bañando el gentil rostro de su amiga con las lágrimas que su alma lloraba.

Ikai se acercó a Idana y la ayudó. Improvisó una venda rasgando un trozo de su túnica. Idana lloraba de dolor y pena.

—¡Malditos! ¡Malditos Dioses sin entrañas! ¡Pagareis por esto, juro por la Madre Mar que no descansaré hasta veros a todos de rodillas! — clamó Kyra a los cielos con el alma incapaz de absorber el sufrimiento infinito que padecía.

Desde la parte alta de la playa llegó un grito.

—*¡Basta! ¡Quietos todos!* —se escuchó la potente voz de Lord Woz —. *¡No habrá más derramamiento de sangre en los dominios de mi Casa!* —ordenó.

Todos lo miraron.

—*Ignóralo. ¡Mata a Adamis!* —ordenó Lord Asu a Iradu con un ribete de sangre oscura en la comisura de los labios y antes de que se lo llevara la negrura.

Iradu asintió a su señor y dio un paso hacia Adamis.

—*¡Quieto te digo o es tu vida!* —amenazó Lord Woz.

El campeón de Lord Asu miró desafiante hacia la colina y vio que Lord Woz no sólo estaba acompañado de sus siervos sino que una veintena de Dios-Guerreros de la Casa de Hila lo escoltaban ahora. Iradu miró a Adamis.

—*Mi señor me ha ordenado matarte y como su Campeón, así debo hacerlo. Es mi obligación, mi deber. Pero no será hoy* —dijo mirando a Lord Woz. Se volvió hacia Adamis y lo saludó con la cabeza.

Adamis lo entendió y le devolvió el saludo.

—*Ninguno de los dos abandonaréis esta playa. No permitiré que mi Casa sufra represalias por este derramamiento de sangre. Alertaré a vuestras Casas y al Consejo.*

—*Requiero un Sanador para mi señor* —pidió Iradu señalando a Lord Asu.

—*Lo tendrás.*

Adamis miró la desoladora escena junto al portal.

—*Deja marchar a los esclavos* —pidió a Lord Woz.

—*No me interesan, los vivos pueden irse.*

Adamis lo saludó y avanzó hasta llegar al portal.

—*Notaplo, ¿estás malherido?*

—*Viviré, mi señor, no mucho más, pero viviré* —dijo el viejo Erudito con su mano presionando la herida.

Kyra lloraba desconsolada junto al cuerpo de Yosane, sus ojos eran cataratas de dolor por aquella pérdida insondable. Su corazón sangraba, su alma rota jamás se recuperaría de la pérdida sufrida.

Adamis se arrodilló junto a ella y le acarició el cabello.

—*Debes irte, ahora.*

Kyra volvió la cabeza hacia el Príncipe.

—¿Por qué, Adamis? ¿Por qué ella? Nunca hizo nada malo, era inteligente, buena, la mejor amiga. Un alma gentil incapaz de hacer daño a nadie. Dime, ¿por qué ha tenido que morir? ¿Para satisfacer los egos de unos Dioses ególatras y despiadados?

Adamis bajó la cabeza, su vergüenza era tan patente que no la podía disimular.

—*Nunca podré reparar las injusticias y el terrible daño y sufrimiento que los míos han causado, lo sé, y créeme que lo siento, lo siento de verdad. Pero ahora te ruego que me escuches. Debéis iros. Poneos a salvo. Pronto llegarán y entonces no podré salvaros.*

Ikai intervino.

—Tiene razón, debemos marcharnos, ahora que aún tenemos la oportunidad.

—Ella lo hubiera querido así —le dijo Idana entre sollozos, intentando darle ánimos.

—*Entrad en el portal* —les indicó Adamis.

Urda, Yosane e Ikai entraron.

Por último, Kyra entró. Adamis se acercó hasta ella y le cogió la mano.

—*Sé que ahora me odias más incluso que antes, pero quiero que sepas que esta muerte y destrucción que ves no soy yo, no es lo que yo quiero.*

Conocerte me ha cambiado, me ha abierto los ojos, me has hecho ver las cosas desde la perspectiva que deberían ser apreciadas. Has vuelto mi mundo del revés y por ello te doy las gracias, por haberme despertado de esta ensoñación en la que vivimos sumidos creyéndonos con derechos sobre otros seres, sobre el mundo. Derechos que no tenemos ni deberíamos tener jamás. No sólo eso, has despertado sentimientos en mí tan fuertes, tan bellos, que nunca antes había experimentado. Por todo ello te doy las gracias, ha sido un honor conocerte, Kyra de los Senoca, nunca te olvidaré.

Sobre la palma de la mano de Kyra Adamis puso un disco cristalino con una enorme pepita dorada en el centro.

Kyra la miró extrañada.

—Lo necesitarás —le dijo él guiñándole un ojo, luego miró a Ikai y le continuó—. Os enviaré a un portal secreto en el continente. No está vigilado, sólo unos pocos de mi Casa conocen de su existencia. Desde allí podréis ir donde deseéis, no está muy lejos de vuestra tierra, tened cuidado. Cuida bien de tu hermana, es alguien muy especial.

Ikai asintió.

—Gracias... por todo.

Con unas palabras de Poder, Adamis activó el portal y este comenzó a resplandecer.

Kyra miró a Adamis y estiró la mano.

—¿Volveré a verte?

Adamis sonrió.

—Quizás un día.

Y el portal se los llevó.

Comenzaba a amanecer. El frescor matutino lo saludó con un abrazo gélido e Ikai lo rechazó arrebujiándose en su capa oscura con capucha. Desde la colina contempló los campos ahora yermos que tan bien conocía y recordó cuán feliz había sido una vez, tiempo atrás, trabajándolos de sol a sol. Se miró la Argolla con el símbolo de los Cazadores y por un momento deseó que volviera a ser la de campesino. Una vez había sido feliz allí, a pesar de todas las penurias, a pesar del hambre, sembrando el trigo, viéndolo crecer, cuidándolo mientras se tostaba al sol. Ikai dejó escapar un suspiro, echaría de menos los campos de trigo meciéndose a la gentil caricia del viento de sureste.

—Es la hora —le dijo Kyra con la mirada fija en la pequeña granja en la distancia.

Ikai sonrió a su hermana con cariño. Kyra había cambiado, lo apreciaba en su mirada, más profunda ahora. El dolor le había hecho crecer rápido. Su espíritu indomable y ardiente seguía intacto, su sentido de la justicia y lo correcto estaba más reforzado si cabía, pero su forma de pensar y actuar se habían sosegado. Ikai reconoció en ella una madurez nueva, adquirida a consecuencia del sufrimiento de una experiencia que la había marcado para siempre. A ella, y a todos. Ikai todavía no podía creer que hubieran conseguido escapar con vida de la Ciudad Eterna.

Suspiró al recordarlo. Tal como Adamis les había dicho, el portal los condujo a un templo secreto, subterráneo. Ikai negó con la cabeza. Los Dioses tenían templos ocultos en el continente... Para poder abrir las puertas selladas y alcanzar el exterior habían tenido que usar el disco con que Adamis le había obsequiado a Kyra. Contenía Poder y les había abierto las puertas hasta llegar a la superficie. Ikai no había tenido mucha dificultad en orientarse una vez en el exterior. La posible presencia de alguna batida de Cazadores le había preocupado, pero no había encontrado rastro de ninguna. Habrían suspendido ya la búsqueda, pues no

acostumbraban a arriesgar tantos días de caza fuera del Confín. En una semana de marchas forzadas lo habían alcanzado y al llegar habían descubierto algo insólito. Las Argollas de Kyra, Idana y Urda, que habían sido manipuladas por el Ojo-de-Dios antes de cruzar el Confín cuando las llevaban prisioneras, les permitían cruzar la barrera de los Dioses. Una vez dentro del Confín se habían ocultado e Ikai había ido en busca de ayuda.

Y ahora, Kyra y él estaban muy cerca de casa, por fin.

—Vamos, con cuidado —le dijo a su hermana.

Kyra asintió y sacó dos dagas de lanzar. Ikai desenvainó espada y daga. «Protégenos Oxatsi».

La puerta estaba atrancada por el interior. Ikai miró por el postigo de la ventana mientras Kyra aseguraba la parte posterior del edificio.

—Despejado —le murmuró agazapada desde la esquina.

—Los Arken están dentro. Cuento a los cuatro. No hay rastro de Cazadores o Siervos —susurró Ikai rastreando los alrededores.

—¿Nos arriesgamos? —preguntó Kyra ansiosa.

Ikai lo pensó y meditó el riesgo; llevaban dos días espiando la granja ocultos en las colinas y no habían percibido nada anormal. Había que arriesgarse.

—Vamos —le dijo a Kyra, y le guiñó un ojo para tranquilizarla.

Se situaron a ambos lados de la puerta, agazapados con las armas listas y esperaron. Al cabo de un momento la puerta se abrió y Colem, el patriarca, salió a trabajar como lo hacía cada amanecer. Kyra se alzó como un rayo y le puso la daga al cuello.

—Shhh —le murmuró al oído.

Ikai echó una rápida ojeada al interior. Todo parecía normal. Entró rodando y se quedó agazapado en mitad de la habitación común con el lar

a su espalda. Telmas y Volte, los dos hijos de Colem, miraron a Ikai con ojos desorbitados por el miedo. Ulma, su esposa, dejó caer un tazón de agua contra el suelo de la cocina.

—¡Por Oxatsi! —exclamó asustada.

Ikai, con todos sus sentidos alerta, barrió el interior de la pequeña granja y no percibió peligro. Se puso en pie despacio.

—¿Siervos? ¿Cazadores?

Telmas y Volte se apresuraron a negar con la cabeza.

—¡Sólo estamos nosotros! —dijo Ulma—. No nos hagas daño, por favor, no tenemos nada.

Ikai se puso en pie y se echó la capucha atrás descubriendo la cabeza para que lo reconocieran.

—No voy a haceros ningún daño, podéis estar tranquilos.

Ulma, Telmas y Volte se relajaron entre suspiros al reconocer a su vecino.

—¡Ikai! —exclamó una mujer desde la habitación del fondo.

Ikai la miró y la reconoció al instante.

—¡Madre!

Solma avanzó hacia su hijo con paso renqueante y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—¡Ikai, mi hijo, has vuelto! —dijo entre sollozos.

Solma lo apartó de sí, sujetándolo por los brazos y lo miró de pies a cabeza con lágrimas de felicidad en los ojos.

—¿Estás bien, hijo mío? Estás tan delgado, y pareces... más mayor...

—Sí, madre, estoy bien —dijo Ikai, y le dedicó una enorme sonrisa de cariño desde lo más profundo de su corazón.

—He pasado tantas noches en vela pensando que te había enviado a una muerte segura... arrepintiéndome...

—No, madre, hiciste lo correcto. Me hiciste prometer que no descansara hasta traerla de vuelta, que hiciera lo que fuera necesario.

Solma miró a los ojos a su hijo e Ikai vio el miedo en ellos, el miedo a que hubiera fracasado. Antes de que Solma pudiera preguntar, Kyra entró por la puerta.

Los ojos de Solma se abrieron como platos y por un instante quedó en *shock*, con la boca abierta y las palabras atragantadas.

—¡Kyra! ¡Hija!—gritó finalmente Solma con un desgarrador llanto de júbilo.

—¡Mamá! — gritó Kyra y se lanzó a los brazos de Solma.

Madre e hija se fundieron en un abrazo y estallaron en lágrimas de alegría.

—¡No puedo creerlo! ¡Mi hija! ¡Mi pequeña! —lloraba Solma sobrecogida por una felicidad incontrolable.

Kyra se abrazaba a su madre como si de soltarla la fuera a perder para siempre.

—¡Mi niña querida! Creí que te había perdido para siempre...—le dijo Solma que besaba la frente de su hija y acariciaba su cabello.

—Ya estoy aquí, mama, ya pasó todo.

Las dos se quedaron abrazadas descargando sus almas de miedos y angustias para reemplazarlas por júbilo y amor.

Solma estiró un brazo y atrajo a Ikai hacia ellas.

—¡Ikai, lo conseguiste!

Ikai sonrió con ojos húmedos y garganta dolorida por aguantar el llanto de felicidad.

—Te di mi palabra, madre.

Solma le dedico una mirada de amor, orgullo y agradecimiento infinitos desde lo más profundo de su corazón.

—Con la ayuda de la Madre Mar y el Padre Luna, lo conseguimos — dijo Kyra.

Por un momento, todos los males del mundo desaparecieron y fueron reemplazados por la felicidad completa de una familia reunida después de haber sufrido tanto.

Pero la realidad volvió a asentarse, por mucho que desearan que así no fuera.

Ikai se aclaró la garganta y suspiró.

—Debemos marchar, aquí no estamos seguros, es el primer lugar donde buscarán.

Solma se acercó a su hijo, secándose las lágrimas.

—¿Vendrán a por nosotros?

Ikai asintió.

—Es cuestión de tiempo. Llegará la orden directa de la Ciudad Eterna. Siervos y Cazadores no descansarán hasta capturarnos.

—Debemos partir, ponernos a salvo. Si huimos ahora, aún tendremos una oportunidad —dijo Kyra.

Solma lo aceptó.

—Os prepararemos algo para el camino —dijo Ulma voluntariosa.

Ikai se giró hacia la puerta donde Colem los observaba.

—Gracias, pero tenéis que venir con nosotros.

La cara de Colem se ensombreció.

—Ir con vosotros... ¿Por qué? no entiendo...

Kyra se acercó hasta Ulma y sujetándola del brazo, mirándola firmemente, a los ojos le dijo:

—Cuando vengan os interrogarán y no aceptaran un 'no sé' por respuesta... Os torturarán y os matarán cuando vean que no podéis ofrecer las respuestas que buscan.

El rostro de Ulma perdió todo color. La buena mujer miró a sus dos hijos, que escuchaban con ojos ahogados por la preocupación.

—Kyra tiene razón. No podéis quedaros. Lo siento mucho... —dijo Ikai.

—Pero, ¿dónde iremos? —pregunto Ulma angustiada—. Nos encontrarán... siempre encuentran a los Parias.

—No, no nos encontrarán —aseguró Ikai.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó Colem.

—Porque nos dirigimos al otro lado del Confín —dijo Kyra.

Colem miró a Ulma y esta a sus hijos.

—Vamos con vosotros —decidió Ulma.

Ikai asintió.

—Muy bien. Tenemos trabajo y poco tiempo. Buscad toda la ropa, aperos, cualquier cosa que hayáis usado y meted todo en el interior de la casa. Hay que evitar que los Cazadores puedan localizarnos.

Dos horas más tarde los siete fugitivos, con morrales a la espalda, llegaban a la cima de la colina. Dejaban tras ellos dos grandes columnas de humo negro entre los campos. Las dos granjas ardían.

Era media mañana y el sol lucía radiante cuando Ikai regresó de la batida de rastreo. Se acercó a la entrada de la cueva y ululó tres veces con las manos sobre la boca.

Kyra apareció con sus dagas de lanzar listas.

—¿Todo bien?

Ikai le guiñó un ojo.

—Todo tranquilo por el este.

—Todo tranquilo por el sur y el oeste —dijo una voz de mujer apareciendo entre las sombras del bosque.

Los dos hermanos contemplaron a Albana acercarse arco en mano con su andar sigiloso. Ikai saludó a la felina morena con la cabeza. Todavía no se había acostumbrado del todo a tenerla como aliada pero agradecía que estuviera con ellos.

—De momento estamos a salvo —dijo Ikai—, pero deberíamos partir cuanto antes.

—No lo estaremos por mucho... ya deben buscarnos... y si no es a

nosotros, a ellos seguro que sí —dijo Albana señalando el interior de la cueva.

—¿Cuánto más va a tardar? ¡Lleva días ahí adentro! ¿Y qué está haciendo? —exclamó Ikai molesto y preocupado.

—Tardará lo que tenga que tardar —dijo otra voz femenina a sus espaldas.

Se volvieron hacia la cueva y se encontraron con Liriana, armada hasta los dientes, que salía a recibirlos con una sonrisa. Cuando Ikai había ido en busca de ayuda, había recurrido a Gedrel y había hallado a Liriana y a Albana con él.

—Y no desea que nadie sea testigo de lo que está haciendo —dijo Liriana—. Algunos secretos es muy importante mantenerlos como lo que son: secretos.

Ikai arrugó la nariz.

—Dile a tu novio que se dé prisa, tenemos que cruzar el Confín y cada día que pasa el riesgo aumenta. Este escondite lo encontraran, por muy remoto que sea —le dijo, extrañamente molesto al verla.

—Marek... está haciendo todo cuanto puede pero el proceso es lento, lo sabéis. Además, se suponía que sólo tenía que alterar las Argollas de Solma para que pudiera huir y me habéis traído a medio pueblo. Arriesgamos mucho en esto, no sólo vosotros. No tengo que recordarte que Marek es vital para los planes de Gedrel. Si es capturado...

—Lo sé, lo sé —dijo Ikai, que no podía apartar la mirada del turquesa de los ojos de Liriana.

Kyra intercedió.

—No podíamos dejarlos atrás, todo aquel que ha tenido contacto con nosotros está en peligro.

Liriana miró a los dos hermanos y suspiró.

—Aún estáis a tiempo, quedaos, uníos a nosotros, a la causa, a la lucha. Ahora más que nunca os necesitamos por lo que representáis, por lo que sois, por lo que hemos vivido y aprendido de los Dioses. Gedrel no desea otra cosa... yo no deseo otra cosa.

—Nada me gustaría más que quedarme y combatir contigo, con vosotros, contra esos seres sin entrañas. Nada deseo más que hundir estas dagas en el corazón enfermizo del primer Dios con el que me cruce y clamar justicia —dijo Kyra con rabia candente en su tono.

Ikai se volvió hacia ella y le lanzó una mirada buscando calmarla.

—Kyra...

Kyra suspiró pesadamente.

—Pero no es el momento... He de poner a salvo a mi madre, a mis amigos.

Idana y Urda salieron de la Cueva, saludaron y se unieron a la discusión.

—La invitación a uniros a la causa la hago extensible a todos.

Idana y Urda cruzaron una mirada.

—Nosotras ya lo hemos hablado, vamos donde Kyra vaya.

—¿No puedo convencerlos para que os quedéis conmigo? —preguntó Liriana, que clavó sus ojos en Ikai.

Kyra, Idana y Urda negaron con la cabeza.

—¿Albana?

La morena contempló un instante el horizonte y luego se pronunció.

—Gracias por el ofrecimiento, Liriana, lo valoro y lo aprecio después de todo lo que hemos vivido. Pero yo también voy con Kyra e Ikai. Los ayudaré a establecerse y formar una colonia fuera del Confín. Ellos me necesitan y me honran permitiéndome acompañarlos.

Liriana asintió concediendo.

—Lo entiendo. ¿A dónde iréis?

—Regresaremos al lugar al que pertenecemos, a la Madre Mar —dijo Kyra.

Albana miró hacia el Confín a sus espaldas.

—Ahí afuera conozco un lugar donde poder escondernos y afincarnos. Es un lugar maravilloso: una ensenada protegida, recóndita.

Lejos de los Dioses, lejos de sus siervos. Estaremos a salvo —dijo Albana—. Siempre había deseado escaparme allí y perderme, pero nunca pensé que fuera posible.

Ikai dio un paso hacia Liriana.

—Ven con nosotros, Liriana. Tu vida está en peligro aquí. Eres una Paria, perseguida por los Dioses. Te buscarán, a ti y a Marek, no se detendrán hasta capturaros. Si vienes con nosotros tienes una oportunidad. Si te quedas con Gedrel serás capturada. Ven con nosotros, te lo ruego.

Liriana lo miró con ternura en sus ojos.

—Te lo agradezco, Ikai, en el alma. Pero mi lugar está aquí. Con Marek, con Gedrel, con nuestro pueblo preso. Lucharé, y si caigo será luchando por la libertad.

—¡Bien dicho! —exclamó Kyra.

En ese momento aparecieron los Arken y Solma, y tras ellos Marek.

—Está hecho —anunció Marek.

Con el amanecer llegaron los abrazos y las despedidas. Las lágrimas surcaron el rostro de Liriana, que intentó reprimirlas sin éxito. Kyra cruzó primero, decidida. El Confín la recibió y la dejó pasar. Espasmos de dolor la sobrecogieron según traspasaba la barrera traslúcida. Cayó al suelo entre convulsiones y perdió el sentido. La siguieron Idana y Urda. El resto esperó a que se recuperaran. Cuando estuvieron listos, los cuatro miembros de los Arken cruzaron. Ikai ayudó a su madre a cruzar. Albana se abrazó a Liriana, se despidió y cruzó.

Ikai miró a Liriana y le sonrió.

—Buena suerte, Capitán.

Liriana le devolvió la sonrisa.

—Buena suerte, Cazador.

Ikai cruzó el Confín.

Y el primer grupo de Senoca escapó aquel día de las garras de los Dioses Áureos para formar la primera colonia como hombres libres, regresando a la Madre Mar después de más de mil años de esclavitud.

--FIN--

Agradecimientos

Tengo la gran fortuna de tener muy buenos amigos y una fantástica familia y gracias a ellos este libro es hoy una realidad. La increíble ayuda que me han proporcionado durante este viaje de épicas proporciones no la puedo expresar en palabras.

Quiero agradecer a mi gran amigo Guiller C. todo su apoyo, incansable aliento y consejos inmejorables. Una vez más ahí a estado cada día. Miles de gracias.

A Mon, estratega magistral y plot twister excepcional. Aparte de ejercer como editor y tener siempre el látigo afilado y listo para que los deadlines se cumplan. Un millón de gracias!

A Roser M. por las lecturas, los comentarios, las críticas, lo que me ha enseñado y toda su ayuda en mil y una cosas. Y además por ser un encanto.

A The Bro, que como siempre hace, me ha apoyado y ayudado a su manera.

A mis padres que son lo mejor del mundo y me han apoyado y ayudado de forma increíble en este y en todos mis proyectos.

A Olaya Martinez por ser una correctora excepcional, una trabajadora incansable, una profesional tremenda y sobre todo por sus ánimos e ilusión. Y por todo lo que me ha enseñado en el camino. Y por el tremendo y excepcional sprint final en este libro.

A Sarima por ser una artistaza con un gusto exquisito y dibujar como los ángeles. No dejéis de visitar su web: <http://envuelorasante.com/>

Y finalmente, muchísimas gracias a ti, lector, por leer mis libros. Espero que te haya gustado y lo hayas disfrutado. Si es así, te agradecería una reseña y que se lo recomendaras a tus amigos y conocidos.

Muchas gracias y un fuerte abrazo,

Pedro.

Puedes encontrarme en:

Mail: pedrourvi@hotmail.com

Facebook Autor: <http://www.facebook.com/pedro.urvi.9>

Facebook Trilogía: <http://www.facebook.com/pages/El-enigma-de-los-Ilenios/558436400849376>

Web: <http://elenigmadelosilenios.com/>

Twitter: <https://twitter.com/PedroUrvi>

Otros libros por Pedro Urvi:

Trilogía El enigma de los Ilenios:

[Libro I: MARCADO](#)

[Libro II: CONFLICTO](#)

[Libro III: DESTINO](#)

